

NUOVA ERA I

Profecia



(BASADO EN LAS NOVELAS DE STEPHENIE MEYER
CREPUSCULO, LUNA NUEVA, ECLIPSE Y AMANECER)
CONTINUACION DE DESPERTAR, YA ESCRITA POR

TAMARA GUTIERREZ PARDO

NUEVA ERA I[©] = PROFECÍA =

Basado en las novelas de Stephenie Meyer: Crepúsculo, Luna Nueva, Eclipse y Amanecer; y continuación de Despertar, ya escrito por mí.

Este libro está registrado en Save Creative para evitar posibles plagios. Todos los derechos están reservados a Tamara Gutiérrez Pardo, la mala utilización de los mismos por parte de otras personas podría ser objeto de sanción y/o delito.

EN CASO DE COPIA O PLAGIO TOMARÉ LAS MEDIDAS LEGALES QUE SEAN NECESARIAS.



NOTA DE LA AUTORA

Esta novela está basada en los libros de Stephenie Meyer: *Crepúsculo*, *Luna Nueva*, *Eclipse* y *Amanecer* y es la continuación de todos ellos y de *Despertar*, escrito por mí. Los personajes de esta novela están asociados a la saga citada anteriormente, están creados y son propiedad de Stephenie Meyer, excepto otros personajes que solamente aparecen en *Despertar* y en este relato, que están creados por mí. La utilización en esta novela de los personajes propiedad de Stephenie Meyer es puramente gratuita y sin ánimo de lucro ninguno, solamente son usados con fines de entretenimiento.

Gracias por leerlo, espero que a quien lo lea le guste y que lo disfrute lo mismo que lo haré yo escribiéndolo.

Enero 2011 – junio 2011.

TAMARA GUTIÉRREZ PARDO

Ante todo, quiero dedicarle este libro a mi hermana Lucía, por supuesto, por soportarme otro relato más, aconsejarme y quererme como me quiere. Muchas gracias, eres mi mejor amiga. Te quiero mucho.

Además, quiero dedicárselo a todos mis lectores de los foros relacionados con la saga de Crepúsculo y mi blog. Sin ellos jamás hubiese iniciado esta continuación. Gracias a todos por tomar y vivir estos libros como si fueran la continuación real de la saga, por tener tanta paciencia conmigo y por animarme tanto, sois los mejores.

= PARTE UNO =
HORIZONTE

= RENESMEE =

PREFACIO

—Jake —le llamé, con un murmullo.

—Dime.

Alcé el rostro para mirarle y él bajó el suyo, haciendo que nuestros dos semblantes quedasen a un palmo.

—Prométeme que jamás olvidarás que te quiero —susurré.

—¿Qué? —inquirió, sin comprender.

—Pase lo que pase, aunque no te lo pueda decir, quiero que recuerdes que yo siempre seré tuya, que te amo, y que siempre, siempre te amaré.

—¿Por qué me dices esto? —sus cejas bajaron con extrañeza.

—No lo sé..., es una especie de intuición —manifesté, con un poco de ansiedad.

—Nessie, sólo ha sido una pesadilla —murmuró.

—Prométemelo —le imploré, subiendo la mano para acariciar su hermoso rostro—, prométeme que nunca olvidarás que te quiero.

Sus ojos se clavaron en los míos durante un instante.

—Te lo prometo —dijo por fin.

—Gracias —sonreí—. Te quiero.

—Te quiero —sonrió él también.

MÁS HUMANA

Mientras el señor Berty daba su tediosa lección de Literatura, yo no hacía más que mirar los goterones que caían del dintel de la ventana junto a la que me sentaba. Éstos eran tan densos y pesados, que hacían un ruido acuático y sordo al estrellarse contra el alféizar, claro que esto sólo era capaz de escucharlo yo.

La lluvia ni siquiera tocaba el cristal, tal era la fuerza con la que caía, y eso me desesperaba, porque, cuanto más la miraba, más me iba haciendo a la idea de que los planes para montar en moto con Jake iban a tener que ser pospuestos para otro día.

—Mierda —mascullé.

—¿Decía algo, señorita Cullen? —preguntó de repente el señor Berty, haciendo que toda la clase se girara para mirarme.

Volví mi rostro hacia delante súbitamente, completamente ruborizada, ya que había estado tan inmersa en mis pensamientos, que no me había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—No, no, nada.

—¿Le parece muy poética la lluvia?

Se escuchó un murmullo de risitas.

Genial.

—No —respondí.

Opté por no abrir más la boca, para no meter la pata, y ponerle cara de cordero degollado.

Pareció funcionar. El señor Berty suspiró, sacando el aire por la nariz, y volvió a levantar el libro para seguir leyendo ese soporífero poema.

Miré a mi lado. La silla contigua a la mía estaba vacía, como ya llevaba estándolo toda esta semana. Alcé la vista y mis ojos se toparon con los de Brenda, que este curso coincidía con nosotras en muchas

clases. Sí, ella también estaba preocupada por Helen. Ni siquiera nos había llamado y no sabíamos absolutamente nada de ella.

El señor Berty dejó su lectura un segundo y me observó con ojos de advertencia, así que miré hacia delante otra vez para procurar prestar la mayor atención posible al dichoso poema.

Afortunadamente, la clase de Literatura terminó pronto. En cuanto el timbre sonó, la clase se llenó de voces y ruido de sillas arrastrándose. Me levanté de mi pupitre, después de recoger mis cosas, me puse la mochila al hombro e inicié la marcha al de Brenda.

No llegué. Enseguida fui interceptada por Matt Hoffman, el cual se plantó delante de mí tan de repente, que tuve que dar un saltito hacia atrás para no chocarme con él.

Matt era el típico guaperas del instituto. Bueno, guaperas para las demás, porque yo, acostumbrada a vampiros perfectos y a mi espectacular novio, no lo veía guapo para nada. Su pelo rubio y ondulado era separado por una raya a un lado que dejaba caer un flequillo a modo de cortina sobre uno de sus ojos azules. Era bastante alto, pues jugaba en el equipo de baloncesto, del cual era el capitán, y tenía un séquito de seguidoras que no hacían más que suspirar por él y que lo perseguían a todas partes, dispuestas a hacer lo que fuera. Se había ligado a la mitad de animadoras del equipo, dato que él mismo se había encargado de airear —y seguramente engordar— por todo el centro, ya que era un presumido y un vanidoso insoportable. Yo lo aborrecía. Desde que se había fijado en mí el primer día de clase en Literatura, que, gracias a Dios, era la única asignatura en la que coincidíamos, no dejaba de darme la brasa, y eso que Jake venía a traerme y a buscarme todos los días y ya lo tenía que haber visto por aquí de sobra. Una cosa sí tenía que concederle: era muy valiente. O tal vez muy ingenuo, porque si supiera que Jake podía aplastarle como a una simple hormiga, no se pondría tan gallito.

—¿Cómo te va, Nessie? —saludó, con sus aires presuntuosos, medio sentándose en el pupitre de Brenda.

Ésta le dedicó una mirada asesina desde su silla, pues seguía sentada, recogiendo todos sus bártulos.

—Bien, gracias —le contesté, con un tono un tanto cansado, moviéndome hacia un lado para hablar con Brenda.

Tampoco me dejó. Inclino el torso hacia un lado y puso su mano sobre mi brazo para detenerme.

—Esta noche voy a dar una fiesta en mi casa, y tú tienes la suerte de estar invitada —soltó, con una mueca que pretendía seductora pero que a mí no me impresionó nada de nada, más bien al revés.

Cogí su impertinente mano —agarrándola de la muñeca, que estaba cubierta por la manga de su cazadora del equipo de baloncesto, la cual lucía con un orgullo vanidoso—, la separé de mi brazo y la dejé caer hacia abajo.

—No, gracias. Ya tengo planes con *mi novio* —recalqué la palabra, como siempre hacía cuando me saltaba con alguna de estas cosas.

Brenda se levantó de su asiento y se puso a mi lado, mirándole con cansancio.

—Bueno, la próxima vez, entonces —repitió él, al igual que también hacía siempre.

—No creo.

Y Brenda y yo empezamos a caminar hacia la puerta de clase.

Cuando salimos del aula, ya le estaba esperando un séquito de chicas, que me lanzaron mil cuchillos con la mirada mientras pasábamos frente a ellas.

—¿Qué culpa tengo yo? —resoplé, al dejarlas atrás.

—Déjalas. Pasa de ellas —me dijo Brenda, con tranquilidad.

—Y ese pesado, ¿no se da cuenta de que no me interesa nada de nada? —volví a resoplar.

—Bueno, tal vez si le dijeras que estas prometida, te dejaría en paz.

No me pasó desapercibido el retintín con que lo dijo.

—Sabes de sobra que aquí todavía no quiero que lo sepa nadie fuera de nosotras cinco —le reiteré por enésima vez.

—Pues no sé por qué.

—Ya viste lo que pasó cuando la gente se enteró de que estoy viviendo con Jacob —empecé a recordarle mientras seguíamos caminando hacia la cafetería—. Si no fuera porque en septiembre hice dieciocho según mi carné, el director hubiera ido a hablar con mis padres. No quiero ser la comidilla de todo el instituto otra vez, y mucho menos volver a tener al señor Greene encima de mí. Era lo que me faltaba —suspiré.

—Sí, la verdad es que aquí las noticias vuelan —se rió ella—. Pero si le dijeras a Matt que te vas a casar...

—Si le dijera a Matt que me voy a casar, sería como clamarlo a voces desde el megáfono —le interrumpí.

—Tienes razón —Brenda volvió a reírse.

—Si te digo la verdad, me muero por gritarlo a los cuatro vientos —confesé—. Pero tienes que entender que, para los demás, sólo tengo dieciocho años, y esto del matrimonio se vería muy raro. Nadie de aquí, excepto tú, sabe que ya tengo más de veinte, aunque los aparente de sobra.

—Sí, bueno, tienes razón —repitió, asintiendo—. Se armaría un revuelo bastante gordo de rumores sobre el tema. No te dejarían en paz. Ya llama bastante la atención vuestro especial apego.

—Por eso voy a esperar a finales de curso —revelé—. Entonces, lo diré, lo gritaré y le quitaré el micrófono al señor Greene para anunciarlo por el megáfono.

Nos reímos y abrimos la puerta de la cafetería.

—Mira, ya están ahí las gemelas —señaló.

Las mencionadas ya estaban sentadas en la mesa, con sus bandejas llenas de comida. Hicimos lo propio con las nuestras y nos sentamos a la mesa con ellas.

—¿Cómo es que habéis tardado tanto? —quiso saber Jennifer.

—El pesado de Matt Hoffman ha vuelto a invitar a Nessie a una de sus fiestas —reveló Brenda.

—¿Otra vez? —se rió Alison.

—Yo creo que ese chico hace fiestas sólo para que vayas tú —siguió Jennifer.

—Pues ya puede esperar —afirmé, metiéndome una patata en la boca—. Por cierto, ¿sabéis algo de Helen? —pregunté, para cambiar de tema, aunque también porque estaba preocupada por ella.

—Ayer por la noche llamé a su casa, pero se puso el borracho de su padre, que no sabía siquiera si ella estaba por allí o no —comentó Jennifer, chistando con desaprobación.

—Sí, y luego yo la llamé a su móvil, pero lo tenía apagado —continuó Alison.

—Qué raro. ¿Qué le habrá pasado? —inquirí, cogiendo mi vaso de agua para beber.

—A lo mejor le ha dado una de esas fiebres alérgicas que te dan a ti en primavera —aventuró Alison.

El último trago se me atragantó, por no escupirlo, y empecé a toser.

—No creo... —masculló Brenda, mirando hacia otro lado mientras una ligera curva elevaba sus labios.

Le dediqué una mueca de odio.

—Todavía no es primavera, tonta —le corrigió Jennifer a su hermana.

—Bueno, pero queda poco —alegó Alison.

—Pero si estamos a veintiocho de enero —volvió a rebatirle su hermana, extrañada, a modo de recordatorio.

—Sí, pero estos próximos meses dicen que van a ser muy calurosos y que la primavera se va a adelantar. Además, a lo mejor es otra clase de alergia, ¿no?

Carraspeé.

—Llamaré a Helen esta noche, a ver si sé algo —declaré, para centrar el tema de nuevo, cogiendo mi vaso de agua.

—Sí, prueba tú y ya nos dices —dijo Alison.

—Os llamaré esta noche, no os preocupéis.

—¿Me puedes pasar el *ketchup*? —le pidió Jennifer a Brenda.

—Claro.

En un santiamén, el ambiente cambió totalmente. La mesa se llenó de comentarios, cotilleos y quejas de profesores y exámenes que hicieron que la hora del almuerzo pasara volando.

Este año no coincidía con Helen en todas las asignaturas, sin embargo, tuve la suerte de que en las clases en las que no estaba ella, sí estaba Brenda, por lo que en esas asignaturas me sentaba con esta última.

El resto de clases pasaron tan lentas como siempre. Como siempre me parecían a mí, claro, porque mientras tomaba apuntes, a la vez no podía dejar de pensar en Jake, en verle ya, en abrazarle, en besarle, y otras cosas más que tenía pensado hacerle en casa...

La lección de la señora Smith se vio interrumpida, al fin, por ese estridente pero tan deseado sonido del timbre. En cuanto el *riiiiiiiiiing* sonó, todos los alumnos comenzamos a recoger para evacuar el aula a toda prisa. Se notaba que era viernes.

Me dio un alegrón enorme cuando miré por la ventana y vi que ya no llovía. Las perspectivas para esta tarde volvían a brillar como el halo de sol que consiguió colarse por un claro de las ya no tan densas y grises nubes.

El maravilloso efluvio de mi chico ya hacía presencia en el aula, eso hizo que las mariposas de mi estómago empezaran a agitarse, ansiosas.

Brenda y yo terminamos de recoger y salimos de la clase, yo con precipitación. Jacob estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos de su pantalón corto de color beige, justo frente a la puerta,

esperándome. Desde que los Vulturis me habían secuestrado, ahora me esperaba en la misma puerta de clase, bueno, cuando conseguía esquivar al señor Greene. Llevaba esa camiseta marrón que le había comprado ayer. Dios, qué bien le quedaba.

En cuanto me vio, me mostró su amplia y deslumbrante sonrisa, y yo me pegué a él ipso facto, casi no le dio tiempo ni a sacar las manos de los bolsillos.

—Hola, preciosa —murmuró, ya acercando su rostro al mío mientras sus palmas rodeaban mi cintura.

—Hola —sonreí en su boca.

Las mariposas dominaron mi cuerpo por completo cuando empezamos a besarnos con esa efusividad con la que nos cogíamos siempre que estábamos tantas horas separados. Ni siquiera reparé en el bullicio de los demás estudiantes, y mucho menos en sus miradas.

—Bueno, yo ya os veo fuera —me pareció que decía Brenda.

Para mi desgracia, no me quedó más remedio que despegar mis labios de los suyos.

—Nosotros también deberíamos salir de aquí antes de que nos vea el señor Greene —cuchicheé, frotando el lateral de su nariz con la mía.

Demasiado tarde.

—Señor *Black* —interrumpió de repente el señor Greene, matizando ese apellido que ya le resultaba demasiado familiar con mal humor. Jake y yo nos separamos—. ¿No le dije mil veces que si volvía a entrar en mi escuela, llamaría a la policía? Está incurriendo en un delito de allanamiento continuamente y ya me estoy cansando.

—Sólo venía a buscar a mi chica, señor Greene —intervino Jake en su defensa, con una sonrisa de fingida inocencia, agarrando mi mano.

—Puede esperarla fuera, no tiene por qué entrar en el edificio —entonces, sus cejas bajaron tanto, que sus ojos quedaron hundidos en una profunda sombra—. La próxima vez, llamaré a la policía. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —contestó Jake, haciendo el saludo militar, con otra sonrisa.

El señor Greene resolló por la nariz, y apretó tanto los labios, que se convirtieron en una sola línea fruncida. Tiré de mi novio para iniciar la huida y avanzamos por el pasillo, dejando al director refunfuñando a nuestras espaldas.

—Creo que en el fondo le caigo bien a ese tipo —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, pues será muy, muy en el fondo —suspiré.

—Que sí, te lo digo yo. Lleva cuatro meses y medio diciéndome que va a llamar a la policía y todavía no lo ha hecho, por algo será, ¿no?

—Puede que sea porque ya sabe que conoces al jefe de policía Swan, ¿no crees? —insinué, con sarcasmo.

—Que no, que no, te digo que le caigo bien —insistió.

—Si tú lo dices... —acepté, riéndome.

Continuamos por el pasillo hasta que salimos al exterior. La alegría volvió a hacer acto de presencia en mí, parecía que el sol se estaba haciendo un hueco más grande.

—Por fin puedes enseñarme a montar en moto, hoy no llueve —dije, con alegría, mientras nos acercábamos a las gemelas, a Seth y Brenda, que estaban junto a nuestro Golf y al Volvo azul metalizado.

—Tienes ganas, ¿eh? —se rió.

—Pues sí —asentí.

—No te preocupes, en cuanto lleguemos a casa, sacamos las motos del garaje y nos vamos por ahí a practicar.

Mi sonrisa se amplió.

—¿Cómo va eso, Nessie? —me saludó Seth, sonriéndome, cuando llegamos a su lado.

—Hola, Seth —correspondí, con otra sonrisa.

—Qué, ¿ya te ha pillado el director otra vez? —se rió, dirigiéndose a Jake.

—Creo que está empezando a cogerme cariño y todo —respondió mi chico, con un toque de ironía.

—Bueno, nosotros nos vamos ya —anuncié, tirando de Jake.

—¿Ya? —preguntó el otro quileute, extrañado.

—Sí, Jake me va a enseñar a montar en moto.

—¿Y a dónde vais a ir? Esto no me lo pierdo por nada del mundo —se burló.

Le dediqué un mohín e ignoré esa tomadura de pelo tan típica del cromosoma Y.

—Vamos, que luego anochece y ya no nos da tiempo a nada —azucé a Jacob, haciéndole caminar detrás de mí hacia el coche.

—Sí. Bueno, tíos, nos vemos —se despidió, abriendo la puerta mientras yo ya corría hacia la mía.

Subimos al Golf, arrancó y me despedí de ellos con la mano a la vez que salíamos del aparcamiento.

El trayecto hacia La Push estuvo amenizado todo el tiempo por las anécdotas de Jake, así que me distrajo tanto, que cuando me di cuenta, ya estábamos aparcando junto al garaje de casa.

Nos apeamos del coche y llegamos al garaje, entre bromas.

—¡La has lavado y todo! —exclamé, al ver la moto roja reluciente.

—Claro, te dije que te la iba a dejar como nueva, ¿recuerdas?

El ciclomotor en cuestión era el que mi madre utilizaba para montar junto a Jacob hace años. Yo preferí llamarla para pedirle un cierto *permiso* y asegurarme de que no le molestaba; no es por nada, pero eso de montar en moto era algo que siempre había sido especial entre Jake y ella, y yo no quería *entrometerme*. Nada más lejos de la realidad. Mamá me la regaló sin pensárselo dos veces —aunque admitió que en realidad ya no la quería para nada y que hacía mucho tiempo que se la había dado a Jacob— y se quedó encantada de que yo la aprovechara y le diera uso, si bien añadió que con cuidado.

Como hacía siete años que no se había movido del sitio, Jake tuvo que meterle mano para ponerla a punto otra vez. Lo que no me esperaba es que también la iba a lavar. Ahora, sin una mota de polvo que la cubriera, parecía nueva.

—Qué guay —sonreí.

—Bueno, qué, ¿vamos? —propuso, con su moto ya agarrada, preparada para sacarla fuera.

—Sí.

Cogí la mía del manillar y salimos del garaje. Caminamos por delante de nuestra casa, pasamos los árboles que bordeaban el claro del jardín y nos internamos en el bosque. Las condujimos por una senda angosta, en la que tuvimos que ir en fila, durante unos cinco minutos y al final volvimos a salir del bosque para encontrarnos una carretera estrecha y sin asfaltar, delimitada por un reguero de árboles.

—Bien, ya hemos llegado —anunció, dejando su ciclomotor apoyado sobre la pata metálica del mismo.

Se acercó a mí, me quitó la moto, se sentó sobre ella, desplazándose a la parte trasera del asiento y sujetando el ciclomotor entre sus piernas, y dio unos golpecitos encima con una enorme sonrisa para que yo me pusiera delante de él.

Le hice caso y me senté en el hueco que quedaba delante. Jacob se arrimó a mí, apartó mi pelo hacia el otro lado de mi cuello, lo cual me puso todo el vello de punta, y cogió mis manos a modo de marioneta para llevarlas al manillar.

—Bueno, ahora atenta —eso era difícil, teniéndole tan pegado a mí y notando su aliento abrasador en mi oreja—. Acelerador y freno —hizo que mi mano derecha girase el manillar primero y que apretara la palanca hacia dentro después—. Y esto es el embrague —murmuró en mi oído, apretando mis dedos sobre la palanca izquierda.

Volví a estremecerme. Solté nuestras manos del manillar para ponerme más derecha, obligado a Jake a hacer lo mismo, y me giré levemente hacia él. Su boca quedó a un par de centímetros de la mía.

—¿Estás flirteando conmigo o me estás enseñando? —bisbiseé, con una sonrisa.

—Se pueden hacer las dos cosas a la vez, ¿no? —alegó, con otra, aunque la suya pícara, mientras sus manos rodeaban mi estómago.

—Tú lo haces muy bien, desde luego —le reconocí.

Uní mis labios a los suyos y nos besamos durante un rato. Antes de que las mariposas y la energía subieran más de intensidad y pasaran al siguiente nivel, ese en el que ya no podría parar, terminé el beso. Más que nada porque también me interesaba aprender a montar en moto y llevaba toda la semana esperando a un día que no lloviera.

Tomé aire para recuperar el aliento y me volví hacia delante otra vez. Jacob se arrimó a mí de nuevo, tanto, que su cálida mejilla estaba pegada a mi sien.

—Bueno. Acelerador, embrague, freno y ¿qué más? —quise saber, repitiendo las acciones que él me había mostrado antes.

—La palanca de tu pie izquierdo es la palanca de cambios.

—Ajá —asentí, empujándola.

—La palanca que está detrás de tu pie derecho es el otro freno, aunque de ese olvídate por el momento. Primero usaremos el freno del manillar, ¿de acuerdo?

—Vale —acepté, si bien repetí la acción anterior con el talón derecho para probar.

—Y aquí está el pedal de arranque —me mostró, dándole unos toquecitos con su pierna.

—De acuerdo.

—Vale, aprieta el embrague y, sin soltarlo, arranca la moto. Cuando arranque, sigue sin soltar el embrague.

Pisé el pedal de arranque con potencia y el tubo de escape comenzó a rugir, haciendo que la moto vibrara con ganas.

—Guau, a la primera —alabó él—. A tu madre le costó varios intentos —se acordó.

—Porque en aquel entonces era humana, en cambio yo, bueno, soy más humana, pero también tengo algo de vampiro, ¿recuerdas? Tengo la suficiente fuerza para accionar el pedal de arranque sin problemas.

—También ayuda el que yo te esté sujetando la moto —añadió.

—Bueno, ya, puede que también sea eso —acepté, con una risilla—. En fin, ¿y ahora qué hago?

—Primero lo haremos juntos, ¿vale? La llevarás tú, pero yo iré contigo para controlar.

—¿Por qué? —protesté, girándome otra vez para verle el rostro.

En ese momento, solté el embrague bruscamente sin darme cuenta y el ciclomotor embistió hacia delante como un toro salvaje. No nos caímos al suelo porque Jacob consiguió guardar el equilibrio de la moto con sus pies mientras la dominaba agarrando la manilla con una mano y me sujetaba a mí por la cintura con la otra para que no saliera despedida de morros. El silencio que quedó acto seguido cuando el motor se caló y se paró fue tan súbito y contundente, que me dio hasta un poco de vergüenza.

—Oh —exclamé, observando el manillar.

—¿Ves? Igualita que tu madre —alegó, con una sonrisita, dándome un toque en la punta de la nariz con su dedo—. Ya tuve una mala experiencia con ella, no quiero que se repita la historia. Practicaremos algunas maniobras juntos y después ya probarás tú sola.

Para mi desgracia, no me quedó otra que aceptar que él tenía razón.

—Sí, vale, está bien —acepté, con un suspiro—. Bueno, dime, ¿qué tengo que hacer?

—Vuelve a arrancarla como te dije antes, y no sueltes el embrague —insistió.

Así lo hice.

—Ahora, sin soltar el embrague —volvió a reiterar—, gira el acelerador un poco —comenzó a explicarme, a la vez que envolvía mis manos de nuevo para que realizaran las acciones. La moto comenzó a atronar con más ímpetu cuando lo hicimos—, y después, mete la primera marcha. Esto hazlo tú, y no sueltes la palanca del embrague hasta que yo

te lo diga —soltó mis manos para dejarme a mí sola y las dejó sobre mis muslos.

—Vale —asentí, con confianza.

Metí primera con la palanca de mi pie izquierdo y dejé mis dedos inmóviles, apretando el embrague.

—Y ahora escucha bien. Tienes que soltar el embrague muy suavemente, si no, la moto saldrá disparada hacia delante y nos podemos caer. Verás, ahora mismo tienes una granada entre las piernas, ¿vale? Esto es como si le quitases la hebilla y te quedases con el detonador en la mano.

No sé por qué eso me sonaba de algo.

—¿Eso es lo que le dijiste a mamá? —me burlé, imaginándome la escena en la cabeza—. Dios Santo, no me extraña que se asustara la pobre.

—Fue lo único que se me ocurrió decirle —se defendió él, riéndose—. Es que tu madre..., bueno, verás, en aquel entonces era un poquito torpe, ¿sabes? Y tenía que advertirle para que fuera más precavida de lo normal.

La verdad es que se me hacía muy raro relacionar a mi madre con un ser torpe, ya que siempre la había visto moverse con esa gracilidad, elegancia y soltura, pero, claro, yo no la había conocido cuando era humana.

—Ignoraré ese comentario sobre mi madre, porque ahora mismo lo único que me apetece es soltar el embrague de repente para te caigas de la moto —le advertí, en broma; él se rió—. Además, si lo que estás haciendo es llamarme torpe, te equivocas. Te voy a demostrar cómo conduce un semivampiro, aunque sea más humana —no pude evitar que me saliese un aire un tanto presuntuoso en la voz.

—Pues, hala, dale caña —azuzó, para picarme.

—Sí —sonreí.

Levanté los dedos poco a poco de la palanca y solté el embrague lentamente. La moto vaciló un poco al iniciar la marcha, pues Jacob dejó de sujetarla con sus piernas y ahora era el vehículo quién nos sostenía a nosotros, sin embargo, enseguida la controlé sin problemas y en un segundo estábamos corriendo por ese asfalto de tierra mezclada con arena gris, lleno de baches encharcados.

—¡Qué guay! —exclamé, riéndome.

No es que estuviera emocionada por la velocidad, la verdad es que, después de montar sobre Jacob y volar por el bosque, esto era un simple

paseillo, sin embargo, extrañamente, el hecho de llevar una moto me encantaba.

Quería que aumentara el aire que azotaba mi cara y mi pelo. Volví a apretar el embrague y empujé la palanca de cambios con el pie para meter segunda, a la vez que aceleraba un poco. Mi mano zurda soltó la palanca con demasiada precipitación y la moto se disparó hacia delante.

—Ve poco a poco, Nessie —me advirtió Jake, que continuaba bien pegado a mí, con las manos en mis piernas, preparadas por si tenían que entrar en acción—. No aceleres más.

—Pero, ¿a que lo hago bien?

—Sí, la verdad es que sí —reconoció, riéndose—. Ay, pero ten cuidado con ese...

La moto rebotó cuando las ruedas atravesaron uno de los baches encharcados, haciéndonos pegar un pequeño salto en el asiento. El agua turbia y medio embarrada del pozo se desbordó a nuestro paso y nos salpicó todas las piernas.

—... charco —concluyó.

—Vaya, nos hemos puesto perdidos —lamenté.

—Bueno, esto va a la lavadora. Tú preocúpate de mirar por donde vas, ¿vale? —bromeó.

—Jake, una curva —le avisé.

Sus manos volvieron a ponerse sobre las mías para tomar el mando, obligándome a frenar un poco con la palanca, y movimos el manillar con suavidad, recorriendo la curva despacio y fácilmente.

—¿Ves lo que hago? —me indicó mientras girábamos, murmurándome al oído; otra vez mi vello reaccionó a ese tórrido roce—. Freno suavemente y llevo el peso del cuerpo hacia el otro lado. Si fuera en tercera, tendría que reducir, pero como vamos en segunda, con frenar un poco, vale.

—Déjame hacerlo a mí —le pedí, entusiasmada.

Jacob se rió.

—Espera, vamos a dar la vuelta. Frena con suavidad y reduce a primera.

Frené, hundi el embrague con los dedos y reduje a primera, pero solté el embrague y la moto cabeceó bruscamente cuando entró la marcha. Por suerte, Jacob la controló sin problemas, me hizo girar el manillar, apoyando el pie en el suelo para guardar el equilibrio, y dimos la vuelta.

—Recuerda, al reducir tienes que soltar el embrague muy suavemente, ¿de acuerdo? —me aconsejó, dejando el manillar en mis manos.

—Vale, soltar el embrague más despacio —me dije a mí misma.

—Mete segunda.

Obedecí. Esta vez, aflojé los dedos de la palanca izquierda con más suavidad y la moto fue como la seda cuando la marcha entró.

—Ya está —sonreí, con satisfacción.

—La curva —me anunció.

—Vale, frenar un poco, girar el manillar y llevar el peso al lado contrario —me ordené otra vez para mí mientras iba realizando las acciones.

La moto roja dibujó la curva sin percances. Seguimos recto y esquivé el charco que antes nos había salpicado enteros.

—Oye, lo haces muy bien —alabó Jake, con alegría.

—¡Es que esto me encanta! —reí, con emoción.

Mi risa fue acompasada por la suya.

—Mira, ahí está mi moto —me indicó—. Vamos a parar y así pruebas tú sola, ¿qué te parece?

—Genial —volví a reír.

Avanzamos los pocos metros que quedaban para llegar al punto de partida.

—Ve frenando poco a poco sin soltar el embrague —me aleccionó—, y cuando la moto pare del todo, apóyate sobre el pie.

—Sí.

Seguí sus instrucciones al dedillo y detuve el ciclomotor, aguantando el peso del mismo y el nuestro propio con el pie, que hacía las veces de pata de apoyo, aunque Jacob también me ayudó con el suyo.

Me giré hacia él para mirarle y nuestros rostros se quedaron a un palmo.

—No ha estado mal, ¿eh? —murmuró, con su sonrisa torcida.

—Ha estado muy bien —sonreí.

Y nos dimos una serie de besos cortos.

Jake separó su rostro del mío y tomó una buena bocanada de aire para centrarse. Yo tuve que hacer lo mismo.

—Bueno, pues ahora prueba tú solita —me exhortó después mientras se bajaba del ciclomotor—. Yo te acompañaré en mi moto, por si acaso.

—Vale.

Esperé hasta que él se subió a su moto y la puso en marcha, para arrancar la mía. Jacob dio un giro abierto para dar la vuelta y se colocó justo a mi lado.

SAGRADOS

—¿Hacemos una carrera? —le propuse, con una sonrisita maléfica.

—Ni hablar. Todavía estás muy verde.

Hice girar el manillar del acelerador para que la moto rugiera un poco.

—¿Estás seguro? ¿No será que tienes miedo? —le pinché.

Jacob sonrió con esa sonrisa torcida suya que me volvía loca.

—Ni hablar, repito.

Vaya, no había entrado al trapo.

—No te estarás volviendo un blandengue de esos responsables que no dejan hacer nada, ¿no? —aguijoneé.

Ahora lo que salió por su boca fue una risita.

—No sigas. La respuesta sigue siendo no.

—Qué aburrido —resoplé.

—¿Es que quieres cascarte la cabeza? —rió—. Te recuerdo que no te has traído el casco, y sin casco, no hay carrera que valga. Cuando tengas más experiencia, haremos todas las carreras que quieras, te lo prometo, y te ganaré en todas, por supuesto, pero ahora mismo estás muy verde, podrías caerte y hacerte mucho daño.

—Ja, ja —articulé, con ironía, para reírle el chiste malo de que me ganaría en todas—. Está bien —suspiré—, daremos paseillos tranquilos.

—Eso, eso, tranquilos —me picó.

Le miré, entrecerrando los ojos, simulando odio, y él se rió más.

—Bueno, venga, dale caña al tema —me instó—. Pero sin pasar de segunda, ¿vale?

—Vaaaaale.

—Y recuerda, suelta el embrague...

Antes de que le diera tiempo a decir *suavemente*, mi moto ya estaba volando por esa carretera llena de baches encharcados, bueno, *volando*

era un decir, porque a mí me parecía que iba muy lenta. Metí segunda y aceleré un poco más.

Jacob no tardó nada en alcanzarme. En un abrir y cerrar de ojos, ya lo tenía justo a mi lado.

Nos miramos y nos sonreímos.

—Despacio, Nessie, despacio —me avisó, no obstante.

—Voy en segunda, papá —dije para que viera que obedecía y que era una niña buena.

Se rió y seguimos avanzando, esquivando los pocillos que se presentaban a nuestro paso mientras los árboles que circunscribían la carretera venían primero y desaparecían después a nuestras espaldas con rapidez.

Miré a Jake con algo de desafío y aceleré otro poco, dejándole tras de mí.

—No te confíes —escuché que me advertía.

Pero no le hice caso, continué corriendo delante de él, riéndome con malicia por ir ganando, aunque sabía que sería por poco tiempo, ya que yo todavía era una novata en esto, y, bueno, como no podía pasar de segunda...

Frené un poco y tomé la curva que venía, cambiando el peso de lado, como me había enseñado Jake.

De pronto, nada más salir de la curva, me topé con el cadáver de un animal a unos pocos metros, prácticamente lo tenía encima. Me asusté. Apreté los dedos en el freno con tanta fuerza y con tanta brusquedad, que la moto se clavó en el suelo repentinamente, embistiéndome hacia delante.

—¡Nessie! —gritó Jacob detrás de mí.

Salí volando de cabeza y la moto se cayó de lado, derrapando y bufando con enfado hasta que el motor se caló.

Mis buenos reflejos de medio vampiro hicieron que mis manos y mis brazos amortiguaran mi caída y no me golpeé en la cabeza, aunque mi codo izquierdo se llevó la peor parte.

—Nessie! —volvió a gritar Jake, ya bajándose de su moto apresuradamente.

Sin embargo, no fue la caída lo que me conmocionó. Cuando alcé la vista, me di cuenta de que tenía al animal muerto delante de mis narices, y ese animal era un lobo. Me incorporé, asustada, y me alejé del cadáver arrastrándome hacia atrás, quedándome sentada frente a él.

—¡Nessie, ¿estás bien?!

Jake se arrodilló a mi lado con precipitación y comenzó a examinar mi rostro y mi cabeza.

—E-estoy bien —tartamudeé, todavía con la mirada fija en el lobo.

—¿Seguro? —inquirió, mirándome bien entre el pelo.

—Sí, me he hecho un poco de daño en el codo, pero ni siquiera tengo una rozadura.

—Menos mal —suspiró, con alivio. Entonces, comenzó a regañarme—. ¿Lo ves? Igualita a tu madre. Te dije que estabas muy verde y que fueses despacio, pero nada, tú a correr. Si me hubieras hecho caso...

Mi novio se percató de la fijación de mis ojos y del olor a sangre que invadía el ambiente, y se giró para mirar. Su semblante también se puso pálido cuando vio al cánido desangrado en medio de un charco; el agua turbia del mismo era de color carmesí debido al plasma que la teñía. El pelaje pardo que vestía al lobo todavía no había dejado el invierno. La horrible cara de sufrimiento del animal se me clavó en el alma.

Jacob se quedó inmóvil, observando al lobo con una mezcla de horror y rabia en sus ojos negros. Los lobos eran sagrados en su tribu, estaba prohibido matarlos, pero para los metamorfos eso llegaba más allá, debido al vínculo que los unía con ellos. Las leyendas decían que los quileute descendían de los lobos, y en cierto modo era verdad.

Cogí su mano y entrelacé sus dedos con los míos, apretándolos. Fue lo único que se me ocurrió hacer para aligerar su pena. Él volvió a apretarlos más.

El olor de la sangre del lobo no fue lo único que mi agudo olfato percibió. Mezclado con éste, también se distinguía el efluvio de un vampiro, y era reciente. Jake se dio cuenta de esto a la vez que yo.

—Esto es obra de un chupasangres —murmuró, aún pálido.

—Lo sé, yo también huelo el efluvio del vampiro. A lo mejor también era *vegetariano* y estaba alimentándose —conjeturé.

—No, esto no ha sido para beber su sangre —afirmó, con convicción y rabia—. Le ha arrancado la pata derecha.

—Oh —murmuré, con espanto, cuando me fijé.

Con espanto, con verdadero espanto, porque la horrible expresión de dolor del lobo me indicaba que se la había extirpado en vida. Esa expresión me heló el alma, no pude evitar relacionarlo con mis hermanos los metamorfos, lo único que los diferenciaba así a primera vista era el tamaño. A Jacob le rechinaron los dientes.

—No sé por qué lo habrá hecho, pero esto no me gusta ni un pelo.

Se giró hacia mí y me ayudó a ponerme en pie.

—Es horrible —musité, al hilo de mis pensamientos.

—Voy a transformarme, tengo que avisar a la manada de que hay un vampiro suelto por aquí —dijo, ya quitándose la camiseta—. Con suerte, le pillaremos y le daremos su merecido.

Se escondió tras los árboles que limitaban con la carretera, ya que había la posibilidad de que apareciese alguien por ahí. Al cabo de un minuto, regresó como humano mientras se iba cubriendo el torso de nuevo.

—Ya está. Leah ha organizado una patrulla para rastrearlo y ya están de camino. Esperemos que ese chupasangres no sea muy hábil y no pueda ocultar su rastro.

Llegó a mi lado y cogió mi mano. Se quedó quieto, observando al lobo fijamente, como antes. Su expresión no me engañaba. No me hacía falta preguntarle para saber lo que estaba pasando por su mente y su corazón en estos momentos, porque yo sentía exactamente lo mismo. Nuestra conexión era tan fuerte, que yo misma ya estaba vinculada con los lobos. Su dolor era mi dolor, su rabia era mi rabia.

Me puse frente a él y le abracé con fuerza para consolarle, apoyando mi mejilla en su pecho. Jacob me rodeó con sus brazos, hundió su rostro en mi pelo para olerlo y apretó su abrazo.

Nos quedamos así un buen rato, sin decirnos nada; no hacía falta. Ese silencio, amenizado con los sonidos del bosque y con los latidos que retumbaban en nuestros pechos, ya lo decía todo.

Entonces, Jake giró el rostro al lado contrario al que lo tenía yo y se envaró levemente. Eso hizo que despegara mi mejilla de su pecho y mi cara se volviese en su dirección, extrañada.

Un grupo de cuatro lobos salió de la espesura del bosque que flanqueaba la carretera sin asfaltar en la que nos encontrábamos. Era la manada del lobo muerto, que debía de estar buscando a su compañero. Mi boca dejó escapar un silencioso jadeo del asombro.

—No te muevas —me susurró Jacob, con una voz extremadamente baja, mientras se despegaba de mí y se ponía delante para protegerme.

Era una tontería, pues estaba acostumbrada a lobos gigantes, y no tenía miedo, pero sí respeto, porque los lobos que yo conocía eran seres racionales, humanos, y estos no dejaban de ser animales salvajes que podían reaccionar de cualquier forma. Sabía que Jacob y yo no

tendríamos ningún problema en defendernos de un posible ataque, al fin y al cabo, solamente eran cuatro lobos, y sus colmillos poco podrían hacerle a un lobo gigante que se curaba con extremada rapidez y a la piel de un semivampiro, pero también sabía que Jake jamás les haría daño, bueno, a no ser que ellos me hicieran daño a mí, con lo cual... Ay, Dios mío, ¿por qué tenía que pensar en tantas cosas en momentos así?

Sin embargo, para mi asombro, no mostraron ni un ápice de agresividad. En vez de eso, se acercaron lentamente, con precaución, emitiendo unos suaves gimoteos mientras lamían sus hocicos y pegaban las orejas a sus cabezas, medio arrastrándose y escondiendo la cola entre las patas en señal de sumisión hacia Jake. La boca se me quedó colgando. Jacob ni siquiera se había transformado, y le bastó una sola mirada para que los cánidos entendieran que este era su territorio y que él era el Alfa de los Alfas, incluidos ellos. No pude evitar sentir esa fascinación que ya sentía por él de nuevo.

Los lobos, también de colores pardos, se arrastraron de este modo y llegaron a su compañero muerto. Lo olisquearon durante un rato, gimoteando, y después se fueron retirando poco a poco para volver al bosque. Uno de los cánidos se paró en la linde de los árboles y giró la cabeza para dedicarle una mirada al Gran Lobo. Se volvió hacia delante y se perdió con el resto de miembros de su manada.

Jake se volvió hacia mí enseguida, no esperó ni a que los lobos se alejaran más.

—¿Y si vuelven? —inquirí.

—No volverán. Solamente han venido a buscar a su compañero, han ratificado que está muerto y se han ido.

—Ah.

—Voy a enterrarlo —me dijo con un murmullo—. No quiero que sea el menú de ninguna alimaña.

Asentí.

En ese momento, otro grupo de lobos apareció de entre la espesura, sólo que estos eran los enormes metamorfos. Leah, Paul, Quil, Embry, Jared y Rephael se quedaron paralizados cuando vieron al otro cánido tendido sobre aquel charco de agua y sangre. A Paul también le rechinaron los dientes.

—No sé por dónde ha entrado —empezó a informar Jake—. Lo más seguro es que lo hiciera por el territorio de los Cullen. Pillad el olor desde

aquí y seguid el rastro. A ver a dónde os lleva y si lo podéis coger. Yo intentaré averiguar algo, ya estaremos en contacto.

Leah asintió y no perdió el tiempo. Olisqueó la zona, seguida por sus hermanos, y comenzaron a rastrear, internándose en el bosque de nuevo con celeridad.

Jacob levantó al lobo, que chorreó la mezcla de sangre y agua, y se dirigió con él hacia los árboles que bordeaban el bosque, dejando un reguero por el camino. Le seguí, y cuando dejó al animal en el suelo, me quité la cazadora y le ayudé a cavar.

Enterramos al lobo, recogimos las motos y nos marchamos de allí algo cabizbajos.

Después de dejar los ciclomotores en el garaje, Jacob y yo entramos en casa.

Nos metimos en la ducha directamente, ya que estábamos llenos de tierra por todas partes. Primero me duché yo, y mientras lo hacía Jacob, me fui a nuestro dormitorio y me puse mi camisón de algodón para estar más cómoda.

Hoy me tocaba a mí hacer la colada, así que entré en el baño de nuevo.

—Vengo a preparar la lavadora —avisé a Jake, que seguía en la ducha, frotándose con la esponja.

—Ah, sí.

Cogí el cesto de la ropa sucia, lo puse junto a la lavadora y separé las prendas de color, metiéndolas directamente en el tambor. Las blancas volví a guardarlas en el cesto. Abrí el armario para coger el detergente y el suavizante, y saqué la cubeta, echando estos productos en sus cámaras correspondientes. Después, la cerré y dejé el programa preparado.

Jacob cerró el grifo a la vez que yo terminaba de hacer todas estas cosas.

—Ya está. Cuando termines de secarte, sólo tienes que ponerla en marcha, ¿vale? —le dije.

—Vale —asintió, abriendo la mampara y cogiendo la toalla.

Me quedé quieta, mirándole como una tonta mientras se secaba un poco su corto pelo azabache y se la enroscaba a la cintura. Daba igual que le viera desnudo todos los días, nunca, jamás me cansaría de mirarle. Al revés, cuanto más le observaba, más me gustaba, porque su cuerpo cada vez me parecía más sublime, más perfecto. Jacob levantó la vista y su labio se curvó cuando vio mi cara embelesada.

Carraspeé para quitarme la tontería de encima.

—Bueno, voy al ordenador —manifesté, ya ruborizada—. Voy a mirar si mamá está conectada o si me ha enviado algún correo.

—De acuerdo. Yo voy ahora, si está conectada, quiero hablar con Carlisle de lo que ha pasado.

—Está bien.

Nos dedicamos una última mirada y me giré para salir del baño.

Seguí por el pasillo y entré en el dormitorio pequeño, ese de forma rectangular que tenía la ventana frente a la puerta, en una de las paredes cortas¹. En él habíamos puesto el escritorio, el cual ocupaba la pared de la ventana y seguía su camino en ele por la de la derecha, no llegando a recorrerla entera para que cupiera la hoja de la puerta abierta. La cama nido ocupaba el paramento izquierdo, estaba adosada a un pequeño armario de dos puertas y al escritorio, que también hacía las veces de mesita de noche. Sobre el camastro y el escritorio se repartían unas estanterías y una serie de cuadros que Esme nos había regalado y que hacían juego con el color azul que dominaba la decoración del cuarto.

Me acerqué a la ventana y bajé los estores hasta abajo, ya que la noche estaba llegando. Me senté en una de las dos sillas del escritorio y puse el ordenador en marcha. No tardó nada en encenderse, era un ordenador de muy buena calidad, con un montón de memoria y *Giga bites*. Yo no tenía ni idea de informática, pero según Em, que era el que nos lo había regalado, con este ordenador se podrían almacenar los datos de la Casa Blanca y el Pentágono juntos. Menudo exagerado.

La computadora paró enseguida de hacer esos ruiditos que hacía al encenderse y las pocas ventanas que salían al inicio se plantaron en un santiamén en la pantalla. Las cerré todas y entré en Internet para abrir mi correo.

Por supuesto, y como siempre, mis padres me habían dejado su e-mail de buenos días que todas las mañanas me enviaban antes de irse a la universidad. Lo abrí y leí:

¡En el coche, de camino al Campus, que llegamos tarde! Encima tu padre no quiere correr.

¹ Los planos de la casa aparecen al final del libro.

Y en ese momento papá le debió de quitar el *iPhone* y escribir mientras conducía.

La culpa es suya, siempre se entretiene con algo.

Mamá lo volvió a coger.

Ni caso. Hoy tenemos un examen importante y estoy nerviosa. Ya te contaremos esta noche.

Un beso, cielo, y dale otro a Jacob de nuestra parte.

Papá debió de quitárselo de nuevo.

De la de tu madre, yo a ese lobo me conformo con un abrazo.

Y mamá recuperó su móvil.

Dale un beso de parte de los dos, y cuidaos mucho el uno al otro. ¡Os queremos!

Sonreí. Ya me los imaginaba en el coche, peleándose por quitarse el móvil el uno al otro. Y esta mamá, mira que estar nerviosa por un examen, pero si había sacado todo sobresalientes en el pasado trimestre.

La verdad es que pensaba en ellos todos los días, pero lo cierto es que no me había dado tiempo a echarles de menos, puesto que en estos cuatro meses y medio habían venido a Forks muchas veces.

El día de mi cumpleaños no estábamos aquí, lo que dio lugar a que mi familia no viniera hasta más tarde. Al final, habíamos pospuesto nuestro viaje de luna de miel para después de la boda, ya que queríamos que fuese muy especial. Íbamos a canjear unos vales por otros para no perderlos, pero Carlisle y Esme se empeñaron en regalarnos otros, así que ese maravilloso viaje que habíamos planeado a ese islote cercano a Santa Lucía pudimos atrasarlo y aprovechar los que ya teníamos y que estaban apunto de caducar para visitar Europa.

Hicimos un viaje doble, ya que pasamos la primera semana en París y de allí partimos hacia Roma para pasar la segunda. En la capital francesa aprovechamos para celebrar mi cumpleaños con una velada romántica y apasionada. París es una ciudad que se da a ello, la verdad. También

visitamos al famoso Louis y a su esposa, Monique, como agradecimiento por todo lo que nos había ayudado. Nos sorprendió mucho el aspecto del científico. Lejos de lo que nos esperábamos encontrar, Louis era un chico que no llegaría a los veinte años, o, al menos, eso aparentaba. Era un poco más bajo que mi padre, con unos alocados rizos de color castaño claro que se movían a todas partes, y era de compresión más bien delgada, nervuda y fibrosa. Monique mediría lo mismo que mi madre, y su pelo negro lucía corto, con un corte satisficado y moderno. Ambos tenían los ojos dorados —señal de que no saciaban su sed con humanos— y unos rostros blancos como la cal, casi me parecieron más pálidos que los de mi familia. A Louis le agradó mucho nuestra visita, ya que, después de aprenderse de memoria todas nuestras particularidades genéticas, al fin nos conocía en persona. Fueron muy amables con nosotros y nos enseñaron todos los sitios turísticos y más pintorescos de la ciudad. Nosotros no teníamos dinero para llevarles esa ropa tan cara de la última moda de París a los miembros de mi familia, pero sí que les compramos algunos souvenirs. Yo también aproveché para practicar un poco mi francés. En Roma también lo pasamos muy bien. Lo que más le gustó a Jake fue el Coliseo, cómo no. Le pregunté qué hubiera pasado si los gladiadores hubieran tenido que luchar con enormes lobos como los quileute, eso le hizo mucha gracia y estuvo a punto de bajar a la arena sin que nadie le viera y transformarse para que le sacara una foto. Gracias a Dios, conseguí disuadirle.

Como las dos primeras semanas de septiembre Jake y yo habíamos estado en ese viaje y el día de mi cumpleaños había coincidido estando ahí, mi familia vino unos días después de nuestro regreso para celebrarlo, acto que aprovecharon para organizarme una fiesta en su casa con una enorme tarta y regalos por todas partes. También vinieron el Día de Acción de Gracias y en las navidades —fechas que mis padres también habían aprovechado para pasarlas en casa de Charlie con nosotros, los Clearwater, Sam, Emily y los niños, como todos los años—, habían alargado su estancia un poco más para quedarse en el cumpleaños de Jake —con su correspondiente fiesta, idéntica a la mía—, y habían vuelto a Forks para vernos hacía unos días. Así que casi no me había dado tiempo ni de echarlos de menos, además, todos los días hablábamos vía Internet.

Cerré la ventana del correo y abrí el *Messenger*. Mamá estaba conectada, seguramente esperando mi *¡Hola!* Eso fue lo que le escribí, y acto seguido encendí la Webcam.

Mamá apareció de la nada cuando encendió la suya.

—Hola, cielo —me saludó, sonriéndome con una amplia sonrisa.

—Hola —y le correspondí la sonrisa con una igual de grande.

Papá apareció como por arte de magia y se sentó a su lado.

—Hola, cariño —saludó él también, sonriendo—. ¿Qué tal os ha ido el día?

—¿Ya te ha enseñado Jacob a montar en moto? —quiso saber mi madre—. Por cierto, ¿dónde está?

—Está en el baño. Sí, por fin ha podido enseñarme, y se me da bastante bien.

—¿Lo ves? —le indicó ella a mi padre, como si ya hubieran discutido de eso en alguna ocasión—. No había razón para preocuparse, ella no es como yo cuando era humana. Seguro que se le da tan bien como a Jake —afirmó, volviendo su mirada a mí.

Papá torció el gesto, un poco disconforme.

—Bueno, tan bien como a él no, la verdad —me reí—. Tuve un pequeño percance, pero es que acabo de empezar —revelé primero y alegué después.

—¿Un pequeño percance? —preguntó papá.

—Sí, cuando salía de una curva, me topé con un lobo muerto y me asusté. Frené en seco y me caí de la moto. Pero no me pasó nada, iba bastante despacio —volví a defenderme, sin darle tiempo a que abriera más la boca para regañarme—. Por cierto, ¿está Carlisle por ahí? Jake quiere hablar de eso con él.

—¿De tu caída? ¿Te has hecho daño? —inquirió mamá, preocupada.

—No, no, ya os he dicho que estoy bien, no me ha pasado nada, ni siquiera tengo un rasguño —les calmé. Ellos respiraron aliviados—. Es sobre el lobo.

—¿Es que es alguien de la manada? —ahora el tono de mi madre era de alarma.

—No, era un lobo normal —irrumpió Jake, sentándose a mi lado.

Una de las cosas buenas de la Webcam, es que puedes hablar con tus padres como si los tuvieses delante, pero con la ventaja de que tu padre no puede leerte la mente. Así que ya no tenía que molestarme en pensar en otras cosas para tapar y podía concentrarme bien en observar a mi

chico y pensar en lo guapísimo y sexy que estaba con esa camiseta interior blanca de tirantes y esos pantalones de pijama largos y sueltos. Podía gritarlo a mis anchas, qué felicidad.

Apoyó los codos en el escritorio para incorporarse un poco hacia la pantalla y yo me acomodé en su espalda. Jacob me cogió la mano que quedó por delante y entrelazó nuestros dedos.

—Hola, Jake —le sonrió mamá.

—Hola, Jacob —saludó mi padre, también sonriendo.

—Hola —contestó él, con otra.

—Era un lobo normal —repetí yo, para encauzar la conversación—. El problema es que quien le mató fue un vampiro.

—Lo único que sabemos es que entró por vuestro territorio —siguió Jake—. Ya tengo a una patrulla rastreándolo. Me acabo de comunicar con ellos y el rastro les está llevando hacia el este. Pero no sabemos por qué lo ha hecho, ni con qué intención.

—¿Sólo detectasteis el efluvio de un vampiro? —inquirió papá.

—Sí —afirmé yo.

Se hizo un silencio que duró un par de segundos.

—La probabilidad es mínima, sobre todo si iba en solitario, pero no descartaría que fuera *vegetariano* y que solamente se estuviese alimentando —conjeturó papá, coincidiendo con lo mismo que había pensado yo al principio.

—No. Ese chupasangres le arrancó una pata de cuajo y dejó que se desangrara en vida —reveló Jacob—. No se bebió ni una gota de su sangre.

—Qué horrible —murmuró mamá, llevándose las manos a la boca—. ¿Y por qué haría algo así?

—No tenemos ni idea, por eso quería hablar con Carlisle. Bueno, vosotros sabéis más sobre comportamientos de vampiros, ¿no?

—Sí, pero coincido contigo en que esto es muy raro —dijo papá—. Nunca había oído de nada parecido.

—Genial, pues estamos buenos —resopló Jake, con disgusto.

—Hablaremos con Carlisle, de todos modos —anunció mi progenitor—. Tal vez él sepa algo, ha vivido muchos más siglos que nosotros. Si no, seguro que lo investiga.

—Te lo agradeceríamos mucho —respondió Jake—. Este tema, bueno, es decir, los lobos son sagrados en mi tribu, y esto no podemos consentirlo. Verás, no es que nos preocupe un vampiro más que menos

por aquí, pero lo que ha hecho esta sanguijuela, para nosotros los metamorfos, es casi una ofensa personal.

—No te preocupes, esta misma noche se lo contaremos todo a Carlisle.

—Gracias, Edward.

Y papá asintió.

—Bueno, y por lo demás, ¿qué tal todo por ahí? —les pregunté, para cambiar un poco de tema a uno más alegre y jovial—. ¿Qué tal ese examen?

—De maravilla —respondió mi madre—. Será otro sobresaliente.

—Bella, la empollona —se burló Jake.

Mamá le dedicó un mohín.

De pronto, el teléfono sonó en su casa.

—Oh, ese debe de ser Charlie —habló papá.

—Id a hablar con él —les exhorté—. Ya nos veremos mañana.

—Vale —aceptó mamá—. Bueno, pues hasta mañana.

—Hasta mañana —se apuntó papá mientras se levantaba para coger el teléfono.

—Hasta mañana —respondimos Jake y yo a la vez.

Mamá se despidió con la mano y apagó la Webcam. Nosotros hicimos lo mismo y salimos del Messenger.

—¿Vas a mirar algo en Internet? —interrogó Jake.

—No, voy a llamar a Helen. No hemos sabido de ella en toda la semana —suspiré, poniéndome de pie—. Pero puedes quedarte tú, si quieres.

—Nah, no me apetece.

Esperé hasta que apagó el ordenador, salimos de la habitación y bajamos juntos las escaleras. Yo me quedé en el vestíbulo para llamar a mi compañera y él se fue al saloncito a ver la televisión.

Cogí mi móvil del taquillón de la entrada —ahora tenía la manía de dejarlo ahí, junto al teléfono fijo— y marqué el número de Helen, no quería llamarla a casa. Siempre me daba apuro llamarla ahí, ya que su padre era alcohólico y me resultaba bastante incómodo hablar con él; normalmente el señor Spencer no sabía ni dónde estaba su hija. Helen vivía con su padre, que siempre había bebido, sin embargo, desde que su madre había fallecido hacía tres años por un accidente de tráfico, su alcoholismo había ido a más.

El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Colgué y exhalé el aire poco a poco. No me quedaba más remedio que llamar a su casa. Descolgué el teléfono fijo y marqué el número, calcando las teclas con rapidez.

El teléfono dio el tono diez veces, y cuando estaba apunto de colgar, alguien lo cogió.

—¿Quién... es? —preguntó una voz malhumorada y borracha.

—Ah, hola, soy Nessie, la amiga de Helen, ¿está en casa?

El señor Spencer se quedó un rato en silencio, seguramente tratando de recordar si su hija estaba en casa o no.

—Sí —contestó por fin, escuetamente.

—¿Se puede poner?

—Nno ssse quieeere pooner.

Genial, ahora no la dejaba ponerse.

—Bueno, ¿le puede decir que he llamado, por favor?

—Claaaro.

—Gracias.

Y me colgó.

Fruncí los labios, enfadada, y estampé el teléfono con un golpe seco al colgarlo.

Me dirigí al saloncito, echando pestes y poniendo verde al señor Spencer por el camino, y entonces, cuando entré y vi a Jacob, mis pies y mis cuerdas vocales se pararon en seco.

Nada más pasar el diáfano vestíbulo lo vi al primer golpe de vista, era muy fácil, tal y como habíamos decorado el saloncito.

Habíamos colocado el sofá color crema en la pared izquierda del salón, una de las paredes cortas de la sala rectangular, en ese rincón que todavía era amplio aun estando bajo la escalera y que estaba presidido por un gran cuadro vanguardista cuyo tema era un enorme y abstracto lobo rojizo; a Alice le había costado lo suyo encontrarlo, pero al final había dado con este en Italia, en una sala de subastas, y a mí me hizo muchísima ilusión cuando nos lo regaló —quién vería a Alice con un pañuelo en la cabeza y las gafas de sol, levantando su tablilla una y otra vez con avidez para conseguir el cuadro de un lobo; y quién le iba a decir a ella que acabaría haciendo eso por un metamorfo. Siempre que me imaginaba la escena, me hacía mucha gracia—. Junto al asiento, donde la inclinación ascendente de la escalera desaparecía y se fundía con el techo, se erguía una lámpara de pie, de acero, y delante del mencionado mueble pusimos una mesita lacada en rojo, para que hiciera juego con la

chimenea de ladrillo que hacía esquina en la pared con ventana de enfrente —donde habíamos colocado los dos butacones también color crema y la mullida alfombra de color gris—. La tele reposaba sobre un mueble bajo de dos cajones que estaba arrimado al trozo de paramento que quedaba entre las dos ventanas posteriores de la estancia, en la pared larga del saloncito que seguía a la del sofá y se unía con la de la chimenea; éste sostenía unas estanterías en el que habíamos puesto algunos de mis libros y un reloj. Todos los muebles y los cuadros que vestían las paredes eran de estilo moderno, los estores coincidían cromáticamente con la tapicería y la zona del sofá también era diferenciada por otra alfombra gris, aunque esta no era tan mullida como la de la chimenea.

Sí, al primer golpe de vista lo vi.

La televisión estaba encendida, pero él ni siquiera la estaba mirando. Su cabeza reposaba en el respaldo del sofá y su mirada estaba clavada en la lámpara del techo, con una mezcolanza de pesar y rabia.

Sus ojos se percataron de mi presencia y se despegaron del forjado para observarme a mí.

Me acerqué al sofá deprisa, me dejé caer medio aovillada a su lado y rodeé su cuello con mis brazos para darle un beso en la mejilla, parecía tan triste. Su mano más próxima enseguida se enganchó a mi cintura a la vez que giraba el rostro para encararlo al mío.

—Puedes ir con la manada, si quieres —le dije, pegando mi frente a la suya con los ojos cerrados a la vez que acariciaba su nuca con mis dedos.

—No quiero dejarte sola —murmuró.

—No tienes de qué preocuparte. Estaré bien, seguro que tus hermanos hacen lo que tienen que hacer.

—Por eso mismo. Confío en ellos, saben muy bien lo que hacen, así que no me necesitan para nada. Además, sólo es un vampiro, esto no es nada para nosotros.

Su nariz dejó escapar un suave, largo y casi silencioso suspiro. Abrí los ojos y me separé un poco de su rostro para vérselo mejor.

—¿Estás bien? ¿Quieres hablar de ello? —le pregunté.

Jacob bajó la mirada y cogió una de mis manos para enredar un poco con mis dedos.

—Pensarás que es una estupidez, pero es que esos lobos son como si fueran una especie de hermanos para nosotros. Bueno, ya sé que sólo son

animales, pero... —su frase se cortó cuando frunció los labios y otro largo suspiro salió por su nariz.

—Lo entiendo. Yo también estoy vinculada a ellos, en cierto modo.

—No sé cómo alguien puede hacer algo así —masculló, con rabia—. Me da igual que sea un animal y quien lo hizo un vampiro. Podía haberle matado primero y mutilarle después de muerto, para que ese pobre lobo no sufriera. No entiendo cómo se puede ser tan ruin y cruel.

No supe qué decirle. La horrible imagen de la cara de agonía de ese lobo se plantó en mi cerebro y me quedé sin palabras que pudieran explicar ese comportamiento tan sádico y reprobable.

—Lo siento, no sé qué decirte —confesé, con un murmullo—. Ojalá pudiera decirte algo que te consolara.

Jacob alzó la vista y clavó esos preciosos y grandes ojos negros en los míos. Ya notaba cómo me hipnotizaban.

—A ti no te hace falta decir nada, sólo tu presencia ya me hace feliz —susurró, dejando mi mano para acariciarme la mejilla con el dorso de sus cálidos dedos.

Le sonreí y acerqué mi rostro para darle un beso corto y dulce. Sin embargo, cuando separé mi cara un poco, Jacob levantó sus profundos ojos y éstos volvieron a engancharme con esa mirada penetrante. Mi semblante actuó solo, movido por esa fuerza que me llevaba hacia él, y no pude evitar regresar a sus labios para darle otro beso. Y otro, y otro, y otro, y otro...

Mi cuerpo ya se estremecía solamente con notar el suave y ardiente tacto de su boca. Mis mariposas agitaban las alas sin parar, completamente hechizadas, ya no había forma de pararlas. Rozaban las paredes de mi estómago y hacían saltar a mi corazón, que ya latía a mil por hora.

Sus sabios se quedaron quietos, dejándose hacer a gusto, mientras su aliento ya acariciaba mi boca, animado. Cuando me di cuenta, mi boca se entrelazaba con la suya lentamente y mordía su labio inferior con suavidad para jugar un poco, exhalando el aire con más que deseo, ya dejándose llevar por la energía mágica que nos rodeaba y que iba creciendo por momentos.

Llevé mi mano a su pelo y me arrimé más a él. Entonces, sus labios se cansaron de esperar y también comenzaron a jugar con los míos, moviéndolos a su antojo. Noté cómo sus palmas empujaban mi cintura y mi espalda para pegarme a su cuerpo, y la temperatura subió rápidamente.

Conseguí separar mis labios de los suyos, un poco a regañadientes, aunque sólo para tomarle de la mano, levantarme y tirar de él para que se pusiera de pie. Lo adosé a mí de nuevo y comenzamos a caminar juntos, dando tumbos, mientras seguíamos besándonos con pasión.

Entre que él me acorralaba en la pared y me bajaba los tirantes del camión, y yo le estampaba a él después para quitarle la camiseta interior, no sé ni cómo fuimos capaces de subir las escaleras y llegar a nuestro dormitorio.

El caso es que fuimos dejando un reguero de ropa por el camino y por fin llegamos a la puerta de nuestra habitación. Jacob abrió la manilla de espaldas, sin dejar de besarme en ningún momento, y yo cerré la puerta cuando pasamos, con un talonazo.

PRÁCTICAS

El calor, el olor y unos estupendos y cálidos dedos que pasaban a través de mi pelo, hicieron que mis sentidos salieran de su sueño y me despertara. Ronroneé, desperezándome, y ceñí aún más mis brazos sobre su espalda para apretarme contra él y achucharle otro poco. Jacob hizo lo mismo. Aún estábamos desnudos, así que no pude evitar estremecerme cuando noté su ardiente y sedosa piel tan pegada a la mía. Giré mi cara, todavía con los párpados cerrados para apreciarlo mejor, e inhalé el maravilloso efluvio de la piel de su pecho hasta que mis bronquios ya no se pudieron llenar más. Pero cuando abrí los ojos, los alcé y vi su hermoso rostro, fue mucho mejor. Sus grandes ojos negros y brillantes, penetrantes y dulces al mismo tiempo, me observaban como si hiciera un millón de años que no lo hubieran hecho. Mis mariposas ya querían escaparse con él. Todas las mañanas me pasaba igual, no sabía si seguía soñando. No podía creerme que un hombre como este estuviera imprimado y enamorado de mí, que todas las noches mi alma fuera libre entre sus brazos, que me despertara a su lado todos los días, que abriera los ojos y lo primero que vieses fuera ese hermoso semblante mirándome con ese amor y esa adoración. Casi me parecía estar en el cielo.

Aunque yo también debía de tener la misma cara que él, porque esbozó una de sus mejores sonrisas torcidas al verla.

—Buenos días, preciosa —murmuró.

Sí, si el cielo existía, debía de ser lo más parecido a esto.

—Buenos días —sonreí, aproximándome a sus labios y llevando mi mano a su nuca.

En cuanto acercó su rostro al mío y comenzó a besarme, mi cuerpo empezó a reaccionar como siempre. Era inevitable, y tan fácil.

Hoy era sábado y teníamos toda la mañana para nosotros, puesto que Jake no tenía que irse a trabajar y también era su día libre en la manada.

Desde que Jacob había encontrado un empleo a media jornada como mecánico en un taller de Port Angeles, patrullaba menos horas. Yo lo prefería, la verdad, así él no estaba en peligro tanto tiempo y me iba a clase más tranquila. Su jefe, el señor Farrow, era un poco estricto, pero era un buen hombre y no pagaba mal. Al principio, no estaba muy seguro de contratar a un chico de veinticuatro años sin estudios ni título alguno relacionado con el mundo de la mecánica, sin embargo, en cuanto vio la destreza y el talento de Jake dentro del compartimento del motor, no lo dudó ni un instante y le dio una oportunidad. Las buenas artes de Jake con la mecánica, la labia y el carisma que derrochaba y le caracterizaba, hicieron que en sólo tres meses se ganara al señor Farrow, tanto, que ahora incluso era su ojito derecho. Por eso Jacob solamente trabajaba de lunes a viernes y había conseguido que su jefe le dejara los fines de semana libres.

Aunque habíamos pasado buena parte de la noche deshaciendo la cama, aprovechamos la mañana para deshacerla un poco más.

Tanto como había criticado a mis padres por su fogosidad y apasionamiento, y ahora nosotros éramos peores que ellos. Nuestra vida sexual no era activa, era activísima. Puede que fuera porque solamente llevásemos pocos meses viviendo juntos, pero teniendo a un hombre como Jacob a mi lado, con esa forma de ser y ese cuerpazo perfecto, era completamente imposible resistirse, aparte de la energía que nos rodeaba y que, encima, nos incitaba aún más.

Cuando conseguimos convencernos el uno al otro de que ya era hora de levantarse, y después de charlar y jugar un poco en el lecho, nos levantamos.

Como la ducha era bastante grande, nos duchamos juntos para ahorrar agua, aunque acabamos jugueteando otro poco bajo la misma.

En cuanto terminamos, abrí la mampara y cogí mi toalla.

—Espera —me paró cuando la extendí.

Me la quitó y me la puso por encima de los hombros. Se arrimó a mí por detrás y me rodeó con sus brazos para cubrirme bien con ella y arroparme. Su abrazo fue cálido y acogedor, como él. Después, me dio un beso en la sien que me puso todo el vello de punta.

—Gracias —sonreí, girando un poco el rostro para mirarle y darle un merecido beso.

Fue corto, pero tan dulce.

Salí de la ducha y le pasé su toalla. Sequé un poco mis pies con la toallita del suelo y me calcé con las zapatillas de baño para quitarme de ahí y dejarle sitio a Jake.

Mientras él salía de la ducha y se secaba el pelo, yo me acerqué a la lavadora; sobre ella dejábamos siempre la ropa preparada para vestimos.

Terminamos de secarnos y nos vestimos. Me desenredé el pelo y me lo peiné, pero opté por dejar que se secara al aire, no tenía ganas de pelearme con el secador, y, además, mi rizo natural me quedaba bastante bonito, la verdad.

Y entonces, cuando estábamos a punto de salir por la puerta, caí en una cosa.

—¡La colada! —exclamé, con pesar, acercándome corriendo a la lavadora y abriendo el tambor—. Ayer se me olvidó tenderla —saqué una de las prendas y la levanté—. Genial, ahora está toda arrugada.

—Bueno, no te preocupes, ya la tiendo yo —dijo Jake, apartándose del sitio con suavidad—. Tú ve haciendo la cama.

—Pero si la colada me tocaba a mí.

—Bah, da igual —cogió el barreño de la colada y empezó a sacar la ropa, depositándola en él—. Vete, vete, ya me encargo yo —insistió, haciendo gestos con las manos para que me fuera.

Fruncí el ceño, un poco extrañada. Lo de la colada no es que fuera de las tareas favoritas de Jacob, y mucho menos tender la ropa. Eso siempre le daba bastante pereza. Aún así, no le di más importancia, a lo mejor sólo quería ser amable.

—Bueno, vale —acepté—. Pero acuérdate de poner el plástico, parece que va a llover.

—Que sí, que sí. Vete ya —se rió.

Volví a fruncir el ceño, aunque en esta ocasión sonriendo, y salí del cuarto de baño.

Estaba empezando a hacer la cama, cuando escuché los acelerados pasos de Jake por el pasillo; bajó las escaleras a toda prisa y acto seguido se escuchó el portazo de la puerta de casa.

—¿Pero qué le pasa hoy? —me reí para mí.

Una vez que rehice el lecho, terminé de acondicionar el edredón, coloqué los cojines y cerré la ventana.

Bajé las escaleras y, en cuanto llegué al vestíbulo, llamé a Brenda para contarle mi *agradable* experiencia con el padre de Helen y lo poco

que me había servido, pues no había conseguido averiguar nada sobre nuestra amiga. Después, me dirigí a la cocina.

Nada más llegar allí, Jacob entró en casa. Escuché sus pasos de nuevo hacia el baño, probablemente para dejar el barreño, y luego bajaron las escaleras de tres en tres hasta que se pararon en el vestíbulo.

Marcó un número en el teléfono fijo y se puso a hablar con alguien; enseguida descubrí que era Leah y que le estaba preguntando por el vampiro de ayer. Al rato, colgó y vino hasta la cocina.

—Bueno, ¿qué desayunamos hoy? —preguntó, con su ánimo de siempre, pasando por la puerta mientras se frotaba las manos.

—Iba a preparar tortitas, ¿te apetecen?

—Claro —exclamó, rodeando mi cintura para darme un beso corto—. Pero también voy a preparar unos huevos revueltos, hoy tengo un hambre voraz, ¿quieres tú también?

No me extrañaba que tuviera hambre. Ayer nos habíamos ido a la cama sin cenar, y después de todo lo de anoche y esta mañana...

—Sí, vale. La verdad es que yo también tengo bastante hambre —reconocí, sonriendo, mientras agitaba la masa que ya había empezado a hacer en el recipiente redondo de cristal.

—De acuerdo —aceptó, con alegría.

Se separó de mí y se dirigió a la nevera para coger los tropecientos huevos.

—¿Qué te ha dicho Leah? —inquirí—. ¿Atraparon al vampiro?

—Sí —respondió, con una enorme sonrisa de tranquilidad—. Lo pillaron en el Parque Nacional de Olympic y le dieron su merecido.

—Me alegro —sonreí yo también.

—Lo único malo es que no pudieron recuperar la pata del lobo y no podremos enterrarla con el resto del cuerpo —declaró, sacando la sartén de su sitio—. Debí de asustarse y deshacerse de ella en algún sitio, o no sé, puede que se la tragara.

—Bueno, el caso es que ese vampiro se ha llevado lo suyo y no volverá a maltratar a ningún animal —y me acerqué a él para darle un beso en la mejilla, a lo que él me correspondió con otro en los labios y una sonrisa.

—De todas formas le preguntaré a Carlisle si sabe el por qué de ese comportamiento —declaró, vertiendo el aceite en la sartén.

—¿Para qué? Ya le habéis pillado.

—Ya, pero ahora tengo curiosidad —y se encogió de hombros.

Hicimos las tortitas, más los huevos revueltos con beicon. Desayunamos tranquilamente, entre charlas y risas, y después recogimos la cocina.

En cuanto dejé el trapo en su sitio, Jake me cogió de la mano.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —anunció, con otra sonrisa gigante, tirando de mí hacia el vestíbulo.

—¿Una cosa? ¿El qué? —quise saber, riéndome por su contagioso entusiasmo.

—Ya lo verás.

Abrió la puerta de casa y me llevó a la parte lateral izquierda de la vivienda.

—¿A dónde vamos? —pregunté, intrigadísima.

—Al garaje.

—¿Al garaje? ¿Para qué?

—Ah, ya lo verás —se rió.

De la que llegábamos al garaje, no pude evitar echarle un vistazo a las cuerdas del tendal, que estaban justo al lado. Normalmente, Jacob siempre tendía la ropa de cualquier manera, pero hoy estaba peor que nunca. Se notaba que las había colgado con prisa, en algunas prendas ni se había molestado en poner pinzas. En fin, por lo menos estaban tendidas y se había acordado de poner el plástico por encima. No le dije nada, si le regañaba, ya tendría una excusa para no volver a hacerlo más. Además, había cosas que a mí también se me daban mal y que a él, en cambio, se le daban de maravilla, como, por ejemplo, planchar. A mí eso sí que me aborrecía, sin embargo, a Jacob no le importaba hacerlo. Tardaba muchísimo, pero luego la ropa le quedaba perfecta. Yo no tenía tanta paciencia.

Los dos paneles de chapa que hacían las veces de portón estaban abiertos de par en par. Eso ya era raro, porque solía estar abierto solamente uno. Antes de que me diera tiempo a preguntar la razón, Jake se colocó detrás de mí con rapidez y me tapó los ojos.

—Jake, ¿qué es esto? —me reí.

—Ya lo verás, es una sorpresa —repetió—. Camina un poco más, que yo te guío.

—¿Una sorpresa?

—Aquí, ya llegamos —me avisó, obligándome a pararme con él—. Bueno, ¿no te imaginas lo que es?

Una sorpresa... Algo dentro del garaje...

Mi boca tomó aire con precipitación, del asombro repentino que me entró cuando me imaginé lo que era.

—No puede ser. ¿No será...?

—Ajá.

Y Jacob por fin retiró sus manos de mis ojos, para que comprobaran por ellos mismos lo que había adivinado.

Era mi pequeño Ford Festiva del 90, y tenía el capó abierto.

Nos había costado mucho encontrar algunas piezas y recambios, y eso que ahora que Jake trabajaba en ese taller tenía contactos, pero al final lo habíamos dejado impecable. El blanco de la chapa brillaba y relucía como si estuviese recién sacado de fábrica, los tapacubos también los habíamos pintado en blanco, y le habíamos puesto unas fundas nuevas a los asientos que eran de color gris y llevaban un ribeteo en rojo, a juego con las alfombrillas, también recién compradas. Mi *forito* no se parecía nada a aquel vehículo viejo y cochambroso que habíamos conseguido por una ganga en uno de esos puntos de venta de ocasión y que casi estaba para llevarlo al desguace. El esfuerzo y las largas horas de trabajo en el garaje de casa habían merecido la pena, aunque, en realidad, me lo había pasado muy bien, sobre todo por estar junto a Jake. La mecánica me fascinaba de verdad, hasta el olor de la grasa me gustaba.

Pero lo único que le faltaba a mi coche era algo que estaba inservible y que habíamos tenido que tirar, lo más importante, el corazón de un coche: el motor. Y ahí estaba, en su sitio. Estaba tan brillante, que relucía como un espejo.

—¡Mi motor! —exclamé, con alegría—. ¿Pero, cómo...? ¿Cuándo...?

Me acerqué al capó y asomé la cabeza para verlo mejor.

—¿Recuerdas esas horas extra que he tenido que hacer durante este mes? —preguntó, poniéndose a mi lado.

—Sí... —asentí, sorprendida y expectante.

—Bueno, pues se las pedí yo al señor Farrow para poder pagar este precioso motor —declaró, dándole unos golpecitos al susodicho—. Este trasto llegó hace un mes al taller y le pregunté a mi jefe si podía guardármelo. Le dije que yo haría unas horas de más para comprárselo y él me contestó que si se lo pagaba, no tenía ningún problema. Así que hace dos días lo compré, me lo traje y ayer lo puse antes de ir a buscarte. Limpié tu moto y tapé el coche con la lona para que no sospechases nada.

—Jake, no... no sé qué decir —murmuré, algo emocionada—. No tenías por qué haberlo hecho, lo hubiéramos comprado entre los dos.

—¿Qué dices? Ni hablar, entonces no hubiese sido una sorpresa, y esta preciosa carita no me la pierdo por nada del mundo —aseguró, alzando mi rostro con la mano.

Me lancé a su cuello para besarle con efusividad y él no tardó nada en corresponderme y en apretarme contra su cuerpo, todo fue totalmente sincronizado, como siempre lo era todo entre los dos. Después de saciar mis ganas de comérmelo y mi alegría con sus labios durante un rato, logré despegarme para mirarle, eso sí, tuve que respirar bien hondo para recomponerme y bajar de mi nube.

—¿Por eso saliste a tender la ropa? ¿Para abrir el portón y levantar el capó? —sonreí.

—Pues sí —se rió—. Con la pereza que me da a mí eso.

—Ya decía yo...

Jake volvió a reírse.

—Es un motor de segunda mano, pero está muy bien —afirmó, mostrándome una preciosa sonrisa de satisfacción—. ¿Quieres que lo ponga en marcha para que veas cómo ruge?

—¡Por favor! —le rogué, entusiasmada.

Jacob se rió con más satisfacción todavía, se separó de mí y se metió en el coche, dejando la puerta abierta para hablar conmigo. Lo puso en marcha e hizo sonar el motor, dándole acelerones sin embragar el vehículo ni quitar el freno de mano.

Aquello no rugía, atronaba.

—¡Jake, suena genial! —alabé, con entusiasmo—. ¡Me muero por probarlo!

—Pues, hala, vamos —y me instó a subirme al coche haciéndome una señal con los dedos.

—¿Ahora? —la alegría se me iba a salir por los ojos.

—Claro, ¿por qué te crees que abrí el portón? ¿Para que ventilase esto? —se burló—. Además, cuanto antes aprendas a conducir, antes te podrás presentar al examen. Así que, venga, baja el capó y vamos —dijo, abriéndome la puerta del copiloto y acto seguido cerrando la suya.

—Qué guay. Ayer clase de moto y hoy clase de coche —me reí, dejando caer el capó para cerrarlo. Me aproximé al lado derecho del forito con celeridad y me senté en el asiento—. ¿Y ya tiene gasolina? —interrogué, cerrando mi puerta.

—Por supuesto, nena —afirmó, con su preciosa sonrisa torcida—. Ayer lo dejé todo preparado y listo para funcionar.

—Ya lo veo, ya —sonreí, dándole un beso en la mejilla.

Se volvió a reír con satisfacción y comenzó a sacar el coche del garaje.

Comprobé que mi humilde forito iba como la seda durante la conducción de Jacob. Lo llevó por la carretera de Mora, pues en esta época era menos transitada, hasta que llegamos al parking de Rialto Beach. Allí dio la vuelta y detuvo el vehículo.

Salimos del coche y cambiamos los puestos. Yo tuve que llevar mi asiento un poco hacia delante para llegar a los pedales, y él tuvo que llevarlo un poco hacia atrás para que sus rodillas no chocasen con la guantera.

Me abroché el cinturón de seguridad, calibré bien los espejos —el de la derecha con la ayuda de Jake— y esperé a las instrucciones de mi chico.

—Bueno, ¿llegas bien a los pedales y al volante? —me preguntó.

—Sí —asentí, comprobándolo bien.

—Los intermitentes, luces y todo eso ya lo tienes controlado, ¿no?

—Ajá.

—Vale. Ahora atenta. Pie izquierdo, embrague. Pie derecho, acelerador y freno. El pedal del medio es el freno y el de la derecha, el acelerador, ¿de acuerdo?

Giré mi rostro hacia él y puse los ojos en blanco.

—Sí, eso ya lo sé. Hasta ahí llego —afirmé, con sarcasmo.

—Una cosa es saber de mecánica, y otra muy distinta conducir un coche —alegó, también con ironía—. Venga, que te vea yo lo bien que lo haces.

—Está bien —y pisé los tres pedales con sus pies correspondientes para demostrárselo, y tenía que reconocer que, además, para familiarizarme.

—Bueno, para cambiar de marcha tienes que mantener el embrague bien pisado, hasta abajo. Pisa el embrague y mantenlo así —eso hice—. Bien —cogió mi mano derecha con su izquierda, me la colocó en la palanca de cambios y, sin quitar la suya de encima, la guió para que metiera las marchas—. Primera..., segunda..., tercera..., cuarta..., quinta... y marcha atrás. ¿Ves cómo lo hago? —y empezó a repetir las mismas acciones—. Con suavidad, sin forzar, con empujar un poco la palanca, la marcha entra sola. Ahora hazlo tú —y dejó mi mano desnuda, sobre aquella palanca extraña.

—Primera..., segunda..., ter... —la palanca quería negarse a entrar en su sitio.

—Sólo empújala —volvió a poner su mano encima de la mía, la empujó con suavidad y la palanca entró en la marcha—. ¿Ves? Es llevarla hacia ahí, nada más.

Dejó mi mano libre otra vez y probé de nuevo.

—Primera..., segunda..., tercera..., cuarta..., quinta... y marcha atrás.

—Genial, pequeña —me alabó, con una sonrisa—. Hazlo otra vez.

Empujé la palanca con suavidad y metí primera, segunda, tercera, cuarta, quinta y la marcha atrás, sin mayores problemas.

—Creo que ya le pillé el tranquilo —declaré, contenta.

—Bueno, eso ya lo veremos ahora. Ponlo en punto muerto, pisa el embrague y el freno, y arranca.

—Vale.

Dejé la palanca de cambios en punto muerto, hundí los pedales del freno y del embrague hasta abajo y giré la llave en el contacto.

La mezcla de aire-combustible de las cámaras de combustión de los cilindros explotó gracias a la chispa eléctrica que saltó en el electrodo de la bujía y el motor de cuatro tiempos de mi forito arrancó a la primera.

Sonreí con satisfacción y Jacob lo hizo con más. Eso era música para nosotros.

—Vale. Ahora quita el freno de mano, pero no dejes de pisar el embrague y el freno. Luego, mete primera.

—Sí.

Pulsé el botón de la palanca del freno con el pulgar, la empujé hacia abajo y después alcé la mano para meter primera.

—Ahora pon atención —dijo, alzando las dos manos en el aire como instándome a la calma, cosa que me hizo un poco de gracia—. Manos en el volante, y muy, muy despacio, vas levantando el pie del embrague a la vez que aceleras también muy suavemente.

—¿Esto también es una granada? —bromeé.

Jake se rió.

—No, lo único que puede pasar es que se te cale.

—Ah, bueno.

—Venga, venga, hazlo —me azuzó.

—Voy, voy.

El coche cabeceó hacia delante y se caló.

—No, mira —volvió a alzar las manos y las extendió con las palmas hacia abajo—. Tu pie tiene que soltar el embrague muy despacio a la vez que el otro acelera suavemente —me instruyó, gesticulando con las manos para enseñarme cómo tenía que mover mis pies—. Así, ¿ves? Los dos al mismo tiempo.

—Vale —asentí.

—Arráncalo otra vez e inténtalo de nuevo —me instó, poniéndolo en punto muerto y girando la llave del contacto para apagar el vehículo.

Arranqué el coche como me había enseñado antes, metí primera, tomé aire y, con él retenido en mi pecho, levanté el pie del embrague más lentamente a la vez que pisaba el acelerador igual de suave.

El Ford comenzó a moverse, temblequeando en una serie de pequeñas sacudidas, hasta que aceleré un poquito más y solté el embrague del todo, entonces el vehículo consiguió avanzar con un rodamiento uniforme y estabilizado.

Jake pasó su brazo izquierdo por detrás de mi respaldo y se arrimó a mí.

—Pisa el embrague y mete segunda —me dijo, sujetando un poco el volante con su mano derecha, por si acaso el Ford se me fuera.

Hundí el pie izquierdo en el pedal y llevé la palanca de cambios hacia abajo. La marcha entró sola.

—Muy bien, nena —encomió, dándome un beso en la mejilla—. Señala a la derecha, que vamos a girar para salir del parking.

—Sí.

Empujé la palanca izquierda del volante hacia arriba; el testigo verde parpadeante en forma de flecha y el ruidito del intermitente me indicaron que lo había hecho correctamente.

—Bien, ahora, como tienes que detener el coche del todo para hacer el stop, tienes que frenar suavemente pisando también el embrague, para que no se te cale.

—Vale.

Hice lo que me mandó y mi forito blanco se detuvo sin problemas frente al cruce.

Metí primera e inicié la marcha con el mismo temblequeo de antes, pero, al igual que hace un momento, conseguí controlarlo y pude girar a la derecha sin problemas, eso sí, con Jacob pendiente de mis movimientos todo el tiempo. Cambié a segunda y seguí avanzando por la carretera.

—Muy bien, preciosa —me alabó Jake—. Ahora mete tercera y ve despacio.

—De acuerdo —acepté.

Pisé a fondo el embrague y llevé la palanca de cambios hacia delante. Cuando levanté el pie izquierdo del pedal, el coche se sacudió violentamente y embistió de cabeza con fuerza, a la vez que el motor rugía enrabiado, aunque el coche no se detuvo y seguimos la marcha, si bien el vehículo iba muy forzado.

—¿Qué ha pasado? —quise saber, asustada.

—Nada —se rió Jake—, que has metido primera en vez de tercera.

—Oh.

—No pasa nada —me calmó, cogiendo mi mano derecha para ponerla en la palanca de cambios otra vez—. Cambia a segunda, acelera un poco y luego mete tercera.

Jacob siguió con su mano sobre la mía, pero dejó que yo llevara a cabo las acciones. Metí segunda, el motor descansó un poco, y después cambié a tercera, esta vez, bien.

Respiré tranquila cuando vi que el forito marchaba como es debido.

Continué por la carretera de Mora, siguiendo las instrucciones de Jacob al dedillo.

A diferencia de ayer con la moto, en esta ocasión no tuve ningún percance importante, salvo que se me caló un par de veces al salir de una cuesta, aunque finalmente conseguí arrancar y avanzar, eso sí, con mi chico a mi vera todo el tiempo haciéndome esos gestos con las manos, imitando lo que mis pies deberían hacer, y controlando el freno de mano por si tenía que clavarlo para que no se me fuera el coche hacia abajo.

Fue la única vez que se me resistió una cuesta, ya que enseguida le pillé el tranquilo a la mecánica de conducir. Jake sonreía todo orgulloso, diciendo que se notaba que era su alma gemela; eso me levantó el ánimo y me llenó de confianza.

Nos pasamos toda la mañana practicando con el Ford, recorriendo la carretera de Mora una y otra vez. Íbamos del parking de Rialto Beach al cruce donde desembocaba la calzada y la unía con la carretera de La Push, y allí dábamos la vuelta para ir al parking de nuevo, cosa que me servía para practicar la marcha atrás.

En ese parking, Jake me enseñó a aparcar: de frente, hacia atrás, de lado... Y cuando ya lo hacía más o menos bien —no sé por qué, pero eso

de aparcar se me resistía—, nos dirigimos de nuevo a recorrer la carretera de Mora.

Hasta que al llegar al dichoso cruce esa enésima vez Jake me dijo que girase a la derecha. Entonces obedecí encantada y llevé yo misma mi precioso forito blanco a casa.

Toqué el claxon a modo de saludo cuando pasamos por delante de casa de Billy, el cual estaba en el porche y sonrió al vernos, seguí por el estrecho sendero que daba a nuestra casita y aparqué frente al garaje.

Me quité el cinturón de seguridad con una amplia sonrisa y me lancé a los brazos de Jake para abrazarle y besarle. Me costó, pero conseguí despegarme de él, aunque me quedé con mis brazos rodeando su cuello, bien pegada a su cuerpo.

—Gracias por todo —le dije—. Has tenido mucha paciencia.

—¿Qué dices? —cuestionó, con esa preciosa sonrisa suya—. Pero si lo has hecho genial. Mira, mañana iremos por Forks para que practiques un poco los semáforos, carriles y todas esas cosas.

—¿Por Forks? ¿No será un poco pronto?

—Qué va. Te será muy fácil, ya lo verás —aseguró, con total confianza, metiéndome el pelo detrás de las orejas—. Si lo haces tan bien como hoy, podrías presentarte al examen la próxima semana.

—¿Tú crees? —sonreí.

—Por supuesto que sí, preciosa.

—Lo dices para halagarme —dudé.

—Que no. Te lo digo en serio, nena, nunca jamás he visto a nadie manejar un coche tan bien en una sola mañana. Tengo una chica listísima, aunque, claro, siendo mi alma gemela... —presumió, con una sonrisa torcida.

Me salió una risilla. Le abracé de nuevo y nos besamos otra vez.

Después de volver a obligarnos a separarnos, salimos de mi Ford blanco y entramos en casa. Preparamos algo rápido para comer, hicimos un poco de sobremesa para reposar la comida y nos marchamos otra vez al garaje, aunque esta para coger las motos.

Las llevamos al mismo sitio que el día anterior y nos pasamos toda la tarde del sábado practicando con ellas.

Conducir me gustaba mucho, pero tenía que reconocer que lo de la moto me apasionaba. Tal vez fuera el hecho de notar el viento en la cara a modo de libertad, o quizás fueran esas carreras que nos echábamos Jake y yo, si bien no me dejaba ir demasiado deprisa todavía. El ir en moto con

Jake implicaba que los dos estábamos haciendo lo mismo, interactuando a la vez en una misma acción, y eso me encantaba.

La fiesta se terminó cuando empezó a llover y, además, con ganas, aunque ya había oscurecido bastante e íbamos a tener que dejarlo igualmente. Llevamos las motos al garaje y nos metimos en casa.

Una vez más, la noche del sábado y parte de la mañana del domingo la dedicamos para repetir lo mismo que habíamos hecho el día anterior, con lo que nos levantamos tarde. Aún así, nos dio tiempo a ir a Forks para practicar con mi forito.

Por la tarde Jake tuvo que marcharse con la manada para patrullar, así que yo aproveché para hacer unos deberes que tenía pendientes y estudiar un poco en el saloncito. Últimamente me había vuelto más aplicada en los estudios. No es que me importase especialmente el sacar mejores o peores notas, pero estudiar era una de las maneras de estar entretenida con algo para no pensar demasiado en el peligro que corría él. Sabía que la manada era muy numerosa y que Jake gozaba de mucho poder por ser el Gran Lobo, era muy difícil que le pasara nada, sin embargo, desde que había pasado todo aquello con los Vulturis y había salido todo su poder espiritual, se había corrido la voz y cada vez venían más vampiros nómadas para enfrentarse a él y tratar de vencerle. Eso no me tranquilizaba nada de nada.

Al poco de anochecer, que ahora en invierno era temprano, respiré aliviada cuando lo vi aparecer por la puerta, y así se lo hice ver con mi enorme abrazo y el interminable beso que le di acto seguido.

Pronto nos fuimos al cuarto del ordenador para hablar un poco con mi familia y Jake aprovechó para preguntarle a Carlisle si sabía de la razón que podía llevar a un vampiro a arrancarle la pata en vida a un pobre lobo. Mi abuelo no dio con ninguna respuesta lógica y lo achacó a “simple y horrenda crueldad”, a lo que Jake contestó con un “maldito chupasangres” entre dientes.

Estuvimos cerca de una hora de cháchara con mi familia, hasta que no nos quedó más remedio que cortar la conexión, pues habíamos quedado con algunos de los chicos para que vinieran a casa a jugar con la consola, que ya se estaba convirtiendo en todo un ritual obligado de los domingos. La consola había sido uno de los regalos que mis padres le regalaron a Jake por su cumpleaños. No es que fuéramos los únicos que tuviéramos una aquí en La Push, pero nadie tenía el enorme surtido de juegos de deportes y acción que venía añadido en el lote.

Los hermanos de Jake no tardaron en llegar, y se presentaron puntuales. Picaron al timbre quinientas veces a modo de broma y mi chico les abrió. El alboroto no tardó en notarse. Quil, Claire, Embry, Seth, Brenda, Paul, Rachel, Shubael, Isaac, Canaan, Sarah, Jared y Kim entraron entre risas, bromas y esa camaradería típica quileute mientras cargaban con dos neveras portátiles llenas de cervezas sin alcohol y portaban un montón de comida para quedarse a cenar.

El sofá de tres plazas lo ocupamos las féminas —Brenda y yo tuvimos que conformarnos con los brazos del mismo— y los chicos se repantigaron por la alfombra como pudieron, apartando la mesita roja de enfrente para que sus largas piernas entraran. Después de ese pequeño jaleo de organización, nos sorteamos los turnos de juego y nos pusimos a jugar.

HELEN

—¡Toma! —gritó Quil, alzando el puño al aire como signo de victoria.

—¡Mierda! —protestó Canaan, pasándole ya el mando a Rachel, que era la siguiente.

—No cantes victoria tan pronto, primo, que ahora me toca a mí —le dijo ella.

—Ja —se burló Quil.

—Es buena, te lo advierto —afirmó Jake, llevándose el botellín de cerveza a la boca mientras yo seguía pasando los dedos por su pelo.

—Déjalo, hermanito. El movimiento se demuestra andando.

—Te voy a dar una paliza —amenazó Quil.

—Eh, no te pases —le advirtió Paul, dándole un empujón en el brazo.

—Tío, era en sentido figurado —se defendió.

Jake se llevó la mano a la cara y se rió de la confusión de Paul. Su cuñado le reprendió a él también, dándole otro empujón.

Quil y Rachel empezaron la partida.

—¡Ahí te va, mi llave especial! —voceó Quil, con entusiasmo.

—¡De eso nada! ¡Toma patada!

—Jake, ¿me pasas una cerveza? —le pedí.

—Claro.

Su espalda dejó el espacio de entre mis piernas, despegándose de los bajos del sofá que le hacían las veces de respaldo, y ladeó su torso, estirándose un poco. Abrió una de las neveras portátiles, cogió un botellín, secándolo un poco con un trapo que habíamos traído de la cocina con ese fin para que el agua no gotease por toda la alfombra, y le quitó la chapa.

—Toma —me la pasó, apoyándose otra vez en el sofá.

—Gracias —y le revolví el pelo a modo de caricia juguetona.

—¡Mierda! —se quejó Quil.

—¿Lo ves? Te dije que era buena —aguijoneó Jake.

—Sí, ya lo veo —reconoció, a regañadientes.

—Has perdido —se burló Claire.

—Ya, ya. Pero la próxima vez, ganaré —juró él.

—Bueno, ¿quién es el siguiente? —preguntó Rachel.

—Yo —levanté la mano y le pasé la cerveza a mi chico.

—¡Uf! ¡Duelo de titanes! —exclamó él, riéndose con una malicia traviesa.

—Te voy a machacar —afirmó Rachel.

—Eso ya lo veremos, guapa —le rebatí, con competitividad, mientras le cogía el mando a Quil.

—¡Uah! ¡Esto va a ser muuuuy interesante! —se rió Jacob, posando los botellines en el suelo para frotarse las manos.

—Si se pusieran en bikini y trajéramos un poco de barro, sí que sería interesante —soltó Shubael, mirando con picardía al horizonte como pensando en ello.

El cuerpo del quileute fue zarandeado, primero por el empujón que le dio Jake en el brazo, que lo llevó a un lado, y después con el siguiente de Paul, que le llevó al otro.

—Qué cerdo, siempre pensando en lo mismo —le reprendió Sarah, poniendo cara de asco.

—Ni que lo digas —asintió Isaac—. Y lo peor es que los demás tenemos que aguantar esas fantasías guarras que tiene a todas horas.

La cara de Sarah pasó a ser de repugnancia total.

—Tú sí que estás para hablar —le achacó Shubael—. Tus pensamientos son películas porno directamente.

—¡Por favor! ¡Hay una niña delante! —les riñó Quil.

—¿Qué son películas porno, Quil? —quiso saber ella.

—Genial —masculló su imprimado, con disgusto—. Sois un par de idiotas, ¿lo sabíais?

—Mira que sois burros —les criticó Rachel.

Isaac le dio una colleja a Shubael por su metedura de pata y éste se la devolvió por la suya.

—Dí, ¿qué son? —azuzó la niña, dándole palmaditas en el hombro.

—Pues... son unas películas muy feas donde sale gente muy rara y... —pensó durante un par de segundos— hay muchos monstruos que hacen cosas muy malas y muy desagradables.

—Hombre, desagradables... —dudó Shubael.

Ahora fueron todos los que le dieron la merecida colleja.

—¿Son películas de miedo? —continuó Claire.

—Sí, eso. De terror, así que no las pueden ver las niñas.

Claire se quedó pensativa.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que has visto alguna? —inquirió, con inocencia.

Se me había olvidado lo lista que era esta niña.

Quil se puso pálido y el saloncito estalló en una risotada.

—Apuesto cinco dólares por Nessie —dijo Jared, para ver quién se apuntaba a su reto y para desviar la atención a otro tema, cosa que Quil le agradeció en el alma.

—Pues yo por Rachel —picó Embry.

—Hecho —aceptó el primero.

Y los dos chocaron los puños.

—¿Estás preparada? —inquirió mi futura cuñada.

—Cuando quieras.

Ambas apretamos el botón de inicio y nuestros luchadores de *Pressing Catch* comenzaron a moverse en el cuadrilátero.

—Venga, nena —me animó Jake, girando medio cuerpo para acariciar mi muslo, aunque sin quitarle ojo a la pantalla.

—Vamos, cariño —alentó Paul a Rachel, haciendo lo mismo.

—Oh, ¿ya vais a empezar vosotros dos con lo de siempre? —se quejó Seth, entre risas.

Mi chico y Paul se dedicaron una mirada provocadora de reojo que ya respondía a su hermano de manada.

Me salió una risilla.

—¡Prepárate para recibir! —gritó ella mientras su luchador ya saltaba desde las cuerdas y se caía encima del mío.

—¡Muy bien, cielo! —alabó Paul, riéndose.

—¡Ja, de eso nada! —contradije.

Toqué dos botones más y conseguí que mi personaje se levantara y le propinara una llave con patada al suyo, haciendo que saliera despedido del cuadrilátero.

—¡Sí, dale caña, preciosa! —se carcajeó Jake, acariciándome con más brío.

—¡Vamos, tú puedes, cariño! —trató de levantar Paul, aunque ya se mordía el labio al ver cómo mi luchador agarraba de los pelos al de Rachel y lo lanzara dentro de las cuerdas.

—¡Sigue así, pequeña! —continuó animándome mi chico.

—¡Levántate, Rachel!

—¡No puedo! —lamentó ella.

—¡Ahora, ahora! ¡Dale! —siguió Jake.

—¡Y ahí tienes mi lluvia de patadas mortales! —exclamé, con entusiasmo, ante mi más que evidente victoria.

—¡No vale! —se quejó Rachel, imitando el tono de un lloriqueo—. ¡Eres mitad vampiro, juegas con ventaja!

Me carcajé con malicia, totalmente satisfecha.

El tubito que se llenaba a medida que mi luchador golpeaba y que indicaba los puntos, se coloreó del todo y la pelea terminó con mi personaje alzando los puños al aire mientras que mi rival quedaba tendido en el suelo con un cartel sobre él que ponía *game over*.

—¡Síiiiiiiii! —gritó Jake, entre carcajadas maléficas, poniéndose de pie de un salto y levantando los brazos como mi luchador.

—Oh, vamos, no exageres, ¿quieres? —protestó Paul.

Mi chico se inclinó hacia mí para darme un beso y Embry le dio los cinco dólares a Jared no muy contento, a diferencia de éste, que sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? ¿Te fastidia? —se burló Jake, sentándose de nuevo.

—Bah, pásame una de esas empanadillas que hizo Rachel, anda.

—¿Qué te crees que soy, tu criada? —protestó él—. Cógelas tú, ya sabes dónde están.

—¿Vais a empezar a discutir? —volvió a quejarse Seth.

—No te preocupes, Paul, yo las traeré —intervine—. En realidad, creo que traeré toda la comida, ya es hora de que cenemos.

—Gracias, cuñadita —me sonrió.

—Pero si tienes que seguir jugando —señaló Jacob.

—Te paso el testigo a ti —y le di el mando más un beso en la cabeza mientras me ponía de pie.

—Bueno, como quieras —aceptó, de buen grado.

—Espera, te ayudo —se ofreció Brenda, levantándose del otro brazo del sofá.

—Vale —asentí, con una sonrisa.

Las demás chicas ya empezaban a levantarse para unirse a nosotras.

—No, no hace falta que vengáis —les paré, riéndome al ver cómo intentaban salir de entre todos esos corpachones que tenían debajo de su asiento—. Brenda y yo nos las arreglamos, tranquilas.

—¿Seguro? —inquirió Sarah, con el trasero en alza.

—Seguro, no os preocupéis —afirmé, comenzando a caminar hacia la cocina junto a Brenda—. Y tú defiende mi título bien, ¿eh? —le dije a Jake de camino.

—Descuida, nena —asintió, ya metido en el juego totalmente.

Mi amiga y yo entramos en la cocina y nos acercamos a la meseta para sacar la comida de las enormes bolsas de tela que habían traído los quileute.

El griterío del saloncito llegaba hasta la cocina, llenándola de alegría.

—¿Sabes algo de Helen? —aproveché nuestra soledad para preguntarle a Brenda.

—No —negó con la cabeza—. Esta mañana la llamé al móvil y a su casa, pero nada. Y tampoco contesta a mis correos.

—No sé, ya estoy empezando a preocuparme de verdad —confesé, con inquietud, mientras sacaba los herméticos donde estaban las famosas empanadillas de Rachel—. Me parece muy raro que Helen no nos coja el teléfono, ni conteste a los correos, ni se quiera poner. ¿Le habrá pasado algo grave? Porque si es así, seguro que su padre no avisa a nadie.

—Bueno, ayer el señor Spencer te dijo que estaba en casa, ¿no?

—Sí, pero ¿y si Helen está en el hospital y no nos lo ha dicho? —manifesté, mordiéndome el labio con preocupación—. Ese hombre es tan raro...

—¿Y por qué iba a estar en el hospital? —cuestionó ella, con una sonrisa un tanto objetora.

—Yo qué sé, por decir algo. A lo mejor ha tenido un accidente doméstico o algo —conjeturé.

Brenda bajó la mirada, pensativa, y frunció los labios.

—¿Quieres que llame al hospital para preguntar y así nos quedamos más tranquilas? —se ofreció, alzando la vista hacia mí.

Ahora mi amiga parecía algo preocupada.

—Igual estoy siendo demasiado exagerada, ¿no? —reconocí, riéndome un poco por vergüenza, a la vez que posaba otro hermético en la encimera.

—No te creas, la verdad es que sí que es raro —coincidió ella—. No me extrañaría nada que Helen estuviera en el hospital y el señor Spencer no le dijera nada a nadie. Ese hombre es muy huraño y no debe de estar muy bien de la cabeza. El pobre se quedó muy tocado con la muerte de su

mujer. Helen me llegó a decir en una ocasión que hasta intentó suicidarse —desveló, para mi completo asombro.

—¿En serio?

—Sí, pero no lo hizo y se dio más a la bebida, lo cual ha empeorado su carácter introvertido.

Me llevé la mano a la barbilla, pensativa, y ahora, además, todavía más preocupada por Helen.

—Llamaré al hospital —declaró Brenda al ver mi cara, sacando su móvil del bolsillo de su pantalón mientras se acercaba a la ventana de la cocina.

Unas risotadas estallaron en el saloncito.

Me apoyé en la encimera y me quedé escuchando, mordiéndome la uña de mi dedo pulgar.

—Ah, hola —empezó a hablar Brenda—. Mire, me gustaría saber si está ingresada una amiga mía —se hizo un silencio de dos segundos—. Helen Spencer —Brenda levantó la vista mientras esperaba la contestación y ambas nos miramos. La cara de alivio de después me tranquilizó—. Vale, gracias —y colgó.

—No está ingresada —adelanté, soltando un suspiro de sosiego.

—No —ratificó, guardando su teléfono de nuevo y acercándose a la encimera para seguir sacando la comida—. Así que no tenemos por qué preocuparnos. Seguro que es una gripe o algo así. Ya verás cómo mañana está en clase —me dijo para calmarme.

—Sí, tienes razón —asentí, con otra exhalación.

—Venga, llevemos esto, que esos lobos ya deben de estar todos hambrientos —bromeó.

—Sí, si nos descuidamos, igual nos comen a nosotras —me reí, portando dos herméticos abiertos y un mantel colgando del brazo para llevarlos a la mesa.

—Bueno, eso no estaría mal... —insinuó, sonriendo—. Yo no tendría ningún problema en que me comiera Seth. ¿Tú que dices?

—A mí me encanta que me devore mi lobo feroz...

Y salimos las dos de la cocina entre risitas picaronas.

Corrí por el pasillo lo más deprisa que pude y que las vistas de los demás estudiantes que estaban terminando de entrar en sus aulas me permitían. Esa mañana Jacob y yo nos habíamos entretenido demasiado y ambos estábamos a punto de llegar tarde, yo a clase y él al trabajo.

Pasé el umbral de la puerta de mi clase y frené cuando vi que la mesa del profesor todavía estaba vacía. Expiré el aire con alivio y me giré para dirigirme a mi pupitre.

Mis ojos se sorprendieron al ver a Helen en su sitio y sonreí, todavía más aliviada y contenta. Brenda ya se encontraba en su asiento, pues ya había sonado el timbre.

No me dio tiempo ni de decir *hola*.

En cuanto me senté junto a Helen, el señor Grant apareció por la puerta, cerrando con un portazo alegre y dinámico. Bueno, *señor* era un decir, porque esta nueva adquisición del director para Ciencias Naturales no llegaría a treinta años. Su media melena rubia y revuelta, y una descuidada barba de varios días, le conferían un aire más juvenil y desenfadado, y sus ojos azules, su procedencia californiana y su ya conocido espíritu *aventurero* dentro y fuera del ámbito de la naturaleza, hacía que la mayoría de féminas de la clase suspirasen por él a cada instante. Era el único profesor que nos tuteaba.

El profesor posó su maletín en la mesa y comenzó a dar su clase, con las atentas miradas de un elevadísimo número de las chicas del aula.

Miré a mi derecha para ver a Helen por el rabillo del ojo. Su adormilado semblante estaba apoyado sobre su mano diestra y se inclinaba levemente hacia ese lado, en peso muerto. Sus ojos dorados falsos estaban bien remarcados por unas ojeras violetas que los hacía parecer hundidos y lúgubres, y su rostro parecía cansado y triste, melancólico. Llevaba su pelo castaño oscuro atado en una coleta hecha a desgana y no llevaba nada de maquillaje, lo cual me hizo verla de una manera nueva y extraña, ya que jamás la había visto sin sus párpados y sus labios negros; ni siquiera lucía su *piercing* en la nariz.

La verdad es que tenía un aspecto horrible. Lo único *gótico* que se había puesto para que yo pudiera identificarla eran sus lentillas doradas y sus ropajes oscuros.

Arranqué un trocito de papel de la parte trasera de mi cuaderno, vigilando al señor Grant, que se movía de lado a lado en la zona de la pizarra mientras daba su animosa lección, y escribí.

¿Qué te ha pasado? ¿Has estado enferma o algo?

Le pasé la nota. Helen estaba pensando en las musarañas, y tuve que darle un pequeño codazo para que reaccionara y viera el papelito.

Pegó un pequeño bote, del sobresalto, me miró, le señalé la nota con el dedo, y ella movió su cabeza para, por fin, verla.

La leyó y escribió justo debajo.

Sí, de gripe.

Contestó, escuetamente.

¿Y por qué no contestaste a nuestras llamadas ni a los correos? Estábamos muy preocupadas por ti, ¿sabes?

Porque estaba en la cama con fiebre.

Otra vez, una respuesta rápida. ¿Qué le pasaba? Parecía distante.

¿Es que estás enfadada con nosotras por algo?

Helen me miró y suspiró.

No.

Pues lo parece, la verdad.

Lo escribí con el ceño fruncido y lo deslicé por el pupitre con rapidez, en su dirección. Encima que habíamos estado preocupadas por ella...

No, claro que no estoy enfadada. Es sólo que todavía no estoy recuperada del todo y me encuentro un poco mal, eso es todo. Perdonad por no haberos contestado.

Y me pasó su nota con una media sonrisa que suplicaba comprensión.

Lo cierto es que su aspecto no era muy saludable, que digamos. Le sonreí a modo de *no pasa nada* y dejé que atendiera a la lección sobre los

bosques y el negativo impacto del ser humano que estaba dando el señor Grant con tanta pasión.

La hora del almuerzo tardó un poco, pero llegó. Helen, Brenda y yo nos encontramos con las gemelas en la cafetería, llenamos nuestras bandejas, después de esperar una larga cola, y nos sentamos con ellas.

—¿Qué tal estás, Helen? —le preguntó Alison, con una mirada preocupada al ver su aspecto.

—Sí, ¿qué te ha pasado? —continuó su hermana—. ¿Por qué no nos has contestado?

—Porque he estado enferma de gripe y me he pasado toda la semana en la cama durmiendo —respondió, con un aire cansado.

—Tienes unas pintas horribles —le soltó Brenda, llevándose una patata a la boca.

Le di un pisotón por debajo de la mesa para regañarla, pero no pareció darle importancia.

—Bueno, todavía no estoy bien del todo —le contestó Helen, con una mueca que simulaba odio.

—En fin, me alegro de verte por aquí —sonrió Brenda—. Nos tenías bastante preocupadas.

—Ya, me lo dijo Nessie —me miró y nos sonreímos—. Perdonad, pero estaba tan cansada, que no tenía fuerzas ni para levantar la mano.

—Habrá que perdonártelo —bromeé, tirándole una miga de pan.

Helen se rió y me la devolvió.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Habéis hecho algo especial? —inquirió Jennifer, tomando un sorbo de su refresco.

—Seguro que Nessie ha hecho muchas *cosas especiales* —insinuó Brenda, para tomarme el pelo.

Las chicas irrumpieron con unas risillas pícaras, aunque Helen solamente sonrió un poco, como si no lo hubiese escuchado bien. Yo me puse roja como un tomate.

—Ja, ja —articulé, con ironía—. Pues mira, sí, pero eso no te lo voy a contar a ti. Además, también estuve montando en moto y aprendiendo a conducir mi nuevo forito.

—¿Ya lo habéis terminado? —exclamó Brenda, con una sonrisa.

—Sí, Jake me compró un motor y me lo puso el viernes. Estuvo haciendo horas extra en el trabajo para poder regalármelo.

—Qué cielo —le aclamó Alison, poniendo ojitos—. Yo quiero uno así...

—Vete a la reserva, a lo mejor lo encuentras —le recomendó Brenda—. Mírame a mí.

Nos reímos una vez más, y esta vez, Helen ni siquiera levantó la comisura. Estaba totalmente distraída, pensando en algo. Mi sonrisa se apagó y terminé mordiéndome el labio inferior con preocupación.

—¿Y qué tal se te dio eso de conducir? —me preguntó Jennifer, sacándome de mis pensamientos.

—Ah, muy bien. Ayer estuvimos practicando por Forks, y esta semana lo haremos por Port Angeles y Seattle. Si se me da tan bien como por aquí, me presentaré al examen la próxima semana.

—Guau, ¿tan pronto? —se sorprendió.

—Ajá —asentí, tomando un par de sorbos de mi bebida.

—Pues sí que se te debe de dar bien —reconoció ella.

Me encogí de hombros y me metí un poco de comida en la boca.

—Bueno, cuando tengas ese carné, nos llevarás a dar una vuelta en tu forrito, ¿no? —reclamó Brenda.

—Claro, aunque vais a ir un poquito apretadas, porque es un coche pequeño —les avisé.

—No importa, nos apretujaremos —dijo Jennifer.

—¿Y todos los chicos de la reserva son como Jacob y Seth? —interrogó de repente Alison, que seguía pensando en el tema anterior.

La mesa estalló en una carcajada, aunque mis ojos oscilaron directamente a Helen, la cual seguía en su nube, y no pudieron evitar mirarla otra vez con preocupación.

Estaba claro que algo raro le pasaba, no era sólo la gripe. Parecía preocupada y angustiada. Me moría de ganas de saber qué es lo que ocurría, pero decidí que lo mejor era esperar al final de las clases, para que estuviéramos a solas. Brenda no coincidía con nosotras en la última asignatura, así que podía aprovechar el momento entre el timbre y la salida de la clase para hablar con ella. Tendría que reprimir mis ganas de salir del aula corriendo para abrazar a Jake, pero bueno.

Una vez que terminamos de almorzar y, por lo tanto, de darle al pico, volvimos a clase. Las gemelas entraron por la puerta que les correspondía, y Helen, Brenda y yo por la nuestra.

El señor Varner ya estaba en el aula, pasando el borrador por la pizarra. Enseguida la llenó de logaritmos y fórmulas.

En cuanto la clase de Cálculo terminó, todos los alumnos comenzamos a recoger nuestras cosas para ir a la siguiente aula. Mis amigas y yo pusimos nuestras mochilas al hombro y nos dirigimos a la puerta.

Salimos al pasillo y, cuando íbamos a meternos en la siguiente clase, los pies de Helen se pararon repentinamente.

—Yo me voy —anunció, de pronto.

—¿Te vas? —pregunté, parpadeando de la sorpresa.

—Sí, no... no me encuentro bien —declaró, con algo de nerviosismo, empezando a caminar hacia la puerta de salida—. Os veo mañana —y sus pasos se aceleraron hasta que casi corría.

—Qué rara está hoy —afirmó Brenda.

Brenda suspiró y entró en clase, pero yo me quedé clavada en el pasillo, observando cómo mi amiga salía del edificio y se llevaba con ella esa oportunidad de poder averiguar lo que le pasaba. Ahora tendría que esperar a mañana para saberlo.

Exhalé el aire por la nariz con inquietud mientras me mordía el labio, y entré en el aula, algo desmoralizada.

ANIVERSARIO

Al día siguiente, Helen no estaba en su pupitre. Mis amigas y yo invadimos su móvil y su ordenador con llamadas y correos todo el martes y el miércoles, pero, como la semana anterior, no obtuvimos respuesta. Hasta que el miércoles por la noche recibí un mensaje suyo diciéndome que había recaído pero que ya se encontraba mejor. Siguió sin aparecer por el instituto el resto de la semana, sin embargo, ya nos quedamos un poco más tranquilas.

Como les había dicho a mis amigas, Jake y yo practicamos con mi coche por Port Angeles y Seattle del lunes al jueves, y cada día que conducía se me daba mejor, así que decidimos que ya me podía presentar al examen el lunes de la semana siguiente.

El viernes después de clase lo aprovechamos para practicar con las motos, aunque esta vez lo hicimos por la carretera de La Push, rodando tranquilamente, y después ya nos fuimos a la calzada sin asfaltar de la otra vez para echar alguna que otra carrera.

Como todos los fines de semana, nos acostamos pronto y nos levantamos tarde, pero este sábado en concreto era muy especial para nosotros, era cinco de febrero, y al día siguiente era nuestro aniversario. Nuestro primer año como novios.

El seis de febrero fue el día de la boda de Paul y Rachel, y fue el día en que nos dimos nuestro primer beso, el día en que Jake deslizó sus labios por los míos por primera vez, haciéndome quedar sin respiración, el día en que me di cuenta de que no podía seguir alejada de él, que no podía vivir sin él, que sería suya para siempre, hasta el final de mis días. Así que consideramos que, aunque ese interminable beso bajo la lluvia que nos hizo darnos cuenta de mi imprimación fue al día siguiente, nuestro aniversario tenía que ser el seis de febrero. Como caía en

domingo, decidimos celebrarlo el sábado, para ir a cenar a algún sitio especial esta noche.

Jake no me quiso decir dónde había hecho la reserva, ya que quería que fuese una sorpresa. Lo único que me dijo es que me pusiera el vestido rojo que había llevado a nuestra primera cita de verdad. No entendí por qué se empeñaba tanto en que me lo pusiera, pero me imaginé que era porque le gustaba mucho ese vestido.

Cuando lo saqué de la percha y lo vi, di gracias a Dios de tener una tía como Alice, ya que, gracias a ella, el vestido estaba impoluto. Viéndolo ahora, nadie diría cómo había quedado el año pasado después de rebozarnos por la arena de Rialto Beach. No sé cómo lo había hecho, pero seguro que había invertido bastante tiempo en sacarle toda la arena, aunque fuese un vampiro.

Me percaté de que no me había fijado hasta ahora en que el vestido estaba en mi armario, a decir verdad, creía que se había quedado en el vestidor de mi antiguo cuarto con el resto de ropa que había dejado allí, ya que en este armario no me cabía ni la cuarta parte de lo que tenía, y eso que Jake tenía poca ropa. Entonces, me acordé de que Seth, Brenda, Quil y Embry nos habían ayudado a traer algunas de nuestras cosas a casa. Alice tuvo que darle el vestido a Seth en algún momento y éste lo metió en el armario, seguramente obedeciendo las instrucciones de ella. Hasta estaba la chaqueta negra, las medias con sus ligeros rojos —los cuales estaban en una caja, en el cajón del armario— y unos zapatos de tacón a juego.

Era como si ella ya supiese que Jake me iba a pedir que me lo pusiera para la noche de hoy. Sonreí. A veces me daba la sensación de que Alice sí que podía vernos el futuro, aunque sabía de sobra que no era así y que lo que derrochaba ella con nosotros era más intuición que otra cosa.

No pude evitarlo. Salí de la habitación, bajé las escaleras y cogí el móvil, que estaba en el taquillón de la entrada. Marqué el número de Alice —me lo sabía de memoria, y era más rápido que buscarlo en la agenda— y esperé hasta que lo cogió, cosa que fue muy rápida.

No me dejó ni decir *hola*.

—¿Ya has visto el vestido? —quiso saber, nada más descolgar, con un tono muy animado.

—¿Cómo sabías que me lo iba a poner hoy? —me reí.

—Bueno, sólo había que ver la cara de Jacob cuando te vio con ese vestido la primera vez —declaró, riéndose—. No era muy difícil deducir

que le gustaría vértelo puesto el día de vuestro aniversario. Jacob es un hombre, al fin y al cabo; son todos iguales.

—Eres increíble —reconocí—, no sé cómo lo has hecho, pero te ha quedado perfecto.

—Si te digo la verdad, cuando vi cómo había quedado ese precioso vestido, me dolió como si me hubieran clavado una estaca. Casi lo hice más por mí que por ti —se rió.

—Muchas gracias, Alice, de verdad. Y por hacer que Seth también trajera las demás cosas del conjunto. ¡Hasta me has comprado unos zapatos!

—Ese vestido no puede ir sin unos buenos zapatos de tacón, y tampoco sin esos ligueros. Por cierto, los metí en una caja para que Seth no los viera.

—Sí, ya me he fijado.

—A Jacob se le caerán los ojos otra vez cuando te vea tan sexy. Puede que no lleguéis a salir de casa —afirmó, con una risita picarona.

Aunque no la tenía delante, la sangre invadió mi cara.

—Bueno, esa es la idea —admití, aunque en voz baja. Ambas soltamos una risilla, la mía un poco tímida—. ¿Y el resto? ¿No están ahí contigo? —pregunté, un poco para cambiar de tema.

—No. Rose, Em, Carlisle y Esme se han ido de caza. Y tus padres están en su casa.

—Ah.

La casa de mi familia estaba ubicada al este de Anchorage, Alaska, en medio de unos frondosos bosques que estaban cercados por montañas, y era tan grande, que la habían dividido en dos partes para que mis padres pudieran gozar de más intimidad, ya que ellos así lo habían pedido. Con la parte más *pequeña* de la vivienda, mis progenitores se habían hecho un adosado que disponía de cuatro dormitorios y dos cuartos de baño, más un enorme salón y una no menos grande cocina. Como es evidente, los baños y la cocina no los utilizaban nunca, pero lo habían puesto solamente para cuando Jake y yo les visitáramos, cosa que nos pareció un detallazo por su parte y que nos dio un poco de apuro, pues, lógicamente, debido a nuestro pobre poder adquisitivo no íbamos a poder visitarles tanto como quisiéramos. La edificación era espectacular, y el emplazamiento precioso, o eso parecía en las fotografías que nos habían mandado por correo electrónico.

—¿Quieres que los llame para...? —entonces, comenzó a reírse con una risita traviesa—. Jasper, espera... —siguió riéndose.

—Oh, no habré interrumpido nada, ¿no?

—A decir verdad, sí. Los demás no regresarán hasta por la mañana, así que Jazz y yo estamos solos. Creo que nosotros no saldremos de casa —insinuó, con otra risa.

—Pues ya os dejo en paz. Que lo paséis bien —me reí.

—Y vosotros también. Ah, y esta vez procura no perder los zapatos, ¿de acuerdo? —bromeó—. Jasper... —volvió a regañarle, entre risas.

—Cuidaré bien de ellos, descuida —le dije, aunque ella ya parecía no escucharme. Carraspeé—. Hasta mañana —me despedí.

—Hasta mañana.

Y sus risillas se apagaron junto con su móvil.

Suspiré con alegría.

Dejé el teléfono en el recibidor y me fui a la cocina para picotear algo, ya que tenía un poco de hambre. Abrí el armario superior y bajé la caja de galletas. Me senté en la mesa, cogí una de las galletas de chocolate del bote y acerqué el periódico para leer un poco mientras comía.

Casi todas las noticias eran de economía y política, sin embargo, hubo un titular que, aunque estaba en una columna y las letras eran pequeñas, llamó mi atención.

EL NÚMERO DE DESAPARECIDOS EN EL NORTE DE LA PENÍNSULA DE OLIMPYC SE ELEVA YA A CINCO.

Fred Gordon. Seattle.

El pasado miércoles otra desaparición se sumó a la cifra de extrañas desapariciones que están teniendo lugar en el norte de la Península de Olympic, hechos que tienen en verdadero jaque a la policía. El asunto se ha desbordado tanto, que el FBI ya se ha hecho cargo de los casos.

Las primeras personas en desaparecer fueron Mathew Scotch, el pasado 28 de enero, y Thomas Carlson, el 30 de enero, ambos en

Port Angeles, seguido por Susan Becker, el 1 de febrero, y Manuel García, el 2 de febrero, los dos en Seattle, y el último ha sido Michael Wood, este pasado miércoles, en Sequim.

Todos estos casos recuerdan a los acontecidos el año pasado en Port Angeles y Seattle, donde un elevado número de personas fueron desaparecidas y encontradas después sin vida en un espacio de tiempo muy reducido y en circunstancias verdaderamente extrañas y escalofriantes (recordemos que los cuerpos presentaban muestras de violencia extrema y todos sufrieron brutales mutilaciones).

La galleta se me quedó atravesada en la garganta, de la impresión, y comencé a toser. Me levanté de la mesa, cogí un vaso del armario con urgencia y lo llené de agua. Tuve que meterme unos buenos tragos para calmar el picor de mi faringe y despejar mi asustada mente.

Asustada, porque sabía que ese artículo se refería a lo que había hecho ese horrible licántropo mutado junto con Nahuel. Tuve que respirar bien hondo para relajar a mi exaltado corazón y recordarme a mí misma que ellos no podían ser porque ya estaban muertos.

Posé el vaso, ya vacío, en la meseta y volví a sentarme para seguir leyendo la columna, aunque esta vez cerré el bote de galletas, ya no me entraba ni una más.

No obstante, el hecho de que todavía no haya aparecido ningún cadáver, dato que contrasta con el caso mencionado anteriormente, puesto que los desaparecidos se encontraban horas más tarde asesinados, descarta una posible relación con los crímenes del año pasado y da esperanzas de que estas personas aún se encuentren con

vida, por lo que todo parece apuntar a una banda organizada dedicada al tráfico de personas o la prostitución, tanto femenina como masculina.

Me quedé mirando el artículo. Me daba mucha pena de esa gente, y de sus familias. ¿Qué les habría pasado?

Entonces, levanté la vista para mirar el reloj de la pared y me di cuenta de que iba a tener el tiempo justo para arreglarme.

Cerré el periódico mientras me levantaba de la mesa, guardé el bote de galletas en su sitio y salí de la cocina.

Subí las escaleras, y cuando llegué al vestíbulo superior y seguía por el pasillo, Jake salió del cuarto de baño. Llevaba la toalla enroscada en la cintura.

—¿Ya puedo pasar? —le pregunté, echándole un buen vistazo a su poderoso cuerpazo todavía mojado.

—Sí, voy a vestirme en la habitación para que te de tiempo a todo, ¿vale? —dijo, señalando la puerta de la misma con el dedo.

—Gracias —le sonreí y le di un beso corto en los labios, aprovechando ese pequeño instante para poner mis manos sobre su impresionante abdomen.

Cada segundo contaba.

—Te esperaré abajo —sonrió en mis labios.

—Vale —tan sólo me salió un murmullo.

Me dio otro beso y me quedé mirando embobada su ancha espalda mientras se giraba y se metía en nuestro cuarto.

Respiré bien hondo para recuperar el aliento y entré en el baño.

Después de una cantarina y alegre ducha, me abrigué con el albornoz y me puse a trabajar con mi cabello directamente, puesto que a mí no me hacía falta depilarme, gracias a mis genes de vampiro.

Me desenredé el pelo, le puse pinzas por todas partes para dejar sueltos solamente los mechones que me interesaban, y comencé a peinármelo con el cepillo redondo y el secador. No es que se me diera mal, pero mi problema es que tenía demasiado cabello para tan poca paciencia. En esos momentos eché muchísimo de menos a Rose. De cuatro tirones supersónicos, ella ya me hubiese peinado y me habría dejado perfecta.

Tardé un poco más, y hubo una pequeña escena de pánico y de histerismo al ver que mi cabello se negaba a colocarse como yo pretendía que a punto estuvo de obligarme a tirar la toalla para hacerme un recogido de última hora, sin embargo, finalmente conservé la calma, conseguí dominar a esos pelos rebeldes y mi pelo por fin lució los resultados que yo esperaba.

Me sonreí ante el espejo, satisfecha y orgullosa de mí misma, cuando observé la cascada de sueltas ondas de mi pelo que casi llegaba hasta mi cintura. Se parecía bastante a lo que me hacía Rose con sus hábiles manos, aunque yo había tardado el triple.

Abrí el cajón del bajo mueble del lavabo y saqué mi neceser de pinturas.

No me eché maquillaje, puesto que mi rostro no lo necesitaba, pero sí que me puse un poco de sombra de ojos de color tostado, un poquito de rimel en las pestañas para alargarlas todavía más y una fina línea de color negro bajo mis ojos. No me molesté en pintarme los labios, sabía que no me iba a durar nada, y, además, quería que mi maquillaje pareciera lo más natural posible.

Volví a sonreír al ver el resultado que yo había esperado, guardé el neceser en su sitio y salí del baño para vestirme en el dormitorio.

Ya había dejado el vestido extendido sobre la cama, así que me quité el albornoz blanco y comencé a ponerme la ropa. Me puse el tanga rojo de encajes, los ligueros y las medias, estirándolas bien sobre mis piernas para que al engancharlas a las cintas quedasen perfectas. El propio escote del vestido hacía las veces de sostén, así que no hacía falta llevarlo. Me metí dentro del vestido, subí la cremallera lateral del mismo, lo coloqué todo en su sitio y ajusté el ancho cinturón negro que llevaba hasta que mi cintura quedó ceñida.

Me puse la chaqueta, atando el lazo que la cerraba con una lazada que quedase bonita, me calcé con los zapatos de tacón y me colgué el bolsito al hombro. Me eché un último vistazo en el espejo del dormitorio y salí de allí con los nervios a flor de piel.

Sí, estaba muy nerviosa, más bien entusiasmada.

Bajé las escaleras y me dirigí al saloncito, donde me esperaba mi chico.

—Jake —le llamé mientras cogía el móvil del mueble del recibidor para guardarlo en el bolso y caminaba por el vestíbulo.

—¿Ya estás? —preguntó, tirando la revista de mecánica que estaba leyendo encima de la mesa roja y levantándose del sofá de un brinco.

Cuando terminé de entrar en la estancia y los dos levantamos la vista, mi corazón metió la quinta y todas las mariposas de mi estómago pegaron un bote para empezar a volar ansiosas. Ambos nos quedamos inmóviles, mirándonos engatusados.

Jacob estaba guapísimo, mis ojos no querían ni parpadear para no perderle de vista ni una milésima de segundo. También iba igual que el año pasado en aquella cita. Llevaba la camisa azul y los pantalones de vestir marrones que le habían traído mis abuelos de París. No se podía estar más guapo.

Tuvo que ser Jake el que se obligara a despegar los pies del suelo para acercarse a mí, ya que los míos se negaban a responderme. Me cogió de la cintura y me arrimó a su cuerpo, pegando su rostro al mío con efusividad. Mis ojos se cerraron, ya rindiéndose a él, y mis pulmones empezaron a hiperventilar.

—Ya te lo dije una vez, pero estás realmente impresionante con este vestido —susurró en mis labios, con anhelo.

—Tú también estás muy guapo —murmuré.

Me dio un beso corto y muy dulce, aunque se notaba que lo que deseaba realmente era besarme con pasión.

—Si quieres cenar, es mejor que nos vayamos ya, porque lo único que me apetece ahora es llamar para anular la reserva... —bisbiseó en mi boca, con su sonrisa torcida.

—Sí, vamos —sonreí.

Se despegó de mí, me cogió de la mano y salimos de casa.

—Por cierto, ¿a dónde vamos a ir a cenar? —quise saber, de camino al garaje.

Llevaba toda la semana preguntárselo y no había conseguido sonsacarle nada.

—Ya lo verás —sonrió.

Me mordí el labio, como llevaba haciéndolo siempre que escuchaba esa respuesta, y nos metimos en el garaje para coger el Golf.

No supe que íbamos a Port Angeles hasta que Jake tomó el desvío. Aparcó cerca del Erickson Play Field y entonces me percaté de adónde me llevaba, aunque esperé a cuando salimos del coche y comenzamos a caminar por esa conocida calle, para cerciorarme.

—Ya sé dónde vamos —solté, toda animada, agarrándome a su brazo—. Al *Wolf*.

—Qué fiera. Sabía que lo ibas a adivinar antes de llegar —se rió, pasándome el brazo por el hombro—. Bueno, ¿y te parece bien?

—¿Bromeas? Me encanta ese sitio —afirmé, rodeando su cintura para achucharme contra él—. Me trae muy buenos recuerdos.

Jacob se rió con satisfacción y me dio un beso en la cabeza.

No tardamos en llegar al restaurante. Entramos y Jacob pidió la mesa que había reservado. Joseph apareció enseguida, haciendo esas reverencias suyas mientras también nos felicitaba por nuestro aniversario, y nos llevó rápidamente a la mesa, la misma en la que nos había sentado en la cita del año pasado. Nos trajo unas cartas y nos dejó a solas para que decidiéramos lo que íbamos a pedir.

Me quité la chaqueta y la dejé en el respaldo. Cuando me giré hacia delante, los ojos de Jake destellaban como si lo que tuviese delante fuera un diamante. Aunque sus pupilas siempre me miraban de ese modo, me ruboricé y cogí mi carta para disimular un poco, si bien estaba muy satisfecha por el efecto que mi vestido causaba en él.

La camarera nos tomó nota y volvimos a quedarnos a solas.

—Veo que a Joseph le va bastante bien —observé, echándole un vistazo al pequeño comedor, que estaba a rebosar de gente.

—Sí, como siga así, va a tener que ampliarlo —se rió.

—¿Cómo es que te dio por venir aquí? —le pregunté, con una sonrisa—. Y además, en la misma mesa y todo.

—Bueno, quería revivir un poco nuestra primera cita de verdad. Fue tan especial.

Sí que lo había sido, ese fue el día en que me pidió que me casara con él, el día en que decidí ser su mujer sin dudarle ni un instante, el día en que nos íbamos a entregar por primera vez, aunque luego todo se nos hubiera chafado. Ahora entendía que insistiera tanto en que me pusiera este vestido y que él se hubiera puesto lo mismo que entonces.

—¿Y luego vamos a ir a Rialto Beach? —quise saber, utilizando para ello un tono insinuante.

—Esa era la idea —admitió, con una sonrisa pícar—. Pero si quieres, vamos a otro sitio.

—No —exclamé, sonriéndole. Estiré mis brazos y entrelacé mis dedos con los suyos—. Todo es perfecto. Si te digo la verdad, ya estoy

deseando que se termine la cena para ir allí —confesé, con un murmullo, mientras mis ojos y los suyos se enganchaban.

Jacob apretó mis dedos y nuestras manos casi se fundieron, como lo haríamos los dos dentro de unas horas...

La camarera carraspeó y los dos volvimos al planeta Tierra, separando las manos para que ella pudiera poner los platos en la mesa.

Como en nuestra primera cita, la velada fue maravillosa, y me pasé toda la cena riéndome de las anécdotas de Jake y su manada. La comida estuvo deliciosa, el cocinero de Joseph se había superado, y los postres llegaron pronto, ya que mi chico y yo habíamos acelerado un poco el proceso para marcharnos temprano.

Jake volvió a pagar la rebajada cuenta, sin embargo, esta vez no pude protestar, ya que yo ahora no disponía de dinero al no tener la paga de mis padres. Hasta que no encontrase un empleo a media jornada, el único ingreso que entraba en casa era por parte de él. No me sentía nada a gusto en esta situación, a pesar de que Jacob me decía que no había prisa y que lo importante eran mis estudios, pero lo cierto es que por mucho que había buscado, todavía no había encontrado un trabajo, y eso que le pedí a Charlie que si sabía de algo, me avisase.

Nos marchamos del *Wolf*, después de despedirnos del efusivo de Joseph y prometerle que volveríamos, y nos dirigimos al coche dando un tranquilo paseo por las calles de Port Angeles.

El Golf rodó rápidamente por la carretera hacia Forks, siguió por la de La Push, se desvió por la de Mora y en una hora y media de viaje total llegamos al parking de Rialto Beach.

Nos descalzamos en el coche —para no perder los zapatos como la vez anterior— y Jake me tomó de la mano nada más salir del vehículo. Me llevó corriendo mientras bromeábamos y nos reíamos, y nuestros pies descalzos comenzaron a pisar la fría arena y a sortear los leños varados de la playa. Redujimos la velocidad y nos pusimos a dar un paseo por la orilla, charlando, con el oleaje rompiendo en la arena como única música de fondo.

La luna era un cuarto creciente al que le quedaba poco para completarse del todo y la kilométrica orilla estaba iluminada por su nítida luz. Ésta también se reflejaba en el mar, dibujaba una esfera blanca casi redonda en el agua que era concentrada en el centro y que se iba difuminando por los bordes debido a las ondas de las olas, hasta que

solamente quedaban unas pinceladas que brillaban al son del suave movimiento de la marea.

Jugamos un poco en la orilla cuando yo le salpiqué con mis pies y él me cogió por detrás para levantarme y fingir que me iba a tirar al agua, que estaba helada. Finalmente, y ante mis reídas súplicas, Jake me dejó en tierra firme y me cogió de la mano otra vez para seguir caminando.

Mis ojos se abrieron como platos en cuanto vi una enorme manta extendida dentro de un círculo de grandes y anchos troncos blanquecinos que habían sido escogidos y colocados allí meticulosamente para conferir a ese rincón más privacidad e intimidad. Dentro del castro de troncos, y junto a la tela de lana, también había unas gruesas ramas, circundadas con piedras, que aún no habían sido encendidas para ser convertidas en pira.

—¿Te gusta? —preguntó, con una enorme sonrisa.

—¡Jake, es genial! —exclamé, gratamente sorprendida, lanzándome a sus brazos para abrazarle.

Mi chico se rió y me elevó por el aire, dando un par de vueltas, hasta que permitió que mis pies se posaran en la arena.

—¿Cuándo lo has hecho? —quise saber, tirando de él para pasar entre los troncos y acercarnos a la manta.

Jacob había dejado un hueco para que pudiéramos ver el océano.

—Esta mañana, cuando fui a hacer la compra —me desveló, soltando mi mano para sacar un mechero del bolsillo de su pantalón.

—Claro, ahora entiendo que insistieras en ir tú solo y que tardaras tanto en comprar leche y huevos.

Su risa fue acompañada por la mía.

Mientras yo me sentaba en la manta, Jake encendió la madera. El fuego azul verdoso comenzó a apoderarse de los leños poco a poco, obligándolos a restallar a su paso, y por fin flamearon en una cálida y romántica hoguera que empezó a devorar los palos con ansia.

Se sentó a mi lado, apoyando la espalda en el grueso tronco, y dio unas palmaditas sobre sus piernas con una amplísima sonrisa para que me pusiera sobre ellas.

Dicho y hecho.

Me senté sobre él como las niñas grandes y rodeé su cintura con mis brazos, acomodándome en ese acogedor abrazo suyo a la vez que mi mejilla descansaba en su hombro y mi frente se pegaba bien a su cuello. Me gustaba sentir el latido de su corazón retumbando en mi pecho y las

palpitaciones de su yugular en mi frente. Mis mariposas ya aleteaban como locas.

Esto también me trajo muchos recuerdos del año pasado, sólo que, en esta ocasión, sí que podríamos terminar aquello que habíamos empezado.

No quería esperar más.

Me separé de su torso y clavé mis pupilas en las suyas.

Sus ardientes palmas se deslizaron por mis muslos, arrastrando la falda de mi vestido hacia arriba. Entonces, bajó la mirada para observarme con esa sonrisa torcida suya que me hacía enloquecer.

—Llevas lo mismo que el año pasado —murmuró, pasando los dedos por el encaje de mis ligeros, luego, los subió para hacerlo por la parte superior de mi ropa interior.

Tan sólo esa inocente caricia ya me ponía todo el vello de punta.

—¿Cómo lo sabes? Creía que ese día no te habías fijado —cuchicheé, sonriéndole.

—Claro que me fijé —aseguró, sonriendo con la misma mueca—. Lo que pasa es que no me dio tiempo a decirte nada, por desgracia.

—¿Y te gusta? —le pregunté, con un murmullo.

Jacob alzó la vista y volvió a clavarla en la mía.

—Ya sabes que sí —susurró, despegando su espalda del tronco para incorporarse un poco sobre mí. Nuestras frentes ya se rozaban y mi corazón empezó a saltar bajo mi esternón, desbocado—. Me vuelve loco —su rostro se pegó más y su labio superior consiguió rozar al mío, haciendo que mis párpados se cayeran y mis bronquios dejaran escapar unos suaves suspiros, que ya se mezclaban con los suyos.

La energía comenzó a fluir.

No me aparté de él ni un milímetro, pero comencé a desabrocharle la camisa lentamente, bajando mis dedos de ojal en ojal, hasta que terminé de sacar el último botón y abrí la prenda para dejar su pecho al descubierto.

Su labio superior acarició al mío con suavidad, casi como un susurro que apenas movió mi boca. Eso me hizo jadear de nuevo.

Separé un poco mi rostro para mirarle mejor, aunque dejé que nuestras frentes siguieran sintiéndose.

El fuego de la pira parecía fluctuar también en sus grandes pupilas negras, su rostro y su torso; las llamas bailaban una danza intermitente y pausada sobre su piel, parecía una aurora boreal, tiñéndola de luces

azuladas y sombras que resaltaban todos sus impresionantes músculos y contrastaban con la nívea luz de la luna.

Sus grandes y brillantes ojos negros adquirieron una tonalidad distinta con la luz de la luna y las llamas de la hoguera. Todo parecía reflejarse en ellos, como un espejo. Y su reflejo principal eran los míos, los enganchaba y los hipnotizaba, reclamándome.

Deslicé mis sedientas manos por ese pecho caliente y terso, fuerte. Lo hacía todos los días, pero cada vez era diferente, siempre había algo nuevo en esa sedosa piel. Los palpé minuciosamente, escalando de abajo arriba con calma. Jacob se estremecía con cada uno de mis roces y su respiración se intensificó.

Las llevé hasta sus hombros y arrastré su camisa hacia atrás para quitársela, después sus manos me arrimaron más a su cuerpo y nuestros rostros se pegaron del todo, momento en el cual nuestros labios volvieron a rozarse.

Ya notaba su animoso aliento acariciando mi boca, el mío ya le estaba besando con ardor. Los alocados insectos de mi estómago no podían estar más excitados, y aún no me había tocado.

Subió sus manos, desató el lazo de mi chaqueta y me la quitó despacio, palpando mis brazos a su paso. Yo me bajé la cremallera lateral de mi vestido, me desabroché el cinturón y me despegué un poco de Jake para alzarlo y descubrirme.

Sus pupilas me repasaron entera con deseo mientras sus manos escalaban para acariciar mi espalda, hasta que se metieron por mi pelo, alzándolo un poco, y me empujaron otra vez hacia su rostro.

Deslizó su labio inferior por los míos con mucha calma, aunque su aliento ya los acariciaba con pasión. Todo mi cuerpo se estremeció y las mariposas de mi estómago volvieron a revolotear, fuera de sí. Una vez que los recorrió de abajo arriba, se quedó quieto, con el rostro bien pegado al mío.

Mi boca no se lo pensó dos veces y se fue a buscar la suya; en cuanto se encontraron de nuevo, empezaron a entremezclarse cada vez con más efusividad, ya respirando con fervor.

Una de sus manos soltó mi cabello. Subió por mi abdomen, arrastrando también su ardor, y llegó a mis senos. Volví a estremecerme y mi boca respondió con más animosidad.

Dejó mis labios, pero sólo para recorrer mi cuello y mi garganta y descender hasta mi pecho. Mi cabeza se fue hacia atrás y mis manos se

engancharon a su corto pelo mientras mi torso y mi pelvis se movían para acompañar a su boca. Ya no me quedaba aire que exhalar, éste se escapaba completamente excitado. Sus palmas se deslizaron por mi espalda y llegaron hasta mi cintura más baja para ayudar a mis movimientos.

Sus labios regresaron a los míos entre jadeos y se inclinó sobre mí, sujetándome por la espalda y asíéndome con cuidado, para tumbarme en la manta y acomodarse entre mis piernas.

Comenzó a recorrerme entera con sus palmas y su tórrida boca, desnudándome a su paso, mientras mis manos ya se volvían locas por su pelo y su cuerpo.

Hicimos el amor junto al fuego azulado, en ese rincón tan íntimo y perfecto, mágico, con el océano y esa luna creciente como única compañía.

Y esta vez pudimos terminar aquella primera cita.

Me apreté a su cuerpo desnudo y acerqué mi rostro al suyo para besarle. La manta era tan grande, que la habíamos doblado en dos para cubrirnos con una de las mitades. Mientras mis labios se movían hechizados con los suyos, mi mano subió lentamente por su pecho, palpando esa extraordinaria y sedosa piel, que ahora estaba humedecida y olía afrodisíacamente bien.

La hoguera aún estaba encendida, aunque ahora las bajas llamas sólo se limitaban a acariciar la madera ennegrecida. La encandilada marea conducía a las olas hacia la orilla para que muriesen en ella y creaba un murmullo de fondo monótono y rítmico que resultaba muy relajante.

Dejé sus labios, nos miramos a los ojos y nos sonreímos. Le di otro beso, este corto, y me acomodé en su costado con una enorme sonrisa de felicidad. Jake comenzó a pasar los dedos por mi frente para despegar los cabellos mojados de mi rostro y después siguió haciéndolo para peinar el resto de mi melena.

—Voy a encargarle mi vestido de novia a Sarah —le anuncié mientras acariciaba su torso con mis dedos—. Lo he estado pensando y quiero que se haga en La Push.

—¿Sí? —sonrió, con satisfacción.

—Sí, ya he hablado con ella y me va a enseñar unos catálogos el próximo domingo.

—Genial. Sarah es muy buena modista, ya lo verás —y me dio un beso en la cabeza—. Lo malo va a ser Alice, no sé cómo se lo tomará.

—Ya se lo he dicho —suspiré.

Jake giró el rostro hacia mí para mirarme.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —me preguntó.

—Bueno, creía que iba a ser peor, pero al parecer ya lo sabía. En realidad, fue papá el que se lo dijo. Debió de leer lo que rondaba por mi cabeza la última vez que vinieron —me reí.

—En fin, si tu tía la médium es capaz de controlarse... —se rió entre dientes y volvió a mirar hacia el cielo todavía anochecido.

—Por cierto, ¿ya has hablado con el Consejo y la manada sobre lo de mi familia?

—Estoy en ello, todavía estamos negociándolo.

—No entiendo por qué no quieren quitar el tratado —critiqué, sin dejar de acariciar su pecho—. Ya han visto que mi familia es buena y que son inofensivos para la tribu.

—El tratado tiene que seguir, lo que hay que hacer es cambiarlo, ¿entiendes? Modificar los términos —empezó a explicarme—. El nuevo tratado debería acordar que ellos pudieran entrar en nuestro territorio mientras siguieran sin morder a ningún humano. Pero hoy por hoy, eso no es posible. Por supuesto, si sólo dependiera de mí, lo cambiaría ahora mismo para que los Cullen pudieran entrar a sus anchas en nuestro territorio, te lo aseguro, pero tienes que entender que para mi tribu, tus familiares siguen siendo vampiros, por muy buenos que sean, y este tema es muy delicado aquí. Aunque yo sea el jefe de la tribu, tiene que haber un consenso unánime, o por lo menos, por mayoría amplia.

—Pero tú tienes la última palabra, ¿no? Tu bisabuelo fue el que creó el tratado, y sólo tú puedes cambiarlo.

—Sí, pero no puedo cambiar las cosas a mi antojo sólo porque nos vengan bien a nosotros, ¿comprendes? —me aclaró, hablándome con dulzura, mientras sus dedos pasaban a través de mi pelo—. Eso no sería correcto, tiene que haber un consenso unánime y democrático. No puedo hacer lo que me viene bien a mí sin contar con el pueblo para nada. Otra cosa es que todos estuvieran de acuerdo y que en la votación saliera por mayoría. Entonces el tratado se podría modificar sin problemas. Y eso es lo que estoy intentando hacer, pero es complicado. Verás, para empezar, Billy, Sam y Sue están de acuerdo en modificar el tratado, pero el Viejo Quil es muy testarudo y se niega a cambiar algo que lleva tantos años

vigente y que según él sigue siendo necesario. Y la mayoría de la manada tampoco está de acuerdo en modificarlo. Aunque saben que tu familia es buena, para ellos siguen siendo vampiros, y piensan que cualquier día se les puede ir la pinza o algo a alguno de ellos y caer en la tentación de tomar sangre humana. No quieren correr riesgos. Para ellos, el tratado es una manera de evitar la tentación, no es que tengan nada personal en contra de tu familia, créeme, incluso hay miembros de los Cullen que son más que bienvenidos por aquí. Después de lo que pasó con mi coma, a Carlisle todos lo aprecian mucho y a Emmett ya le consideran un amigo. Pero para ellos todo se reduce a precaución, lo primero es la tribu y su seguridad. Simplemente, si no hay vampiros a la vista por aquí, no hay riesgos, ¿entiendes?

—Pero yo voy a ser tu mujer, las cosas ahora son muy diferentes a cuando se firmó el tratado. ¿No hay ninguna forma de que cambie?

—Sí, con un perímetro.

—¿Un perímetro?

—Lo que estoy negociando ahora es un perímetro que abarca la parcela que ocupa nuestra casa y un sendero que conduce a ella. Si excluimos del tratado esa parte del territorio, tu familia podría entrar en él y podrían venir a visitarnos a nuestra propia casa cuando quisieran. Esos terrenos son nuestros, y nadie podría decir nada. Ya sé que no es mucho, pero hay que empezar poco a poco, luego, dentro de unos años, cuando vean que no hay ningún peligro, quién sabe si no conseguimos más.

Me incorporé un poco y me apoyé sobre su pecho para verle mejor el rostro.

—Eso sería genial —sonreí—. ¿Y se te ha ocurrido a ti?

Jake desplegó su maravillosa y reluciente sonrisa.

—Por supuesto, preciosa —presumió.

Le abracé y le di un merecido beso en los labios que duró más de lo que yo había planeado en un principio.

Cuando conseguí despegarme, tuve que respirar bien hondo.

—¿Y el día de la boda? —pregunté, un poco más seria—. ¿Cómo vamos a hacer con mi familia? Porque yo quiero que estén, si no, sería como si me faltase algo...

—No te preocupes, cielo —me cortó, poniéndome los dedos sobre los labios—. Yo me encargaré de eso, ¿vale? Ya me las arreglaré. Te prometo que al final estarán en nuestra boda y que tu padre te llevará al altar.

Le sonreí y me eché sobre su torso para abrazarle. Jake ciñó los brazos en mi espalda para apretarme contra él.

—Ah, va a empezar —dijo de pronto, soltándose para incorporarse y apartándose con delicadeza.

—¿El qué? —quise saber, sentándome medio aovillada mientras veía cómo él se arrastraba hacia atrás y apoyaba su espalda en el tronco del principio.

—Ven aquí —me pidió, estirando los brazos hacia mí con una enorme sonrisa.

—¿Qué pasa? —me reí, acercándome a él.

—Corre, corre, que no te va a dar tiempo —azuzó, gesticulando con las manos.

—¿A qué? —volví a reír.

—No, al revés —me paró, cuando iba a sentarme sobre él, de frente.

—¿Al revés? ¿Quieres que te dé la espalda?

—Sí, al revés —rió.

—A ver qué me vas a hacer, ¿eh? —bromeé, dándole la vuelta.

—Lo que te dejes, nena —soltó, en un tono vacilón.

Le di un manotazo en el brazo, entre las risas de los dos.

Me senté en el hueco que me dejaron sus piernas, adosando mi espalda a su pecho calentito y cómodo. Jacob pegó su cálida mejilla a mi sien, cogió la manta con sus manos a ambos lados y me rodeó con sus brazos, enroscando la tela a nuestros cuerpos. Me sentí como si un ángel me cubriera con sus alas; las de mis mariposas no paraban quietas.

—Mira eso —y me indicó el horizonte con la cabeza.

El cielo ya era de color añil, y allí, donde se unía con el océano, apareció un fino hilo de color naranja que brillaba como un diamante.

—¡Está amaneciendo! —exclamé, con alegría.

—Claro, y tú querías perdértelo —se burló.

La destellante semiesfera comenzó a asomar como si saliese del océano, se elevaba en su camino hacia el cielo lentamente, iluminando el firmamento, que pasó del color lila oscuro a un violeta azulado, y tiñendo las escasas nubes que lo poblaban de sombras azafranadas que se entremezclaban con el gris que las caracterizaba. El agua empezó a centellear millones y millones de lucecitas que se encendían y se apagaban intermitentemente y que se dispersaban por el movimiento de las ondas del mar.

—Es precioso —bisbiseé, maravillada.

—Feliz aniversario —murmuró, en mi oído, provocando ese intenso cosquilleo en mi estómago y haciendo que toda mi piel y mi cuerpo se estremeciera.

Me volví un poco hacia atrás para verle el rostro y le sonreí. Ahora su preciosa piel cobriza y sus ojos negros reflejaban la resplandeciente luz del sol.

—Feliz aniversario —susurré.

Sonrió y pegó su cara del todo a la mía para darme ese beso que nos dimos por primera vez, haciendo que mi corazón dejase de latir por un instante.

Ese horizonte que amanecía representaba nuestro futuro. Este sólo era nuestro primer año como pareja, y delante teníamos ese horizonte eterno, infinito, donde el sol acababa de salir para llenarlo de luz y color.

EXCURSIÓN

En cuanto el timbre sonó, atravesé la puerta de clase corriendo. Respiré tranquila al ver que el profesor todavía no había llegado y me dirigí a mi pupitre.

El asiento de Helen otra vez estaba vacío, el lunes no había venido a clase, y ayer, martes, tampoco. Suspiré con preocupación y seguí caminando para llegar al casi final del pasillo, donde se encontraba mi mesa.

Brenda me enseñó tres dedos de la mano con una sonrisita pícara. Sí, vale, el lunes había llegado justa, y ayer y hoy lo mismo. Le hice un mohín y me senté en mi silla. Ella se rió y llevó su vista al frente.

Antes de que me diera tiempo a sacar las cosas de la mochila, el señor Grant apareció como una exhalación por la puerta con esa animosidad y pasión que siempre ponía para todo, sin embargo, esta vez no cerró la puerta.

—Hola, chicos. No desempolvéis las mochilas, porque hoy nos vamos de excursión toda la jornada —anunció, dando una gran palmada y quedándose con las manos juntas mientras observaba la clamorosa reacción de la clase, que empezó a parecerse más a una jauría de la manada de Jake que a otra cosa. Alzó las manos para calmar a la muchedumbre y, entre todos esos gritos, siguió hablando—. He arreglado los horarios con el resto de profesores para que no perdáis ninguna clase, así que lo que queda de semana y la siguiente, tendréis otras clases que sustituirán a la mía para compensar —un *ooooooooh* generalizado cambió el ambiente por completo, pasando de la locura colectiva por poder airearse de estas cuatro paredes en las que nos veíamos encerrados todos los días, a la desilusión total por no ver posibilidad alguna de perder el resto de las aburridas clases. Las voces pasaron a ser un murmullo y el señor Grant pudo continuar hablando con normalidad—. Vamos a

recoger hojas para confeccionar una biblioteca de los diferentes tipos de bosques de Norteamérica. Cuando terminemos esa biblioteca, tendréis que encontrar las semejanzas y diferencias entre ellos, así como la fauna y la flora que los habita, etcétera. Ya lo iré explicando a medida que avancemos el trimestre. Por supuesto, esto entrará en el examen y contará para la nota. Hoy empezaremos con los bosques que están cerca del mar. Las mochilas podéis dejarlas aquí, pero tendréis que llevar algún cuaderno para tomar notas. Iremos con el otro grupo al que le doy clase, que ya está fuera. El autocar nos está esperando, así que saldremos en silencio y ordenadamente.

No le dio tiempo ni de terminar la frase. Mientras la amplia mayoría de las féminas de la clase esperaban pacientemente a que él acabase de hablar, los chicos ya comenzaron a arrastrar las sillas y a desfilar por los pasillos de entre los pupitres para salir del aula.

—Señor Grant, ¿y a dónde nos vamos de excursión? —quiso saber una de mis compañeras, tímidamente.

Me dio la sensación de que lo que menos le importaba era saber el sitio, sino que lo que le interesaba en realidad era hablar con él, más bien obtener una contestación que fuese dirigida a ella.

—A los bosques de La Push —respondió él.

Brenda y yo giramos los rostros automáticamente para mirarnos alarmadas.

Si el bosque se llenaba de gente, no sería tan difícil que alguno pudiese ver a los enormes metamorfos; no es que pasasen desapercibidos, precisamente. Y no sólo eso, los bosques quileute eran invadidos continuamente por docenas de vampiros sedientos de sangre.

El profesor se dio la vuelta y las alumnas que se habían quedado empezaron a levantarse para salir junto a él.

—Esto..., Señor Grant, no... no se puede ir —intervine yo, haciendo que se volviese hacia mí.

El séquito que le seguía se detuvo detrás.

—¿Cómo dices?

Mi amiga y yo nos miramos de nuevo por un instante.

—En esos bosques hay... osos, animales salvajes y... lobos —murmuré, frotándome las manos con nerviosismo.

Aunque no los lobos que él se imaginaba.

Para mi asombro, el señor Grant se echó a reír.

—No te preocupes, Renesmee, iremos con un guarda que actuará en caso de que se nos acerque algún animal salvaje —se rió—. Lleva la pistola cargada de dardos sedantes —apuntilló, sin dejar de sonreír.

Su séquito acompañó su risa.

Contra los *animales salvajes* que había allí, no creo que los dardos sedantes pudieran hacer nada, ni siquiera una bala de plata podría terminar con un vampiro.

El profesor ya volvía a girarse hacia la puerta.

—Señor Grant —le llamé, otra vez. El aludido volvió a girarse y me miró algo extrañado—. ¿No podríamos a ir a otro bosque?

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a ese?

—No, nada —se me escapó una risilla nerviosa—. Es que, no sé, hay otros que también quedan cerca del mar, ¿no?

—Pero ninguno está tan cerca como los de La Push —alegó él—. De aquí a allí sólo hay una media hora, y tenemos que aprovechar bien la mañana para recopilar el mayor número de datos posible.

Fruncí los labios, con el gesto claramente disconforme. Brenda tenía la misma cara que yo. Esto no me gustaba nada, iban a meterse en la boca del lobo, nunca mejor dicho. Sin embargo, el señor Grant no parecía dispuesto a cambiar de ruta, probablemente estaba supeditado al presupuesto que el director le había dado para la excursión. La Push no sólo quedaba cerca para ahorrar tiempo, también ahorra dinero en gasolina.

Dado que iba a ser imposible modificar el peligroso destino de la salida lúdica, tendría que cambiar al no menos arriesgado plan B. No veía otra solución.

—¿Y dice que vamos a estar allí toda la mañana? —le pregunté.

—Sí, exacto —asintió, con alegría—. Tenemos que coger el mayor número de hojas, y también semillas, que en esta época algunos árboles ya empiezan con la germinación y...

—¿Vamos a estar en una sola zona en concreto o vamos a recorrer varios kilómetros? —quise saber, cortándole.

El señor Grant pestañeó, un poco confuso por mi pregunta.

—Pues sí, recorreremos varios kilómetros, puesto que ese bosque tiene una fauna y una flora muy concreta y variada, ya que no sólo está el mar, el río Quillayute también lo cruza —sí, desde luego la fauna era muy, muy concreta y variada, no se imaginaba cuánto. Mi mirada se volvió a encontrar con la de Brenda—. Pero no te preocupes, el autocar os traerá

de vuelta al instituto antes de que suene el último timbre, aunque, según creo, tú vives en La Push, ¿no? Bueno, si quieres, a ti te puede dejar cerca de tu casa. ¿Era por eso?

—¿Eh? Ah, no, ya tengo quien me lleve a casa, gracias —le contesté, con otra risita nerviosa por la situación que se nos echaba encima.

Aunque me había examinado para sacar el carné de conducir el lunes y había aprobado, prefería que Jake me trajese y me llevase siempre que pudiese. Le quedaba de paso, y así nosotros también ahorrábamos en gasolina y aprovechábamos la media hora de trayecto para estar más tiempo juntos.

—Como quieras —aceptó, con una sonrisa.

Los pasos del profesor iniciaron su andadura hacia la puerta de nuevo, con el resto de pies que le seguían.

Cogí el cuaderno, un bolígrafo y mi móvil y me acerqué a Brenda con premura. Nosotras también empezamos a caminar mientras hablábamos.

—¿Puedes llamar a Seth para avisarle? —le pedí—. Yo voy a llamar a Jake, aunque está trabajando, no sé si me lo podrá coger.

—Claro —asintió, sacando su móvil del bolsillo de su cazadora.

Brenda calcó el botón de la última llamada y yo marqué el teléfono de Jake a una velocidad ultrasónica.

Mi móvil llegó primero a mi oreja y, según caminábamos por el pasillo hacia la calle, escuchamos los tonos de las llamadas.

Al sexto en mi móvil, saltó el buzón de mi chico.

—Hola, soy Jake. Ahora da la casualidad de que no me puedo poner, pero si me dejas un mensaje después del pitidito, puede que te llame más tarde, ¿vale? Pues eso, chao.

Piiiiiiiiiiiiii.

—Jake, soy yo. Escucha, el señor Grant nos está llevando de excursión a los bosques de La Push —comencé a explicar, lo más deprisa que pude para que me diera tiempo a decirlo todo antes de que se cortara—. Vamos a salir hacia allí ahora mismo, que es la primera hora de clase. Ya sé que tú no puedes venir, pero si tuvieses un rato para, no sé, transformarte o algo y avisar a la manada —miré a mi amiga, que también estaba dejándole un mensaje a su novio—. Brenda está intentando contactar con Seth, y yo haré lo que pueda en el bosque, pero...

Piiiiiiiiiiiiii.

—Mierda —mascullé—. Bueno, por lo menos, me ha dado tiempo a decirle lo importante. Espero que lo oiga.

—Yo también le he dejado un mensaje a Seth en el buzón —declaró Brenda—. Pensé que todavía no había llegado a La Push, pero ya debe de estar patrullando —entonces, frunció el ceño—. Mira que le digo que no corra con el coche...

—Voy a llamar a Sam —dije, buscando su número en la agenda del teléfono—. Hoy le tocaba el turno de mañana a Leah, así que seguro que está en casa.

—Igual está durmiendo.

—Pues que se aguante.

Empujamos la puerta de salida y continuamos caminando detrás del grupo formado por el profesor y ese gran número de alumnas, que se dirigían hacia un autocar estacionado en el aparcamiento. El resto de estudiantes de las dos clases estaban esperando junto al mismo mientras charlaban entre ellos, produciendo un murmullo eufórico.

El cuarto tono sonó y Sam descolgó el teléfono, a la vez que llegábamos a donde se encontraba el largo vehículo estacionado.

—¿Diga?

Sí, estaba durmiendo.

—Sam, soy Nessie.

—Nessie, ¿qué pasa? —su voz sonó más despierta, como si se hubiera incorporado de sopetón.

El señor Grant empezó a pasar lista.

—Tienes que avisar a la manada —comencé a advertirle, en voz baja para que la gente de alrededor no me escuchara—. Mi clase y la de al lado estamos a punto de subirnos a un autocar para ir a los bosques de La Push de excursión. Brenda y yo ya les hemos dejado un mensaje en el buzón de voz a Seth y Jake, pero uno está patrullando y el otro en el trabajo, así que no creo que puedan escucharlos a tiempo.

—De acuerdo, ahora mismo aviso a Leah. ¿Por dónde vais a estar?

—No lo sé, ese es el problema —Brenda me dio un codazo para avisarme de que el señor Grant me estaba nombrando—. Ah, aquí —voceé, levantando la mano para que el maestro me viera—. Perdona, el profesor está pasando lista —volví a cuchichear.

—Bien. Le diré a Leah que mande a alguien para que os vigile. Así el resto siempre sabrá dónde estáis y podrán entretener a los vampiros que vayan hoy por el bosque, para desviarlos de vuestro camino. Con eso la

lucha estará lejos de vosotros hasta que la manada termine con ellos y nosotros no correremos el riesgo de que nos vea nadie. Cuando sepas a dónde vais, avísame. Yo te mantendré informada de todo. No te preocupes, todo saldrá bien.

Respiré, más aliviada. La voz de Sam sonaba tan madura y sabia, tan serena, que era imposible no sentir tranquilidad.

—Gracias, Sam.

—Gracias a ti por avisar.

—Dales un beso a Emily y a los niños de mi parte.

—Lo haré. Hasta luego.

—Hasta luego.

Colgué y volví a exhalar el aire, más relajada.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Brenda.

—Vaya, Nessie, qué casualidad —interrumpió Matt Hoffman de repente, saliendo de nuestras espaldas y apartando a Brenda para posar su descarado brazo sobre mis hombros—. Parece que iremos juntos, ¿eh? Te dejo sentarte conmigo.

Genial. Lo que me faltaba.

—Me voy a sentar con Brenda —afirmé, cogiéndole por la manga de esa cazadora que lucía siempre y tirando su brazo hacia atrás para quitármelo de encima.

Agarré a mi amiga de la mano —desde que ella lo sabía todo, podía tocarla— y la llevé con rapidez a los peldaños del autocar para subir.

—Es odioso —masculló Brenda, dirigiéndole una cara que reflejaba ese sentimiento, mientras subíamos.

—Sólo espero que no nos dé problemas —resoplé, ya avanzando por el estrecho pasillo.

En medio de un tumulto de alumnos que ya se encontraban sentados, había justo dos asientos que estaban vacíos. Era el sitio ideal para que Matt no pudiera sentarse cerca. Aceleré y me dirigí hacia allí.

—¿Qué te ha dicho Sam? —repitió Brenda.

Esperé hasta que nos sentamos para explicárselo, otra vez hablando con una voz muy baja, tanto, que a mi humana amiga le costó un poco oírme.

Matt tuvo que conformarse con sentarse a varios asientos de nosotras, aunque, afortunadamente, estaba rodeado por su grupo de amigotes, que le distrajeron lo suficiente para que por fin pasara de mí.

El autocar enseguida salió de Forks y giró a la izquierda para iniciar la andadura por la carretera de La Push, recorrido tan familiar para mí. Siguió por este trayecto durante unos cuantos kilómetros y giró a la derecha en el cruce para seguir por la carretera de Mora. Al poco de rodar por esta calzada, atravesamos el puente de hormigón que cruzaba el tramo final del río Soleduck, justo donde se unía con el río Quillayute. La vegetación y los densos y enormes árboles que suscribían las distintas carreteras no nos abandonaron en ningún momento desde que salimos del instituto.

Nada más saber a dónde nos dirigíamos, llamé a Sam para que avisase a Leah.

La carretera de Mora pasaba justo por el medio de los bosques de La Push, seguramente la manada estaba moviéndose ahora mismo por ellos, luchando contra algún vampiro nómada. Mientras el resto de alumnos chillaban y charlaban animadamente, Brenda y yo no dejábamos de mirar por la ventanilla para ver si veíamos alguna sombra sospechosa que se moviese.

Seguimos unos cuantos kilómetros más por esa calzada más bien recta que parecía un pasillo interminable entre todos aquellos altos árboles y el autocar empezó a recorrer la parte final del trayecto, ese tramo que acompañaba una zona de la desembocadura del río Quillayute y que terminaba en Rialto Beach.

Atravesamos el viejo y medio oxidado puente metálico de color grana que se elevaba por el río Dickey y que lo cruzaba; esa tranquila corriente también se abría paso entre los prominentes y tupidos pinos, haciendo las veces de pasillo acuático, para morir en el río Quillayute, un poco más allá de su curso.

Los árboles que limitaban la carretera a nuestra izquierda pasaron a distribuirse por un empinado terraplén que colonizaban junto con helechos y demás vegetación —esta pendiente era lo que separaba la carretera del río— y comenzaron a ser más escasos, por lo que los claros que quedaban entre ellos en algunos intervalos por fin dejaron ver el ancho y caudaloso río Quillayute.

La extensa península a modo de isleta que quedaba entre éste y el desenlace final del río Dickey también quedó a la vista, unos pocos árboles la vestían y estaba cubierta de verde hierba. Un águila volaba en círculos por encima de los gigantescos pinos y abetos que formaban el bosque que también limitaba con el río al otro lado del cauce.

Los árboles de nuestra izquierda desaparecieron en su totalidad cuando el autobús comenzó a recorrer la cerrada curva hacia la derecha que seguía bordeando el agua y que sólo estaba cercada por una barandilla metálica cuyo cromatismo era idéntico a la del puente del río Dickey. El poderoso río Quillayute apareció esplendoroso a nuestro lado sin que nada obstruyera a nuestros ojos, llenaba el paisaje con su plácido, apacible e impresionante caudal, acompañado de las vistas de las islas de La Push al fondo. Le quedaba poco para llegar al mar.

En cuanto salimos de esa curva tan amplia, la barandilla desapareció y los escasos árboles regresaron para taparnos un poco el hermoso paisaje, hasta que finalmente llegamos al aparcamiento de Rialto Beach.

Nos bajamos del autobús y empezamos a deshacer a pie el trayecto que había hecho el vehículo para llegar al parking, caminando por esa carretera tan conocida por mí y que ya me sabía de memoria y siguiendo la entusiasmada marcha del señor Grant, que no dejaba de parlotear sobre los tipos de árboles y arbustos que había en la zona. Nos internamos en el bosque que limitaba con la calzada y seguimos la marcha.

El guarda forestal iba en cabeza, seguido por el joven profesor, su séquito de alumnas, a las que se les había unido las de la otra clase, y los descontrolados chicos, que no hacían más que vocear mientras se gastaban bromas. Brenda y yo manteníamos una distancia prudencial del grupo, vigilando los alrededores, aunque sin alejarnos demasiado del mismo.

Mi olfato no me engañaba, y mi oído tampoco, esos potentes latidos resaltaban sobre el resto de corazones que bombeaban a ritmos muy entremezclados; y había varios, cinco. Leah ya había dado la orden y teníamos a cinco lobos vigilándonos. Cuando miré de reojo, vi la cabeza de Embry escondida entre las sombras de la vegetación del bosque. Asintió levemente para recordarme que iban a estar cerca y yo le correspondí asintiendo también.

Brenda y yo nos dedicamos una mirada cómplice de tranquilidad y nos aproximamos más al grupo.

—Por favor, chicos, no arméis escándalos aquí, ¿de acuerdo? —nos pidió el señor Grant, caminando hacia atrás mientras hablaba. El griterío se convirtió en un murmullo más bajo—. Tenemos que procurar que nuestra presencia perturbe la paz del bosque lo menos posible.

Paz, lo que se dice paz, no es que fuera lo que abundase por estos bosques, precisamente...

El joven e informal profesor desprendía una especie de camaradería que siempre conseguía que los alumnos le hicieran caso sin mayores problemas. El grupo siguió caminando en silencio, si bien se oían cuchicheos y murmullos de charlas y cotilleos.

Después de una caminata de unos veinte minutos, el profesor y el guarda se detuvieron, obligándonos al resto a hacer lo mismo, que formamos una especie de corrillo alrededor de ambos.

Mientras el guarda se puso a darnos una disertación sobre estos bosques y todos comenzamos a apuntar en nuestros cuadernos, el pesado de Matt aprovechó para acercarse junto con dos de sus amigotes. Puse los ojos en blanco y resoplé cuando se colocó a mi lado.

—La semana que viene voy a dar una fiesta en mi casa. Voy a concederte a ti el privilegio de asistir como invitada preferente —me anunció, con esa estúpida sonrisa presuntuosa suya.

—¿Es que nunca te cansas de dar fiestas? —le criticó Brenda, poniéndole cara de asco.

Cualesquiera que fuesen las palabras que Matt tenía pensado soltar, fueron cortadas por el señor Grant, que nos mandó callar para que prestáramos atención a la explicación del guarda.

¡Uf! Menos mal.

Después de la charla de ese hombre y de los apuntes que tomamos, el profesor nos dio vía libre para distribuirnos en un reducido perímetro que había acordado con el guarda para que comenzásemos a recoger hojas, semillas y todo lo que encontrásemos relacionado con el hábitat que nos rodeaba.

Ese perímetro facilitaba mucho las cosas a los metamorfos, y Brenda y yo nos relajamos más.

Las horas que conformaban la mañana transcurrieron con más rapidez, al encontrarnos tan ocupados. Hicimos un descanso a medio día para tomar unos bocadillos que el guarda llevaba en su enorme mochila, y seguimos con la jornada.

Matt parecía un moscardón, revoloteaba a mi alrededor para intentar llamar mi atención mientras soltaba por esa boca todo tipo de lindezas, pero, por más muestras que le daba yo y más que le recordaba que tenía novio, se negaba a darse por enterado.

Y entonces, cuando mi paciencia tocó la campana de su límite y me giré para gritarle que me iba a casar, escuché un sonido que me sobresaltó e hizo que mis cuerdas vocales se quedasen mudas.

Los oídos humanos que me rodeaban no oyeron nada, puesto que el aullido de uno de los lobos que nos vigilaban y protegían, y que dio la voz de alarma, fue emitido a una frecuencia muy baja, pero yo lo escuché perfectamente, y lo descifré con igual facilidad.

El mensaje era muy claro: había vampiros cerca.

No tardé en verlo ratificado. Entre toda aquella vegetación, mis ojos de medio vampiro pudieron distinguir la cabeza de Embry, que volvió a hacerme un gesto, esta vez para que me acercase a él. Luego, se ocultó de nuevo.

Esquivé a Matt, que seguía dándome la tabarra para que fuera a su fiesta, y me acerqué a Brenda. La cogí de la mano y nos alejamos un poco de ese pelmazo.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el ceño con preocupación al ver mi semblante.

—Quédate aquí. Voy a ir a hablar con Embry —bisbiseé.

—¡¿Hay vampiros?! —adivinó.

—¡Shhhh, baja la voz! —le regañé, con un cuchicheo.

La risa arrogante de Matt, que empezaba a aproximarse a nosotras, nos irrumpió.

—Sé que necesitáis mi ayuda —espetó, sin dejar de reírse—. ¿O es que estáis hablando de mí?

—Entretén a ese pelmazo mientras yo voy junto a Embry —le cuchicheé, al oído—. No quiero que me siga.

—¿Yo? Pero, pero, Nessie... —protestó ella igual de bajito a la vez que yo empezaba a caminar hacia la zona donde había visto a mi hermano lobo.

—¿A dónde vas? —quiso saber Matt, aunque yo no le hice ni caso.

Me giré hacia atrás para cerciorarme de que el señor Grant y el guarda no me veían y entonces vi que ese presumido ya comenzaba a seguirme con una sonrisa engreída.

¿Pero qué estaba entendiendo el muy imbécil? Si no fuera porque la situación me urgía hacia otro asunto, me hubiese dado la vuelta para darle una patada en el trasero. A ver si así salía volando y se caía en el río para que se le enfriaran las ideas. Qué asco...

—Va al baño —respondió Brenda, malhumorada, cogiéndole del brazo para pararle.

Resoplé con indignación, negando con la cabeza, y seguí mi camino con celeridad, metiéndome entre los árboles y avanzando unos cuantos metros más de donde estaban mis compañeros del instituto.

Embry me estaba esperando en su forma humana; no parecía excesivamente preocupado. Me aproximé corriendo.

—Dime —le dije nada más llegar a su lado.

—Escucha, vamos a tener que alejarnos de aquí un rato —me empezó a explicar—. Hay un grupo de vampiros que ha conseguido escapar de la otra parte de la manada y vienen hacia aquí atraídos por el olor a sangre humana. Algunos de los nuestros les están siguiendo, pero van a necesitarnos, Leah y los otros todavía están muy ajetreados y no ha podido mandar más gente. Vamos a acorralar a esos vampiros lejos para terminar con ellos antes de que puedan acercarse por aquí.

—Vale —asentí, con preocupación.

—No te preocupes, Sam ya se ha unido con más refuerzos y vienen hacia aquí —declaró, llevando su pie hacia un lado para echar a correr de un momento a otro—. Estarán cubriendo la zona en un periquete. Y Jake ya salió del taller, está de camino.

—¿Jake ya viene hacia aquí? —mi cara se iluminó.

—Sí. Ah, por cierto —siguió, empezando a caminar sin dejar de mirarme—, te estuvo llamando, pero tu móvil está apagado, así que tuvo que llamar a Sam. Se lo dijo a él para que me lo dijese a mí y yo te lo dijese a ti —se rió de su propio trabalenguas y echó a trotar—. Bueno, hasta luego, y no te preocupes, todo saldrá bien —se despidió, con medio cuerpo girado hacia mí y agitando la mano en el aire.

—Hasta luego.

Se volvió del todo y desapareció entre la espesura del bosque.

Saqué el móvil del bolsillo de mi cazadora. Efectivamente, estaba apagado. Intenté encenderlo, sin embargo, la pantalla enseguida me avisó con un mensaje y esos molestos e inoportunos pitidos. Se había quedado sin batería. Menudo momento que había elegido para desconectarse.

Me disponía a regresar con el grupo de la excursión, cuando la suave brisa que llevaba soplando toda la mañana pegó un giro repentino, haciendo una especie de bucle invisible, y por un momento cambió de rumbo. El aire regresó a su dirección de antes, pero ese pequeño instante fue suficiente para que percibiese una mezcla de olores que me hizo quedarme tiesa en el sitio.

No muy lejos de allí, distinguí el olor de varios vampiros, aunque no fue eso lo que más me alarmó. Del mismo sitio, y mezclado con esos olores, también había otro efluvio. Estaba demasiado tapado con la esencia de los vampiros, pero ese diminuto matiz no engañaba a mi olfato y mi oído. Un plasma era bombeado por el rítmico latido de un corazón, un corazón humano, y latía a un ritmo completamente acelerado, estaba aterrado.

—¡Embry! —le llamé, con una voz, aunque no tan alta como a mí me hubiese gustado, puesto que no quería que mis compañeros lo oyesen.

Pero no me había oído, y los latidos cada vez se aceleraban más, su cadencia se volvió vertiginosa. Esa persona estaba en grave peligro, estaba a punto de morir si alguien no hacía nada para impedirlo. Embry no me había escuchado, seguramente ya estaba lejos, con los lobos que estaban demasiado ocupados ahora mismo intentando terminar con ese puñado de vampiros que habían olido nuestras sangres, Leah y su grupo lo estaban con el resto de vampiros nómadas que habían venido para enfrentarse a ellos, Jake aún estaba en su coche, de camino a La Push, y Sam y sus refuerzos todavía no habían llegado. Y aunque lo hicieran rápido, no les iba a dar tiempo para salvar a ese humano.

Sólo quedaba yo.

El corazón humano pegó un salto, despavorido.

No me lo pensé dos veces.

Eché a correr a toda velocidad para dirigirme al sitio de donde procedía esa mezcla de efluvios que había percibido gracias a la ráfaga de aire.

Busqué la lengua de fuego en mi interior y me transformé en plena carrera. Mis latidos se ralentizaron al mínimo, mi sangre se heló, mis músculos se volvieron duros como el acero y mi olor pasó a ser idéntico al de mi lobo. Mi cabeza no tenía ruido alguno, ni siquiera el zumbido monocorde que quedaba cuando Jake se desconectaba del resto, señal de que él todavía no había llegado a La Push.

Tenía el viento en contra, aunque tampoco soplaba rumbo a los efluvios. Más bien era una brisa lateral. Eso me daba cierta ventaja para el factor sorpresa, ya que los vampiros tampoco podrían olerme a mí y podría actuar sorpresivamente. También me tranquilizó un poco que no pudieran oler a mis compañeros, por lo menos, de momento no lo habían hecho, si no, ¿por qué iban a ir a por un humano solo si tenían a un grupo bien grande un poco más allá?

Sabía que yo tenía un hándicap, bueno, dos. Yo era una, y ellos varios, y encima, sólo era mitad vampiro. Bueno, tres, porque, además, aunque me transformase, no llegaba a ser un vampiro completo, y ellos seguían teniendo ventaja numérica.

Sin embargo, seguía sin dudarle ni un segundo. Tenía que salvar a esa persona como fuera. Era un riesgo, porque iba a descubrir mi secreto, y tal vez el de los metamorfos, pero ya había visto a los vampiros, así que eso ahora tenía poca importancia. ¿Cómo iba a permitir que asesinaran a alguien casi delante de mis narices? Mi conciencia no podría soportarlo. Además, en cierto modo, yo era una loba encerrada en un cuerpo de vampiro, y los lobos estábamos hechos para proteger a los humanos luchando contra los vampiros malos. Yo era una más de la manada. No sabía cómo iba a hacer, pero tenía que actuar, una maniobra de distracción o algo hasta que a Sam y a los suyos les diera tiempo a llegar. Sin Jake, no podía comunicarme con ellos mentalmente, pero ya encontraría alguna solución para avisarles.

Seguí galopando por el bosque, esquivando con agilidad los árboles que se plantaban a mi paso. Entonces, escuché las agresivas voces de los vampiros, que me alertaron todavía más. Eran unas voces masculinas.

—¡Si no vienes con nosotros, morirás! —chilló una de las voces, con un acento extraño que no conseguí identificar.

—¿A qué esperamos, Razvan?! ¡Matémosla! —siguió otro; este tenía una voz grave—. No nos sirve para nada, y yo me muero de sed —su tono se volvió aún más oscuro y ansioso.

—¡Sí, a por ella! —gritó uno más.

Por fin, los árboles dejaron un hueco por el que pude ver cómo el último que hablaba ya tomaba impulso para arrojarse sobre su víctima, que profirió un chillido de pánico.

¡No!

Apreté los dientes y agrandé las zancadas de mis piernas a todo lo que daban, para que pudieran llegar a tiempo.

Para ellos, salí de la nada. En cuanto atravesé los abetos que me quedaban para alcanzar mi meta, pegué un salto enorme y me abalancé sobre la chica. Caí encima de ella y conseguí apartarla justo en el mismo momento en que el vampiro aterrizaba en el suelo, en el sitio donde debería de estar ella para ser devorada.

Rodamos unos pocos metros, hasta que la fuerza de la inercia cesó y nuestro movimiento centrífugo paró, quedando las dos tendidas en el suelo, de lado.

Mi instinto me hizo incorporarme automáticamente, y cuando mis pupilas se toparon con lo que tenían enfrente, casi se me salen del sitio.

Y no sólo por tener a esa persona delante, es que sus ojos, que se habían clavado en los míos también con asombro, no eran los dorados de siempre, no tenían lentillas, y eran de un color extraño, muy parecido al fucsia.

—Helen... —murmuré, con sorpresa y perplejidad.

—Nessie... —masculló ella, de igual modo.

ENCUENTRO

No me dio tiempo a decir más.

—¿Cómo se atreve?! —gritó el que se había arrojado hacia mi amiga.

Su media melena lisa y morena estaba suelta y se dividía en dos por medio de una raya rectísima y perfecta que cruzaba toda su cabellera y que la dejaba caer sobre su cara a modo de cortina entreabierta. Aún así, eso no impidió que sus agresivos ojos rojos escarlata resaltaran sobre esa tez blanca como la cal.

Pero no eran sólo esos ojos los que nos amenazaban. Los otros tres encarnados pares no eran menos asesinos.

En cuanto vi cómo los cuatro vampiros se abalanzaban hacia nosotras, me levanté de un salto vertiginoso, tirando de Helen por su brazo para cargarla a mi espalda, y eché a correr a la velocidad del sonido.

—¡Sujétate bien! —le mandé a mi amiga, agarrándola yo a ella también para que no se cayera hacia atrás.

—¡Eres uno de ellos! —chilló, con histerismo, tirándome de los pelos—. ¡Suéltame!

Los vampiros ya estaban pisándome los talones.

—¿Quieres que te entregue a esos cuatro?! —amenacé.

Los casi imperceptibles tirones de mi cabeza cesaron y sus brazos pasaron a rodear mi cuello para aferrarse bien fuerte.

Apreté el paso para tratar de aventajarlos, pero ellos seguían corriendo más deprisa que yo, y tampoco podía acelerar más, puesto que Helen no podría soportar tal velocidad.

—¡Casi no puedo respirar! —afirmó Helen, con voz quejumbrosa, ratificando mis pensamientos.

—¡Ya los tengo encima, si reduzco la velocidad...!

Mi frase se quedó colgando. Uno de los vampiros llegó a nuestra altura y se puso a correr a nuestro lado izquierdo. Era enorme, más alto que Emmett incluso, su pelo era de un rubio muy claro, casi blanco, con un corte muy apurado, y su piel era tan albina, que las venas muertas que atravesaban su cara se transparentaban.

El vampiro se quedó observándome, extrañado, mientras corríamos a la par y después chistó con desprecio.

—¿Qué es esto? —se burló, con esa voz grave, tocando mi mejilla con su enorme dedo. Luego, arrugó la nariz—. ¿Un vampiro que huele a perro?

Helen estaba aterrada, los latidos de su corazón eran frenéticos, latían con tanta fuerza, que retumbaban en mi espalda. Su garganta se quedó muda y su brazo estranguló aún más a mi cuello, del miedo que tenía.

Aparté la cara de ese dedo a la vez que apretaba los dientes e iniciaba el desvío hacia la derecha.

Sin embargo, otro de los vampiros se puso al otro lado y cortó mi trayectoria. Este también era rubio, pero la longitud de su cabello era un poco superior y su color era bastante más oscuro que el de su gigantesco compañero, era un tono dorado, y lucía una barba bien arreglada de la misma tonalidad. Su altura era semejante a la de mi padre y su piel era idéntica a la del gigantón.

Ahora me encontraba en medio de los dos, y los otros me pisaban los talones, flanqueando a sus amigos.

—Vamos, hermosura, entréganos a la chica —me instó mi nuevo vecino, con un tono fingidamente amable y una media sonrisa forzada que pretendía simular amabilidad.

Por fin identifiqué su acento. Era de Europa del este.

—¡No! —grité yo.

El semblante del vampiro cambió de sopetón, mostrándome su verdadera faz ya sin tapujo alguno. Su comisura cayó repentinamente y sus cejas bajaron profundamente, inyectándose con ira en esos ojos rojos y despiadados.

Retiró su labio hacia atrás y se arrojó a nosotras de costado, seguido del enorme vampiro rubio platino, que lo hizo por el otro lado.

Ellos eran más rápidos y fuertes, pero yo era más flexible y ágil. Frené mis pies en seco, deteniendo mi carrera súbitamente por un instante; instante que fue suficiente para que ellos siguieran corriendo por la inercia y chocasen entre sí, aunque la cara de mi amiga también lo hizo

con brusquedad contra mi coronilla, e inicié el galope de nuevo en otra dirección, esquivando a los otros dos milagrosamente, que ya venían a por mí.

El vampiro moreno de antes se abalanzó con fiereza hacia nosotras por detrás, saltando y estirando los brazos para llegar a mi amiga.

—¡Nessie! —chilló Helen, despavorida.

Antes de que terminara de pronunciar mi nombre, pegué un brinco altísimo y enganché mis manos a una rama, dejando al vampiro debajo de mí.

Aunque sabía que eso no sería por mucho tiempo.

—¡Agárrate fuerte pase lo que pase! —le ordené a mi compañera mientras mis piernas ya se balanceaban hacia delante vertiginosamente y ella profería un grito y enganchaba las suyas alrededor de mi cintura.

—¡Tengo vértigo! —lloriqueó, asustada.

Todo sucedía a la velocidad de la luz.

No fue sólo el moreno; el vampiro gigante y el rubio dorado saltaron a la vez junto al primero y los tres se encaramaron a las ramas del trío de árboles anexos al mío para acorralarme, mientras el otro que quedaba seguía en el suelo, esperando mi caída como la hiena que espera los restos de una presa.

El vampiro de barba volvió a lanzarse a por nosotras desde su puesto con los brazos extendidos para arremeternos sin piedad, sin embargo, mis piernas ya estaban volando con los pies por delante, y éstos se posaron sobre el tronco de enfrente para impulsarme y dispararme en la dirección contraria, usando el ancho leño como si de una catapulta se tratase.

Helen chilló de nuevo cuando volé como una bala por encima del vampiro de pelo dorado a la vez que él lo hacía por debajo y nos cruzábamos a un metro de distancia.

—¡Estúpido! —escuché que le reprochaba el moreno.

—¡Es demasiado escurridiza! —se defendió su compañero, sujetándose a otra rama.

Me estampé contra el tronco de un enorme pino, pero no me hice daño, ya que mi cuerpo ahora era duro como el acero, y logré sujetarme a tiempo para amortiguar el golpe. La que se llevó un buen mamporrazo contra mi espalda fue la pobre Helen, pero tampoco se quejó. Su pavor debía de tenerla tan paralizada, que ya no sentía ni dolor. La sujeté con la otra mano para que no se me cayese.

Y a mí no me daba tiempo ni a pestañear.

Un espantoso crujido se oyó a unos pocos metros de mis pies, seguido de una serie de resonantes restallidos, y la zona superior del pino donde me encontraba encaramada comenzó a inclinarse hacia delante, arrastrándonos con él en su descenso. El vampiro que estaba esperándonos en el suelo había empujado el árbol para quebrarlo. El tronco empezó a descender lentamente al principio, pero después siguió su caída con un movimiento más acelerado.

La suerte estuvo de nuestro lado y la copa del alto pino quedó atravesada entre las ramas de los árboles contiguos, deteniendo su caída total y haciendo que nosotras sufriéramos un pequeño embuste, del impacto.

En el mismo momento en que sucedió esto, los tres vampiros brincaron de sus ramas para intentar atraparnos, impulsándose lateralmente con los troncos, en zigzag, como expertos y gráciles acróbatas.

Salté hacia abajo, empujándome con todas mis fuerzas, y conseguí caer a unos pocos metros de donde estaba el vampiro que esperaba en tierra firme, que ya se había lanzado a por nosotras junto con los otros tres.

Corrí a todo lo que daban mis piernas por el bosque, metiéndome una y otra vez por los árboles para despistarlos, aunque sabía que no iba a poder seguir haciéndolo durante mucho más tiempo, las casi imperceptibles pisadas estaban a muy poco de nuestras espaldas.

Tenía que encontrar a Sam y a su grupo como fuera, no tenían que andar muy lejos. El problema es que no sabía cómo hacerlo. Me di cuenta de que estaba corriendo en círculos por ese sector del bosque, todo era desconocido para mí y no sabía ni a dónde me estaba dirigiendo.

Y entonces, escuché unos sonoros gruñidos y chasquidos a unos pocos kilómetros de allí. Eran Embry y los suyos, que estaban luchando contra esos otros vampiros.

Lo único que se me ocurría era ir hacia allí. Sabía que era peligroso, era meterse en medio de una batalla mortífera con más vampiros por el medio saltando y atacando, pero si sólo me pasaba por delante, alguno de mis hermanos lobos me vería, se comunicaría con Sam y él ya sabría dónde nos encontrábamos. Y tal vez la lucha también despistara a los cuatro que nos estaban persiguiendo.

Aceleré y comencé a dirigirme hacia esa zona.

Pero sólo me dio tiempo a comenzar, porque el vampiro enorme de pelo casi blanco salió de la nada y se interpuso en mi camino, obligándome a desviarme en otra dirección.

En un momento, me vi asediada por el cuarteto de matones, que me cercaron para conducirme por donde ellos querían sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Me sentí como uno de esos pequeños impalas de África que son perseguidos por un grupo de leonas hasta que lo alejan del grupo para clavarle sus garras.

El corazón de Helen latía a mil por hora.

Ya estoy aquí, chicos, anunció Jake en mi cabeza de repente; y a la vez se llenaba de las diferentes voces de los metamorfos. *Sam, voy a ir con vosotros.*

Escuchar su voz fue como ver el sol por primera vez.

De acuer...

¡Jake!, le llamé, cortando a Sam.

¿Nessie?!, se alarmó.

¡Tenéis que venir a ayudarme! ¡A Helen y a mi nos están persiguiendo cuatro vampiros y la cosa está muy fea!

¿Y qué demonios haces ahí con...?!, dejó la protesta en el aire, lo otro urgía más. *¡Mierda! ¡¿Dónde estáis?!*, quiso saber, ya corriendo a la velocidad del sonido.

¡No lo sé! ¡Es la primera vez que estoy en este bosque!, contesté mientras seguía huyendo de nuestros cuatro hostigadores.

¡Fíjate en algo para que nosotros podamos verlo!, me indicó, con nerviosismo.

Eso era fácil de decir, pero todo eran árboles por todas partes, pinos, abetos y demás que no se diferenciaban mucho entre sí.

De repente, vi un árbol con una forma extraña, retorcido.

¡Lo tengo!, gritó Sam.

¡Yo también! ¡Os veo allí!, siguió mi chico, que continuaba corriendo en solitario con premura.

¡De acuerdo!, asintió el lobo negro, que lo hacía con su grupo por otra zona del bosque.

¡Aquí se nota tu olor, Jake!, advirtió Paul. *¡Está mezclado con otro, así que tiene que ser ella!*

¡Ya vamos, Nessie!, dijo Jacob, con frenetismo. *¡Aguanta, ya estamos ahí!*

No pude ni responderle.

Uno de los vampiros consiguió arremeternos por la espalda y Helen y yo nos caímos al suelo, entre los gritos de pavor de mi amiga.

¡NESSIE!, gritó Jacob, encolerizado.

Su rugido fue tan potente, que atronó por todo el bosque, haciendo que el vampiro que se nos había echado encima se levantase de un salto, sobresaltado.

Fue entonces cuando pude ponerme en pie y vi que había sido el matón moreno el que nos había tirado.

¡Estamos bien!, dije, para tranquilizarle.

¡Ya nos queda poco!, aseguró Sam.

¡Daos prisa!, pidió Jacob.

Los ojos de mi lobo me mostraban que seguía galopando vertiginosamente, aunque no sabía si ya se encontraba cerca o no.

Miré a mi alrededor. Estábamos rodeadas por el cuarteto de vampiros, que habían hecho una especie de círculo para acorralarnos. Helen se levantó y se pegó a mí. Apreté los dientes y cubrí a mi amiga para protegerla.

Justo en el momento en que el vampiro de pelo dorado se abalanzaba a por nosotras por detrás, mi colosal y enfurecido lobo rojizo salía de la nada y lo embestía de costado con otro rugido estremecedor. Helen profirió un chillido de horror. Ambos cayeron en el suelo con violencia y rodaron sobre sí varios metros, aunque enseguida se pusieron en pie de nuevo. Jake saltó para ponerse delante de nosotras y el vampiro se unió a sus compañeros, que habían formado una línea frente a nosotros.

Jacob les mostró su mortífera y ahora más que nunca letal dentadura a la vez que les clavaba los ojos con inquina y emitía unos gruñidos extremadamente amenazadores.

—Oh, Dios mío —exhaló Helen, casi sin voz y asustadísima, al ver a ese descomunal lobo delante de nosotras.

—Tranquila, es de los nuestros —la intenté calmar.

¿Estáis bien?, me preguntó Jake, sin quitarle ojo a los cuatro vampiros y sin modificar su postura ni un ápice.

Sí, asentí.

Entonces, cuando desvié la vista hacia los vampiros, mis pupilas se quedaron asombradas y maravilladas. Vieron cómo sus cuerpos estaban envueltos con una luz apagada y malva, mientras que nosotros tres lo estábamos con una luz dorada y brillante; la de Jake brillaba más que el

sol. Jadeé, de la impresión. Era la primera vez que veía los efectos del poder espiritual de Jacob de primera mano.

Y no sólo eso. Tres de los vampiros: el gigante, el moreno y el del cabello dorado, los cuales observaban a Jacob con perplejidad y asombro, emanaban una especie de vaho húmedo de color azulado, y supe al instante que era miedo, gracias al entendimiento que la mente de Jacob me transfería.

Pero no era así con el cuarto vampiro, el mismo que había quebrado el árbol y que no había podido ver bien. El vaho de éste era de un color más verdoso, era temor, sí, aunque más afín al respeto, y le miraba como si ya le conociera.

—¿Es él? —exclamó el vampiro de corta melena morena, en voz baja, hablando para el cuarto vampiro, sin quitarle ojo a Jake.

Ahora que lo tenía justo enfrente, pude fijarme más en ése. Y era evidente que era el jefe de todos ellos.

Su pelo rubio tostado también era largo, otra media melena, sólo que ésta estaba atada en su totalidad por una corta coleta que dejaba todo su albo rostro al descubierto. Sus facciones eran perfectas, como las de todos los vampiros, no era nada que llamase especialmente mi atención, parecía que todos estuviesen cortados por la misma plantilla. Pero sí que me fijé en sus ojos. También tenían ese iris rojo escarlata, sin embargo, había algo en ellos que me espantó.

Sólo se limitó a asentir, sin dejar de mirar a Jacob. Sin embargo, luego su semblante se giró levemente y clavó sus ojos en mí.

Todo el vello se me puso de punta cuando percibí la extremada maldad que había en él. Lo intuí, lo noté, lo supe. Puede que fuera por la influencia de Jake, aunque no creo que me hubiese hecho falta para apreciarlo. Su luz malva era más oscura que la del resto. Había algo espeluznante en ese hombre, y lo certifiqué en cuanto sus extrañas pupilas se posaron en las mías, clavándose con intensidad.

Se quedó observándome con una mirada extraña, como si estuviese esperando algo de mí. Y entonces, mi pulsera vibró como un insistente móvil.

Jake también se dio cuenta de esto.

¡Aparta tus asquerosos ojos de ella!, gritó, rugiéndole furioso mientras ya se agazapaba para atacarle.

—La profecía ha empezado —habló después, para sus compañeros, con una voz que hubiera sonado celestial si no fuera por la aspereza de su tono.

Esa no era una de las tres voces que había escuchado con anterioridad. Era la primera vez que había hablado desde que había dado con ellos para salvar a mi amiga.

¡Ya estamos aquí!, anunció Sam.

Y de repente, cuatro enormes lobos más salían de entre la espesa vegetación a ambos lados para ponerse junto a Jake. Viéndoles a su lado quedaba más evidente el impresionante tamaño que ahora tenía Jacob. Antes ya era el más grande, pero desde que había dejado salir todo su espíritu de Gran Lobo y había crecido, le sacaba más de medio metro a Sam.

—Oh, Dios mío... —volvió a jadear Helen, con esos ojos que no eran dorados falsos, sino fucsia, abiertos de par en par.

Sam, Paul, Jared y Raphael se agazaparon y acompasaron los gruñidos de Jake, mostrando también sus dentaduras asesinas.

—¡Tres de ellos son los que mataron a Ion! —voceó el vampiro grande, con su voz grave, apretando los dientes.

Su vaho cambió del color azul al rojo en un santiamén, la mente de Jacob también me hizo comprender que era la ira y la rabia que se desatan por las ganas de luchar; se envaró y echó su pie hacia atrás para atacar, pero cuando estaba a punto de impulsarse, su jefe le interpuso su brazo y le detuvo.

—Ahora hay otra prioridad —declaró éste, otra vez con la misma entonación de antes.

Su subordinado rechinó los dientes, sin embargo, obedeció y abortó su ataque, si bien su emanación seguía siendo de color carmesí.

¿Quién diablos es ese Ion?!, quiso saber Jared.

La mente de mi lobo se llenó de distintos pensamientos, todos avanzaban y se relacionaban entre sí muy deprisa y no fui capaz de distinguirlos bien. Tan sólo pude ver la imagen de aquel lobo muerto, yaciendo en ese charco de lodo y sangre. Jake se había parado a pensar en eso más tiempo.

Ese chupasangres cobarde y sádico que asesinó en vida a nuestro lobo, masculló él, con furia retenida, después de hacer todas esas vertiginosas deducciones.

Los gruñidos de los cinco lobos se intensificaron.

Quédate con ellas, ya nos encargamos nosotros de esta escoria, dijo el lobo negro, dedicándoles un rugido a los vampiros.

De acuerdo, aceptó Jake. *Pero aseguraos de que paguen por lo que han hecho*, habló después, con la misma rabia de antes.

No puso ningún inconveniente. La pulsión de quedarse a mi lado para protegerme era más fuerte que cualquier otra cosa, incluso que el sentimiento de venganza. Y yo sabía que confiaba en la eficacia de su manada al cien por cien.

En cuanto Sam avanzó un paso, el vampiro rubio de coleta les hizo una señal con la cabeza al resto de sus compañeros y todos se dieron la vuelta vertiginosamente, saliendo despedidos para huir.

¡A por ellos, que se largan!, voceó Rephael, con otro rugido, mientras ya echaban todos a volar para perseguirles.

¡Bien, un poco de acción!, aclamó Paul, con una risa malvada.

Los cuatro lobos desaparecieron entre el bosque como cuatro balas. Cuatro borrones de distintas tonalidades que se perdieron por los árboles hasta que ya no se les vio.

Sam, no te olvides de avisarme cuando los cojáis, ordenó Jake.

¡Cuenta con ello!, afirmó él.

Y las diferentes voces, gritos y risas maléficas se apagaron hasta que sólo fueron un murmullo monocorde.

Cerré los párpados y respiré aliviada, a la vez que el murmullo se moría del todo.

Cuando los abrí, Jake salía de detrás de un enorme abeto en su forma humana. Eso no escapó a los perspicaces ojos de mi amiga.

—Era cierto... Entonces, ¿vosotros sois...? —masculló Helen, sin creérselo, señalando a Jacob con el dedo y a la espesura del bosque por donde se habían perdido el resto de los lobos—. Dios, mío, ¿en qué mundo vivimos? —murmuró para sí, dándose la vuelta mientras se llevaba la mano a la cabeza.

Jacob llegó a mí y me agarró de la cintura para arrimarme a él.

—Jake, ¿qué has hecho? —le dije en voz baja—. Ahora va a saber vuestro secreto...

—Ya sabe demasiadas cosas, y ha visto demasiado de nuestros mundos, y a nosotros. No creo que el que sepa esto cambie nada sustancial —alegó él, murmurando con esa voz ronca—. Además, después de este susto de muerte, necesito besarte ahora mismo o me volveré loco —susurró, pegando su frente a la mía con avidez.

Y yo también lo necesitaba, como una droga.

Pegué del todo nuestros rostros y fundimos nuestros labios con un beso apasionado mientras mis manos ya se perdían por su pelo y las suyas me apretaban contra su ardiente pecho desnudo. Como aquel episodio en la playa de First Beach donde casi se llevan a Jake en una jaula y en el que terminamos besándonos detrás de aquel árbol, sus labios eran más abrasadores que nunca comparados con mi gélida boca, pero, al igual que me había pasado en aquella ocasión, también me parecieron más sedosos y suaves si cabe. Todo su cuerpo radiaba calor y ardor, su boca, sus manos, su torso. Lástima que yo llevase esta cazadora de pana y no pudiese sentir su tórrida piel...

Entre toda la energía que ya nos envolvía revolucionada, escuché el carraspeo de Helen y recordé que no estábamos solos.

Despegué mi boca de la de mi chico a regañadientes y, después de tomar una buena bocanada de aire, logré que mi cara y mi cuerpo se separasen de él.

—Ugh, Nessie, pareces un cubito de hielo —se burló Jake, respingándose, mientras nos despejábamos—. Me has dejado el cuello congelado —y se frotó la zona con la mano para calentarla.

—Ja, ja —articulé, con ironía—. Pues tú casi me abrasas viva, estás que ardes.

—¡Uf! Y no te imaginas cuánto, nena —insinuó él, con una sonrisita pícara y un tono vacilón.

Le iba a propinar un manotazo en el brazo, pero él lo esquivó, carcajeándose.

—No me toques, que me congelas —siguió bromeando entre risas, apartándose de mí—, y todavía no había pensado en eso de la criogenización.

—¿Criogenización?

—Sí, ya sabes, congelarse antes de morir para que te resuciten años más tarde.

—Idiota —mascullé, aunque no pude evitar reírme.

Se hizo un silencio cuando nuestras risas se apagaron y entonces volví a recordar que mi amiga estaba ahí. Y seguía ahí, lo cual ya era un alivio, pues eso significaba que por lo menos no nos temía ni nos rechazaba.

Los ojos de Helen y los míos se encontraron durante un instante con un montón de preguntas recíprocas rebosando de ellos.

—Esto... Yo voy a traerte algo de comer, ¿vale? —me dijo Jake.

—Vale —le sonreí, y acto seguido me dio un beso corto para empezar a alejarse de mí.

—Estaré justo aquí —afirmó al tiempo que caminaba con el torso girado para mirarme—. Vendré enseguida.

—De acuerdo.

Se volvió hacia delante y me quedé observándole mientras se metía entre el bosque y desaparecía. A los pocos segundos, el murmullo monocorde regresó a mi cabeza.

Me giré hacia mi amiga y me apoyé en el árbol que mi espalda tenía detrás, para tenerla enfrente.

Ella fue quien abrió la veda.

—Así que tú también eres un... *vampiro* —le costó decir la palabra.

—Soy un semivampiro metamorfo —puntalicé. Su expresión de perplejidad se transformó para adoptar una mueca de extrañeza. Me dio un poco de risa—. Sí, ya sé que suena muy raro. Verás, soy semivampiro porque soy mitad humana, mitad vampiro —empecé a explicarle—, pero también soy un metamorfo porque puedo transformarme, como Jake y sus amigos, que lo hacen en lobos, sólo que yo lo hago en un vampiro casi completo.

La boca de Helen ya llevaba un rato colgando. La cerró y pestañeó deprisa, seguramente intentando despejarse para comprender.

—¿Casi? —preguntó.

—Sí, no llego a transformarme del todo, ya que una parte de mí siempre sigue siendo humana. A diferencia de los vampiros completos, mi corazón nunca deja de latir. Ahora tengo que tomar sangre para volver a mi estado normal.

—¿Comes... —tragó saliva audiblemente— *sangre*? —eso también le costó soltarlo.

Mi lobo rojizo apareció de pronto de entre los árboles, con un enorme venado entre los dientes. Helen se sorprendió y se asustó un poco cuando lo vio aparecer.

Mira lo que traigo para ti, preciosa, dijo él, con satisfacción, mientras lo dejaba en el suelo, delante de mí. *El más grande de todos. Tuve suerte, se me cruzó una manada justo ahora.*

Seguramente, el pobre animal se moriría antes del susto por ver a ese descomunal depredador, que de la acción de los colmillos de Jake.

—Gracias, cielo —y me acerqué a él para acariciar su gigantesca cabeza.

Jake tuvo que agacharse un poco para que yo llegase. En cuanto mis dedos comenzaron a meterse entre el pelaje de la parte lateral, su garganta empezó a prorrumpir ese sonido tan parecido a un ronroneo lupino.

Ay, sí, sí, ahí..., murmuró, con una voz un tanto implorante, a la vez que giraba la cabeza para que mis dedos llegasen más a fondo.

—¿No decías que era como un cubito de hielo? —le recordé, con retintín, aunque sonriendo—. ¿Ahora mis dedos no te congelan?

Tengo mucho pelo aislante, y no llegan a mi piel..., señaló él, con otro ronroneo.

Se me escapó una risilla que se cortó cuando me fijé en Helen, que nos miraba estupefacta.

Carraspeé y me aparté de mi lobo.

No, no pares..., protestó, con súplica, volviendo a acercar esa enorme cabezota suya.

Jake..., le regañé, con otra risilla, apartándosela. *Te recuerdo que Helen está aquí.*

Ah, sí, es verdad.

Y se incorporó del todo. Yo me acerqué al venado muerto.

—Esto es lo que yo como —le mostré, cogiendo la presa—. No bebo sangre humana, si es lo que querías saber —le sonreí—. Y ya sabes que también me alimento de comida normal, me ves comer todos los días en la cafetería del instituto.

—Sí, claro —asintió, con una risita nerviosa, como si se acabase de dar cuenta de eso.

—Creo que será mejor que me ponga detrás de este árbol, no querrás ver esto.

—Sí, creo que por hoy ya he tenido bastante... —masculló.

—Terminaré enseguida.

Me senté, apoyando la espalda en el tronco y escondiéndome de su vista, y le hinqué los colmillos al animal para beberme su sangre.

Jacob se sentó y se quedó frente a Helen. Ladeé un poco la cabeza para poder mirar por el rabillo del ojo mientras succionaba.

Mi amiga lo observaba todavía con algo de estupor, pero también parecía fascinada. No era de extrañar. No es porque fuera mi lobo, pero Jake era el más guapo de todos los metamorfos, en su forma humana y en su forma lobuna. Si ya un lobo normal y corriente era precioso, Jake era

verdaderamente impresionante. Su largo pelaje rojizo y bermejo brillaba saludablemente, de lo limpio y cuidado que estaba. Aunque la capa externa era un poco más áspera, impermeable y resistente, para que pudiera soportar las inclemencias de la lluvia y la nieve, la capa interior de su pelambrera era más fina, aunque espesa, sedosa y algodonosa, para aislarle del frío. Su gigantesco y descomunal tamaño ya te sobrecogía, pero es que todo en él era perfecto y majestuoso. Sus facciones lobunas, orejas y ojos eran totalmente simétricos, perfectos, todo en él parecía estar hecho al detalle, y su musculatura y sus patas eran fuertes y poderosas. Hasta sus movimientos tenían algo de la realeza. Era el Gran Lobo, y eso se notaba sólo con verle.

No pude evitar sentirme profundamente orgullosa de Jacob, y sentirme la mujer más afortunada del universo porque él estuviera conmigo. ¡Y yo me iba a casar con él!

Las mariposas de mi estómago revolotearon como locas sólo de pensar en ese día. En ese 18 de junio, cuando me convertiría en Renesmee Carlie Black...

Eso suena muy bien, nena, repítelo, intervino él de pronto.

¡Oh, no! Se me había olvidado por completo que él podía escuchar todos y cada uno de mis pensamientos. Si no fuera porque todavía no había vuelto a mi estado normal, me hubiese puesto roja como el fuego.

—¿Puedo... puedo tocarte? —le preguntó Helen, con voz trémula.

Solté una risita maléfica entre dientes.

Sí, hombre, ni hablar, protestó él, aunque ella sólo escuchó el gañido.

Venga, Jake, deja que te acaricie un poco, le pedí.

No soy un perro, objetó.

Nadie ha dicho que lo seas. Es sólo que ella ha visto que yo te acariciaba y tiene curiosidad por ver cómo es, nada más.

Tú eres tú, alegó.

—¿Es que sólo se deja acariciar por ti? —quiso saber ella, dirigiéndose a mí.

¿Lo ves? Ahora está hablando como si yo fuera un perro.

Venga, Jake, sólo un poquito, le rogué.

Esto es muy incómodo para mí. Dime una cosa, si estuviera en mi forma humana y ella me pidiera lo mismo, ¿también me dirías eso? ¿Dejarías que ella me acariciase? Porque yo sigo siendo el mismo, sea hombre o lobo.

Mi boca soltó a mi presa de golpe y el último trago de sangre se me quedó atravesado en la garganta.

—Sí, sólo se deja acariciar por mí, lo siento —le contesté, sin un atisbo de duda ni titubeo.

—Oh.

Eso está mejor, dijo Jake, satisfecho.

La última de esas tres palabras ya la escuché con interferencias, porque en cuanto bebí unos cuantos tragos más de la sangre del venado, mi cuerpo terminó la transformación y todo en mi organismo volvió a la normalidad.

Dejé al animal en el suelo y me levanté para ir junto a ellos. Jacob se puso de pie y se colocó a mi lado, oliéndome y dándome unos pequeños lametones en la cara. Después, se irguió y corrió para esconderse detrás de un pino.

—¿Ya vuelves a ser la misma de siempre? —interrogó Helen, con una expresión más tranquila, si bien todavía no debía de creerse mucho todo lo que estaba viendo.

—Sí, la Nessie medio humana de todos los días —sonreí.

Y antes de que me diera cuenta, ella se arrojó a mis brazos y se puso a llorar en mi pecho.

—Gracias por todo —sollozó.

Me quedé tan sorprendida de su reacción, que tardé unos segundos en poder pestañear. Aún así, la abracé y esperé un poco más, para que se desahogase.

—Eh, venga, ya pasó todo —le calmé, después de un rato, separándola por los hombros con suavidad—. ¿Tú estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien —respondió, secándose las lágrimas.

—Ahora dime, ¿qué hacías por aquí? ¿Y por qué querían llevarte con ellos esos cuatro?

—Es un poco largo de explicar —exhaló.

—Tengo todo el día. Además, en cierto modo Jake y yo te hemos contado nuestro secreto, lo justo es que tú nos cuentes el tuyo, ¿no crees? Y también me tendrás que explicar por qué tienes esos ojos de color fucsia. Y no me digas que ha sido la gripe o que es de nacimiento.

—No —se rió, aunque un poco a desgana—. Esto es porque he sido contagiada —y la voz se le quebró al final de la frase a la vez que sus ojos se dirigían hacia el suelo, melancólicos.

—¿Contagiada? —pregunté, extrañada—. ¿Contagiada de qué?

De gripe no, eso seguro. No se me ocurría nada que tiñera el iris de ese color fucsia chillón. Los neófitos y los vampiros que tomaban sangre humana tenían los ojos de un escarlata fuerte, y los licántropos los tenían amarillos reflectantes.

—Siento estropearos el momento, pero es mejor que os contéis todas esas cosas en casa —irrumpió Jake, saliendo de su escondite como humano—. Sam acaba de comunicarse conmigo.

La cara de Helen reflejaba a las claras que no entendía nada, pero ahora mismo no podía explicárselo.

—¿Qué te ha dicho? —quise saber—. ¿Ya los han cogido?

—No, aún no. Por eso tenéis que irros, aquí corréis peligro —afirmó, con seriedad, cogiendo mi mano con rapidez para empezar a caminar. Helen nos siguió y se puso a mi lado—. Los perdieron de vista al noreste, cerca del río Soleduck, pero están siguiendo su rastro. Es posible que continúen por estos bosques, así que esta zona no es segura —aseguró, observando y escudriñando los alrededores—. Id a casa y esperadme allí. Yo os llevaré.

—¿Vas a ir con ellos? —inquirí, asustada, apretando su mano.

Estaba acostumbrada a que se fuera a patrullar, sin embargo, la imagen de ese vampiro rubio de coleta, con su alma malva oscuro envolviendo su silueta y mirándonos con esa espeluznante maldad, se me clavó en el cerebro y me infundó un temor extraño y helado que me atravesó el cuerpo.

—Tengo que ir, Nessie. La manada está dividida en cuatro grupos ahora mismo, no nos quedan más efectivos. Verás, Leah y su cuadrilla todavía están luchando con los vampiros nómadas que han venido hoy, Quil y otro grupo están vigilando la tribu, y Embry y los suyos se han cargado a esos otros que olieron la sangre de tus compañeros de clase, pero ahora se encuentran protegiéndolos por si a otros vampiros se les ocurriese volver por allí. Así que Sam me necesita, ¿entiendes? Cuantos más seamos para rastrear a esas ratas, antes les encontraremos y nos los cargaremos.

De pronto, las palabras *compañeros de clase* me recordaron algo.

—Mierda —mascullé.

—¿Qué pasa?

—Yo tengo que volver con la excursión. Brenda debe de estar muy preocupada por mí, y el señor Grant... Oh, no, mierda —lamenté.

—Pues tendrás que decirle a tu profesor que te encuentras mal o algo y largarte. Helen no estaba en la excursión, así que no puede aparecer por allí como por arte de magia, tus compañeros y tu profesor se darían cuenta, seguro. Y tampoco se puede quedar sola. Lo mejor es que vayáis a casa y os quedéis allí. Y a Brenda ya se lo explicarás más tarde, ahora no hay tiempo.

—¿Entonces, voy al perímetro de la excursión y le digo al señor Grant que me he puesto enferma y que me tengo que ir?

—Sí, eso. Bueno, invéntate algo mejor, seguro que tú puedes.

—Espero que cuele —suspiré, no muy convencida.

—Si le pones esos ojitos tuyos, seguro que se lo traga —aseguró, con una sonrisa torcida, mientras pellizcaba mi mejilla.

Le hice una mueca y seguimos caminando con rapidez, en dirección a la excursión.

Cuando llegamos, vimos a Embry y a su grupo, que, efectivamente, estaban vigilando la zona. Jacob se transformó para hablar con ellos, Helen me esperó, respaldada en todo momento por los lobos, y yo entré en el perímetro puesto por el señor Grant y el guarda.

Después de aguantar una bronca monumental de Brenda por dejarla sola y haberla tenido tan preocupada, y encima, por haber soportado al pesado de Matt, que al parecer no había hecho más que preguntar por mí y había estado a punto de chivarse por mi extraña tardanza, se lo expliqué un poco por encima para que me dejase en paz.

Se quedó alucinada y no pudo evitar la tentación de salir del perímetro un minuto para ir a hablar con Helen. Cuando ambas se vieron, las dos se asombraron. La una estaba boquiabierta por ver los llamativos y extraños ojos fucsia, la otra por descubrir que su amiga también estaba enterada de la existencia de un mundo lleno de seres extraños y monstruos.

Tuve que agarrar a Brenda del brazo para llevarla al perímetro de nuevo, ya que seguía allí anclada frente a Helen, con la boca abierta y los ojos abiertos como platos, preguntándose qué, cuándo, cómo...

Conseguí convencerla para que fuera en el autobús con el resto de alumnos y se encargara de mi mochila y mis cosas una vez en el instituto, prometiéndole que se lo contaría todo cuando me lo trajera a casa, y me dirigí a hablar con el señor Grant.

Le dije que me encontraba indispuesta y que por eso había tardado tanto en volver. No parecía muy presto a crearme al principio, pero como

dijo Jacob, en cuanto le puse cara de cordero degollado y fingí mi malestar, se lo tragó todo. Eso sí, tuve que escuchar otro sermón.

Insistió en que alguien me acompañase al parking cuando le dije que mi novio había quedado en venir a buscarme allí, ya que él, como profesor, era responsable de todos los alumnos. Según las normas del instituto, los profesores eran nuestros tutores en el horario escolar, dentro y fuera del centro, y no podían permitir que uno de ellos se fuera solo por ahí, y menos después de todas esas desapariciones que estaban teniendo lugar en los alrededores y que tenían tan preocupada a la población.

Brenda se ofreció encantada y, cómo no, Matt se nos unió. Mi amiga resopló, enfadada, pues delante de Matt no podía contarle nada y se iba a quedar con las ganas de saber qué estaba pasando, aparte de que tenía que seguir aguantándolo.

Después de esperar unos veinte minutos que se me hicieron eternos junto a ese insistente y pesado pretendiente, el Golf rojo apareció en el aparcamiento. Jake se inclinó sobre mi asiento y me abrió la puerta desde el interior. Todavía iba sin camiseta, y todos esos músculos fuertes y poderosos no escaparon a la vista de Matt, que frunció los labios con rabia, y pude percibir un poco de envidia, también.

Me reí entre dientes, me despedí de los dos, poniendo voz pusilánime e idéntica cara, para que Matt no sospechase nada, y me subí en el coche con Jake.

Embry e Ivah habían quedado con Jacob en llevar a Helen a un punto de la carretera para que la recogiéramos.

Salimos del parking de Rialto Beach, rodamos alrededor de un kilómetro por esa carretera de Mora y paramos para que se subiera Helen.

RYAM

Jacob aparcó el coche frente al garaje y nos acompañó hasta la misma puerta de casa. Dejé que Helen entrara primero y yo me quedé en el umbral para despedirme de él.

—Quil y su grupo están por esta zona, así que aquí estaréis a salvo —aseguró, llevando su palma a mi rostro para acariciar mi mejilla con el pulgar.

Me arrojé a él y le abracé con fuerza.

—Ten mucho cuidado —murmuré, en su cuello.

Apretó su abrazo durante un instante y después sus manos dejaron mi espalda para sujetarme por los brazos. Me despegó un poco de su cuerpo, con delicadeza, y sus ardientes labios se unieron a los míos para besarme.

No sé cuánto tiempo pasó, pero a mí me pareció muy poco.

—Estaré aquí antes de cenar —afirmó, con un susurro.

Asentí con la cabeza.

Me dio otro beso, este corto y dulce, y se separó de mí. Luego, me echó un último vistazo antes de darse la vuelta y se marchó.

Cerré la puerta y me quedé un par de segundos con la mano en la manilla, hasta que exhalé y me alejé del cerramiento.

—Helen —le llamé.

—Estoy en la cocina.

Mis amigas ya habían estado en mi casa varias veces —sobre todo Brenda, lógicamente—, así que Helen también se conocía la vivienda.

Entré en la cocina, donde mi compañera ya se encontraba sentada en la mesa.

Sus dedos repiqueteaban en el tablero con nerviosismo y su mirada estaba perdida, como si estuviese pensando en algo.

—Prepararé una tila para las dos —le dije, acercándome al armario para coger una cazoleta.

—Gracias.

La llené de agua y la puse en la vitrocerámica. Saqué dos tazas, dos cucharillas y dos manteles individuales y lo coloqué todo en la mesa. Después, cogí el azucarero del mueble y lo puse en el medio de los dos mantelitos.

Cuando el agua hirvió, la vertí en las tazas y les añadí las bolsitas de tila.

—Gracias —repitió, con una sonrisa de agradecimiento.

—De nada —le contesté, sentándome junto a ella—. Y ahora, cuéntame, ¿qué es eso de lo que te han contagiado? ¿Y por qué te perseguían esos vampiros? ¿Y por qué faltas tanto a clase? ¿Tiene que ver con todo esto?

Tenía tantas preguntas...

—Es largo de contar, no sé por dónde empezar —suspiró.

—Empieza por el principio —le sugerí, un poco en broma para romper el hielo, soplándole a mi tila.

Pareció funcionar, Helen sonrió. Aunque su débil sonrisa pronto se le borró de la cara.

—Fue Ryam —murmuró, con voz frágil, bajando la mirada.

—¿Ryam?

Ryam era el mejor amigo de Helen, y lo único que yo sabía de él era su nombre y lo que ella me había confesado en aquella nota el curso pasado para hacerme ver que a mí me gustaba Jacob: que ella estaba enamorada de él, pero que él no la correspondía. Para ser su mejor amigo, casi nunca hablaba de él.

—Ryam me contagió sin querer —me reveló, sin apartar la vista de su taza. Pestañeé, perpleja, pero dejé que siguiera hablando. Respiró hondo y exhaló el aire con rapidez—. Todo empezó hace dos años y medio, justo cuando empezamos el primer curso en el instituto. Ese viernes Ryam y yo estábamos en el *Ocean*, habíamos quedado a solas para hablar, ya que él tenía algo importante que decirme. Yo sabía que por fin se iba declarar, porque ya nos habíamos acercado mucho el uno al otro y a él se le notaba a leguas. Salimos de la discoteca para tener más intimidad y nos fuimos al parque de al lado.

»Todo iba muy bien, estábamos paseando tranquilamente, charlando, y, en un momento dado, Ryam me hizo parar. Me puse muy nerviosa, porque sabía que iba a besarme —la comisura de su labio se curvó

durante un breve instante, sin embargo, después volvió a bajar en picado—. Pero no le dio tiempo —murmuró.

»Aunque era de noche, el parque estaba bastante iluminado, pero aún así, no lo vimos venir. En aquel entonces, no sabíamos qué había sido, algo vino a la velocidad de la luz y rozó el brazo de Ryam. No hizo nada más, solamente pasó a su lado, rozándole, y se perdió entre los árboles como un meteorito.

»Al principio, Ryam no notó nada raro. Sólo nos quedamos extrañados por eso que había pasado a nuestro lado tan rápido. Sin embargo, al rato empezó a sentir un escozor en el brazo que se fue extendiendo por el resto del cuerpo. No le dolía, pero sí le escocía, y sus manos empezaron a temblar. Le miré el brazo para ver qué le había hecho y me fijé en que tenía un pinchazo. Se veía bastante, ya que se puso rojo alrededor y la zona se hinchó un poco. Alguien le había inyectado algo.

»Entonces, Ryam perdió el conocimiento, y mientras estaba en el suelo, su cuerpo se llenó de convulsiones. Me asusté mucho. Era como si le estuviese dando un ataque epiléptico, sus ojos se pusieron en blanco y le salía espuma por la boca. Pero él no es epiléptico. Mi primera reacción fue chillar para pedir ayuda, pero el parque estaba vacío. Y cuando el pánico me dejó recordar el móvil y lo saqué para llamar a una ambulancia, Ryam dejó de hacer todo eso y se despertó.

»Estaba aturdido, sin embargo, no se encontraba mal, no parecía que tuviera nada a simple vista. Se levantó completamente fresco y normal, parecía que todo había sido un susto. Le miré el brazo de nuevo y me sorprendí cuando vi que no tenía marca alguna, ni un solo punto rojo, ya no había pinchazo. Él insistió en que estaba bien, pero yo no me fiaba, así que llamé a una ambulancia igualmente. En el hospital le hicieron diferentes pruebas y no le encontraron nada, estaba totalmente sano. Eso hizo que nos tranquilizáramos y nos fuéramos a casa, pues ya se nos había hecho tarde.

»Al día siguiente le llamé para ver cómo estaba. Todo parecía estar como siempre, así que quedamos para esa tarde. Estuvimos dando un paseo por el pueblo y tomando algo en una cafetería, nada, todo normal. Me acompañó a casa y me llevó a la parte de atrás para hablar conmigo otra vez. Estaba nervioso, y yo sabía que era porque por fin se iba a declarar. Y entonces, me besó —sus labios sonrieron y sus mejillas se sonrojaron levemente al recordar ese momento. Aunque luego su

semblante volvió a ponerse triste y melancólico—. Pero enseguida llegó mi padre y nos interrumpió.

»Venía borracho, como siempre, y se enfadó muchísimo cuando nos vio. No es un mal hombre, pero el alcohol le cambia la personalidad por completo, y encima, hacía sólo un año que mi madre había muerto y él lo estaba pasando realmente mal. Siempre sintió mucha dependencia de ella, aunque tuvieran sus problemas, y no ha soportado su pérdida. Una vez hasta estuvo a punto de suicidarse —declaró, con un hilo de voz—. Sé que parece todo lo contrario, pero él me adora, me quiere con locura, y si no lo hizo, fue por mí, lo sé. Yo soy lo único que tiene en la vida, y para él sigo siendo su pequeña. Bueno, ya sabes cómo son los padres.

Sí, yo tenía un buen ejemplo. Mi padre también seguía viéndome como a su niña. Aunque mi caso era un poco diferente. El pobre sólo había tenido siete años para verme crecer y acostumbrarse a eso.

—Cuando mi padre nos vio, se enfadó mucho y se puso a dar voces para regañarme. No se puso especialmente violento ni nada, mi padre es muy refunfuñón, pero se le va toda la fuerza por la boca, nunca pasa de ahí, y Ryam lo sabe, conoce a mi padre desde siempre, ya sabe cómo es. Por eso me sorprendió tanto la reacción de Ryam, él tiene un carácter fuerte, pero nunca le había visto así. De repente, y sin venir a cuento, se puso como loco, muy agresivo, estaba fuera de sí. Yo no sabía qué le pasaba, jamás se había comportado de ese modo.

»Sus manos empezaron a temblar, como la noche anterior en el parque, y su cuerpo se llenó de convulsiones, sólo que, esta vez, no se había desmayado, estaba de pie, mirando a mi padre con furia mientras respiraba con mucha agitación. Papá y yo nos quedamos mudos de la estupefacción. Y, entonces, fue cuando sucedió.

»Su cuerpo empezó a crecer desmesuradamente, tanto, que sus ropas comenzaron a quedarse pequeñas hasta que se rasgaron, y se transformó en un ser enorme y fuerte. Era descomunal, mediría cerca de dos metros y medio, su boca mostraba unos colmillos enormes y sus ojos se volvieron de color fucsia —los suyos se alzaron para observarme con una mirada que ya estaba llena de repuestas—. Ryam se transformó en un gigante.

Eso me recordó a lo que Jake me había contado sobre su primera transformación: el cambio repentino de humor, los temblores, las convulsiones... Sólo que él lo había hecho en un lobo del tamaño de un caballo.

—Mi padre se cayó sentado, de la impresión, y yo no sé qué cara le puse, pero hizo que se diera cuenta y él mismo también se quedó paralizado y horrorizado —siguió, con un nudo en la garganta—. Se miró las manos, los brazos, el cuerpo... Y después se vio reflejado en el cristal de la puerta trasera de mi casa. Eso le horrorizó aún más. Yo estaba muerta de miedo y no me dio tiempo a reaccionar, cuando me quise dar cuenta, se había perdido en la oscuridad.

»Esa noche no dormí nada, me pasé todo el tiempo mirando por la ventana, esperando a ver si regresaba. Estaba espantada y alucinada por lo que había pasado, no podía creerlo, pero también estaba muy preocupada por él. A la mañana siguiente, mi padre pensó que todo había sido un mal sueño ocasionado por la borrachera, y yo no le dije nada. Era mejor que pensara eso, y, además, tengo que confesar que, a pesar de haberle visto convertido en ese ser extraño y gigantesco, sentí miedo por Ryam. Miedo de que alguien más lo descubriera y se lo revelara a la policía o a otra autoridad, miedo de que saliese a la luz y la gente le viera como un monstruo, miedo de que se convirtiera en una atracción, de que le hicieran daño. Porque yo le quería, le amaba, no podía evitarlo, aun siendo eso, seguía enamorada de él —cerró los ojos y unas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, señal de que seguía estándolo todavía—. Pensarás que estoy loca, pero sentí que tenía que protegerle como fuera, nadie tenía que saber eso.

—No digas tonterías. Estás hablando con un semivampiro que está enamorada de un hombre lobo, ¿recuerdas? —bromeé, para animarla—. Nosotros sí que estamos locos —le sonreí y ella hizo lo mismo a medias—. Bueno, sigue, ¿qué pasó con Ryam?

Tomó aire y siguió relatándome su historia.

—Estuvo desaparecido durante una semana. Yo estaba desesperada, pero nadie movió un dedo para buscarle. Ryam vive con su abuelo, que fue coronel del ejército o algo así —su voz se tiñó con un tinte de acidez—. Nunca le ha importado Ryam, y le ha maltratado desde que era un crío, así que le importó un bledo cuando desapareció. Y yo estaba muy preocupada por él, pero tampoco podía ir a la policía, no sabía en qué estado iba a estar, si seguía siendo un gigante o qué. Así que no me quedé más remedio que aguantar la angustia y esperar. Hasta que un día por fin apareció y vino a verme.

»Me sorprendí cuando vi que no era un gigante, y me entró una felicidad enorme por verle de nuevo, pero cuando le fui a abrazar y a

besar, se apartó y no me dejó. Entonces, me fijé en que sus ojos seguían siendo de aquel color fucsia, y él empezó a explicármelo todo.

»Me contó que al principio estuvo corriendo por los bosques durante horas en esa forma extraña, que se iba a marchar lejos para huir de todo, que se sentía como un monstruo y que incluso se le había pasado por la cabeza el quitarse la vida, pero que después pensó en mí y se detuvo en mitad de ese bosque —sus mejillas se volvieron a sonrojar por un instante—. Estuvo un rato quieto, meditando sobre mí y lo que iba a hacer a partir de ese momento. Entonces, pasó algo que le dejó alucinado. A medida que se fue relajando y tranquilizando, su cuerpo fue bajando de altura, hasta que volvió a ser el mismo de siempre. No podía creerlo. Fue cuando se dio cuenta de que la transformación había empezado cuando se había enfadado, y que a la vez ese sentimiento se había visto multiplicado hasta tal punto, que en un segundo había saltado de ser un simple enfado a ser una ira descontrolada. Probó a pensar en algo que le enojara mucho y se transformó otra vez en un gigante, y cuando su mente se relajó y se le pasó el enfado, su cuerpo volvió a ser normal.

Pestañeé, perpleja. Era la primera vez en toda mi vida que oía algo igual.

—También se dio cuenta de que todo había comenzado la noche en la que estábamos en el parque, cuando eso que había pasado a nuestro lado como una bala le había rozado y le había inyectado algo. Lo que fuese que le había inyectado, era lo que había provocado ese cambio en él. Decidió buscar a quien le había inyectado eso y estuvo varios días intentando averiguar algo, pero no encontró nada sustancial, tan sólo algunas pistas.

»Después de contarme todo esto, y a partir de ese día, Ryam se sintió muy aliviado por mi actitud con él, sin embargo, nunca más fue lo mismo; empezó a mantener las distancias conmigo, ya que decía que era peligroso que estuviera cerca de él. Todo lo que sentía por mí y aquel beso, se quedó en el aire —murmuró, cabizbaja—. Y no sólo eso, poco a poco se ha ido alejando de todo el mundo, hasta el punto que ya no tiene amigos. También se fue de casa, ya que con su abuelo iba a ser imposible no transformarse, seguramente, al primer levantamiento de mano, Ryam reaccionaría; y no podía permitir que nadie descubriera su secreto, y menos su abuelo, que, aunque ya está retirado, aún tiene contactos en el ejército. Por supuesto, éste ni hizo preguntas ni le importó un bledo. Ryam cobra una pensión que le dejó su padre, que también estaba en el

ejército, así que se fue a vivir a un hostel de mala muerte. Es horrible, pero está limpio, y allí no le hacen preguntas sobre su edad. Ha intentado llevar una vida más o menos normal, pero siempre que nota que se va a enfadar, tiene que salir corriendo para no transformarse delante de nadie.

»A ninguno de los dos nos gustaba esa situación, así que esos primeros meses, desde que había tenido lugar su primera transformación, decidimos investigar a partir de las pistas que él tenía para ver si averiguábamos algo y dábamos con una solución.

»Una tarde estábamos en los bosques del Parque Nacional de Olympic, siguiendo una de las pistas, cuando aparecieron cinco individuos de la nada. Nos rodearon, corriendo a nuestro alrededor a una velocidad de vértigo, parecían balas humanas que apenas podíamos ver, y entonces supimos que se trataba de lo mismo que le había rozado en el brazo a Ryam en el parque.

»Cuando Ryam se enfadó y se transformó en un gigante, uno de ellos se paró frente a nosotros y alzó el brazo. Los demás hicieron lo mismo al instante y se colocaron a ambos lados de él. Eran los cuatro vampiros que nos persiguieron antes en el bosque y otro más. Se presentaron y saludaron a Ryam, llamándolo por su nombre.

—¿El que se paró y levantó el brazo era el de la coleta? —quise saber.

—Sí, se llama Razvan, y es el jefe de todos ellos.

—Lo sabía... —murmuré, apretando mi taza de tila con las dos manos, pues otra vez me acordé de esa maldad que desprendía y de que mi Jacob estaba en el bosque, persiguiéndolo.

—Razvan le dijo a Ryam que tenía que irse con ellos, que tenían algo muy grande entre manos, y que él había sido el primero en ser mutado para crear una nueva especie, una raza superior que les iba a ayudar a conquistar el mundo. Por supuesto, yo estaba aterrada, no sólo de esos seres y de esas palabras, sino del cómo las dijo, de su expresión...

—Sí, ese vampiro es especialmente malvado —coincidí yo también.

—Ryam quería saber más cosas, así que fingió estar interesado en su oferta y le preguntó cómo habían hecho para convertirle. Y Razvan le desveló mucho, aunque no todo.

»Pero después Ryam se negó a irse con ellos —siguió Helen, y su voz quería quebrarse de nuevo—. Razvan se sintió traicionado y engañado, y mandó a sus secuaces que atacaran. Ryam se puso muy agresivo y violento, tanto que me quedé paralizada. La única vez que lo había visto así había sido la noche de su primera transformación, y me

entró el pánico. No sabía si en ese estado sería capaz de distinguir a alguien, y temí que me atacara a mí también. En un momento, me vi rodeada de seres monstruosos y muy peligrosos, donde no tenía ni la más mínima oportunidad de escapatoria.

»El primero que saltó fue el vampiro grande, Elger, estaba claro que quería medir sus fuerzas con él. Pero también se abalanzó el vampiro moreno, Axel, y este venía a por mí. Entonces, me quedé a cuadros. Ryam se arrojó a por mí para apartarme, pero su enorme cuerpo chocó con el mío y sus colmillos rozaron mi cuello accidentalmente, aunque no me hizo demasiado daño, tan sólo fue una herida superficial de la que no hice mucho caso en esos momentos. Con eso se interpuso en su camino y se llevó todo el embuste del encontronazo que estaba destinado para mí. Me quedé boquiabierta, su agresividad no iba conmigo, sino que me estaba protegiendo, podía distinguir a las personas. Eso no les gustó, no pareció ser la reacción que esperaban de él, y se quedaron perplejos, mirándose unos a otros, extrañados.

»Razvan solamente hizo un movimiento de cabeza. Axel regresó a su puesto en la fila y Elger atacó, aprovechando que mi mejor amigo estaba en el suelo y no le había dado tiempo a levantarse. Ryam es un gigante y muy fuerte, pero el problema es que no tiene ni idea de combatir —me aclaró—. Aunque intentó luchar, de dos movimientos rapidísimos, Elger consiguió herirle, sin embargo, en vez de seguir atacando, se volvió a la fila con el resto de vampiros, que observaban a Ryam con mucho interés. Ryam se levantó del suelo y se quedó delante de mí, esperando su próximo ataque para defenderme, ya que no podía hacer otra cosa. Yo estaba aterrada, por mí y por él, sabía que íbamos a morir allí, era imposible que Ryam pudiera con esos cinco sin saber luchar. Pero no se movieron, siguieron inmóviles, mirándole. Era como si eso sólo hubiera sido una prueba para comprobar algo.

»No era una herida grave, pero sí sangraba bastante, y no la quitaban ojo. Al cabo de unos segundos, Axel dijo algo así como “no se cura”, y Razvan rechinó los dientes, parecía desilusionado y cabreado. Estaba claro que algo salió mal en la mutación de Ryam.

»Yo empecé a sentir un escozor en el cuello, pero lo achaqué al típico resquemor que te da cuando te cortas, como cuando te araña un gato y notas ese resquemor en la zona de la herida, así que no le di más importancia.

»Y entonces, Razvan dijo con mucho disgusto: “este gigante no nos sirve para nada, no se regenera, y es demasiado humano”, esta palabra la dijo con desprecio, y después siguió: “habrá que deshacerse de él, y de la chica también. Tendremos que seguir trabajando para mejorar la fórmula”. Me acuerdo muy bien de esas palabras, porque me chocaron muchísimo, iban a matarnos.

»Sin embargo, cuando ya estaban a punto de lanzarse a por nosotros, otros cinco vampiros aparecieron de entre los árboles. Ryam y yo no fuimos los únicos que nos quedamos paralizados, Razvan y sus secuaces se vieron totalmente sorprendidos. Los otros vampiros vieron a Ryam, pero en vez de asombrarse o sorprenderse, se volvieron a Razvan y le rugieron con desagrado. Antes de que nos diese tiempo a pestañear, se pusieron a luchar entre ellos.

—¿Quiénes eran esos otros vampiros? —pregunté, frunciendo el ceño con extrañeza—. Por lo que dices, es como si ya supiesen de la existencia de un gigante y estuviesen buscando a Razvan para detenerle.

—No sé quiénes eran, pero tenían que ser enemigos muy importantes para Razvan, porque en un santiamén cambiaron de objetivo e iniciaron una batalla con ellos —afirmó—. De pronto, nadie se fijaba en nosotros.

Me quedé pensativa.

—¿Llevaban túnicas grises con capuchas o algo así? —quise saber.

—¿Túnicas? No, iban normales, bueno, creo. No estoy muy puesta en moda de vampiros —por primera vez en toda su alocución, sonrió.

Se la notaba aliviada por poder contárselo a alguien, y yo me sentí feliz de haber contribuido a su desahogo.

—Qué raro, ¿quiénes serían? —inquirí para mí misma, observando el techo de la cocina como si éste fuera a darme una respuesta o algo. Bajé de mi momentánea nube y suspiré—. Perdona, sigue.

—Ryam aprovechó ese momento de confusión en el que todos esos vampiros estaban demasiado ocupados con la lucha, para agarrarme del brazo y escapar. Su velocidad era muy rápida, no tanto como la tuya, pero sí lo suficiente para que yo no pudiera seguirle el paso. Sin embargo, no fue eso lo que me impidió seguir corriendo. El escozor de mi cuello se extendió por el resto de mi cuerpo, y cuando me di cuenta, mis piernas cedieron y me caí en el suelo.

»Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en mi cama, y Ryam estaba sentado en la butaca, llorando.

—Te había contagiado —enuncié.

—Sí —murmuró—. Después de eso, Ryam estuvo peor que nunca. Se sentía demasiado culpable, y por más que le decía que todo había sido un accidente, que todo iba a salir bien y que yo no tenía nada que perdonarle, no había forma de convencerle de lo contrario ni de aliviarle —tomó aire, lo expulsó lentamente y siguió hablando—. Pensamos en huir juntos, en desaparecer por una temporada para que esos vampiros no nos encontraran, pero los días pasaron y no supimos más sobre ellos. Así que creímos que igual habían perdido aquella batalla y habían muerto. Por supuesto, nos quedamos en Forks porque en aquel entonces no sabíamos que esos seres eran vampiros, sabíamos que eran unos seres extraordinariamente fuertes y veloces, pero no nos imaginábamos que eran tan peligrosos, y, como acabo de decir, creímos que habían muerto. Ahora sé que fuimos demasiado ingenuos —suspiró.

»Como ya te dije antes, Ryam intentaba llevar una vida más o menos normal antes de contagiarme, aunque ya se estaba quedando sin amigos, porque no sólo se alejaba de mí para no hacerme daño, también lo hizo con los demás. Sin embargo, cuando me contagié, todo fue a peor.

»Buscar una cura se convirtió en una obsesión para él. Se volvió muy introvertido, no solamente con los demás, sino conmigo también. Siempre estábamos juntos, sin embargo, ya nunca fue lo mismo. Ryam interpuso una especie de barrera entre nosotros para no hacerme más daño, aunque yo siempre le he dicho que no me lo hace, pero es inútil, no me escucha. Yo siempre lo he llevado mejor, por eso no me ha costado tanto seguir con mi vida normal. Pero Ryam es diferente, a él le cuesta más no transformarse, y comenzó a aislarse. La gente empezó a verlo como un bicho raro, y como yo siempre estaba con él, pues me metieron en el mismo saco. Sin embargo, por más que le decía que a mí no me importaba y que mis amigas del colegio seguían siendo mis amigas, esos comentarios de la gente le hundieron más, así que finalmente dejó el instituto, para dedicar todo su tiempo a su búsqueda, pero también para que la gente dejara de hablar de mí.

Ahora entendía muchas cosas, como por qué nadie se sentaba con ella aquel primer día de clase, por qué los demás alumnos me habían mirado con extrañeza cuando me senté a su lado, por qué llevaba lentillas doradas...

—El señor Greene llamó a su abuelo varias veces para pedir explicaciones, creyendo que Ryam vivía allí —continuó Helen—. Pero al abuelo de Ryam le da igual todo, más bien empezaba a estar harto de que

el director le *molestara* con ese tema, y en una de las últimas veces que se puso al teléfono, mintió y le dijo al señor Greene que su nieto estaba trabajando y que eso de estudiar era una pérdida de tiempo. Sólo lo dijo para quitárselo de encima, porque él seguía siendo el tutor de Ryam, y si las autoridades se enteraban de que su nieto, que en aquel entonces era menor de edad, se había ido de casa, le podía caer un buen puro. Se lo soltó con esa voz de coronel y el director ya no volvió a *molestarle* más.

»Los meses pasaron y Ryam estuvo investigando sin descanso, aunque no tenía mucho por donde empezar, tan sólo los nombres de los vampiros y el sitio donde nos habíamos encontrado con ellos, lo cual no era nada, pero sí tenía lo que le contó Razvan cuando le hizo creer que se iba a unir a ellos. Y comenzó sus investigaciones a partir de ahí, ese fue su punto de partida. Se iba y volvía una y otra vez, pero nunca estaba fuera más de un par de días, siempre regresaba por aquí. Entonces me contaba lo que había averiguado y yo le ayudaba tirando de biblioteca y hemeroteca. Así fue como descubrimos que esos seres eran vampiros y llegamos a todas las conclusiones que tenemos. Lo que no sabemos es quién es realmente Razvan, ni qué es lo que pretende en realidad.

—Dices que Razvan estaba acompañado de cuatro vampiros, ¿verdad?

—Sí —asintió—. Como ya te dije, el vampiro grande se llama Elger, el moreno, Axel, el rubio de barba, Duncan, y el otro se llamaba Ion —me aclaró.

—Claro, a Ion se lo cargó la manada de Jake, por eso no estaba hoy con ellos —empecé a divagar—. Ese vampiro mató a un lobo normal, le arrancó una pata en vida, y esos animales son sagrados para la tribu quileute, por eso lo persiguieron y terminaron con él —le expliqué después.

—Están intentando mejorar el veneno —reveló, con seguridad.

—¿Qué? —pregunté, sin comprender.

—Ellos fueron quienes le inyectaron esa cosa a Ryam. Es una especie de veneno que han hecho con los genes de los lobos normales de los bosques de La Push para crear a estos gigantes.

—¿Cómo dices? —mis ojos ya no podían estar más abiertos.

—En aquel encuentro que tuvimos con los vampiros, cuando Ryam fingió estar interesado y le preguntó cómo habían hecho para convertirle, Razvan le habló de la existencia de unos hombres que eran capaces de transformarse en lobos gigantes —mi alma se estremeció al escuchar eso. Ya sabía que la manada era más que conocida entre los vampiros, sobre

todo entre los nómadas, que venían precisamente por eso, pero que el rumor sobre los metamorfos llegara tan lejos, me sobrecogió y tuve que tomar unos tragos de mi tila—. Le dijo que esos lobos eran tan grandes como caballos, que eran muy fuertes e inteligentes, y que tenían unas cualidades de curación regenerativas impresionantes que los hacían todavía más resistentes.

»Ryam le preguntó qué tenían que ver esos hombres lobo con esa nueva especie de la que había hablado antes. Razvan le explicó que su primera intención había sido crear esa nueva especie a partir de la sangre de esos hombres lobo.

—¿A partir de la sangre de... mis lobos? —tuve que tragar saliva para que no se me secara la garganta.

—Sí, esa era su primera intención, pero tuvieron que cambiar de planes cuando vieron que era imposible. Según Razvan, extraer sangre de alguno de tus lobos era demasiado peligroso, ya que son mucho más numerosos, están muy bien organizados y son demasiado fuertes. Así que decidieron sacarla de otro sitio.

—De los lobos normales... —adiviné, con un murmullo, sorprendida.

—Exacto —me ratificó Helen—. Razvan le dijo que el origen de tus lobos venía de los cánidos de sus tierras, y que en ellos también estaba la clave genética de su regeneración —volví a estremecerme, ¿cómo sabían eso?—. Por eso Razvan y los suyos salieron en busca de esos lobos normales, aunque no le dijo de dónde eran ni dónde estaban.

»Al parecer, no han matado solamente a ese lobo del que has hablado tú hace un momento, lo han hecho con más lobos, sólo que los mataban y se limitaban a extraerles la sangre.

Mi semblante cada vez se horrorizaba más.

—Le desveló que pretendían crear seres enormes, muy fuertes e inteligentes que fueran capaces de regenerarse con rapidez, al igual que lo hacían tus amigos, pero que no fueran lobos, sino que tuvieran manos y piernas, como los humanos, y que también fueran muy sanguinarios, seres sin sentimientos, despiadados, y que contaran con una buena dentadura. Según Razvan, eso aventajaría a los lobos como tus amigos y haría de ellos una raza superior. Luego fue cuando Ryam se negó a irse con ellos y vino todo lo demás que te acabo de contar.

»Eso fue lo único que Razvan le reveló. Y esto que te voy a contar ahora es lo que Ryam y yo hemos conseguido averiguar. Sabemos que Razvan y los suyos hicieron el veneno a partir de la sangre de esos lobos

normales, aunque no sabemos cómo lo han conseguido ni con qué medios, y se lo inyectaron a Ryam. Él era la primera prueba, un boceto, el primer ratón de laboratorio, y estaban convencidos de que todo iba a ir a las mil maravillas. Pero algo salió mal.

—Ryam no es despiadado ni sanguinario —volví a adivinar, tiñendo mi tono de revelación asombrosa—. Él te protegió, por eso no les gustó esa reacción. Se dieron cuenta de que él tenía sentimientos.

—Exacto, porque no han conseguido anular su mente humana. Pero es que, además, también vieron que Ryam no se regenera con esa rapidez de tus lobos. Ryam es un experimento fallido.

»Por eso están intentando mejorar la fórmula del veneno, pero por lo visto, ya no les basta sólo con la sangre de esos pobres lobos, deben de necesitar tejidos o algo así —dijo, pensativa.

—Hay algo que no me encaja —comenté, yo también reflexiva—. Vale que en cierto modo el origen de los metamorfos esté en los lobos corrientes, pero éstos no se regeneran como ellos.

—¿Metamorfos?

—Los hombres lobo como Jake y los chicos se denominan metamorfos —le aclaré.

—Ah.

—Los metamorfos no descienden literalmente de los lobos normales —empecé a explicarle—. Es un poco largo y complicado de contar, pero, simplificando, te diré que el primer hombre que se transformó interactuó con un lobo y se fusionaron para ser uno solo, y de ahí salió el primer hombre lobo de La Push. El gran poder espiritual de ese hombre y la magia actuaron y lo cambiaron todo, y esa magia es la que hace que los metamorfos se regeneren con esa rapidez. Pero los lobos corrientes no se regeneran, son animales normales, como también lo era aquel lobo que se unió a ese hombre. Aunque utilicen la sangre de esos lobos, ¿cómo van a conseguir que sus gigantes lo hagan? —dudé—. No me extraña que su *experimento* les saliese mal.

—Pues no sabemos cómo lo hacen, pero el caso es que a Ryam han conseguido convertirle en un gigante.

Fruncí el ceño y los labios, pensativa. Eso era verdad. Todo esto era muy raro.

—¿Y qué quiso decir con eso de crear una raza superior para conquistar el mundo? —pregunté.

Su rostro pasó de la reflexión al serio absoluto.

—Hay más —afirmó, con un timbre de gravedad—. Ya han empezado a probar el nuevo veneno.

—¿Cómo? ¿Hay más... gigantes?

—No sé si has leído o visto en las noticias todas esas desapariciones que están teniendo lugar por los alrededores.

Una vez más, tuve que tragar saliva para recuperar la voz, que ya se me había ido.

—Sí —fue lo único que pude murmurar.

—Estoy segura de que Razvan y los suyos tienen algo que ver en todo ese asunto.

—¿Y para qué quieren hacer gigantes con esas personas? —inquirí, horrorizada.

—No lo sabemos a ciencia cierta, y tampoco conocemos la razón que les lleva a hacerlo, pero creemos que quieren crear una especie de ejército para conquistar el mundo, como dijo el propio Razvan.

—¿Conquistar el mundo? —cuestioné, con extrañeza—. Pero... pero ¿cómo van a conquistar el mundo? Eso es... imposible —murmuré, aunque casi fue una frase para mí misma que pronto se respondió ella sola en mi cerebro.

—Eso es lo que no sabemos todavía —me contestó ella.

A mí sólo se me ocurría otro ejército contra el que luchar y un poder que arrebatar: la guardia y el reinado de los Vulturis. Ellos dominaban el mundo en estos momentos, el mundo de los vampiros, claro está, aunque bien podían dominar el de los humanos. Bueno, en cierto modo, ese también estaba gobernado por ellos, ya que tenían gente humana infiltrada en todas partes. Sería una tontería descartar los gobiernos de todo el planeta.

Pero ¿podría un ejército de gigantes, por muy sanguinarios y fuertes que estos fueran, vencer a la guardia de los Vulturis, dotada de aptitudes físicas inigualables y dones sobrenaturales? ¿Podrían cuatro vampiros acabar con el reinado que durante siglos llevaba vigente por los Vulturis? Yo lo dudaba. Tenía que haber algo más. O tal vez no fuera contra los Vulturis contra quien querían luchar Razvan y sus matones, y sólo pretendieran acabar con la raza humana, quién sabe.

Me estremecí con este último pensamiento, y eso hizo que me diera cuenta de otra cosa. ¿A cuántos humanos tenía pensado transformar Razvan para crear su ejército? ¿De cuántos miembros iba a constar éste?

Y otra cosa, suponiendo que consiguieran crear ese ejército, ¿cómo iba a dominar a tantos gigantes?

—Esas personas, cuando no estén en su forma de gigantes, volverán a ser humanas, ¿cómo van a hacer para que les obedezcan? —le pregunté a Helen, siguiendo el hilo de mis pensamientos.

—No estamos seguros, puede que con la nueva fórmula consigan anularles la personalidad o algo así, no sé.

—¿Como un lavado de cerebro?

—Quizá.

Se hizo un momento de silencio en el que ambas aprovechamos para tomar unos tragos de nuestras tilas, que ya estaban medio frías. Helen y yo nos quedamos observando las tazas, pensando.

—Esas pobres personas... —susurró ella de pronto—. Me siento mal por ellas. Si Ryam y yo hubiéramos averiguado eso antes...

—Aunque lo hubierais averiguado a tiempo, es imposible que hubieseis podido hacer algo —le interrumpí, para aliviarle, hablándole con suavidad—. No se puede adivinar a quién van a transformar, lo más seguro es que lo hagan al azar, y los vampiros son muy rápidos y sigilosos, pueden viajar de una ciudad a otra en muy poco tiempo sin dejar ni una sola huella. Además, también está el hecho de que los propios gigantes podéis contagiar a otras personas, y eso no se puede prever. No se os puede diferenciar de ninguna manera cuando estáis en vuestra forma humana, incluso oléis a humanos, salvo por el color de los ojos, aunque tú mejor que nadie sabes que eso se puede disimular, ¿verdad? —sonreí, mirándola con ojos un tanto denunciante.

—Sí —sonrió ella también, admitiendo su omisión.

Ambas nos reímos.

—Así que tú también te transformas en un... gigante —se me hacía muy raro pronunciar esa palabra y relacionarla a la vez con mi amiga, que no mediría mucho más del metro sesenta.

—Sí, pero a mí me cuesta más que a Ryam —declaró.

—¿Y eso por qué?

—La transformación tiene lugar cuando sentimos ira, rabia o cualquier sentimiento que nos haga enfadar —me empezó a explicar—. Ryam tiene bastante carácter, por eso se transforma con más facilidad, pero yo soy una persona muy tranquila, me cuesta mucho enfadarme.

—¿Y dices que esto pasó hace dos años y medio? ¿Llevas dos años y medio convirtiéndote en un gigante?

—Dos, en realidad. El último trimestre del primer curso en el instituto ya era un gigante. Cuando te conocí, ya estaba contagiada —confesó.

—Ya, por eso las lentillas —me reí.

—Me has pillado —sonrió—. El color de los ojos cambia una vez que te transformas por primera vez, y yo tardé varios días desde que Ryam me contagió, por eso me dio tiempo a ser previsor y a comprarme unas.

—¿Por qué lentillas doradas? —le pregunté, por curiosidad.

—Me gustan —se encogió de hombros—. Al menos, es un color de ojos más bonito que el fucsia —bromeó—. Y, bueno, pegaban con mi estilo gótico.

—¿Y tú no sospechaste nada de mí? No sé, por el olor o algo.

—Nuestro cuerpo sólo cambia cuando crecemos, el resto del tiempo somos humanos normales y corrientes. Y cuando somos gigantes, solamente somos eso, gigantes. No estamos dotados de ningún sentido especial como vosotros, tan sólo somos muy fuertes y un poco más rápidos que un humano normal. Bueno, al menos, nosotros dos. Así que no, no sospeche nada. Si no, ¿por qué te crees que me asusté tanto al verte en el bosque?

Eso me recordó otra de mis dudas, que también era muy importante.

—Eso, dime, ¿qué hacías tú por el bosque esta mañana? —quise saber, regañándola un poco.

Su rostro se puso serio otra vez, repentinamente. Rodeó su taza con las dos manos y, con un hilo de voz, soltó esa frase que me dejó helada.

—Ryam ha desaparecido.

MAL PRESAGIO

—¿Se lo han llevado?! —exclamé, alarmada.

—No, se ha ido —me aclaró.

—¿Y por qué se ha ido?

Sus ojos se desviaron hacia la taza, tristes.

—Ryam se siente muy culpable por contagiarme, nunca se lo ha perdonado, y su única obsesión es encontrar una solución para que yo vuelva a ser como antes. Está empeñado en que esto tiene cura, y no parará hasta descubrirla. Incluso dejó el instituto para dedicarse exclusivamente a eso —entonces, levantó la vista para mirarme—. Ryam era mi compañero de pupitre en la mayoría de asignaturas, en el primer curso —me explicó. Luego, sus pupilas bajaron de nuevo—. Como te comenté antes, cuando sale a investigar, Ryam se va y vuelve, nunca está fuera más de un par de días, siempre regresa. Pero esta última vez que se marchó no ha vuelto, hace tres semanas que no sé nada de él y estaba muy preocupada, apenas he dormido estos días. Por eso he faltado tanto a clase, porque he estado buscándole.

»Fui a la pensión donde vive, para ver si por casualidad ya había vuelto o algo, pero la casera me dijo que no había regresado. Le pedí que me dejase subir a su habitación y, como ya me conoce, me dejó. Y entonces fue cuando descubrí todos esos recortes de periódicos que había en el cajón de su mesilla. En todos se hablaba de unos extraños ataques a excursionistas que habían tenido lugar en estos bosques hace unos cuantos años, y los achacaban a agresiones de un oso enorme, según los pocos testigos que el periódico había entrevistado.

»Pero yo enseguida até cabos. Por las descripciones de los artículos y lo que el propio Razvan nos había contado, enseguida me di cuenta de que lo que atacaba no era un oso, sino lobos gigantes. No me lo podía creer, esos lobos estaban justo aquí y nunca nos habíamos dado cuenta,

aunque, si te soy sincera, por mucho que nos hubiera dicho Razvan, no me creía que fueran hombres lobo, más bien que eran lobos grandes. Nunca pensé que fuesen hombres que se transformasen en lobos y que fueran tan enormes. Y eso era lo que Ryam había ido a comprobar, porque si era cierto que esos hombres lobo existían, encontraría la clave del veneno. Por eso fui al bosque, para ver si allí conseguía alguna pista más que me llevara a Ryam.

—Y te encontraste con Razvan y compañía —adelanté.

—Sí, pero yo no sabía que ellos habían venido a por él, ni siquiera sabía que seguían con vida. Ryam y yo pensábamos que habían muerto en aquella batalla, pero nos equivocamos —cerró los ojos y suspiró—. Ahora lo sé todo.

Abrió los párpados y siguió explicándome.

—Al principio, Ryam sólo era una pequeña molestia para Razvan, un experimento fallido del cual no había que preocuparse demasiado, puesto que él no se lo podía decir a nadie, ni podía actuar en contra suyo, ya que solamente se trata de un individuo, un caso aislado sin importancia. Por supuesto, yo simplemente era una insignificancia para Razvan, una simple humana, débil y fácil de borrar del mapa, no suponía ningún peligro para él. Sabía que nosotros no se lo contaríamos a nadie, que Ryam no querría desvelar nunca ese secreto, que Ryam también tendría que protegerse de los humanos normales y del resto de seres. Por eso no ha actuado durante todo este tiempo; Razvan y los suyos no habían muerto en esa lucha, simplemente no vinieron a por nosotros porque no suponíamos ningún problema para ellos, y estaban demasiado ocupados con otras cosas.

»Lo que no se imaginaba es que nosotros no nos íbamos a quedar de brazos cruzados y que íbamos a investigarlo todo. Ahora Ryam se ha convertido en todo un estorbo para Razvan. Sabe demasiadas cosas, se ha ido acercando poco a poco, y Razvan teme que puedan peligrar sus planes.

»Y ahora sé que Ryam también averiguó esto. Estoy segura de que también se fue para protegerme, para despistarlos y que le siguieran a él, y yo he metido más la pata —volvió a cerrar los ojos, con pesar.

—Así que Razvan y los suyos estaban en el bosque para dar con Ryam.

—Sí, debieron de seguir sus propias pistas y terminamos encontrándonos en el bosque —alzó la vista para mirarme con angustia—.

Nessie, me han visto, ahora saben que Ryam ha desaparecido, por eso querían llevarme con ellos.

—Para sobornarle.

—Sí, y si me cogen, él se entregará y...

—No te preocupes —le corté, para que no se atormentase más—, nosotros te protegeremos y no podrán cogerte. Y también ayudaremos a Ryam.

—Pero yo no quiero que os veáis involucrados en algo que...

—Ya estamos involucrados —le volví a interrumpir, hablándole con dulzura—. Razvan está matando lobos normales para sacar ese veneno, y, como ya dije, los lobos son sagrados para la tribu quileute, es una ofensa personal para ellos. Eso sin mencionar toda esa gente inocente que están utilizando para crear su ejército de gigantes y que una de mis mejores amigas está en apuros, no pienso permitirlo —le sonreí para infundirle confianza y ella me correspondió con otra sonrisa, emocionada—. Os ayudaremos.

—Gracias, Nessie —asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—No tienes por qué darlas. Somos amigas, ¿no? Hoy por ti y mañana por mí, ¿no es eso? —le dije con voz alegre para animarla.

—Sí —sonrió por fin.

Le cogí la mano y se la estreché entre las mías para consolarla. Se extrañó un poco al notar tanto calor.

—Antes, en el bosque, estabas helada. ¿Cómo es que ahora...?

—Ah, esta es mi temperatura normal, 40 grados —le revelé, antes de que terminara la frase—. Pero cuando me transformo, mi temperatura baja hasta que me vuelvo tan fría como un vampiro.

—¿Y cuando eres medio humana, tu temperatura es de 40 grados? —se sorprendió—. ¿Tan alta?

—Pues si vieras la de Jake... —me reí—. Él y los demás lobos están entre 42 y 48 grados, depende de la época del año. Les sirve para protegerse del frío.

—Oh —pestañeó.

—Dime una cosa, antes dijiste que Ryam estaba convencido de que tenía cura. ¿Tú también lo crees?

—No estoy segura —suspiró—. Según él, si le contagiaron con una vacuna, tiene que tenerla, pero yo no soy tan optimista.

Tal vez si hablaba con Carlisle, él pudiese averiguar algo. Aunque tendría que omitir ciertos detalles del asunto para no preocupar

demasiado a mi familia, como, por ejemplo, mi intervención en el bosque y ese encuentro con los vampiros. Tendría que decirles que ya estaba con Jake y los chicos, porque si les decía que había ido yo sola a ayudar a Helen hasta que por fin llegó mi lobo, tendría que escuchar el sermón de mis padres.

—¿Y cómo es Ryam? ¿Es guapo? —pregunté, para hacer la conversación todavía más liviana, a ver si así se incrementaba su ánimo.

—No sé. Sí... —contestó, algo ruborizada—. Bueno, a mí me lo parece.

—Y... ¿sigues enamorada de él? —seguí, poniendo voz picarona.

—No pienso decirte eso —objetó, riéndose.

—Vamos, venga ya —me quejé—. Tú me diste la brasa todo el curso pasado con el tema de Jacob. Ahora me toca a mí.

—Está bieeen —aceptó, alargando la última sílaba para fingir cansancio—. Sí, estoy enamorada de él, ¿contenta?

A las dos se nos escapó una risita.

—Ahora entiendo que al final le dieras calabazas al pobre de Justin Musset y no fueras al baile de fin de curso.

—Sí, pobre, menudo fiasco que se llevó —asintió, mordiéndose el labio con culpabilidad—. Pero nunca he podido quitarme a Ryam de la cabeza, ir con Justin iba a ser una mentira, y él tampoco se merecía eso. Por eso preferí decirle la verdad y no ir al baile.

—Hiciste bien.

—Ahora está saliendo con Sandra Pitterson. Y se les ve bastante bien, así que me alegro.

Asentí y la cocina se vio apagada por un momento de silencio.

—Por cierto —intervine, para romperlo—, tenías razón cuando descubriste que no era un oso lo que habían visto esos excursionistas, sino que eran los lobos, pero no fueron ellos quienes asesinaron a esa gente, fueron unos vampiros —le aclaré—. Los lobos luchan contra los vampiros para proteger a las personas. La gente que vio a ese *oso*, seguramente vio a alguno de los lobos, que andaban detrás de esos vampiros para acabar con ellos. Lo que pasa es que estaría escondido y no lo vieron bien, por eso pensaron que era un oso enorme.

—Bueno, ya me di cuenta de que tus lobos no atacan a la gente y que luchan contra los vampiros —rió—. ¿Y tú cómo sabes que fueron unos vampiros los que mataron a esos excursionistas? —preguntó, asombrada por mis conocimientos del tema.

—Porque esos vampiros perseguían a mi madre —revelé.

—¿A tu madre? —ahora sí que estaba asombrada.

—Será mejor que vayamos al saloncito, creo que yo también te tengo que contar una historia muy larga —me reí.

—Bueno, yo también tengo todo el día —sonrió, con complicidad.

—Pues vamos.

Me levanté de la mesa, seguida por Helen, y salimos de la cocina entre charlas para dirigirnos al pequeño salón.

Una vez allí, y sentadas en el cómodo sofá, yo también le conté toda mi historia a Helen, y también algunas cosas de mi familia que eran imprescindibles para que comprendiera ciertas partes de la misma, como, por ejemplo, la aparición de Jake en mi vida y su imprimación. Se quedó maravillada con buena parte de mi relato, y la historia de amor de mis padres y la mía con Jake le parecieron preciosas, según ella, de película.

Una hora más tarde, llegó Brenda, que me trajo la mochila con mis cosas y enseguida se sentó con nosotras para que Helen le contara su relato y para relatar la suya propia.

Brenda y Helen estaban alucinadas, la una con la historia de la otra, aunque la segunda parecía otra persona desde que se había desahogado con las dos. Como ella misma nos había dicho, el poder contárselo a alguien, y más siendo nosotras, sus amigas, había resultado todo un alivio. Y no sólo por poder desahogarse, que ya era mucho, sino por sentirse comprendida. No nos podíamos creer la tremenda coincidencia de que las tres supiéramos de la existencia de este otro mundo fantástico, lleno de vampiros, lobos enormes y otros seres mutados o no.

Ahora seguíamos las tres sentadas en el sofá, charlando, y yo no hacía más que mirar el reloj que estaba en una de las estanterías que se alzaban sobre el mueble bajo de la televisión.

Ya se acercaba la hora de cenar y Jake aún no había vuelto.

Mis manos se retorcían la una con la otra, entrelazando los dedos con nerviosismo, mientras mis amigas hablaban y se contaban todos sus secretos. Y afuera ya era de noche...

—Ness, no te preocupes, estará al llegar, seguro —me dijo Brenda en un intento de tranquilizarme, que ya se había dado cuenta de mi histerismo—. Cuando Seth me trajo hasta aquí, me dijo que iban a ir más lobos. Embry y su grupo terminaron en cuanto la excursión se acabó, así que se fueron para allá con ellos. Y seguro que Leah y su cuadrilla

también terminaron con los nómadas y se unieron. No te preocupes —repitió.

—Es que nunca ha llegado tan tarde... —murmuré, igual de nerviosa, observando la hora de nuevo.

Ya sabía que sólo eran cuatro vampiros contra muchos lobos, sin embargo, ese Razvan me daba tan mala espina...

Brenda frunció los labios y se quedó pensativa, como si se acabase de dar cuenta de que sí que estaba tardando, con lo cual, Seth también.

Genial. Por mi culpa, había hecho que Brenda se preocupase.

Iba a abrir la boca para deshacer mi entuerto, cuando escuché unas conocidísimas pisadas que se acercaban a la casa.

Mi corazón renació de nuevo.

—Ya está aquí —murmuré, con una enorme sonrisa, levantándome con prisas del sofá.

—¿Lo ves? —me reprendió Brenda, aunque a ella también se la notaba aliviada.

Antes de que me diese tiempo a llegar al vestíbulo, Jake entró por la puerta. Me iba a tirar a sus brazos para abrazarle y besarle, pero la sonrisa y mis piernas se paralizaron cuando vi que entraba completamente aventado, pegando un sonoro portazo.

Jacob avanzó dos zancadas en mi dirección, pero no se dio cuenta de mi presencia, sus ojos estaban clavados en el suelo mientras se rascaba la nuca con irritación, y después se giró hacia la puerta de nuevo. Sus pies comenzaron a dar paseillos sin parar.

Me quedé inmóvil, observando ese rostro bañado por una evidente rabia y que a la vez estaba mezclado con un sentimiento de profundo pesar.

Hasta que Jake por fin levantó la vista y me vio. Entonces sus pies se detuvieron para quedarse frente a mí y sus ojos me reclamaron con angustia.

Ahora sí. Corrí hacia él y me abalancé a sus brazos para besarle. Mientras nuestros labios se movían con efusividad —los míos descargando toda esa tensión y preocupación que tenía antes—, sus manos aprovecharon para deslizarse por mi espalda, apretándome más contra él.

No quería dejar sus ardientes y afrodisíacos labios, y lo cierto es que esa energía mágica que sentíamos siempre a nuestro alrededor me

incitaba a seguir saboreándolos, pero esa cara de antes me había dejado tan preocupada, que me obligué a soltarlos para ver qué le pasaba.

—Me encanta llegar a casa —bisbiseó acto seguido, con una sonrisa, frotando mi frente con la suya.

Llevé mis manos a su rostro para acariciarle y mirarle, cerciorándome de que no tenía rasguño alguno.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —quise saber, examinando y analizando cada una de sus expresiones con preocupación.

Su rostro alegre volvió a apagarse.

—Esos bastardos han conseguido escaparse —anunció, apretando los dientes—. Pero eso no es todo —se separó de mí bruscamente y volvió a sus paseillos de antes, llevando la mano a su pelo para revolvérselo con rabia—. Han vuelto a asesinar a otro lobo, ¡y esta vez ha sido casi delante de nuestras narices! —masculló, muy exaltado, mientras seguía paseando de aquí para allá y su mano bajaba con rapidez para cerrarse en un puño tembloroso—. ¡Malditos chupasangres! ¡Juro que esto nos lo van a pagar!

No pude evitar sentir un escalofrío gélido, y más después de lo que me había contado Helen sobre por qué Razvan y los suyos mataban a los lobos.

—Jake, tranquilízate —me acerqué a él, forzándole a pararse frente a mí, y le acaricié el rostro de nuevo para intentar relajarle un poco. Pareció funcionar. Sus ojos se cerraron, respiró hondo, y asintió a la vez que expiraba el aire lentamente—. Ahora, dime, ¿qué es eso de que han matado a otro lobo?

Abrió los ojos para mirarme. Ya no tenían esa ira, pero aún seguían enfadados.

—Los teníamos, Nessie. Estuvimos a esto de pillarlos —gesticuló con la mano para indicarme por qué poco los habían perdido y la dejó caer hacia abajo otra vez. Respiró hondo una vez más y siguió hablando—. Habíamos perdido su rastro cerca del lago Beaver, pero de repente Rephael encontró una pista fresca, y nos llevaba de vuelta a nuestros bosques. Pensábamos que venían a por Helen, pero nos equivocamos. Hubo un momento en que sus rastros se separaron, y nosotros tuvimos que hacer lo mismo, claro, si no, a ver cómo los seguíamos. Sabíamos que lo habían hecho para despistarnos, porque los rastros daban vueltas en círculos, se subían por los árboles y después los volvíamos a encontrar... En fin, un estúpido caos —resopló—. Y mientras nosotros estábamos siguiendo esas pistas como idiotas, ellos

aprovecharon para matar a ese lobo. Cuando por fin llegamos al sitio, nos encontramos con el lobo muerto, y no te imaginas quién era y qué le hicieron.

—¿Quién? —pregunté, con un murmullo, preparándome para lo peor.

—¿Recuerdas aquel lobo? El que pertenecía a la manada del que encontramos muerto, el que se dio la vuelta para mirarnos.

Claro que lo recordaba. Era la manada del lobo muerto, se habían acercado a él para olerle después de pedirle permiso a Jake con su lenguaje lupino, cosa que me había dejado maravillada. Y había uno que se había girado antes de marcharse con el resto, para presentarle sus respetos al Gran Lobo.

El alma se me cayó a los pies cuando recordé a ese animal.

—¿Han matado a ese lobo? —mi voz se quebró al final de la interrogación.

—Sí —murmuró, bajando el rostro.

Me quedé sin habla durante un instante.

—Cielo, lo siento mucho... —conseguí susurrar, acariciando su afligido rostro otra vez.

—Era el Alfa de su manada —me reveló, cerrando los ojos otra vez, con pesar. Alzó la cara y los volvió a abrir para mirarme con otra mezcla de rabia y tristeza—. Esos degenerados le arrancaron el corazón.

No me hizo falta que añadiera que fue en vida, por la expresión de su rostro, lo adiviné enseguida.

—Es horroroso... —sólo me salió un murmullo.

—Hemos intentado seguir el rastro de esas ratas, pero se han escapado. Se subieron por los árboles y no dejaron más pistas. Son buenos, saben lo que hacen —admitió, tiñendo la frase de acidez disconforme—. Después volvimos para enterrar al lobo, por eso he tardado tanto —subió su mano para acariciar mi mejilla y pasó los dedos por mi pelo—. ¿Estabas preocupada?

—Un poco, la verdad —reconocí, perdiéndome en esa mirada penetrante.

—Ya estoy aquí —susurró, pegando su rostro al mío.

Su abrasador aliento empezó a acariciar mis labios y todo mi ser se estremeció a la vez que mis mariposas ya brincaban, ansiosas.

—Está claro que quieren mejorar el veneno —intervino Helen de repente—. Oh, perdón —se disculpó, al darse cuenta de que nos había interrumpido.

Jake y yo nos separamos, un poco apurados, y nos volvimos hacia ella, que estaba de pie, mirándonos en el paso hacia el saloncito, junto a Brenda.

—¿Cómo? —preguntó Jake, extrañado.

—Esto... tenemos que contarte muchas cosas —le revelé—. Es un poco largo de explicar, así que será mejor que nos sentemos en el sofá —y le cogí de la mano para conducirlo al salón.

—¿Explicarme el qué? —interrogó, de camino.

—Todo lo que me ha contado Helen —manifesté, girándome para mirarle. Entonces, me fijé en su torso desnudo y me paré, haciendo que él se chocara contra mí. Carraspeé—. Bueno, mejor te dejo ir a arriba para que te pongas una camiseta.

Su boca por fin se elevó, adoptando esa sonrisa torcida que tanto me gustaba, y se quedó mirándome con unos ojos un tanto acusadores. No pude evitar que la sangre me delatara y se me subiera a la cara.

—Bajaré ahora —me dijo con la misma sonrisa y un tono que concordaba con la mirada de antes.

Me dio un beso corto, soltó mi mano y se dio la vuelta para subir las escaleras.

—Espera, Jake —le llamó Brenda. Jacob se paró en el cuarto escalón y se apoyó en la barandilla de madera para asomarse y mirarla—. ¿Y Seth? —quiso saber.

—Ah, se fue a buscar el coche para llevaros a casa —le respondió, dirigiéndose a mis dos amigas. Después, habló para Helen—. Embry, Abel, Isaac y Shubael os seguirán para cubriros las espaldas y se quedarán por los alrededores de tu casa para vigilar, por si acaso.

—Gracias —agradeció ella.

Jake la sonrió y se retiró de la barandilla para subir las escaleras. Yo conduje a mis amigas hacia el salón, donde nos sentamos en el sofá de tres plazas y esperamos a mi chico, que no tardó mucho en bajar de la habitación con una camiseta que le cubría ese torso que sólo era mío.

Seth no tardó mucho más en llegar, así que cogió otra silla de la cocina —Jacob se había sentado en una, ya que los cuatro no entrábamos en el sofá— y se colocó junto a Jake para escuchar todo el culebrón.

Helen tuvo que contar su historia por tercera vez, aunque esta ya lo hizo con mucha más naturalidad. Jake y Seth no pudieron evitar quedarse un poco con ella, diciéndole que ya se la imaginaban como el *Increíble Hulk*, sólo que con la piel blanca, mujer y el pelo largo. Jake hasta le

llegó a pedir que se transformara para que viéramos cómo era, e incluso la estuvo pinchando un buen rato para hacerla rabiarse, a ver si así se transformaba, pero, gracias a Dios, Helen es muy tranquila y no se enfadó. Brenda y yo les dimos un manotazo para regañarles, pero a Helen pareció hacerle gracia y todo. En fin, típicas bromas quileute.

Después de toda esa charla, Brenda y Helen se marcharon con Seth, ya que se les había hecho bastante tarde y los otros lobos que iban a hacer de guardaespaldas ya estaban esperando afuera.

Jake y yo subimos al dormitorio pequeño y encendimos el ordenador para conectarnos. Teníamos que contarles muchas cosas a mi familia, sobre todo a Carlisle.

Mamá no tardó nada en conectarse. En cuanto pusimos *¡Hola!*, su Webcam se encendió y su imagen salió en la pantalla.

—Hola, cielo —me saludó, con una enorme sonrisa—. Hola, Jake.

Papá se puso a su lado como un rayo.

—Hola —saludó él en general, para ahorrarse palabras.

—Hola —Jake y yo imitamos a mi padre.

—¿Cómo estáis? —preguntó mamá—. ¿Va todo bien por allí? ¿Han aparecido muchos nómadas por La Push hoy? ¿Qué tal en clase? ¿Te han puesto muchos deberes? Habrás estudiado, ¿no?

Hablábamos todos los días, pero mamá siempre nos preguntaba como si hiciese siglos que no nos hubiésemos visto. Quería saber hasta el más mínimo detalle de nuestro minuto a minuto de vida. Nos echaba de menos.

—Tenemos... novedades —suavizó Jake.

—¿Buenas o malas? —la cara de mamá se iluminó como si un faro la hubiese enfocado sólo a ella, en cambio, los ojos de papá se abrieron un poco más de lo normal, un tanto cautelosos.

—¿Qué clase de... novedad? —inquirió papá, con ese mismo semblante.

La cara me cambió de color cuando me di cuenta de a qué se referían, pero a Jake le dio un poco de risa. ¿Por qué les daba por pensar eso?

—Tranquilo, Edward, Nessie está tomando esas pastillitas milagrosas que le manda Carlisle —espetó con descaro, haciendo que el rosa fuerte de mis mejillas se volviera rojo chillón—. El vestido de Nessie lucirá liso en la boda.

—Jake —le regañé, propinándole un manotazo en el brazo mientras él ya se reía.

Papá pareció respirar más tranquilo, sin embargo, mamá frunció los labios y juraría que se quedó un pelín decepcionada.

—Entonces, ¿qué pasa? —quiso saber mi padre.

—¿Carlisle está por ahí? Necesitamos hablar con él —intervine yo.

—Sí, voy a buscarle, espera.

En menos de un parpadeo, papá ya no estaba delante de la cámara junto a mamá.

—¿Qué es lo que pasa? —interrogó ella, ahora un poco preocupada.

—Es por Helen —adelanté.

—¿Por Helen? ¿Tu amiga?

—Sí.

Con la misma rapidez con la que se había ido, papá regresó junto a Carlisle y el resto de mi familia, que se habían apuntado para cotillear. Su vida en Anchorage, sin lobos gigantes, ni vampiros que les persiguieran, debía de ser bastante aburrida, por lo visto.

Todos saludaron efusivamente, como siempre hacían en estas conexiones. Rose y Jacob se dedicaron un par de frases para meterse el uno con el otro y Em se burló de lo mal que iba el equipo de Jake a modo de saludo entre buenos colegas.

Mi abuelo tomó el sitio en el que antes se había sentado mi padre.

—Hola, chicos —saludó—. ¿Qué pasa?

—¿Tú sabes algo de gigantes? —preguntó Jake, sin rodeos.

—¿Gigantes? —Carlisle pestañeó, confuso.

No fue el único. Los demás oscilaban las cabezas, mirándose unos a otros sin entender.

—Jake, hay que contarles toda la historia, si no, no se van a enterar de la misa la media.

—Esperad un momento —les dijo, y acto seguido apagó la Webcam, con la consecuente cara de no comprender nada de mi familia, que encima estaban expectantes—. Verás, nena, si les contamos toda la historia, estaremos aquí una hora o más —giró su silla y se arrimó a mí, moviéndola con un solo impulso de su pie—, y yo me muero por irme a la cama contigo pronto, estoy muy cansado y necesito dormir —afirmó, con su sonrisa torcida, llevando su mano a mi pelo para apartarlo de mi hombro.

—Ya, para dormir, ¿no? —cuestioné, con otra sonrisa, mirándole con ojos acusadores.

—Bueno, ya sabes, dormir... después —insinuó, con el mismo semblante pícaro, mientras ponía el brazo por detrás de mi respaldo.

—Tendrás morro —me reí.

—Es que hoy apenas hemos estado a solas, y te he echado tanto de menos... —murmuró, llevando su boca a mi cuello.

Sus ardientes labios comenzaron a deslizarse por mi piel con lentitud. El poco vello de mi cuerpo se puso de punta y comencé a hiperventilar sin remedio. Aunque poco duró. Los altavoces del ordenador no tardaron nada en emitir esos molestos ruiditos que avisaban de los mensajes que salían en el Messenger.

Jake se separó de mi cuello a regañadientes y volvió a su posición de antes. Conectó la Webcam de nuevo y los ruiditos cesaron.

—¿Qué es esa historia que nos tenéis que contar? —quiso saber mi madre, intrigadísima.

—Es un poco larga, pero os la contaremos —afirmé, echándole un vistazo de reojo a Jake, que suspiró con resignación y apoyó su ancha espalda en el respaldo, preparándose para aguantar el largo relato.

Les conté todo lo que Helen me había relatado, aunque omití esos detalles de mi intervención en el bosque, como ya había tenido previsto. Simplemente les dije que Jake y la manada la habían encontrado allí por casualidad y la habían ayudado. Por supuesto, mi chico cerró el pico y me apoyó. Jacob tampoco quería que mi familia se preocupase o se disgustase, aunque yo sabía que él también estaba un poco enfadado conmigo por haberme puesto en peligro, si bien entendía que yo había sentido la necesidad de ayudar a esa persona humana que estaba en peligro y que luego resultó ser mi amiga Helen.

Se quedaron bastante extrañados por todo el asunto, y no les gustó nada la creación de esos seres raros llamados gigantes con el fin de hacer un ejército, y menos que esas desapariciones de gente tuvieran que ver con eso. Mi padre enseguida se acordó de ese ejército de neófitos que esa tal Victoria había creado para terminar con mi madre cuando ella era humana, ese episodio del que Jake me había hablado alguna vez, pero lo relacionó con otro fin. También coincidieron con nosotros en que eso de *conquistar el mundo* tenía que referirse a una lucha contra los Vulturis, aunque, al igual que a mí, no les cuadraban muchas cosas, como, por ejemplo, cómo tenían pensado hacerlo, pues cuatro vampiros y un ejército de gigantes poco iba a dañar al imperio y a la poderosa guardia de los de Volterra. Además, el hecho de que Razvan y sus secuaces

hubieran estado tan cerca de los metamorfos y estuvieran matando lobos para obtener ese veneno, los dejó muy preocupados, sobre todo a mi madre. Tampoco les gustó nada que Razvan pretendiera que esos gigantes se parecieran a los lobos, aunque sólo fuera en eso de la rápida curación. Eso sumado a la enorme y peligrosa fama que ahora tenían los metamorfos entre los vampiros de todo el mundo.

En conclusión, cuando terminé de soltar toda la historia, me arrepentí un poco, pues ahora sí que estaban preocupados. Al final, ocultar lo del bosque de poco había servido. ¿Pero qué iba a hacer? Tenía que contárselo, si no, ¿cómo íbamos a ayudar a Helen y a Ryam? Además, seguro que mi familia podía ayudarnos, al menos, Carlisle. Y siempre era mejor contar con más gente.

—Llamaré a Louis, tal vez él pueda decirnos algo —dijo éste.

No pude evitar soltar una risilla entre dientes al recordar esos alocados rizos que se movían a todas partes con esa energía que ponía su dueño.

—¿También sabe de gigantes? —pregunté.

—No sé si sabrá algo de gigantes, pero ya sabéis que la genética es su especialidad —declaró Carlisle—. Sobre todo en lo referente a las mutaciones. Ese tema le fascina, y estoy seguro de que se mostrará encantado de ayudarnos.

—Si sacó todo el asunto de los genes de Nessie, con lo rara que es, no creo que se le resista esto —se burló Jake, riéndose.

Le dí un empujón en broma, a modo de regañina, y él se carcajeó más.

—Llámame cuando sepas algo —le rogué a Carlisle—, o mejor cuéntamelo mañana cuando nos conectemos.

—Por supuesto, no te preocupes —asintió mi abuelo, con una sonrisa.

—Bueno —suspiró Jake, con alegría, poniéndose de pie—, pues ya hemos terminado —apoyó los codos en el escritorio y se inclinó para que la cámara pudiera enfocarle—. Ya sé que vosotros no tenéis tripas que rujan y esas cosas, pero nosotros nos vamos a cenar, porque las mías están a punto de salirse por la boca para bajar a la cocina a picar algo.

—Qué exagerado —se rió mamá.

—De veras, Bells, lo digo en serio —sonrió él—. Tú ya no te acordarás de lo que es eso, pero ahora mismo estoy famélico. No sabes el día que he pasado hoy. Primero persiguiendo a esa panda de chupasangres, y después enterrando al lobo.

—¿Es que han matado a otro lobo? —el semblante de mamá volvió a ponerse serio.

—Sí, era el Alfa de la manada de aquel otro lobo que encontramos muerto Nessie y yo. Esta vez esos malditos no se conformaron, y se llevaron el corazón —masculló Jake, apretando los dientes al recordar.

—¿El corazón? —susurró ella, horrorizada.

—Según Helen, están intentando mejorar la fórmula del veneno —le aclaré yo—. Debe de haber algo en el corazón que les interesa.

—Hablaré con Louis —repitió Carlisle.

—Bueno, pues a cenar —exclamó Jacob, irguiéndose para quedar de nuevo de pie—. ¡Arg, tengo un hambre voraz!

—Procura no zampar mucho, que luego tienes que comerte a Nessie —bromeó Em desde detrás de las sillas donde se encontraban sentados mi madre y Carlisle.

Mi cara sufrió un colapso de sangre.

—¡Em! —le regañé.

Mi tío rompió a reír con unas sonoras carcajadas, aunque los demás también rieron, si bien sus risas eran mucho más discretas. Bueno, todos excepto mi padre, por supuesto, que aunque ya había aceptado que su hija viviera *en pecado* hasta la boda, todavía le costaban ciertas cosas.

—Bueno, hasta mañana —intervino mamá, todavía con los restos de la risa en su boca.

—Y tened cuidado, por favor —siguió mi padre—. Si veis que nos necesitáis, no dudéis en llamarnos.

—Sí, no te preocupes —le contestó Jake—. Aunque de momento tenemos la situación controlada.

—De acuerdo —asintió él, con plena confianza.

—Hasta mañana a todos —me despedí.

—Hasta mañana —dijeron todos a la vez, como un coro perfectamente sincronizado de voces impolutas.

Sonreí y apagué la Webcam.

Mis pasos me llevaban por el bosque plácidamente. Las verdes hojas eran mecidas por esa suave brisa que ya olía a verano y que también me envolvía con su aire cálido; acariciaba mi cuello y barría mi cabello hacia atrás a su paso.

Cerré los ojos y respiré esa brisa acogedora mezclada con infinidad de olores. Olía a la abundante agua del río Quillayute, que corría no muy

lejos de allí, a la tierra que había sido humedecida por el rocío de esa mañana, a las flores que aún se resistían a abandonar esa alfombra de verde hierba, a la madera de los árboles...

Pero entonces, empecé a sentir frío, y otro olor se entremetió. Un olor a niebla, a humedad, a oscuridad... y a vampiro.

Abrí los ojos de sopetón y le vi.

Razvan estaba escondido tras la densa niebla que ahora lo inundaba todo y que tapaba hasta el árbol que tenía a mi lado; billones y billones de diminutas gotitas blancas que creaban una tupida cortina gris que invadía todo el bosque y lo cegaba. Sin embargo, algo destacaba entre toda aquella bruma. Sus ojos rojos escarlata, malvados, espeluznantes, y estos se clavaron en mí. Mi pulsera no dejaba de vibrar, estaba histérica.

—La profecía ha empezado —habló, con esa voz lúgubre y oscura, escalofriante.

Otra vez me sobrecogí ante tanta maldad.

Me fijé en su mano y una bala helada atravesó todo mi ser. Su palma estaba cubierta de sangre, ésta chorreaba hacia la tierra que estaba oculta bajo esa espesa niebla, y mis ojos observaron horrorizados cómo sostenía un corazón. Era el corazón de ese lobo, y todavía bombeaba rítmicamente, vivo.

Por alguna razón, sentí una descarga eléctrica al observar ese corazón, un rayo gélido y punzante que me anunciaba que ese órgano traía un mal presagio.

Me asusté e intenté correr, pero mis piernas no me respondían, parecían negarse a obedecer las insistentes y despavoridas órdenes de mi cerebro. Me miré los pies, pero no se veían entre tanta gotita blanca. Cuando volví a levantar la vista, tenía a lo que más me importaba del mundo frente a mí. Y me horroricé aún más al ver ese semblante.

Su rostro estaba desfigurado por un profundo y desgarrador dolor que se me clavó en el alma. Me miraba con esa horrible expresión mientras hacía negaciones con la cabeza.

¿Por qué me miraba así?

—Jake —le llamé.

Sin embargo, él parecía no oírme. Su rostro ya rozaba la agonía y esa expresión me sobrecogió como si un glaciar me atravesara entera, porque, sin entender cómo, supe que el daño se lo estaba ocasionando yo.

Intenté llevar mis pies hacia él y alzar los brazos para abrazarle y besarle, pero mi cuerpo no me respondía.

—Jake —repetí más fuerte.

Seguía sin escucharme. Él parecía estar escuchando otra cosa.

—Nessie... —sollozó, estirando su brazo para tocarme.

—¡Jake! —grité, con lágrimas en los ojos, intentando estirar el mío también.

Pero mis extremidades no se movían y mis ojos no descargaban las lágrimas que yo sentía. No me podía mover, no podía hablar, no podía llorar... Estaba encerrada, encerrada.

—¡Jake! —chillé.

Jacob comenzó a caminar hacia atrás lentamente mientras seguía negando con esa espantosa expresión en su rostro, alejándose de mí.

—¡No, Jake! ¡No te vayas! —lloré, desconsoladamente, aunque mis ojos seguían secos—. ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Su pie dio una zancada más grande hacia atrás.

—¡Jake, te quiero!

Mi garganta profirió un grito desgarrador cuando Jacob se dio la vuelta y se marchó corriendo, desapareciendo entre esa espesa niebla sin que yo pudiese hacer absolutamente nada para remediarlo. El amor de mi vida se iba para siempre.

—¡Jacob! ¡Jacob! ¡JACOB!

—Nessie, cielo, despierta.

Sentí unas cálidas manos acariciando mi rostro con impaciencia y abrí los ojos de golpe.

—¡Jacob! —grité, llamándole para que regresara.

—Estoy aquí, pequeña —susurró esa voz ronca que adoraba desde que estaba en el vientre de mi madre, mientras esas manos seguían acariciándome—. Ha sido una pesadilla, ya pasó todo, ¿ves? Estoy a tu lado.

Pestañeé, confusa y desorientada, y oscilé un poco la cabeza en dirección a la voz.

Mi corazón saltó para latir todavía más deprisa. Él estaba ahí, junto a mí. Estábamos en nuestro dormitorio. Se había incorporado para acariciar mi cara y estaba secándome las lágrimas con esos sedosos dedos.

—¡Jake! —sollocé, alzándome para abrazarle con fuerza.

—Ya pasó todo —murmuró, apretando su abrazo.

Mis dedos casi se clavaban en su espalda.

—Te quiero —le dije entre lágrimas.

Esta vez sí que corrían por mis mejillas, y esta vez sí que lo escuchó.

—Yo también te quiero —susurró.

Me despegué de su torso para verle el rostro y llevé mis manos para tocárselo, cerciorándome de que no seguía soñando y que él estaba aquí conmigo de verdad.

—Sólo ha sido una pesadilla —afirmó, desplegando esa blanquísima y maravillosa sonrisa que contrastaba con su preciosa piel cobriza.

Cómo me gustaba ver ese semblante así. Siempre así.

—Ha sido horrible... —murmuré, aún compungida—. Primero soñé que estaba en el bosque y aparecía Razvan con el corazón de ese pobre lobo, diciendo no se qué de una profecía. Ese corazón estaba vivo, latía, y me dio muy mala espina, era un mal presagio. Y después tú estabas frente a mí, yo no podía moverme ni hablar, y tú no me escuchabas. Estabas tan triste, y no podías oírme, hasta que te marchaste corriendo...

—Soy un bocazas, no debí contarte eso del corazón —lamentó, secando mis lágrimas.

—Lo que menos me asustó del sueño fue lo del corazón —confesé, rozando sus mejillas con mis yemas.

—Sólo ha sido una pesadilla —repitió, hablándome con dulzura y metiéndome el pelo detrás de las orejas—. Yo estoy aquí contigo.

Sí, sólo había sido una horrible pesadilla. Sin embargo..., había algo que me había dejado muy inquieta, y había parecido tan real... Por un momento vino a mi cabeza aquella otra pesadilla en la que salía ese horroroso licántropo mutado luchando contra mi lobo en la nieve, mordiéndolo... Y no podía olvidar que luego esa pesadilla se había hecho realidad...

La ventana hacía las veces de cabecero de nuestra cama, y a través de la tela del estor se colaba la tenue luz de la luna que, aunque estaba oculta sobre las nubes grises, era casi llena y hacia que la noche fuera clara. Eso era suficiente para poder ver sus ojos, que brillaban como dos faros gracias al reflejo del cristal.

Me quedé mirándolos absorta durante un rato, y él hizo lo mismo con los míos. Después, bajé la mirada y observé su poderoso torso desnudo. Retiré mis manos de su rostro para deslizarlas por ese pecho perfecto. Lo acaricié despacio, palpando cada uno de sus prominentes músculos, parándome a sentir esa tórrida, sedosa y aromática piel. La respiración de ambos ya comenzó a modificar su ritmo, alcé la vista y la clavé en esas pupilas negras que tanto adoraba. Conduje mis manos hasta su nuca y su

espalda y me arrimé a él hasta que nuestros rostros se pegaron y nuestros ansiosos alientos pudieron entremezclarse.

No podía quitarme de la cabeza esa imagen, a ese Jacob profundamente angustiado y dolorido alejándose de mí entre la espesa niebla sin que yo pudiese hacer nada para evitarlo, viendo cómo le perdía para siempre. Pero todo había sido una pesadilla. Él estaba aquí conmigo, y era mío, siempre sería mío. Y yo siempre sería suya, sólo suya, hasta el fin de mis días. Ahora necesitaba sentirle, lo necesitaba como el oxígeno. Sentir sus ardientes manos y su boca por todo mi cuerpo, sentir que él estaba conmigo, sentir que no se iba a alejar entre ninguna niebla, sentirle bien pegado a mí, sentirle dentro de mí... Quería fundirme con él, sentir su alma bien mezclada con la mía.

Mis manos se aferraron a su pelo con fervor y mi respiración empezó a agitarse con ansia, en total sincronización con la suya.

—Hazme el amor... —imploré en sus labios, con un susurro que salió por mi boca con más que deseo.

—Nessie... —susurró, excitado, deslizando su ardiente mano por mi muslo y alzando la parte baja de mi camisón a su paso.

Sus tórridos labios se unieron a los míos y llevó su cuerpo hacia mí con suavidad, haciendo que mi espalda se apoyase en el colchón mientras él se acomodaba entre mis piernas.

Sí, ahora podía sentirlo, sólo había sido una pesadilla; y así fue como mi pesadilla dio un giro y pasó a ser todo un sueño.

ENTREGA

Como ya venía siendo demasiado habitual, esa mañana llegué justa a clase. La señora Smith ya estaba a punto de cerrar la puerta, cuando pasé por el umbral como una exhalación humana. Me echó una mirada asesina y yo corrí hacia mi pupitre.

Brenda no coincidía conmigo en esta clase, pero, por fin, Helen sí estaba a mi lado. Desde que nos había contado toda su extraña historia la semana pasada, ya había vuelto a clase. Nosotros le habíamos prohibido que fuera sola por ahí, y menos a ningún bosque. Ahora siempre tenía unos enormes y peludos guardaespaldas que la protegían en todo momento, y habíamos dejado lo de la búsqueda de Ryam para las tardes, ya que yo la regañé por dejar sus estudios atrasados y la convencí de que a su mejor amigo no le gustaría nada que perdiese el curso por esa razón, así que ya venía al instituto.

Al día siguiente de aquella conexión donde le contamos todo a mi familia, Carlisle nos dijo que ya había hablado con Louis y que éste estaba encantado de investigar el tema de la transformación de Helen y Ryam. Lo único que necesitaba era una muestra de la sangre de mi amiga, por lo que mis padres, mis tíos y mis abuelos se ofrecieron entusiasmados a pagarnos dos billetes a Anchorage para que fuéramos a visitarles con esa excusa. Al principio, a Jake no le hacía mucha gracia que nos pagaran el viaje, pero lo reconduje con el argumento de que él estaba siendo la única base de nuestra economía y que yo tenía derecho a que ese viaje corriese de mi cuenta, o por lo menos, de la de mi familia, así que al final aceptamos. Ya teníamos ganas de verles en persona y de ver esa espectacular casa de la que Alice no dejaba de presumir.

Helen parecía muy contenta hoy, y de sus ojos —que volvían a ser dorados gracias a las lentillas— salían chiribitas cuando me miraron.

Algo había pasado. Algo muy bueno. Y yo no aguantaba hasta el final de la clase para saber de qué se trataba.

Mientras la señora Smith empezaba su lección de Historia, arranqué un trozo de papel de mi cuaderno y le escribí una nota a Helen que no tardé en pasarle.

Ha pasado algo, ¿no? Ya puedes ir contándomelo.

Mi amiga sonrió cuando leyó mi frase, me miró de reojo y escribió justo debajo.

Ryam me envió un mensaje al móvil para que lo llamase y ya pude hablar con él. Ahora sé que está bien y ya me he quedado más tranquila.

Me enseñó la nota, yo exhalé el aire con la boca abierta en una sonrisa de alegría enorme y la llevé de nuevo a su pupitre para seguir escribiendo.

Me dijo que había descubierto algo muy importante, pero que era peligroso decírmelo por teléfono y que quería quedar conmigo para contármelo en persona y enseñarme unos documentos muy valiosos. Le hablé de vosotros y de tu familia, del doctor Cullen, y le conté que nos ibais a ayudar.

Me costó, ya que es muy cabezota y ahora, con todo lo que le ha pasado, ya no se fía de nadie al 100%, excepto de mí, claro, pero al final le convencí para que me los entregara y así pudieseis llevárselos al doctor Cullen. Me dijo que tenía que ser en un sitio muy concurrido donde hubiese mucha gente y mucho ruido, para despistar a Razvan e impedirle que pudiese actuar en caso de que nos descubriera, así que se me ocurrió la fiesta de Matt Hoffman de mañana. Como tú estás invitada, podremos entrar sin problemas, y Ryam es un experto en colarse en los sitios.

Cuando me pasó esa larga nota y terminé de leerla, no pude evitar poner una mueca de dolor.

¿En la fiesta de Matt Hoffman? ¿No había otro sitio mejor? No sé, en el Ocean o algo...

El Ocean ya lo tienen muy controlado. Recuerda que fue por los alrededores donde lo contagiaron. Saben que ese es el sitio de moda donde van la mayoría de los jóvenes de Forks. Lo mejor para despistarlos es ir a una fiesta privada de la que no han oído hablar nunca. Tienes que hablar con Matt y decirle que vamos a ir.

Fruncí el ceño un poco cuando lo leí, pero, para mi desgracia, tenía razón. Aunque, bueno, pensándolo bien, en cuanto Matt me viese aparecer en su fiesta con Jake, puede que ya me dejase en paz para siempre.

Bueno, vale, está bien, hablaré con Matt. Y también con Jake, para que planee algo con los chicos y os puedan cubrir las espaldas, por si acaso.

De acuerdo. Gracias.

Helen me cogió la mano a modo de agradecimiento, mirándome con unos ojos emocionados y una media sonrisa de esperanza que hicieron que un incómodo nudo se instalara en mi garganta. Le di unas palmaditas en su mano, carraspeé para aclararme la voz y por fin me soltó para que pudiéramos comenzar a atender a la lección de la señora Smith.

Miré el papel que el propio Matt me había dado, para cerciorarme de que íbamos a meternos en la calle correcta.

—¿Seguro que es por aquí? —preguntó Jake, girando el volante.

—Sí, ¿no oyes la música? Mira, esa de ahí debe de ser su casa —le señalé, guardando la dirección en el bolsillo de mi chaqueta.

La casa de Matt era bastante grande, incluso un poco impropia de un sitio tan humilde como Forks, y la música estaba tan alta, que se oía desde la calle, aunque mis oídos y los de Jake ya la habían escuchado hacía un rato.

Mi chico aparcó como pudo entre toda aquella fila de coches que habían estacionado en el arcén, y Helen, él y yo nos apeamos del Golf.

Jake me cogió de la mano nada más cerrar el vehículo, echó un vistazo entre los árboles que teníamos detrás, y empezamos a dirigirnos hacia la vivienda.

Mi olfato no me engañaba, pero Jake ratificó mis pensamientos.

—Bien, Seth y su grupo ya están por aquí, en estos bosques de alrededor —nos comunicó, en voz baja—, y Embry, Quil, Isaac y Shubael tienen que estar por fuera de la casa en su forma humana para pasar desapercibidos, así que no os preocupéis, todo está controlado.

—Sólo espero que Isaac y Shubael no se dediquen a intentar ligar con todas las que pasen —añadió yo, en broma.

—Más les vale que no —afirmó, con un tono un tanto amenazador.

—Quería daros las gracias —dijo Helen—, os estáis tomando tantas molestias por nosotros que...

—Venga ya, chica culturista —le cortó Jake, en broma, usando ese mote que ya le había puesto para quedarse con ella—, esto no es nada para nosotros.

—De todas formas, gracias, chico lobo —le acompañó ella.

Nos reímos los tres y nos acercamos a la vivienda.

En el pequeño jardín que abría paso hacia la casa se encontraba un montón de gente, algunos ya iban borrachos. Quil estaba de pie, con los brazos cruzados, apoyado en un árbol que quedaba justo delante de la entrada. Jake y él se saludaron con un ligero movimiento de cabeza y llegamos a la puerta.

Piqué al timbre y al rato Matt Hoffman nos abrió.

—Hola, Nessie, te estaba esperan... —el saludo del anfitrión se entrecortó al toparse con la persona que mi mano amarraba.

Su sonrisa presuntuosa también se le borró de la cara cuando lo observó con detenimiento, qué remedio, lo tenía justo delante.

Jake llevaba una camiseta azul oscuro de manga corta que le quedaba ceñida y dejaba entrever esos impresionantes músculos que Matt ya había tenido *el gusto* de ver aquella vez en el parking de Rialto Beach.

Mi chico le dedicó una sonrisita chulesca que estaba llena de malas intenciones.

—Hola, Matt —no pude evitar que se me escapara una sonrisa que se confundía un poco con el orgullo que sentía por mi novio y un sentimiento un tanto maquiavélico de desquite personal.

—Hola, Matt, ¿cómo estás? —saludó Jake, tiñendo la frase de una acidez maléfica.

—Ah, te voy a presentar —dije, haciéndome la despistada—. Este es Jacob Black, mi novio —y al pronunciar *novio* me recreé.

—E-encantado —tartamudeó Matt, estirando la mano con un poco de impresión ante un chico tan alto y fuerte.

—Igualmente —contestó Jake, usando el mismo tono que antes.

Y le cogió la mano para estrechársela.

—A-ay... —se quejó Matt, con un murmullo, retorciéndose algo, cuando Jake apretó un poco más de la cuenta.

—¿Podemos pasar? —le pregunté.

—Claro, estáis en vuestra casa... —se rió, nerviosamente, a la vez que agitaba su mano disimuladamente por detrás de su cintura para aliviar el dolor.

—Gracias.

Le sonreí con orgullo, Jacob lo hizo con la misma chulería de antes y Helen pasó detrás de nosotros dos ante la atónita mirada del anfitrión, que veía cómo me había invitado sólo a mí y entraban dos polizones más. Casi me dio un poco de penita de él y todo, aunque con lo pesado que había estado conmigo, era un alivio saber que ya no iba a volver a dirigirse a mí en la vida.

—¿Ese es el tipejo que te está molestando? —quiso saber Jake, echándole un vistazo fulminante mientras caminábamos.

La música estaba altísima, aunque nosotros debíamos de ser los únicos que podíamos escucharnos perfectamente.

—Sí, pero ya no lo va a hacer más —aseguré, aliviadísima.

—Más le vale —afirmó él, mirándole con cara de muy malas pulgas.

—Bueno, Jake, a lo que estamos —le exhorté, zarandeando su mano para que mirase hacia delante.

Me hizo caso y se volvió de frente.

—¿Ves a Ryam? —le pregunté a Helen.

—No —respondió ella, escudriñando ese enorme salón, el cual estaba solamente iluminado con una especie de focos de colores que apenas daban algo de luz.

—Menudo *friqui* es ese idiota —masculló Jake, que, como siempre, parecía que podía leerme la mente.

—Desde luego Alice no hubiera puesto esta decoración para una fiesta —coincidió yo.

—Ahí está —exclamó Helen, emocionadísima, con los ojos a punto de salirse del sitio, de las ganas que tenía ya de verle.

—¿Dónde? —pregunté, buscándole con la mirada.

—Debajo de la escalera, está escondido —me desveló ella—. ¿Os podéis quedar aquí?, voy a hablar con él, a ver si os quiere conocer.

—De acuerdo —acepté.

Helen corrió a la zona de la escalera y se metió entre la oscuridad que había bajo la misma. Tan sólo se le veía la espalda. Unos brazos tapados por las mangas de una sudadera de color negro la rodearon durante un momento y después su espalda volvió a quedar despejada.

Estuvo alrededor de un minuto oculta bajo la sombra y salió para negarnos con la cabeza a la vez que su rostro decía un *lo siento, no he podido convencerle*.

—Encima que le ayudamos —chistó Jake, molesto.

—Tienes que entender a Ryam, lo ha pasado muy mal —le defendí—. A diferencia de ti y de los demás lobos, él tuvo que pasar por todo esto solo, la única persona que tiene es Helen. Nadie más le ha ayudado nunca, todo lo ha tenido que hacer él, y esto de entregar algo que ha descubierto con su esfuerzo no debe de ser plato de buen gusto. Y encima, mi familia está compuesta por lo que él más debe de odiar del mundo. Ya es bastante que haya accedido a entregarnos esos documentos.

Jake se mordió el labio y se quedó pensativo, seguramente podía comprenderle en esto último.

—Bueno, puede que me recuerde un poco a Sam —reconoció.

Los dos volvimos la vista hacia el rincón de la escalera, vigilando en todo momento la enorme sala.

—Bah, aquí no viene ningún chupasangres, menudo fiasco —se quejó, después de un rato—. Anda, vamos a tomar algo, ya que estamos aquí —propuso, tirando de mí al iniciar la marcha.

—¿Y si aparece alguno? —dudé, con preocupación.

Jacob esquivaba a la gente con facilidad, ya que prácticamente le dejaban pasar al ver a ese chico que, equivocadamente, daba la sensación de peligroso.

—La casa y los alrededores están bien vigilados, no podría pasar ni un bunker, y aquí dentro no hay nada que queme la nariz, excepto la asquerosa colonia de ese idiota *friqui* que te acosa —alegó—. Además, no pienso ser el *sujetavelas* de nadie, así que, venga, ¿qué te apetece tomar?

La verdad es que Helen parecía muy entretenida hablando con Ryam, al que no se le veía nada más que esas botas negras llenas de hebillas. Jacob tenía razón. Seguramente tenían muchas cosas que contarse aparte del último descubrimiento que había hecho él.

—Bueno, pues una cerveza —le dije.

Aproveché un segundo que perdió mi amiga en mirarme, para hacerle una señal que la avisaba de dónde estábamos y ella asintió con una sonrisa.

Llegamos a la zona donde estaban las bebidas y Jake volvió a hacerse un hueco fácilmente entre aquella muchedumbre. Me llevó con él de la mano mientras echaba un vistazo a los recipientes redondos con hielo que contenían las bebidas, y finalmente dio con lo que estaba buscando. Sacó las dos cervezas sin alcohol de uno de los recipientes, las abrió con un abridor que había allí y me pasó la mía.

—Toma, preciosa.

—Gracias —le sonreí, cogiéndola, y le di un beso corto en los labios.

De pronto, cuando me iba a apartar de él para beber de mi botellín, Jake me agarró de la cintura y me estampó contra su cuerpo, dándome seguidamente un beso tan efusivo, que me dejó sin respiración.

Sus labios eran tan suaves y la sensación que me producían era tan extremadamente placentera, que no pude evitar dejarme llevar y perderme en esa energía hechizante que ya nos envolvía. Mi mano subió por su pecho y se aferró a su camiseta para pegarle más a mí, sin importarme nada más, ni siquiera era capaz de oír ni un murmullo de la música.

Sin embargo, Jacob terminó ese increíble beso, aunque le costó un poco.

Me quedé mirándole embobadísima durante un rato, y él también clavó sus ojos en los míos, maravillado. Pero sólo por un instante, porque

luego los despegó de mí para mirar al frente con una cara y una sonrisa de satisfacción enormes.

Eso hizo que me girara un poco para mirar y fue cuando vi a Matt, que apretaba los dientes con tanta fuerza, que casi se podía escuchar el chirrido por encima de la música.

—Ahora sí que no te va a volver a molestar más —aseguró Jake, con una de sus mejores sonrisas torcidas.

Le sonreí y me pegué a él para comérmelo con una serie de besos cortos que él correspondió de buena gana.

Un carraspeo me hizo bajar de las nubes.

—Ah, Helen —me separé de mi chico, ruborizada.

—Ryam se ha ido —anunció, pesarosa.

—¿Cómo? ¿Se ha ido? —inquirí, con sorpresa.

—Estúpido, así será imposible protegerle —bufó Jake—. ¿Te dijo a dónde se iba?

—No me lo ha querido decir —le contestó ella, visiblemente preocupada—. Dice que no quiere poner a nadie más en peligro.

—Idiota, es demasiado orgulloso —criticó mi chico. Le di un pisotón disimulado para regañarle, aunque no pareció hacerle mucho caso—. En fin, ¿te dio los documentos?

—Sí —asintió, alzando una carpeta azul para mostrársela—, y me dijo que...

—Espera —le interrumpió él, dejando su cerveza y la mía en las tablas que estaban colocadas a modo de barra—, será mejor que salgamos de aquí y nos lo cuentes todo en otro sitio.

—Jake tiene razón —apoyé yo—. Vamos a casa.

Avanzamos entre el bullicio sin problemas gracias a la *amabilidad* de la gente con Jake y llegamos hasta la puerta.

—Adiós, Matt —se despidió Jacob, con la misma sonrisa y la misma acidez que había usado al principio para saludarle—. Tu fiesta ha estado bastante guay, pero no creo que *mi chica* y yo volvamos —matizó, con intención; y le ofreció su mano para que se la estrechara, mirándole con una expresión cargada de advertencia.

—Ah, bueno, no... no importa —respondió Matt, riéndose nerviosamente, mientras alzaba la mano con evidente temor—. Aay... —volvió a quejarse, con un murmullo, retorciéndose de nuevo, cuando Jake apretó otro poco más de la cuenta.

Mi novio le soltó la mano con su sonrisita chulesca y comenzó a pasar por el umbral de la puerta.

—Adiós, Matt —repitió, con la misma actitud.

—Adiós, gracias por invitarnos —le dije yo, saliendo detrás de mi chico.

—Adiós —siguió Helen, haciendo lo mismo.

—Adiós —se despidió Matt, con otra risita nerviosa, mientras sacudía su mano a sus espaldas para calmar el dolor.

Y cerró la puerta.

Jake le hizo una señal a Quil con la cabeza para que éste se acercara a nosotros y así lo hizo.

—Avisa al resto y a Seth, ya sabes a dónde vamos —le dijo, sin dejar de observar los alrededores.

—Sí —acató Quil, asintiendo.

Mientras nosotros iniciábamos la andadura hacia el coche, el quileute metió la punta de sus dedos en la boca y emitió un silbido para avisar a los otros, que vigilaban los laterales y la parte posterior de la vivienda, de que se retiraban. En unos segundos, los tres quileute se reunían con Quil delante del edificio y se marchaban corriendo hacia el bosque, donde se encontraba Seth con su grupo.

—Iremos escoltados todo el tiempo —nos desveló Jake, de camino al Golf.

Llegamos al vehículo con rapidez, nos subimos y Jacob lo puso en marcha sin perder tiempo para salir velozmente en dirección a nuestra casa.

Recorrimos la carretera de La Push, y en menos de media hora, ya estábamos en nuestra preciosa casita roja. Los lobos se quedaron por los alrededores, ya que después teníamos que llevar a Helen a su casa y tenían que volver a escoltarnos.

Mientras Jake y mi amiga se sentaban en el sofá del saloncito, yo aproveché para entrar en la cocina y coger unas cervezas sin alcohol. Al final, no había tomado aquella en la fiesta de Matt y me había entrado sed.

Salí de la cocina y me dirigí a la zona del sofá.

—Toma, tu cerveza —le ofrecí a Helen, entregándosela.

—Gracias.

Le di la suya a Jake, posé la mía en la mesita roja y me senté a su lado, en el hueco que quedaba entre mi amiga y mi chico.

—Bueno, ¿qué te ha entregado Ryam? —quiso saber Jake, alzando su botellín para echar un par de tragos.

Cogí los papeles que Helen había sacado de la carpeta y que había posado en la mesita, para echarles un vistazo.

—No me lo quiso decir —habló ella—, por si Razvan y los suyos estaban escuchando desde fuera, pero me dijo que seguro que Carlisle podría descubrirlo.

—Idiota, ¿no se dio cuenta de que no olía a chupasangres por ninguna parte? —criticó Jacob.

—Jake —le reñí, alzando la vista de los documentos un instante para mirarle.

—Nosotros no tenemos el sentido del olfato tan desarrollado —se defendió Helen—, ni siquiera cuando estamos en nuestra forma de gigantes.

—Esto son fórmulas —descubrí, con asombro, pasando los folios.

—¿Fórmulas? —inquirió Jake, extrañado.

Helen se quedó pensativa.

—Sí, un montón de fórmulas y ecuaciones, mira —y levanté el documento para ofrecérselo.

—Nah, deja, no voy a entender nada... —y se bebió otro par de tragos.

—Ha encontrado las fórmulas del veneno —murmuró mi amiga de pronto, mirando al frente, asombrada.

Levanté los ojos de los folios para observarla a ella con revelación sorpresiva.

—Si son las fórmulas del veneno, Carlisle podría encontrar el antídoto —afirmé.

Mi amiga giró el rostro para mirarme con el mismo semblante que el mío y después nos sonreímos.

—No os hagáis ilusiones —nos advirtió mi chico—, podría ser otra cosa y os llevaríais un chasco importante. Lo mejor es llevárselo a Carlisle junto con la muestra de sangre y que él nos diga lo que es.

—Es verdad —calmé mi repentino entusiasmo y seguí hablando con un poco más de mesura—. Dentro de dos semanas iremos a ver a mi familia y él nos dirá qué significan todas estas ecuaciones.

—Sí, tenéis razón —coincidió Helen, suspirando para relajarse ella también.

—¿Y de dónde ha sacado esto? —preguntó Jake, frunciendo las cejas con extrañeza.

—No lo sé, sólo me dijo que sus pistas le llevaron a un bosque y a una especie de madriguera, y que cuando entró, descubrió que era un pasadizo. Siguió por allí y llegó a un edificio muy antiguo de piedra gris. Ahí fue donde cogió la carpeta. Fue lo único que me dijo.

Jake frunció los labios con una expresión que decía a las claras que esto no le gustaba nada de nada, a la vez que posaba su cerveza en la mesita.

—Lo que está claro es que estos papeles son de Razvan y sus matones y que Ryam se ha debido de meter en su guarida —declaró, al cabo de unos segundos—. No sé cómo lo ha hecho ni cómo ha conseguido salir de allí, pero cuando ellos se den cuenta de que faltan estos documentos, irán a por él sin cuartel, y ese gigante estúpido se ha ido solo por ahí.

—No es que Ryam no acepte vuestra ayuda porque sí, en realidad os está muy agradecido por protegerme, pero es que él siempre ha sido así, siempre ha sido un chico bastante solitario, no le gusta que nadie le ayude si él mismo puede arreglar las cosas —alegó Helen, en defensa de su mejor amigo, aunque a ella también se la notaba disconforme y preocupada por su osada actuación—. Además, según me ha dicho, se marchaba para investigar otra cosa muy importante que ha descubierto y que no me ha querido contar. Sabe que todo esto es muy peligroso y no quiere exponer a más gente.

—Mira, me parece genial que quiera ir en solitario, pero nos subestima —criticó Jake—, y, encima, tiene prejuicios. Tienes que explicarle que nosotros hemos nacido para combatir contra todo tipo de chupasangres. Estamos más que preparados y muy bien organizados —presumió, aunque yo sabía que con razón—. La próxima vez que quedéis, tienes que hablar con él y convencerle de que nos deje protegerle y ayudarle. No podrá con todo él solo, siempre es mucho mejor trabajar en equipo. Y también tienes que decirle que deje esos prejuicios a un lado y que confíe en los Cullen, ellos no son como el resto de vampiros.

—Lo intentaré, aunque es bastante cabezota.

—Procura convencerle —repitió Jacob.

—¿Y qué vamos a hacer con esta carpeta durante las siguientes dos semanas? —pregunté—. ¿Qué pasa si Razvan descubre que nosotros tenemos sus documentos?

—No saldrá de La Push —afirmó Jake—. Todos los días se la daré a alguien diferente de la manada que estará custodiado en todo momento, y reforzaré la vigilancia de nuestro territorio, no podrán ni olerlo.

—Me siento como si estuviéramos guardando un expediente del gobierno o algo así —bromeé, más bien para quitarle un poco de hierro al asunto, porque si no lo hacía, mi cabeza iba a empezar a llenarse de miles de pinchacitos que me iban a recordar la intuición que ya rondaba por ella y que me gritaba lo peligroso que era esto para mi Jacob, la manada, Helen, mi familia, yo misma..., y entonces acabaría cogiendo la carpeta y tirándola por ahí para que la encontrara Razvan y se la llevara.

—No te preocupes, todo saldrá bien —me calmó Jacob, dándome un beso en la mejilla.

Como siempre, parecía que me leía la mente.

—No tenéis por qué hacer esto —declaró Helen, pesarosa—, Ryam y yo no queremos que nadie...

—¿Estás de broma? —le cortó Jake, elevando la comisura de esos labios como nadie más sabía hacerlo—. Esto no nos lo perdemos ni locos. Y esas asquerosas sanguijuelas ya han metido demasiado sus narices por nuestros bosques, no pienso permitirlo. Cuidaremos de esta carpeta y cuidaremos de ti.

—No sé cómo vamos a agradeceréoslo —dijo mi amiga, con un notable nudo en la garganta.

—No volviendo a decir estas cosas una y otra vez, por favor —respondió mi chico—. Somos un equipo, ¿vale? Y eso es lo que le tienes que meter a Ryam en esa cocorota tan dura que parece que tiene.

—De acuerdo —sonrió ella.

—Vais a tener que trabajar el doble y emplearos a fondo —manifesté, un poco a modo de advertencia de broma.

Jacob cogió su cerveza y la alzó.

—Bueno, es lo malo de ser tan guay —afirmó, con una enorme sonrisa.

Y después, se tomó unos cuantos tragos.

OTRA PREOCUPACIÓN

Las amenazantes nubes, ayudadas por el viento templado de este inestable final de febrero, habían empezado a formar un denso mantón en el cielo, cubriéndolo como si de una lona de algodón gris se tratase. El horizonte lejano, todavía azulado, era el único vestigio de que el presente día había sido más o menos despejado. Hasta ahora.

Accioné los limpiaparabrisas cuando las nubes se cansaron de alargar la tregua y unos goterones enormes comenzaron a estamparse contra el cristal de mi coche. Como venía sucediendo en este mes, el astro rey no quiso quedarse atrás y también hizo su particular aparición. Un halo de sol consiguió abrirse paso entre las nubes y me apuntó justo a la cara, iluminándome como si de un foco se tratase y deslumbrando a mis pobres ojos. Bajé el parasol, y cuando mis pupilas se recuperaron y los puntitos desaparecieron, pude disfrutar del extraño pero hermoso paisaje que se abría paso ante mí.

Las copas de los árboles que bordeaban la carretera de La Push eran agitadas con virulencia por las ráfagas del fuerte aire de hoy, y también se veían hojas volando. La mezcla de lluvia y sol hizo aparecer un arco iris a lo lejos, era tan nítido, que se distinguía a la perfección todo su abanico cromático.

El viento azotaba de frente a mi Ford Festiva del 90, obligándole a ir contra corriente, sin embargo, y aunque mi coche era pequeño y las ráfagas racheadas, potentes, mi vehículo tiraba como un auténtico bólido.

Hacía poco que Jake y yo le habíamos puesto el estéreo a mi forito, por eso no me había acordado de encenderlo antes. Cuando llevas un tiempo conduciendo un coche sin música ni sonido alguno, parece que te

acabas acostumbrando un poco. Pero ahora ya tenía estéreo, así que lo encendí y puse la radio.

Mientras el hombre de las noticias hacía su trabajo, llegué al final de la carretera de La Push y salí a la de Forks. Las nubes volvieron a dar una tregua y la lluvia cesó, así que desactivé los limpiaparabrisas. El arco iris desapareció con ella y el horizonte volvió a quedar en blanco y negro. El locutor radiofónico empezó a dar una noticia que me llamó un poquito más la atención y subí el volumen.

—[...] *La población de Sequim se encuentra realmente conmocionada por esta desaparición, ya que la chica era muy conocida en el pueblo y ya van siendo dos las desapariciones en esta localidad. La joven Hilari Sheffer desapareció el pasado viernes después de regresar de una fiesta. Perros policiales de los equipos especiales de búsqueda han encontrado su rastro en el Parque Estatal de la Bahía de Sequim, sin embargo, esa búsqueda ha concluido sin éxito. La policía está investigando su entorno más...*

Mi pie pisó el freno súbitamente y el coche se paró tan en seco, que casi me ahogo con el cinturón de seguridad, del tirón. Todavía aturdida por tener que salir disparada de mi concentrada escucha y con el susto en el cuerpo, vi cómo el mapache culpable de esa reacción terminó de cruzar la calzada a toda velocidad.

Cuando mi corazón volvió a latir a su ritmo normal, apagué el motor y lo arranqué de nuevo, ya que, del frenazo, se me había calado. Inicié la marcha y puse atención otra vez al locutor de radio.

Demasiado tarde.

—*Dime, Mike, ¿crees que este año los Lakers volverán a conseguir ese precioso anillo una vez más?*

—*No sólo lo creo, Rob, sino que apuesto lo que quieras a que Kobe Bryant va a tener que montar una escuela para enseñar a unos cuantos profesionales de la NBA lo que es jugar de verdad.*

—*Bueno, está haciendo una temporada estupenda, Mike, pero no sé si eso que dices...*

—*Te lo aseguro, Rob.*

—*No sé, Mike.*

—*En serio, Rob.*

Click. Y cambié a modo CD para poner algo de música.

Esa canción de *30 seconds to mars* hizo que me sumergiera en mis pensamientos con más facilidad. Unos pensamientos que llenaron mi

cabeza de preocupación y tristeza, puesto que lo primero que vino a mi mente fueron los gigantes que estaba creando Razvan. Ya había perdido la cuenta de los desaparecidos, pero con cada nueva noticia a este respecto, todo mi ser se llenaba de escalofríos. Cada vez estábamos más seguros de que todo ese asunto de las desapariciones tenía que ver con Razvan y sus extrañas intenciones. Y ni siquiera podíamos hacer nada para impedirlo, porque, como yo misma le había dicho a Helen, no se podía saber a quién iban a transformar Razvan y los suyos, eso añadiendo que los propios gigantes podían ser los causantes de otros contagios, y, por lo tanto, desapariciones. El hecho de que los gigantes pasaran prácticamente desapercibidos en su forma humana, complicaba mucho las cosas. No sabía cómo Razvan conseguía dominarles y esconderles, pero estaba claro que tenía que tener alguna forma de hacerlo. Eso hacía que me rechinasen los dientes. Tampoco entendía cómo es que los Vulturis no habían actuado aún para detener todo esto. Puede que no se hubiesen enterado todavía, o tal vez ya lo sabían, por lo que no tardarían mucho en reaccionar. Como fuere, todo llevaba a un único punto: problemas.

No pude evitar pensar en Helen y en Ryam. Si esas ecuaciones constituían las fórmulas del veneno que había contagiado a Ryam, Carlisle y Louis podrían encontrar el antídoto para curarles, y tal vez para curar a esas otras personas, aunque eso iba a ser más difícil, puesto que primero habría que encontrarlas y después terminar con Razvan y sus secuaces. Y, bueno, si es que tenía curación, porque a lo mejor nos estábamos haciendo demasiadas ilusiones y después resultaba que no había remedio.

Miré a ambos lados de la carretera. No se podía ver nada entre todos aquellos árboles, pero sabía que Jake había mandado algún lobo para escoltarme todo el camino. No sólo Helen estaba bien protegida, a Jacob no le había gustado nada la forma en la que Razvan me había mirado en aquel encontronazo del bosque, por lo que siempre que salía sola me tenía vigilada. La verdad es que no me molestaba nada, ya que apenas se notaba la presencia de esos enormes y peludos guardaespaldas, tan sólo su olor cuando salía al exterior, pero no interferían en mis asuntos en absoluto.

Tampoco pude hacer nada contra esa imagen que se plantó en mi cerebro de la carpeta azul. La manada llevaba una semana encargándose de custodiar dicha carpeta, y La Push parecía un verdadero fortín, hasta los vampiros nómadas tenían problemas para entrar en ese territorio, y los

pocos que lo conseguían, eran interceptados enseguida por el resto de lobos que permanecían dentro y que eran avisados instantáneamente por los que vigilaban los límites fronterizos. Eso sí, para conseguir tanta efectividad, toda la manada al completo estaba trabajando de sol a sol, haciendo turnos dobles, casi sin descanso. Se relevaban los unos a los otros en los distintos cargos, que consistían en vigilar La Push, custodiar los documentos y proteger a Helen, y a mí cuando salía sola de la tribu. Así que, como ya tenían bastante con lo que tenían, esto último procuraba no hacerlo mucho, para no hacer que los pobrecitos trabajasen más.

Lo raro era que Razvan y los suyos no hubiesen aparecido todavía por aquí para recuperar esos documentos. Puede que estuviesen esperando a que la manada bajase la guardia o algo, o puede que aún no se hubiesen dado cuenta de que esos papeles faltaban. Sin embargo, en cuanto se dieran cuenta, vendrían por aquí, seguro. Gracias a Dios, solamente quedaba una semana para que nos marcháramos a Anchorage y llevásemos esa dichosa carpeta, y la manada podría volver a su rutina de siempre, si bien tenían que seguir protegiendo a Helen, pero eso no suponía el esfuerzo que estaban haciendo ahora. Aunque, pensándolo bien, que mi familia se viese involucrada también en ese peligro...

Agité mi cabeza y procuré pensar en cosas más agradables. No fue muy difícil encontrar el tema, y, por supuesto, relacionado con Jake.

Mi labio se había curvado hacia arriba sólo de pensar en su nombre, pero se elevó todavía más cuando pensé en nuestra luna de miel. Y hablaba de la luna de miel de verdad. Tenía unas ganas tremendas de que pasase mi graduación y llegase el 18 de junio para convertirme en Renesmee Charlie Black de una vez por todas, de que hiciéramos ese deseado viaje a Santa Lucía por fin.

Mi familia iba a venir desde Alaska para mi graduación, y ahora sólo quedaba que Jake lo arreglara todo para que pudieran asistir a nuestra boda a la semana siguiente. Eso no parecía importarle demasiado a papá, que confiaba plenamente en la labia y el carisma que derrochaba Jacob. Desde que le habíamos dado la noticia en septiembre, estaba pletórico, y ansioso porque su hija ya no viviera más *en pecado*. Aunque no era el único. Mi madre casi estaba más nerviosa que yo a medida que se acercaba la fecha, y eso que todavía quedaban tres meses y medio.

Tanto me interné en mis pensamientos, que cuando me quise dar cuenta, ya había llegado a mi destino. Estacioné el vehículo frente a la casa de Charlie, cogí la bolsa del asiento del copiloto y me bajé del coche.

Una ráfaga de aire enseguida le dio un manotazo a mi pelo y éste se azotó contra mi cara, tapándome algo la visión. Intenté despejarme el rostro, pero por más que apartaba el cabello, el viento volvía a ponerlo por delante de mis ojos. En ese momento me arrepentí de no haberme hecho una coleta. Lo dejé por imposible y caminé casi a ciegas entre esa revolución de pelos.

Mientras caminaba, escuché una conversación que venía del porche. La maraña de mechones me dejó ver algo y vi que Charlie hablaba con una mujer. Por fin, conseguí llegar al porche, y justo cuando lo hice, otra ráfaga despejó mi rostro al llevar todo mi pelo hacia atrás.

Yo sentí alivio, pero Charlie pareció ponerse pálido cuando me vio aparecer frente a sus narices. La conversación que tenía con esa mujer parece ser que lo tenía muy distraído y mi presencia le había tomado por sorpresa. Aunque lo que más me extrañó fue la reacción de ella. Sus ojos se abrieron como platos y su rostro se tornó al desconcierto total. Parecía que le hubiese dado un shock.

—Hola, ab...

—¡Hola, Nessie! —me cortó él, con nerviosismo—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Vengo a traerte esto de parte de Sue —y le entregué la bolsa con los herméticos llenos de comida que ésta me había dado esa mañana para que se los trajera.

—Ah, qué amable. Gracias.

—¿Quién es? —preguntó la mujer, estudiándome frenéticamente con esa mirada de antes.

—Es Ren... Nessie —rectificó Charlie—, Nessie Clearwater, la sobrina de Sue —respondió, con rapidez y con ansiedad evidente.

Las dos giramos los rostros para mirarle. Yo frunciendo el ceño con extrañeza, ella mirándole como si la estuviese tomando el pelo.

—Es... adoptada —siguió, secándose el sudor de la frente con la manga de su camisa de policía.

¿Qué estaba pasando? ¿Acaso me había perdido algo?

La mujer volvió su cara hacia mí de nuevo y siguió su exploración facial, entrecerrando sus azules ojos.

—Perdona, es que me recuerdas tanto a una persona... —dijo la mujer finalmente, mordiéndose el labio—. A dos, en realidad...

—Ella es Renée Dwyer, mi ex-mujer —habló Charlie, casi entre dientes, haciéndome un gesto con los ojos para ver si yo pillaba el por qué de todo este teatro de una vez.

¿Qué? ¿Renée? ¿La famosa Renée? ¿Mi... mi abuela?

Una descarga de alegría empezó a extenderse por todo mi cuerpo, ya que por fin la conocía, sin embargo, pronto se disipó. Porque ella no sabía de mi existencia, por supuesto, y no podía saber nada, tenía que seguir siendo de ese modo.

—Vaya, qué maleducada soy —intervino ella—. Ni siquiera me había presentado.

—No importa —le contesté, con una sonrisa. Ella pareció quedarse engatusada—. Así que tú eres... la madre de Bella.

Sus ojos volvieron a abrirse como platos, aunque esta vez había un matiz de desasosiego en ellos que se percibía a las claras.

—¿La conoces?

—Sí. Bueno, Jake me ha hablado de ella en alguna ocasión —mentí; no me quedó otro remedio.

—¿Recuerdas a Jacob Black? —le preguntó Charlie, todavía sudando la gota gorda.

—Claro, cómo iba a olvidarle. Era el mejor amigo de Bells, antes de que se casara con Edward —el final de la frase estaba cargado de un resentimiento que me chocó un poco.

—Pues Nessie es la prometida de Jake. Se casan el próximo 18 de junio, en La Push —le anunció él, sin poder evitar que se le escapara una sonrisilla tonta de orgullo y satisfacción que a poco más, y decía a gritos que yo era su nieta.

Carraspeé para que recuperase la compostura, y así lo hizo.

—Oh, vaya, enhorabuena —exclamó Renée, con alegría.

—Gracias —respondí, con otra sonrisa bobalicona.

—No te imaginas lo que me alegro por Jacob. Siempre me ha parecido un chico estupendo.

—Sí, lo es —y volví a sonreír.

Las pupilas de Renée empezaron a oscilar de mis ojos a los de mi abuelo, estudiándome al igual que antes. Yo sabía lo que estaban viendo. Estaban viendo mis ojos en los de Charlie, y, por tanto, los ojos de mi madre.

—Bueno, tengo que irme —dije, antes de que encontrara las demás semejanzas, en este caso con mi padre.

—Claro. Dile a Sue que iré mañana por allí —me pidió Charlie.

—Sí, no te preocupes. Bueno, Renée, encantada de conocerte.

—Igualmente, Nessie.

Sus ojos seguían escudriñándome, así que me di la vuelta y comencé a caminar hacia el coche.

—Entra en casa, ¿no quieres tomar nada? —escuché que le decía Charlie mientras abría la puerta de su domicilio.

—La verdad es que no me apetece, gracias. Estoy muy preocupada por ella, Charlie, te lo digo en serio...

Y la puerta se cerró.

No lo pude evitar. Esas palabras hicieron que me girase de nuevo y me quedase observando la edificación mientras me mordía el labio, pensando, y los pelos se me arrebujaban otra vez en la cara.

¿Esa frase se referiría a mi madre? Sí, eso tenía que ser, ¿por quién iba a estar preocupada Renée? Aún así, tenía que cerciorarme.

Seguí mi impulso y corrí hacia la casa.

Aunque el viento aullaba en él, mi oído medio vampiro no me engañaba, estaban en la sala de estar. La conversación se oída clara y limpia.

—Tienes que hacer algo. Tú eres jefe de policía, algo podrás hacer.

—Mi jurisdicción no alcanza tanto, Renée, lo sabes.

—¿Y no puedes investigar por tu cuenta? —le replicó ella, un tanto indignada—. Por el amor de Dios, es tu hija.

—Ya lo sé —bufó él; debía de estar sudando la gota gorda otra vez—. Pero es mayor de edad y está casada, legalmente, no podemos hacer nada. Además, tampoco está desaparecida, hablas con ella todos los días, ¿no es así?

—¿Me tomas el pelo? Hace más de siete años que no veo a nuestra hija —protestó—. Tengo que reconocer que Edward parece muy amable, educado y correcto, pero desde que se casó con él, no he vuelto a verla —su voz se tornó con un cierto resentimiento hacia mi padre que me dolió un poco—. No sé dónde está, ni dónde vive, ella siempre evita el tema, siempre me pone excusas para no venir a verme o para que yo no vaya a verla a ella. No la veo ni en el Día de Acción de Gracias. Lo único que sé es que ha vuelto a los estudios, aunque no sé en qué universidad estudia, ni qué, ni nada. Ni siquiera sé el aspecto que tiene ahora, porque no pone la dichosa Webcam cuando chateamos. No sé, Charlie, esto es muy raro. Creo que está metida en una secta o algo así.

—¡Por Dios, mujer! —exclamó él, riéndose como quitándole importancia—. Creo que estás exagerando. Bella se ha casado y ahora vive su vida.

—Hablo en serio, Charlie —Renée parecía ofendida—. Si ella fuera una alocada como yo, no le daría tanta importancia, pero Bella siempre ha sido muy responsable. Y te digo que aquí pasa algo raro. ¿Por qué te crees que he venido hasta aquí? Quiero que lo investigues. Si no lo haces tú, contrataré un detective privado.

¡Uf! Eso iba a ser peor.

—Está bien, está bien —accedió él, a regañadientes, seguramente pensando lo mismo que yo—. Veré lo que puedo hacer, aunque no te garantizo nada, ya te he dicho que no tengo jurisdicción para esto, y, además, sigo diciendo que estás exagerando.

—Perdóname por ponerme así. Es que la echo tanto de menos.

—Lo sé, yo también. Pero seguro que esto es una tontería que se solucionará hablándolo con ella, ya lo verás.

—Y esa chica..., Nessie, ¿no te parece que se da un aire a Bella?

¡Ups!

—No. Yo no le veo el parecido, no le veo parecido ninguno, nada de parecido —negó Charlie, atropellando las palabras.

—Pues a mí me ha dado un vuelco el corazón cuando la he visto —reconoció, con un murmullo—. Ya no sé si es obsesión mía, pero se me parecía a los dos, a Bella y a Edward...

—¡Qué cosas tienes! —mi abuelo se volvió a reír con esa risa nerviosa de antes—. ¡Siempre has tenido mucha imaginación! ¡No cambiarás nunca!

—Era realmente preciosa, parecía un ángel, un ángel de verdad —murmuró ella, con un aire maravillado—. Desde luego, Jacob tiene muy buen gusto.

—Sí, y además es una chica maravillosa —siguió Charlie—. No te imaginas el bien que le ha hecho a Jake.

Vaya, empezaba a ponerme roja y todo.

—Jacob era perfecto para Bella, qué pena —declaró Renée, con un suspiro.

No. Jacob es perfecto para mí, sólo para mí, pensó mi mente automáticamente.

—Edward es un gran chico, también —defendió él—. Y es un buen marido, de verdad, Renée, créeme.

—No sé. A veces creo que es Edward el culpable de que no nos veamos. Bella siempre ha parecido un satélite de él —otra vez su voz sonó con resquemor.

Si ella supiera que Jake y yo éramos un satélite el uno del otro, casi literalmente...

—Pues te aseguro que no es así. Edward es el mejor marido que Bella pudo encontrar, y él la adora, en serio, a mí me parece que el satélite es él. Se hizo un silencio corto.

—Creo que voy a hacerme una tila —dijo ella.

—No, no te levantes. Espera, ya te la preparo yo.

—Ni hablar. Te conozco, y sé que vas a poner la cocina patas arriba solamente para calentar el agua.

—Bueno, como quieras. La tila está en el segundo cajón. No, en el tercero. O era en el armario...

—Deja, ya la busco yo...

Y sus pasos se oyeron dirigiéndose a la cocina.

Me despegué de la pared y caminé medio en puntillas hacia mi coche. En cuanto me monté, arranqué el motor y salí despacio para que el vehículo hiciera el menor ruido posible.

Me pasé todo el viaje de vuelta a La Push con una sensación agri dulce embarullándome la cabeza. Estaba contenta de haberla conocido por fin, aunque fuera de esta forma tan estrambótica y extraña en la que ella seguía sin saber que yo en realidad era su nieta, pero no podía negar que ahora me había quedado muy intranquila.

Renée estaba buscando a mi madre, y sin duda esta última vendría volando hasta aquí para reencontrarse con ella, si pudiera. Y ese era el problema, que no podía hacerlo, por eso le daba largas y mantenía el secreto como podía. Ahora bien, ¿debería decirle yo que Renée había venido hasta aquí para investigar? Porque, claro, si se lo contaba, mamá iba a preocuparse muchísimo, como es lógico, por su secreto y por la propia Renée. Hacía poco que por fin había salido de esa turbación que la tenía tan martirizada, y decirle esto ahora... Pero, por otro lado, también tenía que saberlo, ¿no? Y Charlie seguro que se lo decía. ¿O no? Empecé a hacerme un lío, ya no sabía qué hacer, si decírselo, esperar a ver qué hacía Charlie, a ver qué pasaba, si llamarla ya para que le dijera a Charlie qué hacer...

Después de pasarme el trayecto de esta guisa, llegué a La Push. No hacía falta que los viera, sabía que en cuanto traspasara el límite

fronterizo, mis particulares guardaespaldas ya podrían marcharse tranquilamente para seguir con otro trabajo, puesto que no había sitio más protegido de vampiros ahora mismo que La Push.

Como Jake no iba a llegar a casa hasta más tarde, paré primero en casa de Billy para hacerle una visita.

No estuve demasiado. Billy trató de impedirlo por todos los medios, pero no le hice caso, insistí en hacerle la cena y lo conseguí. Nunca pensé lo mucho que me iba a gustar cocinar, y se me daba bien, la verdad. Se la dejé preparada para que solamente la tuviera que calentar en el microondas, con los consecuentes numerosos agradecimientos de Billy, y al cabo de una hora, me marché.

Me llevé una sorpresa cuando aparqué y vi luz en casa, puesto que no esperaba que Jake hubiera vuelto tan pronto. En cuanto apagué el motor de mi forito, me apeé a toda prisa y corrí hacia la vivienda.

—Jake, ya estoy en casa —anuncié, alegre, tirando las llaves en el recibidor de la entrada al tiempo que cerraba la puerta.

No me dio tiempo ni de avanzar un paso más. Jacob apareció en un santiamén del salón con una sonrisa enorme y, de tres zancadas rapidísimas, llegó a mí para estrecharme entre sus brazos.

No fui la única, él también inspiró mi efluvio profundamente, luego, me separó con delicadeza y pegó su rostro al mío.

—Hola, preciosa —murmuró, con su sonrisa torcida, mientras ya acercaba sus labios a los míos.

Tampoco pude decirle *hola*, su boca me lo impidió cuando comenzó a entrelazarse con la mía con real entusiasmo. Sí, yo también le había echado muchísimo de menos. Metí los dedos entre su corto pelo y lo pegué tanto a mí, que, de mi propio empuje, mi espalda chocó con la puerta y su cuerpo se quedó casi fundido con el mío.

Si el Cielo existía, tenía que ser lo más parecido a esto.

Pude recuperar la cordura y volver a dominar a mi millón de mariposas cuando ese larguísimo e intenso beso terminó y la energía que fluía a nuestro alrededor se disipó lo suficiente. Tomé aire para que mi corazón bombease a su ritmo de siempre y mi aliento saliera a su velocidad normal.

—Hola —conseguí susurrar después de todo ese proceso que ya era tan habitual.

Jacob sonrió. Me cogió de la mano y nos despegamos de la puerta para ir hacia el salón.

—¿Qué tal el día? —le pregunté de camino—. ¿Habéis aniquilado a muchos vampiros hoy?

—Nah, a pocos. Hoy hubo poca acción —suspiró, como decepcionado.

—Ya me extrañaba a mí que hubieses llegado a casa tan pronto —reí.

Jacob dejó caer su trasero en el sofá y dio unas palmaditas sobre sus pantorrillas con una sonrisa enorme para que yo lo hiciera ahí. Dicho y hecho. Me senté de frente, sobre él, y rodeé su cuello con mis brazos. Su sonrisa se ensanchó aún más cuando me arrimé bien a su cómodo y calentito cuerpo, y sus manos se adueñaron de mi espalda.

—Así que tuvisteis poca caza, ¿eh?

—Hoy no llegaban ni a doce. Los chupasangres cada vez se están volviendo más aburridos —volvió a suspirar.

—A lo mejor es que también es domingo para los vampiros nómadas —bromeé.

—Bah, y dice tu tía la Barbie que buscan emociones fuertes. Son unos muermos. Encima que eran pocos, unos cuantos se dieron el piro enseguida y nos estropearon la fiesta.

—Bueno, es que si ya impresiona ver a un montón de lobos tan grandes como caballos, imagínate ver a uno que es más que colosal y que encima tiene poder espiritual —manifesté, con una sonrisa orgullosa, pasándole mis dedos por el pelo.

—Entonces, ¿a qué vienen? —criticó, riéndose.

Acerqué mi rostro hasta que mi frente tocó la suya.

—Vienen a ver al impresionante Gran Lobo —murmuré—, y cuando ven lo impresionante que es, se les quitan las ganas de luchar y se van.

—Pues vaya unos blandengues —consiguió susurrar, antes de que mi boca le interrumpiera.

Comenzamos a entrelazar nuestros labios con suavidad y calma, rozándolos una y otra vez, de arriba abajo, de abajo arriba... Se deslizaban casi con autonomía propia, sabiendo en todo momento cómo tenían que hacerlo, qué tempo tenían que usar, en qué momento tenían que dejar actuar a los labios del otro... Podía notar cómo nos acariciaba esa energía mágica y espiritual de siempre, cómo nos envolvía y nos incitaba a seguir, y cómo las cosquillas de mi estómago crecían y crecían y crecían...

Mientras nuestros labios y nuestros alientos se mezclaban lentamente, sus manos se metieron por debajo de mi ropa para acariciar mi espalda

igual de despacio. Me estremecí al notar esos ardientes tactos en mi piel, al sentir cómo su abrasador aliento conseguía abrirse paso por mi garganta para caldear todo mi cuerpo, y mi boca dejó escapar un estimulado jadeo. Sus manos eran grandes, pero tan suaves y delicadas, que aunque la epidermis de mi espalda era bien abarcada por ellas, casi seguía sabiéndome a poco.

El tiempo pareció pararse para nosotros, aunque el reloj siguió marcando los minutos. Lo sé porque cuando fuimos capaces de dejar de besarnos, la luz del día ya no entraba por la ventana. Tuvimos que esperar un buen rato para recuperar el aliento y para dejar que la energía se disipara del todo, aunque le costaba. Le costaba porque nuestros rostros no querían separarse, y si no lo hacían, esa fuerza atrayente no dejaría de fluir nunca y nuestros labios terminarían unidos de nuevo, y estaríamos así para siempre. Para siempre sonaba demasiado bien, su boca me atraía mucho más que su dulce sangre y era casi imposible resistirme a ella...

Pero también me apetecía charlar con él, ya que casi no le había visto en todo el día. Me obligué a olvidarme de ese *para siempre*, aunque sólo de momento, y conseguí despegar mi cara de la suya para recostarme sobre su cómodo y calentito pecho y apoyarla en su hombro. Así sería más fácil que la energía se disipase. Giré un poco el rostro hacia su clavícula e inspiré su maravilloso efluvio con ganas. Luego, volví a girar el semblante y pegué mi frente a su cuello con la felicidad rebosándome por todos sitios. El saloncito estaba a oscuras, pero yo refulgía, seguro.

Jake sacó sus manos de debajo de mi ropa y me abrazó con fuerza, estrechándome entre sus brazos. Después entré en trance cuando comenzó a pasar sus dedos entre mi melena para peinarme como sólo él sabía hacerlo. Si fuera una gatita, ya llevaría un buen rato ronroneando. Esto ya era el paraíso.

Su ronca voz me hizo regresar al planeta Tierra.

—Tengo una buena noticia —murmuró, con voz alegre.

No me quedó más remedio que dejar ese rincón tan estupendo para mirarle, aunque, claro, con eso que tenía delante tampoco es que me costara mucho. Aunque había poca luz.

Antes de que me diese tiempo a pedirle que prendiera la lámpara de pie, que quedaba a su lado, Jake se estiró un poco y la encendió. No me extrañé de esto, él siempre parecía que me leía la mente.

Volvió a su posición y, entonces, le pregunté.

—¿Qué noticia?

—Ya he arreglado lo del perímetro —me reveló, con una sonrisa enorme.

—¡Jake, es genial! —exclamé, con alegría, abrazándole.

Jacob se rió con satisfacción. Me separé de él y le di unos cuantos y efusivos besos cortos que él correspondió de buena gana, hasta que también meforcé a parar.

—¿Y cuánto abarca? —quise saber, sonriéndole.

—Bueno, no mucho, pero es mejor que nada. Verás —y metió sus manos entre nosotros para empezar a gesticular—, el perímetro abarca todo el jardín de nuestra casa hasta los árboles que lo rodean y la línea que lo separa con la playa. Y también ese sendero que va desde el límite fronterizo fijado en el otro tratado hasta la parte posterior de casa, así que podrán pasar por ahí sin problemas y entrar aquí cuando quieran —sonrió, y sus manos regresaron a mi cintura—. El tratado ha sido modificado y ya es vigente desde hoy.

Le sonreí con ganas y volví a abrazarle y a besarle, otra vez, forzándome a parar.

—Me muerdo de ganas de decírselo —afirmé, separándome un poco de él para verle el rostro.

—Pues también tendrás que decirles otra cosa —anunció, con otra gran sonrisa.

—¿Hay más? —me reí.

—Sí. También he arreglado lo de la boda —mi cara empezó a iluminarse conforme él hablaba—. Tu familia podrá estar presente en la ceremonia y en el convite, aunque, bueno, no creo que podamos poner sangre en el menú —bromeó.

Mis brazos volvieron a engancharse en su cuello y esta vez le di un beso mucho más efusivo y largo que me costó terminar el triple, tanto, que tuve que tomar una buena bocanada de aire para recomponerme, aunque él tuvo que hacer lo mismo.

—Eres increíble —murmuré, frotando su frente con la mía.

—Te prometí que al final estarían en nuestra boda y que tu padre te llevaría al altar —sonrió, metiéndome el pelo detrás de las orejas—. Y yo siempre cumplo mis promesas.

—Y yo te repito que eres increíble.

—Quiero que ese día sea perfecto para los dos —afirmó, con un murmullo, mientras acariciaba mi mejilla con sus nudillos.

—Sé que iba a serlo igualmente aunque ellos no pudieran venir, porque en cuanto te viera esperándome en el altar, me olvidaría de todo lo demás y sería la mujer más feliz del mundo —aseguré, sin un atisbo de duda—. Pero...

—Lo serás más si están ellos —continuó él mi frase, sonriéndome con ternura.

—Sí —confesé, sonriendo yo también.

—Es normal, es tu familia, si no estuvieran, ya no sería lo mismo —declaró, volviendo a pasar sus prodigiosos dedos por mi pelo—. Pero ¿ves?, te dije que irían e irán —y sus labios desplegaron su maravillosa sonrisa de nuevo.

Le correspondí la sonrisa y le di otro beso corto.

—Les daremos la noticia hoy mismo —sonreí.

—Pues vamos —dijo, haciendo el amago de levantarse.

—Espera —le paré, al acordarme de otro asunto.

—¿Qué pasa? —preguntó, un tanto extrañado.

—Es que... me ha pasado algo hoy y no sé que hacer —revelé, mordiéndome el labio.

—¿Algo? ¿El qué? —ahora parecía un poco alarmado.

—No, no tiene nada que ver con ningún vampiro —le calmé—. Bueno, sí, pero se trata de mamá. Esta tarde, cuando le llevé eso a Charlie, me encontré con Renée.

—¿Con Renée, la madre de Bella, tu... abuela?

—Sí.

—¿Y te reconoció o algo? —inquirió, preocupado.

—No..., bueno, no sé. A Charlie no se le ocurrió otra cosa que decirle que yo era la sobrina de Sue —chisté—. Ahora me llamo Nessie Clearwater.

A Jacob le dio la risa.

—¿Nessie Clearwater?

—Soy adoptada —contesté, con un sarcasmo burlón.

—Ah, vale, perdona —replicó él, sin dejar de reírse.

—Como comprenderás, no sé si Renée se habrá tragado eso. Encima, estuvo estudiándome con la mirada todo el tiempo, y hasta dijo que yo le recordaba a una *persona* —maticé—, a dos, en realidad.

—A Bella, y a Edward —adivinó, más serio.

—Sí —suspiré.

Mi chico se quedó pensando un rato.

—Bueno, pero no creo que sospeche nada —alegó, mostrándome esa sonrisa torcida que me encantaba para tranquilizarme—. Quiero decir, que, aunque te vea algún parecido, en cuanto se ponga a echar cuentas, verá que eso es imposible. Así que no creo que tengas que preocuparte por eso, preciosa, ya verás cómo lo deja correr.

—En realidad, no es eso lo que me preocupa —empecé a aclararle—. Cuando iba a marcharme, ellos entraron en la casa, y no pude evitar darme la vuelta para escuchar.

—Cotilla... —se burló.

Le di un pequeño puñetazo en el brazo mientras él se reía.

—Idiota, no es eso, es que escuché a Renée decir que estaba muy preocupada por mamá cuando estaban entrando —me defendí.

La risa de Jake se apagó de nuevo.

—¿Que estaba muy preocupada por Bella? —repitió.

—Jake, quiere buscarla, y ha venido a ver a Charlie para que le ayude a investigar —le desvelé, con inquietud.

—Pues es lo que nos faltaba... —se quejó, mordiéndose el labio.

—Sí, lo sé —y me lo mordí yo también—. ¿Qué debo hacer? ¿Se lo digo a mamá, o espero a ver qué pasa?

—¿Y por qué no llamamos a Charlie para que nos explique él lo que Renée le ha contado? —propuso—. Así sabremos cómo tiene pensado llevar este tema él, ¿no te parece?

Jake siempre tenía soluciones para todo.

—Sí, buena idea —sonreí—. Voy a por el teléfono, espera.

Me bajé de sus piernas y corrí hacia el recibidor para coger el teléfono inalámbrico. Lo hice y regresé de inmediato a esas cómodas y calentitas extremidades.

—Toma, llama tú —y le ofrecí el aparato.

—¿Por qué yo? —cuestionó, con una risa—. Eres tú la cotilla.

—Porque tú tienes más labia —afirmé, con otra—. Venga, llama tú.

—Ay —suspiró, con alegría—. A ver, trae aquí —y cogió el teléfono.

Marcó el número de mi abuelo y se puso el aparato al oído.

Mientras esperaba a que esos tonos que yo también podía escuchar se terminasen con un descuelgue, sus pupilas comenzaron a observarme embobadas y sus dedos regresaron a mi cabello para atusármelo.

Un *click* sonó en el auricular.

—¿Diga? —escuché preguntar a mi abuelo.

Jake seguía ensimismado, así que tuve que darle un suave meneo en el brazo para que despertase.

—Ah, hola, Charlie, soy Jake —respondió por fin, después de regresar a este planeta.

—Jake, ¿cómo estás? —saludó mi abuelo, efusivamente—. Precisamente, Nessie estuvo hoy por aquí.

—Sí, de eso quería hablarte. Resulta que también estuvo Renée, ¿no?

—Oh, pero no te preocupes, enseguida solucioné el entuerto —rió.

—Ya, eso... eso ya lo sé —rió mi chico, dedicándome una mirada cómplice al recordar lo de *Nessie Clearwater*—. Lo que quería era comentarte... Bah, bueno, verás, sin rodeos. Nessie estuvo cotilleando bajo tu ventana y escuchó toda la conversación que tuviste con Renée.

Pero ¿sería bocazas? Desde luego, labia sí tenía, sí, pero para cascarlo todo. Fruncí el ceño, la boca, y le miré con cara de odio.

—Oh, vaya —contestó Charlie.

—Queríamos saber qué tienes pensado hacer, si es que tienes pensado hacer algo. Ya sabes, para ver si le decimos algo a Bella o no.

—No os preocupéis, yo hablaré con ella. De momento, he conseguido convencer a Renée para que lo deje estar y mañana regresa a Phoenix. Le he dicho que Bella y Edward son jóvenes, que viven su vida, que viajan mucho y que nunca están en un sitio fijo. No sé si me ha creído del todo, no parecía muy conforme, aunque con eso he conseguido pararle los pies temporalmente. Pero hablaré con Bells igualmente, conozco a Renée y sé cómo es, no lo dejará estar así como así, por eso creo que Bella tiene que saberlo. No quería que ella se preocupase, pero no queda otra opción. Algún día Renée se dará cuenta de que le estoy dando largas y contratará a alguien para que investigue. Y entonces sí que será peligroso, por eso creo que Bells tiene que saberlo, para que le de tiempo a actuar, porque si alguien descubre que son..., bueno, que... —se hizo un instante de silencio—. Ay, no, no, prefiero no saberlo...

—Estoy de acuerdo contigo, es mejor contárselo —apoyó Jake—. Bueno, Charlie, entonces lo dejamos en tus manos.

—Sí, no os preocupéis. Hablaré con ella esta noche.

—Vale.

—¿Algo más? —inquirió—. Es que estaba a punto de hincarle el diente a esta comida tan rica que me ha preparado Sue, y por vuestra culpa, se me ha enfriado —bromeó.

—Vaya por Dios —lamentó Jake, con aire irónico—. Bueno, caliéntala en el microondas, hombre. Ya sabes lo que es, ¿no? Ese aparato cuadrado que tiene una puertecita y bastantes botones a un lado —se burló—. ¿Te digo cómo se usa?

—Muy simpático —respondió mi abuelo, sarcástico—. Bueno, ¿algo más? —repitió, refunfuñando.

—No —rió Jake.

—Pues entonces hasta mañana. Ah, y dale un beso a Ness de mi parte, que con todo el trájín, casi no pude ni mirarla.

—Claro, jefe, no te preocupes, que yo le doy un enorme beso de tu parte y unos cuantos más —insinuó, mirándome con su sonrisa torcida. Yo le di un manotazo en el brazo para regañarle y Charlie murmuró algo ininteligible que no fui capaz de entender—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió.

Y ambos colgaron el teléfono.

—¿Ves? Nada como llamar al jefe de policía Swan para solucionar el asunto —y tiró el aparato al otro lado del sofá.

—Ya, pero, aún así, no se ha arreglado nada —manifesté, mordiéndome el labio con preocupación—. Ya has oído a mi abuelo, tarde o temprano, Renée volverá a buscarla.

—Ya lo sé, cielo, pero eso ya es algo que no nos incumbe a nosotros, ¿entiendes? —afirmó, metiéndome el pelo detrás de las orejas—. Bella escogió esta vida y sabía dónde se metía, ahora su elección empieza a tener consecuencias y ella tendrá que enfrentarse a todas esas cosas. No le queda más remedio. Nosotros no podemos hacer nada para evitarlo, tan sólo apoyarla y ayudarla a superar el mal trago, como harán tu padre y el resto de tu familia.

—Ya lo sé, pero me da tanta pena de Renée... —murmuré—. Y de mamá también, lo va a pasar fatal. Ahora que había superado la turbación...

—Nosotros estaremos siempre con ella para ayudarla —repitió, acariciando mi mejilla.

Asentí y premí a mis labios con el suave contacto de los suyos.

—Te quiero —susurré, en su boca.

—Yo también te quiero —me imitó.

Volví a unir mis labios a los suyos y nos besamos durante un rato que se me hizo cortísimo. Tomé aire cuando logramos separarlos, para relajar

ese revoloteo revolucionado que tenía en el estómago, y retiré mi rostro para dejar que la energía desapareciera del todo.

—¿Qué te parece si le damos ahora la noticia del perímetro y la boda a tu familia? —propuso, después de respirar hondo él también.

—Sí, vamos —exclamé, con alegría—. Oh, por cierto, no le hemos dicho nada a Charlie —caí.

—Con las prisas que tenía por zamparse eso, como para decirle nada —rió—. Mañana, mañana le damos la noticia.

—Se va a alegrar muchísimo —afirmé, bajándome de sus piernas.

Le cogí las manos y tiré de él para levantarlo, pero, como siempre, hizo contrapeso y me fue imposible alzar su trasero del asiento.

—¿De verdad eres mitad vampiro? —se burló.

—Muy gracioso —contesté, con retintín.

Jake se carcajeó y se levantó del sofá. Me pasó el brazo por los hombros y nos dirigimos a las escaleras entre bromas para subir al dormitorio pequeño, donde teníamos el ordenador.

VIAJE

El piloto anunció la inminente llegada al aeropuerto de Anchorage y todo el mundo siguió sus órdenes cuando mandó abrocharse el cinturón, puesto que iba a iniciar el descenso.

Jake y yo escogimos el asiento de la salida de emergencia, para que él tuviera más espacio, así que como el respaldo que tenía delante me quedaba algo lejos, demasiado para dejar ahí sola la peligrosa carpeta azul, la metí detrás de mi espalda.

Ya estaba obsesionada con esa dichosa carpeta, y no la soltaba ni aunque llevase una bomba dentro.

Para ir al aeropuerto, habíamos ido en el coche de Seth, acompañados por Quil y Embry. Quil fue delante, y yo me pasé el viaje espachurrada entre Jake y Embry, con la carpeta pegada a mi pecho. Todo para que llegásemos sin problemas casi hasta el mismo avión.

Ya en el aparato, la azafata se empeñó en que guardásemos el equipaje de mano en los compartimentos superiores, pero Jake la convenció para que me dejase llevar la carpeta, eso sí, ella nos instó amablemente a que la colocásemos en la redcilla del asiento de enfrente durante el despegue y el aterrizaje, aunque yo la puse en mi espalda.

Como estaba junto a la ventanilla, observé cómo el aeroplano viraba para descender hacia el aeropuerto y cómo la iluminada ciudad de Anchorage aparecía bajo nosotros, hasta que se avistó la pista de aterrizaje y la sobrevolamos; las ruedas del tren de aterrizaje rebotaron contra el suelo en el primer contacto, rodaron después en el segundo y aterrizamos sin problemas.

Nos desabrochamos los cinturones, agarré la carpeta y nos pusimos de pie para comenzar a desalojar el avión junto con el resto de pasajeros. La cabeza de Jake chocaba con el techo, así que tuvo que agacharse un poco para caber. Se me escapó una risilla, porque ya nos había pasado al

subirnos al avión y ahora se repetía lo mismo. La gente lo miraba como si fuera un jugador de la NBA, sobre todo los pocos niños que había en el aparato, que lo observaban boquiabiertos, y hubo quien hasta le sacó una foto por si acaso; también me echaban alguna mirada a mí, pero, desde luego, Jake acaparó casi toda la atención. Retiró nuestra mochila del compartimento, me cogió de la mano y empezó a abrirse paso como pudo por ese estrecho pasillo para llegar a la puerta, entre las miradas curiosas y sorprendidas del resto del pasaje.

La gente lo miraría un poco sorprendida, pero yo no podía ir con la cabeza más alta por el orgullo que me producía mi novio; para mí, no había hombre más guapo, espectacular y perfecto en el universo, eso sin contar la persona tan buena y maravillosa que era.

Pasamos la puerta, con las correspondientes despedidas de las amables y pacientes azafatas, y seguimos por uno de esos pasadizos colgantes que unía el avión con el edificio del aeropuerto.

Estuvimos un rato esperando en la cinta del equipaje a que saliera nuestra maleta, y cuando lo hizo, Jake la agarró y nos dirigimos a las puertas correderas de cristal.

Jake y yo no fuimos los únicos que sonreímos de oreja a oreja, mis padres ya nos estaban esperando tras el cristal y sus impolutos y blancos rostros desplegaron esas sonrisas divinas de alegría.

En cuanto las puertas se abrieron, mis padres se abalanzaron para abrazarnos y saludarnos con efusividad, fue tan rápido, que me dio la impresión de que se les olvidó disimular y lo hicieron a su ritmo de vampiros.

—Hola, cielo —mamá me estrechó con fuerza entre sus brazos y luego me dio cincuenta mil besos, que a poco más, y me deja la cara congelada.

Mi padre hasta le dio un abrazo a Jake y todo que mi chico correspondió, eso sí, de esos cortos con palmadas en la espalda incluidas.

—Hola —le sonreí a mi madre, despegándome un poco de ella para darle un beso.

—¿Has vuelto a crecer, o son cosas mías? —inquirió, estudiándome con la mirada para calcular cuántos milímetros más había aumentado.

—Sigo igual que cuando me dejaste, mamá. Uy —y me tapé la boca al darme cuenta de que se me había escapado.

Miré a mis lados para ver la reacción de las personas que nos rodeaban, pero casi todas estaban demasiado entretenidas dándoles la

bienvenida a sus seres queridos, y el resto, ni le habían prestado atención a mis palabras. Bueno, había sonado como una broma, así que probablemente había pasado desapercibido por eso.

—Hola, princesa —me saludó papá, y también me dio un fuerte abrazo, aunque él me dio un único beso en la frente, si bien fue muy cariñoso y dulce.

—Hola —y le devolví el abrazo y el beso.

—Hola, Jake —saludó mi madre, con una enorme sonrisa de felicidad, saltando hacia él.

Mamá y Jake se abrazaron y él la elevó del suelo, dando una vuelta mientras ambos se reían. Se dieron un cariñoso beso en la mejilla y Jacob la dejó en el suelo.

—¿Cómo va todo? —le preguntó él.

—Bien, no me puedo quejar —le contestó mamá, volviendo junto a mi padre y cogiéndole la mano.

—¿Dónde están los demás? —inquirí, mirando a mi alrededor, extrañada.

—Están en casa —respondió mi madre—. Nos están esperando, así que será mejor que nos vayamos ya.

—Sí, es cierto —coincidió papá, comenzando a caminar—. Si no, Alice nos matará. Está como loca por veros.

Agarré a mi chico de la mano y los acompañamos.

—¿Esa es la carpeta? —quiso saber mamá, señalándola con el dedo.

—Ah, sí —había estado tan pegada a ella durante tantas horas, que ya ni me daba cuenta de que la llevaba conmigo.

—Pues trae —me la cogió y la carpeta pasó de mi pecho al suyo—. Ahora ya nos encargamos nosotros de ella.

Me sentí muy aliviada al deshacerme de esa carpeta, aunque no pude evitar que ese sentimiento se viera sustituido enseguida por otro de enorme preocupación, puesto que ahora la que iba a estar en peligro era mi familia...

—No te preocupes —me calmó papá—. Nosotros también sabemos protegernos, no creo que se atrevan a venir por aquí y enfrentarse a un aquelarre de ocho... *individuos* —sustituyó, para que la gente de alrededor no escuchara lo que no tenía que escuchar.

Ya me había acostumbrado a tener libertad de pensamientos y se me había olvidado por completo que mi progenitor podía leerlos.

En cuanto salimos del edificio, ya sentí el frío, puesto que debíamos de estar a unos -7 grados centígrados y se notaba bastante el cambio de temperatura. Aunque iba bien abrigada con esa парка cuyo forro era de un acogedor borreguillo, me arrimé bien a Jake, que me pasó el brazo por encima de los hombros. Dentro había calefacción y podía pasar, pero menos mal que no había nadie por el exterior, porque Jacob iba con una simple camiseta de manga corta y daba bastante el cante. Ya en casa, no fui capaz de convencerle para que, al llegar aquí, se pusiera la cazadora que le había comprado precisamente para venir a Alaska. No la habíamos adquirido para que no cogiera frío, por supuesto, pero sí para que pasara más desapercibido si nos movíamos por la ciudad de Anchorage, cuyos inviernos son fríos y nieve mucho. Pero nada, la metió en la maleta y no hubo forma.

Seguimos caminando, hasta que entramos en el parking donde mis padres tenían el coche, un Volvo S60 de color negro.

—Veo que has vuelto al Volvo —observó Jake.

—Aquel plateado que tenía me gustaba, y lo cierto es que me dio muy buenos resultados —asintió mi padre.

—Es bastante... *discretito* —se burló mi novio.

—Bueno, aquí no tenemos que esforzarnos tanto para pasar desapercibidos —alegó papá—. Y he de decir que este sólo lo utilizamos para ir a la universidad, tenemos dos coches más —presumió.

—No me digas cuáles, por favor —murmuró Jacob por lo bajo.

Papá se rió entre dientes con un poco de malicia y llegamos al Volvo negro.

Metimos la maleta y la mochila en el maletero y nos subimos al vehículo.

Ya era completamente de noche, así que lo único que se podía ver por la ventanilla eran las bajas casas iluminadas y la nieve. Además, estábamos demasiado concentrados en conversar con mis padres como para fijarnos en el iluminado paisaje.

Salimos de la ciudad por una autopista y después de varios kilómetros, papá tomó un desvío hacia la derecha que daba a una carretera sin asfaltar cubierta de nieve que me recordó un poco a la de su antigua casa en Forks, ya que también se abría paso entre los árboles del bosque.

Seguimos ese trayecto completamente a oscuras, tan sólo nos abrían paso los focos del vehículo, que reflejaban sobre la nieve y helada

superficie, hasta que, por fin, entre los árboles se divisó una casa iluminada a lo lejos.

—Guau, parecía más pequeña en las fotos —murmuró Jake, alucinado, cuando esa enorme vivienda se plantó frente a nosotros al traspasar los últimos árboles.

—Es preciosa —exclamé, parpadeando.

La casa era un solo bloque rectangular de dos plantas que estaba coronado por un tejado a dos aguas, que ahora mismo estaba cubierto de nieve, y cuya fachada principal, una de las paredes largas, apuntaba al oeste. Los muros que conformaban las fachadas estaban revestidos de unas tablillas alargadas y estrechas de madera color claro y un zócalo de un metro formado por otras láminas largas de piedra gris oscuro. Las ventanas en esta parte de la fachada eran más bien discretas, tan sólo destacaba la cristalera hecha de pavés que ascendía desde el suelo para recorrer toda la altura de la escalera interior —la cual estaba pegada a dicha cristalera por medio de los descansillos— y que los antiguos dueños habían puesto para que aportara mucha más luminosidad. Los focos que había en el suelo y que estaban distribuidos alrededor de la edificación iluminaban sus fachadas, confiriéndole un aspecto mucho más hogareño y cálido.

—¿Os gusta? —inquirió mamá.

—Digamos que no está nada mal —contestó Jake, con un poco de ironía.

Papá llevó el vehículo a otra pequeña edificación hecha de los mismos materiales que la casa y que hacía las veces de enorme cochera. Accionó el portón con un pequeño mando, pasamos dentro y aparcó justo al lado de un lujoso y caro Porsche plateado.

—Veo que Alice se ha deshecho del Ferrari rojo —manifestó Jake, terminando la frase con un tinte de dolor.

—Todavía estás a tiempo de cambiar la Harley por un Ferrari, si lo prefieres —le comunicó papá, refiriéndose a su regalo de boda.

Jake frunció el ceño y se mordió el labio, llevando la mirada al frente para pensárselo un momento.

—No —dijo finalmente—. Prefiero la Harley, gracias —y desplegó su maravillosa y blanquísima sonrisa, como siempre hacía cuando se imaginaba subido en ella.

Mis padres se rieron y abrieron sus puertas para salir del coche.

Jacob no pudo evitar echarle una buena ojeada al Porsche antes de salir de la cochera para dirigirnos a la casa. Tuvo que llevar la maleta en volandas, ya que las ruedecitas de la misma no rodaban por la espesa nieve.

La puerta de entrada estaba a cuatro peldaños del terreno, así que subimos las escaleras detrás de mis padres y, cuando abrieron, pasamos con ellos.

A Jake casi no le dio tiempo ni de meter la maleta. Alice saltó como un resorte de la nada y apareció a nuestro lado como por arte de magia. Cuando me di cuenta, ya tenía su menudo cuerpo entre mis brazos y los suyos ya estaban apretándome con fuerza para achucharme.

—¡Nessie! —exclamó, contentísima. Luego, se separó de mí, bajó la cremallera de mi parca a una velocidad ultrasónica, la abrió y me cogió de las manos para verme mejor—. ¡Estás guapísima! ¡Radiante! ¡Altísima! —entonces, dirigió la vista hacia Jake—. Veo que la cuidas bien.

—Eso procuro —afirmó él, con otra sonrisa.

—Más te vale, chuchó —intervino Rose de repente, que también salió de la nada junto con el resto de mi sonriente familia.

—Vaya, vaya, pero si es mi amiga la Barbie. ¿Qué pasa? ¿Ya no podías vivir sin mí, que te has venido volando como un murciélago para ponerte a mi lado?

—Ja, ja —articuló ella, con ironía, poniendo cara de asco—. Sigue soñando, perro, hueles fatal.

—Pues bien que te me pegas —afirmó, dedicándole una sonrisita socarrona.

—No te pases con mi chica, lobo, o si no tendré que darte una buena paliza —irrumpió Emmett, cruzando los brazos a modo de matón.

—No creo que te atrevieras —le contestó Jake, poniéndose frente a mi tío.

—No querrás que me atreva —discutió Em, acercándose un poco más.

—Ponme a prueba, grandullón —rebatí mi chico, colocándose en un cara a cara con él.

Entonces, los dos rompieron a reír y se dieron un abrazo de esos que se dan los chicos, con esos pequeños puñetazos en los brazos de después.

—Por cierto, ¿quién ganó el sábado? —le echó en cara Jake, poniendo la mano en el oído a modo de antena para escuchar la respuesta que él quería oír de boca de mi tío.

—Pura suerte —debatí Em, haciéndose el tonto.

Jake se carcajeó con venganza evidente y Rose se acercó a mí, poniendo los ojos en blanco ante tanta demostración de testosterona.

—Alice tiene razón, estás guapísima —me dijo, abrazándome y besándome.

—Gracias.

Me dejó y Esme fue la siguiente, a la vez que el resto de mi familia también saludaba a Jake.

—Me alegro mucho de veros, cielo —afirmó mi abuela, dándome otro abrazo y un beso en la mejilla.

En cuanto se separó de mí, ya tenía a mi abuelo delante.

—Hola, cariño —me saludó Carlisle, con otro abrazo y su correspondiente beso.

—Hola, abuelo —sonreí, correspondiendo sus cariños, como había hecho con los demás.

—¿Me has traído la sangre de tu amiga?

—Ah, sí. Está en la mochila, la metí en una caja con hielo, como me dijiste.

—Perfecto —aprobo, con una sonrisa—. Si me permites, voy a sacarla de ahí y la guardaré en la nevera.

—Claro —consentí.

Se despegó de mí y se acercó a la mochila para abrirla.

Después de los efusivos besos y abrazos con el resto, Alice me agarró del brazo y empezó a enseñarnos toda la casa, que incluía la parte que pertenecía al adosado de mis padres, y nos dio toda una disertación sobre decoración durante toda la muestra.

La vivienda de mis progenitores quedaba justo pegada a la del resto de mi familia, en realidad, era una continuación que no se notaba desde el exterior. Se podía acceder a ella por la puerta exterior, pero también había una puerta interior que unía las dos viviendas y que fue la que utilizamos para pasar. Como habíamos visto en las fotografías que mis padres nos habían enviado vía Internet, su parte estaba compuesta por cuatro dormitorios dobles, dos cuartos de baño provistos de todos los lujos posibles, un salón enorme con una enorme chimenea de mármol travertino y una cocina también bastante grande.

La parte del resto de mi familia constaba de seis dormitorios dobles —uno de ellos era el despacho y laboratorio de Carlisle—, tres baños igual de completos que los de mis padres, una cocina que era el doble que la de ellos, con una despensa que era tan grande como la habitación pequeña donde Jake y yo teníamos el ordenador, y un salón que era dos veces el de mis padres y que también gozaba de una enorme chimenea de mármol travertino.

Al parecer, los antiguos y ricos propietarios, que eran humanos, por supuesto, habían hecho esta casa con diez dormitorios y todos esos baños, y mi familia la había dividido en dos partes, para que una de ellas fuera de mis padres, que habían sustituido el dormitorio del servicio por una cocina. Ese era el único cambio que le habían hecho a la edificación, aparte de la decoración, claro, que había corrido por cuenta de mi tía.

Una vez que nos enseñó toda la casa, con esa disertación incluida, nos llevó a la parte posterior, que era un alargado porche de uso común a las dos viviendas.

Volví a arrimarme bien a mi cálido chico y él me pasó el brazo por encima de nuevo. Lo único largo que llevaba Jake eran sus vaqueros, pero ya podíamos estar a -30 grados centígrados, que él, a sus 48 grados, jamás tenía frío. Y a mí me venía genial, porque aunque mi temperatura era de 40, era tan friolera...

Los enormes ventanales se hacían con la fachada posterior de la planta baja, los cuales dejaban ver el interior de las estancias, si bien disponían de unos dispositivos que cubrían los cristales por medio de unos paneles para evitar su transparencia, y la planta superior estaba presidida por unas amplias terrazas que pertenecían a los dormitorios y cuyas barandillas eran de acero. Pero la gran protagonista de la parte posterior de la casa era la larga piscina. Ésta tenía unas mamparas que la rodeaban y que ahora en invierno permanecían cerradas, haciendo de ella una piscina cubierta y climatizada, pero, según nos explicó mi tía, en verano se podían correr para que quedase al descubierto. También nos dijo que desde este lugar había una panorámica preciosa de los Montes Chugach, sólo que, al ser de noche, no se podían ver.

Unos copos comenzaron a caer y Jake ya tuvo que abrazarme y frotarme los brazos y la espalda, así que nos volvimos a meter en la casa.

Cuando entramos, Esme nos esperaba en la puerta del salón. El maravilloso olor a comida ya se notó nada más pasar el umbral del porche.

—Me imagino que tendréis hambre, ¿verdad? —dijo, desplegando una sonrisa que dejó ver sus encantadores hoyuelos.

—¡Uf! ¡Yo estoy a punto de desfallecer! —exclamó Jake, frotándose las manos ante ese olor tan rico.

—¡Qué bien huele! —clamé yo, que también estaba famélica, quitándome la parca y colgándola de un perchero.

Pasamos al salón, donde la amplia mesa rectangular estaba puesta con dos platos y mi familia nos esperaba junto a la misma.

—Venga, sentaos —nos exhortó Esme—. Voy a servirlos la cena.

—Gracias, Esme, eres la mejor —alabó Jacob, con una risilla de satisfacción.

Mi abuela sonrió de nuevo, complacidísima, y se dirigió a la cocina como una bala a la vez que Jacob y yo nos sentábamos en el centro de la mesa y los demás hacían lo mismo a nuestro alrededor.

—Vaya, rubia, otra vez bien cerca de mí, ¿eh? —le dijo Jacob a Rosalie, para quedarse con ella.

—Estoy enfrente, idiota —le contradijo ella, poniendo los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza al ver lo evidente que era.

—Bueno, eso es cerca —replicó él, con una sonrisita—. Verás, Doc está lejos, porque está sentado en la otra punta de la mesa, pero tú estás cerca, porque estás justo frente a mí. ¿Lo ves? —y empezó a gesticular, oscilando las manos de Carlisle a ella—. Lejos, cerca. Lejos, cerca. Es muy fácil, deberías de ver algún capítulo de *Barrio Sésamo*, en serio, te ayudaría muchísimo.

Jake no era el único que sonreía, Em no pudo evitar que se le escapase una risita sorda que pronto se dispó ante la mirada asesina de Rose.

—Eres un payaso —le bufó ella a Jake, desquiciada.

—Sin embargo, sigues ahí sentada, cerca de mí.

—No es por ti, es por Nessie, chucho estúpido —respondió ella, otra vez mirándole con cara de asco.

—Venga, reconócelo, en el fondo te caigo bien y me adoras, lo sé —siguió pinchándola.

—Por supuesto que no. No te trago —rebató Rosalie, otra vez con cara de asco, aunque tampoco se movió de su silla.

Jacob se carcajeó con satisfacción, Rose giró el rostro, dándole un bandazo a su pelo orgullosamente, y Esme llegó con dos platos.

—Guau, bistec —alabó mi chico, cuando mi abuela los posó en la mesa—. Qué lujo.

—Hay más cosas en la cocina, así que comed cuanto queráis —ofreció ella.

—Qué bien, esto es como estar en un hotel de cinco estrellas —me reí—. Muchas gracias, abuela.

—De nada, cielo. Vosotros cenad tranquilamente —y se sentó junto a Carlisle.

Mientras Jake y yo cenábamos, mi familia nos observaba con suma atención, como si comer fuera todo un acontecimiento, cosa que nos resultaba un tanto incómoda, así que Jacob enseguida empezó una conversación que mi padre, avisado por lo que veía en nuestras mentes, siguió de inmediato.

Gracias a eso, descubrimos que el aquelarre de Denali vendrían dentro de dos días para vernos, y que Louis y Monique también lo harían, aunque ellos mañana.

Yo me comí el bistec y un trozo de la riquísima tarta de chocolate y fresas que preparó Esme, pero Jake se tragó tres bistecs, un buen plato de zancas de pavo guisado con una salsa que olía genial y todavía le quedó espacio para dos trozos del postre que había hecho mi abuela. En cuanto Jacob se terminó su último bocado, nos levantamos y nos sentamos en el sofá con mi familia, para reposar la comida antes de irnos a la cama.

Carlisle había encendido la chimenea, que quedaba delante del sofá, a unos escasos metros.

El sofá gris seguía los patrones de la casa y también era grande. Tenía forma de U y estaba dotado de ocho plazas: cuatro en el centro y dos a cada lado, cada una con su correspondiente cojín blanco, aunque no era el único asiento. Frente al sofá, y dejando ver la impresionante chimenea en el medio, se distribuían dos anchas butacas del mismo color que tenían el aspecto de ser muy cómodas, y en el centro de toda esa zona había una mesita cuadrada lacada en blanco que reposaba sobre una amplia alfombra de color gris claro.

Como Jake y yo nos sentamos en el centro del sofá y la mesita blanca me quedaba justo delante, no pude evitar que lo primero en lo que se fijaran mis ojos fuera en esa carpeta azul oscuro que destacaba sobre el níveo de la superficie.

Mi gesto de morderme el labio no pasó desapercibido para Jacob.

—No te preocupes, pequeña, todo va a ir como la seda —me alentó, pasándome el brazo por los hombros para achucharme un poco—. Tu familia estará bien, y si necesitan ayuda, puedo venir aquí con más efectivos —y me dio un beso en la sien.

Eso, lo que me faltaba era que se pusiera en peligro él y más gente, y encima, todos a la vez.

—En realidad, no creo que ese Razvan venga por aquí —intervino Carlisle, que ya estaba ojeando el contenido de la carpeta—. Y no me extraña que tampoco lo hiciera por La Push para recuperar estos documentos. No son los originales.

—¿Cómo? —preguntó mi novio, perplejo.

—Esta no es la letra de un vampiro, observa las líneas —afirmó, estirando el brazo para enseñarle uno de los folios.

Jacob se inclinó para mirarlo y frunció el ceño.

—No sé, Doc, yo no entiendo nada de caligrafías.

Carlisle y Jacob volvieron a su posición y mi abuelo comenzó a explicar, señalando con una pluma en la mano.

—Estas líneas están mal definidas, los trazos no son rectos, están llenos de imprecisión y de temblores. En conclusión, está escrito por un humano que lo hizo con mucha prisa.

Tuve que pestañear varias veces.

—¿Estás diciendo que Ryam... copió estos documentos? —inquirí, sorprendida.

—No alcanzo a comprender cómo fue capaz de conseguirlo, pero, sí, tuvo que copiarlos a mano —asintió Carlisle.

—Ese tío es mi héroe —declaró Jake, alucinado—. Entra en la guarida de esas ratas, copia los documentos y consigue escapar.

—Helen me dijo que Ryam era un experto en colarse en los sitios —desveló—. Su padre estaba en el ejército, y cuando era pequeño, les gustaba mucho jugar a lo que ellos llamaban *el escondite estilo soldado*. Su padre le enseñó muchos trucos y técnicas militares, y más tarde, cuando éste falleció, Ryam los utilizaba para escapar y esconderse de su abuelo. Debe de ser bastante bueno, porque su abuelo también estuvo en el ejército, y, aún así, conseguía evadirle... Bueno, eso fue lo que me contó Helen.

—Vaya unos juegos para un crío —chistó Jacob, con desagrado.

—¿Es que tú no le vas a enseñar vuestras técnicas a tu hijo? —intervino Emmett.

—Por supuesto, pero cuando sea más mayor. Un niño tiene que ser un niño, y ya tendrá tiempo para aprender todo lo que tenga que aprender. Además, no se convertirá en un lobo hasta que no llegue a la adolescencia, así que no será necesario enseñarle nada antes —entonces, empezó a hablar como si ya lo estuviera viendo—. Lo que sí voy a hacer es decirle lo que es desde pequeño, cuando ya tenga una edad para comprenderlo y pueda entender que tiene que ser un secreto. Le llevaré conmigo a las reuniones del Consejo para que escuche las leyendas y sepa todo lo que hay. No quiero que le pase como a mí, que me enteré justo cuando me transformé y casi me llevo a mi viejo por delante.

—Bueno, todavía queda mucho para eso —le paré yo, antes de que siguiera divagando y terminara nombrando a nuestro hijo invisible nuevo líder de la manada—. Además, sólo le enseñé técnicas de evasión, no le enseñé nada de combate —maticé—. Ryam no tiene ni idea de luchar.

—De todas formas, las pocas técnicas militares que se puedan enseñar a un niño, sean de combate o no, no hacen mucho contra unos vampiros —manifestó papá—. O Razvan y los suyos no estaban por allí en ese momento, o tuvo que servirse de algo más para conseguir escapar sin que se diesen cuenta.

—Alguien le ha ayudado —dijo Alice—. Alguien desde dentro.

—¿Puedes ver a los gigantes? —interrogué, con sorpresa—. ¿Y por qué no lo dijiste antes?

Cuando le habíamos contado todo a mi familia, vía Internet, ella no había abierto la boca, por lo que Jacob y yo dimos por hecho que Alice no podía ver a los gigantes. Nos imaginamos que, así como no podía ver a los metamorfos ni a los licántropos, tampoco podía hacerlo con estos seres. Esto era una buena noticia.

Sin embargo, mi tía les dedicó una mirada de preocupación a mis padres, que la recriminaron con los ojos, se mordió el labio y agachó la cabeza. Toda mi familia se puso más seria.

—¿Qué pasa? —quise saber, ante esa reacción que a Jacob y a mí nos chocó.

—¿No os habéis dado cuenta de algo? —señaló Jasper.

—Jasper —le regañó mi padre, apretando los dientes con el semblante regio—. Quedamos en que...

—Tienen derecho a saberlo —le interrumpió él—. Si lo saben, podrán estar más alerta.

—Ya han estado demasiado alerta últimamente —rebatíó mi progenitor.

—¿Más alerta para qué? —preguntó Jake, que ya empezaba a estar mosqueado, haciendo caso omiso del comentario de papá.

—Alice tampoco puede ver a Razvan y a los suyos —reveló Jasper, para total desagrado de mi padre—, por lo que creemos que todo este asunto tiene que ver con vosotros.

Jacob y yo nos miramos el uno al otro con el mismo rostro de perplejidad. Habíamos estado tan pendientes de la carpeta y del tema de Ryam y Helen, que no nos habíamos parado a pensar en este *detalle*. No nos habíamos dado cuenta de que Alice tampoco nos había hablado de Razvan en todo este tiempo, y desde luego no habíamos caído en que no podía verlo.

—Al principio creía que no los había visto porque habían actuado por los bosques de La Push para matar a esos lobos, y como vosotros siempre estáis por ellos, pensé que era vuestra influencia lo que tapaba mis visiones —empezó a explicar mi tía—. Y lo mismo sucedió cuando nos contasteis vuestro encuentro con ellos en el bosque el día de la excursión. Al estar con vosotros, no podía verlos. Pero, después, Razvan y los suyos se fueron de vuestras tierras, y yo sigo sin poder verles bien. Eso sólo puede ser porque Razvan está persiguiendo o buscando algo cuya decisión y meta tiene que ver con vosotros, como me pasó con Aro la otra vez.

Sí, era cierto. Ahora me acordaba. Cuando descubrimos que Aro quería ir a por los lobos, Alice tampoco podía verlo bien, ya que las decisiones de los Vulturis tenían que ver con los metamorfos.

Y ahora pasaba lo mismo. Otra vez a por mis lobos, otra vez a por mi Gran Lobo. Mi mano se entrelazó con la de Jake automáticamente y la aferró con fuerza.

—¿Y por qué no nos habéis dicho esto antes? —se quejó él, lanzando una mirada acusadora a mis padres.

—Vuestra boda es dentro de tres meses, no queríamos que nada la enturbiase —alegó mamá, observándonos con esos ojos dorados que clamaban comprensión.

—No queríamos preocuparos, por el momento —siguió mi padre—, por eso habíamos decidido esperar un poco más para contároslo, por lo menos después de la luna de miel —y le dedicó una mirada resentida a Jasper, que ni se inmutó—. Teníamos planeado investigarlo por nuestra

cuenta estos meses, aunque si se diera el caso, os habríamos avisado para poder actuar.

—Tenían que saberlo —repitió Jasper.

—Ahora mismo era totalmente innecesario —rebatí papá, enfadado.

—Tarde o temprano, se iban a enterar —contestó mi tío, con una voz implacable—. ¿Crees que Razvan no va a aparecer más por La Push? ¿Que va a esperar amablemente a que se casen? Dime, Ed, ¿qué pasaría si hubiesen aparecido por allí antes de la boda y Jacob y su manada no hubieran sabido nada de esto?

Mi mano volvió a estrujar a la de Jacob.

—Nosotros habríamos estado atentos y les hubiésemos avisado —reiteró mi padre, usando el mismo tono que mi tío—. Ya tenían bastante con todo este tema de los gigantes, y ahora Renesmee está muy preocupada, eso es lo que has conseguido.

—Bueno, vale ya —protestó Jake, y mi mano se levantó cuando alzó las suyas para hacer un gesto—. Ahora todo eso no importa, ¿vale? El tema es que ya lo sabemos. Tendré que llamar a Sam para que no bajen la guardia y que aumenten la vigilancia.

Se hizo un silencio incómodo en el que el fuego de la chimenea tomó su parte de protagonismo e hizo restallar un leño. Ese mínimo tiempo me hizo recordar algo que acababa de mencionar mi tía.

—Alice, antes dijiste que alguien de dentro ayudó a Ryam —me acordé.

—Sí, aunque no sé quién es, ni le he visto. Solamente pude intuirlo.

—¿Por qué? Entonces, ¿es que tampoco puedes ver a los gigantes?

—Sí, a ellos sí que puedo verlos —aclaró, con voz alegre y cantarina. Sin duda, resultaba un alivio para ella—. Creo que tiene que ver porque los gigantes no son como los metamorfos o los licántropos. Éstos han nacido con esas peculiaridades, pertenecen a nuestro mundo sobrenatural, por tanto, lo llevan en los genes, es intrínseco a ellos. Sin embargo, los gigantes son diferentes, ellos no dejan de ser humanos nunca, por eso puedo verlos.

—¿Siempre son humanos...? —pregunté, con estupor—. Pero ellos se transforman en gigantes, han sido contagiados, al igual que los licántropos que han sido creados por otro que les ha mordido, y a esos no puedes verlos. Y los propios gigantes también pueden contagiar a otros humanos...

—El veneno de los licántropos o los vampiros cambia la genética del individuo que es contagiado, y lo muta —intervino Carlisle—, por eso es un veneno tan tóxico, en cambio, lo que quiera que ha sido inoculado en el organismo de esos humanos no ha cambiado su genética. No sé cómo actúa exactamente, pero sólo los transforma en humanos gigantes y muy fuertes, sin ninguna otra peculiaridad, aparte de una buena dentadura. Y lo mismo pasa cuando un gigante contagia a otro humano. Esa ponzoña no modifica ningún aspecto genético.

—Eso quiere decir que tiene cura —afirmé, sin poder evitar que mi boca se transformara en una amplia sonrisa de esperanza.

—Bueno, debemos ser cautos y no adelantar acontecimientos —siguió él, hablándome con esa mesura que solía utilizar siempre—. Solamente estamos hablando de conjeturas. Lo único que sabemos es que si Alice puede verlos, es porque siguen siendo humanos y no son tan inestables como los metamorfos o los licántropos. Ahora bien, tendremos que estudiar estos documentos para esclarecer nuestras dudas.

—Y hay que añadir que estamos hablando de los gigantes como Ryam o Helen —continuó ella.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —inquirí, frunciendo el ceño con extrañeza.

—A los otros gigantes los veo mucho peor —declaró.

—Los otros gigantes... —repetí, temiéndome lo peor, puesto que ya sabía a qué gigantes se refería—. O sea, que teníamos razón —le dije a Jacob, aunque casi fue una afirmación a mí misma—. Toda esa gente desaparecida tiene que ver con los gigantes de Razvan.

—Sí —me confirmó Alice—, y a estos los veo fatal. Me explico. A Helen no la veo porque está contigo y con los metamorfos, y a Ryam lo veo con flashes muy difuminados, tupidos y confusos, como los que veía cuando los Vulturis iban a venir a por los lobos. Esto se debe a que sea lo que sea lo que Ryam está investigando, tiene que ver con los metamorfos. Y lo mismo me pasa con los gigantes que están con Razvan. Si no puedo verlos, es porque están con él y están supeditados a sus decisiones y órdenes, las cuales tienen que ver con los metamorfos, como ya expliqué antes. Sin embargo, hay un matiz entre estos gigantes y Ryam, porque, aunque a tu amigo lo veo muy mal, a estos otros no consigo verles casi nada. Los fognazos son todavía más dispersos y opacos.

—¿Quieres decir que son menos humanos que Ryam y Helen? —inquirió Jacob con los ojos abiertos como platos.

—Podría ser, ya que, según nos contasteis vosotros mismos, Razvan está intentando mejorar la fórmula del veneno —contestó Carlisle—. Puede que ya la haya mejorado y haya conseguido algún cambio genético que los hace más inestables. Aunque como dijimos antes, todo esto no son más que conjeturas.

—¿Y los Vulturis? ¿No es muy raro que no se hayan dejado caer por la península de Olympic? —preguntó Jake—. Porque todo este tema de los desaparecidos huele bastante...

—Sí, la verdad es que es extraño, aunque no he visto a Aro tomando ninguna decisión sobre ese tema, ni sobre vosotros los lobos —contestó mi tía.

—Puede que aún no haya llamado demasiado su atención —habló Emmett.

—Puede ser —coincidió mi padre—. Aunque lo más seguro es que no tarde mucho en llamársela. Tendremos que estar muy atentos.

—Estaré pendiente de eso todos los días —afirmó Alice, asintiendo con determinación.

Otro mutismo invadió la estancia, y mi abuelo aprovechó para echarle un vistazo a los documentos copiados por Ryam.

—¿Quién ayudaría a Ryam? ¿Y qué estaría investigando acerca de los metamorfos? —interrogué.

—No lo sé —respondió Alice—. No fui capaz de verlo. Como ya dije, solamente pude intuirlo. Y tampoco pude ver nada de lo que va a investigar Ryam sobre los lobos.

Suspiré con preocupación y Jacob apretó mi mano.

—No te preocupes, preciosa —me calmó, metiéndome el pelo detrás de la oreja con su mano suelta—. Si pudimos con los Vulturis, esto no será nada. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Sonreí a su esfuerzo de animarme, aunque a juzgar por su expresión no le convenció mucho. Me conocía demasiado bien y sabía que yo iba a preocuparme igualmente.

—Estos documentos están incompletos —comunicó Carlisle, haciendo que ambos saliéramos de nuestros pensamientos.

—¿Incompletos? —repetí, sin comprender.

—A Ryam no le debió de dar tiempo a copiar todas las páginas, pues la última operación está sin terminar y la ecuación del veneno está inconclusa. Sin embargo, debo decir que creo que entre Louis y yo podremos terminar la ecuación.

—O sea, que es la ecuación del veneno —afirmé, contenta y esperanzada.

—Es la ecuación de algún tipo de fórmula que todavía desconocemos —matizó mi abuelo, seguramente para que no me hiciera ilusiones, por si acaso.

—¿Y dices que tú y Louis podréis terminar la ecuación? —a pesar del esfuerzo de Carlisle, no podía evitar estar muy ilusionada—. Eso quiere decir que también podréis dar con el antídoto, ¿no?

—Que demos con la ecuación completa, no significa que demos automáticamente con el antídoto —me previno, hablando pausadamente—. También podría darse el caso de que ese veneno no tuviera antídoto, como sucede en muchos casos de la naturaleza, por ejemplo, con el veneno de algunas serpientes. Y tampoco podemos descartar que Louis y yo no consigamos dar con la fórmula exacta que tiene Razvan. A veces, las ecuaciones tienen varias soluciones.

—En definitiva, hay que esperar —suspiró Jake.

—Me temo que sí —confirmó Carlisle, con una sonrisa mesurada—. Mañana llegarán Louis y Monique, y nos pondremos a trabajar enseguida con la ecuación y la sangre de Helen. Lo que no puedo garantizarte es cuánto tardaremos, lo lamento —me dijo.

—No importa. No sabes cuánto te agradecemos que nos ayudes. Helen te está muy agradecida, os está muy agradecida. Bueno, y Ryam también. Ryam y Helen os están muy agradecidos.

—Déjalo ya, ¿quieres? —se rió mamá, tirándome uno de los cojines blancos a la cabeza—. Ya nos conocemos esas parrafadas.

—Eso, cambiemos de tema a uno más alegre —propuso Alice, dando palmitas, toda emocionada—. Hablemos de la boda. ¿Ya has elegido el vestido? ¿Y las flores de la corona? ¿Y el vestido de las damas de honor?

—Aún no —reconocí—. Pero precisamente he traído los catálogos que Sarah me dejó para enseñaros los modelos que más me gustan, para que me ayudéis a...

El salón se llenó del griterío entusiasta de mis tías, abuela y, raro en ella, madre a la vez que los varones se miraban unos a otros, un tanto desconcertados por esa reacción femenina.

—¿Dónde los tienes? —quiso saber Rose, ya levantándose del sofá para ir a buscarlos.

—Ay, Dios, yo me piro de aquí —murmuró Jacob, soltando mi mano para iniciar la huída.

—Sí, mejor, tú no puedes ver esto —y le empujé el trasero mientras se levantaba para que se fuera más rápido, entre sus risas. Después, respondí a mi tía—. En el fondo de la maleta. Los puse ahí para que Jake no los viera.

Sólo vi un borrón moverse a la velocidad de la luz, y otros tres se sentaron a mi alrededor. Por supuesto, mi madre se cogió el sitio privilegiado que antes ocupaba Jake.

—Nosotros vamos a jugar un poco —propuso Emmett, con una enorme sonrisa.

—Guau, si tenéis un billar —exclamó Jacob, cuando Em abrió una puerta oculta y se descubrió otra habitación.

Y mi padre, mis tíos y mi abuelo entraron tras él.

PREMONITORIO

Ya era bastante tarde, y Jacob y yo estábamos cansados del viaje, así que cuando nosotras terminamos de ojear los catálogos —más bien estudiar, aunque yo ya los había mirado tanto durante estas semanas, que casi me los sabía de memoria— y ellos acabaron su última partida de billar, decidimos irnos a la cama.

Mis padres nos anunciaron que dormiríamos en su parte de la casa, por lo que los seguimos.

Pasamos a su vivienda por medio de la puerta interior por la que Alice nos había llevado antes y subimos las escaleras para dirigirnos a la planta superior, donde se encontraban los dormitorios.

Al llegar al pasillo, mi padre se paró frente a una de las puertas y la abrió.

—Este será tu dormitorio, Jacob —le dijo, señalando el interior con la mano.

—¿Mi... dormitorio?

La habitación solamente contaba con una cama, aunque era bastante grande.

—Edward —le regañó mi madre—, van a dormir juntos.

—Bella, aún no están casados —objetó él, con gesto disconforme.

—Oh, vamos, no seas anticuado, ya duermen juntos todos los días. Esto es una soberana tontería —y se acercó a la puerta para cerrarla.

—Está bien, los llevaré a la otra habitación —accedió finalmente, aunque un poco a regañadientes. Eso de ser moderno le costaba bastante—. Venid aquí —y comenzó a caminar de nuevo, aunque solamente unos cuantos pasos más. Se paró frente a otra puerta y la abrió—. Este será *vuestro* dormitorio.

Jacob y yo pasamos al interior. Alice ya nos había enseñado esta parte de la vivienda, así que sabíamos que este dormitorio era el que tenía la cama más grande. Lo era incluso más que la de nuestra casa.

Nuestra maleta y la mochila ya estaban en el armario, cuyas perchas y estantes ya estaban ocupados por nuestra ropa. Papá se dio cuenta de este detalle y le echó una mirada acusadora a mamá, que miró hacia otro lado mientras se atusaba el cabello para disimular. Eso pareció hacerle gracia y no pudo evitar sucumbir a los intentos de mi madre por modernizarlo, así que terminó riéndose un poco de su propia actitud.

—Bueno, os dejaremos... dormir —dijo papá, todavía con la sonrisa en la cara.

Mi rostro no pudo evitar que el color rojo tiñera su epidermis, y, encima, que esa insinuación saliera por boca de él, me ruborizaba aún más.

—Sí, nos vamos —siguió mi madre, guiñándome el ojo. Otra vez mis pobres mejillas sufrieron una invasión de sangre—. Buenas noches, que descanséis —y nos dio un beso a los dos.

—Buenas noches —se despidió papá, dándome otro beso.

—Buenas noches —contestamos ambos como dos niños buenos.

Mi padre suspiró y se acercó a la puerta, donde ya le esperaba mamá.

No pude evitar que en ese momento mi padre me inspirase tanta ternura. Sabía que estaba haciendo un esfuerzo casi sobrenatural para dejarnos dormir juntos y, sobre todo, para aceptarlo. Aunque él ya lo había escuchado todo, le llamé igualmente.

—Papá —éste se giró para mirarme, ya con una sonrisa—. Gracias —y le sonreí yo también.

Asintió para aceptar mi gesto y salió junto a mi sonriente madre.

En cuanto la puerta se cerró, Jake se dejó caer en la monumental cama.

—¡Esta cama es comodísima! —exclamó, cruzando las manos bajo su nuca.

Me senté y luego me incliné sobre él, un poco de costado.

—Voy al baño, ¿de acuerdo? —le comunicué—. Vengo enseguida.

—Vale.

Nos sonreímos y le di un beso corto. Me incorporé, me puse de pie y salí de la habitación para meterme en el cuarto de baño.

Después de atender mis necesidades humanas y de lavarme los dientes, salí del baño y regresé al dormitorio.

Nada más entrar, me topé con Jake.

—Ahora me toca a mí —afirmó, con una sonrisa, dándome otro beso.

Le sonreí y salí de la habitación.

Me dirigí al armario y saqué uno de los camisones de algodón que había traído. Escogí ese de color rosa que tanto me gustaba y aproveché para coger el pantalón de pijama corto de Jake más una de esas camisetas interiores de tirantes blanca que utilizaba normalmente para dormir, aunque luego siempre terminase sin ella...

Dejé el pijama de Jacob sobre la colcha, me desnudé y me puse mi camisón, dejando la ropa que me había quitado en un pequeño butacón que había junto al armario. En cuanto me metí en la cama y me quedé sentada para esperarle, Jacob pasó al dormitorio.

—Ya estoy aquí, preciosa —declaró mientras cerraba la puerta y se acercaba al camastro—. Ah, veo que ya me sacaste el pijama, ¿eh?

—Sí —sonreí.

Y sonreí porque comenzó a desnudarse y pude observar ese impresionante espectáculo, recreándome en cada detalle.

Se puso el pantalón, la camiseta y recogió la ropa que se había quitado, tirándola en el mismo butacón en el que yo había dejado la mía.

Cuando se metió en la cama, apagué la luz y me eché para ponerme junto a él. Los dos estábamos de lado, y yo me acurruqué entre sus brazos, que me apretaron contra su pecho con mimo. Inspiré su maravilloso efluvio por la zona de su cuello y la felicidad invadió mi cuerpo, capitaneada por mi millón de mariposas, que ya eran unas expertas en esto.

Su vigoroso corazón latía con tanta fuerza, que podía notar sus calmados latidos retumbando en mi tórax; el mío lo hacía a un ritmo más acelerado, redoblaba su repiqueteo de una forma totalmente exacta, de modo que cuando su corazón bombeaba una vez, el mío lo hacía dos. Hasta en eso estábamos sincronizados.

—¿Estás dormido? —le pregunté, con un murmullo.

—No, claro que no —susurró—. Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que esta semana va a ser muy dura —suspiró.

Alcé el rostro para mirarle entre esa oscuridad que, no obstante, era clara y me dejaba entrever bastante bien.

—¿Por qué lo dices? Creía que tú también querías venir.

—¿Qué? —bajó su semblante para observarme—. Ah, no, no es eso. Claro que quería venir, yo también tenía ganas de ver a tu madre y al resto de tu familia —sonrió, mostrando esos blancos dientes que resaltaban en la negrura; le correspondí la sonrisa—. Lo digo porque me va a costar muchísimo respetar a tu padre —y su sonrisa se amplió, adquiriendo un matiz pícaro que comprendí a la perfección.

—Ah, ya, respetar... a mi padre —dudé.

—Sí, ya sabes, quedarnos aquí sin hacer nada más que... dormir.

—¿Y desde cuándo respetas tú a mi padre? —cuestioné.

—Yo siempre le he respetado —afirmó. Alcé las cejas con incredulidad—. Bueno, vale, no siempre —reconoció—. Pero ahora sí que le respeto, ¿sabes? En fin, suena muy raro, pero como va a ser mi suegro y eso...

—El año pasado no te importó eso cuando irrumpiste en mi casa en plena noche —le recordé, con una sonrisilla.

—Pero eso fue un caso de fuerza mayor —alegó él—. Tú estabas en celo, y tu olor estaba por toda mi cama. Era imposible resistirse. Además, si te acuerdas, no quise hacerlo en tu casa. Y no quise por respeto a tu padre, porque, bueno, esa seguía siendo su casa.

—Pero si, prácticamente, me sacaste en volandas de allí, ¿eso es respetarle? —me reí.

—Era mejor que quedarse en tu habitación, con tus tías afuera oyéndolo todo, ¿no te parece? —se defendió, riéndose—. Y vuelvo a decir que no me parecía... Dios, odio reconocer esto, pero es que es así. Tu padre me pidió que le respetase, y no me parecía correcto hacerte el amor en su casa, ¿vale? Ya está, ya lo he dicho.

—¿Y llevarse a su hija en plena noche para hacerle el amor bajo la lluvia te pareció más correcto? —volví a reír.

—Era mejor que la primera opción —rebatí, con una de sus sonrisas torcidas—. Además, en ese momento no es que mi cabeza estuviera para pensar mucho, la verdad.

—¿Y... tienes pensado respetarle toda la semana? —inquirí, confiriéndole a mis palabras un tono insinuante, mientras mis dedos comenzaban a descender lentamente por su pecho y bajaban un poco su camiseta.

—Qué remedio, aunque, para ser sinceros, no sé si aguantaré toda la semana —murmuró, acariciando mi espalda.

Me pegué más a él.

—Bueno, pero, al menos, podrás besarme para darme las buenas noches, ¿no? —bisbiseé, sonriéndole en los labios.

—Claro, nena, eso no me lo quita nadie —susurró, con otra sonrisa.

Y comenzamos a besarnos.

De pronto, unos ruidos nos hicieron bajar de nuestra nube y Jacob soltó mis labios.

—¿Qué son esos golpes? —preguntó. Entonces, se quedó paralizado—. Ay, madre, no será el cabecero de...

—Oh, no, Dios... —lamenté, despegándome de él para ponerme boca arriba y llevar la sábana a mi cara para tapar esa vergüenza ajena—. Son mis padres...

—¿Esos son tus padres? —inquirió, sorprendido.

—Sí —gemí.

Y eso que su dormitorio quedaba bastante lejos del nuestro.

Jacob hundió el rostro en la almohada y empezó a reírse a carcajada limpia.

—No me lo puedo creer —me quejé, con otro lamento, destapándome—. ¿No se dan cuenta de que estamos aquí?

Mi chico por fin levantó la cara del almohadón, aunque seguía riéndose.

—Se ve que tu madre le está dando un premio a tu padre por esforzarse en ser moderno y tu padre se lo está tomado al pie de la letra —se burló.

—Pues podía haber esperado a que nos durmiésemos o algo —refunfuñé, cruzándome de brazos.

—Venga, nena, déjales que disfruten un poco. Creo que tu padre se lo merece por dejarnos dormir juntos, ¿no te parece?

—No digo que no, pero es que...

—Madre mía, qué rapidez —murmuró, con guasa—. No sabía que se podía llegar a esas velocidades.

—Bueno, supongo que para ellos es una velocidad normal —afirmé, de mala gana.

Se quedó a la espera, entornando los ojos mientras ponía atención.

—Es increíble —habló finalmente—. No me da tiempo a contar los golpecitos.

—¡Jake! —le regañé, pegándole un manotazo en el brazo, aunque su risa contagiosa hizo que la mía se escapara.

Tuve que teparle la boca con las dos manos para amortiguar sus carcajadas, si bien yo también me reía.

—Jake, para... —me reí—. Nos van a oír.

Jacob consiguió despejar su boca e interpuso sus manos para bloquear a las mías.

—Qué nos van a oír —contradijo mientras forcejeábamos entre risas—. ¿No ves que si no paran, es porque están demasiado entretenidos?

—Jake... —le reñí, riéndome y peleándome con sus manos.

—Tu padre es una verdadera máquina, a partir de ahora será mi héroe, en serio —siguió—. Ya tengo un mote para él.

—No..., para... —no podía dejar de reírme y ya me dolía el abdomen.

—Edward, el taladrador —se carcajeó.

—Basta —carcajeé yo también—. Ahora verás.

Sus manos no me dejaban alcanzar su boca, así que me incorporé y me senté sobre él sin que nuestras risas cesaran y nuestros brazos dejaran de pelear.

De repente, los golpecitos cesaron y Jacob y yo nos quedamos tiesos, con los brazos estirados y las manos agarradas.

—¿Ves lo que has conseguido? —cuchicheé—. Nos han oído y han parado.

Tan pronto como acabé de decir la frase, los ruidos volvieron a escucharse.

—Qué va, sólo han cambiado de postura —bisbiseó, con esa sonrisita suya burlona.

—Idiota —me reí otra vez, tratando de darle una pequeña bofetada que me fue imposible por su oposición.

—¿Te das cuenta de que no se les oye? Me refiero a jadear ni nada. Solamente se oye el taladro.

—Jake... —le advertí, aunque no podía dejar de reír.

—Ya tengo un mote para tu madre —y se rió con malicia.

—No..., Jake..., no lo digas —le supliqué, con lágrimas en los ojos, de la risa.

—Bella, la silenciosa —soltó, con una enorme sonrisa.

—Eres un tonto —me reí.

Después de otro rato forcejeando, Jacob se rindió y se dejó ganar. Mis manos apresaron a las suyas, aplastándolas contra la almohada, y yo

me quedé reclinada sobre él, con gran parte de mi melena a ambos lados de mi cuello, cayendo encima de su torso.

—Guau, ¿vas a atarme a la cama y a moverte sobre mí como una leona? —murmuré, con voz seductora, mostrándome esa sonrisa torcida que tanto me gustaba.

Ojalá pudiera...

—Qué más quisieras tú —le contesté, con otra sonrisa.

—Sabes que eso me vuelve completamente loco, preciosa.

—Yo nunca te he atado a la cama —bisbiseé.

—Pero sí que eres una leona —y su sonrisa pícara se amplió.

Sentí tanto calor en las mejillas, que aunque estábamos a oscuras, seguro que relumbraban como un hierro candente.

—Jake... —le regañé, en voz baja.

—Nessie, la leona... —susurró, insinuante.

—¿Vas a ser bueno?

—Yo siempre soy bueno, nena —afirmó, con esa misma sonrisa, a la vez que entrelazaba nuestros dedos.

Ay, qué tentación...

Pero, para mi desgracia, no podía ser.

—Pues, venga, a dormir —y le di un beso corto.

Cuando iba a soltar sus manos para incorporarme, apresó mis dedos y no me dejó.

—¿A dormir? —objetó.

—¿No decías que respetabas a mi padre? —sonreí.

—Pero ahora está demasiado concentrado, nena, no se va a enterar de nada —alegó, con un aire implorante.

Tiró de mis manos con suavidad hacia arriba, de modo que mi pecho se posó sobre el suyo y nuestros rostros se pegaron, y después las soltó para rodear mi espalda.

Su abrasador aliento ya acariciaba mis labios y no pude evitar estremecerme. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no sucumbir, y, aún así, me costó muchísimo.

—Claro que va a enterarse —rebatí, levantándome un poco con ayuda de mis brazos, aunque los suyos seguían sin dejarme escapar—. Seguro que puede oír nuestros *gritos* perfectamente.

Los míos seguro que se oían desde Asia.

—Yo llevo *gritando* desde que me metí en la cama contigo y todavía no ha venido a picarnos... —declaró, con voz sugerente—. Es más, él está a lo tuyo, ya lo ves.

—Jake, eres un caso... —reí, negando con la cabeza.

—Ay —suspiró, intencionadamente alto—. Veo que no ha colado.

—No, no ha colado —sonreí, y le di un beso en la nariz.

—Sí, definitivamente, esta semana va a ser muy dura —se lamentó mientras me bajaba de su cuerpo y me acomodaba de costado, otra vez en su lado derecho.

Cogí su mano izquierda y tiré de él, haciendo que se girase hacia mí. Rodeé su cuerpo con mis brazos y me acurruqué en su cómodo y calentito pecho, inspirando su efluvio primero y apoyando mi mejilla en el mismo después.

Sonreí de felicidad.

—Buenas noches —murmuré, con un ronroneo, achuchándole otro poco.

—Buenas noches —susurró.

Me olió el pelo y apretó su abrazo.

Estaba asustada.

La densa niebla apenas me dejaba ver nada, aunque era una bruma baja que se extendía por toda la media luna de la playa y dejaba a la vista la parte superior de la Isla de James, con esa corona de altos abetos alzada sobre su escarpada cumbre.

La arena que pisaba era más fría de lo normal y el sonido de las olas que rompían en la orilla se oía lejano, casi como un murmullo apagado que rebotaba con eco en mis oídos. Ese era el único sonido que se escuchaba.

Hasta que otro sonido me sobresaltó.

Era un bombeo rítmico y pausado, y procedía de mi mano. Bajé el rostro y miré horrorizada cómo el corazón de aquel lobo Alfa reposaba en mi palma. Aún latía, vivo, y su sangre, todavía caliente, se deslizaba por mi piel, metiéndose entre mis dedos para caer en forma de largas gotas que se desparramaban sobre la grisácea arena.

Intenté deshacerme de él tirándolo en el suelo, sin embargo, mi mano no se movía, otra vez estaba inmovilizada.

Unas pisadas irrumpieron en escena delante de mí y me hicieron levantar el rostro súbitamente. Me quedé en espera, asustada, con ese

corazón latiendo en mi palma y con el mío propio retumbándome en el pecho, preparada para ver aparecer a Razvan.

Una figura gris empezó a dibujarse en la niebla, hasta que ese tupido velo me dejó ver quién era.

Mi corazón volvió a latir con frenetismo, aunque esta vez alocado por la alegría, como el millón de mariposas que volaban por mi estómago.

—Nessie —me saludó Jake, con una enorme sonrisa, acercándose a mí con presteza.

Quise sonreír, pero mi boca no me respondió.

Y entonces, Jacob se paró en seco frente a mí y su rostro comenzó a desfigurarse, transformando esa preciosa sonrisa paulatinamente en un gesto de dolor desgarrador.

En un primer momento pensé que era el corazón que tenía en mi mano lo que le causaba esa horrible reacción, pero sus ojos no se apartaban de los míos. Él no parecía poder ver ese sangriento órgano.

—Jake, ¿qué pasa? —le pregunté, preocupada.

No me escuchaba a mí. Otras palabras le estaban engañando, haciéndole sufrir profundamente. Eso, y su cara de honda angustia, se me clavaron en el alma.

—Jake —le llamé, con un frágil hilo de voz.

Pero él seguía sin escucharme, sus preciosos y expresivos ojos negros se entornaron con dolor mientras negaba con la cabeza. Eran mis palabras, mis palabras le hacían daño.

—¡Jake, te quiero! —sollocé.

Sin embargo, mis ojos estaban secos.

Su pie dio un paso hacia atrás. Ya sabía lo que iba a pasar, y un frío gélido comenzó a recorrer mi cuerpo.

—¡No, Jake! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —lloré, desconsoladamente—. ¡No te vayas, por favor! ¡Te amo!

Mis lágrimas no salían por mis ojos, mis piernas no podían moverse, estaba encerrada en mi cuerpo, encerrada, cautiva, luchaba con todas mis fuerzas para moverme, para hablar, sin embargo, todos mis esfuerzos fueron en vano y Jacob se dio la vuelta para echar a correr, desapareciendo entre la niebla.

—¡NOOOO! ¡JAKE!

Mi inaudible grito desgarrador se perdió junto al amor de mi vida, mi único amor, el único hombre que mi corazón podría amar, y él se había esfumado sin que yo pudiese hacer nada para evitarlo.

La desolación y un profundo dolor se apoderaron de mí y sentí cómo mis piernas flaqueaban y querían doblarse para arrodillarse sobre la arena. Mi cerebro quería desmayarse, la angustia que se clavaba en mi pecho era demasiado dolorosa. Pero ni eso me fue permitido.

Y entonces, otra cosa me espantó de nuevo.

Mis ojos volvieron a fijarse en el corazón de mi mano. Una mancha de color marrón oscuro empezó a extenderse desde el centro del órgano y fue creciendo poco a poco, hasta que lo cubrió entero.

Otro sentimiento helado me traspasó de arriba abajo, otro mal presagio, y este era especialmente malo.

—No... —murmuré, intentando limpiar la mancha con la otra mano—. No —mascullé, más fuerte, siguiendo con mi afán. Era inútil, el oscuro color ya había impregnado todo el tejido—. No, ¡no! ¡NO!

—Nessie...

Mi cabeza se alzó con precipitación para mirar al frente. Niebla, eso era lo único que tenía delante.

—¡Jake! —le llamé, nerviosamente.

—Nessie... —se oyó detrás de la niebla.

Mis piernas por fin pudieron responderme y se movieron para buscarle neuróticamente entre esa espesa cortina, aunque mi mano no soltó el corazón. Por alguna razón, ahora sentía que tenía que protegerlo, llevarlo conmigo.

—¡Jake! —grité, y esta vez mi voz sonó alta y clara.

—Nessie...

Pero él no aparecía por ninguna parte, por ningún sitio, era como si la niebla se lo hubiera tragado.

—¡Jake! ¡Jake! —chillé, agitando mi mano libre para apartar la densa bruma. Sin embargo, mi Jacob no estaba—. ¡Jake! ¡Jake!

Nessie...

Nessie...

—Nessie, vamos, despierta —escuché al tiempo que mi cuerpo era mecido por un suave balanceo.

—¡Jake! —mis párpados se abrieron de sopetón y me incorporé con la misma rapidez, quedándome sentada en ese sitio extraño mientras respiraba a mil por hora.

Parpadeé, completamente desorientada, y después me miré la mano. Estaba vacía y limpia, sin un rastro de sangre...

—Ya está, preciosa, ha sido una pesadilla —me dijo Jake, preocupado, girándome para que le viese.

Ahí estaba él, a mi lado, y por fin recordé que estaba en casa de mis padres.

—Jake —sollocé, al verle, lanzándome a sus brazos.

Le toqué el rostro para verificar que no seguía soñando y uní mis labios a los suyos para besarle con frenetismo, como si hiciera mil años que no lo hiciera. Su boca acompasó a la mía y sus brazos me estrecharon con más fuerza. Mis manos se perdieron por su pelo, su espalda y sus amplios hombros, intentando por todos los medios que no se separase de mí jamás.

Sin embargo, Jacob despegó su boca de la mía, aunque necesitó de unos cuantos intentos para conseguirlo, ya que mis labios se negaban y los suyos no podían evitar corresponderles. Finalmente, logró parar.

—Uf, nena, si no lo dejamos, voy a volverme loco —susurró, con su sonrisa torcida, mientras su frente acariciaba a la mía e intentaba que su respiración volviese a su ritmo pausado de siempre.

—Lo siento... —murmuré, ruborizada, si bien mis manos se opusieron a dejar su pelo y su espalda.

—No importa —se separó un poco de mí y comenzó a secarme las lágrimas de mi rostro con esos sedosos dedos, apartando mi cabello hacia atrás y metiéndolo detrás de mis orejas. Me quedé atontada, mirando mis adorados ojos negros a la vez que él realizaba todas esas placenteras y relajantes caricias—. Me has asustado, ¿sabes? —confesó, con un murmullo, llevando esas pupilas a las mías—. Por más que te llamaba, no te despertabas.

—Era un sueño muy profundo.

—Solamente ha sido una pesadilla.

—No —negué con la cabeza, mirándole con preocupación—. Ha sido la misma pesadilla —desvelé, con un hilo de voz—, se ha repetido, sólo que, esta vez, Razvan no estaba, y la que llevaba el corazón de ese lobo en la mano era yo. Esto quiere decir algo, Jake, es un sueño premonitorio.

—¿Un sueño premonitorio?

—Sí. ¿Recuerdas aquella pesadilla que tenía? Aquella en la que tú te enfrentabas con el licántropo en la nieve y él te mordía... —todavía me estremecía al recordarlo.

—Luego se cumplió —recordó, hablando con entendimiento.

—Exacto —murmuré, mordiéndome el labio.

—Bueno, preciosa, pero que se cumpliera aquel sueño no quiere decir que esta pesadilla se vaya a cumplir también —afirmó, en un intento de calmarme y animarme—. Para empezar, sería imposible que un corazón latiese fuera de su dueño, ¿no te parece? —sonrió, pasándome los dedos por el pelo.

—Ya, pero puede que sea una cosa simbólica que signifique algo. Lo que pasa es que no sé lo que significa —suspiré, con desazón.

Jacob se quedó mirándome, pensativo.

—Podemos preguntarle a Alice, puede que ella sepa lo que significa —sugirió.

—Sí, es buena idea —asentí—. Le preguntaré mañana.

—Bien. Ya verás cómo no es nada y solamente es un mal sueño —aseguró, acariciándome la mejilla—. ¿Ya estás mejor?

—Sí —sonreí, y le di un beso corto.

—Bueno, pues vamos a dormir —exhaló, echándose de lado.

Levantó el brazo para que me acurrucase junto a él, con una enorme sonrisa. Le sonreí y así lo hice. Me acomodé en su pecho, sus brazos me rodearon con fuerza y me dio un beso en la frente.

Enseguida me relajé del todo. Sus fuertes brazos me hacían sentir tan segura y protegida; él siempre había sido mi ángel de la guarda.

Aunque no podía dejar de pensar en esa horrible pesadilla, en ese rostro de Jacob desfigurado por el dolor, un dolor que yo misma le había infringido. Recordar esa parte del sueño hizo que me diera un escalofrío.

—Jake —le llamé, con un murmullo.

—Dime.

Alcé el rostro para mirarle y él bajó el suyo, haciendo que nuestros dos semblantes quedasen a un palmo.

—Prométeme que jamás olvidarás que te quiero —susurré.

—¿Qué? —inquirió, sin comprender.

—Pase lo que pase, aunque no te lo pueda decir, quiero que recuerdes que yo siempre seré tuya, que te amo, y que siempre, siempre te amaré.

—¿Por qué me dices esto? —sus cejas bajaron con extrañeza.

—No lo sé..., es una especie de intuición —manifesté, con un poco de ansiedad.

—Nessie, sólo ha sido una pesadilla —murmuró.

—Prométemelo —le imploré, subiendo la mano para acariciar su hermoso rostro—, prométeme que nunca olvidarás que te quiero.

Sus ojos se clavaron en los míos durante un instante.

—Te lo prometo —dijo por fin.

—Gracias —sonreí—. Te quiero.

—Te quiero —sonrió él también.

Acercó su rostro y me besó con dulzura durante unos minutos, tiempo en el que mis mariposas y la energía de siempre se dejaron notar.

Nos obligamos a terminar el beso y yo volví a refugiarme en su pecho. Ese silencio que quedó a continuación me hizo caer en algo.

—Ya no se oye a mis padres —cuchicheé, riéndome.

—A lo mejor se han ido a cazar, después de tanto...

—No empieces —le paré, poniéndole la mano en la boca a la vez que nos reíamos.

Jacob consiguió ladear la cara y deshacerse de mi palma.

—Has empezado tú —alegó, en voz baja.

—Bueno, pues ya está —zanjé, con una risilla—. Ahora a dormir.

Le di un beso corto, volví a su torso y le achuché otro poco, ronroneando mientras me ponía cómoda. Jacob soltó una risa sorda.

—Buenas noches, Nessie —susurró, en mi pelo.

—Buenas noches, Jake.

Me dio un beso en la frente y me apretó con mimo.

No tardé mucho más en dormirme entre esos brazos protectores de mi ángel de la guarda. En el sueño que tuve a continuación también salía Jacob, pero, esta vez, corría alegre junto a mí por la orilla de una playa paradisíaca de arena blanca y aguas cristalinas de color azul verdoso, y su rostro desbordaba felicidad.

CONVERSACIÓN PENDIENTE

Abrí los ojos poco a poco, pues la luz que entraba a través de las cortinas me impedía hacerlo de una manera más rápida. Cuando mis pupilas se acostumbraron a esa claridad, pude ver al ser más maravilloso del universo a mi lado.

Jacob estaba recostado junto a mí, de lado, me miraba maravillado mientras sus dedos pasaban entre mi pelo para peinarme con delicadeza.

—Buenos días, preciosa —me sonrió.

—Buenos días —sonreí yo también.

Le agarré de su camiseta interior y tiré de él para que se acercara. Así lo hizo, se arrimó a mí y comenzó a besarme lentamente, poniendo empeño en cada beso, en cada contacto, en cada roce...

Despertarse así cada mañana era un privilegio.

Separamos nuestros labios, tomamos una buena bocanada de aire y nos sonreímos de nuevo.

—¿Has dormido bien? —preguntó, con un susurro—. Quitando esa pesadilla, claro.

—Sí —sonreí otra vez—. ¿Y tú?

—Sí.

—Eso le gustará a papá —me burlé.

—Muy graciosa —contestó, con retintín.

Se me escapó una risilla. Me dio un beso corto y se despegó de mí, echándose boca arriba en la cama.

—¿Me ducho yo primero? —inquirí.

—Sí, que así me quedo un ratito más aquí... —bostezó.

—Hay que ver qué perezoso —me reí, levantándome.

Volvió a bostezar mientras se espatarraba y ponía sus largos brazos en cruz, ocupando todo el camastro, y mi boca volvió a dejar salir otra risilla.

—Voy a la ducha.

—Vale —rezongó.

Sonreí, negando con la cabeza, y salí del dormitorio.

Entré en el enorme cuarto de baño para ducharme. Una vez que terminé de hacerlo, me puse el albornoz blanco y me desenredé el pelo.

Me disponía a salir del baño, cuando Rosalie apareció tras la puerta al abrirla.

—Hola, cielo, vengo a peinarte —me anunció, con una enorme sonrisa.

—Rose —exclamé, encantada—. Pasa —y me aparté para dejarla entrar.

Pasó al cuarto de baño como una exhalación, y con la misma rapidez, preparó todos los artilugios, incluida una silla que no sé ni de dónde la sacó.

—Siéntate —me exhortó, señalando el asiento con la mano.

—No sabes cuánto te he echado de menos —confesé, obedeciendo.

Mi tía soltó una risita alegre de satisfacción y enseguida se puso manos a la obra. En un abrir y cerrar de ojos, mi cabeza se llenó de tirones supersónicos y de mechones que se iban colocando en su sitio milagrosamente. En menos de cinco minutos, Rose apagó el secador de mano y mi cabello estaba perfectamente peinado.

—¡Rose, eres única! ¡Eres genial! —alabé, al ver los resultados.

—Lo sé —suspiró, con alegría.

Mi pelo lucía con esa cascada natural de rizos abiertos que sólo ella era capaz de conseguir.

Me levanté, le abracé y le di un beso en esa mejilla pétrea y fría.

—Muchas gracias —sonreí.

—De nada, cielo —sonrió ella también. Entonces, su cara se desfiguró con una mueca de hastío—. ¿Ya se ha levantado tu chuchó?

—Rose —le regañé.

—Lo siento, es que desde que llegó a esta casa, todo huele fatal otra vez —resopló.

—Yo diría que lo has echado de menos, por eso estás tan pendiente de él —declaré, sonriente, pellizcándole la mejilla.

—¿Yo pendiente de ese chuchito tonto? —cuestionó, con otra cara de asco—. No digas tonterías —chistó, enfadada, aunque me pareció más bien fingido.

Y tampoco negó mi primera afirmación.

Le dio un manotazo a su pelo con orgullo y se dirigió hacia la puerta.

—Te veo abajo.

—Vale —sonreí.

Y desapareció, dándole otro bandazo a su melena.

Me reí con otra risilla y salí del baño para dirigirme al dormitorio, en el cual entré acto seguido.

—¿Ya has terminado? —me preguntó Jacob, levantándose de la cama.

—¿Todavía sigues ahí? —me reí.

—Ya estoy, ya estoy.

Se puso en pie, se estiró, bostezando, y se acercó a mí. Entonces, se quedó parado y me miró pasmado.

—Vaya, estás preciosa —murmuró.

—Rose y sus manos mágicas —afirmé, con una sonrisa, atusándome el cabello.

—No. Eres tú. Tú eres preciosa —aseguró, acariciándome la mejilla con sus suaves dedos, haciendo que el vello se me pusiera de punta.

Le sonreí, rodeé su cuello con mis brazos y le di un beso en los labios.

—¿Vas a ducharte? —le pregunté.

—Sí.

—Yo me voy a vestir y te espero en la cocina, ¿vale?

—Vale —sonrió.

Me dio otro beso, le dejé libre y salió de la habitación.

Me dirigí a la ventana y corrí las cortinas, abriendo la puerta de la terraza para que ventilase un poco el dormitorio.

El paisaje que se presentó ante mí me hizo salir para verlo mejor. Quité la nieve de la barandilla y me apoyé en ella con los brazos para observar la panorámica de los Montes Chugach. Esas montañas estaban completamente nevadas, así como el resto del paisaje que se extendía en el horizonte, que estaba cubierto por una densa alfombra blanca.

No estuve mucho rato ahí, puesto que el penetrante frío enseguida se metió por mi albornoz y terminé entrando en la habitación de nuevo.

Abrí el armario y pensé durante un rato la ropa que iba a ponerme, aunque no me costó mucho escoger lo que quería. Unos pantalones vaqueros pitillo y un jersey azul de lana, de cuello alto, fue lo que me

pareció más ideal para la baja temperatura que hacía en el exterior. Me vestí, dejé el albornoz junto a la ropa sucia del butacón, me calcé las botas de nieve y salí del dormitorio.

Jacob seguía duchándose cuando pasé frente a la puerta del baño, seguí de frente y bajé las escaleras.

La cocina de la vivienda de mis padres estaba vacía, pero un olor a huevos revueltos, beicon y tortitas venía de la otra parte de la casa.

Salí por la puerta que comunicaba las dos viviendas y llegué a la cocina de la parte del resto de mi familia. Mi boca se quedó colgando cuando vi toda aquella comida sobre la mesa.

—Lo ha preparado Esme —desveló Alice, que salió de la nada y se puso a mi lado—. Buenos días —me dio un beso en la mejilla y pegó un brinco para sentarse en la meseta.

—Buenos días —sonreí, observando todo aquel desayuno.

—¿Qué tal habéis dormido? —quiso saber.

—Bien —y de pronto, me acordé de mi pesadilla—. Alice.

—Dime.

—Tú sabes de significados de los sueños, ¿no? —interrogué, apoyando mi cadera en la encimera, a su lado.

—Un poco —se encogió de hombros.

—¿Qué significa soñar con un corazón?

—Depende. ¿Qué has soñado? —quiso saber, con esa suspicacia que había hecho que se diese cuenta enseguida de que se trataba de algún sueño mío.

—¿Recuerdas ese lobo normal al que Razvan le quitó el corazón?

—Sí, claro.

—Bueno, verás, he tenido dos pesadillas —empecé a explicarle—. En la primera aparecía Razvan, y tenía el corazón de ese lobo en la mano. El corazón latía y estaba vivo. Después de eso salía Jacob y yo no podía moverme, ni hablar, y él empezó a ponerse muy triste, pero por más que le decía que le quería, no me escuchaba, es como si él oyese otra cosa. Y tampoco podía llorar —recordé—. Entonces se daba la vuelta y se perdía en la niebla para siempre... —musité, con un hilo de voz, al recordar ese horrible rostro de angustia. Tomé aire y seguí hablando—. La segunda pesadilla era casi igual, sólo que la que llevaba el corazón en la mano era yo, Razvan no aparecía, y cuando Jacob se perdía en la niebla, al corazón le salía una mancha marrón oscuro que se extendía rápidamente. Yo

intentaba limpiarla, pero no había forma, y luego sentí que tenía que llevar conmigo ese corazón, no sé, que tenía que protegerlo...

Mi tía se quedó pensativa.

—No sé qué puede significar. Normalmente, un corazón suele simbolizar el amor, la vida y también la relación con la persona del sexo opuesto más importante, en el caso de una mujer su padre o, si la tiene, su pareja —mi propio corazón sufrió un calambre, de la impresión—. Pero ese corazón no es el tuyo, ni tampoco el de Jacob... —se llevó la mano a la barbilla, con un gesto reflexivo—. Puede que el hecho de que ese corazón fuera el del líder de esa manada te haya afectado y lo hayas relacionado en tu subconsciente con Jacob, ya que después sentiste que debías protegerlo al verlo enfermo.

—¿Quieres decir... que el corazón se oscureció porque mi relación con Jacob irá mal? —pregunté, llevándome la mano al pecho.

—No, claro que no —declaró, sin un mínimo de duda en el tono de su voz—. Soñar con un corazón enfermo significa preocupación por esa persona, no que la relación vaya a ir mal. Bueno, también puede significar una enfermedad, pero en el caso de Jacob eso sería imposible, así que no lo veo probable. Lo más seguro es que estés preocupada por Jacob, más que de Jacob, con algo relacionado con él. Estoy segura que sueñas con eso porque te preocupas por él, por sus salidas con la mandada y esos peligros que siempre revolotean a su alrededor, eso añadiendo los nervios de la boda y todo el asunto de tu amiga —llevó su mano helada a mi mejilla para acariciármela—. No le des más importancia. No todos los sueños tienen por qué significar algo. Los sueños, sueños son —y alzó sus estrechos hombros.

—No, Alice —negué con la cabeza, mirándola con desasosiego evidente—. Este sueño significa algo, lo sé... Trae un mal augurio...

Los ojos dorados de mi tía estudiaron mi expresión durante un rato.

—Yo no he visto que vaya a pasar nada malo —declaró, finalmente, con certidumbre.

—¿Seguro? —inquirí, mordiéndome el labio.

—Hay una parte de mi futuro y del resto de nosotros que no puedo ver bien, pero es un periodo corto de tiempo, el de un acontecimiento importante, e intuyo mucha felicidad —me desveló—. Y eso sólo puede ser porque estaremos en La Push rodeados de metamorfos, así que te aseguro que no pasará nada malo y que habrá boda, y será perfecta, ya lo verás —aseguró, sonriéndome.

Aún sentía que ese sueño era un mal presagio, pero sus palabras me calmaron un poco en cierto modo, porque ella había intuido felicidad.

Le sonreí, más aliviada, me despegué de la meseta y abracé su pequeño cuerpecito.

—Gracias, tía —le agradecí, dándole un beso.

—De nada, cielo —sonrió ella también, frotándome la espalda—. Y ahora será mejor que pruebes ese desayuno, si no, se enfriará y Esme se llevará un disgusto —dijo, separándose de mí.

—Sí, estoy esperando a que llegue Jake.

Alice se bajó de la encimera con otro ágil brinco.

—Pues yo voy al salón a buscar a los demás —anunció.

—Es verdad, ¿dónde están todos?

—Carlisle y Esme se han ido al aeropuerto a buscar a Louis y Monique. Em, Rose, Jazz y yo estábamos viendo la televisión, y tus padres se fueron de caza de madrugada, así que estarán al llegar.

—Ah.

Al final, Jacob tenía razón y se habían ido a cazar por la noche.

—Bueno, vengo ahora —canturreó mientras salía por la puerta.

—Vale —sonreí, dándome la vuelta hacia la mesa.

Me quedé observando ese mantel repleto de comida, y ese pastel de fresas que a Esme le salía tan bien llamó especialmente mi atención.

No pude evitar sucumbir a la tentación y cogí una de las fresas que adornaban el postre.

Cuando estaba a punto de llevármela a la boca, una manaza me la quitó por las espaldas. Giré medio cuerpo para mirar y vi cómo Jake se la metía en la boca a toda prisa mientras sonreía.

—¡Jake! —le regañé, riéndome.

Se carcajeó con travesura y me rodeó por detrás con esos brazos fuertes y cálidos para darme un beso en la mejilla.

—¡Qué bien huele! —exclamó, despegándose de mí para sentarse corriendo en la mesa.

—Lo que yo dije ayer, esto es como un hotel de cinco estrellas —me reí, tomando asiento a su lado.

—Ya te digo —rió, frotándose las manos a la vez que pensaba por dónde empezar.

Acabábamos de comenzar a desayunar, cuando Alice llegó con el resto de mis tíos, que nos dieron los buenos días, bueno, excepto Rose, que a mí ya me los había dado y a Jacob le dedicó un “hola, chuchó” con

una mueca de hastío fingido. Se sentaron a nuestro alrededor y la mesa se llenó de charlas.

Creía que no íbamos a ser capaces de terminar todo lo que había sobre el mantel, pero me equivoqué. Esme había calculado a la perfección, puesto que ya sabía todo lo que comía mi chico.

Justo cuando terminamos, la mesa empezó a revolverse.

—Bueno, me voy al salón a jugar con la consola —anunció Emmett, con una sonrisa enorme, mientras se levantaba de su silla y ya salía disparado por la puerta.

—Te acompaño —le siguió Rosalie.

—¿No nos vais a ayudar a recoger todo esto? —inquirí, viendo cómo mis tíos se escaqueaban.

—Ah, yo acabo de recordar que tengo que hacer un recado muy importante —alegó Alice, y acto seguido sólo se vio un borrón que se esfumaba a toda prisa.

—Voy contigo —y Jasper salió tras ella.

—Tendrán cara... —murmuré, frunciendo el ceño y los labios, aunque pronto lo cambié por una sonrisa.

Nada más levantarnos de la mesa, mis padres aparecieron por la puerta y pasaron a la cocina, hoy estaban especialmente alegres.

Jacob y yo nos miramos y no pudimos disimular una sonrisita cómplice que no escapó a los ojos de mi padre, aunque también vio nuestras mentes, por supuesto.

Papá carraspeó, juraría que algo apurado, y se acercó a mí para darme un beso en la frente.

—Buenos días, princesa —sonrió.

—Buenos días —le saludé, con otra sonrisa mayor.

Volvió a carraspear y le dejó paso a mamá.

—Buenos días, chicos —siguió ella, toda sonriente, dándonos un beso en la mejilla a Jacob y a mí—. ¿Habéis dormido bien?

Papá ya le estaba echando una mirada asesina a Jake, seguramente porque estaba viendo lo que éste estaba a punto de soltar por esa boca.

—Sí, hemos dormido genial —intervine yo, con una sonrisa, antes de que a mi novio se le ocurriera decir algo.

Le agarré del brazo y le di un apretón con la mano para advertirle; la sonrisa de Jacob se amplió, aunque conseguí mi objetivo y no dijo nada.

—Me alegro —dijo mamá—. Oye, Jake, ¿te importa si te la robo un rato? Me apetece dar un paseo con ella, bueno, si a ti te apetece, claro —terminó, dirigiéndose a mí.

—¿Cómo no me va a apeteecer? —exclamé, cambiando el brazo de Jake por el de mi madre.

—Estupendo —sonrió ella, poniendo su mano sobre la mía—. No te preocupes, Jake, no te la quitaré demasiado tiempo.

—No importa, pasadlo bien —sonrió él.

—Vendré luego, ¿vale?

—Sí, sí, iros ya —me instó, haciendo gestos con las manos—. Yo me quedaré aquí fregando esto.

—No te preocupes, yo te ayudaré, así tú y yo hablaremos sobre ese... mote que me has puesto —declaró mi padre, con una voz y un semblante amenazantes.

—No te quejes, te he puesto un mote muy guay —afirmó Jake, con una sonrisita burlona—. Además, la culpa es vuestra.

—En eso te doy la razón —aceptó, con resignación.

—¿De qué mote habláis? —quiso saber mamá, con una sonrisa inocente.

—Mejor no te lo digo... —murmuró mi padre.

Mamá frunció el ceño con extrañeza, aunque tampoco dijo nada.

—Bueno, vamos —me azuzó ella, empujándome hacia delante.

—Que te sea leve —le cuchicheé a Jacob con una risilla, y me dio tiempo a darle un beso corto en los labios.

Salimos de la cocina, pasamos a su parte de la casa y subimos al dormitorio, ya que tenía que coger un gorro de lana y unos guantes que me había comprado junto a la parca específicamente para venir a Alaska.

Me puse toda esa ropa extra y salimos de la vivienda de mis padres por la puerta que daba al exterior.

—¡Está nevando! —exclamé, alzando las manos para que unos cuantos copos cayeran sobre mis guantes.

Mi boca era la única que soltaba un vaho caliente que se difuminaba en el gélido ambiente.

—Sí, aquí nieva todo el invierno —se rió ella, al ver mi entusiasmo.

—Qué guay —y me agarré a su brazo de nuevo.

Comenzamos a caminar por la nieve, internándonos en el bosque que rodeaba a la casa. Mi madre lo hacía con gracilidad, casi parecía que sus pies flotaban sobre la nívea superficie, en cambio, mis botas se hundían

en cada paso que daba, parecía una patosa, y eso que era mitad vampiro. El suelo no era lo único, las copas de los árboles y las ramas también estaban cubiertas de esa gruesa capa blanca, confiriéndole al bosque un aire bucólico y de postal de Navidad.

—Te vas a congelar a mi lado —me advirtió mamá.

—Qué va, voy muy abrigada —aseguré, con alegría.

—¿Jacob tuvo algún problema con el señor Farrow para poder venir? —inquirió—. No quisiera que esto le causara algún problema en el trabajo.

—No, para nada —reí—. Jake es el ojito derecho del señor Farrow. Va a tener que hacer alguna hora extra las próximas semanas, pero es lo único que le exigió.

—Vaya, sí que lo tiene bien considerado.

—Sí —volví a reír.

—¿Estás contenta de haber venido?

—¿Bromeas? Estoy feliz, bueno, estamos felices —maticé, con una risita—. Esto es una maravilla, y ya teníamos muchas ganas de veros y de conocer la casa. Y encima, me libro de una semana de clase.

—Nosotros también teníamos muchas ganas de que vinierais —declaró, pasando su brazo por mi espalda para estrecharme contra ella y darme un beso en la mejilla.

Me soltó para no hacerme pasar más frío y nos quedamos en silencio durante un corto rato, en el que se escuchó el chillido de un águila que sobrevolaba por encima de los altos pinos.

—Renesmee.

—Dime.

—Quiero... quiero pedirte perdón —musitó, frotándose las manos sin parar.

Me paré en seco al ver su rostro enfrascado y compungido, obligando a que ella tuviera que hacer lo mismo.

—¿Pedirme perdón? —inquirí, sin comprender—. ¿Por qué?

—Por todo lo que te hice pasar por mi turbación con el tema de Jacob.

Pestañeé, un poco sorprendida, puesto que yo ya ni me acordaba de todo aquello.

—No hay nada que perdonar, mamá —sonreí para quitarle hierro al asunto—. Eso ya pasó, y además, tú misma lo has dicho, todo se debió a tu turbación.

—Ya, ya lo sé —asintió, cerrando los ojos con preocupación—. Sin embargo, quiero contártelo todo y explicártelo.

—Ya me lo explicó papá en su momento —le calmé, acariciando su mejilla de mármol.

—Sí, pero yo tengo una conversación pendiente contigo —manifestó, cogiendo mi mano para darle un beso en el dorso. Después, la bajo y la rodeó con sus dos manos—. Quiero hablarte de ello igualmente, explicarte yo misma lo que me pasó, por qué reaccionaba así, con esos celos, y por qué me centré especialmente en Jacob.

—Mamá, no hay nada que explicar, en serio... —intenté que lo dejara.

—No, deja que me explique —insistió, cogiéndose de mi brazo para empezar a caminar—. Esa turbación hacía que yo no fuese yo, me llevó a una espiral que hacía que mi cabeza reviviera todos esos sentimientos que tenía en mi vida humana hasta tal punto, que los sentía como reales, pero no lo eran, luego me di cuenta.

»Todo se me juntó. Para empezar, tu rápido crecimiento me afectó bastante, y no sólo por el hecho de que mi única hija ya fuera casi adulta en sólo seis años y no hubiera disfrutado de su niñez, sino porque me di cuenta de que, poco a poco, te ibas alejando de mí, cada vez más. Al principio, no quería reconocerlo, pero no me quedó más remedio que ver la verdad, que tú habías nacido para Jacob, y que jamás me perteneciste a mí ni a tu padre, siempre fuiste suya.

—Mamá...

—Estoy bien, ya lo tengo muy asimilado —se rió, dándome palmaditas en la mano—. Eso ya lo he superado, no te preocupes. Además, no sólo fue eso lo que me afectó. Mi problema fue que se me juntaron muchas cosas y todo fue tan rápido... Tu crecimiento fue una eclipse de la espiral, pero hubo más cosas.

»Siempre supe que tú y Jacob terminaríais juntos, sabía que había otras posibilidades, por supuesto, pero era tan evidente. Ya erais almas gemelas incluso antes de que tú nacieses, pero cuando lo hiciste, se hizo aún más obvio. Y no sólo por vuestras similitudes, todo lo hacíais de una forma completamente sincronizada, era increíble —sonrió con añoranza al recordar y no pude evitar hacerlo yo también—. Cuando tú saltabas hacia Jacob, él ya extendía los brazos al mismo tiempo, era como si ya supiese lo que pasaba por tu mente antes de que lo realizaras —rió—. Y siempre estabais juntos, a todas horas. Era imposible despegarte de él,

hasta los invitados que tuvimos en casa para ayudarnos con los Vulturis, cuando vinieron la primera vez, se dieron cuenta de vuestro gran apego. Sin embargo, nunca me imaginé que tú también estabas imprimada de él, y cuando nos lo dijisteis, y nos revelasteis que te ibas a quedar en La Push con él, me afectó, porque siempre di por hecho que estaríamos juntas toda tu vida y que nada podría separarnos.

—Nada podrá separarnos nunca, mamá, aunque estemos lejos físicamente y no podamos vernos todos los días.

—Sí, lo sé —suspiró como avergonzada—, pero en ese momento me afectó, porque se me juntó con el resto de cosas de la espiral, ¿comprendes? Y encima, me hizo comprender a Renée y empecé a sentirme un poco identificada con ella —agachó la cabeza y fijó la mirada en el suelo—. Ella era otra elipse de la espiral.

»Y no sólo ella, Charlie también me preocupaba, y no sé por qué, empecé a pensar en el tema de la muerte y todas esas cosas, en que no iba a poder despedirme de Renée el día en que ella falleciera —sin duda, esto seguía preocupándole, porque hizo una pausa, tomó aire y siguió hablando—. También me dio por pensar en que no iba a poder tener más hijos, etcétera, etcétera, etcétera... En fin, que esa espiral hizo que me diera por pensar en cosas raras que no venían a cuento —volvió a reír, aunque, esta vez, no lo hizo con tanto brío como antes.

»Y ahora viene lo que te quería explicar, por qué Jacob era el núcleo de toda esa espiral —siguió, frotándose las manos con nerviosismo.

—Ya lo sé, papá me lo contó todo —le corté, para evitarle el mal trago—. Todas esas cosas que te preocupaban fueron acumulándose poco a poco, y con mi rápido crecimiento, todo estalló y te hizo caer en esa espiral. Esa turbación hizo que entrases en un estado de confusión, que te perdieses a ti misma, incluso que añorases cosas que tenías en tu vida humana y que te diste cuenta que ya no ibas a volver a tener; y lo que más añorabas en ese momento era a Jacob, porque cuando eras humana, sentías una dependencia hacia él, y la turbación te hizo sentirla de nuevo, por eso sentiste que le necesitabas. Y a la vez, la espiral hizo que tú revivieras todos esos sentimientos que tenías hacia Jacob en tu vida humana. Tú los sentías como reales, pero no lo eran. Y la turbación, o espiral, como tú la llamas, hacía que explotasen esos celos sin que pudieras hacer nada para evitarlo, porque tú sentías que seguías enamorada de Jacob. Todo fue como una bola de nieve que se fue haciendo más grande. Papá también me explicó que esas turbaciones que

os dan a los vampiros os vuelven más inestables e incontrolables, porque es un estado de enajenación transitoria, como una pequeña depresión, por eso te daban esos ataques de celos y no los podías controlar. Pero todo era como una ilusión, porque, en realidad, ya no sentías nada hacia él.

—Vaya, veo que tu padre te lo ha explicado todo a la perfección —parpadeó, sorprendida.

—Ya te lo dije —reí—. Papá me lo contó todo de pe a pa, y a Jacob también, así que no tienes que explicarme nada más, ¿vale? —le dije, acariciando su brazo—. Olvidalo de una vez, ya es agua pasada.

Mamá se paró y se puso frente a mí.

—Aún así, necesitaba decírtelo ahora que ya estoy curada, porque cuando sucedió todo, llevaba tiempo queriendo hablar contigo, pero no me sentía preparada —confesó, colocando dos mechones de mi pelo hacia delante—. Todo estaba demasiado reciente y todavía me daban esas explosiones de celos absurdos que podían seguir hiriéndote —sus manos dejaron mi cabello y su rostro bajó para mirar al suelo con pesar—. No quería que se repitiera lo que pasó aquel día, cuando llegaste después de estar con Jacob. No te imaginas lo que me arrepiento de ese comportamiento.

Ya sabía a qué día se refería. Ese en el que Jake y yo nos habíamos entregado el uno al otro por primera vez, el primer día de mi primer celo, ese en el que me había enzarzado con mi madre en una discusión por culpa de esos celos suyos, y yo también había tenido mi parte de culpa. Visto ahora en frío, y sabiendo todo lo de su turbación, veía los fallos que yo había cometido.

—No importa, mamá. Además, yo tampoco es que manejase muy bien el asunto —reconocí—. Debí de haberme callado y no azuzar más con mis contestaciones. Pero, ya sabes, a veces soy muy impulsiva y me puede mi temperamento —me reí.

—Sí, sí que importa —opinó, siguiendo con esa expresión de angustia—, porque me hubiera gustado haber sido la misma de siempre, ser tu madre, pero tu amiga, que tú hubieses confiado en mí como siempre habías hecho y que me contaras tus sentimientos, tus confidencias. Y por culpa de esa turbación, me comporté como una idiota histérica. Además, sé que todo aquello de mis celos te afectó, por eso también quería pedirte perdón por habértelo hecho pasar tan mal.

—No fue para tanto —dije, para suavizar.

—Sí, te hice pasar un mal rato —sonrió con redención, acariciando mi mejilla con dulzura.

—Bueno, tengo que reconocer que tus celos me molestaban bastante —reconocí, con una sonrisilla—, pero no por los celos en sí, sino porque actuabas de esa forma tan rara que hacía que no fueras tú misma, había veces que no te reconocía, y era una situación tan extraña... Aunque lo que más me dolía de todo era verte sufrir, ver que lo estabas pasando tan mal. Y esos sentimientos encontrados que tenías hacían que yo misma me bloquease y que no supiera qué hacer para aliviarte. No sé, fue todo un poco raro, la verdad —reí—. Pero ya pasó, y no merece la pena que perdamos más tiempo hablando de ello, ¿no te parece?

—Tienes razón —asintió, con una sonrisa, más aliviada—. Ahora me apetece recuperar todos esos meses tontos contigo. Sin embargo, también quiero pedirte perdón. ¿Me perdonas? —y estiró los brazos para que la abrazase.

Puse los ojos en blanco, porque no tenía nada que perdonarle, pero me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos con fuerza para que se sintiera mejor y lo dejase estar de una vez, aunque tengo que reconocer que también me apetecía darle un buen achuchón.

—¿Ya estás mejor?

—Sí —susurró, apretando su abrazo.

—¿Y la turbación ya se ha ido? —quise saber, despegándome un poco de su helado cuerpo, con las bajas temperaturas de allí ya tenía bastante, aunque lo hice para verla mejor—. ¿Ya estás curada del todo?

—Sí, ya vuelvo a ser la misma de siempre —sonrió—. Y Jacob no me gusta nada de nada —su sonrisa perfecta se amplió.

—Mejor —sonreí yo también, aunque en mi caso con malicia.

Se rió con esa risa que sonaba como el canto de una soprano y le di un beso en la mejilla, separándome de ella del todo.

Iba a iniciar la marcha, cuando ella me detuvo, agarrándome del brazo.

—Espera, quiero decirte una cosa.

—¿Más?

—Sí, sólo es una cosa —hizo una pequeña pausa y clavó sus dorados ojos en los míos con determinación—. Ya sé que no hace falta que te diga nada, pero quiero que sepas que me hace muy, muy feliz que estés con Jacob y que el hombre que hayas escogido para casarte sea él —murmuró, con un hilo de voz emocionado que hizo que mi garganta se viera

invadida por un grueso nudo—. No habría nadie en este mundo mejor para ti, no podría entregarte a nadie más, y no habría nadie en este mundo mejor para él que tú. Me siento muy feliz por los dos, porque os quiero, y sé que estáis hechos el uno para el otro, habéis nacido para estar juntos. Os deseo toda la felicidad del mundo y os doy mi bendición.

—Mamá... —murmuré, emocionada, abrazándola de nuevo—. Te quiero.

Ahora fue ella la que me separó para mirarme. Y volvió a hacerlo fijamente.

—Yo también te quiero, más que mi propia vida, no lo olvides nunca —susurró, pasando sus dedos fríos como la propia nieve que pisábamos por mi mejilla.

Le sonreí y le di un efusivo abrazo con beso incluido.

—Bueno, lo dejaremos ya, ¿no? —protesté, en broma, mientras me despegababa de ella—. A este paso vas a hacerme llorar —y me limpié una lágrima con el nudillo de la mano.

—Sí, ya está —suspiró, con alegría, levantando los brazos para estirarse—. Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte.

Bajó los brazos para pasar uno de ellos por mi espalda. Me estrujó contra ella y me dio una serie de besos en el pómulo.

—¡Ay, mamá! ¡Me vas a congelar! —me quejé, entre risas, tratando de despegarla de mí.

—Ah, claro, si yo fuera Jacob, seguro que no te opondrías... —insinuó, riéndose, a la vez que me liberaba.

—Por supuesto que no. Jake siempre está calentito y nunca paso frío con él —afirmé, toda sonriente.

Mamá se rió y volvió a cogerse de mi brazo para iniciar la marcha.

—Tengo que decirte que tu padre está gratamente sorprendido con Jacob. No se esperaba que fuera a... *respetarle* —se rió.

—Ah, pero, ¿pudo escuchar eso? Creía que esta noche había estado demasiado entretenido como para prestarnos atención —me burlé, mirándole con intención.

Mi madre se paró en seco, forzándome a mí a hacer lo mismo.

—¿Nos... oísteis? —quiso saber, avergonzada.

—No, solamente el... taladro —y exploté en una risa.

—¿El taladro? —murmuró.

—El cabecero, mamá, el cabecero —le aclaré.

—Oh, Dios, qué vergüenza —lamentó, llevándose la mano a la cabeza con la boca abierta en una sonrisa que delataba que no se lo podía creer.

—Bueno, no es para tanto. Fuisteis muy silenciosos, la verdad. Pero la próxima vez, apuntalar bien ese cabecero, o mejor, hacedlo en otro sitio en el que no se oiga nada, ¿vale? —bromeé.

Me dio un pequeño manotazo en el brazo como regañina mientras se mordía su sonriente labio, y yo me reí más.

—No nos dimos cuenta —reconoció, siguiendo mi broma—. Lo cierto es que estábamos muy concentrados y no reparamos en el cabecero.

—Pues sí que teniais que estarlo, porque no escucharlo...

—¡Renesmee Charlie Cullen, vale ya! —me riñó, entre risas—. Se nota que eres igualita a Jacob.

—Gracias —me reí.

Me cogió del brazo por enésima vez y comenzamos a caminar de nuevo.

Estuvimos un rato en silencio, hasta que ella lo rompió.

—Ayer me llamó Renée —me desveló de pronto, y su rostro volvió a ponerse algo triste—. Otra vez insistió en verme.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer con ese tema? —pregunté, frotándole la mano.

—No hago más que darle vueltas al asunto —suspiró—. No sé qué hacer.

—¿Y por qué no le dices la verdad? —le sugerí—. No sé, Charlie lo sabe y lo ha aceptado, ¿no? Tal vez si se lo dices a Renée, también lo acepte y se arregle todo.

—Charlie lo sabe, pero no lo sabe —me corrigió—. Quiero decir, que él sabe que somos... algo, sin embargo, prefiere no pensar en la palabra, y mucho menos pronunciarla en voz alta. Creo que eso es lo que le mantiene cuerdo —se rió—. Ya tuvo bastante con ver la transformación de Jacob en su día. Pero Renée es diferente, ella no se va a conformar con saber que soy algo diferente y ya está, ella va a querer saberlo todo, cada detalle, por mínimo que sea, y ahí está el peligro.

—¿Tienes miedo de que no te acepte?

Se quedó mirando al frente, pensativa, durante un rato y luego siguió hablando.

—Sí, a decir verdad, eso me horroriza —confesó, con un hilo de voz—. Creo que no podría soportar que mi madre me rechazase.

—Ella no te rechazaría, mamá. Puede que le diera un patatús o algo cuando descubriera que eres un vampiro —bromeé—, pero enseguida vería que eres la misma de siempre y que eres buena. Además, eres su hija, y te echa mucho de menos. Creo que saber que su hija es un vampiro no sería nada comparado con poder verla siempre que quisiera, ¿no crees?

—No sé, Renesmee, puede que tengas algo de razón, pero, poniéndonos en lo mejor y suponiendo que ella lo aceptase todo, que Renée conociera nuestro mundo no dejaría de ser peligroso para ella.

—No si lo mantiene en secreto y se le explican bien todas las pautas que tiene que seguir —rebatí yo.

Mamá me miró sorprendida, como si acabase de caer en algo.

—¿Crees que eso funcionaría? —inquirió.

—Una madre jamás delata a su hijo —afirmé—. Una madre siempre quiere a su hijo, sea lo que sea, y siempre acepta a su hijo con tal de que sea feliz. Renée solamente querrá tu felicidad, y verá que lo eres, que esta es la vida que escogiste, que eres lo que querías ser, así que, aunque al principio le choque, terminará aceptándolo, sobre todo porque te echa muchísimo de menos y hará cualquier cosa con tal de verte con frecuencia. Además, si Charlie lo hizo, ¿cómo no va a hacerlo ella? ¿No decías que Renée es una loca que siempre se cree las cosas más raras?

Su rostro se transformó en una enorme sonrisa y me abrazó con fuerza.

—¡Nessie, Nessie, Nessie! —se rió mientras me alzaba una y otra vez, obligándome a dar saltitos—. ¡Eres genial!

Me reí con ella y me dejó en el suelo para darme un beso.

—¿Entonces, vas a decírselo? —quise saber, alegre.

—Sí, pero primero tengo que hablar con tu padre para que me ayude —declaró, mucho más animada—. Tengo que escoger muy bien las palabras para explicárselo todo lo más claro y normalizado posible, algo que parezca natural y...

De repente, su boca dejó la frase en el aire y su cuerpo se envaró súbitamente, poniéndose en estado de alerta.

—¿Qué pasa? —pregunté, extrañada y algo asustada.

Mi madre se puso delante de mí para protegerme.

—No te separes de mí —dijo con voz tensa, mirando al frente con gesto grave.

Mi olfato tardó unos segundos más en captar el olor que la había alertado a ella. Olor a vampiros.

Ya no pude articular más palabras. Mis piernas se agarrotaron, a la espera, el vaho de mi aliento empezó a salir más agitado y mi corazón comenzó a latir a mil por hora, temeroso. No era por desmerecer a mi madre, sabía que ella era fuerte, pero lo primero que vino a mi cabeza fue mi ángel de la guarda, mi Jacob. Sin él, siempre me faltaría algo para sentirme totalmente protegida.

Llevé mi vista al mismo sitio donde mi madre había fijado sus ojos. Entre aquella cortina de copos, empezaron a distinguirse tres figuras, tres espectros encapuchados, y a medida que avanzaron ya se pudieron visualizar bien. Dos encapuchados descomunales de túnicas gris oscuro y una pequeña de un color casi negro.

Apenas se les veía la cara bajo la capucha de sus capas, pero los reconocí al instante.

Felix, Demetri y Jane se acercaron sigilosamente entre los árboles del bosque, marcando un ritmo lento y cadencioso, tres fantasmas oscuros que flotaban sobre la nieve, hasta que la última hizo un gesto con la mano y se pararon a unos metros de nosotras.

MENSAJE

Jane retiró su capucha hacia atrás, dejando su cabeza totalmente al descubierto. Su rostro aniñado hubiera parecido dulce, si no fuera por ese iris encarnado que rodeaba a sus pupilas. Me dedicó una extraña mirada a mí, entrecerrando algo sus ojos de color rojo con una frialdad y un odio que me dejaron sin aire por un instante, y mi madre le gruñó con advertencia. Sin embargo, Jane ignoró totalmente este gesto. Despegó la vista de mí y la dirigió a nuestras espaldas.

No tardamos mucho en descubrir por qué lo había hecho. Estábamos bastante cerca de la casa, así que mi padre seguro que había escuchado mis altos pensamientos, o tal vez los de Jane y compañía. Mi progenitor y mis tíos llegaron tan rápidos como tornados y se pusieron a nuestro lado, adoptando una postura defensiva. Sin embargo, los ojos de Jane seguían sin moverse, continuaban esperando algo al frente. Dos segundos más tarde aparecía mi colosal lobo rojizo a toda velocidad, se abría paso entre mi familia y se ponía junto a mí para protegerme, emitiendo un potente rugido y mostrando su poderosa dentadura entre gruñidos.

Mi mano se aferró a su pelaje y ya me sentí completamente protegida. Jane no tenía nada que hacer contra el escudo de mi madre, pero contra el poder espiritual de Jake mucho menos, puesto que éste purificaba cualquier ataque por maligno que fuera y lo disipaba como si fuera un simple humo. Con Jacob a nuestro lado, el don de Jane no existía.

Pero esa media sonrisa que ya había empezado a dibujarse en mi cara se me borró de repente. Ahora las pupilas de Jane no se despegaban de mi lobo, y no lo miraba mal, precisamente.

Demetri y Felix se agazaparon ante el potente rugido de Jacob, a la defensiva, y también mostraron sus colmillos entre gruñidos.

—Tranquilo —le dijo mi padre, interponiendo su mano para calmarle—. No vienen para llevársela.

Jane giró medio cuerpo hacia sus compañeros y volvió a alzar su brazo. Los dos guardias de los Vulturis obedecieron la orden y dejaron sus poses a la vez que ella miraba al frente de nuevo.

Jacob también se tranquilizó, aunque no se relajó del todo.

—Vengo en son de paz —habló Jane, levantando el rostro con orgullo.

—¿A qué se debe tu visita? —quiso saber mi padre.

—Vengo a ver al Gran Lobo —y sus ojos se clavaron otra vez en Jacob.

¿A verle? ¿Y para qué quería verle? Mi mano agarró ese mechón de su pelambrea con más fuerza, temerosa.

Nadie preguntó cómo habían dado con mi familia y cómo sabían que Jacob y yo estábamos aquí. Demetri tenía buena fama.

—Eso ya lo he visto. ¿Y la razón? —preguntó mi progenitor.

—Traigo un mensaje de Aro para él.

Mi corazón se congeló por un instante. ¿Un mensaje? ¿Qué mensaje querría darle Aro a Jacob?

Jake emitió un gañido.

—Dice que se lo digas ya —le comunicó papá, seguramente utilizando otros vocablos más adecuados.

—Mis órdenes son que tengo que dárselo en persona, en su forma humana, quiero decir —soltó ella, con arrogancia.

—La orden fue que le dieras el mensaje, Aro no te dijo que tuviera que ser en su forma humana —reveló mi padre—. Él te oye igual.

¿De qué iba esto? Mi ceño se frunció automáticamente.

—Pero yo prefiero hacerlo en su forma humana —rebatí Jane, con un gesto obstinado—. Además, tengo que hablar con él y necesito escuchar sus respuestas de su propia boca.

Mi lobo resopló, cansado, y se dio la vuelta con rapidez para esconderse tras un grueso tronco, dejando a mi padre con la frase que iba a decir colgando y con un semblante disconforme. Cuando salió de su escondite, caminaba sobre dos piernas, con esos vaqueros largos como único abrigo.

Mientras se acercaba, me fijé en cómo lo miraba Jane y mi mandíbula se cerró audiblemente. Sus pupilas lo repasaron de arriba abajo descaradamente y su labio se curvó hacia arriba con agrado evidente. No pude evitar que me chirriaran las muelas.

Enana descarada...

En cuanto Jacob se colocó a mi lado, agarré su mano y entrelacé nuestros dedos con fuerza, clavándole una mirada de advertencia a Jane, que me correspondió con la misma vista que me había dedicado al principio.

—Bueno, ¿qué es ese mensaje que me tienes que dar? —inquirió Jacob, impaciente.

Jane dejó mis pupilas para mirarle, eso sí, no sin antes volver a echarle un buen repaso de abajo arriba.

¿Pero por qué no hacía más que mirarle de esa forma? No, no le miraba, se lo estaba comiendo directamente.

Ahora entendía por qué había insistido en hablar con él en su forma humana. Mi mano libre se cerró en un puño que hubiese sido más apretado si no hubiera sido por el dichoso guante. Como no dejase de mirarle así, le iba a sacar los ojos.

—Aro quiere saber si son verdad esos rumores que dicen que os vais a casar —dijo Jane al fin.

Nos miramos los unos a los otros, extrañados. ¿Aro la había enviado desde Volterra para preguntarle eso a Jacob?

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora esos vejestorios tienen *paparazzis*? —inquirió Jake, en un tono ácido.

Para mi incrédulo asombro y el del resto de mi familia, incluido el mismo Jacob, ella empezó a reírle el chiste, aunque esa risita de estúpido colibrí duró poco.

—Solamente quiere daros la *enhorabuena* —declaró, y al pronunciar la palabra, osciló sus ojos hacia los míos para mirarme con rabia durante un instante.

Fue fugaz, pero me dio tiempo a corresponderle la mirada con otra de odio.

—Pues sí —intervine yo, observándola con orgullo—, vamos a casarnos.

—¿Y cuándo será la... boda? —quiso saber, levantando la barbilla con prepotencia.

—Vosotros no estáis invitados, así que no os importa —respondió mi chico, con insolencia.

La actitud de Jacob no pareció molestarle mucho a Jane, que no le quitaba ojo.

—¿A qué vienen esas preguntas? —interrogó mamá.

—Aro me ha dado algo para vosotros —le anunció Jane a Jacob, ignorando el interrogante de mi madre.

Mi padre fue el primero en bajar el ceño con extrañeza, aunque los demás le seguimos después.

La vampiro se giró de nuevo y le hizo un gesto con la cabeza a Felix, que metió la mano dentro de su capa y le pasó algo pequeño. Ella se volvió hacia Jake y le extendió su mano, enseñándole una cajita recubierta de terciopelo azul oscuro que llevaba un ribeteo en dorado en la zona de la abertura.

Mi cuerpo se tensó al instante.

—Más te vale que no intentes nada —le advirtió mamá—. Él está bajo la protección de mi escudo y somos mayoría.

Emmett hizo chascar las falanges de sus dedos con una enorme sonrisa que pedía a gritos una pelea.

—Sólo le voy a dar esto —replicó Jane, con otra sonrisa, aunque la suya arrogante.

Mi madre miró a mi padre y éste asintió con confianza.

—Está bien, acércate. Tú sola —matizó mamá.

—Dices que sois mayoría, ¿y no os fiáis de nosotros? —se burló Felix, con otra sonrisa altiva.

—Si queréis, también podéis venir y probamos —propuso Emmett, sonriendo y estallando los dedos igual que antes.

La subordinada de los Vulturis levantó el brazo para calmar a sus dos acompañantes, que se quedaron con las ganas de pelear, como Em.

El cielo concedió una tregua y sus oscuras nubes dejaron de descargar la nieve sobre nosotros.

Los pasos de Jane apenas se sintieron, si no llega a ser por las huellas que quedaban marcadas en la nieve, juraría que había venido flotando. Llegó hasta nosotros y se quedó a solo un paso de Jake. Mis muelas volvieron a chirriar cuando lo observó más de cerca. Sí, iba a sacarle los ojos, ya me estaba empezando a cansar...

Su pequeña mano quedó tendida en el aire, boca arriba, con la cajita de terciopelo reposando en su palma. Jacob estiró su mano también, si bien no se movió del sitio, para seguir al amparo del escudo de mamá, y Emmett, Jasper, mi padre y yo misma nos agazapamos, por si acaso.

Jake cogió la caja y, cuando estaba retirando la mano, ella dobló los dedos para rozársela mientras sus pupilas se clavaban en él con un anhelo que no escapó a las mías. Mi chico apartó la mano súbitamente, casi

como si le hubiese dado un calambre, pero a mí una espada de fuego rabioso me atravesó entera y salté como un resorte para ponerme delante de él. Mi labio se retiró hacia atrás, destapando mi dentadura, y mi garganta estalló en un rugido que me sorprendió hasta a mí, de lo extremadamente amenazador que sonó.

¿Qué había sido eso? ¿Acaso estaba intentando tontear con Jacob? ¡¿Cómo se atrevía?! ¡Y encima, delante de mis narices!

—¡No vuelvas a tocarle! —le grité, con furia, mientras ya notaba cómo el calor hirviente recorría toda mi espalda.

Mi madre también mostró sus colmillos y emitió un gruñido nervioso y tenso por la situación.

Jacob me tomó de la mano y se puso a mi lado otra vez, sujetándomela con firmeza para retenerme junto a él y que no me lanzara hacia ella.

—Tranquila, preciosa —me susurró en el oído, y me dio un beso en la mejilla.

Notar su ardiente aliento hizo que me calmara un poco, aunque no le quité ojo a esa arpía. Mi cabeza estaba llena de insultos inenarrables hacia ella que no se podían ni mencionar, aunque mi cerebro los gritaba con furia.

La boca de Jane se levantó para sonreírme con arrogancia y después sus pasos retrocedieron hacia su posición inicial de la misma forma con la que se había acercado.

—¿Qué hay en esa caja? —exigió saber mi padre, pues ni la propia Jane debía de saberlo.

—Deben abrirla para averiguarlo —manifestó ella, con su voz petulante.

Jacob alzó su mano suelta, que era donde tenía la cajita, y, sin soltar mi mano, se ayudó de la otra para levantar la tapa.

Dos anillos reposaban en la almohadilla blanca, en el interior de la caja. Eran dorados, uno de ellos no tenía adorno alguno, pero el otro tenía una fila de piedras incrustadas a lo largo de gran parte del arco superior.

—Oro y diamantes —nos aclaró Alice, que ya se había inclinado hacia delante para echarle el ojo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake, un poco ofendido.

Mi progenitor alzó las cejas con incredulidad, adelantándose a lo que Jane iba a decir.

—Aro quiere haceros un regalo de boda, como disculpa por el malentendido de nuestro último encuentro —declaró Jane.

—¿Un regalo de boda? —repitió Jake, frunciendo el ceño con extrañeza.

—No fue un malentendido —rebató papá—. Secuestrasteis a nuestra hija.

—Entonces Aro no sabía que vuestra hija era otro metamorfo —excusó Jane—. Ni tampoco que él era el Gran Lobo.

—Claro, eso último cambia mucho las cosas para Aro. Y también para ti, ¿no es cierto, Jane? —siguió mi padre.

—No sé a qué te refieres —contestó ella, mirándole con dureza.

—Por supuesto que lo sabes —afirmó él, con seguridad—. Aro iba a enviarle esto a Jacob por correo con un paquete certificado, pero tú le convenciste para que te mandara a ti —reveló para los demás.

La ceja de Jane se alzó con chulería junto con la comisura de su labio, gesto que contestó a la afirmación de mi padre.

—Desde luego. Sólo quería asegurarme de que el paquete llegaba a su destino —declaró ella, con altanería—. Aro me dijo que su contenido era de gran valor.

Eso no se lo creía ni ella. Solamente lo había dicho para que Felix y Demetri no descubrieran sus verdaderas intenciones.

Papá no dijo nada más, se limitó a mirarme con precaución, sin embargo, eso no hizo más que confirmar mis sospechas. A Jane le gustaba Jacob, por eso había venido ella a traernos esto. Mis muelas estaban a punto de romperse en mil pedazos, de lo que se apretaban las unas contra las otras, y mi cerebro chilló esos insultos con más fuerza.

—Bueno, a mí me da igual —intervino Jake, enfadado—. No pienso aceptar nada de ese viejo chiflado, así que ya le estás diciendo que se... guarde su regalo —suavizó, lanzándole la cajita de malos modos. Jane la atrapó sin problemas—. ¿Eso es todo?

—Oh, se me olvidaba que también traigo una carta para ti —fingió que recordaba.

Mi paciencia se estaba terminando...

Sacó un sobre de color hueso del interior de su túnica y se aproximó otra vez con esos pasos metódicos y prácticamente imperceptibles.

Mamá se puso tensa una vez más y mis colmillos se dejaron ver mientras le clavaba una mirada llena de peligro. Como se le ocurriese

intentar algo más, le arrancaría la mano y la machacaría hasta reducirla a polvo.

Su mano se extendió, ofreciéndole el sobre a Jake, pero antes de que él levantara la suya para cogerla, me adelanté y atrapé la carta de un zarpazo.

Eso no le gustó a Jane, que entornó sus ojos para mirarme con odio, aunque mi labio se levantó con una malicia más que descarada.

—Ya puedes volver a tu puesto —espeté, observándola con provocación.

Su mentón se alzó con encopetamiento, el mío con advertencia, y se dio la vuelta para regresar junto a los otros dos guardias.

Rompí el sello rojo del sobre y lo abrí para sacar la pequeña hoja que albergaba en su interior, cuya textura era tan dura como la del envoltorio; el papel estaba doblado a la mitad.

Lo desdoblé y Jake se arrimó a mí para leer.

Mi estimado Jacob,

Espero aceptes este humilde regalo de boda como símbolo de mis más sinceras disculpas por el desafortunado malentendido de nuestro pasado encuentro. Me gustaría que utilizarais esos anillos para el día de vuestro enlace.

Me sentiría gratamente complacido si tú y tu futura esposa aceptarais mi invitación a mi morada en Volterra para que pudiera disculparme personalmente y pudiese obsequiaros con un regalo mejor. Deseo arreglar nuestras diferencias lo antes posible, pues me siento francamente avergonzado por ese malentendido. Por supuesto, todos los gastos y el alojamiento correrían de mi cuenta.

Espero que aceptes mi invitación y que podamos reunirnos pronto.

Un cordial saludo.

Aro.

Jacob y yo nos quedamos pasmados cuando terminamos de leer la carta. ¿Aro nos invitaba a ir a Volterra para pedirnos disculpas? No podía creerlo.

—¿Qué mierda es esta? —masculló Jake, quitándome el papel para alzarlo con enfado—. ¿Es que se cree que comprándonos con unos anillos y escribiendo una estúpida carta para invitarnos a su agujero vamos a olvidar todo lo que pasó?

—Jacob —gruñó mi padre, entre dientes, regañándole.

—Deberíais aceptar el regalo y las disculpas —respondió Jane, un tanto ofendida—. Aro no suele hacer este tipo de presentes, y mucho menos invitar a nadie a su morada. Debes tomártelo como un honor.

—¿Un honor? —se rió con desdén y después se puso serio—. Puede metérselo todo por...

—Aceptarán el regalo y la carta —le cortó papá, cogiendo el papel antes de que a Jacob le diera tiempo a tirarlo al suelo, mientras lo mataba con la mirada—. Y lamentablemente, la invitación tendrá que esperar. Aro debe comprender que están bastante ocupados ahora mismo con la organización de la boda.

Jacob frunció tanto el ceño, que casi se le clavaba en los ojos, y también le dedicó una mirada inconformista a mi padre. Apreté su mano para que no abriera la boca, ya que si mi padre actuaba así, tenía que ser por alguna razón. Afortunadamente, mi chico me hizo caso y se tragó las palabras que tenía pensado soltar.

Mamá también miró a mi padre un poco extrañada, pero no dijo nada. Tenía confianza ciega en él.

—Me alegro de que haya alguien aquí con criterio —manifestó Jane, alzando la ceja con arrogancia. Tuve que volver a apretar la mano de

Jake—. Ignoraré este pequeño rechazo inicial y le transmitiré a Aro tu mensaje.

Papá no dijo nada, solamente asintió.

La vampiro se acercó a nosotros de nuevo con paso firme y ligero y se detuvo frente a Jake. Esta vez fui incapaz de reprimir a mi garganta, que emitió un gruñido sordo y largo cuando ella se volvió a recrear en el cuerpo y en el rostro de mi novio sin cortarse un pelo. Los músculos de mis piernas se tensaron, preparados para saltar en cualquier momento si a esa golfa se le ocurría volver a rozarle. Mamá también gruñó levemente, aunque a ella el asunto le ofendía más por mí. Jane extendió su mano hacia él, con la cajita de terciopelo azul reposando en su palma. Jacob resopló con enfado y la cogió rápidamente de un solo y veloz movimiento.

—Aro se sentirá muy complacido al saber que habéis aceptado su regalo —afirmó Jane, con un tono petulante. Entonces, clavó sus sucios ojos en los de Jacob y habló sólo para él—. Nos veremos en Volterra.

—Eso si *mi marido* y yo podemos ir —dije, matizando esas dos palabras con ganas.

Sus pupilas por fin se apartaron de él y se movieron hacia mí. Su boca se curvó con un desplante que no me gustó nada, como si no se creyese esos vocablos. Mi puño se cerró con fuerza.

Le volvió a comer con la mirada descaradamente como recuerdo de despedida y se dio la vuelta para regresar con sus compañeros, esta vez, a la velocidad de la luz. Felix y Demetri nos dedicaron una última sonrisa despectiva y se unieron a ella para marcharse a toda velocidad entre los árboles nevados del bosque.

Esperamos un tiempo prudencial, yo con mi cabeza echando humo debido al volcán que tenía dentro y que escupía toda clase de insultos inconfesables hacia esa enana arpía, algunos eran demasiado hoscos y vulgares como para reproducirlos, tanto, que mi padre cerró los ojos con disgusto.

—Ya se han alejado lo suficiente —nos comunicó éste.

—¿Pero qué se propone esa... *furcia*?! —exploté, y me costó pronunciar ese vocablo que había cambiado a última hora.

—Ya te había echado el ojo la otra vez, pero ahora la tienes loca, ¿eh? —se mofó Emmett, dándole un codazo a Jake.

—No digas tonterías —respondió él, con enfado.

Mi mandíbula se cerró audiblemente y papá le miró con ganas de matarle. Em carraspeó y se cruzó de brazos, disimulando que veía algo en las copas de los árboles.

—¿Cómo que te echó el ojo la otra vez? —quise saber, indignadísima, celosísima, enfadadísima.

—¿Serás bocazas? —le reprendió Jacob a mi tío, que siguió su disimulo.

—¿Esa... *golfa* ya se fijó en ti cuando me tenían secuestrada?

No podía dejar de mirar a mi chico de arriba abajo, aunque, claro, no me hacía falta eso para darme cuenta de lo tremendo que estaba, incluso para una mujer vampiro. Seguramente Jacob era algo muy diferente a lo que esa Jane estaba acostumbrada a ver, si es que había visto algo en su vida, y, encima, era el Gran Lobo. Ahora entendía esa frase que mi padre le había dicho antes a ella.

—No tiene importancia, ¿vale? —intentó calmarme Jake, acariciándome mi helada mejilla con esos dedos ardientes que me pusieron todo el vello de punta. Hasta ese momento, no me había dado cuenta del frío que hacía—. Sólo fue una mirada.

Una mirada ya era demasiado...

—Esa ramera es una descarada —espetó Rose con desagrado, sin controlar para nada sus formas. Todos nos volvimos hacia ella para mirarla, mi padre regañándola, aunque ella lo ignoró—. Sabe que Jacob se va a casar con Nessie, y aún así, no le importa. Si hubiera hecho eso con Em, yo me hubiese lanzado a su yugular —y sonrió con una sonrisa tan tétrica, que me dio hasta un poco de miedo.

—Así me gusta, vida mía —aprobó Emmett, dándole un beso que ella correspondió.

—Y yo tenía que haberlo hecho... —murmuré para mí, apretando los dientes con arrepentimiento.

—Bueno, lo de la Pitufina es una chorrada, aquí lo que importa es esta tontería de la carta y los anillos —opinó Jake—. Ahora tendrás que explicarme por qué diablos hemos aceptado su regalito —le echó en cara a papá, con disgusto, pasándole la cajita y el papel de malos modos.

—En este momento no nos conviene quedar mal con Aro —contestó mi progenitor.

—A mí me importa una mierda quedar mal con esa momia chiflada —replicó Jacob, bajando las cejas con enfado.

—Pues no debería —refutó papá, también algo molesto—. Es mejor que Aro crea que no estamos contra él, eso siempre nos evitará posibles problemas. Además, está claro que aquí hay gato encerrado.

—¿A qué te refieres?

—Está claro que él no quiere que vayas a Volterra solamente para pedirte disculpas. Aquí hay algo más. Aro nunca se tomaría tantas molestias sólo para eso. Jamás he oído que le haya enviado una carta a nadie, y mucho menos un regalo tan caro. Estoy seguro que el que seas el Gran Lobo ha influido bastante en su actuación.

—¿Y qué tiene que ver eso? —inquirió Jacob, con extrañeza.

—Ha visto tu enorme poder, y ya ha visto que no puede dominarte ni tenerte entre su guardia, ni a ti, ni a ninguno de tus lobos. Ahora mismo sólo tiene dos opciones: tenerte de enemigo o tenerte de aliado.

—Y eres un enemigo demasiado duro, incluso para él —siguió Emmett, con una enorme sonrisa.

—Ya veo, si no puedes con tu enemigo, únete a él, ¿no? Pues si está esperando a que yo sea su aliado, va listo —se rió Jake—. Y desde luego tampoco pienso ir a su madriguera en Volterra.

—Claro que no, lo que dije de la boda era una excusa para quedar bien —aclaró mi padre—. Más adelante ya encontraremos otra.

—¿Y cómo sabes que Aro quiere que Jake sea su aliado? —le pregunté a papá—. ¿Es que lo has visto en los recuerdos de esa... de Jane? —rectifiqué a tiempo.

—No, Aro no le ha revelado sus verdaderos motivos, seguramente para que yo no pudiera verlo —respondió—. Pero he visto otra cosa muy interesante —hizo una pausa en la que todos nos quedamos expectantes—. En todos los recuerdos de Jane en los que ella estaba con Aro, también aparecía Varick, y éste no se despegaba del líder de los Vulturis en ningún momento.

—¿Varick? —interrogó mamá—. ¿Y para qué quiere Aro a Varick, si tú no estás allí?

—Para evitar que Alice pueda ver ni la más mínima de sus intenciones —intervino Jasper, sorprendido por su propia deducción.

—Exacto —confirmó mi padre.

—Claro, la barrera individual que crea Varick lo aísla de cualquier poder mental, incluido el mío —asintió Alice, llevándose la mano a la barbilla, pensativa—. Ya me extrañaba a mí que todavía no hubiera visto ni un ápice de sus decisiones.

—Eso nos complica las cosas —lamentó Jasper, con desagrado—. Ahora no sabremos si va a actuar en el caso de los gigantes de Razvan, y si lo hace, tampoco sabremos cuándo ni cómo.

—De todas formas, eso es algo que a nosotros no nos incumbe, al fin y al cabo —manifestó Emmett—. Quiero decir, que Aro no parece interesado en llevarse mal con Jake y su manada, y todo lo que haga será en perjuicio de Razvan, si es que hace algo para pararle.

—Em tiene razón —coincidió papá—. El único que me preocupa en este caso es Ryam, ya que podría verse envuelto en todo este asunto.

—Nosotros nos encargaremos de eso —afirmó Jake, usando ese plural para hablar en nombre de la manada—. Helen mantiene el contacto con él, y seguro que podremos arreglárnoslas para saber dónde se encuentra en un momento dado. No me importa lo cabezota que se ponga, le protegeremos. Y si es cierto eso que decís, si Aro descubre que está con nosotros, no se atreverá a hacerle nada, ¿no es así?

—Eso espero —asintió mi progenitor—. En fin, como siempre, tendremos que esperar y estar atentos, por si acaso.

Todos asentimos y se hizo un silencio. Las nubes del cielo comenzaron a dejar caer unos copos de nuevo y una pequeña brisa serpenteó entre los troncos, clavándome su gélido frío en la cara como cuchillas. Me dio un respingo que no pasó desapercibido para Jacob.

—¿Tienes frío? —me preguntó, abrazándome para darme calor.

—Un poco —reconocí.

—Será mejor que vayamos a casa. Carlisle y Esme están a punto de llegar con Louis y Monique —desveló Alice, con una sonrisa satisfecha.

—Sí, vamos —aceptó mi madre.

—Eso, que Jake y yo dejamos la partida colgando y ya iba a ganarle —afirmó Em, con otra sonrisa, empezando a caminar.

—Ja, de eso nada, chaval —rebatió mi novio, llevando sus pasos detrás de él, conmigo bajo su brazo, que se colocó sobre mis hombros para seguir dándome calor.

Los demás comenzaron a seguirnos.

Mientras los dos continuaban con su discusión de broma, algo en la conversación que habían iniciado mis padres llamó mi atención por un instante. Giré un poco el rostro y miré a mis espaldas de reojo.

—Renesmee y yo estábamos hablando de Renée, y temo que Jane haya podido escuchar algo —dijo mamá, mordiéndose el labio con preocupación.

—No he visto nada en su mente a ese respecto, así que no creo que lo haya oído —reveló mi padre, susurrándole con dulzura.

Mamá suspiró con tranquilidad y sonrió.

Mis labios también se curvaron hacia arriba, aunque por poco tiempo, porque la visión de esa enana arpía comiendo a mi novio con la mirada se instaló otra vez en mi cerebro.

Me volví al frente y observé a Jake.

—¿Por qué no trajiste la camiseta? —le regañé un poco—. Así esa... Jane —corregí— no te hubiera visto tanto.

—Tu padre escuchó tu cocorota y la del trío mafioso y salimos corriendo de la casa —me explicó, con su sonrisa torcida—. Tu familia ya me llevaba demasiada ventaja. Sólo me dio tiempo a atarme los vaqueros a mi preciosa cinta de compromiso.

Bueno, eso de preciosa... Todavía me daba un poco de vergüenza lo mal que me había quedado.

—La próxima vez le arrancaré los ojos —murmuré, entre dientes, rodeando su cintura con mis brazos para arrimarle más a mí.

A Jake pareció hacerle gracia mi reacción y se rió con satisfacción. Acercó su rostro a mi cabeza y me dio un beso sobre el gorro.

No tardamos mucho más en divisar la casa. Todos apretamos el paso cuando la vimos, y en menos de un minuto ya estábamos subiendo los pocos peldaños que llevaban a la puerta principal.

Emmett la abrió y nos invitó a entrar, haciendo una reverencia con su enorme cuerpo. Obedecimos encantados y pasamos al interior, donde nos sentamos en el enorme sofá en forma de U para esperar la inminente llegada de Carlisle, Esme, Louis y Monique.

ANTÍDOTO

El salón se llenó de saludos de bienvenida cuando Carlisle y Esme llegaron junto con Louis y Monique.

—Hola, ¿cómo estáis? —saludaba Louis, con su acento francés, mientras se movía con rapidez para abrazarnos uno por uno con unos movimientos propios de una persona hiperactiva que hacía que sus rizos castaños se balanceasen a todas partes.

Su mujer se limitó a darnos un beso a cada uno. Al contrario que su marido, Monique era mucho más comedida y sosegada, haciendo un total contraste con él.

—¿Qué tal el viaje? —inquirió Alice.

—Bien, gracias —respondió Monique—. Sufrimos unas cuantas turbulencias, pero, en general, fue un vuelo muy tranquilo.

—Llevaré vuestras maletas a vuestra habitación —dijo Emmett, asiendo las mismas.

En un parpadeo, mi tío desapareció.

—¿Cómo estáis, mis queridos metamorfos? —nos preguntó Louis a Jacob y a mí, con una enorme sonrisa, llevando sus rizos hacia atrás.

Mi boca se curvó en una risilla.

—De lujo, nos hemos tomado unas pequeñas vacaciones y aquí estamos —contestó Jake, sonriéndole.

—Venid, sentémonos un poco —les exhortó Carlisle, indicándoles el camino hacia el sofá con la mano.

—Oh, sí, estupendo —aprobó Louis.

Todos tomamos asiento, incluido Em, que bajó como una exhalación del piso superior.

Después de un momento de charlas típicas que sirvieron para que nos explicaran cómo les iban las cosas por París, cómo había sido el viaje y todas esas cosas, la estancia se quedó en silencio.

Aunque fue breve.

—Bueno, ¿dónde están esas ecuaciones y esa sangre que hay que analizar? —interrogó Louis, enseguida, dando una palmada alegre—. Estoy ansioso por comenzar nuestra pequeña investigación científica.

—No ha pensado en otra cosa durante estas últimas semanas —nos reveló Monique, con una risa de resignación.

—Mi familia se rió.

—Lo tengo todo preparado en el laboratorio de mi despacho —le contestó Carlisle, con una sonrisa.

—Ya ves que mi esposo tampoco —dijo Esme, con otra sonrisa igual. Mi familia volvió a reírse.

—¿Pues a qué esperamos? —sonrió Louis, poniéndose en pie de un brinco.

—Si nos disculpáis —nos dijo Carlisle.

—Nosotros iremos a la ciudad para que Monique, Jacob y Renesmee la conozcan —le avisó mi padre—. ¿Os apetece? —nos preguntó.

—Sí, genial —aprobo Jacob, levantándose.

—Entonces, nos veremos después —manifestó mi abuelo, ya caminando junto con Louis hacia las escaleras.

—De acuerdo —asintió mi progenitor.

Carlisle y Louis se perdieron escaleras arriba y los demás nos levantamos para marcharnos.

Esta vez Jacob se puso la cazadora para disimular, aunque debajo solamente llevaba una camiseta de manga corta. Se me hizo raro verle así, puesto que jamás le había visto con ropa de abrigo. Nos repartimos entre el Volvo de mi padre, el Jeep de Emmett y el Porsche plateado de Alice. Por supuesto, a Jake le hubiera gustado ir en este último, pero su altura no se lo permitía, así que se quedó con las ganas y terminamos yendo en el nuevo Jeep de Em, que tampoco estaba nada mal, por otra parte.

—Mi familia nos llevó por la zona principal de la ciudad, que estaba al noroeste de la misma; era el único sitio de la localidad que gozaba de edificios altos, ya que el resto de Anchorage constaba de casas bajas de una o dos plantas, a lo sumo. Eso sí, había nieve y frío por doquier. Menos mal que yo tenía a mi Jacob para arrimarme.

—Pasamos toda la tarde visitando la ciudad, aunque enseguida anocheció, así que volvimos a los vehículos y regresamos a la casa.

Mi abuelo y su amigo se encontraban en el sofá, charlando animadamente con una terminología que ninguno de nosotros comprendíamos.

—¡Buf! ¡Qué calor he pasado! —protestó Jake, quitándose la cazadora con precipitación y colgándola del perchero que había en la entrada.

—Tienes un montón de nieve ahí fuera —le sugirió Emmett—, si quieres, puedes salir y rebozarte un poco —y su sonrisa burlona se amplió.

—Muy gracioso —le replicó Jake, con retintín.

Me quité la parca y el gorro y los colgué detrás de él mientras me reía.

—Oh, ¿ya habéis llegado? —inquirió Louis.

—Hola, ¿qué tal la visita? —nos preguntó Carlisle cuando se dio cuenta de que estábamos allí.

Esa conversación debía de tenerles muy entretenidos.

—Ha sido muy interesante —contestó Monique, tomando asiento junto a su marido y dándole un corto beso en los labios—. ¿Y vosotros? ¿Habéis averiguado algo?

—Sí. Por favor, tomad asiento —nos instó Carlisle, dirigiéndose a Jacob y a mí, pues éramos los interesados.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —mis ojos se iluminaron y me senté en el sofá, junto a Jake.

Mis padres y mis tíos también se sentaron.

—La fórmula ha sido bastante fácil de deducir, puesto que la ecuación que nos aportasteis estaba casi concluida —declaró Louis, jugando con sus dedos sin parar.

—O sea, que ya tenéis la fórmula —afirmé, alegre.

—Bueno, tengo que prevenirte —me advirtió Carlisle.

Mi sonrisa se esfumó y cogí la mano de Jacob.

—¿Prevenirme?

—Hemos terminado la ecuación y tenemos la fórmula completa —empezó a explicar—, pero tenemos un problema respecto al asunto del antídoto.

—¿No... no hay antídoto? Pero si tenéis la fórmula...

—No he dicho que no haya antídoto —me corrigió Carlisle.

—¿Entonces, lo hay? —interrogué, sonriente.

—Por favor, déjame terminar.

—Lo siento —murmuré, ruborizada.

—Hemos encontrado un antídoto —alzó la mano antes de que me diera tiempo a sonreír más—, pero su elaboración es muy complicada.

Bajé las cejas a modo de pregunta.

Mi abuelo y su amigo se miraron con cautela.

—La fórmula compone un veneno muy potente —comenzó a explicar Carlisle—. Como había supuesto, éste no cambia la genética del individuo en el cual ha sido inoculado, sin embargo, es lo suficientemente fuerte como para interferir en el sistema endocrino.

—El sistema endocrino es el encargado de regular, coordinar e integrar gran cantidad de procesos fisiológicos —siguió Louis, haciendo unos efusivos gestos con las manos que provocaban que sus ricillos se movieran con soltura—. Para llevar a cabo sus funciones, el sistema endocrino se vale de hormonas, que son unas sustancias químicas producidas por las células endocrinas como respuesta a estímulos específicos. Estas hormonas son las que regulan y coordinan las funciones fisiológicas, ejerciendo sus funciones sobre las llamadas células diana. A través de la sangre o por difusión en el líquido intersticial, las hormonas llegan a las células y...

—Para, para, para —interrumpió Jake, agitando las manos mientras fruncía el ceño con extrañeza—. No entiendo nada de nada. No sé para los demás, pero a mí me parece que estáis hablando en chino.

—Yo estoy con Jacob —apoyó Jasper—. ¿No podéis ser más claros?

—Lo simplificaré todo lo que pueda —Carlisle carraspeó y siguió con su exposición—. El veneno actúa directamente en el hipotálamo, que forma parte del sistema endocrino; es el encargado de controlar la secreción de la hormona del crecimiento. Como su propio nombre indica, esta hormona es la que estimula el crecimiento de tejidos y órganos durante la niñez y la adolescencia. El hipotálamo la segrega a intervalos cada dos horas, y la mayor descarga la realiza durante el sueño, es decir, aumenta mientras se duerme y disminuye durante la vigilia. La producción de la hormona del crecimiento es elevada en niños y adolescentes, y es menor en adultos. Su regulación depende, además del metabolismo, de factores hormonales y nerviosos. Y en este último es donde actúa el veneno.

»Mediante unos complejos procesos químicos, el veneno hace que el hipotálamo responda a estímulos fuertes como la furia o la ira, y esto hace que segregue más hormonas de las necesarias cuando el individuo se excita demasiado, de modo que expulsa la hormona sin intermitencia

alguna y de una forma brutal. Me ahorraré la explicación, ya que son procesos muy complicados, pero esto hace que se desaten una serie de reacciones en el organismo para que crezca desmesuradamente. Cuando el contagiado se tranquiliza, el hipotálamo deja de segregar la hormona y el organismo vuelve a su estado normal por otra serie de reacciones también muy complejas. Por eso vuestros amigos se transforman en humanos gigantes al enfadarse y vuelven a ser humanos normales cuando se relajan.

—Haber empezado por ahí —resopló Jacob.

—Ahora explica lo del antídoto —le pedí, mordiéndome el labio inferior con preocupación.

—Hemos estudiado la fórmula del veneno a fondo —continuó Louis—, y sólo hay una sustancia que podría contrarrestar sus efectos y eliminarlo por completo. Se trata de una sustancia que se encuentra en una flor: la *Drakaea Glyptodon*.

—¿Draka qué? —inquirió Jacob, otra vez frunciendo el ceño sin entender nada.

—*Drakaea Glyptodon* —repitió Carlisle—. Es una flor que pertenece a la familia de las orquídeas. La sustancia se encuentra en su pulpa, lo cual ya resulta un reto por sí solo. Extraer la cantidad necesaria para la elaboración del antídoto resulta muy dificultoso, se necesitaría una buena cantidad de orquídeas para ello.

—Y no sólo eso —volvió a intervenir Louis—. Esta orquídea solamente crece en los suelos arenosos húmedos de la Australia occidental, y para complicar más las cosas, se encuentra en peligro de extinción, puesto que su forma de reproducción es muy limitada, ya que sólo puede ser polinizada por un macho de avispa.

Se hizo un momento de silencio en el que todos tuvimos que pestañear ante tanto exceso de rara información.

—¿Y no hay otra flor o algo que sirva para el antídoto? —quiso saber Jake, rompiendo ese mutismo.

—No que sepamos —respondió Carlisle, frunciendo sus labios con pesar al mirarme—. Seguiremos investigando para ver si podemos dar con alguna otra solución, pero no os podemos garantizar nada, lo siento.

Mis ojos bajaron a la vez que mi boca soltaba un suspiro de desánimo total. Jacob me observó y se quedó pensativo durante un instante.

—¿Cuántas orquídeas de esas se necesitarían? —le preguntó a Carlisle acto seguido, con determinación.

Mi rostro se alzó para mirarle.

—Jacob, es muy difícil —irrumpió papá.

—Pero no imposible, ¿verdad? —y cuando terminó su afirmación, sus ojos regresaron para mirar a Carlisle a modo de pregunta.

—No, no es imposible —le contestó éste—, pero, como ha dicho Edward, sí muy complicado.

—¿Cuántas? —repitió Jake.

—Puede que una docena. Una docena por cada antídoto —matizó—. Es decir, necesitaríamos dos vacunas con el antídoto, así que ya serían veinticuatro. Eso sin contar al resto de gigantes.

—¿Es que vas a ir a Australia a buscar las orquídeas? —inquirí, mirándole sorprendida.

—Ya sería muy difícil que encontraras tantas, pero, aunque consigieras recolectar una sola docena, sería imposible que pasaran el registro en el aeropuerto —habló mi abuelo—. Esas flores están protegidas por el país al estar en peligro de extinción, y la policía lleva a cabo registros muy minuciosos. No es fácil esconder ni una sola orquídea como esa.

—Pero sí que es más fácil esconder las semillas —puntualizó él, con una media sonrisa.

—¿Las semillas? —mis pestañas subieron y bajaron varias veces.

—Es una locura —desaprobó mi padre, adelantándose a lo que ya se fraguaba en el cerebro de Jacob.

—Digo yo que esas flores producirán semillas para la reproducción, ¿no? —respondió Jake—. Si trajera unas cuantas, se podrían plantar y...

—Sería muy complicado con la meteorología de aquí, el clima de Australia no tiene nada que ver con este —opinó Carlisle.

—El clima de La Push es más templado —declaró Jacob, con otra media sonrisa—, y allí también tenemos suelos arenosos húmedos.

—¿Piensas poner una plantación en el jardín de tu casa? —se rió papá, al ver las ideas de mi chico.

Mi abuelo miró a Jacob como si acabara de caer en algo.

—No es tan mala idea, Edward —discrepó él, haciendo que le cambiara el semblante a mi padre—. La primavera está a punto de comenzar, por lo que el clima en La Push será más templado. Si se cubriera la plantación, creando una especie de invernadero que mantuviese la temperatura y la humedad necesarias, esas orquídeas

podrían crecer perfectamente. Solamente tendría que seguir una serie de instrucciones para su correcto mantenimiento.

—Yo me encargaré de eso —me ofrecí, entusiasmada.

—Sí, mejor, no me imagino a Jacob cuidando unas orquídeas con esas manazas —se burló Em.

—Mira quién va a hablar —le replicó Jake, con sarcasmo.

—En fin, si tú lo ves factible —aceptó mi progenitor, hablando para Carlisle.

—Sí, totalmente factible —ratificó éste.

—El único inconveniente es que las plantas no darán su flor hasta la próxima primavera, por tanto, tendremos que esperar un año para obtener la sustancia que necesitamos —nos avisó Louis.

—Supongo que esperar un año no es nada si luego puedes curarte —opinó Jacob, con una sonrisa—. Es mejor que nada, ¿no?

—Claro —le sonreí.

—¿Y cómo piensas ir a Australia? —quiso saber Jasper, dirigiéndose a Jacob.

—Bueno, vosotros lo podéis pagar, ¿no? —sonrió él—. Es por una buena causa.

—Iré contigo —afirmé, sonriendo.

—Por supuesto, preciosa, no tenía pensado separarme de ti ni un segundo —y me dio un beso corto.

—Ni lo pienses, jovencita —me regañó mi padre—. Tú tienes que ir al instituto. Recuerda que tienes que graduarte este año.

—Bah, pero eso no es nada para mí, lo sabes —repliqué yo—. Enseguida cogería el ritmo de la clase.

—Eso ya lo sé, sin embargo, la dirección del instituto podría expulsarte si te ausentas demasiado tiempo —manifestó él.

—Pero si Jake se marcha solo, no podré soportarlo... —murmuré, apretando la mano de mi chico.

Jacob se mordió el labio con preocupación al darse cuenta también de este punto. A él también le costaría mucho estar sin mí demasiado tiempo, y ninguno de los dos soportaríamos ver preocupado al otro.

—No iréis ninguno de los dos —intervino Emmett—. Iremos Rose y yo.

—¿Vosotros? —interrogó Jake.

—Nosotros ya hemos estado en Australia en alguna ocasión —desveló mi tío, con una sonrisa de oreja a oreja—. Conocemos

bien la zona, la cultura, el aeropuerto... En fin, que nos moveremos mucho mejor que una persona que no haya estado jamás por allí. Además, tú tienes que estar con Nessie, y también con tu manada para proteger a Helen y a Ryam.

—Es verdad —caí, frunciendo mi boca.

—Bueno, vale, si los demás están de acuerdo, a mí me da igual —aceptó Jake, de buen grado—. El caso es conseguir esas semillas para tener esas dichosas Draka... Draka...

—Drakaea Glyptodon —le ayudó mamá, con una sonrisa.

—Eso —asintió mi chico.

—Bien, pues ya está —aceptó Emmett—. Nosotros nos prepararemos para partir la semana que viene, cuando ya no estéis.

—Os daré una fotografía de la orquídea para que la podáis identificar, otra de las semillas, así como la zona geográfica exacta de su ubicación y otros datos que necesitaréis —les dijo Carlisle a mis tíos, los cuales asintieron—. Nosotros seguiremos investigando para explorar otras posibles soluciones, por si acaso esto no diera los frutos deseados —manifestó Carlisle, para concluir.

—Ya verás cuando se lo diga a Helen —sonreí. Me giré hacia Jacob y lo abracé con alegría y orgullo, pues todo esto había sido idea suya—. Qué listo es mi chico —aclamé mientras le daba una serie de besos cortos que él correspondió encantado, sonriéndome.

—No te emociones todavía, Renesmee —me advirtió mi padre—. Como acaba de decir Carlisle, esto podría no resultar como quisiéramos.

—Bueno, pero todo apunta bien —afirmó mamá—. Lo último que se puede hacer es perder la ilusión —y me sonrió.

Papá no dijo nada, pero su gesto se torció en una mueca disconforme. Él prefería que no me hiciera ilusiones que luego fueran en vano y me llevase una desilusión. Mi padre siempre tratando de protegerme.

—¿Qué te parece si vamos afuera a jugar un poco con la nieve? —me propuso Jake, con una enorme sonrisita que me retaba a las claras.

—¡Eso ni se pregunta! —exclamé, ya echando a correr hacia el perchero.

Jacob se rió y se levantó, mientras yo ya me estaba poniendo la parca, el gorro y los guantes a toda mecha.

Conseguí terminar antes de que él llegara a mi lado y salí por la puerta la primera a la vez que los dos nos carcajeábamos.

—¡No tardéis demasiado, que la cena enseguida estará lista! —voceó Esme, a nuestras espaldas.

Jacob cerró con un portazo y yo corrí por la nieve, alejándome unos metros de él, aunque siempre delante de la casa, pues ya era de noche y no conocíamos la zona.

—¡Te vas a enterar! —amenacé, cogiendo nieve con las dos manos para hacer una bola grande.

—¡No tanto como tú! —rió él, haciendo otra bola mucho mayor que la mía.

—¡No, esa es muy grande! —protesté, entre risas.

—Bueno, vale, la haré más pequeña —consintió, tirando la mitad de su bola al suelo.

—¡Toma! —y le lancé la mía a la cabeza antes de que terminara, riéndome con malicia.

Jacob se cayó al suelo, del fuerte impacto, y se quedó tendido sobre la nieve, boca arriba.

—¡Venga, ya, Jake! —me reí. Pero Jacob no se movía—. Deja de tomarme el pelo, no cueles —sin embargo, seguía sin levantarse—. Jake, me estás asustando, déjalo ya —nada—. ¿Jake? —mi voz se quebró.

Él continuaba tendido en el suelo por culpa de mi bolazo. Le había dado demasiado fuerte en la cabeza, y una bola de nieve era tan dura como una piedra.

—Oh, Dios —susurré, asustada—. ¡Jake! —grité. Me acerqué corriendo hacia él y me arrodillé a su lado—. ¡Jake! ¡Jake! —murmuré, ansiosamente, mientras mis manos acariciaban su rostro.

De pronto, abrió los ojos y sonrió.

—Al final te lo creíste, ¿eh?

—Eres un idiota —mascullé, mordiéndome el labio con rabia.

Se carcajeó y me atrapó por la cintura para tirarme a la nieve.

—¡Eres un tramposo! —me reí, forcejeando con él.

—¡Fuiste tú la que empezaste! —se rió, rodando conmigo por la névea y helada superficie.

Nos carcajearnos un rato de esta guisa, hasta que los dos terminamos agotados por la pelea y nos quedamos tendidos en la nieve.

—¿Hacemos el ángel? —sugirió—. Mira —y comenzó a hacer aspas con los brazos y las piernas.

—A mí me sale mejor, observa.

Le imité y la nieve se fue removiendo, dibujando la silueta de un ángel sobre la superficie.

—Bah, mi ángel es más grande —se burló.

—Pero el mío está mejor hecho.

—Ni hablar —refutó.

Nos reímos y se hizo un silencio. Nuestros alientos salían en forma de vaho en cuanto eran exhalados por nuestras bocas.

Se giró hacia mí y me cogió de la cintura para arrimarme a él. Dio otra vuelta, llevándome con él, y me levantó para colocarme sobre su cuerpo.

—Vas a coger frío —murmuró, con su sonrisa torcida.

—¿Y tú no tienes nada de frío? —le pregunté, apoyándome en su calentito pecho con mis brazos—. ¿Ni una gota?

—Ahora mismo la nieve que tengo debajo se está derritiendo —reveló, ampliando su maravillosa sonrisa.

—Pero te estás mojando entero.

—No importa, ya me cambiaré después.

Su camiseta blanca estaba húmeda y se le ceñía más al cuerpo, dejando entrever cada músculo de su impresionante torso. No pude evitar acordarme de esa Jane observando a mi chico con deseo y me rechinaron algo los dientes.

Enana cínica. Resulta que la relación entre un metamorfo y un semivampiro le parecía una aberración, ¿y ahora a ella, que era un vampiro, le gustaba un hombre lobo? Era una hipócrita. Pues tenía que gustarle mucho, para tomarse las molestias de convencer a Aro y venir desde tan lejos con la excusa del regalo y la carta sólo para verle.

Mis muelas volvieron a machacarse las unas contra las otras. Eso significaba que Jacob ya le gustaba demasiado. Había demostrado un interés excesivo por él. Nadie se tomaría tantas molestias sólo porque alguien le pareciese atractivo. Tenía que haber algo más. Pero, ¿qué era lo que quería realmente Jane al venir aquí para verle? ¿Acaso se había vuelto loca y quería algo con Jacob? Eso estaba totalmente prohibido para ella. ¿O tal vez se conformaba sólo con verle? Y Aro, ¿no había visto el verdadero propósito de Jane al ver su mente? Bueno, puede que no se la hubiese leído, ya que confiaba plenamente en ella, o puede que sí lo hubiera hecho y no viese más que una simple e inofensiva atracción, es decir, que Jacob le parecía guapo y ya está.

¡Uf! Por cada cosa que pasaba por mi cabeza, me ponía más enferma.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Jake, al ver mi rostro ofuscado.

Tuve que respirar bien hondo para obligarme a bajar de esa oscura nube. Observé su semblante alegre y llegué a la conclusión de que no merecía la pena perder ni un segundo de mi valioso tiempo con Jacob en hablar de esa arpia.

—En nada —le contesté, sonriendo. Eso era muy fácil de hacer teniendo esa maravillosa sonrisa suya delante—. En cosas mías.

—¿Seguro? No sé, parecías un poco enfadada —se aseguró.

Cogí un poco de nieve con la mano y se la eché sobre la cara.

—Seguro —me reí, apartándome de él y levantándome con rapidez.

—¡Puaj! —se quejó, limpiándose la cara mientras se reía—. ¡Eres una tramposa! —gritó a la vez que cogía nieve y se ponía de pie para perseguirme.

—¡No! —me carcajeé, echando a correr.

—¡Ven aquí! —voceó, lanzándome la bola.

La esquivé gracias a mis rápidos reflejos y me metí entre los primeros árboles del bosque, aunque sin internarme más adentro. Jacob me persiguió mientras corríamos en zigzag entre los troncos de esos enormes pinos y nos lanzábamos bolas el uno al otro. Algunas conseguían dar en la diana y otras se estampaban contra los troncos.

—¡Para! —grité, riéndome, sin dejar de correr.

—¡Pues detente!

—¡Ni lo sueñes!

—¡Ahora verás!

Aceleró y, en dos segundos, sus piernas consiguieron alcanzarme, poniéndose justo a mis espaldas. Me cogió por detrás, rodeando mi cintura con sus brazos, y aprovechando la misma inercia de la carrera, me levantó del suelo y giró sobre sí mismo conmigo colgando mientras ambos nos moríamos de la risa.

—Te atrape, Caperucita —me dijo.

Cuando me dejó en el suelo y me di la vuelta hacia él, nos tambaleamos y mi espalda se estampó en uno de los troncos que nos rodeaban. Su cuerpo chocó contra el mío y su rostro también se pegó a mi cara. Nuestras risas se apagaron poco a poco cuando nuestros ojos se encontraron; había fuego en ellos. El aliento que salía por nuestras bocas y que antes era fruto de las risas, ahora salía agitado, ansioso. Me quité los guantes, dejándolos caer en el suelo, y me dejé llevar por esa energía que ya empezaba a emanar de nosotros.

Su boca también se abalanzó a la mía entre jadeos, ambas empezaron a moverse frenéticamente, apasionadas, y mis manos se metieron entre su pelo mojado para pegarle más a mí. Las suyas se aferraron a mis caderas con ansia. Sabíamos que no podíamos pasar de ahí, pero controlar el deseo que sentíamos el uno hacia el otro era demasiado difícil como para resistir esto. Al menos, podíamos besarnos.

Mis manos cambiaron de objetivo y bajaron para meterse por debajo de su camiseta. Las deslicé lentamente, sintiendo la tórrida piel de su ancha y portentosa espalda. Ésta estaba húmeda, pero estaba muy caliente, mis palmas enseguida se caldearon. Las moví por sus costados y finalmente terminaron en su torso, acariciando su enorme pecho con deseo.

Ahora todo mi cuerpo ardía.

Su lengua y la mía comenzaron a jugar; la suya estaba ardiente, como su más que agitado aliento, que se mezclaba con el mío con ansiedad, y era dulce, sabía extremadamente bien.

Jacob consiguió desabrochar los botones de mi parca y la abrió ligeramente, lo justo para poder colar su mano y meterla por debajo de mi jersey. Me estremecí al notar su tórrida caricia subiendo por mi vientre y deslizándose por mi estómago, y mis jadeos se intensificaron. Hasta que llegó a mi pecho. Entonces ya no pude evitar dejar de besarle para proferir un gemido sordo en sus labios. Mientras su mano se deslizaba por mi pecho y éste se movía en consonancia, mi lengua pasó a saborear sus suaves labios lentamente, repasándolos bien.

Despegó las manos de mi pecho y las llevó al botón de mi pantalón para abrirlo. Me pegó a él con un movimiento enérgico, tomándome por mi espalda más baja, y mi garganta emitió otro gemido sordo a la vez que mis manos regresaban a su espalda y a su nuca. Nuestros labios volvieron a besarse con pasión durante un instante, y luego se quedaron quietos de nuevo, tocándose otra vez, mientras el vaho que salía por nuestras bocas se mezclaba con más que pasión. Mis dedos se aferraron a su escurridizo pelo con fervor, preparándome para el placer que iba a sentir. Su mano se metió por la abertura de mi pantalón y sus dedos empezaron a abrirse paso por mi ropa interior, haciendo que mi cuerpo ya comenzase a estremecerse sin control y que mi aliento se volviese loco.

—¡Renesmee! ¡Jacob! —gritó mi padre de repente, para llamarnos, provocando que los dos nos sobresaltáramos y que mi novio dejara mi ropa interior súbitamente—. ¡La cena ya está lista!

—Qué oportuno, ¿no? —se quejó Jake.

Gemí de dolor, apoyando mi frente en su pecho, y lo abracé con fuerza.

—¡Renesmee! ¡Jacob! —repitió papá, imitando una voz alegre que no se creía ni él.

—En fin, habrá que ir —suspiré, a regañadientes, separándome de Jake.

Me abroché el pantalón y la parca, haciendo un poco de tiempo mientras Jacob se recomponía, recogí mis guantes y después le tomé de la mano para dirigirnos a la casa.

Mi progenitor nos esperaba en la puerta con una sonrisita maléfica.

—Mírale cómo se ríe —murmuró Jake, entre dientes, de la que llegábamos.

La sonrisa de mi padre se ensanchó.

—¿He interrumpido algo? —insinuó, cuando llegamos.

—No, qué va —sonrió mi chico, con cinismo.

—Bien, me alegro —declaró mi padre, con voz amenazante, dándole una palmada en el hombro de la que posaba su brazo.

—Papá —le regañé.

No fui la única, en cuanto mi padre abrió la puerta para entrar en la casa, mamá le esperaba con los brazos cruzados. Mi padre soltó a Jacob automáticamente. Mi madre le echó una regañina con la mirada y yo me desabrigué, colgándolo todo en el perchero.

—La cena ya casi está lista —nos reveló Esme, corriendo hacia la cocina.

—¿No decías que ya estaba? —le echó en cara Jacob a mi padre, mirándole enfadado.

—Casi —sonrió éste.

Mi madre volvió a regañarle con los ojos y papá carraspeó.

—Ya —protestó mi chico—. En fin, voy a cambiarme y bajo ahora —me anunció, dándome un beso corto.

—Vale, te esperamos en el salón.

—Vale —dijo, trotando hacia la puerta que comunicaba con la vivienda de mis padres.

Y acto seguido mis padres y yo nos fuimos al salón para esperarle, donde ya estaban todos sentados a la mesa para observar el espectáculo de vernos cenar.

PLANTACIÓN

En el aeropuerto no sólo se encontraba mi familia, Louis y Monique, Tanya y su aquelarre de Denali también estaban allí. Los franceses iban a prolongar su estancia una temporada más, y los últimos habían llegado el miércoles, así que todavía tenían tres días más de visita por delante.

La semana se me había pasado volando, habíamos llegado el lunes y, sin darme cuenta, ya era domingo. Nuestra semana de viaje a Anchorage se había terminado.

Con mi familia de Denali, a los cuales también consideraba como mis tíos, habíamos vuelto a visitar la ciudad de Anchorage, pero además habíamos conocido las localidades de los alrededores, aunque ellos ya se resabían toda la zona, por supuesto.

Y ahora ya era domingo y nos encontrábamos en el aeropuerto, esperando para embarcar. Me daba pena tener que despedirme de mi familia, aunque, en honor a la verdad, tenía que reconocer que me moría de ganas por llegar a casa. Esa semana de *respeto* había sido muy dura...

Em y Rose también se marchaban hoy a Australia, aunque su vuelo salía más tarde que el nuestro, así que para el resto de mi familia tocaba despedida doble.

La pantalla anunció el embarque y acto seguido la voz femenina del megáfono hizo lo mismo.

El ritual de las despedidas comenzó.

—Bueno, ya os tenéis que ir —nos dijo mamá, con una sonrisa bucólica en la cara.

—No empieces, ¿vale? —le regañó Jake—. Mañana mismo nos veremos por la Webcam.

—¿Mañana? —preguntó ella, extrañada—. ¿No os vais a conectar esta noche?

—Mañana mismo nos veremos por la Webcam —repitió él, metiéndose las manos en los bolsillos de su cazadora para hacerse el distraído.

—Bella, parece mentira para ti. ¿No te das cuenta de que tienen que recuperar el tiempo perdido? —intervino Emmett, con un tono burlón—. Jacob ha aumentado de temperatura estos días, y no lo digo por el frío, precisamente.

Lo que sí aumentó fue la intensidad del color de mis mejillas. ¿Hacia falta que lo supieran todos?

El resto de mi familia carraspeó con una sonrisa dibujada en la cara.

—Eres muy gracioso, ¿lo sabías? —ironizó mi chico.

Las carcajadas de mi tío retumbaron en las paredes del edificio, haciendo que pareciesen aún más altas, y mis mejillas se encendieron el doble. Aunque cuando vio la cara de mi padre, su risa se apagó ipso facto.

—Tenéis que daros prisa, la gente ya está embarcando —nos comunicó papá.

—Sí —le abracé con fuerza y le di un beso en la mejilla—. Te quiero.

—Y yo a ti —me correspondió el beso, apretó su abrazo y me soltó para que pudiera ir con mamá.

—Bueno, cielo, que tengáis buen viaje —me dijo ella, abrazándose.

—Gracias —le di un beso en la frente y ella se alzó para dármelo en la mejilla—. Mamá —le llamé antes de que se despegase de mí del todo.

—Dime.

Me separé un poco más para verle el rostro.

—Ya he decidido cuál será mi vestido de novia, y quería decírtelo en persona —murmuré, cogiéndole las manos—. Será el de la página 42, el que te gustaba a ti.

Mamá se quedó paralizada por un momento y juraría que vi sus ojos un poco vidriosos.

—Pero..., cielo, tiene que ser el que te guste a ti —declaró, con un murmullo.

—Tú dijiste que si te volvieras a casar con papá, ese sería el vestido que elegirías. Por eso lo escojo —sonreí—. Ya que no tengo el que usaste para el día de tu boda, tomaré ese vestido como si lo hubiera sido.

—La verdad es que no sé qué fue de ese vestido —se rió, con emoción. Entonces, me miró—. ¿Estás segura de que ese es el vestido que quieres llevar en tu boda? Hoy en día ya no está de moda eso de ponerse el vestido de novia de tu madre —volvió a reír.

—Estoy completamente segura —afirmé—. Estaba en duda entre varios vestidos y ese estaba entre ellos. Tú has hecho que ese vestido se convirtiera en el más especial para mí, por eso es el que más me gusta. Me has ayudado a decidirme, eso es todo —y me encogí de hombros para quitarle importancia.

En un abrir y cerrar de ojos, me vi de nuevo entre sus brazos, que me estrechaban con fuerza.

—Mi pequeña pateadora... —susurró, con un nudo en la garganta.

—Mamá, vas a hacerme llorar... —me quejé, con otro atasco en la mía.

Se despegó de mí y llevó sus manos a mi rostro para acariciarlo.

—Tengo unas ganas tremendas de verte ese día —manifestó, sonriéndome—. Vas a estar preciosa.

—Bella, tienen que embarcar —habló papá.

—Oh, sí —asintió, mirándole igual que si se hubiese olvidado de la presencia que teníamos alrededor. Luego, dirigió la vista otra vez hacia mí y me dio otro pequeño abrazo—. Pasadlo bien, pero dormid algo, ¿eh? —me cuchicheó en el oído, muy bajito, con una risilla, como si el resto de vampiros que había alrededor no fueran a escucharlo.

Emmett ya estaba mostrando esa sonrisa socarrona.

—Mamá —le regañé, entre dientes, con otro murmullo que seguro que también oyeron.

Mi madre se separó de mí, riéndose, y se acercó a Jake para darle otro efusivo abrazo a él.

—Bueno, Jake, pórtate bien, ¿vale?

—Yo siempre me porto bien —rió él, irguiéndose hacia atrás para levantarla del suelo.

Ella se rió y Jacob la dejó sobre terreno firme otra vez.

—Te quiero —le dijo mamá mientras le daba un cariñoso beso en la mejilla.

—Y yo a ti —contestó él, haciendo lo mismo.

Se despegaron el uno del otro y comenzamos a despedirnos de los demás, aunque esta vez más deprisa, puesto que ya llegábamos tarde al embarque.

—Os habéis olvidado de los anillos que os ha regalado Aro —habló Alice, sacando la cajita de terciopelo azul de su bolsillo.

—No los olvidamos —aclaró Jacob—, es que no los queremos.

—Jacob, sería bueno que los aceptaseis, Aro se sentirá ofendido si no lo hacéis —opinó mi padre—. Ya sé que no vais a usarlos, pero por lo menos podíais guardarlos para aparentar que...

—Yo no tengo que aparentar nada —replicó mi chico, ofendido—. No pienso aceptar nada de esa momia.

El rostro de mi padre se tiñó de preocupación.

—Trae —intervine, cogiéndolos—. Los guardaré, pero sólo para que te quedes más tranquilo.

Jacob resopló con desagrado, pero mi progenitor se relajó.

—Gracias, hija —sonrió papa.

—Bueno, Jacob, ha sido un placer volver a verte —se despidió Eleazar, dándole la mano—. Ya sabéis que nosotros también estamos aquí para cualquier cosa que necesitéis vosotros y tu manada.

—Sí, lo sé —sonrió mi chico—. Lo mismo digo.

Eleazar asintió y le dejó paso a Carmen, a la vez que venía hacia mí para abrazarme.

—Esperamos veros pronto —me dijo.

—Sí, no tardaremos mucho en venir —prometí.

Tanya se estaba despidiendo de Jacob cuando Garrett vino a mí.

—En fin, linda, no dudéis en llamarme si alguna vez os veis envueltos en alguna batalla. Últimamente estoy bastante aburrido —y Kate le lanzó una mirada asesina—. Bueno, me refiero a que, de vez en cuando, un poco de acción está bien, no digo que me aburra —matizó, con una risa nerviosa.

—Lo tendremos en cuenta —asentí, riéndome.

Kate y Tanya se acercaron las dos a la vez mientras que Garrett se iba hacia Jacob, seguido de otra mirada amenazante de su pareja.

—Os deseamos un feliz viaje —habló Tanya, cogiéndome de las manos.

—Gracias.

—Ya no os veremos antes, me imagino, así que hasta el día de vuestra boda —me dijo Kate.

¡Ups! El detalle de mi familia de Denali se nos había olvidado por completo. ¿Y ahora qué les decía?

—Ah, sí, claro —ahora era yo la que me reía con nerviosismo—. Hasta... hasta el día de nuestra boda.

Las dos hermanas me sonrieron y ambas me dieron un beso.

Genial. A ver cómo solucionaba esto, porque ahora eran cinco vampiros más que colar en La Push.

Apenas me enteré cuando Louis apareció ante mí con esos ricillos locos moviéndose a todos lados. Agarró también a Jacob y nos dio un abrazo conjunto.

—Bueno, mis metamorfos favoritos, sabéis que siempre tendréis un sitio en París.

—Gracias, Louis —contestó Jacob.

—Carlisle y yo iremos por La Push cuando nos hagamos con esas semillas, para adecuar bien el terreno y ayudaros a plantarlas correctamente —nos anunció—. Bueno, si tú nos das permiso —le dijo a Jake.

—Claro —asintió él.

Monique se acercó a nosotros y nos dio un beso.

El ambiente siguió llenándose de más abrazos y despedidas en un momento, incluso Rose le dio un beso en la mejilla a Jake, eso sí, no sin las respectivas frases:

—Tendré que desinfectarme la boca al llegar a casa —de mi tía.

—Anda, si lo estabas deseando, Barbie —de mi chico.

A Emmett y a Jacob les dio tiempo de gastarse un par de bromas extra y por fin conseguimos terminar con todo ese proceso para recoger la mochila del suelo y dirigirnos a la puerta de embarque.

—¡Llamad al llegar a casa, por lo menos! —nos pidió mamá a nuestras espaldas.

—Sí —le respondí, diciéndole adiós con la mano.

Me giré hacia delante con Jake, pasamos por el control sin problemas, me despedí con la mano otra vez y nos metimos por el pasillo que daba al avión.

Mientras Jake cumplía su turno de despedida de Seth y le daba las gracias por habernos ido a buscar al aeropuerto, yo abrí la puerta de casa y encendí la luz del vestíbulo. Observé mi preciosa casita y suspiré con alegría.

Saqué mi móvil con prisas y marqué el número de mi madre a toda velocidad.

—Hola, cielo —respondió, nada más descolgar.

—Hola, mamá. Ya hemos llegado —le anuncié.

—Genial.

—Oye, no tengo mucho tiempo de hablar, tengo que hacer muchas cosas por aquí, ya sabes, deshacer la maleta y eso —le comuniqué, echando un vistazo atrás para ver si Jacob ya había terminado su conversación con Seth—. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Vale —rió ella, como si supiese más que yo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —sonreí.

Las dos colgamos y dejé el móvil sobre el taquillón de la entrada.

—Hogar, dulce hogar —murmuró Jacob, abrazándome por detrás y dándome un beso en la sien que me puso todo el vello de punta.

Tiré la mochila al suelo y me di la vuelta para abrazarle.

—Vamos arriba —le dije, arrastrando la maleta hacia dentro con una mano y cerrando la puerta de un pequeño puntapié.

—¿Ya? ¿No quieres deshacer la maleta primero? —preguntó, con una de sus mejores sonrisas torcidas.

—Eso puede esperar —afirmé, con ansia, quitándole la camiseta.

Me abalancé hacia él para besarle con pasión, cosa que Jacob correspondió de la misma forma, apretándome contra su cuerpo con verdaderas ganas. La energía ya nos rodeaba por todas partes, mi corazón y el suyo latían a mil por hora y mis mariposas no podían estar más agitadas.

Dejé su boca para que la mía recorriera la línea de su mandíbula e iniciara un descenso hacia su cuello. Lo recorrí fervientemente, tocando su torso de igual modo, mientras los dos jadeábamos sin descanso y sus manos bajaban a la parte inferior de mi jersey. Lo arrastró hacia arriba, estremeciéndome al acariciarme con las dos manos, alcé los brazos y mis labios se despegaron de su garganta para que pudiera sacármelo bien.

Lo tiró en el suelo, junto a su camiseta, y me cogió en brazos para comenzar a subir las escaleras a la vez que nuestras bocas se comían la una a la otra. Ni siquiera encendimos la luz. Jacob me posó en la cama y allí empezamos a dejarnos llevar por esa energía que ya era completamente desenfadada. Por fin...

No me enteré de que la luz ya entraba por la ventana hasta que mi garganta dejó de gemir, conseguí recuperar el aliento y bajé un poco del cielo; entonces mis dedos aflojaron su pelo y su piel y fue cuando mis párpados se abrieron para mirarle.

Jake estaba entre mis piernas, y yo al amparo de sus fuertes brazos, con su pecho sobre el mío, rozándome. Su frente reposaba en la mía, no

se había movido de ahí en ningún momento, nos miramos a los ojos un instante, todavía respirando con agitación, y después llevó sus labios a los míos para besarme con amor y dulzura durante un rato.

Su portentoso cuerpo aún estaba unido al mío, y mis manos se negaban a dejarle ir, no quería separarme de él jamás. Se movían por su tórrida y mojada piel con ahínco, por su húmedo pelo, todo con tal de retenerle. Mi cuerpo seguía palpitando sólo con sentirle dentro y el olor de su sudor me volvía completamente loca, era un afrodisíaco demasiado potente como para poder resistirlo. Mi boca pasó a entrelazarse con la suya con más pasión, buscando su ardiente lengua con ansias. Ésta acompañó a la mía sin poder evitarlo, sin embargo, fue por un corto espacio de tiempo. Jacob consiguió controlarse y despegó sus labios, eso sí, sólo lo justo para que pudieran moverse y hablar.

—Mierda... —se quejó, con un murmullo que frotaba mis labios—. Cielo..., tengo que irme a trabajar... —suspiró.

Sus brazos hicieron el amago de incorporarse para separar su cuerpo del mío.

—No, no te vayas... —le detuve, susurrando con fervor, a la vez que mis manos lo aferraban.

—Dios, Nessie, sabes que daría un brazo por quedarme aquí contigo —aseguró, encendido—, pero el señor Farrow me matará si llego tarde el primer día después de darme esta semana de vacaciones.

—Sólo será un ratito más... —ronroneé en sus labios, besándole muy despacio.

—Esta es la tercera vez que oigo eso... —bisbiseó, con su sonrisa torcida, correspondiendo mis besos.

—Sólo un ratito... —imploré entre suspiros, acariciando su espalda húmeda para llegar a su corto pelo azabache.

Su mirada de fuego se clavó en la mía, que también ardía.

—Nena... —jadeó ya, pasando a besar mi cuello con pasión.

Y mi garganta volvió a gemir cuando empecé a sentir cómo también comenzaba a deslizarse lentamente dentro de mi cuerpo...

El Golf frenó precipitadamente al llegar frente a la puerta del pabellón del instituto.

—Te veo cuando salgas de clase, preciosa —me dijo Jake, incorporándose sobre mí para besarme, sin apagar el motor y con la mano en la palanca de cambios.

Me desabroché el cinturón y me arrimé a él. Nos dimos un beso de apenas tres segundos, aunque apasionado, y me despegué de él con prisas y a regañadientes.

—Hasta luego —me despedí, abriendo la puerta del vehículo.

Cuando saqué una pierna, me di la vuelta para mirarle y terminé arrojándome otra vez a él para darle otro corto y apasionado beso que él correspondió.

—Hasta luego —sonreí, al dejar sus labios.

—Venga, vamos, ya llegas tarde —rió, haciéndome gestos con la mano que tenía apoyada en el volante para que saliera del coche de una vez—, y yo también.

—Sí —me uní a su risa. Le di un último beso corto, este normal, y me despegué de él para salir del Golf—. Hasta luego —me despedí, cerrando la puerta.

Miré hacia atrás para decirle adiós con la mano y vi cómo Jacob se reía mientras él también se despedía. Me reí y me giré hacia delante para echar a correr.

En cuanto entré en el edificio, escuché el motor de ese Volkswagen Rabbit del 86 rugir, saliendo del aparcamiento a toda mecha.

Yo hice lo mismo por los pasillos vacíos del centro, preparándome psicológicamente para la regañina que me esperaba en clase, pero mi rostro se alegró cuando vi al señor Berty hablando con uno de mis compañeros fuera del aula, dándole un sermón a él.

Me metí en clase disimuladamente y el señor Berty ni se dio cuenta. Sonreí con satisfacción, no se podía tener más suerte.

Corrí hacia mi pupitre, saludé a Brenda, la cual me sonrió, y me senté al lado de Helen.

—Por fin —rió—. Ya creí que no venías.

—Bueno, se me ha hecho un poco tarde —admití.

—Pareces muy contenta, ¿te lo has pasado bien en Anchorage? —se fijó.

La razón de mi desbordante alegría no era esa precisamente, pero ¿qué le iba a decir?

—Sí, no ha estado mal —entonces, me acordé de lo importante—. Por cierto, tengo buenas noticias.

Los ojos de Helen se iluminaron, sin embargo, cuando iba a seguir hablando para contarle lo que Carlisle y Louis habían descubierto, el señor Berty y ese compañero entraron en el aula y todo el mundo se calló.

Tuve que esperar a la hora del almuerzo para contárselo todo, eso sí, solamente pude hacerlo durante el camino hacia la cafetería, el cual hicimos despacio para que me diera tiempo a soltárselo todo, y con Brenda como testigo, pues ella también tenía interés por saber si el problema de su amiga tenía cura.

Helen estuvo a punto de gritar de alegría cuando terminé de contarle toda la parrafada, menos mal que Brenda y yo le paramos a tiempo. No se lo podía creer, aunque también le advertí de que todo el tema de las orquídeas era difícil. Ella se ofreció para ayudarme en el cuidado y mantenimiento de la plantación, junto con Brenda. No me pude negar, sabía que Helen necesitaba hacer eso como agradecimiento, yo hubiera hecho lo mismo, y Brenda también quería ayudarla, así que acepté ambas ofertas.

Antes de llegar a la cafetería, a Helen también le dio tiempo de contarme que Ryam le había llamado esa semana. Al parecer, no se encontraba en Estados Unidos, aunque no quiso decirle dónde se encontraba ni qué era lo que estaba investigando, por seguridad.

Las gemelas nos echaron un buen rapapolvo cuando por fin llegamos a la cafetería.

Después de almorzar, las clases ya pasaron más rápidamente, aunque no todo lo que a mí me hubiese gustado. Ya en la última, mi pie no hacía más que moverse, haciendo que mi rodilla subiera y bajara incesantemente. Hasta que por fin sonó el timbre.

Me levanté la primera de mi silla, haciendo que Helen y Brenda se rieran por mis evidentes ganas de ver a mi chico. Guardé mis cosas en la mochila a toda prisa y sin orden ninguno, y dejé mi pupitre.

Alguien abrió la puerta para salir y el maravilloso efluvio de mi chico llegó a mi nariz como un rayo.

—Hasta mañana, chicas —me despedí, caminando con presteza por el pasillo que quedaba entre las mesas.

—Hasta mañana —rieron ellas.

Salí como una exhalación humana por la puerta y vi a mi chico apoyado en la pared, justo de frente. Su preciosa y blanquísima sonrisa se amplió nada más verme y la mía se contagió. Tiré la mochila a su lado y me lancé a sus brazos para abrazarle. Me levantó del suelo y dio varias vueltas conmigo colgando mientras ambos nos reíamos. Entonces, me bajó y nuestros labios se abalanzaron para besarse.

—Señor *Black* —interrumpió el señor Greene de pronto, matizando ese apellido con mal humor y haciendo que Jake y yo nos despegásemos automáticamente.

—Ah, hola, señor Greene —le saludó mi chico, con una sonrisa un tanto insolente.

—Le he dicho mil veces que si volvía a entrar en mi escuela, llamaría a la policía —volvió a advertirle por enésima vez, bajando tanto sus espesas cejas que prácticamente no se le veían los ojos.

—Sólo venía a buscar a mi chica, señor Greene —intervino Jake en su defensa, con esa sonrisa de fingida inocencia que le salía tan bien, a la vez que cogía mi mano.

Esto ya empezaba a ser un ritual. Los demás alumnos ya ni siquiera se paraban para cotillear, pues siempre se trataba de la misma historia.

—Puede esperarle fuera, no tiene por qué entrar en el edificio —repetió, como siempre hacía—. La próxima vez, llamaré a la policía. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —contestó Jake, haciendo el saludo militar con otra sonrisa, esta dicharachera.

El señor Greene expiró todo el aire por la nariz, rechinando los dientes. Cogí la mochila del suelo y tiré de mi novio para salir de allí. Pude escuchar los murmullos malhumorados del director a nuestras espaldas.

—¿Ves? En el fondo le caigo bien —se rió Jake, con satisfacción.

—Si tú lo dices... —mascullé, aunque yo no las tenía todas conmigo. Cualquier día, el señor Greene cumpliría con sus amenazas.

Salimos del centro y nos encaminamos hacia el Golf rojo. Nos subimos al coche, puse algo de música y Jake arrancó, avanzando por el aparcamiento y alejándonos del instituto.

Esa semana no tardamos en tener noticias de Emmett y Rosalie. A los cuatro días de estar en Australia, ya se habían hecho con una buena cantidad de semillas. Ventajas de ser vampiros, las semillas eran pequeñísimas, pero no para un ojo superior que puede ver hasta las moléculas del aire, por lo que no les costó excesivamente el localizarlas y recolectarlas. Rose las mezcló con unos polvos de maquillaje facial y lo metió con el resto del equipaje de mano. Cuando la bolsa pasó por el escáner, los agentes de policía ni se enteraron. Ya en su casa en

Anchorage, mis tíos, con la ayuda de los demás miembros de mi familia, separaron los polvos de las semillas también sin ningún problema.

Así que ese domingo regresamos al aeropuerto para recoger a Carlisle y a Louis, que llegaron con un dossier que explicaba los cuidados de las orquídeas y las condiciones que tenía que tener la plantación.

Helen y Brenda no fueron las únicas que ayudaron, Jake puso a trabajar a algunos miembros de la manada, que fueron los encargados de traer arena de la playa. En menos de media hora, había una montaña de tierra mezclada con arena, en la parte trasera de nuestra casa. Nosotros, los chicos y mis amigas ayudamos a Carlisle y a Louis a extender la mezcla, y poco después esa zona de nuestra preciosa casita se convirtió en un jardín sin flores, una extensión rectangular de tierra llena de montículos donde mi abuelo y su amigo habían plantado las semillas a toda velocidad. Plantaron bastantes más de las necesarias, por si alguna de las plantas no sobrevivía o no llegaba a florecer.

También fue una buena ocasión para que Helen por fin conociera a Carlisle y a Louis. Se quedó realmente impresionada, si bien se notaba el respeto cauto que dos vampiros le provocaban, y se pasó todo el día dándoles las gracias, eso sí. Brenda también se presentó, aunque ésta prefirió mantenerse un poco al margen.

Louis no supuso ningún problema para la manada, venía con Carlisle, el Gran Lobo había dado su consentimiento y habían entrado por el sendero que llevaba a la parte posterior de nuestra casa y que marcaba el nuevo tratado.

Mi abuelo y su amigo cubrieron la plantación con un plástico transparente que iba sujeto en las esquinas mediante unos postes y así fue como terminamos de instalar esa especie de invernadero.

—Bien, acordaros de vigilar la temperatura y la humedad de la plantación —nos recordó Carlisle a Helen, Brenda y a mí, pasándome un aparato que medía todas estas cosas.

—Sí —asentí.

—No tendréis que prestarles demasiada atención —siguió Louis—, ya que estas orquídeas crecen en estado salvaje y no necesitan de más cuidados especiales.

—¿Y por eso nos dais este ladrillo? —ironizó Jake, alzando el dossier.

—Eso es por si tuvierais algún problema —se defendió mi abuelo—. Me refiero a posibles enfermedades de las plantas, parásitos, plagas, etcétera. Solamente es una guía para indicaros qué hacer en tales casos.

—Menos mal que no había que prestarles mucha atención —chistó mi chico.

—Con media o una hora que les dediquéis al día será suficiente —intervino Louis, sonriendo.

—Lo haremos —afirmé, cogiéndole el dossier a Jacob.

—Sé que lo haréis muy bien —asintió Carlisle—. Bueno, nosotros nos vamos —anunció.

—¿Ya? ¿No os quedáis a... cenar?

Era una forma de hablar, por supuesto, pero lo dije para que se quedasen un poco más de tiempo.

Mi abuelo sonrió.

—No, nuestro vuelo sale dentro de media hora. Mañana tengo que trabajar.

—¿Media hora? No vais a llegar a tiempo —le advirtió Helen.

—No te preocupes, llegarán —declaró Seth, riéndose.

—En fin, gracias por todo —le dije, abrazándole—. Llamadnos cuando lleguéis.

—Lo haremos —contestó, dándome un cariñoso beso en la frente.

El jardín de nuestra casa se llenó de despedidas entre mi abuelo, Louis, los chicos de la manada, mis amigas, Jacob y yo, hasta que los dos vampiros se dieron la vuelta y se marcharon por el sendero a la velocidad de la luz.

—Bueno, ¿qué os parece una barbacoa aquí y ahora? —propuso Jake, con una enorme sonrisa.

—Eso ni se pregunta —exclamó Shubael, frotándose el estomago.

—¡Yo estoy muerto de hambre! —siguió Isaac.

—Pues, venga, ayudadme con esto.

Y Jacob y los chicos se dirigieron al garaje para coger la barbacoa y las mesas.

SOMBRA

Sonreí con satisfacción cuando entré en el pequeño invernadero. En sólo dos semanas y media, la mayoría de las semillas habían germinado y las jóvenes plantas cada vez crecían más, cada día eran unos milímetros más altas.

—¿Qué temperatura hay? —quiso saber Helen, agachándose para mirar las plantas.

—Voy a mirarlo —contestó Brenda, cogiendo el medidor de la mesita que habíamos puesto junto a la plantación para dejar todos los útiles de jardinería.

El día era lluvioso, pero dentro de la lona de plástico hacía una temperatura muy agradable gracias al poco sol que había lucido ayer.

—Cada día están más bonitas —sonreí, agachándome yo también para observarlas.

De pronto, me entró un conocido y enorme sofoco y tuve que levantarme para quitarme la chaqueta, aunque al poco rato se me pasó. Ya esta mañana, en el instituto, me había dado otro golpe repentino de calor que se había ido a los pocos minutos. Y esto sólo podía ser una cosa, esos golpes de *fiebre* precedían y anunciaban algo. Mañana era uno de abril, y mi reloj biológico no fallaba: mi semana de celo ya se acercaba.

—Todo está bien —reveló Brenda, que estaba mirando el medidor.

—Esto..., chicas —interrumpí, pasándome la mano por el pelo con un poco de apuro—, ¿podéis hacerme un favor? —mis amigas alzaron los rostros para mirarme—. ¿Os importaría encargarnos vosotras de las plantas esta semana? Sería a partir de mañana.

—¿Y eso? ¿Qué pasa? —preguntó Helen, extrañada.

—Nada, es que estos días no voy a poder —expliqué, vergonzosamente.

—Ya, tu... *alergia*, ¿no? —adivinó Brenda, con una risita.

Mi cara se torció en una mueca que ya la mataba.

—Claro, se me olvidaba que ya es primavera, ¿es que ya notas que te vas a encontrar mal estos días? —interrogó Helen, preocupada, con ignorancia.

Si ella supiera lo *mal* que me iba a encontrar...

—No te preocupes, no creo que se vaya a encontrar muy mal —soltó Brenda por esa bocaza.

Mi amiga explotó en un ataque de risa que, lógicamente, Helen no comprendió, y yo miré a la primera matándola directamente.

Ahora Helen sí que no entendía nada.

—Bueno, vamos a regar las plantas —dije para cambiar de conversación.

Le quité el medidor a Brenda mientras ésta seguía riéndose y lo posé en la mesita. Cogí las tres regaderas y le di una a cada una. Salimos de la plantación por la abertura de la lona de plástico transparente y las llenamos de agua con la manguera que estaba enganchada en el garaje. Volvimos al invernadero y comenzamos a regar planta por planta, distribuyéndonos por todo el pequeño jardín.

Teníamos que tener cuidado, ya que no podían recibir más agua de la estipulada por el dossier que nos había entregado Carlisle, aunque ya le habíamos cogido la medida y más o menos nos apañábamos bastante bien.

Cuando terminamos con esas tareas, dejamos las regaderas en su sitio y salimos una vez más de la plantación. La lluvia caía con más fuerza esta vez.

—¿Vamos a tomar un café al *Olympic*? —propuso Helen.

El *Olympic* era una cafetería nueva que ahora estaba muy de moda entre la gente joven de Forks.

—Sí —aceptó Brenda.

—Yo no puedo, tengo que hacer unos recados —declaré.

—¿Seguro? ¿No quieres venir un rato? —insistió Helen.

—No, no puedo, de verdad —sonreí.

—Venga, vamos, que me estoy mojando —azuzó Brenda, meneando el brazo de Helen.

—Sí —asintió ésta—. Bueno, Nessie, a ver si te libras de la alergia y no tienes nada. A lo mejor, con este mal tiempo, no te afecta tanto.

—No creo que quiera eso... —murmuró Brenda, muy bajito.

Por suerte, Helen no lo escuchó.

—No sé —reí por educación, aunque fruncí el ceño para Brenda—. Ya veremos.

—Venga, vamos —repitió Brenda, tirando de Helen.

—Hasta pronto —se despidió ésta, acompañada por los gestos de la mano y las risillas pícaras de Brenda.

—Hasta pronto —respondí, sonriendo.

Ambas se montaron en el coche de Brenda, éste arrancó y se marcharon por el camino sin asfaltar que pasaba por delante de la casa de Billy y que llevaba a la carretera.

Caían chuzos de punta, así que corrí hacia mi preciosa casita roja y pasé al interior. Me sacudí un poco el pelo mojado con la mano y me dirigí a la cocina.

Arranqué una hoja del bloc de notas que colgaba de la nevera por medio de un imán, cogí el bolígrafo que sostenía el mismo bloc y me senté en la mesa para escribir la lista de la compra. Cuando ya no se me ocurrió más que apuntar, hice un presupuesto mental aproximado de todos los artículos y me levanté para dirigirme a uno de los armarios. Abrí la puertecita y cogí el bote donde guardábamos el dinero para comprar la comida y otras cosas. Lo destapé y saqué un poco más de dinero del que mi cerebro había calculado para tener un margen de error, por si acaso había subido algún precio. Estos presupuestos eran importantes, puesto que nuestra economía no era nada boyante, que digamos. Guardé el bote en su sitio, la nota en el bolsillo de mi chaqueta, cogí el bolígrafo de la mesa y me acerqué a la nevera otra vez.

Jake, he ido al supermercado a

hacer la compra. Volveré

pronto.

Te quiero.

Nessie.

No sabía si Jacob llegaría antes que yo de patrullar con la manada, así que le dejé esa nota en la nevera.

Dejé el bolígrafo en su sitio y salí de la cocina. Cerré la puerta de casa con un portazo y corrí hacia mi forito para no mojarme más de lo que ya estaba.

Entré en mi vehículo con celeridad, arranqué y puse ese CD de ACDC en el estéreo para iniciar la marcha con algo de caña.

Recorrí la distancia que había entre nuestra casa y la de Billy, di dos bocinazos a modo de saludo y salí a la carretera, viendo por el espejo retrovisor cómo mi futuro suegro sonreía tras su ventana.

Sonreí yo también y seguí mi recorrido escuchando ese *rock* que tanto me gustaba, canturreando.

No tardé mucho en llegar al supermercado. Aparqué justo delante, apagué el motor y me bajé corriendo.

Cogí un carro en la entrada y me interné en los pasillos del pequeño establecimiento. Saqué la nota de mi bolsillo y comencé a recopilar los artículos que había apuntado. Casi todo era comida, y todo en cantidades industriales, pues un hombre lobo come por tres y tenía que llegar para toda la semana.

No tardé nada en llenar el carro. Entre carne, pescado, fruta, verdura y otros alimentos básicos, ya estaba a rebosar.

Pagué en la caja, satisfecha de no haberme pasado de mi presupuesto, lo metí todo en bolsas de papel y lo volví a depositar en el carro para poder llevarlo al coche.

Seguía lloviendo a cántaros.

Galopé hacia la parte trasera de mi forito, abrí el maletero y miré a ambos lados. No había moros en la costa, así que fui colocando las bolsas en el maletero a mi velocidad de medio vampiro y bajé la puerta. Después tuve que correr como humana hacia el supermercado, ya que llegó otro coche, y dejé el carro en su sitio.

Ya en el forito, puse mi música de nuevo y arranqué para dirigirme a casa.

Los limpiaparabrisas trabajaban sin descanso; cuando acababan de realizar una pasada por el cristal, el agua ya chorreaba de nuevo por él.

Los árboles eran vapuleados por una brisa que comenzó a agitar sus verdes hojas, ésta también arrojaba la lluvia contra el parabrisas, aunque no era lo único, las pequeñas flores que ya habían nacido en los árboles y que eran arrancadas por el viento también se estampaban contra el cristal, haciendo que la visión fuera muy escasa y nada nítida.

Desde luego, el tiempo se estaba poniendo realmente feo, y cada vez peor.

Empecé a preocuparme por mi Jacob. Por supuesto, sabía que él no iba a pasar ni una gota de frío por mucho que lloviera, y ya podía nevar como en Anchorage, pero, como imprimada, la pulsión de sentir esa necesidad de protegerle y de dotarle de completo bienestar era imposible de frenar.

Recordé esa pelea de bolas de nieve de Anchorage y mi labio se curvó en una risilla. ¿Cómo iba a pasar frío?

De repente, una extraña sombra negra pasó por delante de mi coche en forma de borrón y me asusté. Mi pie se clavó en seco en el pedal del freno y el vehículo se caló, haciendo que el mismo diera una embestida hacia delante bruscamente al frenar en seco y calarse.

El cinturón me apresó contra el asiento y estranguló mi pecho, aunque eso no consiguió que mi respiración dejase de salir agitadamente cuando logré que mis pulmones volvieran a coger aire.

Mi cabeza se giró instantáneamente al ver a la sombra entre los árboles y un calambre helado recorrió mi cuerpo, atravesándolo como una estaca de hielo. Había algo en ella que no me gustaba nada, algo oscuro y maléfico que no escapó a mi intuición.

La sombra era un individuo que iba entero de negro, me pareció que vestía una especie de capa con capucha que le tapaba el rostro completamente. Estaba observándome, aunque no pude discernir su semblante, los limpiaparabrisas se habían quedado bloqueados y el agua que chorreaba por el cristal apenas me dejaba distinguir su silueta.

Mis bronquios pasaron a soltar el aire con virulencia al ver cómo la sombra se movía, pero fui capaz de reaccionar para bajar los pestillos y arrancar el coche. Pegué un pequeño bote en el asiento cuando la alta música irrumpió en el habitáculo repentinamente, y apagué el estéreo. Sin embargo, la sombra no se desplazó hacia mí, sino que desapareció súbitamente entre los árboles del bosque.

Me quedé a la espera, quieta, mientras escuchaba el sonido de la lluvia restallando con fuerza en el capó y azotando todas las partes de mi coche, así como mi asustada respiración y el traqueteo del motor.

Agucé el oído para ver si captaba más allá, pero lo único que ese sentido escuchaba era la lluvia golpeando las hojas, la vegetación y la tierra.

Respiré hondo para tranquilizarme un poco e inicié la marcha de nuevo, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto. Esta vez me moví con más velocidad por la carretera, hasta los limpiaparabrisas parecía que iban más deprisa. Llegué al desvío que daba a mi casa y en pocos minutos aparqué frente al garaje.

Salí de mi coche, saqué las bolsas del maletero, ahora utilizando toda mi fuerza y maña de medio vampiro sin tapujo alguno, y corrí hacia casa a todo lo que daban mis piernas.

—¡Jake! —le llamé, por si ya había llegado, cerrando la puerta a mis espaldas.

Pero Jacob no estaba en casa.

En cuanto posé la compra en la meseta de la cocina, salí disparada de la misma para cerrar la puerta con llave.

Llevé mis manos a mi cabeza y metí los dedos entre el pelo de mi frente, nerviosa, mientras mis pies me hacían moverme de aquí para allá. Jake no había llegado aún, seguramente no tardaría mucho más, pero sin él, yo me sentía tan desprotegida.

Intenté relajarme, haciendo profundas inspiraciones, y pareció funcionar. Poco a poco, a medida que notaba el aire llenando mis pulmones, mis nervios se iban templando.

¿Qué había sido eso? Mejor dicho, ¿quién? Recordé ese escalofrío que había recorrido todo mi ser y volví a sentirlo. Era lo mismo que había notado cuando vi a Razvan la primera vez, sin embargo, no podía ser él, era imposible.

La manada estaba demasiado atenta, olerían su efluvio y enseguida lo detectarían, tenían ese olor grabado a fuego, así como el de cualquiera de sus secuaces. Y el hecho de que no se hubiera acercado a mí me había desconcertado. Si hubiese sido Razvan, habría hecho mi coche pedazos para sacarme de allí, pues ya había visto que yo era amiga de Helen. Sin embargo, se había dado la vuelta y se había ido.

Exhalé. Lo más seguro es que fuera algún vampiro nómada que había conseguido colarse en los bosques de La Push. Y seguramente ahora mismo ese vampiro fuera presa de las fauces de alguno de mis amigos los lobos. Aunque, si fuese un vampiro nómada, ¿por qué no me había atacado? ¿Acaso no había olido mi sangre?

Otro golpe de calor repentino hizo que mi organismo sintiese que tenía fiebre. Menudo momento para eso. Me quité la chaqueta con

celeridad y la dejé en la barandilla de la escalera a la vez que mi mano intentaba abanicarme para aliviar ese asfixiante ardor.

Volví a suspirar y me dirigí a la cocina para abrir el congelador. Saqué la cubitera y eché unos cuantos hielos en un paño para envolverlos con el mismo. Metí la cubitera en el congelador de nuevo y utilicé el trapo a modo de bolsa para pasarlo por mi piel y aliviar mi tremendo calor.

Ni con esas. Esto parecía que se estaba adelantando. Puede que fuera porque toda la casa estaba impregnada del efluvio de Jacob, esa fragancia que ya empezaba a volverme loca; ya comenzaba a notar esos matices diferentes que destacaban sobre el resto y que me llamaban.

Para mi alivio, el calor se fue con la misma rapidez con la que había venido, la temperatura de mi organismo regresó a su estado normal, aunque en esta ocasión el intervalo en que había estado encendido había durado más que las veces anteriores, por lo que sabía que la entrada de mi celo era inminente.

Sin embargo, el regreso a la normalidad de mi organismo hizo que también volviera el susto de antes. Y Jacob estaba ahí fuera...

Empecé a guardar todo lo que había comprado. Pensé que, hasta que llegara Jake, lo mejor era tener la mente ocupada en otras cosas. Organicé el congelador para que me cupiese la carne y el pescado, y almacené el resto de alimentos en la nevera y los armarios de la cocina.

Una vez que terminé de almacenarlo todo, me dirigí al saloncito con mi bolsa de hielo improvisada, por si me volvía a dar otro golpe de calor.

Fue posarla en la mesita roja, cuando el cerrojo de la puerta me avisó de la llegada de mi chico.

Corrí hacia el vestíbulo.

—¡Jake! —voceé.

Jacob pasó al interior y cerró la puerta. Sólo vestía unos viejos pantalones cortos de color negro y estaba completamente empapado.

—¿Por qué has cerrado con llave? —le dio tiempo a preguntar, extrañado, antes de que me abalanzara sobre él para abrazarle con fuerza.

—Jake... —murmuré, todavía con el miedo en el cuerpo, apretando mi abrazo.

Qué bien se estaba entre sus brazos, me hacían sentir tan segura. Automáticamente, me sentí más relajada sólo con tenerle a mi lado...

—¿Qué pasa? —inquirió, al verme asustada, despegándose de su cuerpo con delicadeza para mirarme—. ¿Es que ha pasado algo?

Las palabras comenzaron a salir por mi boca atropelladamente.

—Fui al supermercado, porque quería llenar la despensa, ya que mi celo está al caer, y cuando regresaba a casa, vi una sombra en la carretera. No le pude ver bien por culpa de la lluvia, pero me dio muy mala espina, y él se quedó quieto, mirándome, y después se marchó, y...

—Para, tranquilízate, preciosa —me calmó, llevando sus aún húmedas pero cálidas manos a mi rostro para acariciar mis mejillas con los pulgares. Me quedé algo embobada al ver mis adorados ojos negros tan de cerca, aunque terminé asintiendo—. Ahora, dime, ¿qué fue exactamente lo que viste? ¿Una sombra? ¿Una sombra de qué?

No sabía cómo explicárselo con palabras, así que llevé mi mano a su rostro y le dejé ver mis recuerdos. El semblante de Jacob se puso más serio al ver las imágenes que mi mente le mostraba, y, por supuesto, también percibió ese sentimiento frío que me atravesó al ver a ese individuo extraño. Sus ojos se quedaron fijos por un momento en los míos, que los buscaban asustados.

—¿Ese tipo te atacó? —quiso saber.

Pasé a mostrarle cómo la sombra se daba la vuelta súbitamente y se perdía entre los árboles, sin acercarse a mí siquiera.

Jacob asintió, tranquilo.

—No tienes de qué preocuparte —murmuró, repasando mi rostro con el dorso de su mano—, ya hemos acabado con él.

—¿Ya... habéis acabado con él? —repetí, asombrada.

—Era un chupasangres nómada que se nos había escapado —explicó—, pero lo alcanzamos cerca del río Dickey.

Mi mano seguía en su mejilla, así que instantáneamente mi cerebro le plantó la imagen de esa especie de capa negra al pensarlo yo misma.

—Era una sudadera con capucha —me aclaró, llevando sus manos a mi cintura—, y también vestía unos pantalones negros.

Suspiré, completamente aliviada, y sonreí.

Mis brazos rodearon su cuello y volví a abrazarle con fuerza, acto que él correspondió de la misma forma.

—¿Estabas asustada? —susurró.

—Sí.

—La próxima vez que te asuste algo, llama a cualquiera de la manada para que se transforme y me avise, ¿vale? Yo vendré enseguida —murmuró, con voz dulce—. No quiero que estés sola.

—No se me había ocurrido —declaré, dándome cuenta en ese instante de que podía haber hecho eso.

Me despegó de nuevo con mimo y enganchó sus preciosas y brillantes pupilas en las mías.

—Yo siempre te protegeré —murmuró, deslizando las suaves yemas de sus dedos por mi mejilla.

Me quedé sin aire por un instante y luego éste salió en un suspiro precipitado cuando su rostro comenzó a acercarse al mío. Empecé a hiperventilar al notar el roce de su frente sobre la mía y mis párpados cayeron, rindiéndose a todo ese remolino de sensaciones y sentimientos que me embargaban y que me hacían volar. Esa energía espiritual y mágica emergió de nosotros al instante, envolviéndonos como una ligera y cálida brisa. Jacob llevó su mano hacia mi nuca y por fin sentí el roce de sus labios sobre los míos.

Mi boca se entreabrió con la suya al sentir cómo éstos se mezclaban lentamente, y un suave jadeo se escapó de mis pulmones. Su abrasador aliento también besaba mis labios, los acariciaba como tórridos susurros.

Ya empecé a arder, mi cuerpo entró en combustión y su efluvio comenzó a llamarme. Sus pausadas respiraciones ya me encendían con desenfreno, sólo notar el ardor de su piel, de su aliento, de sus manos, su cuerpo, su boca, ya me ponía todo el vello de punta y me volvía completamente loca.

Pero entonces, sus labios se separaron de los míos, aunque no se fueron muy lejos.

—Tenemos toda la semana para nosotros... —susurró, en mi boca—. Ya lo he arreglado con el señor Farrow. Me ha costado un poco, pero en cuanto le he dicho que era el jefe de mi tribu y que tenía que arreglar algunos asuntos locales, me ha dado la semana sin problemas. No sé qué ha debido de creer que soy —rió, con una risa silenciosa—. Eso sí, la semana que viene tendré que echar horas por un tubo.

—Pensaba que mi celo entraría mañana, pero creo que ya está aquí... —revelé, entre suspiros, mientras una de mis manos se aferraba a su pelo.

Su olor pasó a ser algo extremadamente intenso, de modo que esa llamada se transformó en un deseo salvaje e incontrolable.

—Lo sé... —murmuró él, con ansias—. Esta mañana ya olías algo diferente, pero ahora empiezas a volverme completamente loco, nena...

Abalanzó su boca contra la mía con una pasión exagerada y la mía le respondió del mismo modo. Nuestros labios se movían con auténtico frenetismo, al igual que la energía, mientras el vestíbulo se llenaba con los ansiosos jadeos. Me arrimé a él con tanto afán, que estampé su espalda contra la pared que tenía detrás.

No perdí el tiempo. Llevé mis manos a su torso y empecé a acariciárselo con avidez, parándome a sentir bien sus impresionantes y fuertes músculos, con esa piel sedosa y tersa, ardiente, aromática. Hoy era más aromática que nunca. La respiración de Jacob se agitó aún más cuando desabroché su pantalón y arrastré mi mano dentro para deleitarme un rato. Sus manos pasaron a moverse por mi espalda y mi pelo con fervor, ya estaba completamente encendido y su boca exhalaba gemidos sordos, eso me excitó el triple.

Mi lengua se abrió paso y se enredó con la suya entre jadeos salvajes, hasta que la dejé libre. Separé mi boca y subí mi mano para que se uniera a la otra. Volví a acariciar su pecho y pasé mi lengua por sus labios lentamente; una, dos, tres veces, eso le volvía loco. Los dos jadeábamos incesantemente y sus pupilas ya llevaban esa llama de fuego flameando en ellas. Le miré con ojos más que hambrientos y mi boca bajó para besar la línea de su mandíbula. Descendí por su cuello, resollando con ansia, y seguí descendiendo por su pecho, lamiéndolo y besándolo con fervor. Pero yo quería más.

Mi boca continuó bajando, besando su abdomen, junto con mis manos, hasta que le quité los pantalones y por fin llegué a mi objetivo. Jacob gimió y su cabeza se apoyó en la pared a la vez que sus manos se metían por mi pelo para acariciarme con efusividad. Mientras mi lengua gozaba, notaba cómo se estremecía; alcé la vista y él bajó el rostro para mirarme. Eso nos excitaba el doble a los dos, así que le dediqué más tiempo.

En cuanto me levanté, Jacob me estampó en la pared. Nuestras bocas volvieron a encontrarse con salvajismo y mis manos se perdieron por su fuerte espalda y sus amplios hombros. Me quitó la chaqueta con un arrebato desmedido y lo mismo hizo con mi camiseta y mi sostén. Llevó su boca por mi cuello con desenfreno y mis manos se aferraron a su pelo, aunque lo hicieron con fervor cuando pasó a recorrer todo mi pecho con su tórrida lengua. Ahora fui yo quien apoyó la cabeza en la pared, con mis pulmones trabajando sin parar.

Su boca se unió a la mía de nuevo para besarla con pasión. Bajó sus manos y abrió el cierre de mis pantalones. Con un movimiento enérgico, me los arrastró hacia abajo y éstos cayeron al suelo junto con mi ropa interior. Su mano se deslizó por el interior de mi muslo y llegó justo a donde yo quería que llegase. Gemí en sus labios y mis manos se aferraron a su pelo con más ansia mientras mi cuerpo acompasaba sus movimientos, completamente desbocada. Él también jadeó con intensidad, excitado.

Cuando terminó, me quité las playeras con los mismos pies y me abalancé hacia él para besarle, haciéndole caminar de espaldas. Nos dirigimos al saloncito dando tumbos, besándonos y acariciándonos sin control. Soltó mi boca y me dio la vuelta, arrimándose a mí por detrás a la vez que su mano apartaba mi pelo a un lado y sus labios recorrían mi cuello.

Mi respiración ya no podía ser más agitada, giré mi rostro y su boca bebió de la mía una vez más. Me friccioné contra él y me pegué a su cuerpo con ansia, ya no aguantaba más, pero lo hice con tanta, que Jacob se cayó sentado en el sofá, arrastrándome con él.

Mi espalda estaba pegada a su pecho, pero eso no pareció importarle en absoluto, me apretó contra él y siguió besándome el cuello con desenfreno mientras sus manos pasaron a acariciar mis senos. Su lengua ya me estremecía, pero su tacto me entusiasmó enormemente, mis bronquios trabajaban sin cesar. Apoyé la cabeza en su hombro y me dejé hacer a su antojo. Yo era suya, y lo sería para siempre.

Pude sentir cómo se unía a mí despacio, lentamente, saboreándolo bien. El placer invadió todo mi ser y mi rostro se giró hacia el suyo para gemir en sus labios. Mi mano se alzó para retener su pelo y nuestras bocas se pegaron del todo, aunque permanecieron quietas.

Empezó a moverse para deslizarse dentro de mí y la excitación llegó a su punto álgido. La energía que nos rodeaba se convirtió en algo desenfrenado. Lo hacía con ese ritmo pausado, sin prisa, disfrutando de cada roce, y nuestros labios continuaban juntos, acariciándose, intercambiándose el aliento. Mis jadeos ya eran en voz alta y los suyos eran tan ardientes como él.

Mientras se movía, sus suaves palmas volvieron a tocar mi pecho y sus labios besaron a los míos muy despacio, aunque expirando con un deseo desenfrenado. Mi cuerpo se estremecía con intensidad y el placer ya comenzaba a ser impaciente. Una de sus manos bajó por mi estómago y llegó más allá de mi vientre. Entonces, todo enloqueció.

Mis piernas se abrieron más y mi cuerpo se unió a todos sus movimientos de una forma febril. El fuego me invadió como si una llamarada me hubiese prendido y ambos respiramos con mucha más fuerza. La mano que estaba en mi pecho se aferró a mi pelo para que mi boca no se alejara ni lo más mínimo de la suya y su cadencia aumento de ritmo.

El enorme placer que ya sentía se volvió mas intenso y la energía explotó del todo. Note cómo esa brisa prodigiosa, maravillosa y cálida tomaba todo mi cuerpo, era su alma, que se unía a la mía, y eso hizo estallar ese clímax que tomó todo mi ser, llevándome a otro mundo que no era terrenal. Gemimos más fuerte, sin despegar nuestros labios en ningún momento, y esa mezcla de sensaciones indescriptibles hizo que dos lágrimas rodaran a ambos lados de mi cara mientras mi mano encerraba su corto cabello en un puño ansioso.

Nos quedamos quietos, mirándonos a los ojos a la vez que nuestros pulmones trabajaban sin descanso, y después nos besamos con dulzura durante un rato. Pero sabíamos que esto ni mucho menos había acabado. Esto era el principio, el principio de nuestra fabulosa *luna de miel*. Jacob pasó su brazo por debajo de mis piernas, se levantó conmigo y me llevó en brazos a nuestro dormitorio.

VÍSPERA

—Nessie, no hago más que clavarte alfileres, bueno, mejor dicho, romperlos, este es el quinto que se me casca. Deja ya de mirarte y de moverte —me regañó Sarah, tirando lo que quedaba de alfiler al suelo y cogiendo otro del alfilerero que llevaba enganchado en su muñeca izquierda—. Además, si no paras, no podré ponerte esto bien, y querrás que tu vestido me quede perfecto, ¿verdad?

—Lo siento —y me volví hacia delante para ponerme tiesa como un palo.

—Así me gusta —sonrió.

Le eché un vistazo al pequeño local. La tiendecita de Sarah estaba repleta de percheros con ropa hasta los topes esperando a su arreglo y otros con modelos diseñados y confeccionados por ella.

—¿Te dará tiempo? —pregunté, mordiéndome el labio con preocupación mientras también observaba mi *boceto* de vestido.

—Estará listo incluso antes de la boda —afirmó.

—¿Y todos los volantes que tienes que coser? No sé, eso te llevará tiempo, ¿no?

—Que sí, *tranquiila* —aseguró, con una entonación un tanto socarrona.

Yo no las tenía todas conmigo. Quedaban nueve días y ella todavía estaba poniendo alfileres en esa tersa tela de seda. Los exámenes, la plantación, mi amiga Helen —la cual estaba preocupada otra vez por Ryam, ya que hacía tiempo que no tenía noticias suyas— y el resto de detalles de la boda de los que me tenía que encargar yo, como los vestidos de las damas de honor y otras cosas, me habían tenido demasiado ocupada, y encima la tela de mi vestido había tardado lo suyo en llegar. Todo esto había sido el culpable de tal tardanza.

—No te preocupes, Sarah es una modista estupenda —apoyó Rachel, haciéndose eco de mis pensamientos—. El mío lo hizo en sólo seis días.

—Sí, me empleé a fondo —dijo Sarah, resoplando al recordar.

—Y quedó precioso —siguió Eve.

—Vas a estar perfecta, ya lo verás —intervino Jemima—. Confía en Sarah, sabe lo que hace.

Les sonreí a todas ellas por su esfuerzo. Estaba un poco más sosegada, pero la verdad es que tenía los nervios a flor de piel. Entre mi graduación, que era el viernes, y la boda, estos días era un manojo neurótico. Encima, la inestabilidad metereológica, que en estas últimas semanas había provocado un tiempo más lluvioso y frío de lo habitual para el mes de junio en el que estábamos, no me ayudaba nada.

No entendía por qué estaba tan nerviosa, en realidad, no es que una boda quileute llevase muchos preparativos, pero no podía evitarlo.

Jacob ya había arreglado el tema de la carpa, la cual iban a montar algunos miembros de la manada, la pequeña orquesta, que era la que siempre tocaba en las bodas de La Push que se celebraban al estilo tradicional y que estaba compuesta por indios nativos de la tribu, y del menú se iba a encargar Sue, que tenía a su disposición a Emily, Kim, Jemima y Martha como ayudantes de cocina, eso sin mencionar a Ruth, Eve y Sarah, que se iban a encargar de servir las mesas, junto con otra parte de los chicos.

Los vestidos de mis damas de honor ya estaban listos desde hacía un mes, ya que la tela de éstos había llegado primero y Sarah había podido ponerse con ellos antes. Rachel, Leah, Brenda y Helen iban a ir preciosas, y ya tenían sus vestidos en el armario de sus respectivas casas. Entre ellas y las féminas de mi familia, me habían ayudado a escogerlos. La gasa, de un color azulado muy claro, caía libre desde las caderas y llegaba hasta los tobillos. El escote era en pico e iba sujeto por unos tirantes anchos que se unían a una parte trasera que dejaba ligeramente al aire la espalda, uno de ellos se adornaba con una flor también hecha de gasa azul.

Hasta los padrinos tenían su vestuario preparado. Mamá iba a ser la madrina, y ya me había enseñado su vestido al mandarme unas fotos por Internet. La tela de raso, en un color granate brillante, se enganchara a sus hombros por medio de unos finos tirantes que se unían en la parte posterior del cuello y que sujetaban un escote también en pico. La mitad de la espalda iba al descubierto y después la tela seguía su camino ciñéndose en todo el cuerpo, bajando atubado hasta un poco por debajo

de las rodillas. A ella le quedaba genial, como no, y la tía Alice había tenido mucho que ver en la elección de ese vestido. Al final, y después de pensárselo mucho, Jacob escogió a mi padre para que fuera el padrino de boda. Su primera opción era Seth, pero a éste no le importó en absoluto cederle el sitio a mi progenitor, el cual estaba más ansioso de serlo, así que Jake decidió elegirle a él como padrino, cosa que a papá le hizo especial ilusión. Mi madre también me envió las fotos de papá con su traje, y, claro está, también iba a ir guapísimo. Su conjunto constaba de un pantalón de vestir y una chaqueta de un gris no muy claro, y una camisa azul oscuro, sin corbata, por supuesto, como regía en el *protocolo* de las bodas quileute, con esa mezcla de elegancia e informalidad al mismo tiempo.

Y Jacob ya tenía su traje preparado, esa camisa de lino color hueso, de manga larga, con sus pantalones a juego que llegaban hasta los pies. Yo sabía esto porque los novios quileute era lo que llevaban, puesto que no se lo había visto, lo tenía bien guardado en casa de Billy.

Conclusión: lo único que faltaba a nueve días de la boda era mi vestido. Y eso era suficiente para que mis nervios afloraran sin piedad.

—Dime, Nessie, ¿al final tu tía Alice te va a hacer la despedida de soltera? —interrogó Eve, haciendo que mi mente saliera súbitamente de sus pensamientos.

—Sí, no pude evitarlo —suspiré—. Si le dijera que no, se llevaría un disgusto tremendo.

—Entonces, vas a tener dos despedidas, porque nosotras también te hemos preparado algo —declaró Rachel, con una sonrisita un tanto traviesa.

—Oh, oh... Tiemblo.

—Te va a gustar, ya lo verás —me aseguró Eve—. Ah, y tus amigas también vendrán, ya he hablado con Brenda y lo ha arreglado todo.

—Lo tuyo siempre va por partida doble, ¿eh? —se rió Jemima—. Dos despedidas de soltera, dos lunas de miel...

La pequeña tienda se llenó de risitas pícaras.

—El viaje de septiembre no fue una luna de miel, fue un viaje turístico. La de verdad viene ahora —alegué, sonriendo tímidamente.

Solamente con imaginarlo, ya se me disparaba el labio hacia arriba.

—Yo hablo de la *luna de miel* de este pasado abril —matizó, con tono juguetón—. Al parecer, en toda la semana no abristeis la puerta de casa ni para que entrara el aire, ¿no es así?

Las risas subieron de tono y el color de mi rostro también. Para colmo, estaba Rachel, eso me daba el triple de vergüenza.

—Qué simpática —vocalicé, con retintín; ellas se rieron de nuevo.

—Nessie, no te muevas —me volvió a regañar Sarah.

—Perdón.

—¿Cuándo viene tu familia? —me preguntó mi casi cuñada.

—Pasado mañana. Estarán para mi graduación, aunque yo no podré estar con ellos hasta que se acabe.

—Bueno, esto ya está —anunció Sarah por fin, colocando el último alfiler—. Mañana te lo hilvano todo para que el sábado puedas hacerte la segunda prueba.

Me miré en el espejo y sonreí. Aunque todavía le quedaba mucho y le faltaban muchas cosas, estaba tomando la forma que yo había buscado.

El vestido comenzaba en mi pecho, se sujetaba con el armado que la tupida tela de seda blanca creaba alrededor de mi torso a modo de corsé, y dejaba mis hombros desnudos al no llevar tirantes ni manga alguna. Se ceñía a mi cuerpo hasta las caderas, y a partir de ahí, se dejaba caer en una falda con una ligera caída en “A” que llegaba casi hasta mis pies, los cuales iban a ir descalzos, por supuesto, por lo que ese largo es el que iba a llevar definitivamente, puesto que no hacía falta tomar medidas con unos tacones puestos. Todavía le faltaba, pero la falda iba a ir recubierta de unos vaporosos y anchos volantes de seda; éstos se distribuirían en distintas capas que la rodeaban y que se cruzaban por la parte delantera, quedando entrelazados en zigzag, creando un efecto muy bonito y lucido. La zona superior del vestido iba a ser revestida de unas grandes flores hechas con la misma tela y que iban a bordear todo el torso, enmarcando, además del pecho y los costados, la zona de la espalda. Otras dos flores similares a estas, aunque más pequeñas, adornarían la falda por la parte izquierda delantera de la cadera, distribuyéndose en vertical, una junto a la otra. El corpiño iba a ir cerrado en la espalda por medio de una línea de finos y pequeños botones que ascenderían desde la parte más baja de mi cintura.

Mi sonrisa se amplió cuando terminé de visionar todo esto sobre lo que aún era un boceto de mi vestido.

—Gracias, Sarah. Está quedando precioso —dije.

—De nada. Ten cuidado con los alfileres cuando te lo quites.

—Ah, no te preocupes, no me pinchan.

—Ya, ya lo sé —se rió—. Por eso te lo digo, porque si no tienes cuidado, los alfileres se quedarán hechos trizas y tendré que volver a ponértelo todo otra vez.

—Oh.

Las demás chicas se rieron entre dientes.

No pude evitar mirarme un poco más antes de comenzar a quitármelo. Las mariposas no hacían más que invadir mi estómago cada vez que pensaba en ese día. Eran nervios, pero nervios de emoción y de ansia porque llegara ese 18 de junio por fin. Sarah lo cogió en cuanto terminé, y lo colgó de una percha. Me puse los vaqueros con celeridad y lo mismo hice con la camiseta.

—Bueno, chicas, siento no quedarme más para que sigáis *cotilleando* a mi costa —bromeé, terminando de atarme las playeras—, pero me voy.

—No importa, lo haremos a tus espaldas —correspondió Rachel.

—Sí, en cuanto salgas por la puerta, te pondremos verde —siguió Jemima.

—Diremos que tienes celulitis donde no la tienes y todas esas cosas que hace la envidia —se rió Eve—. Nada, lo normal.

—Pues tened cuidado. Yo que vosotras, esperaría a que estuviera bien lejos, porque podría oíros —les advertí, en broma.

—¡Uf! Sí, procuraremos —continuó Jemima.

Nos reímos y las dejé por imposible.

Qué fácil y cómodo era no tener que ocultar ni aparentar nada. Con mis amigas de La Push siempre podía ser yo misma del todo, sin tener que andar con pies de plomo para que no descubrieran mi secreto, aunque también tenía a Helen y Brenda.

—El sábado vendrás por aquí, ¿no? —quiso saber Sarah.

—Sí, nos vemos el sábado —asentí, poniéndome la chaqueta.

Las campanillas que colgaban del marco tintinearón cuando abrí la puerta de la tienda para salir.

—Hasta luego —me despedí.

—Hasta luego —dijeron todas a la vez.

Y el tintineo se oyó de nuevo al cerrarse la puerta.

Bajé las escaleras del porche, canturreando, y llegué a mi forito.

Si no fuera porque había venido directamente de casa de Charlie y ya había traído el coche, hubiera ido a casa dando un paseillo, puesto que la tienda de Sarah estaba también en La Push y no quedaba muy lejos a pie. Jake me había llevado al instituto y me había traído a casa, como todos

los días, pero como yo iba a visitar a mi abuelo y luego iba a venir a lo de mi vestido, lo cual me iba a llevar bastante tiempo y él, por supuesto, no podía entrar conmigo e iba a tener que esperarme fuera, yo cogí mi coche y él aprovechó para patrullar otro poco con la manada.

Cuando estaba a punto de subir al vehículo, mi móvil sonó en mi bolso. Éste no era muy grande, pero era incapaz de encontrar el dichoso teléfono; mi mano se afanaba en buscarlo, sin embargo, parecía que se lo hubiese tragado. Por fin, conseguí dar con el pequeño aparato, lo saqué con prisas y descolgué.

—Seth, dime.

—Hola, Nessie. Oye, Jake me ha dicho que vayas en dirección a vuestro tronco. Él te esperará en la entrada de la senda que lleva a la casa de tu familia.

—Ah, vale. Gracias por avisarme.

—De nada.

—¿Qué tal se ha dado hoy la cosa? ¿Ya has terminado tu jornada?

—Sí, acabo de llegar a casa, no hubo mucho movimiento hoy —suspiró, como decepcionado—. Ahora iré a buscar a Brenda, vamos a ir al cine.

—¿Y qué película tenéis pensado ver? —le pregunté.

—No sé, supongo que Brenda querrá ver una romántica de esas.

—Te iba a decir que después nos contarais si os había gustado, por si Jake y yo vamos otro día, pero esas románticas no son mi estilo, y el de Jake, menos, así que mejor déjalo —reí.

—Qué suerte tiene Jake —se rió él también—. A mí tampoco me emocionan, pero son las que más le gustan a Brenda, así que me sacrificaré un poco e iré, qué remedio —bromeó.

—En fin, pues pasadlo bien.

—Procuraremos —y su risa se escuchó de nuevo—. Bueno, no te entretengo más, que Jake ya se fue hacia allí, así que hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

Y colgamos los dos.

Sonreí. Hacía mucho tiempo que no íbamos a nuestro tronco, desde que mi familia se había marchado y yo me había mudado con él.

Guardé el móvil en el bolso y me subí al coche. Puse el motor en marcha, mi CD en el estéreo e inicié la marcha hacia la propiedad que seguía siendo de mi familia.

La Push continuaba siendo un fortín. Razvan y los suyos no habían vuelto a aparecer en todos estos meses, sin embargo, Jacob seguía sin fiarse, así que continuaba poniéndole guardaespaldas a Helen y la manada seguía vigilando toda la zona.

Helen llevaba sin saber nada de Ryam desde esa semana en la que nosotros habíamos ido a Alaska a visitar a mi familia, ni siquiera había podido darle la buena noticia de una posible curación. Según Helen, su mejor amigo le mandaba cortos mensajes de texto desde distintas cabinas de teléfono todas las semanas en los cuales solamente decía que estaba bien, y su móvil estaba fuera de servicio, por lo que ella no tenía cómo ponerse en contacto con él. Que estaba bien era lo único que sabíamos desde hacía dos meses y medio, sin embargo, nadie podía hacer nada, ya que desconocíamos dónde estaba, y él tampoco facilitaba las cosas para que le ayudásemos. Eso era lo que más le fastidiaba a Jake, aunque respetaba su decisión, por muy estúpida que le pareciera.

Por supuesto, Helen también se enteró de mi celo. Otra más que añadir a mi lista de gente con la cual pasar vergüenza. Al parecer, y según Brenda, uno de los días de esa semana, cuando terminaron de atender a la plantación, Helen se había empeñado en hacerme una visita aprovechando que ya estaban allí. Tanto insistió, que a Brenda no le quedó más remedio que soltarle la verdad. Ahora también tenía que soportar sus bromitas.

La plantación iba viento en popa, aunque había algunas plantitas que no habían superado el mes de vida y se habían muerto. Sin embargo, seguíamos teniendo una gran cantidad que sí estaban creciendo y desarrollándose correctamente, así que las tres estábamos muy ilusionadas, sobretodo Helen, que veía cómo las perspectivas de una posible curación aumentaban.

No tardé mucho en llegar al desvío que llevaba a mi antigua casa. En cuanto lo tomé, ya vi a mi chico; estaba apoyado en el tronco de un árbol, esperándome, y solamente llevaba unos pantalones cortos de color verde oscuro, ya que había venido directamente de patrullar. Su maravillosa sonrisa se dibujó en su rostro nada más verme y la mía le correspondió automáticamente.

Detuve mi forito a su lado y Jacob se subió con presteza.

—Hola, preciosa —me saludó, cerrando la puerta e inclinándose hacia mí para besarme.

Me quité el cinturón para poder acercarme mejor a él.

—Hola —le sonreí, arrimándome.

Nuestros rostros se unieron y nos besamos durante un rato.

Una vez que conseguimos despegarnos, nos sonreímos, volvimos a sentarnos bien, nos abrochamos los cinturones e inicié la marcha de nuevo.

Mientras Jake me contaba efusivamente cada uno de los enfrentamientos que habían tenido hoy con los pocos nómadas que habían osado a entrar en los bosques de La Push, llegamos a lo que antes había sido mi casa.

Aparqué justo donde Jake solía hacerlo y nos bajamos del coche para seguir a pie.

No pude evitar echar un vistazo a esa casa en la que había pasado mi infancia junto con el resto de mi familia, y sentí un poco de añoranza. Ahora se veía apagada, vacía, incluso la vegetación de alrededor parecía abandonarse al verse sin la compañía de esos extravagantes seres a los que yo tanto quería.

—Pasado mañana todo este lugar volverá a la vida —afirmó Jake de pronto, con una sonrisa, haciendo que regresara al planeta Tierra.

Como siempre, parecía que me leía el pensamiento. Sólo tenía que mirarme para saber lo que estaba pasando por mi mente.

—Sí, lo sé —sonreí, entrelazando mis dedos con los suyos—. Seguro que la tía Alice se encarga de eso.

—Ya me la estoy imaginando —y su sonrisa se amplió para transformarse en una un tanto burlona—. Seguro que cuando entremos, ya no se parece nada a la casa del año pasado.

—Seguro —me reí.

—Bueno, qué, ¿vamos a nuestro tronco?

—Sí. Te echo una carrera —le reté.

—¡Vale!

Y me soltó la mano para comenzar a correr a toda velocidad sin esperarme.

—¡Eh! ¡Eso es trampa! —chillé, empezando a perseguirle.

Jacob se carcajeó mientras ya se metía por el bosque, sorteando los árboles fácilmente. Apreté el paso y logré posicionarme por detrás de él, aunque no fui capaz de adelantarlo.

—¡Vamos, nena! ¿Eso es lo único que puedes hacer? —se burló, entre risas, echando una ojeada hacia atrás para mirarme.

—¡Te vas a enterar! —amenacé, frunciendo el ceño, de la rabia.

Mi chico se carcajeó aún más ante mi reacción.

Metí la quinta y mis piernas comenzaron a moverse vertiginosamente, avanzando con grandes zancadas. Sin saber cómo, logré ponerme a su altura.

—¡Pareces una avestruz! —se mofó.

—¡Sí, sí, pero te estoy ganando! —me reí, con malicia, al ver que ya le sacaba un cuerpo.

Aunque ya sabía que lo más probable es que él se estuviese dejando ganar para luego arrebatarme el título en el último momento.

Se volvió a reír, y como ya me imaginaba, se quedó detrás de mí.

Sin embargo, esta vez no me iba a dejar engañar. Mi labio se curvo hacia arriba con un poco de travesura cuando mi cerebro empezó a fraguar un plan. Seguí corriendo a toda mecha y me dirigí hacia el río, que ya estaba cerca.

—¿Por qué vas por aquí? —preguntó, con suspicacia.

No se le escapaba nada.

—¡Para alargar un poco la carrera! —me inventé—. ¡Me está gustando demasiado esto de ganarte!

—Ja, ja —articuló, con ironía, riéndose—. ¡No cantes victoria tan pronto, nena, sabes que te voy a ganar!

—¡Ya lo veremos!

Divisé el río enfrente de mí y seguí galopando hacia allí. Vislumbrar esa corriente a través de los árboles me recordó a la primera vez que vi a Jacob desnudo y me hizo bajar la guardia durante un segundo, aunque enseguida me recompuse y él no llegó a alcanzarme.

Salí de entre los últimos pinos que escondían el río y continué mi rauda marcha junto a su cauce. Nuestro tronco no quedaba lejos, sólo faltaban unos metros. Fue entonces cuando llevé a cabo mi plan.

Jacob ya estaba pisándome los talones con una enorme sonrisa de satisfacción en la cara, ya estaba saboreando lo que creía que iba a ser su triunfo. Pero nada más lejos de la realidad. Vi lo que buscaba ver y me lancé hacia allí.

Con un amplio y alto salto, comencé a sobrevolar el agua, haciendo como que lo iba a cruzar, y el ingenuo de mi novio hizo lo mismo, sólo que él no saltó, se metió en el río directamente, sabiendo que así llegaría antes que yo a la otra orilla. Lo que no sabía él es que yo no pretendía llegar allí.

Mis piernas aterrizaron en la roca que había en el medio de la corriente mientras él ya estaba pasando de largo a toda velocidad, tratando de alcanzar el otro lado. Volví a saltar, pero esta vez en dirección contraria, regresando a la orilla desde la que había partido. Mi chico giró la mitad del cuerpo al percatarse, sorprendido, y tropezó, cayéndose en el agua. Me carcajeé y seguí corriendo.

Cuando Jake salió del río y se puso a perseguirme, llegué al tronco con un amplio margen de ventaja.

—¡Gané! —grité, alzando los brazos como signo de victoria.

—No vale, has hecho trampa —se quejó él, con una sonrisa, al llegar a mi lado.

—Vaya mojadura —me burlé, riéndome.

—Sí, claro, muy graciosa —contestó, con retintín—. Anda, ven aquí —y extendió su brazo para cogerme de la mano y arrimarme a él.

—Me vas a mojar —me quejé, con una risilla.

—Esto ha sido culpa tuya, ahora atente a las consecuencias —declaró, sonriente, apretándome contra él.

Rodeé su cuello con mis brazos y le di un beso corto. El agua de su pelo aún goteaba, haciendo que algunas gotitas se deslizasen por la preciosa piel cobriza de su rostro.

—Pobrecito —murmuré, llevando los dedos de mi mano derecha a su cabello mojado—. La verdad es que he sido muy mala, por mi culpa te has empapado.

—No importa, el juego es así —sonrió—. Además, tengo que reconocer que lo has hecho muy bien, me has engañado completamente.

—Tendrás que darme un premio —sugerí, con una enorme sonrisa.

La suya también se amplió, y ésta era pícara.

—Te lo daré en casa —aseguró.

—Eso espero —cuchicheé, dándole otro beso corto.

Se rió con satisfacción y me tomó de la mano para conducirme al tronco. Pasó su pierna por encima para sentarse, dio unos golpecitos sobre la madera con una enorme sonrisa y yo hice lo propio, quedándome frente a él. Mis brazos rodearon su cuello y me arrimé bien a él.

—Dime, ¿qué tal va tu vestido? —me preguntó, bordeándome a mí también con sus fuertes brazos.

—Sujeto con alfileres —exhalé.

—Tranquila, ya verás cómo le da tiempo. La tienda de Sarah es la única de La Push que hace arreglos de ropa y confecciona, por eso tiene

tanto curro, pero lo tendrás listo antes de la boda, seguro. Sarah es muy buena en su trabajo —me aseguró, con una sonrisa.

—Lo sé, lo sé, todos me decís lo mismo. Pero es que estoy tan nerviosa —admití, pegando mi frente a la suya para acariciársela—. Tengo tantas ganas de que llegue ese día y de que todo salga bien.

—Todo saldrá perfecto, no te preocupes —afirmó, dándome un beso corto—. Tú estarás preciosa, lo estarías hasta con una sábana.

—Qué exagerado —sonreí, y le devolví el beso—. Bueno, espero que mi vestido no quede como una sábana —reí.

—Ya verás cómo no —aseguró, acompañando a mi risa—. Sarah se pondrá las pilas esta semana, lo terminará a tiempo y quedará perfecto.

—¿Te das cuenta? Sólo queda una semana —murmuré, volviendo a frotar nuestras frentes—. Dentro de una semana por fin seré la señora Black.

—”Señora Black” suena a mayor —y su boca dejó escapar una risilla sorda.

—Sí, es verdad —reí yo también—, pero así es como me llamarán a partir de ese día, ¿no? Tú y yo seremos marido y mujer, y mi estado civil ya no me permitirá ser *señorita*; dentro de una semana seré la joven señora Black —sonreí en sus labios.

—Bueno, la joven señora Black suena mejor, eso me gusta —declaró, curvando su labio hacia arriba.

—A mí me encanta —susurré.

—Pues a mí ni te imaginas, preciosa —murmuró.

Y dejamos que nuestros labios saciaran sus ansias de encontrarse. Mis mariposas ya no podían aletear más rápido, estaban tan desbocadas, que se escaparon de mi estómago e invadieron todo mi organismo. Jacob me apretó contra su cuerpo y mi mano se entremetió por su cabello. Mientras nuestras bocas se mezclaban con efusividad, la energía hizo su acto de presencia, invadiéndolo todo, hasta tal punto, que ya no se oía ni se sentía nada más.

No llevé la cuenta de cuánto tiempo estuvimos besándonos, pero podíamos estar así horas sin darnos cuenta, sin reparar para nada en ello, y lo cierto es que eso no nos importaba ni lo más mínimo, sentirnos el uno al otro era más importante.

Pero, entonces, mi pulsera vibró.

No me hubiera despegado de Jacob a no ser porque lo hizo fuerte, como un móvil, y eso me puso en alerta.

—¿Qué pasa? —preguntó, un poco sorprendido por mi reacción.

—Mi pulsera ha vibrado —revelé, bajando mis brazos de sus hombros para mirarla extrañada.

—¿Que ha vibrado?

De pronto, se escuchó el crujido de una rama y los dos volvimos los rostros hacia ese lado.

—¿Qué ha sido eso? —inquirí, asustada.

El viento estaba en contra, y no llegaba a nosotros ninguna pista olorosa.

—No te despegues de mí, voy a mirar —dijo, serio, levantándose.

Me puse de pie y me agarré a su mano para dejar el tronco a su lado. Jacob aferró mis dedos con fuerza, me pegó bien a él y caminó por delante de mí, usando su propio cuerpo como escudo.

Otro chasquido se oyó a unos metros de nosotros, detrás de unos altos arbustos, y me sobresalté. No sé por qué, pero la vibración de mi pulsera y ese ambiente que se había tornado enrarecido no me gustó nada. Había algo malo ahí detrás, y mi intuición me decía que muy malo.

—Jake, ten cuidado —le rogué, con la respiración entrecortada.

Mi chico caminaba con mucha cautela, apenas se notaban sus pisadas sobre la hierba. Se agazapó, con el cuerpo lleno de temblores por si se tenía que transformar, y levantó el brazo para apartar la vegetación que escondía a quien fuera que estuviera ahí.

Me afané en controlar mi respiración, aunque si era un vampiro, ya tenía que haberla escuchado de sobra, sin embargo, me resultaba difícil. Jacob estaba delante, y sólo pensar en algo o alguien que le pudiese hacer daño me aterrorizaba. Sabía que era el poderoso Gran Lobo, pero a mí eso me daba igual, para mí era inevitable sentir esto.

Apreté sus dedos y su otra mano comenzó a abrirse paso por la vegetación.

Un ciervo saltó de pronto, asustado, y yo también pegué un pequeño bote. Mientras mis petrificados ojos veían cómo el animal huía despavorido, Jacob explotó en un ataque de risa.

—No te rías, no tiene gracia —le regañé, pegándole un manotazo en el bíceps.

—Es que vaya susto que me has dado —se carcajeó él—. Menos mal que no hay cámaras ocultas por aquí, porque menudo ridículo hubiéramos hecho. Todo este circo por un ciervo.

No pude evitar contagiarme por sus risas y las mías terminaron saliendo también para acompañarlas. La verdad es que, imaginando la escena, tenía su gracia.

Aunque mi risa se cortó enseguida, había una cosa que...

—¿Y por qué vibró mi pulsera? —expuse.

La risa de Jacob se apagó cuando lo recordó y se quedó en silencio. No tenía respuesta para eso.

—Tenía que haber alguien ahí, estoy segura —manifesté, mordiéndome el labio con preocupación.

—Si había alguien, tendría que ser un vampiro, porque el ciervo ni se inmutó, debió de ser alguien capaz de no hacer ni un solo ruido. Y nosotros tampoco escuchamos nada —declaró, poniendo los brazos en jarra mientras miraba a ambos lados.

—Nosotros estábamos a otras cosas —apuntillé, con una media sonrisa.

Jake dirigió su vista hacia mí y me la correspondió, aunque siguió con lo que estaba hablando.

—Sin embargo, no huele a vampiro por aquí, ¿no te has fijado?

—Sí, es verdad —asentí—. Y tampoco huele a nada que no sea propio de un bosque.

La boca de mi chico se frunció durante un instante.

—No me fio. Voy a transformarme para olisquear un poco por los alrededores —dijo finalmente, ya bajándose los pantalones—. Tú súbete a mi lomo.

—Vale.

Se ató esa vestimenta a la cinta de cuero cutre que yo le había regalado y que no se quitaba ni muerto, y mi novio se transformó en mi impresionante lobo rojizo en un santiamén.

Se echó en el suelo para que yo pudiera subirme. Ahora era más grande, así que tuve que coger más carrerilla, y pegué un alto salto. Me caí sentada sobre su lomo y me agarré bien, a la vez que Jacob emitía esos gañidos sordos de su risa.

Se levantó y comenzó a caminar despacio para rastrear el terreno con su prodigiosa nariz lobuna. Sus poderosas patas hicieron un recorrido en redondo, bordeando toda la zona que rodeaba a nuestro tronco, olisqueando cada palmo con detalle.

Cuando terminó todo ese proceso, se detuvo y se echó en el suelo para que me apease. Lo hice y Jacob volvió a adoptar su forma humana.

—Nada —manifestó mientras se agachaba y desataba la cinta—. No hay ningún rastro extraño en toda la zona.

Sacó los pantalones y se los puso.

—Es raro, porque mi pulsera vibró... —dudé, mordiéndome el pulgar.

—Pero ya has visto que no hay nada, preciosa —afirmó, acercándose a mí de frente para cogerme de la cintura—. Te aseguro que no he encontrado ni el más mínimo matiz de chupasangres u otra cosa por aquí —se quedó observándome y sus ojos se tiñeron de preocupación al ver mi rostro enfrascado—. ¿Quieres que vuelva a rastrear la zona para que te quedes más tranquila?

Mi rostro se alzó para mirarle. Por mi culpa, ahora estaba preocupándole a él, y lo más seguro es que fuese una falsa alarma o que la pulsera vibrara por otra cosa.

—No, cielo —contesté, acariciando su mejilla—. Tienes razón, seguro que no fue nada.

—¿Seguro? Porque no me cuesta nada darme otra vuelta por aquí.

—Sí, seguro —le sonreí—. Además, te recuerdo que todavía tienes que darme mi premio por ganarte antes, así que prefiero irme a casa.

Su rostro me enseñó su maravillosa y blanca sonrisa.

—Venga, pues vamos —y me cogió de la mano para empezar a caminar.

—¿Qué piensas ofrecerme? —bromeé, con voz insinuante.

—Todo lo que tú quieras, nena —aseguró, en un tono vacilón, con esa sonrisa torcida suya—. Es tu premio, ¿no? Tú eliges.

—¿Es que esto va a la carta? —me reí.

—Sólo para ti —afirmó, soltando mi mano para pasarme el brazo por encima de los hombros.

—Qué bien, Jacob Black a mi entera disposición.

Y seguimos nuestro camino por el bosque, acordando las peticiones de mi premio, hasta que llegamos a mi forito.

SORPRESAS

Los birretes amarillos volaron por los aires cuando todos los alumnos que nos acabábamos de graduar los lanzamos con entusiasmo entre voces y risas alegres. ¡Por fin nos habíamos graduado!

Lo primero que hice antes de despedirme de mis compañeros fue mirar al fondo del gimnasio. Jake me sonreía con una mezcla de orgullo y atontamiento, y no pude evitar quedarme embobada yo también y corresponderle la sonrisa. Hasta que una de mis compañeras de clase interrumpió mi viaje astral para felicitar me y despedirse.

Después de mantener una corta conversación con ella en la que solamente cruzamos un par de palabras por cortesía, mis ojos se desviaron hacia mi familia. Se encontraban junto a Jake, Charlie, Sue, Billy y Seth —que también había venido para ver a Brenda—, y, como me había pasado cuando los vi durante la ceremonia, me salió una risilla.

No sé lo que parecían, la verdad. Alice y Rose llevaban un pañuelo en la cabeza y unas enormes gafas de sol que, en el caso de la primera, cubría su menudo rostro casi por completo, parecían unas de esas actrices de Hollywood de los años 60. Mi madre y Esme habían optado por unas pelucas, se notaba que de pelo natural, y otras grandes gafas. Se me hacía extrañísimo ver a mi madre de rubio dorado y a mi abuela de negro azabache, y encima, las pelucas llegaban por los hombros; la de mamá era algo rizosa, pero la de Esme era lisa y con flequillo, parecía la protagonista de *Pulp Fiction*. Mi sonrisa se amplió al imaginarme que Jake seguro que había pensado lo mismo. Pero ellas no eran las únicas que iban raras.

Emmett llevaba una sudadera gris con una capucha que le tapaba la cabeza, la cual ya llevaba una gorra negra, y su cara también estaba oculta tras unas gafas de sol. Parecía un raperero de esos que salen en los vídeos de los programas musicales de la televisión. Jasper, Carlisle y mi

padre sólo se habían limitado a cubrirse la cabeza con una gorra y los tres también llevaban gafas.

En definitiva, a mi modo de ver casi llamaban más la atención que si no se disfrazaran de esa forma, pero, claro, tenían que hacerlo así, puesto que en Forks podían identificarles. Siempre era mucho mejor que la gente pensara que solamente se trataba de un grupo de gente rara, que no de aquellos famosos Cullen que no habían cambiado nada en siete años.

Mi familia al completo me sonrió al unísono, me imaginé que también con orgullo, aunque con esas gafas no se les veía los ojos y no podría asegurarlo. Les sonreí y les saludé con la mano.

Me di la vuelta y me topé de frente con Matt Hoffman y con su grupito de amigos.

—Felicidades, por la graduación, digo —matizó, con chulería—, porque ya he oído que vas a *casarte* con ese *indio* —le costó soltar los dos vocablos—, pero no sé si es cierto.

La panda de idiotas que le seguían le rieron la frase despectiva.

Me chirriaron los dientes. Ahora mismo me apetecía sacar todo este lado de vampiro que tenía escondido para lanzarme a su yugular sin tapujo alguno, aunque no para beberme su tóxica sangre, precisamente.

—Sí, me caso el próximo sábado —le confirmé, mirándole con un aire de desprecio que bien se lo podría adjudicar Jacob.

A veces, me salían gestos suyos, no podía evitarlo.

Por el rabillo del ojo vi a mi chico. Se había despegado de la pared y miraba con mucha atención a Matt, que se percató de esto enseguida.

—Bueno, me tengo que ir —alegó, serio.

—Mejor —contesté, sin cortarme un pelo.

Y se marchó junto a sus monigotes.

Jacob se volvió a apoyar en la pared, completamente relajado, y yo seguí mi camino hacia mis amigas. Pero me encontré de frente con algunas de mis compañeras de clase.

—Felicidades —me dijo una de ellas.

—Gracias. Felicidades a vosotras también —les sonreí.

Iba iniciar la marcha de nuevo cuando la misma me cogió del brazo para detenerme.

—Oye, Nessie, ¿es cierto eso de que te vas a casar la próxima semana? —me preguntó, un tanto sorprendida.

—Sí, el próximo sábado —le confirmé.

—¿Lo veis? Ya os lo dije —protestó otra de ellas, como si ya hubieran estado hablando de esto, que seguro.

Desde que había dejado que Brenda se lo contase a una de sus compañeras de pupitre, ya lo sabía todo el instituto.

—Guau, qué fuerte —siguió otra.

—Pero ya vivías con él, ¿no? —quiso saber la primera, observando a mi chico, que seguía apoyado en la pared del fondo con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón corto.

—Sí, desde septiembre.

—¿Y no te parece un poco pronto para casarte con él? —pestañeó la segunda.

Panda de cotillas...

—Bueno, es mi mejor amigo desde que yo era una niña, así que nos conocemos bien, no es algo que hayamos decidido con precipitación —alegué, intentando mantener la sonrisa por educación.

—Ya, pero tienes dieciocho años, ¿no te parece que es un poco pronto? ¿Es que no quieres ir a la universidad? —opinó la tercera.

¿Por qué le daba a todo el mundo por pensar que una chica casada no puede ir a la universidad?

—Dejadlo ya, ¿queréis? —intervino Helen, haciendo aspavientos con los brazos para abrirse paso y colocarse a mi lado—. Se van a casar porque están enamorados y punto.

—Bueno, mujer, solamente estábamos preguntando, nada más —se defendió la primera que había hablado.

—Pues ya os ha respondido —y me sujetó por los hombros para sacarme de allí.

Pude escuchar perfectamente como esas tres arpías cotillas criticaban a Helen por su interrupción.

—Gracias —cuchicheé.

—De nada, ha sido un placer —se rió ella—. No sabes lo mal que me caen esas cotillas.

Nos reímos y nos acercamos a Brenda y las gemelas.

—Nos encantaría quedarnos más, pero nosotras tenemos que irnos —anunció Jennifer.

—Sí, nos están esperando —continuó Alison.

Todas giramos los rostros para mirar a los padres de las gemelas, que estaban a unos metros de nosotras. Fue entonces cuando observé que la gente de alrededor ya había comenzado a saludar a sus familiares y el

ambiente se había llenado de más felicitaciones. Mis ojos se fueron automáticamente hacia Jacob. Su maravillosa sonrisa se desplegó al instante y la mía le imitó irremediablemente.

—Nosotras también tenemos que irnos —dije, refiriéndome a mí y a Helen—. Jake y mi fa... —cerré la boca cuando me di cuenta de que las gemelas no sabían que mi familia estaba aquí. Si se enteraban, querían conocerla, y ellas no podían hacerlo, puesto que no sabían nada de la existencia de vampiros ni metamorfos, ni debían de conocerla—. Jake nos está esperando —rectifiqué a tiempo.

Brenda, Helen y yo ya habíamos quedado en que conocerían hoy a mi familia, aunque la segunda también iba a venir a comer para que no lo hiciera sola, por eso Jacob y yo los habíamos invitado a todos a nuestra casa —de paso, estrenábamos el nuevo tratado—, si bien Brenda y Seth vendrían más tarde, ya que ellos iban a comer con la familia de ella, que habían aceptado muy bien a ese encantador quileute. Sin embargo, esto no lo podíamos decir delante de las gemelas, muy a nuestro pesar, porque entonces ellas se sentirían desplazadas o querían apuntarse, y no podía ser.

—Os acompaño hasta allí —dijo Brenda—, voy a por Seth.

—Vale.

—Bueno, ya nos llamamos y quedamos para tomar algo otro día —declaró Alison, caminando junto a su hermana para llegar a sus padres.

—Sí, hasta luego —me despedí, con una sonrisa.

—Hasta luego —correspondió Jennifer, gesticulando con la mano.

Y nos giramos para encaminarnos hacia Jake y mi familia, que continuaban al fondo del gimnasio.

La sonrisa de mi chico no era la única que destellaba, la de Seth también, al ver a Brenda, aunque no le presté demasiada atención.

En cuanto tuve a Jacob lo suficientemente cerca, me abalancé hacia él para abrazarle, a pesar de que la toga amarilla de poliéster no me dejaba moverme con la agilidad habitual. El apretó su abrazo y me elevó por el aire para dar un par de vueltas mientras los dos nos reíamos, con las sonrisas de mi familia como testigos. Antes de que mis pies tocasen el suelo, nuestros labios ya se encontraron con efusividad. No hubiéramos parado a no ser por la serie de carraspeos de nuestro alrededor.

Soltó mi boca y llevó sus manos a mi pelo, para metérmelo detrás de las orejas.

—Felicidades, preciosa. Estoy muy orgulloso de ti, lo sabes, ¿no? —murmuró.

—Sí, lo sé. Gracias —y le abracé con fuerza.

—No eres el único —irrumpió mi padre.

Me despegué de Jake y me dirigí a él.

—Hola, papá —le sonreí, dándole un cariñoso beso y abrazándolo.

—Hola, princesa. Felicidades.

Me fijé en Brenda y en Helen, ambas pestañeaban sin poder creérselo. Aunque mi padre llevaba esa gorra y esas gafas de sol, podía apreciarse lo joven que era. Y yo podía adivinar perfectamente qué era lo que pasaba por la cabeza de mis amigas: el padre de Nessie es un chaval de diecisiete años y su hija parece mayor que él. Bueno, puede que no supieran que tenía diecisiete primaveras, porque aparentaba un par de ellas más, pero aún así, yo seguía pareciendo mayor que él.

Charlie tenía un rostro enfascado, parecía estar diciéndose a sí mismo aquella frase que yo me decía tanto el año pasado cuando intenté estúpidamente alejarme de Jake: *no pensar, no pensar*.

Me separé de mi padre y me acerqué a mi madre y al resto de mi familia para hacer lo mismo.

Mis amigas no daban crédito a lo que estaban viendo y escuchando, ya que Seth les iba explicando en voz baja quién era quién. Y eso que iban disfrazados y no se les veía bien sus rostros impolutos de juventud y perfectos.

Preferí dejar las presentaciones oficiales para cuando llegásemos a casa, ya que las gemelas seguían allí con sus padres.

—Menuda toga, ¿eh? —se burló Em.

—Pues tú vaya un disfraz que te has puesto —me reí.

—Es mejor que esa túnica amarilla chillón —defendió él.

—Estás muy guapa, no le hagas caso —me apoyó Rosalie, dándome un beso en la mejilla.

—¿Qué llevas debajo? —preguntó la tía Alice, alzando la toga para comprobarlo ella—. Ah, que vestido tan bonito —alabó con una sonrisa mientras bajaba un poco sus gafas de sol para ver mejor.

—¿A ver? —siguió mamá, poniéndose a su lado y haciendo lo mismo con sus gafas.

—Ese vestido es el que le regalé yo por su cumpleaños —sonrió Esme, se notaba que complacida.

—Sí, es que me gustó mucho, la verdad —confesé, tímidamente.

—Estás maravillosa, como siempre —declaró Charlie.

—Gracias, abuelo.

Por los ojos de mi abuelo humano salían chiribitas, de lo emocionado que estaba, y yo sabía que esto no se debía únicamente a mi graduación, sino a que ésta también simbolizaba que ya era toda una mujer, para él, claro, porque ya hacía tiempo que lo era. Me abrazó con fuerza y me dio un beso en la frente. Sue también me dio un cariñoso abrazo, acompañado por otro beso.

—Los hombres de la familia Black siempre hemos tenido muy buen gusto con las mujeres, tanto en belleza como en inteligencia —presumió Billy—. Aunque tengo que reconocer que Jacob se lleva la palma —y su rostro cobrizo se iluminó con una sonrisa orgullosa que su hijo correspondió.

—Gracias, Billy, vas a hacer que me ponga colorada —admití, si bien ya notaba que lo estaba.

Me acuclillé para que él también pudiese abrazarme y besarme, y lo hizo efusivamente y con los ojos también emocionados, aunque su razón era bien distinta a la de mi abuelo. Mi graduación indicaba lo cerca que estaba mi boda con Jacob, y eso le llenaba de satisfacción y orgullo.

Acto seguido me acerqué a Brenda y a Seth. Mientras mantenía una conversación con ellos para acordar la hora de su visita, mi pulsera volvió a vibrar, pero esta vez lo hizo más fuerte, con extremada insistencia, y me asustó un poco.

Observé a mi alrededor y enseguida me relajé, pues di con la razón. Papá también se había puesto tenso, pero al ver en mi mente, se calmó. Podía escuchar hasta el chirrido de las muelas de Matt cuando nos miraba a Jacob y a mí, en cambio, su séquito de admiradoras lloraba ante la inminente separación de su ídolo, aunque alguna hubo que sonrió con un poco de malicia al mirarme a mí, ya debían de estar enteradas de la noticia de mi boda.

No le di más importancia al aviso de mi pulsera, ya se calmaría cuando nos marcháramos de allí y dejásemos a Matt y sus absurdos celos atrás. Lo que me faltaba era perder más de un segundo de mi tiempo en pensar en ese idiota.

Después de despedirnos, Brenda y Seth se marcharon por su lado y Helen, Charlie, Billy, Jacob, mi familia y yo por el nuestro.

Billy y Sue fueron en el coche patrulla de Charlie, Jacob, Helen y yo en el Golf, y la parte vampírica de mi familia insistió en ir a pie, así que nos marchamos del instituto y pusimos rumbo a nuestra casa.

Efectivamente, nada más que salimos de allí, mi aro de cuero rojizo dejó de vibrar.

Ya en los alrededores olía a comida, pero cuando el coche llegó a nuestra preciosa casita roja, mis ojos se abrieron como platos. Gran parte de la manada estaba en el jardín junto a sus parejas, los que la tenían, claro, y habían preparado una mesa enorme llena de comida frente a la vivienda.

En realidad, la larga mesa era una sucesión de ellas, probablemente las habían traído de sus casas para juntarlas, al igual que los manteles y las sillas. Muy cerca de la misma se encontraban varias barbacoas, dada la cantidad de carne que había que cocinar, de las cuales se estaban encargando Quil, Paul y Embry, que parecían ofuscados entre ellos por cómo querían de hecha la carne.

Mi familia ya había llegado, probablemente hacía un buen rato, y ya no llevaban esas indumentarias tan extravagantes, aquí no les hacía falta ocultarse.

—Guau —exclamó Helen, en voz baja, observando todo el barullo.

—¿Qué es esto? —reí mientras Jake aparcaba el coche en el garaje y Charlie lo hacía detrás, afuera.

—Es una sorpresa que te hemos preparado —me desveló él, con una sonrisa de oreja a oreja, apagando el motor.

—¿Ha sido idea tuya? —pregunté, con otra sonrisa igual.

—Ha sido idea de todos —respondió.

Pero yo sabía que la voz cantante la había llevado él.

Me desabroché el cinturón y me lancé a sus brazos para abrazarle y darle un beso corto y efusivo en los labios. Se lo di corto, ya que Helen estaba en el coche y no quería incomodarla.

Jake se rió con satisfacción y los tres salimos del vehículo.

—¡Sorpresa! —gritaron todos a la vez cuando salimos del garaje, hasta mi familia, que ya debía de estar al corriente de todo desde el principio.

Mi cuerpo se vio invadido por un montón de abrazos y besos que me felicitaban cariñosamente.

—Felicidades —me dijo Emily.

—Felicidades, guapa —siguió Shubael.

—Hasta con esta toga pareces una flor —me aduló Isaac.

—Menudo pelota —le reprochó el primero, riéndose—. No se puede ser más cursi.

—Es la verdad —se defendió él, apartándose de mí para dejar paso al siguiente.

—Venga, iros a discutir a otro lado —les regañó Leah, empujándoles, entonces, se giró hacia mí con una sonrisa—. Felicidades.

—Yo también te felicito —continuó Simon, el novio de Leah.

—Sí, felicidades —intervino Rachel.

—Gracias, gracias —iba diciendo yo.

También pasaron por mis brazos Jared, Kim, Paul, Quil, la pequeña Claire, Embry, Brady, Ruth, Aaron, Eve, Canaan, Sarah, Daniel, Martha, Jeremiah y Jemima. Sam y el resto de los chicos no estaban, pues tenían que patrullar.

Cuando terminaron todos, por fin me vi liberada y pude recomponerme.

Mis amigos quileute se dispersaron para seguir en esas diferentes tareas que ellos mismos se habían puesto y me quedé a solas con mi amiga y Jake.

—Ven, te voy a presentar —le dije a Helen.

A Charlie, Sue y Billy ya los conocía, así que dejé que se fueran con el resto de los chicos, que ayudaron a mi abuelo a empujar la silla por ese terreno lleno de hierba.

Le cogí de la mano y, junto a Jacob, nos acercamos a mi familia, que también caminaron hacia nosotros y se pusieron a nuestro lado.

—Os quiero presentar a mi amiga Helen —les indiqué. Luego, me giré hacia ésta—. Bueno, como Seth ya te ha explicado quién es cada uno, me saltaré esa parte.

—Hola, Helen, soy Bella —sonrió mamá, asintiendo con la cabeza a modo de saludo.

—Y yo soy Edward —siguió mi padre, también mostrando esa sonrisa perfecta.

—Hola —correspondió mi amiga, un poco cortada e impresionada.

—Así que tú eres la famosa gigantona —bromeó Em, como si él fuese pequeño.

—Este es el gracioso de Emmett —le indiqué.

—Yo soy Alice —señaló ella, con una sonrisa y un saltito alegre.

—Jasper —se presentó mi tío, asintiendo con un aire más serio y satisficado.

—Yo me llamo Rosalie —habló la misma, con un gesto similar al de Jasper.

—Alias la Barbie —añadió Jake, con una sonrisita burlona.

—Mi tía le dedicó una mirada asesina.

—Hola, cielo, yo soy Esme, la esposa de Carlisle —y las mejillas de mi abuela se alzaron, dejando debajo esos hoyuelos tan tiernos.

—En fin, a mí ya me conoces, así que hola —saludó Carlisle.

—Hola —sonrió mi amiga, saludando con la mano.

—Teníamos muchas ganas de conocerte, Renesmee nos ha hablado tanto de ti —rió mi madre.

—Sí, ya lo veo —se percató ella—. La verdad es que yo también tenía muchas ganas de conoceros, sobretodo para agradeceros todo lo que estáis haciendo por Ryam y por mí.

—No hay nada que agradecer —manifestó Alice—. Los amigos de Nessie son nuestros amigos.

Helen no fue la única que sonrió, yo me uní a ella.

—Bueno, ¿qué tal habéis llegado? —les pregunté.

—Muy bien, como ves —respondió mamá.

—El nuevo tratado está genial —declaró Emmett, con una gran sonrisa—. Me encanta estar aquí —y le dio un pequeño puñetazo a Jake en el brazo como gesto cómplice.

Jake sonrió.

—No sé cómo te gusta tanto —criticó Rose, con una mueca fingida de asco—, el olor a chucho es insoportable. Esto parece una perrera.

—Pues para no gustarte nada el olor, bien que te arrimas a mí, rubia —rebató Jake—. Otra vez te has puesto a mi lado —y mostró una de esas sonrisitas insolentes.

—Ha sido una coincidencia —alegó ella, ladeando su cara con otro mohín de falsa soberbia.

—Ya, ya —dudó él—. Anda, reconócelo de una vez, me adoras, lo sé. Rose le siseó y se cambió de sitio.

—Si no os importa, voy a echarle un vistazo a esas plantas —anunció Carlisle, señalando el pequeño invernadero con el dedo.

—Están muy bien, ya verás —afirmé, acompañándole.

Helen vino junto a mí.

—Yo también quiero verlas —se apuntó Alice.

—Y yo —continuó mamá.

Los demás también empezaron a seguirnos.

—¡Qué bien, una plantación! —exclamó Em, mofándose—. ¡Qué divertido!

—Bah, tú ven conmigo —le dijo Jake, pasándole la mano por la espalda para conducirlo hacia el grupo quileute.

Emmett le acompañó encantado de la vida.

Helen y yo entramos con los demás en el pequeño invernadero y les explicamos todos los pasos que seguíamos para su cuidado. Carlisle nos dio su aprobado, más bien, notable alto, y dejamos la plantación, satisfechas.

—No puedes dejarme sin ver vuestra casa —declaró Alice, agarrándose de mi brazo para arrastrarme a la susodicha.

—Claro —acepté, de buen grado, sujetándome, además, del brazo de mi madre, que rebosaba felicidad por encontrarse en su añorada La Push, aunque solamente fuera en este pequeño perímetro, y por poder ver nuestro hogar.

Al igual que antes, los demás fueron detrás de nosotras.

Les enseñé toda la casa y les gustó mucho. A Alice le encantó cómo había quedado el saloncito, sobre todo, y cómo no, la zona de la chimenea, con los dos butacones que ella nos había regalado, y la zona del sofá con ese enorme cuadro que nos había conseguido en aquella subasta.

Cuando salimos de nuestra casita, ya nos estaban esperando todos sentados a la mesa. Mi familia no iba a probar bocado, por supuesto, pero los quileute les habían traído sillas para que nos acompañasen.

—Venga, venga, que se enfría —nos exhortó Jake, entre todo aquel bullicio lleno de risas y conversaciones, aunque en realidad lo que quería decir es que se moría de hambre.

Nos acercamos con paso presto y me senté al lado de mi chico. En cuanto lo hice, todos empezaron a comer, bueno, todos menos mi familia, que sólo se limitó a charlar.

Jacob me pasó la bandeja repleta de chuletas, salchichas y demás productos cárnicos y yo cogí lo que me interesaba, dejándolo en mi plato.

—Dime, Ness, ¿ya has pensado la carrera que vas a hacer? —me preguntó Charlie.

—Todavía no —le contesté.

El rostro de mi abuelo humano se llenó de disconformidad evidente.

—Deberías de ir pensándolo —manifestó.

—¿Por qué no estudias para veterinaria? —propuso Em, con una de esas sonrisas que anunciaban que ahora venía la segunda parte de su frase—. No sé, así podrías atender a todos estos —y señaló a los chicos de la manada.

—Ja, ja —articuló Jared, con ironía—. Me parto de la risa.

El que sí que lo hacía era mi tío.

—A lo mejor lo que debería de estudiar es para forense —intervino Paul, con una sonrisa idéntica a la de Em—. No sé, así podría atender a todos estos muertos vivientes que hay aquí.

Rosalie chistó.

El trozo de carne de Charlie se le atragantó y se le quedó en el gaznate por un instante. Billy tuvo que darle unas palmaditas en la espalda antes de que mi abuelo se tragara su cerveza de unos cuantos tragos.

—Ja, ja —vocalizó Em, con sarcasmo—. Yo también me parto.

—Bueno, veterinaria y forense no, pero para médico no me importaría —dije, pensativa.

La cara de Carlisle se iluminó como si hubiera un foco en el cielo y le estuviera enfocando solamente a él.

—Yo puedo darte las clases a través de Internet, y tengo muchos libros que puedo prestarte. Tú no tendrías ningún problema, eres muy inteligente. Las prácticas ya veríamos cómo las hacíamos —se ofreció, con entusiasmo. Entonces, relajó el rostro cuando vio cómo le mirábamos todos, carraspeó y siguió hablando—. Bueno, si eso es lo que decides, por supuesto —terminó, con su tono comedido de siempre.

—No sé, ya me lo pensaré —reí, llevándome una costilla a la boca—. Además, lo que estudie solamente será por hacer una carrera, porque cuando Jake ponga su propio taller, trabajaré con él.

—Bueno, tú estudia y después ya decidirás lo que quieres hacer, ¿vale? —me dijo Jacob—. No tienes por qué trabajar conmigo.

—No es por obligación, lo sabes —afirmé—. Me encanta la mecánica, me fascina.

—Sí, lo sé —me sonrió.

—De todas formas, deberías de pensar qué carrera vas a estudiar —reiteró Charlie.

—Sí, lo pensaré.

—Oye, suegro, ¿me pasas la salsa? —le pidió Jake a mi padre.

—No me llames suegro, por favor —protestó él, con mucha educación, por supuesto, pero confiriéndole a su voz un tono de acidez al final de la frase—. Me haces mayor —y le pasó la salsa.

—Bueno, es que, en realidad, eres mayor, ¿no? —le respondió mi chico, cogiéndola—. ¿Cuántos años tienes? ¿Ciento qué?

A Charlie se le volvió a atragantar su bocado y mamá mató a Jacob con la mirada, por meterse con mi padre y por hablar demasiado delante de Charlie.

—Digamos que soy más adulto que tú —contestó papá.

—Eres un viejo encerrado en el cuerpo de un crío —se burló, dándole un mordisco a una salchicha.

—Jake —le regañé, pegándole un pequeño manotazo en el brazo, aunque mi comisura no pudo evitar curvarse un poco hacia arriba.

—Voy a por otra cerveza, ¿alguien quiere? —preguntó Charlie, levantándose de su silla con ese rostro de *no pensar, no pensar*.

—Sí, yo quiero una —aceptó Canaan, alzando su botellín vacío.

—Bien —murmuró mi abuelo, dirigiéndose hacia la casa.

La comida se pasó rápidamente entre animadas conversaciones, bromas y risas, e hicimos una sobremesa tan larga, que todavía estábamos sentados cuando llegaron Seth y Brenda.

Tuve que hacer otro ritual de presentaciones con ésta para que conociese a mi familia y, al igual que le había pasado a Helen, se quedó impresionada y algo cortada.

Después, la gente se fue dispersando para hacer distintas actividades, mientras que la mayoría de los chicos, incluido Jacob, se quitaron las camisetas y se fueron a jugar a la playa con un balón.

Mamá y yo nos acercamos a ese hueco que quedaba entre los árboles que bordeaban nuestro jardín y desde donde se accedía a la playa de First Beach. Mi madre se quedó mirando con añoranza ese paisaje compuesto por el océano Pacífico, que ya estaba invadido por los primeros surfistas de la temporada, las islas y los acantilados.

—¿Lo echas de menos? —le pregunté, agarrándome a su brazo.

—No tengo muchos recuerdos de mi vida humana, pero la mayoría están en La Push —admitió, con una leve sonrisa—. Y suelen ser muy buenos.

Mi cara se giró para mirar a Jake y a los chicos, que estaban jugando un partido de rugby, rebozándose en la arena cuando se aplacaban los unos a los otros entre carcajadas.

—Ahora podéis venir siempre que queráis —le recordé.

Ella volvió su rostro hacia mí y me sonrió.

—Lo sé, y es genial —declaró, acariciando mi brazo.

Y las dos nos quedamos mirando el alocado partido de rugby hasta que la tarde cayó.

Es increíble lo despacio que pueden pasar seis días. Y es increíble lo nerviosa que puede estar una a dos días de su boda.

Mi vestido ya estaba terminado, como había dicho Jacob, Sarah era muy buena y lo había acabado a tiempo. Le había quedado perfecto, y se encontraba colgado de una percha en el vestidor de mi antiguo dormitorio, en casa de mi familia. A Alice casi se le caen los ojos cuando lo vio, y no pude hacer que me dejara en paz hasta que no me lo probé para que me lo viera puesto. Mi madre, Esme y mis tías hubieran lloriqueado y todo, si no fuera porque no pueden hacerlo.

La corona de flores aún no estaba en mis manos, puesto que esa era realizada el mismo día de la boda para que las flores blancas estuvieran lo más frescas posible.

Al final, Jacob había conseguido que mi familia de Denali también pudiesen venir a la boda, y la comida familiar de mi graduación había servido para mucho en este asunto. Iban a llegar el mismo sábado por la mañana, y Emmett era el encargado de ir a recogerles al aeropuerto en ese enorme Jeep que había alquilado para estos días de estancia en Forks.

Esa mañana estaba regando las flores de mis ventanas, cuando mi teléfono móvil sonó.

Dejé la regadera en la mesa, salí de la cocina y me dirigí al vestíbulo para cogerlo.

—Hola, Helen —le saludé, alegremente.

La sonrisa se me borró de la cara al escuchar su voz grave.

—Hola, ¿puedes venir hasta mi casa? —me pidió.

—¿Qué pasa? —le pregunté, preocupada.

—Es Ryam, me ha mandado un mensaje muy raro, pero no quiero contártelo por teléfono, por si acaso no es seguro.

—¿Le ha pasado algo? —interrogué.

—No lo sé —me contestó, algo angustiada.

—Vale, no te preocupes —le calmé, metiéndome la mano por el pelo de mi frente—. Llegaré en treinta minutos.

—Gracias, Ness.

—De nada. Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Y colgamos las dos.

No me gustaba molestar a Jake mientras estaba trabajando, así que le dejé un mensaje de texto en el que le decía que había quedado con Helen y que le vería a él en First Beach. Me apetecía dar un paseo por la arena con él antes de ir a casa.

Me guardé el móvil en el bolsillo, cogí mis llaves y salí de la vivienda, cerrando de un portazo.

Mi forito volaba por la carretera de La Push, de camino a Forks. Me pasé todo el trayecto pensando qué sería eso que le preocupaba tanto a mi amiga, qué le tenía que haber puesto Ryam en el mensaje para que ella estuviera angustiada.

Como le dije a Helen, en media hora me planté frente a su casa, donde aparqué. Ella ya me esperaba en el pequeño y viejo porche que presidía a la vivienda. Me apeé con prisas, cerré el coche y me acerqué hasta allí.

—Gracias por venir —me dijo nada más llegar, agarrándome de la mano para conducirme a la parte trasera de su casa, que daba al bosque.

Nos metimos entre los árboles, aunque no nos adentramos demasiado, ya que se detuvo al minuto. Aún así estaba tranquila, los chicos de la manada a los que les tocaba proteger a Helen hoy estaban por los alrededores, no muy lejos de allí, podía oler sus efluvios traídos por el viento, y sabía que seguramente se les habían unido los que me habían seguido hasta aquí para hacer lo mismo conmigo.

—Bueno, ¿qué pasa? —quise saber, con expectación.

—Ryam me ha mandado este mensaje, mira —y me pasó su móvil.

Lo miré y leí.

Toma nota de esto: Mercedes López, Boston. No te puedo decir más. Aunque tarde en mandarte un mensaje, no te preocupes. No podré hacerlo en una temporada, me están siguiendo.

Fue terminar de leerlo y pasarle el móvil, cuando mi pulsera vibró fuerte. Me quedé paralizada. Lo hizo extremadamente fuerte, exactamente igual que el día de mi graduación, pero aquí no estaba Matt Hoffman. Mi aro de cuero insistía frenéticamente, casi con urgencia, y un frío helado me atravesó el estómago. Entonces, me di cuenta de que en

aquella ocasión no había vibrado por él, me había equivocado, porque la pulsera vibraba como nunca antes lo había hecho, no era por los simples celos de un pretendiente, era por un peligro. Un peligro mayor, un peligro que nos afectaba a Jacob y a mí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helen, al ver mi expresión.

Escuché un ruido en unos arbustos cercanos y mi cuerpo enseguida se puso en alerta, colocándome junto a mi amiga para protegerla. Mi respiración se agitó, asustada; no sabía lo que era, pero algo me decía que era muy, muy malo.

—No te muevas de mi lado —conseguí murmurar.

Noté cómo el cuerpo de Helen se agarrotaba, del miedo, y su boca también comenzó a jadear.

Intenté tranquilizarme, diciéndome a mí misma que mis lobos estaban cerca y que no tardarían nada en llegar, hasta que algo empezó a salir de entre las sombras de los espesos árboles.

Mi pulsera confirmó con sus fortísimas vibraciones que era ese ser el que había provocado todas sus inquietudes.

Mis ojos ya no podían estar más abiertos.

Un ser gigantesco apareció de la oscuridad, agazapado, caminando con una agilidad y sutileza dignas de un metamorfo o un vampiro, a pesar de su gran tamaño, puesto que sus pisadas apenas hacían ruido al hacer contacto con la hierba; y carecía de olor alguno. No olía absolutamente a nada, era como un fantasma para el olfato.

Se trataba de un varón. Le faltaba la camiseta y solamente llevaba unos pantalones rasgados. Su enorme cuerpo era muy musculoso y fuerte, el color de su piel era grisáceo y el corte de su pelo dorado era muy apurado.

Pero lo que más me llamó la atención fue su rostro.

Al igual que su inexistente efluvio, su semblante no mostraba expresión alguna, parecía un robot, y sus ojos eran completamente blancos, no tenían ni iris ni pupilas. Hasta que esos ojos se clavaron en nosotras, entonces su boca se abrió para mostrarnos unos colmillos que iban en concordancia con su colosal dueño y su expresión cambió para rugirnos con cólera.

MAGIA

Mi pulsera no podía vibrar más fuerte.

El gigante terminó de proferir su rugido y se paró justo delante de nosotras. Era colosal, mediría más de dos metros y medio, y sus brazos y sus piernas eran kilométricos, parecía que no se acababan nunca. Sus enormes pies iban descalzos y sus manos eran tan grandes como mi cabeza, una de ellas estaba cerrada en un puño.

Ya tenía que haberme transformado antes, pero me quedé tan petrificada por semejante shock, que no pude ni pestañear.

Este extraño ser no olía a nada, ni siquiera a humano. Carlisle tenía razón. Razvan había conseguido cambiar a esos desaparecidos genéticamente y ahora eran menos humanos, los había cambiado tanto, que ni siquiera tenían olor, incluso el color de su piel y sus ojos eran diferentes. Y también había conseguido lavarles el cerebro, por lo visto, les había anulado la personalidad por completo, puesto que este gigante parecía estar bajo su mando sin ninguna oposición. Era como si esos desaparecidos ya estuvieran muertos en vida.

Otra cosa que me llamó la atención fue que Alice no había visto nada, aunque, claro, si Razvan había mandado a este gigante para llevarse a Helen y estaba yo, no podría verlo.

Me extrañé de que los lobos no estuvieran aquí todavía, porque, aunque el gigante no oliese a nada que los pudiese alertar, tenían que haber escuchado su rugido.

Sin embargo, yo no podía esperar más, tenía que hacer algo para proteger a Helen, y a mí misma. Por lo menos hasta que ellos llegasen.

Entonces, antes de que me diera tiempo a reaccionar para transformarme, subió ese puño a la altura de su boca, lo abrió y sopló.

Un polvillo dorado salió disparado de su palma y voló por el aire, justo delante de nosotras. Helen y yo nos quedamos boquiabiertas, no

entendíamos nada de lo que estaba pasando, pero nuestros párpados subieron aún más cuando vimos lo que el polvo hizo a continuación.

Las partículas eran minúsculas, ínfimas, y hubieran sido invisibles si no fuera porque ese extraño y fulgurante dorado las hacía brillar. Cuando la inercia del impulso del soplo cesó, el polvillo se quedó suspendido en el aire durante un par de segundos. Se quedó flotando como una pequeña nube frente a nosotras, inmóvil y silenciosa. Y después, sucedió.

De una forma vertiginosa y repentina, toda la nube vino hacia mí y se metió por mi boca, por mi nariz y por mis oídos sin que yo me diese apenas cuenta ni pudiese hacer nada para remediarlo. Hasta mi pulsera pareció verse sorprendida, ya que detuvo su vibración un instante, como si esto también fuera nuevo para ella, aunque después volvió a vibrar con insistencia.

Observé todo esto con estupor, sorpresa, en un estado de completo shock, paralizada, mientras mi aro de cuero vibraba frenéticamente para que yo despertara de una vez. El gigante se quedó quieto, esperando algo. No sabía qué era ese polvillo, pero no sentí nada raro, así que por fin reaccioné para transformarme.

Busqué ese calor volcánico dentro de mí y lo guié para que comenzase a recorrer mi espalda. Sin embargo, volví a quedarme petrificada. Mi lengua de fuego no conseguía ascender por toda mi columna, era como si se quedase trabada a la mitad.

Lo intenté una vez más. Nada. Volví a intentarlo, esta vez con urgencia. Nada.

Mi respiración comenzó a agitarse de nuevo y me quedé algo enfrascada. ¿Qué era eso que me había echado? ¿Por qué no podía transformarme?

No me dio tiempo a pensar más. El gigante vio que había obtenido lo que estaba esperando y se abalanzó hacia mí con un movimiento veloz y repentino que me pilló completamente desprevenida.

—¡No la toques! —gritó Helen, con furia, interponiéndose, a la vez que sus manos ya estaban siendo dominadas por fuertes convulsiones.

—¡No, Helen! —chillé, pero ya era demasiado tarde.

Mis ojos volvieron a abrirse como platos y el gigante frenó en seco al ver a mi amiga.

Todo sucedió a una velocidad increíble.

Su cuerpo comenzó a crecer desmesuradamente, empezando por las extremidades, que se alargaron y se ensancharon a la vez, y siguiendo por

el tronco y la cabeza, que también adoptaron una forma mucho más ancha y fibrosa. Sus ropas se fueron rasgando a medida que su cuerpo aumentaba de tamaño súbitamente, hasta que lo único sano que quedó de su gótica indumentaria fue esa camiseta negra de algodón, la cual ya era lo suficientemente ancha para soportar la dilatación de su torso, y los pantalones elásticos que llevaba debajo, aunque las costuras de éstos se abrieron en algunas zonas laterales. Su cinturón se rompió y salió despedido, las playeras quedaron hechas trizas en los mismos pies, dejándola descalza, y mi amiga de metro sesenta se transformó en una enorme y musculosa Helen de dos metros y medio ante mis estupefactas pupilas.

A diferencia de ese gigante, Helen seguía oliendo a humana, su efluvio era el mismo de siempre, y su piel continuaba teniendo su color normal. Sus ojos no llevaban las lentillas, debían de habersele caído durante el proceso de transformación, por lo que pude recordar que tenían pupilas e iris, ese iris de color fucsia chillón. Además, el gigante parecía no poder hablar, y ella sí.

—¡Corre, Nessie! —gritó.

Pero, ¿cómo iba a dejarla ahí? Este ser quería llevársela.

Sin mediar palabra, el otro gigante se arrojó a ella para atacarla sin cuartel.

—¡No! ¡Helen! —chillé, horrorizada, porque ella no sabía combatir.

Me enganché a su pierna y tiré hacia mí con todas mis fuerzas, logrando que ella se cayera de espaldas a la vez que yo me apartaba para que no me aplastase. Su impacto contra el suelo hizo temblar la tierra de nuestro alrededor levemente, pero sirvió para que el gigante no consiguiera propinarle el puñetazo que le tenía preparado.

No obstante, ese ser no era torpe para nada, sino más bien, y a pesar de su gran tamaño, todo lo contrario. Con una habilidad y agilidad increíbles, volvió a arremeter ferozmente contra ella.

—¡Dale una patada en el estómago! —voceé, a toda prisa.

Helen pudo reaccionar a tiempo y le propinó una patada desde el suelo, lanzándolo hacia atrás con fuerza.

Mi amiga se puso de pie y, antes de que él hiciera lo mismo, arrancó la rama larga y gruesa de un árbol para defendernos con ella.

Se quedaron frente a frente, fintando, mientras Helen sujetaba la rama entre sus manos, preparada para golpearle con ella si él se acercaba

demasiado, y él la miraba con esos globos oculares blancos y gruñía con gran agresividad, impaciente.

Me sentía como *Alicia en el país de las maravillas* cuando la protagonista se hace diminuta, parecía una enana entre estos dos gigantes. Y mis lobos seguían sin venir, no entendía por qué.

La frustración empezó a hacerse cargo de mi cuerpo. No podía transformarme por más que lo intentaba. Mi pulsera vibraba, alocada, y yo no podía hacer nada, sin transformarme, no era lo suficientemente fuerte como para poder enfrentarme a ese gigante. Tan sólo podía observar y rezar para que Helen consiguiera darle un golpe lo bastante fuerte para atontarlo y poder escapar de allí.

Salí disparada de mis inquietantes pensamientos cuando el gigante se volvió a abalanzar hacia mi amiga con agresividad.

—¡Cuidado! —grité.

Pero Helen ya estaba preparada. Como si de un bate se tratara, cogió impulso y le estampó la rama en la cara con todas sus fuerzas a la vez que ella profería un grito de rabia.

La cabeza del gigante salió despedida y chocó contra el tronco de un árbol, rodando unos pocos metros más por el terreno hasta que se detuvo del todo.

—¡Bien, Helen! —aclamé.

Sin embargo, mi alegría duró poco. Mi aro de cuero seguía vibrando con insistencia, y las dos comenzamos a jadear de nuevo cuando observamos el cuerpo del gigante.

Seguía en pie, era imposible, debería estar muerto. Me dio por mirar si respiraba y su colosal caja torácica no se movía, su corazón no latía, pero en cambio el cuerpo parecía seguir con vida. Y de repente, de su cuello comenzó a emerger algo.

Nuestros ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas. Lo que salía de su cuello era otra cabeza. Otra cabeza que era idéntica a la anterior, y la que estaba sobre el suelo se desintegró completamente, reduciéndose a un simple escombro.

Razvan también había conseguido que se regenerasen, aunque jamás hubiese imaginado que lo que él pretendía es que fuera hasta tal punto.

Iba a ser imposible ganarle, y mucho menos acabar con él. Lo único que podíamos hacer era huir de allí, y ahora que su cabeza todavía no había salido del todo y estaba entretenido, era el momento oportuno.

—¡Vamos! —le dije a Helen.

Agarré a mi amiga de su enorme mano y eché a correr a todo lo que daban mis piernas, tirando de ella hasta que fue capaz de reaccionar y también se puso a galopar.

Sus grandes pies hacían temblar el suelo que pisaban y sus zancadas eran más amplias que las mías, aunque su tamaño era tan enorme, que no las movía con demasiada rapidez, así que galopábamos a la par.

Enseguida escuchamos otras pisadas a nuestras espaldas, pero éstas sí que eran casi imperceptibles y se movían vertiginosamente.

—¡Nos va a coger! —lamentó Helen.

—¡Tú corre!

Pero no llegamos muy lejos de allí. El bosque se presentaba frente a nosotras con urgencia, los enormes pinos y abetos venían a gran velocidad, sin embargo, sin saber cómo, nuestros cuerpos chocaron con la nada y las dos nos caímos hacia atrás, del fuerte impacto.

El gigante ya estaba encima de nosotras, así que me volví a levantar, tirando de mi enorme Helen para que ella hiciera lo mismo. Conseguí que se pusiera en pie de nuevo y las dos nos lanzamos a correr una vez más.

Y una vez más, nos estampamos con algo y nos caímos. ¿Qué estaba pasando? Ahí no había nada, era como si hubiésemos chocado contra un cristal.

Me levanté con prisas de nuevo y alcé las manos para averiguar qué estaba pasando, qué era eso con lo que nos habíamos topado. Y me llevé otra sorpresa. Mis frenéticas palmas tocaron algo duro, curvo, pero invisible, que se extendía más allá de donde mis brazos alcanzaban, y de repente empecé a sentir una claustrofobia terrible, daba la sensación de que estuviéramos encerradas en una urna de cristal.

—¡Nessie! —me avisó Helen, que se había puesto en pie.

Me giré con precipitación y mi espalda se vio acorralada con esa especie de cristal invisible, cuando vi cómo el gigante se arrojaba hacia nosotras violentamente, rugiendo con furia.

—Detente —le ordenó una voz de pronto.

El gigante se detuvo al instante, clavando sus pies a un par de metros de nosotras. Luego, se apartó a un lado, completamente dócil, y su rostro volvió a ese semblante sin emoción alguna.

Esa voz sonó con un tono espeluznante que no escapó a mi memoria fotográfica. Mi cuerpo se agarrotó al instante y mi aro de cuero aumentó aún más la intensidad de sus alocadas vibraciones a la vez que mis ojos intentaban escudriñar las zonas oscuras desde donde había salido la orden.

Apenas se escuchó pisada alguna. Algo comenzó a moverse entre las sombras del bosque y mis peores pensamientos se hicieron realidad.

Los primeros en aparecer fueron Elger, Axel y Duncan. Se deslizaron con maestría entre la vegetación, sin dejar que las ramas ni las hojas percibieran su presencia. Se colocaron en línea, frente a nosotras, sonriendo con arrogancia, y dejaron un hueco en el medio por el que se veía la negrura que formaban los espesos y frondosos árboles.

Mi asustado corazón bombeaba la sangre a toda mecha, iba en consonancia con mi exaltada pulsera, y también podía escuchar el de mi amiga, que lo hacía con mucha más potencia al ser más grande.

El vampiro con el pelo rubio dorado y arreglada barba, Duncan, alzó su mano y sopló. Otra vez un polvillo brillante salió despedido y se quedó suspendido después como una nube. Tensé las piernas, preparada para apartarme. Sin embargo, esta vez las partículas no se dirigieron a mí, se abalanzaron a por Helen, metiéndose por su boca, nariz y oídos vertiginosamente.

Mi amiga comenzó a bajar de tamaño ante nuestros atónitos ojos. Su cuerpo fue menguando poco a poco mientras sus ropas se iban aflojando del mismo modo, hasta que volvió a tener su tamaño de siempre.

Ambas nos miramos asustadas y confusas.

—¿Qué es esto?! —exigí saber, girando el rostro hacia ellos y profiriendo un leve rugido.

—Magia —respondió Axel, sonriendo con arrogancia.

Su media melena negra y lisa seguía cayéndole en la cara a modo de cortina, con esa raya marcada que la dividía en dos.

—¿Magia? —inquirí, a la defensiva—. ¿Cómo que magia?

No me dio tiempo a preguntar nada más.

Unos ojos escarlata irrumpieron en esa oscuridad que quedaba en el hueco que habían dejado los tres vampiros; eran tan malvados, que parecía que tuvieran una luz roja que los hacía relumbrar, confiriéndoles un aspecto aún más aterrador. El semblante que los albergaba fue apareciendo poco a poco a medida que su dueño avanzaba con el mismo sigilo y elegancia que los otros tres, hasta que ese rostro maléfico se dejó ver del todo y por fin se posicionó junto a sus secuaces.

Mi aro de cuero no podía vibrar con más fuerza, lo hacía con tanta, que podía notar cómo mi muñeca era levemente zarandeada.

—Ha pasado la prueba —les dijo Razvan a sus secuaces, observando al gigante.

Los tres vampiros asintieron.

¿La prueba? ¿Acaso todo esto solamente era una prueba para examinar a su gigante?

—Razvan —murmuró Helen, apretando los dientes.

—Hola, Renesmee —pronunció, con esa voz pura y perfecta pero tétrica a la vez.

Me sorprendió que supiera mi nombre y que se dirigiera a mí, y no a Helen.

—¿Por qué sabes mi nombre? —quise saber, deslizando mis manos por ese cristal invisible a la vez que me movía lentamente para buscar una salida—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Y qué nos habéis hecho?

—Es inútil que tratéis de escapar —reveló, con una media sonrisa llena de soberbia, ignorando mis preguntas, al percatarse de mis intenciones—. He puesto una barrera a nuestro alrededor.

—¿Una... barrera? —murmuré.

—Magia —repitió Axel, con la misma sonrisa de antes.

—Los lobos vendrán a rescatarnos —les advertí, aunque estaba asustada y se me notaba—. Y os matarán a todos, no tendrán piedad.

—Tus lobos no saben lo que está pasando —me desveló, empezando a pasear—. Mi barrera mágica impide que nos puedan escuchar ni oler.

Helen y yo nos miramos de nuevo. Sus manos temblaban, y no porque fuera a transformarse, precisamente, ya que ahora ella tampoco podía hacerlo. Helen estaba muerta de miedo.

—Si no nos huelen a nosotras, sabrán que está pasando algo y vendrán, te lo aseguro —volví a advertirle.

Los cuatro vampiros rompieron a reír, todos con altivez. En cambio, el gigante permanecía inmóvil, mirando al frente con aquellos ojos blancos que no expresaban nada.

—Tengo muchos trucos en la manga —afirmó—. Ellos verán que estáis en el bosque paseando tranquilamente, incluso creerán oleros.

Noté cómo mi rostro reflejaba el sentimiento de estupor y sorpresa que se instaló en mi mente.

—Eso es imposible... —consegui susurrar, a modo de contradicción.

—No para un mago como yo —declaró, llevando sus pasos hacia nosotras con lentitud.

Volví a quedarme estupefacta.

Si eso que decía era verdad, ahora entendía que hubiese esperado a que no estuviera Jacob, porque él sí que podría ver esa barrera y

destruirla. Y si sabía que el Gran Lobo no estaba aquí, quería decir que nos había estado vigilando, tal vez desde hacía mucho tiempo, puede que hubiera esperado justo a este momento.

—¿Qué quieres de nosotras? —quise saber.

—Te quiero a ti —puntualizó.

—¿Qué? —apenas me salió la voz.

—Tú eres la elegida por el Gran Lobo —respondió, mirándome con una fijeza que me heló—. La mujer única de la que habla la profecía, la elegida para la imprimación mutua, la otra parte del Gran Lobo, su alma gemela, su complemento. Cuando te vi la primera vez y observé cómo te protegía y te miraba él, lo vi claro. Y tú contraerás matrimonio conmigo.

Mis oídos no daban crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo sabía todo eso? ¿Qué decía esa profecía de la que tanto hablaba? ¿Y cómo que yo me iba a casar con él? Pero ¿qué se creía?

—No tienes nada que hacer. Yo me casaré con el Gran Lobo —aseguré, apretando los dientes—. Nada ni nadie puede separarnos, nuestro vínculo es extremadamente fuerte e irrompible —le dejé claro.

—Vuestro vínculo es irrompible, en efecto —asintió, acercándose a mí con calma—. Para los demás, pero no si uno de los dos lo rompe —declaró, con una sonrisa maléfica, aunque no fue eso lo que me congeló, sino sus palabras—. Sólo vosotros podéis romperlo, y tú lo harás hoy mismo.

Mis pulmones volvieron a trabajar sin descanso cuando me percaté de la verdad que encerraban sus palabras, porque era así. Por primera vez en mi vida, me di cuenta de que nuestro vínculo solamente podríamos romperlo nosotros.

Pero eso era imposible que sucediese, ninguno de los dos queríamos eso nunca.

—Yo jamás romperé ese vínculo —afirmé, intentando conferirle a mi tono un poco más de fuerza.

Su sonrisa malvada se amplió.

—No te preocupes, mi magia te ayudará.

Automáticamente, las imágenes de la pesadilla que me había tenido en vilo aquellas noches se plantaron en mi cabeza, haciéndome sentir un escalofrío gélido que me atravesó entera; unos crueles y punzantes pinchazos se clavaron en mi corazón y lo detuvieron, dejándome sin respiración durante unos eternos segundos. Aunque luego ésta comenzó a agitarse con pavor.

—Dile adiós a tu Gran Lobo —dijo con la misma sonrisa de antes, a la vez que me arrojaba algo con la mano.

—¡Nessie! —chilló Helen, llevándose las manos a la boca.

—No... —mascullé, horrorizada—. ¡No! —grité acto seguido.

Mis pies echaron a correr a un lado en cuanto vi que había lanzado otro polvillo dorado en mi dirección. Creí que eso lo esquivaría, pero en esta ocasión, las partículas brillantes no se quedaron suspendidas en el aire como si fuese una nube, sino que me persiguieron como si de un enjambre de diminutas y rabiosas abejas se tratase.

—¡Corre, Nessie! —escuché que gritaba Helen.

Por un instante miré a mi amiga, estaba aterrada, como yo, y no tenía pensado dejarla ahí tirada, pero ahora mismo lo que me urgía era esquivar al enjambre que me perseguía, porque, egoístamente, Jacob era lo primero para mí, y mi aro de cuero me decía que ese polvo traía algo maléfico relacionado con mi pesadilla.

Corrí más deprisa y, de pronto, me estampé con otra parte de la barrera, cayéndome en el suelo. Vi cómo las partículas se acercaban a mí a toda velocidad, no me dejaban en paz, y volví a levantarme. No llegué muy lejos, a unos pocos metros me topé con otro cristal que me impidió el paso, tirándome de nuevo.

—Mírala, parece un pajarillo enjaulado —se mofó uno de los vampiros, que no me dio tiempo de reconocer.

Pero yo no me rendí. Me puse en pie y mis manos comenzaron a palpar la barrera de una forma ansiosa mientras mis pies seguían galopando. Con eso pude darme cuenta de que era redondeada, ya que me movía en curva, y no se acababa nunca, estábamos en una burbuja de cristal invisible.

—¡Nessie, cuidado! —chilló Helen, una vez más.

Miré hacia atrás, asustada, y vi al enjambre de polvo lanzarse hacia mí vertiginosamente, como un torpedo que persigue a su objetivo sin descanso.

—¡No! —grité, al ver que no tenía escapatoria.

Mi espalda chocó contra la barrera y alcé el brazo para cubrir mi rostro ladeado, como si ese último acto desesperado fuera a evitar algo.

De repente, mi pulsera vibró una sola vez, pero fue muy diferente a aquellas otras en las que había descargado su energía para protegerme del licántropo o Nahuel. A diferencia de entonces, que lo había hecho con una energía extraordinaria e impresionante, esta vez la pulsera latió sobre

mi muñeca como si realmente estuviera viva. Fue un latido, un solo latido, y el polvillo se repartió a mi alrededor como si yo misma estuviera dentro de una burbuja y las diminutas partículas se hubiesen quedado pegadas a su cristal, coloreando y haciendo visible la esfera de mi barrera.

Me aplasté contra la barrera de Razvan, alucinada y todavía respirando a mil por hora, y, aunque tenía las dos manos apoyadas en la misma, mi particular burbuja seguía en pie, protegiéndome.

Era la primera vez que mi aro de cuero hacía algo así y no le debía de ser fácil, porque noté cómo mi pequeña barrera empezaba a flaquear. Esto también era nuevo para mi pulsera.

—¿Qué es eso? ¿Qué está pasando? —preguntó Elger, con sorpresa.

—Es el poder del Gran Lobo —le reveló Razvan, con un semblante áspero y grave, lleno de rabia.

Observé horrorizada y frustrada cómo mi cristal invisible empezaba a vacilar y el polvillo conseguía abrirse paso poco a poco. Mi pulsera ya no vibraba, estaba demasiado concentrada en erigir esa barrera que ya no iba a durar mucho más tiempo, era una pompa de jabón que se estaba muriendo.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Estaba rodeada de vampiros, no me podía transformar y la barrera de Razvan me impedía escapar.

De pronto, Razvan le hizo una señal a Axel. En un abrir y cerrar de ojos, Helen fue atrapada por éste, que la sujetó sin ningún tipo de problemas y se la llevó, traspasando la barrera como si nada ante mis incrédulas y espantadas pupilas.

—¡Nessie! —gritó, antes de que Axel se perdiera en la negrura del bosque.

—¡Helen! —chillé, echando a correr hacia ella con mi frágil burbuja cubriéndome todo el tiempo.

Razvan aprovechó mi distracción para que su mano me arrojara otra ración de polvillo, y lo hizo con tanta cólera, que su cantidad fue mucho mayor y las partículas se estamparon en mi barrera casi instantáneamente, de lo vertiginosamente rápido que vinieron. Un millón de diminutos balazos que hicieron que mi cristal invisible se desquebrajara en mil pedazos sin que yo ni mi pulsera pudiéramos hacer absolutamente nada para impedirlo.

Había caído en su trampa como una idiota.

—¡No! —lloré, con impotencia, cubriéndome el rostro con los dos brazos.

Ya no me dio tiempo a más. De nada sirvieron mis brazos. El polvillo penetró por mi boca, mi nariz y mis oídos con saña y enseguida noté sus efectos.

Fue algo muy extraño. Noté cómo mi alma era desplazada por una brisa fría, gélida, un aire lleno de maldad, perverso, maléfico. La oscura brisa oprimió mi espíritu como si me encerrase en una diminuta caja, aunque no me echó de mi cuerpo, sino que ocupó ese espacio que quedó vacío, usurpando mi puesto.

El ladrón obligó a mis piernas a detenerse y mi cuerpo se quedó parado delante de Razvan, por más que procuré evitarlo.

Intenté gritar, pero mi garganta no emitió sonido alguno, mi boca permaneció cerrada.

¡NO!, chilló mi mente.

No sentía nada, puesto que mi cuerpo ya no era mío, sin embargo, sí que notaba a mi pulsera, ella volvía a vibrar con rabia e insistencia.

—¿Ya está bajo la influencia del hechizo? —preguntó Duncan, poniéndose frente a mí para mirarme.

¿Hechizo?! ¿Qué era esto?!

Mis ojos miraban al horizonte, no podía dirigirlos hacia él.

—Sí, la cuenta atrás ha empezado —reveló Razvan.

¿La cuenta atrás de qué?!

Razvan hizo otra señal con la cabeza y algo empezó a moverse entre la vegetación.

Mi respiración no podía estar más asustada, a pesar de que por mi boca el aliento se escapaba con normalidad.

Me quedé estupefacta cuando vi lo que salía de entre los árboles.

El vampiro que apareció ante mí llevaba una larga casaca negra, con una capucha que le cubría la cabeza y apenas dejaba ver su semblante. Un escalofrío recorrió toda mi alma y entonces lo supe con certeza. Era la sombra. La sombra que había visto aquella tarde en la carretera. Aquel que la manada había atrapado debía de haber sido otro vampiro, un nómada cualquiera que había dado la casualidad que también iba de negro.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo Razvan—. Y ten cuidado con los lobos —le indicó acto seguido.

La sombra asintió y se marchó en dirección contraria, atravesando la barrera sin problema para volar por el bosque.

Razvan me miró y su boca se torció en una mueca arrogante llena de celebración.

Pero ahí no acabó la cosa, y a partir de ese momento, todo sucedió a una velocidad vertiginosa.

¡No! ¡¿A dónde me llevas?!, le chilló mi mente al usurpador de mi cuerpo mientras intentaba revolverme.

Sin embargo, no pude hacer nada. Mis piernas obedecieron a la brisa que me había poseído y comenzaron a caminar.

Me alejé de allí, atravesando la barrera como si ahora fuera una ligera cortina de humo, y salí del bosque, dejando atrás a Razvan y a los dos vampiros que lo acompañaban, que permitieron que me fuera con total confianza.

Me sentía como si tuviera dos cuerpos. Uno era el corpóreo, el que estaba siendo dominado por la brisa, el hechizo; otro era el compuesto por mi espíritu, y este último era el que golpeaba esa caja de cristal en la que me veía atrapada para intentar salir y controlar mi cuerpo de carne otra vez. Pero todos mis esfuerzos eran en vano, ninguno de ellos parecía hacer efecto alguno sobre ella.

Me estaba pasando algo muy parecido a lo que había tenido que sufrir Taha Aki, sólo que a mí me habían robado mi cuerpo sin echar a mi espíritu fuera.

Mi aro de cuero rojizo vibraba como loco, aunque él tampoco podía hacer nada.

Atravesé los últimos árboles y salí al pequeño jardín que había en la parte posterior de la casa de mi amiga.

¡Helen! ¡Helen!, la llamé, cuando vi que ella también salía y se ponía a mi lado.

Sin embargo, ella no reaccionaba. Caminaba junto a mí como si estuviésemos dando un simple paseo.

—Parece que va a llover, ¿verdad? —manifestó, mirando al nublado cielo.

Mi alma pestañeó, perpleja. ¿Es que no se acordaba de nada?

—Sí, es cierto —respondió mi boca.

Volví a quedarme paralizada. ¿Cómo es que había hablado? Era mi voz, pero ¿esa no era yo!

Entonces, me di cuenta de que a Helen le estaba pasando exactamente lo mismo que a mí. Éramos como marionetas, el hechizo que nos había poseído nos movía y hablaba por nosotras a su antojo. Y eso engañaría a

los lobos, por supuesto, para ellos no había ni estaba pasando nada raro, y no podía comunicarme con ellos a través de los pensamientos, puesto que no podía transformarme y Jacob no estaba.

—Me voy a quedar en casa —declaró la falsa Helen.

—Vale. Yo voy a irme a casa de mi familia, tengo que decirles algo importante —habló la brisa, con mi voz.

¡No! ¡¿Qué le vas a hacer a mi familia?!, grité, pegándome al cristal que me apresaba, con ansiedad.

—De acuerdo. Hasta luego —se despidió esa Helen.

—Hasta luego.

Mi cuerpo carnal siguió su camino y el de mi amiga se metió en la vivienda por la parte de atrás. Llegué a mi coche, me subí y arranqué, saliendo vertiginosamente en dirección a la propiedad de mi familia.

ATRAPADA

¡No, no!, gritaba mi mente una y otra vez, empujando ese cristal que me oprimía, sin éxito, mientras mi pulsera vibraba insistentemente.

No sé cómo lo hizo, pero la brisa que me poseía consiguió conducir y llegar a mi antigua casa, utilizando mi cuerpo de carne para ello. Me apeé del vehículo y me planté en la vivienda con rapidez.

Nada más abrir la puerta, vi a Em en el sofá, acompañado por Alice, Rose y Jasper.

—Hola, Nessie, ¿qué haces aquí? —preguntó Alice, extrañada de verme allí a esas horas.

¡Ayudadme!, gritó mi mente, desesperada.

Lo que oyeron fue otra cosa.

—¿Podéis reuniros todos? Tengo que deciros una cosa muy importante —habló mi voz, seria, ordenada por la brisa.

Mis pies ya se dirigían con rapidez hacia las escaleras.

—Claro, ¿qué pasa? —quiso saber Rose, sorprendida por esa seriedad tan seca.

¡Rose!

—Ya os lo explicaré —dijo mi obligada boca a la vez que mi cuerpo carnal subía por las escaleras.

¡Déjame! ¡¿Qué vas a hacer?!

Llegó a la última planta y corrió hacia mi antiguo dormitorio. Entró en él y después hizo lo mismo en el vestidor.

¡¿Qué vas a hacer?!, repetí.

Vi horrorizada cómo mis manos cogían mi vestido de novia y empezaban a destrozarlo sin piedad, arrancando los volantes de la falda cruelmente.

¡Noooo!, lloré, con rabia, empujando el cristal que me mantenía encerrada mientras mi vestido era rasgado con saña y mi pulsera seguía vibrando. *¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!*

El vestido fue tirado al suelo con desprecio y, sin perder el más mínimo de tiempo, mi cuerpo de carne bajó al salón, donde mi familia al completo ya me esperaba.

Mi aro de cuero rojizo no dejaba de vibrar en ningún momento.

¡Papá! ¡Seguro que tú puedes oírme, ¿verdad?!, sollocé.

Pero mi padre estaba de pie con los brazos cruzados, como los demás.

¡Papá!, chillé más fuerte.

No, no podía ser, era imposible, mi padre no podía escucharme.

—Bueno, ¿qué es eso que tienes que decirnos? —inquirió mamá, expectante.

—No habrá boda.

¡No, no, nooooo!, chillé, pegándole puñetazos al inquebrantable cristal.

—¿Qué dices? —murmuró ella, sin poder creérselo, con un semblante desencajado.

No era la única. Todos se quedaron en estado de shock.

¡Sí, eso es! ¡No lo creáis, es mentira!, voceé, con una mota de esperanza.

—No quiero a Jacob.

Hasta la pulsera se estremeció al escuchar tales vocablos.

Mis perplejos ojos etéreos vieron cómo a la vez que mis labios pronunciaban esas horribles palabras, algo dorado salía por mi boca, esparciéndose por toda la estancia, llegando a cada miembro de mi familia en forma de un humo que se les metió hasta por los ojos.

¡¿Qué es esto?!, inquirí, sin creérmelo.

De pronto, todos y cada uno de ellos relajaron esos rostros que al principio eran de estupefacción.

¡No, sí le quiero! ¡Le amo! ¡Le amo!

—Bueno, si es tu decisión —aceptó mi padre, como si nada.

¡¿Qué?! ¡¿Qué pasaba ahora?! ¡¿Por qué creían esas palabras?! ¡¿Qué... qué era esto?! ¡¿Otro hechizo?! ¡¿Un hechizo que hacía que se creyesen esta sarta de mentiras?!

¡Papá, lee mi mente! ¡Amo a Jacob! ¡Le amo con toda mi alma! ¡Tú lo sabes mejor que nadie!, sollocé, desesperada. *¡Tienes que escucharme!*

Sin embargo, mi progenitor daba la sensación de que estaba viendo otra cosa, dada su tranquilidad.

—Me da pena de Jacob —siguió mamá, mordiéndose el labio con un poco de tristeza—, pero tendrá que aceptarlo. Esperaré unos días para quedar con él, hasta que se tranquilice un poco. Esto habrá sido un mazazo muy duro para él y no quiero que esté solo.

¿Mamá también había caído en ese hechizo?! Pero..., pero ella tenía su escudo, era imposible, ni siquiera Jane podía ejercer su don sobre ella..., ¿cómo...?

—No, no quiere veros —siguió mintiendo mi voz, soltando otro poco de ese humo dorado que parecía ser invisible para ellos—. Él tampoco quiere casarse.

—Ah, ya —creyó mamá.

¡Noooo! *¡Eso es mentira!*, grité a la vez que mi pulsera.

—¿Qué estáis diciendo? —cuestionó Alice, frunciendo esas finas cejas perfectamente delineadas sobre sus dorados ojos—. Jacob y Nessie están imprimados, los dos.

Alice, ella tenía una percepción de lo sobrenatural especial, tal vez a ella no le afectaran los hechizos.

¡Sí, Alice! *¡Sigue!*, volví a pensar, con esperanza.

—No, no estamos imprimados —por mi boca volvió a salir otro humo dorado que les llegó a todos, pero que se fue especialmente hacia mi tía, internándose en su organismo por medio de la boca, nariz, oídos y ojos una vez más—. Yo no estoy imprimada de Jacob, y Jacob no está imprimado de mí. Jacob se marchó el día en que yo nací y no ha vuelto jamás por aquí.

¡No, Alice! *¡Sí, sí que estamos imprimados!* ¡Y Jake siempre ha estado aquí!, grité, golpeando la caja de cristal en la que me encontraba, con rabia.

Sus cejas descendieron otra vez con extrañeza y su mirada bajó al suelo con algo de confusión, parecía perdida.

—¿De dónde has sacado eso, Alice? —rió Emmett.

Mi tía levantó el rostro.

—No sé. Debí de haberlo imaginado... —afirmó, mordiéndose el labio.

¡No, Alice!, lloré.

Ahora lo entendía todo. El humo iba hechizándoles poco a poco conforme mi boca iba soltando esas horribles mentiras para que, al final, llegásemos a este punto. Soltar una mentira tan grande como esa y tan poco creíble desde el principio, debía de ser muy difícil para llevar a cabo

el hechizo. En cambio, una mentira sobre otra mentira iban preparando el terreno para llegar a esa conclusión final que cerraba el hechizo del todo, así éste conseguía su objetivo: borrar de su cerebro cualquier recuerdo de Jacob y yo como pareja y hacerles creer que nada de esto había sucedido nunca.

—Esta tarde nos marchamos a Anchorage, ¿no? —continuó esa brisa cruel, hablando por mí—. Ya hemos visto a Charlie, que es lo que vinimos a hacer, y ya podemos irnos. Además, tengo mucho que preparar, ahora que voy a ir a la universidad con vosotros.

¡No, todo es mentira! ¡No os dejéis engañar! ¡Por favor, escuchadme!

—Sí, claro, princesa —contestó mi padre, dándome un beso en la frente que no noté, por supuesto—. Si es lo que quieres, partiremos por la tarde.

¡No!, sollocé, ya sin fuerzas.

—Sí. Es que me muero por ver a mi prometido, ya sabéis, ese chico que conocí en Anchorage, del que me enamoré y con el que me voy a casar el año que viene.

¿Qué?! ¡No, no lo creáis!

Pero era inútil toda lucha. El humo que salía por mi boca, por cada mentira que iba soltando, les hacía creer todo lo que escuchaban como si fuera lo más natural del mundo.

—Claro, es normal —sonrió mi madre, acariciando mi insensible mejilla.

¡No, mamá! ¡Mírame a los ojos!, le rogué entre lágrimas.

Entonces, mi boca exhaló con fuerza y volvió a salir algo de ella, aunque esta vez no se trataba de ese humo dorado, sino de un polvillo similar al que me había lanzado Razvan en el bosque, sólo que éste era plateado, y también pareció invisible a ojos de mi familia.

No podía creerlo. ¿Qué era todo esto?! ¿Qué estaba pasando?! ¿Por qué?! ¿Por qué?!

Mi cuerpo carnal comenzó a caminar de nuevo hacia la puerta de salida, dejando a mi familia atrás sin decirles ni una palabra.

¡No! ¿A dónde me llevas ahora?!, grité, dándole golpes al cristal mientras mi aro de cuero peleaba a su particular manera. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Haced algo, por favor!

Sin embargo, me quedé paralizada cuando vi lo que estaba haciendo mi familia. Seguían hablando, con nadie. Hablaban con alguien invisible que no estaba allí, y se dirigían a esa nada por mi nombre, creían que era

yo. Rose y mi madre se sentaron en el sofá, manteniendo una charla que parecía muy animada conmigo, pero yo no estaba allí, estaba aquí... y allí no había nadie, nadie...

Antes de que saliera por la puerta, me dio tiempo a echarle un último vistazo a Alice. Permanecía callada, observando toda aquella escena, pensativa, aunque luego sonrió a algo que mi yo invisible debía de estar diciendo, si bien su sonrisa fue algo desvaída.

Ella era mi única salvación. El hechizo parecía no haberla afectado del todo.

¡Alice! ¡Alice!, grité, saliendo por la puerta. *¡Ayúdame!*

Pero volvió a sonreír a otro comentario inexistente.

Mis pies se dirigieron al vehículo, ignorando toda mi inútil resistencia y mis gritos, y volví a subirme para marcharme de allí.

Mientras mi cuerpo arrancaba el coche, mi pulsera vibró de una forma un poco diferente, eran unas vibraciones con unas constantes distintas, a intervalos muy cortos y rítmicos. Nunca había vibrado así, pero lo descifré fácilmente. Me estaba avisando de algo.

Mi espíritu miró hacia un lado y se volvió a congelar. La espeluznante sombra estaba allí, vigilando detrás de un árbol. Eso también lo capté enseguida. La sombra era un sirviente de Razvan, y había venido para comprobar que todo salía según sus planes.

Mi familia no pareció percatarse de su presencia, ni siquiera mi padre, y tampoco pareció escuchar el sonido del coche, el hechizo debía de impedirlo todo.

Una vez más, la brisa gélida que me poseía logró hacer que condujese. Luché con todas mis fuerzas durante todo el trayecto, tratando de que mis pies carnales respondiesen a mis intenciones y frenasen, de que mis manos se movieran, pero todo era inútil. Lloraba con impotencia y desesperación, junto con mi aro de cuero, que vibraba alocado.

No pude evitar que mi cuerpo condujese el coche hasta mi casa en La Push, a pesar de mis intentos de escapar y tomar el mando de mi organismo.

Bajé del coche y me dirigí a la playa.

Un glaciar extremadamente helado atravesó todo mi ser cuando vi a Jacob en la orilla, porque esa horrible pesadilla se plantó en mi cerebro otra vez y supe con toda certeza lo que iba a ocurrir.

¡No, por favor! ¡No le hagas daño! ¡Haré todo lo que quieras, pero esto no!, chillé, desesperada, pegando mis manos etéreas a ese duro

cristal que apartaba mi espíritu de mi cuerpo para que la brisa fría usurpara mi puesto.

Las vibraciones de mi pulsera eran tan fuertes, que parecía que retumbaban en mi muñeca.

También fue inútil.

Jacob se percató de mi presencia y se giró.

—¡Nessie! —exclamó, con una enorme sonrisa, acercándose a mí trotando.

El corazón de mi cuerpo espiritual empezó a latir a mil por hora y mi respiración pasó a ser jadeante, de la tensión y los nervios. Mi Jacob, mi Jacob...

¡Por favor! ¡No podré soportarlo! ¡Si me separas de él, me moriré!, lloré, desconsoladamente. *¡Nos moriremos los dos!*

Extendió sus brazos para abrazarme, de la que llegaba.

—No te acerques —le paró mi cuerpo carnal, interponiendo la mano en su pecho para detenerle.

¡No, Jake! ¡No escuches!, sollocé.

Él era el Gran Lobo, tal vez el hechizo no le surtiera efecto. Eso era mi última esperanza.

Su sonrisa alegre se fue apagando lentamente, confusa, al escuchar ese tono de mi voz duro y frío que jamás había utilizado con él.

—¿Qué pasa?

—No me quiero casar contigo.

Mi aro de cuero volvió a sentir escalofríos al escuchar esa enorme mentira.

¡NO! ¡SÍ QUIERO! ¡SÍ QUIERO!, chillé, con todas mis fuerzas, aplastándome contra el cristal.

Pero ese humo dorado salió por mi boca de la misma forma que había hecho antes con mi familia, y al igual que había sucedido con ellos, se metió por su boca, nariz, oídos y ojos, haciéndole creer esas palabras sin darle opción siquiera a plantearse qué estaba pasando.

¡NO!, volví a gritar.

—¿Qué? —inquirió, perplejo.

Conforme hablaba, el humo volvió a actuar.

—No te quiero, y no habrá boda.

¡NO LO ESCUCHES, JAKE!, imploré, llorando. *¡ESA NO SOY YO!*

—¿Qué... qué estás diciendo? —sus preciosos ojos negros se tiñeron de confusión.

El humo parecía no hacer tanto efecto en él, aunque sí lo suficiente como para hacerle dudar de mí sin cuestionarse nada.

¡NO LO ESCUCHES! ¡SABES QUE TE QUIERO! ¡RECUERDA LA PROMESA QUE ME HICISTE EN ANCHORAGE! ¡LA PROMESA!

Mi muñeca casi temblaba, debido a mi pulsera de compromiso.

—No quiero seguir contigo —mintió mi falsa voz.

Otro humo se escapó por mi garganta, llegando hasta él, obligándole a creer.

¡NO! ¡NO LO CREAS!

¡Él no podía caer, era el Gran Lobo! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué también funcionaba con él?! ¡¿Qué clase de hechizos eran estos?!

—No... puede ser... —murmuró, sin apenas voz, con esos ojos confusos que ya empezaban a buscar respuestas en los míos—. Pero tú... me quieres..., y estás... imprimada de mí..., yo mismo lo vi.

¡SÍ, JAKE! ¡RECUERDA ESO! ¡RECUÉRALO!

—Lo que viste sólo fue algo imaginado por mí, pero me he dado cuenta de que no estoy imprimada de ti, y tampoco te quiero. No quiero seguir contigo.

Con virulencia, así exhaló mi boca el humo, el cual volvió a respirar Jacob. Y su semblante se llenó de una amargura que aguijoneó mi corazón.

¡NO LO CREAS! ¡ES MENTIRA! ¡ESTOY IMPRIMADA DE TI Y TE AMO, DESDE EL PRIMER DÍA QUE TE VI!, grité, entre lágrimas, sin dejar de golpear mi jaula de cristal para intentar recuperar mi cuerpo.

Sin embargo, era imposible, estaba encerrada, atrapada, era cautiva en mi propio cuerpo, y empezaba a sentir un pesado agotamiento. En cambio, mi pulsera seguía vibrando con el mismo ímpetu.

—¿Estás... estás rompiendo... conmigo? —preguntó, con un murmullo roto de dolor.

Mi corazón sufrió la puñalada de un cuchillo al verle así y al escuchar tal frase.

¡NO! ¡NO LE HAGAS DAÑO, POR FAVOR!, le repetí a la brisa, llorando con desesperación. *¡HARE TODO LO QUE QUIERAS, PERO NO LE HAGAS MÁS DAÑO!*

—Sí. No quiero estar contigo —dijo la brisa, ignorando todas mis súplicas.

¡NOOOO!, chillé, con rabia.

Jacob volvió a respirar ese malvado humo dorado que mi boca soltaba sin piedad y su rostro se apagó más.

¡NO! ¡NO LO CREAS! ¡ESA NO SOY YO!

Sus pies comenzaron a moverse delante de mí mientras su mano se alzaba a su nuca para revolverse el pelo nerviosamente y sus ojos buscaban respuestas en la arena.

De pronto, clavó la mirada en mis pupilas, se paró y se quedó frente a mi cuerpo carnal.

—Yo siempre... siempre estaré contigo —afirmó, vocalizando las palabras con una desesperación que se me clavaba en el alma—. Y no es sólo la imprimación. Te quiero, y no pienso rendirme. Lucharé por ti incluso después de muerto.

¡Y YO TAMBIÉN TE QUIERO! ¡TE QUIERO!, sollocé.

La brisa que poseía mi cuerpo parecía incómoda y nerviosa. Le estaba costando convencer a Jacob.

—Pero yo no te quiero, y no quiero volver a verte —pronunciaron con crueldad mis cuerdas vocales, soltando ese maldito humo dorado con mucha más intensidad para que no opusiera resistencia a esas palabras, y las creyese.

¡NOOO! ¡ES MENTIRA!

Sin embargo, por más que yo gritaba, el humo hacía bien su trabajo. Los vocablos que escuchó de mi boca parecieron romper todas sus esperanzas y eso le desesperó más.

—No... no puede ser... —repitió, con ansiedad, negando con la cabeza, inquieto, herido—. No te creo —sus ojos se clavaron en los míos con una determinación desesperada y, con un movimiento precipitado, cogió mi mano y pegó mi cuerpo carnal al suyo—. No puedo creerme que todo lo que hemos vivido juntos no signifique nada para ti.

El corazón de mi espíritu no fue el único que empezó a bombear a toda máquina, mi pulsera latió de nuevo, pero esta vez, lo hizo con insistencia, emitiendo una serie de latidos alocados que pedían a gritos que me besara. Y, entonces, supe con total certeza que eso era lo que rompía el hechizo.

La brisa se puso más nerviosa.

¡SÍ, JAKE, BÉSAME! ¡BÉSAME AHORA!, le pedí, sollozando, pegándome al cristal como si así fuera a llegar a él.

—Me quieres, lo sé —afirmó, ansiosamente, apretándome más a su cuerpo.

¡SÍ, TE QUIERO!

Acercó su rostro al mío con rapidez para ensamblar sus labios a los míos y mi alma se pegó aún más al cristal, intentando alcanzarle para besarle. Pero, cuando Jacob estaba a punto de conseguirlo, mi cuerpo carnal se separó de él con una brusquedad y una violencia inusitada, empujándole hacia atrás, y le propinó una bofetada tan fuerte, que incluso ladeó su cara.

¡NOOOO!, lloré, con rabia, agitándome en la caja de cristal furiosamente a la vez que mi aro de cuero lo hacía en mi muñeca.

Jacob se quedó paralizado por un momento.

Volvió ese rostro empapado de amargura hacia mí mientras sus ojos se llenaban de dolor y angustia.

—Nessie... —susurró.

—¡No te quiero! —le gritó mi voz, ordenada por la brisa.

Esta vez, el humo salió disparado con las palabras, y fue mucho mayor y más denso. Lo respiró profundamente con esas inspiraciones que ya agitaban su pecho con nerviosismo y desesperación.

El hechizo hacía que ni siquiera se plantease nada más, le metía esas palabras en la mente para clavárselas con saña, haciendo que las creyese como si en verdad todo lo que mi boca soltaba hubiera pasado y él lo hubiese visto.

¡NO, JAKE!, chillé de nuevo, dándole golpes al cristal, desbocada. *¡NO TE DEJES ENGAÑAR! ¡NO SOY YO! ¡NO SOY YO!*

—¿Por qué...? —inquirió, con un hilo de voz—. ¿Por qué me haces esto...?

Su honda angustia hacía que mi corazón se desangrase rápidamente.

—He conocido a otro hombre —me hizo soltar la brisa sin piedad a la vez que el humo hacía su trabajo.

¡NOOO!, chillé, con rabia. *¡RECUERDA LA PROMESA, JAKE!*

Pero Jacob comenzó a negar con la cabeza, con ese rostro desfigurado por un profundo y desgarrador dolor que se clavó en mi corazón, haciéndome sentir lo mismo.

—¿Otro... otro hombre? —su voz casi no sonó, y su semblante ya rozaba la agonía.

Mi alma se llenó de pinchazos por todas partes, éstos se clavaban en mi corazón y en mi estómago con crueldad.

¡TÚ ERES EL ÚNICO PARA MI, LO SABES!, mis sollozos ya no podían ser más agonizantes y los golpes que mi espíritu propinaba contra el cristal eran brutales, desbocados, desesperados.

—Sí, me he enamorado de él, ha sido un flechazo —dijo mi boca, con su consecuente humo invisible.

Éste hizo su trabajo de nuevo y Jake se creyó esas horribles palabras, debilitado por ese estado de ánimo que lo hacía más vulnerable.

¡NOOOOO!

—No... —negó con la cabeza, con ese rostro bañado en angustia, confusión, dolor... mientras su pie ya se iba hacia atrás.

¡NOOO, JAKE! ¡NO TE VAYAS! ¡NO ME DEJES, POR FAVOR!, lloré, con gritos, revolviéndome en mi cárcel con unos empujones salvajes. *¡TE QUIERO A TI! ¡TE AMO CON TODA MI ALMA!*

—Adiós, Jacob.

¡NOOO! ¡JAKE! ¡TE QUIERO! ¡TE QUIERO!, mi mente ya no podía chillar más alto y los ojos de mi espíritu no podían llorar más.

Una lágrima empezó a descender por su mejilla. Mis sangrantes pinchazos se multiplicaron por mil.

Mi boca exhaló otro polvillo plateado que él respiró sin darse cuenta, era otro encantamiento, al igual que había pasado con mi familia.

¡NOOOO! ¡¿QUÉ LE ESTÁS HACIENDO?! ¡JAKE!

Pero no pude ver de qué se trataba. Mi cuerpo se giró, dándole la espalda, y empezó a alejarse de él sin ningún atisbo de duda ni compasión.

¡NOOOOOOOOOOOOOO!, grité, con todas mis fuerzas, llorando, a la vez que mi espíritu se volvía hacia atrás y estiraba los brazos hacia él para tratar de alcanzarle.

Mi pulsera también parecía estar llorando con impotencia, pues sus vibraciones eran desesperadas.

—No... —volvió a murmurar, con ese semblante torturado que me mataba.

Vi cómo daba unos pasos hacia atrás, haciendo esas continuas negaciones, y se daba la vuelta con precipitación, echando a correr hacia el bosque contigo a la playa.

¡JAAAAAAAKE!, chillé, con una voz desgarradora que hubiera roto mis cuerdas vocales si mi garganta lo hubiese proferido.

Se transformó antes de llegar a la línea de los árboles, dejando sus ropas hechas trizas sobre la arena, y la peor de mis pesadillas se hizo realidad.

¡NOOOOOOOOOO! ¡NOOOOOOOOO! ¡JAAAAAKE!

Mi espíritu intentaba llegar a él inútilmente, y mi cuerpo carnal seguía su paso firme hacia otra parte del bosque.

Ese grito desgarrador que no se escuchó se perdió junto al amor de mi vida, mi único amor, el único hombre que mi corazón podría amar, y me lo habían arrebatado sin que yo pudiese hacer absolutamente nada para evitarlo.

Empecé a marearme, incluso sentí unas tremendas ganas de vomitar, de la tensión y el profundo e insoportable dolor, y lo hubiera hecho si no fuera porque mi cuerpo seguía poseído por esa malvada brisa. No me había dado cuenta hasta ahora de lo exhausta que estaba. La desolación era insoportable y mi corazón no podía aguantar la agonía que lo había quebrado en dos.

Mi horizonte de felicidad junto a él, eterno, infinito, se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

Mientras mi alma seguía llorando con impotencia y desesperación, mi cuerpo fue conducido por el bosque. Mi dolor era tan grande, que ni siquiera me fijé por dónde iba, ni si la manada estaba por allí o no, solamente me dejaba flotar, inerte, como las algas que son arrancadas del fondo y son vapuleadas por las olas hasta que son conducidas hacia la orilla sin remedio.

A mí me habían arrancado de lo que más amaba del universo.

Estaba completamente ida, me habían quitado lo que más me importaba del mundo. El mareo aumentó, hasta tal punto, que noté cómo mi alma iba a desmayarse. Todo se nubló a mi alrededor y comencé a ver las imágenes como si estuviera en un sueño, un horrible y cruel sueño.

Lo último que recuerdo es a la sombra esperándome tras un enorme abeto, con ese semblante tapado por la capucha de su casaca negra. Se acercó a mí y me agarró del brazo.

Después, mi espíritu se desmayó.

= PARTE DOS =
PROFECÍA

PREFACIO

¿Existen los cuentos de hadas? ¿Esos mundos repletos de brujas feas y malvadas, hechizos, magos, príncipes azules, dragones, castillos y encantamientos? Yo creía que no, pero me equivocaba.

Esos cuentos que mi madre me contaba para dormirme cuando tenía un mes y de los que pronto me cansé, son reales. Lo que no sabía es que nada era como está relatado en los libros.

La madrastra no es mala, la bruja es hermosa y ayuda a la princesa fea, el mago es cruel y malvado, las princesas ya no quieren a un príncipe y Caperucita es la que tiene que internarse en el bosque oscuro para rescatar al lobo.

Cuando entendí esto último, todo cambió.

ENCIERRO

—¡JACOB! —chillé, abriendo los ojos de repente.

Mi respiración iba a mil por hora y lo único que la entrecortaba era el enorme nudo que quebraba mi garganta y que ya había hecho que las lágrimas se derramasen por mi rostro.

Sin embargo, mi Jacob no estaba. Esta vez no había sido una pesadilla. Era el mundo real, la cruel y dura realidad.

Llevé mis temblorosas manos a las mejillas para secarme inútilmente esas lágrimas que no dejaban de brotar y entonces me di cuenta de que podía moverme a mi antojo. Me toqué el resto del cuerpo y la cara para comprobarlo bien. Sentía cada uno de los roces, mis manos me respondían, así como mis piernas, mis ojos, mi boca. Mi organismo volvía a ser mío.

Miré a mi alrededor, asustada y compungida, incorporándome para quedarme sentada.

Estaba en un camastro estrecho que se apoyaba en la pared, haciendo esquina, sobre una colcha de lana vieja de color gris, en una habitación pequeña y lúgubre que no tendría más de dos metros y medio de ancho por cuatro de largo. La estancia tenía una pequeña ventana en una de las paredes largas que aportaba muy poca luz y que estaba provista de una reja con unos fuertes barrotes. Debajo de la misma había una silla de madera que tenía el aspecto de ser muy antigua, al igual que el cabecero de la cama, la mesita, el armario y la puerta. Ésta abría hueco en la pared corta que seguía a la de la ventana y se notaba lo dura y pesada que era. Las paredes estaban formadas por unos bloques grandes de piedra gris.

Me sentía algo mareada y no tenía ganas de moverme, los pinchazos que agujijoneaban mi estómago y que perforaban mi corazón, junto con la desazón que me invadía, eran brutales, pero, aún así, me levanté.

Corrí hacia la puerta y tiré de la hebilla redonda que hacía las veces de pomo con todas mis fuerzas, apoyando la otra mano en la pared para conseguir más efecto, pero no había forma de abrirla. Repetí esta acción más veces, entre lágrimas de rabia y desesperación. Nada, la pesada hoja ni siquiera se movía.

—¡Nooooo! —grité, pegando puñetazos a la puerta.

No podía soportarlo, tenía que escapar de allí como fuera para llegar a Jacob.

La ventana. Tal vez pudiera salir por la ventana. Los enormes barrotes no eran un problema para mí, tenían toda la pinta de ser de hierro, y haciendo palanca con cualquier utensilio de la cama y con mi fuerza de medio vampiro seguramente podría hacer un hueco por el cual pasar.

Me aparté de la puerta y me dirigí a la ventana corriendo. Sin embargo, mi agitada respiración se transformó en llanto de nuevo cuando vi lo que había al otro lado.

La altura que me separaba del suelo era bastante grande, era la equivalente a seis pisos, y desde allí solamente se veían árboles por todas partes, una densa vegetación que lo cubría todo. Me desplazé un poco para tener visión desde otro ángulo y mis ojos se abrieron como platos.

No llegaba a serlo del todo, pero el edificio en el que me encontraba se parecía bastante a un castillo. Estaba hecho completamente de piedra gris, y parecía muy antiguo, pues en algunas partes de la fachada todavía seguían marcados los cañonazos sufridos por los vestigios de una guerra acontecida siglos atrás, algunos de los agujeros todavía tenían las bolas de hierro incrustadas, como si el tiempo se hubiera detenido justo en el momento de su impacto. Sin embargo, no había saliente alguno que me ayudase a descender si salía por la ventana. Era imposible bajar por aquí, incluso para un semivampiro como yo.

El bosque rodeaba a la construcción por todas partes y lo único que conseguía emerger del mismo eran las torres del pequeño castillo, puesto que eran los únicos elementos constructivos que tenían tanta altura. Fue entonces cuando supe que yo estaba en una de ellas. Solamente veía la que estaba en el otro extremo, pero me imaginé que el castillo constaba de cuatro torretas idénticas situadas en las esquinas. Donde yo me encontraba había mucha altura, como en la atalaya que estaba al otro extremo, y, tomando las pautas arquitectónicas que se seguían en la época medieval, la planta del castillo debería ser más o menos simétrica, así que faltaban dos torretas más que yo no podía ver porque quedaban al otro

lado del edificio. Mi cárcel estaba en la planta más alta, ya que conté los pisos de la torre que veía al otro extremo y llegué hasta seis alturas, justo lo que había calculado antes.

Como en las películas y en los cuentos de hadas, la parte superior de las torres estaban preparadas para vigilar y defenderse de cualquier posible ataque, así que el murete que las coronaba tenía esa forma dentada donde se colocaban los vigías de aquella época con sus cañones. Las torretas también estaban provistas de una sola fila de ventanas pequeñas, con sus respectivas rejas, que se distribuían en vertical, una por cada piso, y tenían exactamente la misma medida que la que tenía delante, ochenta centímetros de ancho por uno cuarenta de largo.

El resto de la edificación unía a las cuatro torres, y no conseguía verlo bien debido a los árboles, pero me pareció que solamente constaba de muros de piedra cerrados, sin huecos ni ventanas.

Me di cuenta enseguida de que se trataba de un castillo más bien pobre, señal de que el señor o noble que vivía en él hace siglos no debía de disponer de muy buena posición ni de un título nobiliario de alto rango, puesto que en aquella época construir un castillo era muy caro y solamente lo podía adquirir la gente más rica. Cuanto más grande era el castillo, más poder adquisitivo, tierras y posesiones tenía el noble.

Me di la vuelta y pegué mi espalda al cristal, con mis angustiados pulmones trabajando sin cesar.

¿Dónde estaba? ¿Qué era esto? Y Jacob, mi Jacob, estaría sufriendo, él pensaba que yo había...

Me llevé la mano al pecho cuando mi corazón se vio agredido con otro hondo pinchazo. Ni siquiera podía pensar en las palabras, tan sólo imaginar el vocablo *romper* relacionado con Jacob, me revolvía el estómago.

No pude evitarlo. Mi garganta sufrió el embuste de una enorme arcada y tuve que correr a la esquina de al lado para vomitar.

¡Mi Jacob, mi Jacob!

¿Por qué Razvan tenía que haberle hecho tanto daño? ¿No podía haber hecho que se olvidara de todo, al igual que con mi familia? Lo hubiese preferido, por lo menos así no sufriría tanto. Pero no, esa brisa malvada que Razvan me había metido en el cuerpo tenía que hacerle creer esas horribles mentiras para hacerle sufrir sin piedad.

Y ahora él estaba sufriendo. Las imágenes de su rostro bañado de agonía y profundo dolor, y notar nuestra separación, hicieron que me diera otra arcada y volviese a vomitar mis escasos fluidos gástricos.

Me fijé en que había una jarra con agua y un vaso en la mesita que reposaba junto a la cama. Era la única mesilla, puesto que en el otro lado del lecho estaba la pared. Me aparté de la esquina y me aproximé a la mesita. Olí el contenido de la jarra para verificar que se trataba sólo de agua. Así era, luego vertí un poco en el vaso y bebí unos cuantos tragos para limpiar mi resquemada garganta.

Mi familia. Ellos no estaban sufriendo, al menos, eso me consolaba un poco.

Intenté calmarme, diciéndome a mí misma que todo esto era pasajero, que era cuestión de días que vinieran a rescatarme. Mi familia no tardaría mucho en descubrir que yo no estaba con ellos, sobre todo Alice. Ella no parecía haberse quedado muy convencida. Y Jacob. Él era el Gran Lobo. Pronto se daría cuenta de que las palabras que salían por mi boca eran mentira, que eso que le había dicho era imposible, que aquella no era yo, y vendría a buscarme. Me encontraría, seguro, y cuando eso sucediera, Razvan y los suyos serían aniquilados sin cuartel, Jake no le perdonaría que osara a separarnos de este modo tan ruin, cobarde y mezquino.

Procuré aferrarme a esa idea. Me eché en el camastro, más calmada, aunque los pinchazos de mi estómago eran enormes.

¿Y Helen? Mi mano se fue a mi cabello con preocupación. ¿Qué habrían hecho con ella? ¿La habrían secuestrado, como a mí? Si era así, intentarían sobornar a Ryam...

De pronto, mi pulsera vibró. Eso, y un ruido en la puerta, me puso en alerta e hizo que me incorporase de nuevo, asustada.

La pesada hoja de madera se abrió poco a poco, produciéndose un chirrido por las viejas bisagras, y mi respiración aumentó su ritmo. Y lo hizo aún más cuando la sombra apareció tras ella.

Llevé mi cuerpo hacia atrás y mi espalda se topó con el cabecero.

—Veo que te has despertado —habló, con el mismo acento de Europa del este que tenían Razvan y sus secuaces.

Su casaca y su capucha negra me impedían verle el rostro y el cuerpo, pero por su voz profunda y grave deduje que era bastante corpulento, si bien no era demasiado alto, pues, según mis cálculos, yo le superaba.

Esperó un tiempo prudencial, pero no le contesté.

—Tienes que acompañarme —dijo a continuación.

—¿A dónde? —quise saber, con una voz que me hubiese gustado que saliera con más potencia.

—Razvan te está esperando —se limitó a responder.

Pero, ¿qué se creía?

—No pienso ir a ninguna parte —contesté, ahora sí, con determinación.

—Debes ir —pronunció, más serio.

—Pues yo no me voy a mover de aquí —reiteré.

No dijo más nada. Hizo una señal con la cabeza, y de repente, dos vampiros entraron como una exhalación, sujetándome por los brazos para arrancarme del camastro.

—¡No! ¡No voy a ir! —grité, mientras me revolví.

Pero era inútil. Los dos vampiros me llevaron a rastras sin ningún problema y me sacaron de la habitación, conducidos por la sombra.

Los matones que me arrastraban también iban de negro, pero ellos no vestían esa casaca con capucha que llevaba la sombra, sino camisa y pantalón. Eso me hizo deducir que ellos eran de un rango inferior a éste, además, el otro vampiro les había dado una orden.

—¡Dejadme en paz! —chillaba una y otra vez, sin conseguir mi objetivo.

Salimos a un vestíbulo estrecho y me obligaron a bajar un montón de escaleras. Después, me condujeron por unos pasillos anchos cuyas paredes también eran de piedra gris y que carecían de ventana alguna. Solamente estaban iluminados por una sucesión de antorchas distribuidas a lo largo de uno de los paramentos y que le daban un aspecto todavía más tétrico y oscuro.

La sombra giró hacia la derecha por tercera vez, con nosotros detrás de él, caminó otro poco y entró por una puerta que ya estaba abierta.

—¡Soltadme! —voceé una vez más, intentando zafarme.

El salón era grande, y estaba presidido por una chimenea de piedra, idéntica a toda la que recubría el castillo, que estaba encendida. Una enorme alfombra se extendía sobre el suelo para soportar dos butacones anticuados que se situaban frente al fuego. Sin embargo, no fue eso lo que más llamó mi atención.

Detrás de los respaldos de los asientos, había un recipiente extraño consistente en una semiesfera dorada de unos sesenta centímetros de diámetro que se apoyaba en cuatro patas de madera que no llegarían al metro de alto. El arco de la semiesfera estaba hacia abajo y el hueco que

quedaba en la parte de arriba hacía las veces de palangana y estaba llena de un líquido de color negro. Junto a la semiesfera se encontraba una mesa también de madera que estaba repleta de recipientes típicos de laboratorio, una daga, un globo terráqueo muy viejo, algunos cuadernos y una caja metálica. A su lado había un atril que aguantaba un libro marrón, enorme y muy gordo. Estaba abierto en dos y, por las tapas de la portada y la contraportada, parecía muy antiguo.

Razvan esperaba al fondo de la estancia, pero no estaba solo. De los horrendos butacones se levantaron dos vampiros más. Mi pulsera volvió a vibrar con fuerza para ratificármelo, pero en cuanto los vi, supe que incluso eran peores que Razvan.

Se posicionaron junto a éste, dejándole en el medio.

Como todo en ese castillo, sus rostros tenían un aspecto muy antiguo. Me recordaban un poco a los Vulturis, ya que su piel también era casi transparente y sus ojos, vidriosos. Ambos vampiros tenían una media melena de color rubio tostado que caía ondulada sobre sus hombros, y se parecían bastante entre sí, sólo que uno de ellos llevaba una cuidada barba y el otro no. Vestían unas extravagantes túnicas que volvieron a recordarme a los Vulturis, aunque estas no eran negras, sino de un color malva muy oscuro que se acercaba al negro. El vampiro de barba también llevaba un colgante extraño. Era un medallón de color dorado que colgaba de una cadena de oro, y tenía el dibujo de un ojo con el iris escarlata. Me dio otro escalofrío cuando lo vi.

La mirada carmesí de ambos vampiros era igual de malvada y cruel que la de Razvan, pero había algo más en sus semblantes que me producía escalofríos, algo oscuro y maligno.

—La profecía estaba en lo cierto, es verdaderamente hermosa —habló el de barba, sin apartar de mí esos iris inyectados en sangre.

—Extraordinaria —siguió el otro.

Ambos tenían el mismo acento que Razvan, sus secuaces y la sombra.

—Os lo dije —asintió Razvan.

—¿Quiénes sois? —pregunté, con voz trémula.

El vampiro de barba alzó la mano para hacer una señal y los dos matones que me habían traído me soltaron y se marcharon junto a la sombra, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Nuestros nombres no tienen importancia —empezó a platicar el mismo vampiro, caminando hacia la semiesfera—, no obstante, puesto

que vas a pasar aquí mucho tiempo, no veo inconveniente en que los sepas. Mi nombre es Nikoláy, y el de mi hermano, Ruslán —me indicó, señalando al otro vampiro con la mano.

—¿Dónde estoy y qué es lo que queréis de mí? ¿Y qué habéis hecho con Helen? —quise saber.

—Te encuentras en nuestra morada —continuó el vampiro sin barba, el tal Ruslán—. En nuestra preciada Bulgaria.

—¿En... Bulgaria? —inquirí, perpleja.

Mi corazón se congeló por un instante. Eso era muy lejos, muy lejos de Jacob, de mi familia...

—Tu amiga se encuentra bien, no has de inquietarte. Está en el castillo, en buenas manos —declaró el mismo vampiro.

—¿Helen también está... está aquí? —murmuré.

—Está en buenas manos —reiteró Nikoláy—. Todavía está dormida, su temperatura corporal es inferior a la tuya y eso ha hecho que el somnífero actúe durante más tiempo. No la haremos daño, cuando termine con su cometido, la dejaremos en libertad.

Eso lo dudaba.

—Su cometido es atraer a Ryam, ¿no? —adiviné, con un evidente aire crítico y contrario.

—Ryam solamente es un incordio que se solucionará pronto —declaró Razvan, con dureza.

—Un incordio que os tiene demasiado preocupados, al parecer —observé.

—Un incordio que, gracias a tu amiga Helen, se solucionará pronto —reiteró él, con una sonrisa arrogante que no me gustó nada.

—Si la hacéis daño...

—No creo que estés en condiciones de exigir nada —me cortó, con otra sonrisa de autosuficiencia.

Me rechinaron los dientes.

—No sé qué es lo que pretendéis trayéndome hasta aquí, pero no vais a conseguir nada —les advertí—. Mi familia no tardará en descubrir la verdad, y el Gran Lobo se dará cuenta de que todo es mentira. Da igual lo lejos que me llevéis, él me encontrará. Vendrá a buscarme y acabará con todos vosotros.

—Tu familia está bajo el efecto de un encantamiento, y el Gran Lobo también —dijo Razvan, curvando su labio del mismo modo.

—Sí, ya lo sé, pero te repito que descubrirán la verdad muy pronto y que vendrán a por mí, junto con mi lobo —aseguré.

—No lo comprendes, ¿verdad? —se rió—. No son simples encantamientos. La magia negra es invencible.

Un latigazo gélido atravesó mi pecho.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Observa —intervino Nikoláy, pegándose a la semiesfera.

Alzó su mano sobre ésta y, con los dedos índice y corazón, comenzó a hacer giros en el aire por encima del líquido negro.

Mis ojos se abrieron como platos cuando vi que el líquido empezaba a moverse al son de sus dedos sin que los mismos ni siquiera lo rozasen, pero se abrieron aún más al ver lo que sucedía después.

Nikoláy retiró la mano y el líquido siguió girando incesantemente, entonces, aparecieron una serie de imágenes que se reflejaban en él, y eran de mi familia.

Mis pulmones comenzaron a agitarse, nerviosos.

Era una película donde mi familia aparecía en su casa de Anchorage. Todos estaban felices, charlando en el salón, y mi corazón saltó de su sitio cuando me vi a mí. Estaba sentada con ellos, parecía estar manteniendo una conversación muy animada con Rosalie.

—¿Qué es esto? —preguté, sin apenas voz.

—Es lo que está haciendo tu familia ahora mismo —explicó Ruslán, acercándose también a la semiesfera dorada—. Como bien podrás comprobar, no sospechan nada. Ellos creen que estás con ellos, y no hay forma de que piensen que no es así, pues pueden olerte, hablar contigo, tocarte, besarte, incluso tu padre puede ver tus pensamientos. Es imposible que se percaten de nada, el hechizo ha sido perfecto.

No podía creerlo.

—Puede que haya funcionado con mi familia, pero no será así con Jacob —manifesté, apretando la dentadura con rabia—. Aunque vuestro hechizo haya conseguido que se crea esa sarta de mentiras que me hicisteis soltar, el efecto de vuestro hechizo no durará mucho tiempo en él. Él es el Gran Lobo, ya se ha transformado, no tardará en purificarse. Seguramente a estas horas ya lo estará. Pronto se dará cuenta de que todo ha sido un engaño, y su poder espiritual hará el resto. Además, ya lo dije en el bosque, nuestro vínculo es demasiado fuerte, es indestructible, nada ni nadie nos puede separar.

—Tengo que reconocer que con el Gran Lobo nos ha costado más de la cuenta —intervino Razvan de nuevo, con una voz que delataba el disgusto que eso le provocaba—. Hemos tenido que unir nuestros poderes para conseguirlo.

—¿Unir... vuestros poderes? —pregunté, sorprendida.

—Nosotros también somos magos —me aclaró Ruslán.

No sabía lo que era, pero algo me decía que eran más malignos que Razvan.

—Sin embargo, no lo habríamos conseguido sin tu ayuda —siguió Razvan.

—¿Sin mi... ayuda? —la voz se me quebró al final de la frase.

—Como te dije en el bosque, vuestro vínculo sólo se podía romper si uno de los dos lo hacía, y tú lo has hecho.

Volvió a mostrarme esa sonrisa maléfica y me quedé helada una vez más.

—Eso... eso es imposible —murmuré, afirmándomelo a mí misma.

—Tú nos has proporcionado muchas cosas —empezó a explicarme, con la misma sonrisa—. Por una parte, esa familiar tuya, Alice, no puede verte en sus visiones, eso impedía que los alertase, por lo tú eras la idónea para propagar el encantamiento hacia tu familia; y a su vez, sólo tú podías romper tus lazos con el Gran Lobo, sólo tu boca, tu voz, podía hacer que los hechizos surtieran efecto en él —noté cómo mi cara reflejaba el estado de shock en el que me quedé, incluso mi respiración volvió a agitarse—. Los hechizos tuvieron lugar antes de que se transformase y sus efectos ya empezaron a hacer mella en él. Él no sabe que está hechizado, y los propios hechizos hacen que no los pueda ver, así que, aunque se transforme, no se purificará. El primer encantamiento ha hecho que tu Gran Lobo crea todo lo que hemos querido que crea, y sus lobos también serán contagiados por este primer hechizo. En cuanto se transformó, ya empezó a propagárselo. Ellos crearán lo mismo que él.

—No... —murmuré, horrorizada, llevándome la mano al pecho por el profundo pinchazo que me dio.

—El segundo encantamiento ya ha empezado —continuó Ruslán, con una voz sobria y dura, acercándose a la mesa—. El Gran Lobo está bajo la influencia de nuestro conjuro. Comenzará a odiarte, cada día más, poco a poco durante un año completo, entonces se cerrará el ciclo y él mismo se autodestruirá. Su odio por ti lo matará.

—¡No! —grité, llorando, mientras negaba con la cabeza—. ¡Él jamás me odiará, os lo aseguro! —voceé, con rabia, apretando los dientes y los puños—. ¡Nuestro vínculo es irrompible, por mucho que digáis! ¡Ni siquiera nosotros podemos romperlo! ¡Y mucho menos vuestra estúpida magia!

—¿Eso crees? —cuestionó Nikoláy, con un aire de mofa—. Mira esto.

Su hermano cogió la caja metálica que reposaba en la mesa junto a los recipientes de laboratorio, la daga, el globo terráqueo y los cuadernos, y mi pulsera comenzó a vibrar con inquietud.

Se colocó frente a mí y la abrió, dejando las pequeñas bisagras de la tapa de su lado para que yo pudiese ver bien el contenido. Cuando lo hice, mis ojos se abrieron como platos y mi pulsera aumentó sus vibraciones.

Era el corazón de aquel lobo Alfa. Yacía sin vida sobre un fondo acolchado de color rojo, estaba limpio de sangre y bien conservado. Me dio un calambre gélido que me recorrió entera, un balazo que me daba muy mala espina, porque era un mal presagio, un presagio fatídico.

Mi pulsera me avisó con una serie de vibraciones intermitentes, sin embargo, no me dio tiempo a reaccionar. Sin darme cuenta, Razvan llegó a mí con un movimiento vertiginoso y sentí algo en el dedo índice cuando agarró mi mano con la misma rapidez.

Me percaté de que era un corte al oler mi propia sangre y al ver cómo los tres vampiros no podían reprimir el retirar sus labios hacia atrás con ansia. Ni siquiera había visto a Razvan coger la daga de la mesa, dada la rapidez con que lo hizo todo. Cogió mi mano casi a la vez y la llevó hacia el corazón.

—¡No! ¡Déjame! —chillé, intentando zafarme de sus brazos.

Fue inútil. Razvan me tenía bien sujeta desde atrás y me inmovilizaba completamente. Colocó mi mano sobre el órgano y esperó a que las gotas de sangre cayesen sobre él.

—Hazlo rápido —exigió Nikoláy, que ya no podía aguantar más su sed.

—¡No! ¡Suéltame! —repetí, revolviéndome.

Razvan apretó mi dedo para que la sangre saliera más deprisa y así avanzar el proceso.

Pero entonces, mi aro de cuero hizo algo prodigioso que me dejó perpleja hasta a mí. Como había hecho en el bosque, latió una sola vez, pero en esta ocasión no creó una burbuja a mi alrededor, sino que su

pequeña onda invisible se extendió hasta mi mano, acariciándola con una suave brisa cálida que sólo yo noté, y la herida se cerró instantáneamente.

Mi corazón latió como loco, era como si Jacob hubiera pasado su mano por la mía, acariciándomela para curarla.

Jake..., susurré, en mis pensamientos, maravillada.

No fui la única que me llevé una sorpresa, los tres vampiros se quedaron estupefactos, aunque no tardaron en reaccionar.

—Es más poderoso de lo que creíamos —declaró Ruslán, con gravedad.

—Te lo dije, hermano, la profecía está a punto de cumplirse —respondió Nikoláy, con el mismo tono—. Por eso debemos actuar pronto, no podemos perder tiempo. Vamos, córtala otra vez —le apremió a Razvan.

Éste pasó la hoja del cuchillo por mi dedo a la velocidad de la luz, pero antes de que la sangre rebosara por el corte, mi aro de cuero latió como antes y la herida se cerró casi al mismo tiempo.

—Es increíble —exclamó Ruslán, en voz baja, alucinado.

—¡Soltadme! —protesté, moviéndome lo poco que me dejaba el vampiro que me oprimía.

Razvan volvió a intentarlo y la pulsera curó el corte.

—Es esa maldita pulsera —masculló Razvan, apretando los dientes.

—Quítasela —le ordenó Ruslán, malhumorado.

—¡No! —grité.

Sin embargo, cuando Razvan posó sus dedos sobre mi pulsera de compromiso, ésta le quemó y retiró la mano al instante.

—¡No se puede! —exclamó, con enfado—. ¡La maldita quema como si fuera lava!

—La bloquearé —afirmó Nikoláy, alzando sus dedos índice y corazón sobre mi aro de cuero, sin llegar a tocarlo.

Su semblante se sumió en una profunda concentración y noté cómo mi pulsera perdía fuerza.

—Prueba ahora —le instó Ruslán.

—¡No! ¡Déjame!

Razvan me produjo otro corte y la sangre comenzó a aparecer con más cantidad por la raja, aún así, mi aro de cuero rojizo latió y la herida se cerró, si bien su latido había sido más flojo y la onda invisible había tardado algo más en llegar a mi mano.

—Te ayudaré —se unió Ruslán, levantando los dedos al igual que su hermano para ponerlos por encima de mi pulsera.

El rostro de éste también se concentró y mi aro de cuero perdió otro poco de fuerza.

¡No!, chillé, en mi fuero interno.

Razvan no perdió el tiempo, en cuanto vio que Ruslán se concentraba, cortó mi dedo una vez más y lo apretó con saña. Esta vez la sangre salió más deprisa que el latido de mi pulsera y una gota se escapó justo cuando expandía su onda invisible. La gota de sangre dejó mi dedo a la vez que la onda acariciaba mi mano. La herida se cerró, pero la gota inició el precipitado descenso hacia el corazón del lobo.

—¡Noooo! —grité, al ver como ésta se estampaba en los tejidos del órgano.

Los hermanos dejaron sus poses con unas sonrisas de satisfacción y maldad que me helaron el alma, pero mi grito se ahogó cuando vi lo que sucedía a continuación.

La gota de mi sangre comenzó a crecer, extendiéndose por todo el corazón, y éste empezó a absorberla poco a poco, hasta que sus tejidos se llenaron de ella, tanto, que incluso la sangre se desbordaba. Me quedé sin aire al ver cómo mi plasma pasaba a oler de otro modo, porque pasó a oler como su sangre, la sangre de Jacob.

—Tú eres su alma gemela —manifestó Razvan, con una voz de ultratumba—, su otra parte, su complemento. Tú haces que su corazón lata.

De repente, y para mi asombro, el corazón comenzó a latir como si estuviera vivo. No podía creerlo. Mi sangre lo había resucitado.

Sin embargo, mi respiración se agitó aún más al ver cómo lo hacía. Esos latidos irían a la mitad de los míos si no fuera porque mi corazón estaba acelerado, pero irían justo a la mitad, era el mismo y conocido ritmo. Tenía ese sonido milimetrado. Era el ritmo fuerte y calmado que acompañaba al mío de una manera totalmente sincronizada. Era el ritmo cardíaco de Jacob.

—¿Qué es esto...? —conseguí musitar.

—Su corazón sólo late por ti, ¿no es irónico? —sonrió Ruslán, con arrogancia.

—¿Su... corazón? —apenas me salió la voz.

Nikoláy volvió a alzar sus dos dedos sobre la semiesfera dorada, dibujando círculos en el aire, y el líquido negro comenzó a girar en la

misma dirección. Retiró la mano y el elemento acuoso siguió rotando, mostrándome otras imágenes a continuación.

Me quedé sin respiración de nuevo, aunque, esta vez, fue por un rayo que azotó mi cuerpo y alcanzó a mi corazón de pleno.

Era Jacob. Estaba en la playa de First Beach, sentado en la arena, apoyado en uno de los enormes troncos blanquecinos, bajo una intensa lluvia. Su cabeza reposaba entre sus manos y estaba llorando sin consuelo. Lloraba por mí.

—¡Jake! —rompí a llorar, intentando deshacerme de los brazos de Razvan.

Esa imagen se me clavó en el alma, fue una puñalada que se incrustó en mi corazón con saña y paralizó todo mi cuerpo, haciendo que mis pulmones dejaran de coger aire para, después, hacerlo con un dolor punzante.

—Él cree que le has abandonado —afirmó Nikoláy, hablándome con malicia—, cree que le has dejado por otro hombre.

—¡Nooooo! —grité, con rabia.

—La cuenta atrás ha empezado —continuó Ruslán, sacando el órgano de la caja metálica, dejándolo sobre su palma para mostrármelo—. Ahora este corazón representa al tuyo. Su tristeza pronto se convertirá en rencor, y el rencor en odio, odio por ti —sus duras palabras impactaban en mi cabeza de una forma brutal, y cada una de ellas apuñalaba mi alma una y otra vez—. El ciclo del conjuro se cerrará en doce meses exactos. Poco a poco irá odiándote, cada vez más, hora a hora, día a día, mes a mes, y ese odio hará que su corazón se vaya ennegreciendo —mis ojos no podían apartarse de aquel órgano ensangrentado que bombeaba con vigor sobre su mano, el sonido de sus palpitations se metía por mis oídos y producían eco en mi mente, ahora parecía el *tic tac* de un reloj—, hasta que el odio lo cubra del todo. Entonces su corazón dejará de latir y el Gran Lobo morirá.

—¡NOOOO! —chillé, con ganas, entre lágrimas.

Mi pulsera vibraba con frustración e impotencia.

—Tú jamás podrás volver a decir que le amas, esas palabras no existirán en tu vocabulario, no podrás escribirlas, no podrás insinuarlas, no podrás usar tu don nunca más, no podrás transformarte, no podrás revelar lo que te pasa, no podrás confesar tus sentimientos hacia él, así como otros vocablos que estarán prohibidos para ti, nunca volverás a

pronunciarlos —declaró Nikoláy, lanzándome otro de esos polvillos dorados.

—¡NOOOO! ¡YO LE AMO! ¡LE AMO! —lloré, intentando apartar el rostro.

Pero fue inútil, las partículas se metieron por todos mis poros y, cuando intenté repetir mis frases, me fue imposible. Era como si no recordase cómo se pronunciaban, mi lengua, mis cuerdas vocales, no podían emitirlas, las sílabas se quedaban atravesadas en la mitad de mi faringe.

—No... —lloré.

—Te casarás con Razvan para que la profecía se invierta —afirmó Ruslán—. La boda tendrá lugar dentro de un año, cuando se cierre el ciclo del encantamiento del Gran Lobo. Mientras tanto, tú estarás aquí.

—No pienso hacerlo —mascullé, con rabia—, no me... —pero mi boca se bloqueó cuando iba a decir que no me casaría con otro hombre que no fuera Jacob.

—Te casarás conmigo, quieras o no —masculló Razvan en mi oído, con furia.

—¡No! —aseguré, apretando los dientes.

—¡Muchacha terca! —gritó Nikoláy, con disgusto—. ¿Con quién te crees que estás tratando?! ¡Te casarás con Razvan y harás todo lo que te digamos que hagas!

—¡No! —me negué, con una voz—. ¡No podéis obligarme! ¡Nunca lo haré!

—¿Ah, no? Observa esto —dijo Ruslán.

Su mano se cerró sobre el corazón y comenzó a estrujarlo. Entonces mis ojos se movieron espantados hacia el líquido negro de la semiesfera dorada y mi respiración aumentó de intensidad. Jacob se llevó la palma al pecho y empezó a retorcerse de dolor en la arena empapada mientras gritaba.

—¡NOOOOOO! —chillé, horrorizada, revolviéndome en los brazos de Razvan, desbocada—. ¡DÉJALE! ¡NO LE HAGAS DAÑO!

Pero la mano de Ruslán apretó el corazón con más saña a la vez que su boca se torcía en una sonrisa maléfica, y Jacob se retorció con más intensidad.

No podía soportarlo. Esto era peor que cualquier otra tortura.

—¡BASTA! ¡POR FAVOR, NO LE HAGAS MÁS DAÑO! —grité, entre lloros desesperados—. ¡HARÉ TODO LO QUE ME PIDÁIS, PERO NO LE HAGÁIS MÁS DAÑO!

—Eso está mejor —dijo Ruslán, liberando el corazón.

Jacob dejó de retorcerse y se incorporó, aunque su respiración seguía siendo agitada y su mano seguía en su pecho. Su cara de angustia, dolor y confusión lo decía todo. Mi pecho también sufrió un horrible pinchazo.

—Jake... —no fui capaz de controlar mis llantos.

—Jamás olvides lo que podemos hacerle a tu Gran Lobo —murmuró Razvan en mi oreja, enfadado—. Lleváosla de aquí —ordenó después, lanzándome hacia atrás.

No me había dado cuenta de que los dos vampiros que me habían traído ya estaban en el salón. Caí directamente en los brazos pétreos de uno de ellos, que me compartió con el otro vampiro, y me arrastraron para sacarme de la estancia.

Volvimos a caminar por esos largos pasillos iluminados por esa serie de antorchas y subimos aquellas interminables escaleras, hasta que por fin llegamos a la habitación que ya era mi cárcel.

Me empujaron hacia dentro de malos modos y me caí en el suelo. En cuanto la puerta se cerró, me levanté y me tiré en el camastro para llorar sin consuelo.

UNA SEMANA: CAMBIO

Me pasé toda la noche llorando.

Mi vida se había roto, sin Jacob, nada tenía sentido. No podía soportarlo. Hace unas horas me iba a casar con el amor de mi vida, y ahora no tenía nada, nada.

Sí, hoy era el día de mi boda, el día en que por fin iba a caminar por la arena hacia ese altar de fuego, donde me esperaría él. Jacob. Mi Jacob. Mi amor, mi ángel de la guarda, mi mejor amigo, mi alma gemela, mi compañero, mi vida, mi todo... Sin embargo, todo eso, todos mis sueños, se habían esfumado...

Mi mano se agarró a la colcha y la encerró con fuerza en un puño rabioso a la vez que mis llantos aumentaban de intensidad y volumen.

Esto era insoportable, no podía vivir sin él, no podía estar lejos de él, me estaba muriendo. Tenía que ser una pesadilla, una pesadilla horrible, pero por más que intentaba despertarme, no lo conseguía.

¿Cómo era posible todo esto? ¿Es que existían los cuentos de hadas, los hechizos, conjuros y demás? ¿De veras existían los magos y las brujas? Nunca lo hubiera creído si no fuera porque mis propios ojos lo habían visto.

Pero era cierto. Y yo estaba encerrada en esta especie de castillo extraño y tétrico. No podía hacer absolutamente nada, y menos después de ver lo que le podían hacer a Jacob con ese corazón. Ellos sabían que yo no soportaría verle sufrir, que eso era la peor de las torturas para mí. No me importaba lo que hicieran conmigo, podían gritarme, pegarme, torturarme, eso podría soportarlo. Pero no que le hicieran daño a él, no que le torturasen a él. Y utilizarían eso para que me casara con Razvan, como ya habían hecho.

Estrujé la colcha con más rabia y las lágrimas brotaron con más ansiedad a la vez que mi corazón y mi estómago eran atacados por más horribles pinchazos.

¡No! ¡No! Yo no quería casarme con Razvan, no lo soportaría. No quería casarme con otro hombre que no fuera Jacob, no podía. Todas las células de mi organismo se negaban en rotundo, hasta mi estómago se vio agredido por un fuerte pinchazo. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Ellos le torturarían hasta la muerte si yo no lo hacía, y eso sería más insoportable todavía.

Hundí el rostro en la almohada para mitigarlo, y chillé de rabia y dolor. Chillé porque no encontraba otra salida, él era lo primero para mí, él era lo más importante, y haría lo que fuera por protegerle, entregaría mi vida por él sin pensármelo dos veces. Si eso le salvaba a él, me sacrificaría y me casaría con Razvan.

Lo que apreté ahora fueron mis muelas, y lo hice con furia. Porque daba igual que me obligasen a casarme con ese vampiro, Jacob y yo siempre estaríamos vinculados, lo estábamos para toda la eternidad. No me importaba lo que dijese ellos, yo no había roto nuestro vínculo. Puede que Jacob estuviera bajo ese encantamiento, sí, pero eso no significaba que nuestro vínculo hubiera dejado de existir. Nuestro vínculo seguía ahí, y estaba más vivo que nunca, y yo siempre estaría vinculada a él, siempre, eternamente. Podían casarme con cincuenta hombres, si querían, yo siempre seguiría siendo de Jacob, sólo de Jacob.

El ruido de la puerta me sobresaltó y me incorporé súbitamente, en estado de alerta. Ni siquiera había reparado en que el sol ya entraba por la ventana, y mis encharcados e hinchados ojos se dolieron con esa repentina luz. Mi mano se enganchó a mi estómago, los pinchazos eran tan cortantes, que eran insoportables.

La puerta se abrió, haciendo ese ruido que producían las bisagras, y mi labio se retiró a la defensiva, esperando ver aparecer a la sombra. Sin embargo, fue una mujer vampiro la que pasó adentro.

Su rostro era hermoso, pero el tiempo se había parado para ella en los cuarenta años, si bien no tenía arruga alguna. Llevaba el pelo amarrado por medio de dos trenzas que se alzaban para rodear su cabeza, dejando toda su nuca al descubierto, y su cabello era de color castaño claro. Llevaba un vestido de esos largos hasta los pies, en color ocre, que las plebeyas y las sirvientas vestían en la antigüedad, con un delantal blanco incluido.

¿Qué clase de sitio era este? Parecía que todo se hubiese estancado en algún siglo pasado.

—Tu baño está listo —me anunció.

Su voz sonó muy, muy dulce, casi angelical, y sus ojos no tenían ni un ápice de maldad, a pesar de que eran rojos. También me extrañó que bajase la mirada al hablarme.

Aún así, no me fié. Me sequé las lágrimas, no quería darle a Razvan la satisfacción de enterarse de mi angustia y desesperación.

—¿Mi baño? —pregunté, confusa.

—El señor Razvan quiere que se arregle para desayunar con él —declaró, con la cabeza baja, mientras dejaba que sus manos se envolvieran en un revoltijo.

No me lo podía creer. ¿Ese degenerado se pensaba que yo me iba a arreglar para desayunar con él? ¿Pero qué se creía?

—No pienso arreglarme, y menos desayunar con él —afirmé, con rabia—. No me moveré de aquí.

—Debes ir —más que una orden, fue una frágil sugerencia que hizo con miedo.

Eso también me chocó. Estaba claro que esta mujer le tenía mucho miedo a Razvan.

—Pues no voy a hacerlo, así que ya puedes volver y decirle que espere sentado —contesté, con determinación.

—Por favor, no debes hacerle enfurecer —me avisó, con una voz extremadamente baja.

¿Por qué me advertía tanto? Además, mi pulsera no vibraba con ella.

Mis ojos se entornaron y mi ceño los acompañó para estudiarla con la mirada, extrañada. Ella volvió a bajar el rostro.

—¿Ocurre algo, Teresa? —irrumpió de pronto uno de los matones que me habían arrastrado el día anterior para llevarme ante Razvan.

Ahora la pulsera sí que vibró.

Ayer no me había dado tiempo a fijarme en lo alto que era, casi como Emmett. Volvía a vestir una camisa y pantalones negros, eso, y su media melena de color castaño oscuro, que recogía detrás de las orejas, hacía que la tez blanquísima de su piel destacase más.

—No —respondió ella, sin levantar la vista del suelo.

No pude ni parpadear. Sin mediar más palabra, el vampiro se plantó a mi lado y me cogió del brazo, arrancándome del camastro.

—¡Déjame, sé caminar yo solita! —protesté.

Pero el vampiro ya se había colocado detrás de mí para encarcelarme con sus manazas, poniéndolas sobre mis brazos.

La mujer permaneció todo el camino detrás de nosotros. Bajamos los peldaños y recorrimos esos pasillos lúgubres y tétricos, aunque en esta ocasión no anduvimos mucha distancia, a pocos metros del final de las escaleras y a dos giros de los pasillos, pasamos por una puerta y entramos en una habitación muy amplia.

Como todo en este horrible castillo, las paredes y el suelo de la estancia eran de piedra gris, y unas ventanillas pequeñas en la parte superior era lo único que iluminaba a la habitación. En el centro esperaba una bañera blanca, de esas antiguas con patas, cuya agua estaba caliente, ya que el vaho ascendía hacia arriba, y tres mujeres vampiro más estaban junto a la misma, vertiendo el líquido con unos calderos metálicos. Iban a ataviadas con los mismos ropajes que esta vampiro llamada Teresa.

El vampiro que me apesaba me empujó y me obligó a entrar en la estancia precipitadamente.

—Razvan le espera en el comedor, que no tarde demasiado —le dijo a Teresa.

Ella asintió y él desapareció a la velocidad de la luz.

Teresa cerró la pesada puerta, que también era de madera, y se colocó junto a mí.

—¿Dónde está Helen? —quise saber, pues pensaba que quizás a ella también le habían traído aquí.

—Tu amiga está bien —me contestó, con amabilidad—. Ya ha estado en la ducha y ha desayunado.

—Quiero verla.

—La verás, pero antes tienes que arreglarte y desayunar con Razvan. Puedes dejar tu ropa ahí —y señaló una silla.

—No voy a bañarme —afirmé.

—Si te niegas, nosotras te obligaremos —intervino otra de las mujeres vampiro, hablándome con dureza.

Mi aro de cuero ya llevaba un rato vibrando, y cuando el matón se había marchado, no había cesado. Y no era por Teresa, así que estaba claro que era por las tres vampiros que había allí.

Las tres tenían los ojos escarlata, como Teresa, sin embargo, a diferencia de ésta, desbordaban maldad por todos los sitios, y también eran más jóvenes, no aparentaban más de veinticinco años de edad. Todas llevaban el pelo igual, con esas dos trenzas bordeando la cabeza, pero las

diferenciaba el color del cabello. La que me había hablado era rubia, un rubio muy claro, otra de ellas lo tenía negro y la última era pelirroja.

—Ella no se va a negar, ¿verdad? —habló Teresa, sonriéndome para que yo entrara al trapo.

No sabía qué tenía esa mujer, y sabía que si sus ojos eran rojos, era porque se alimentaba de sangre humana, lo cual ya era terrible y paradójico, por otra parte, pero en cierto modo me recordaba un poco a Esme. Tenía esa dulzura y ternura que desprenden las abuelas o las madres. Y tampoco entendía por qué se comportaba así conmigo, era demasiado amable. Tal vez fuera una estrategia de Razvan para que accediese a sus propósitos, o puede que ella tuviese ese don, aunque mi pulsera no me advertía de ella. Era extraño. Como fuere, fui incapaz de contestarle mal, no me salía.

—Lo siento, pero no voy a acceder a la petición de Razvan —declaré; no le sonreí, pero lo dije con voz calmada.

—¡Por supuesto que vas a acceder! —exclamó la vampiro rubia, enfadada, acercándose a mí como una bala para agarrarme del brazo.

En un latido de corazón, me vi rodeada de esas mujeres, que me desnudaban con la misma velocidad con la que se habían aproximado.

—¡No! ¡Dejadme! —protesté, intentando detenerlas.

Pero sus manos se movían muchísimo más deprisa que las mías, y ellas eran tres. Mientras la pelirroja articulaba mis brazos a su antojo y me sujetaba, las otras dos me desnudaban, a pesar de todas mis protestas e intentos por quitármelas de encima.

De nada me sirvió. Me desnudaron completamente y me amarraron por los brazos y los pies.

—¡Soltadme! —grité, revolviéndome como una posesa.

Pero mis movimientos de revuelta tampoco surtieron efecto. Me lanzaron a la bañera de espaldas y me hundí en ese agua caliente.

Cuando conseguí sacar la cabeza a la superficie, todo era un amasijo de manos y brazos frotándose por todas partes y revolviéndome el pelo.

—¡N...! —intenté protestar, pero me volvieron a meter la cabeza bajo el agua.

El jabón me escocía los ojos y sólo dejé de escuchar el murmullo del revuelto líquido cuando dejaron de empujarme y pude agarrarme a los bordes de la bañera para incorporarme y salir a la superficie.

Por fin tomé una buena bocanada de aire y llevé mis manos a la cara para restregarme los ojos.

La vampiro pelirroja me agarró del brazo y me obligó a ponerme de pie.

—Puedes secarte —dijo la rubia, tirándome la toalla a la cara.

—¿También me vais a vestir? —pregunté, con ironía, enroscándome la toalla al cuerpo, enfadada.

—Si te pones terca, sí —me respondió, alzando la barbilla con orgullo.

—Vístete, por favor —intervino Teresa, mirándome con esos ojos rojos que, no obstante, eran implorantes.

—Vale, pero quiero hacerlo a solas —pedí, alzando la barbilla del mismo modo que la rubia para imitarla.

Ésta rechinó los dientes.

—Como gustes —asintió Teresa.

—¡Pero ya has oído a Razvan! —protestó la rubia—. ¡Tenemos que asegurarnos...!

—Ya la habéis obligado a que se bañe —le cortó, hablándole con tranquilidad y dulzura—, creo que es más apropiado que ella misma se vista. Creo que a Razvan le disgustará más que su futura esposa no se encuentre a gusto en el castillo, ¿no os parece?

Iba a discutirle eso de futura esposa, porque todavía no estaba claro que lo fuera a ser, pero me vino un ramalazo de racionalidad y creí más conveniente callarme.

—Está bien, tú mandas —aceptó la rubia, a regañadientes.

Me dedicó una última mirada de rabia, les hizo una señal con la cabeza a las otras dos y las tres vampiros se marcharon de la estancia con paso firme.

—Lo tienes todo en esa silla —me indicó Teresa, con otra sonrisa.

—Gracias —le dije, aunque seria.

Asintió y se marchó de la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

En cuanto se cerró, llevé mi brazo a mi estómago. Los pinchazos que lo atacaban eran horribles, se hundían hasta dentro y lo rajaban con saña.

Salí de la bañera como pude y me acerqué a la silla.

No lo había visto bien, pues estaba doblado, pero cuando lo extendí vi que era un vestido. Al igual que la indumentaria de esas vampiros, era largo y antiguo, aunque este era más elegante, de un rango superior, y encima tenía bastante escote.

¡Pero, ¿qué era esto?!

Tiré la prenda azul sobre la silla, chistando, y me fui a recoger mi ropa del suelo.

La ropa interior no me quedaba más remedio que ponérmela, así que me acerqué de nuevo a la silla, me sequé el cuerpo y el pelo y me vestí con mi camisa de cuadros azul, mis vaqueros pitillo y mis playeras.

Sobre la silla también había un peine. Lo cogí y me desenredé el cabello de mala gana.

La puerta volvió a abrirse en cuanto lo posé.

Teresa y las tres vampiros aparecieron, y sus caras no mostraban complacencia, precisamente. La de la primera reflejaba más bien asombro, pero las otras tres estaban enojadas.

—Debes ponerte el vestido —habló Teresa, observándome con unos ojos que rebosaban preocupación por todos sitios—. Razvan ha pedido...

—Me importa una mierda lo que Razvan haya pedido —respondí, con un aire insolente que me salió solo—. No pienso ponerme nada para él.

—Pero, si no lo haces, Razvan...

—Déjala, Teresa —le interrumpió la rubia, acercándose a mí para cogerme del brazo otra vez—. Ahora se va a enterar —y tiró de mí para hacerme caminar.

—Espera, Alina —intervino de nuevo Teresa, aproximándose a nosotras—. Dale otra oportunidad, tal vez ella haya recapacitado.

—Siempre te dejas llevar por ese estúpido instinto maternal, Teresa, eso te hace débil —le replicó ella, hablándole con acidez.

Entonces, volvió a tirar de mí y comenzó a llevarme a rastras mientras las otras dos la seguían.

—¿A dónde me lleváis?! —voceé, entre forcejeos.

La morena se unió a la tal Alina para sujetarme y salimos de la estancia.

Me condujeron por esos dichosos pasillos y entramos por otra puerta.

Era la entrada de un amplio comedor, y me pregunté para qué querían uno, si ellos no comían. Sin embargo, una mesa larga, con un mantel blanco lleno de comida, se ubicaba en el centro del mismo. Y Razvan esperaba sentado en una de las ostentosas sillas de madera que presidían la mesa. La cara que puso, cuando me vio sin el vestido, lo dijo todo.

—¿Qué es esto? —quiso saber, con evidente disgusto, levantándose.

Alina y la morena me soltaron, empujándome hacia delante. Después, se quedaron en fila, a mi lado, con las manos cruzadas a la altura del

vientre y con una postura de total sumisión. Teresa se colocó junto a ellas, más próxima a mí. Ni siquiera me había percatado de que ella también había venido.

—Se ha negado a ponerse el vestido, señor —se chivó Alina, imitando una voz tímida mientras agachaba más la cabeza.

Apreté las muelas ante tanto cinismo.

Razvan se acercó rápidamente y se puso frente a mí.

—Dejé muy claro cuáles eran mis órdenes —le reprochó a Teresa, mirándola.

—Creí más apropiado que ella misma se vistiera, señor —le contestó ella, sin levantar la mirada del suelo.

—¡Tú no estás aquí para creer nada! —le gritó él.

La vampiro rubia alzó la vista, pero sólo para mirar a Teresa de reojo y sonreír con malicia.

Mis muelas volvieron a chirriar.

—Sí, señor —respondió Teresa.

—¡Tráeme ese vestido! —voceó de nuevo Razvan.

—Sí, señor —y salió despedida de la estancia.

—¡Salid de aquí! —les ordenó a las demás.

Las tres asintieron y se fueron, haciendo mutis por el foro.

Mi pulsera no había dejado de vibrar, pero ahora lo hacía como loca.

—Ven aquí —masculló Razvan, entre dientes.

Me cogió del brazo y me arrastró hacia otra puerta.

—¡No! ¡Suéltame! —grité, dándole puñetazos en esa espalda pétrea que me hacía más daño a mí.

Abrió la puerta y pasamos a ese salón en el que habíamos estado el día anterior. Me lanzó con fuerza y mi espalda chocó contra una de las paredes.

Teresa apareció por la puerta con el vestido y sus ojos me miraron con la misma preocupación de antes.

—Aquí tiene el vestido, señor —murmuró.

Razvan ni siquiera le contestó, le quitó el vestido, furioso, y le cerró la puerta en las narices. Luego, me lo lanzó a mí, aunque yo no lo cogí y lo dejé caer al suelo.

—Quiero que te lo pongas —me ordenó.

—No pienso ponerme nada para ti —le respondí, mirándole con cara de odio.

Mi aro de cuero insistía en sus vibraciones, alertándome del peligro.

—Claro que lo harás —contradijo él, con un tono maléfico.

Se aproximó a la semiesfera dorada y agitó sus dedos sobre el líquido negro. Éste se removió solo y la imagen de Jacob apareció reflejándose en él.

Otra vez estaba en una lluviosa y aún nocturna First Beach, pero esta vez no estaba sentado en la arena, daba paseillos sin parar, nervioso, revolviéndose el pelo con impaciencia, con un rostro angustiado y desfigurado por un profundo dolor.

—¡Jake! —sollocé, agarrándome el estómago.

Razvan llegó a la mesa y cogió la caja metálica.

—No... —mascullé, con miedo.

Sacó el corazón y lo dejó en su palma, alzándolo para que yo lo viera bien.

—Quiero que te pongas ese vestido —repitió, clavándome esos ojos malvados—. Ahora.

Me quedé paralizada por un momento.

Su mano estrujó el corazón y mis pupilas se fueron horrorizadas hacia el líquido negro.

—¡NOOOOO! —chillé, llorando.

Jacob se cayó de rodillas, con el semblante retorcido del dolor, con una de sus manos en el pecho mientras la otra se hundía en la empapada arena.

No podía soportarlo.

—¡NOOOOO! ¡DÉJALE! —grité, rabiosa.

Un fuego colérico me atravesó entera y corrí hacia él para abalanzarme como un animal salvaje.

Sin embargo, él me paró, propinándome una bofetada que me lanzó hacia atrás. Mi espalda volvió a chocar contra la pared.

—Estúpida, observa esto —dijo, apretando sus dientes con ira.

Abrió la mano y el corazón quedó libre en su palma. Eso me alivió, porque Jacob dejó de sufrir esos horribles dolores, pero mis párpados se alzaron hasta arriba al ver el órgano.

Era minúsculo, ni siquiera tenía un milímetro de diámetro, pero un puntito negro resaltaba en el centro del corazón.

—Tu lobo ya está empezando a odiarte gracias al encantamiento —afirmó, con esa maldad que me estremecía.

—No —negué, con unas lágrimas rodando por mis mejillas.

Razvan estrujó el corazón de nuevo y Jacob se retorció en la arena. No podía escuchar sus gritos, pero sólo verle sufrir me espantaba.

—¡NOOOOO!

Sus dedos se abrieron, dejando de aplastar el corazón. Jacob dejó de proferir esos gritos, aunque siguió arrodillado en la arena, intentando coger el aire.

—Jake... —lloré.

—Te vas a quitar la ropa y te pondrás ese vestido cuando yo te diga —me mandó, con una voz sobria.

Mi respiración se agitó, nerviosa, y mis ojos no podían dejar de mirar la visión que me mostraba el líquido negro.

Jacob se estaba poniendo de pie, aunque su mano seguía en su pecho y su rostro estaba lleno de confusión y angustia. Eso se me clavó en el estómago, aguijoneándolo con saña. Fue tan intenso y doloroso, que creí que se me iba a deshacer, así que tuve que rodearlo con mi mano.

¡Jacob, mi Jacob, mi amor!

Los dedos de Razvan se posaron sobre el corazón una vez más.

—¡NO, POR FAVOR, NO LE HAGAS MÁS DAÑO! ¡LO HARÉ, PERO NO LE HAGAS MÁS DAÑO! —supliqué, llorando desconsoladamente.

Su labio se curvó en una media sonrisa malvada y satisfecha, pero sus dedos se abrieron.

Su cara me daba náuseas, pero no tenía salida. Él era mucho más fuerte que yo, no podía transformarme, no podía enfrentarme a él, y encima tenía ese corazón con el que podía hacer sufrir a Jacob, y eso último no podía soportarlo, era superior a mí. Y Jacob era lo primero y único para mí. Por él haría cualquier cosa, por él moriría.

Las lágrimas brotaban por mis ojos sin cesar. Alcé las manos y las llevé a los botones de mi camisa. Comencé a sacar los botones de su ojal con mis dedos temblorosos mientras mi pulsera vibraba, alocada. Las pupilas de Razvan se entornaron para mirarme con un deseo ansioso. Me daba asco. Apreté los dientes y mis lágrimas se transformaron en lágrimas de rabia. Puede que consiguiera verme semidesnuda, o tal vez no se conformase y me obligase a desnudarme completamente, pero yo seguiría siendo exclusivamente de Jacob, él jamás podría tocarme. Mi pulsera vibró con determinación para corroborármelo. Sí, ella estaba conmigo, era lo único que tenía de Jacob, él estaba conmigo a través de ella, y ella me protegería siempre, él me protegería siempre.

Mis manos desabrocharon el quinto botón. De pronto, la puerta se abrió y Teresa apareció tras ella. Mis manos se detuvieron, esperanzadas, y ella me miró durante un fugaz instante, me pareció que comprobando que yo me encontrase bien. Después dirigió su mirada hacia Razvan.

¿Por qué hacía eso? ¿Acaso me estaba protegiendo o algo así? Pero, ¿por qué? Ella era una sirvienta de Razvan.

—¿Cómo osas entrar aquí, y, además, sin picar a la puerta? —protestó Razvan, con un enorme disgusto.

Mis ojos aprovecharon para observar a Jacob un poco más. Ahora estaba sentado en uno de los troncos blanquecinos, llorando sin consuelo. Eso hizo que una estaca gélida se me clavase en el corazón una vez más y me quedase sin respiración. Verle así era una tortura para mí, pero necesitaba hacerlo. Necesitaba verle, mi corazón me lo suplicaba, mi alma, todo mi ser lo imploraba, aunque fuera así y me matase, pero por lo menos le veía.

—Usted me pidió que preparase el cuarto para arreglarle el cabello y ya he terminado, señor —contestó Teresa, con esa postura de sumisión—. No le avisaría si no fuera porque después tiene esa reunión con los señores Nikoláy y Ruslán a las ocho.

La miró con dureza durante un rato.

—¿Qué hora es? —preguntó, aún enfadado.

—Las siete y media, señor.

Su nariz dejó escapar un suspiro contrariado.

La yema de su dedo tocó el líquido negro y la imagen de Jacob desapareció. Mi rostro se levantó súbitamente al percatarme de que él me había pillado.

—Está bien, prepárala —accedió, aunque de mala gana.

Teresa se acercó a mí, recogió el vestido del suelo y me cogió del brazo con suavidad para conducirme.

Razvan se interpuso en nuestro camino y nos vimos obligadas a detenernos.

—Más te vale que hagas todo lo que se te pida, si no quieres que lo haga estallar con mi mano —me amenazó, poniéndome ese corazón ensangrentado y latiente delante de mis narices. Mis ojos lo observaron con horror mientras mis pulmones se agitaron—. Llévatela —le ordenó acto seguido a Teresa.

Ella asintió y sólo comenzó a caminar cuando él le dejó paso.

Teresa me condujo a otro cuarto, este más pequeño, y me arregló el pelo con un recogido espantoso lleno de bucles. Después, me puse el dichoso vestido y la vampiro me llevó de nuevo a ese comedor.

Razvan me esperaba sentado en la misma silla ostentosa de antes y Teresa me sentó en la otra que presidía la mesa.

—Eso está mejor —sonrió él, con arrogancia, cuando me vio.

—Quiero ver a Helen —exigí.

—Eso no es posible.

—No probaré bocado hasta que no la vea —le advertí.

—Comerás todo lo que se te ha puesto —respondió él, enfadado.

—No, primero quiero ver a Helen.

—¡Basta! —gritó él, harto, pegando un puñetazo en la mesa que a punto estuvo de romperla y que hizo que todo saltara, incluida yo—. Ahora no tengo tiempo, pero ya te haré entrar en razón —aseguró, apretando los dientes—. De momento, te quedarás encerrada sin comer nada durante todo el día, ya veremos cuánto resistes. ¡Guardia! —voceó. El matón de antes y otro más aparecieron por la puerta—. ¡Llévala de aquí!

Como si fueran auténticas balas, me arrancaron de la silla y me llevaron a rastras.

—¡Quiero ver a Helen! —voceé, de camino.

Sin embargo, todos mis esfuerzos fueron en vano. A una velocidad increíble, fui arrastrada por aquellos pasillos y aquellas escaleras y me tiraron en mi celda.

Me tiré en el camastro a llorar. Necesitaba desahogarme, sacar toda esa rabia y desolación que llevaban todo el tiempo machacando a mi pobre estómago.

Y no sólo fue ese día.

Me pasé toda la semana llorando, pensando en mi Jacob, en lo que tenía que estar sufriendo por culpa de ese hechizo.

Seguía encerrada en esa celda, sin que me dejaran salir para nada más que para ir a una especie de baño que disponía de un inodoro viejo y oxidado, aunque, al menos, funcionaba. Apenas probé esa comida que Teresa me traía todos los días en una bandeja. Las noches eran muy largas y agonizantes, porque todo parecía venir a mi cabeza con más facilidad. Y esa noche no fue distinta.

No podía quitarme esas imágenes de Jacob llorando desconsoladamente, con ese rostro bañado en amargura y sufrimiento.

Razvan, Nikoláy y Ruslán le habían obligado a creer con su magia y ahora él pensaba que yo no le quería, que estaba enamorada de otro hombre. ¡Por Dios, otro hombre! ¡Si el único que existía para mí era Jacob! ¡Sólo él, infinitamente él! Jamás podría amar a otro hombre, jamás podría amar si no era a él, yo había nacido para amarle, para amarle a él, sólo a él, y eso lo sabía como sabía que había sol y luna.

Eso me hizo caer en algo. La profunda angustia que sentía me había cegado durante la noche, pero cuando los primeros rayos del sol empezaron a entrar por la ventana, trajeron un halo de esperanza que no había visto debido a la negrura de mi pena.

Él también había nacido para mí, él también había nacido para amarme. Me incorporé, alentada por esta esperanzadora revelación, para quedarme reclinada, y me sequé las lágrimas. Jacob jamás podría odiarme. Daba igual los conjuros que le hiciesen, daba igual lo que se oscureciera ese corazón, él jamás me odiaría.

Y entonces, me di cuenta de otra cosa. Yo no podía quedarme de brazos cruzados, no podía pasarme llorando todo este encierro. Tenía que hacer algo, tenía que ser fuerte y resistir. No podía esperar siempre a que Jacob me ayudase, me protegiese y viniese a mi rescate, esta vez, tenía que ser yo quién lo hiciera. Tenía que protegerle y rescatarle.

Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. Si mi familia no iba a venir a buscarme, si Jacob no iba a venir a buscarme, yo iría a ellos. Todos estaban hechizados, menos yo.

No entendía por qué Razvan, Ruslán y Nikoláy no habían usado uno de esos hechizos conmigo para que me olvidase de Jacob y mi familia, eso les hubiera puesto las cosas más fáciles, pero tenía que aprovecharme de eso. Yo era la única que sabía qué estaba pasando, y tenía que hacer todo lo posible por salir de aquí, sobre todo por Jacob. Y no estaba sola.

Mi pulsera había demostrado que tenía más poderes de los que creíamos. Puede que fuera porque el espíritu de Gran Lobo de Jacob había salido del todo y eso influyera en ella. Y ella seguía protegiéndome, seguía uniéndome a él, y no sólo eso, había intentado protegerle a él. Protegerle a él. Me estaba dando un mensaje, yo no me había dado cuenta hasta ahora, tonta de mí. Yo tenía que protegerle a él, tenía que salvarle.

Y otra cosa.

Tan sólo imaginarme las palabras, me mataba, pero tenía que hacerlo, necesitaba planteármelo para comenzar a trazar mi plan. La pregunta era: ¿por qué no le habían matado ya? Podían haberle matado de inmediato

con ese corazón que tenían en sus manos, sin embargo, iban a esperar un año, hasta que el corazón se volviese completamente negro por ese odio que decían ellos. ¿Por qué? Era absurdo.

Pero la respuesta era más que obvia: porque no podían.

No tenían el suficiente poder para acabar con él, ni siquiera los tres juntos, el poder espiritual de Jacob era demasiado poderoso para ellos, incluso en su forma humana.

Por eso habían unido sus fuerzas para hechizarle, y solamente lo habían conseguido porque Jacob estaba en su forma humana, porque su poder espiritual no se manifestaba en ese estado, sin embargo, éste sí que era lo suficientemente fuerte como para evitar que pudiesen matarle, y eso me llevó a otra conclusión que me maravilló. Jacob todavía no había desarrollado del todo su poder espiritual, ya lo había dicho Sue aquella vez que habló conmigo para que fuera a despertarle de su coma, Jacob es joven e inexperto, y aún no sabe manejar todo su poder. Por eso le tenían tanto miedo, por eso querían matarle.

Sí, jamás podrían hacer que él me odiase, porque eso era imposible. Recordé mi pesadilla. Yo llevaba ese corazón, y sentía que tenía que protegerlo, limpiarlo. Mi pulsera vibró cuando lo adiviné, ratificando mis pensamientos. Ese corazón tenía cura, y yo iba a ser la encargada de limpiarlo.

A partir de ahí todo cambió.

Esta vez, Caperucita iría a rescatar a su lobo.

DOS SEMANAS: ESPEJO

La densa niebla nacía de las copas de los árboles y se extendía por todo el bosque, como todos los días. El sol no parecía existir aquí. En algunas zonas, la niebla se unía a las grisáceas nubes, era como si éstas la succionasen para intentar absorberla, pero la bruma seguía siendo demasiado espesa.

Esa ventana era la única que me permitía ver el exterior. Todos los días observaba el bosque, lo estudiaba. Cada árbol, cada tronco, cada rama. Si huía de aquí con Helen, tenía que conocerlo bien.

Helen. Todavía no la había visto, y eso me tenía muy preocupada. Ya empezaba a dudar que ella estuviera aquí. Tal vez Razvan lo estuviera utilizando para hacerme daño, o tal vez fuera cierto que Helen estaba en el castillo y no me dejaran verla para angustiarme más. Fuera lo que fuera, lo poco que le había sonsacado a Teresa era que estaba bien y que se encontraba en la torreta que quedaba detrás de la mía.

Mi vista bajó a mi muñeca. Observé el intrínseco trenzado de las finas tiras de cuero que conformaban mi pulsera de compromiso. Esos colores que iban del rojizo oscuro al ocre más claro recogían toda la gama cromática del pelaje de mi Gran Lobo. Aquí era lo único que me quedaba de Jacob, aparte de mis continuos pensamientos hacia él, los cuales no cesaban en todo el día. No dejaba de pensar en él ni un instante, ni una décima de segundo, y esa pulsera era lo único que hacía que me sintiera cerca de él. Alcé la muñeca y besé mi pulsera, después, volví a apoyar la mano en mi regazo y seguí acariciando a mi aro de cuero. A veces, me parecía que ronroneaba igual que mi lobo, incluso por las noches desprendía su efluvio para que consiguiera dormirme, aunque tal vez todo fuera fruto de mi imaginación, un acto reflejo de mi cerebro para que no me volviese loca.

Los agudos pinchazos de mi estómago no me daban tregua. Estar lejos de Jacob me mataba, necesitaba verle, aunque fuera el rostro, sus preciosos ojos negros, lo que fuera, pero tenía que ser fuerte, muy fuerte. Sabía que no iba a ser nada fácil, seguramente me llevara meses escapar de aquí. Razvan, Nikoláy y Ruslán estaban bien organizados. Por supuesto, no llegaban a ser como los Vulturis, pero su pequeño castillo estaba dotado de sirvientes y guardias, eso me dificultaba mucho las cosas, puesto que engañar y tratar de escapar de una docena de vampiros que pueden oler y escuchar hasta una partícula del aire era muy difícil. Sin embargo, yo no pensaba rendirme. Estaba decidida a salir de aquí con Helen y ese corazón para salvar a Jacob. Tenía un año de plazo, pero tenía que darme prisa en trazar un plan, un buen plan.

Me levanté de la silla y me dirigí a la pared para grabar otra raya vertical más con el cuchillo de postre que había robado de la mesa del comedor, después, tracé una línea horizontal sobre las siete que había hecho estos días. Esta era mi segunda semana aquí. Esto también tenía que controlarlo bien, tenía menos de un año para rescatar a mi lobo y era importante trazar un calendario.

Escondí el cuchillo debajo de la almohada cuando unos nudillos tocaron a la puerta. Ya sabía que era Teresa, pues era la única que picaba antes de entrar en mi celda.

Efectivamente, Teresa pasó a la habitación.

—¿Ya tengo que ir? —pregunté, extrañada.

No tenía reloj, pero me parecía muy temprano, normalmente Razvan me exigía ir a comer con él más tarde.

—Acompáñame, por favor —dijo ella, con esa voz tan dulce.

No me dio tiempo a responder ni a oponerme. Ella comenzó a caminar y salió por la puerta.

Tomé aire, preparándome para tener que verle la cara a ese degenerado de Razvan, y la seguí.

Ese vestido rosa pálido se me enredaba en las piernas, no terminaba de acostumbrarme a esos horrendos faldones largos. Ni esperaba a hacerlo, desde luego.

Teresa me condujo por las mismas escaleras y pasillos de siempre, pero después se desvió por otro sitio.

—¿A dónde vamos? —quise saber.

No me contestó. Entonces, empezamos a subir otro montón de peldaños que se parecían mucho a los de mi torreta y ya supe a dónde me estaba llevando.

—¿Vamos a ver a Helen? —interrogué, alegre.

Tampoco me contestó, sin embargo, ya sabía la respuesta.

Sentí una alegría enorme, porque por fin iba a ver a mi amiga después de dos semanas sin saber apenas de ella, pero por otro lado, también me produjo tristeza y rabia, porque eso significaba que ella también estaba aquí, encerrada.

Salimos a un pequeño vestíbulo y Teresa se paró delante de una puerta que era casi igual a la de mi celda, para ponerse frente a mí.

—Hablad lo más bajo que podáis, y no tardéis demasiado —bisbiseó, muy bajito, tanto, que tuve que aguzar el oído para poder escucharla—. Razvan te espera para comer dentro de cinco minutos.

Asentí y ella se giró para picar y abrir la puerta.

En cuanto lo hizo, entré como una bala. Helen ya debía de estar avisada, así que no gritó mi nombre, aunque sí vino hacia mí con los dos únicos pasos que le dejé, ya que yo llegué antes, y me dio un apretado abrazo que yo correspondí. Volví a sentir esa mezcla de alegría, tristeza, rabia...

Teresa cerró la puerta y se quedó fuera.

—¿Cómo estás? —le pregunté, muy bajito, separándome de ella para acariciarle la cara con las dos manos y verificar que estaba bien.

—Bien, estoy bien —cuchicheó, cogiéndome las manos—. Dios, ¿pero qué te han puesto? —inquirió, mirándome de arriba abajo.

—Tengo que... —mi voz se ahogó por culpa de ese dichoso hechizo y no pude terminar la frase para explicarle que Razvan me obligaba a vestirme con esos espantosos vestidos.

—¿A ti también te han...? —como yo, ella tampoco pudo acabar la frase.

Ni siquiera pude decirle *sí*, ni siquiera pude asentirlo con un movimiento de cabeza, pero con mirarnos ya nos fue suficiente. Las dos habíamos sido hechizadas y no podíamos explicar nada de lo que nos estaba pasando, ni siquiera insinuarlo, ni siquiera entre nosotras.

—¿Y los lobos que te vigilaban? —inquirí—. ¿Ellos también fueron...? —la palabra *hechizados* se me quedó atravesada en la garganta y no pude pronunciarla.

Helen tampoco pudo asentir, pero por su mirada supe que sí. Ellos también habían sido engañados con algún tipo de truco para que no notasen que se llevaban a Helen.

—¿Qué vamos a hacer, Nessie? —sollozó—. ¿Qué le pasará a Jacob, a tu familia? Y Ryam, ellos me usarán para atraerle, y si él viene...

—Tranquila, escúchame —le corté, con un bisbiseo, mirándole a los ojos con convicción—. Tendremos que tener mucha paciencia y ser muy fuertes, puede que tardemos meses, pero saldremos de aquí, te lo prometo.

—¿Cómo? —cuestionó.

—Ya estoy pensando en algo —le revelé—. No sé si volveremos a vernos pronto, pero cuando lo hagamos, te lo contaré todo, ¿vale? Y no te preocupes, yo no me marcharé de aquí sin ti, te lo aseguro.

—Lo sé, confío en ti —afirmó, apretando mis manos.

La puerta se abrió y Teresa se asomó.

—Tenemos que irnos, Razvan te está esperando —me dijo.

—Recuérdalo, y sé fuerte —reiteré.

Helen asintió y solté sus manos para marcharme con Teresa. Cuando salí de la habitación, me giré, le eché una última mirada a mi amiga, la cual volvió a asentirme con confianza, y la vampiro cerró la puerta.

Me sentía más tranquila al haber visto a Helen por fin, ahora ya sabía que estaba bien, al menos, físicamente, porque también había notado que lo estaba pasando mal, lógicamente, eso hacía que, a la vez, también me preocupara.

Esperaba que ella fuera fuerte y aguantase.

—Gracias —le murmuré a Teresa, mientras bajábamos las escaleras.

No me dijo nada, se limitó a asentir y a caminar delante de mí.

De pronto, percibí un olor que me hizo notar esa acidez caliente al final de mi paladar, era la acidez de la sed. Era sangre, sangre humana, y era reciente. Sin embargo, no era como cuando estaba con Helen o cualquiera de mis amigos humanos, esta sangre ya no estaba viva, ya no corría por las venas de su dueño, sino que más bien estaba fuera de su cuerpo, porque, además, el olor era muy intenso. Normalmente ese impulso de sed lo controlaba muy bien, pero estas semanas me había alimentado poco y mis instintos de vampiro los tenía a flor de piel. Aún así, tragué saliva y fui capaz de controlarme.

Además, los escalofríos que sentía tapaban cualquier otra sensación. Porque eso quería decir que habían asesinado a alguien no hace mucho para alimentarse. Y lo habían hecho dentro del castillo.

Me fijé en Teresa cuando escuché el rechinar de sus dientes. Si a mí ya me costaba controlarme, no quería ni imaginarme a ella. Seguramente estaba obligada a hacerlo, por su condición de sirvienta.

No tardamos mucho más en llegar a ese extraño comedor, eso sí, después de atravesar más pasillos lúgubres. Entre el olor de la sangre y el pensamiento sobre el pobre humano al que habían asesinado, ya no tenía ni pizca de hambre.

Mi aro de cuero rojizo comenzó a vibrar, mala señal.

Razvan ya me esperaba sentado en su ostentosa silla de madera maciza. Teresa me condujo a la mía y me senté al otro lado de la mesa. Parecía bastante tranquilo, con ese olor que lo invadía todo. Probablemente, él ya había saciado su sed antes.

El vampiro le hizo una señal con la cabeza a Teresa y ésta se retiró, dejándonos a solas en la estancia.

—Estás realmente hermosa —afirmó, repasándome entera con una mirada que se acercaba más a lo lascivo que a lo complacido.

Sentí asco y no le contesté. Le dediqué una mirada que reflejaba totalmente lo que sentía y su sonrisa perversa se esfumó. Acto seguido cogí la cuchara, que era el único cubierto que me habían puesto hoy, y esperé a que me trajeran el plato.

Ya me sabía los nombres de las tres sirvientas que siempre acompañaban a Teresa y que estaban bajo su supervisión. La rubia se llamaba Alina, como ya había conocido el primer día que la había visto, el nombre de la morena era Zhanna y el de la pelirroja Natasha. Todas ellas tenían el mismo acento de Europa del este que Nikoláy, Ruslán, Razvan y todos sus secuaces, incluido la sombra. Todas menos Teresa, la cual tenía un marcado acento mexicano, incluso alguna vez se le había escapado alguna palabra en español.

Alina llegó con el plato y me lo puso en la mesa. Como siempre hacía, me observó entera con inquina mientras lo posaba, clavó esa mirada de odio en la mía, entornando sus sedientos ojos escarlata, y después se retiró, haciéndole una reverencia a Razvan.

El plato venía cubierto con una tapa de acero que tenía un asa. Cuando la levanté, mis párpados se abrieron hasta arriba, observando su contenido con horror.

Era sangre humana, la misma que apestaba por todas partes. La quemazón de mi garganta aumentó, hasta tal punto, que la boca se me hacía agua. Aún así, conseguí controlarme.

—¿Qué es esto? —logré murmurar, apartando la vista del plato para mirarle a él.

—Es sangre humana.

—Eso ya lo sé, pero, ¿por qué me has traído esto? Yo no tomo sangre humana.

—Claro que tomas sangre humana —rebatí, mirándome con autosuficiencia—. Estoy seguro de que ya la has probado, ¿no es así?

—La sangre humana que yo he tomado no ha matado a nadie, fue donada por sus propietarios —alegué, apretando los dientes—. Esta, en cambio, ha sido fruto de un asesinato.

Las tripas se me revolieron al pensar de nuevo en el pobre humano al que habían matado.

—Eso no tiene importancia, la sangre, sangre es —refuté—. Estoy seguro de que estás deseando probarla.

No podía negar que mis glándulas salivares no paraban de trabajar y que la quemazón que sentía en mi garganta suplicaba que me lanzara a beber ese plato, pero jamás tomaría una sangre que viniese del asesinato de un humano. Además, tan sólo pensar en la cara que pondría Jacob hacía que la sed desapareciera súbitamente.

—Quiero ver cómo la tomas —declaró, con una sonrisa maquiavélica, sin darme tiempo a contestar.

¿Ver cómo me la tomaba? ¿Acaso quería que me la comiese con la cuchara como si fuese un plato de sopa? ¿Qué clase de tipo morboso era este? No entendía por qué me obligaba a ponerme estos vestidos y me hacía comer esa comida humana todos los días delante de él, era como si verme comer de esa forma le gustase especialmente, como si fuese algún tipo de fetichismo extraño, pero esto ya era lo último.

Razvan volvió a darme asco, era asqueroso.

—No pienso hacerlo —afirmé, con determinación, arrastrando el plato hacia delante.

Su sonrisa se esfumó al verme tan decidida.

—Claro que lo harás —aseguró, apretando los dientes.

—No.

—Si no tomas esto ahora, no comerás nada durante toda la semana —amenazó, levantándose de la mesa.

—Prefiero morirme de hambre a tomar esta sangre —afirmé, rechinando mis muelas mientras le miraba con rabia.

—¡La tomarás ahora mismo! —me chilló, acercándose a mí como un rayo para ponerse a mi lado.

—¡No! —grité, tirando el plato de sangre al suelo antes de que a él le diese tiempo a cogerlo para forzarme a tomarlo.

La pieza de vajilla de porcelana hizo un ruido estrepitoso cuando impactó en la superficie, y se rompió en pedazos, desparramándose todo su contenido.

—¡Maldita testaruda! —voceó, intentando agarrarme del cuello por detrás para obligarme a levantarme—. ¡La tomarás del mismo suelo, si hace falta!

—¡No! ¡Suéltame! —volví a gritar, dándole un fuerte manotazo en el brazo para apartarlo.

De repente, Nikoláy y Ruslán aparecieron por la puerta que daba al salón y Razvan detuvo su próximo movimiento. Sus ojos rojos eran claramente censuradores y mostraban su disgusto sin tapujo alguno. Ellos también debían de haber saciado su sed con anterioridad, puesto que se reprimieron bastante bien ante todo aquel olor.

—Razvan, deseamos hablar contigo —le comunicó Ruslán, serio.

La abertura de la puerta me permitió ver tres siluetas que se dibujaban en el suelo del salón debido a la luz, tres sombras que pude identificar enseguida. Dos por evidencia y la otra por fácil deducción.

Una era grande y fuerte, la otra dejaba adivinar una media melena lisa. Eran Elger y Axel, así que el tercero era Duncan.

Algo importante se fraguaba allí dentro.

—¡Teresa! —le llamó Razvan. La mencionada apareció por la otra puerta al instante y se quedó frente a él, no sin antes echarle un vistazo a la sangre del suelo—. Haz limpiar bien esto y llévala a su habitación —le ordenó, mirándome enfadado—. Y no le des de comer hasta nuevo aviso.

—Sí, señor —asintió ella, con un murmullo, agachando la cabeza.

Razvan me dedicó una última mirada de enfado, aunque yo no me quedé atrás, ya que le correspondí la vista con otra de odio, y finalmente se dio la vuelta para entrar en el salón junto a los otros dos magos, cerrando la puerta a sus espaldas.

En cuanto la puerta se cerró, sentí el trago de saliva de Teresa. Me cogió del brazo con suavidad y tiró de mí para comenzar a caminar a la vez que la conversación de dentro ya tenía lugar.

—Espera —le paré, hablando muy bajito.

No sé por qué me tomé tantas confianzas con ella, puede que fueran mis ganas de saber qué se cocía allí dentro, porque sabía que era importante, aunque no pareció ser eso lo que le molestó.

—No puedo seguir aquí mucho más tiempo —susurró, extremadamente bajo, intentando tirar de mí mientras sus pupilas se iban sedientas hacia la sangre.

Razvan, Nikoláy y Ruslán estaban tan concentrados con su conversación, que no notaban nuestra presencia.

—Sólo será un momento, por favor —le pedí, con un cuchicheo, mirándola con ojos implorantes.

Los suyos se clavaron en los míos con un anhelo sediento, sin embargo, apretó los dientes con fuerza y aguantó. El miedo a que Razvan le matase si ella me hacía algo debía de ser más poderoso que la sed. Me solté y corrió hacia fuera para salir de la estancia.

No me hizo falta aguzar el oído, las voces eran más que audibles. Me puse a escuchar con un pie preparado por si tenía que salir a esconderme.

—¡Es intolerable, Razvan! —protestó Nikoláy.

—Tendrás que domarla —siguió Ruslán en el mismo tono—. Estar entre indios y lobos ha hecho de ella un ser salvaje.

Apreté los dientes y los puños ante esa ofensa.

Pegué un pequeño bote del susto cuando Teresa entró de nuevo. Se arrodilló en el suelo y comenzó a limpiarlo con lejía.

—Eso intento, pero es muy testaruda —se defendió Razvan, malhumorado—. Deberíamos hacer un conjuro para que se olvidase de él, así me sería mucho más fácil trabajar.

—Sabes que eso no es posible, el vínculo de los dos es demasiado fuerte, ella es parte de él, si la hechizáramos a ella también, podría ser contraproducente. Podría producirse una paradoja que deshiciera el encantamiento del Gran Lobo.

Mi corazón quiso latir con fuerza, sin embargo, fui capaz de controlarlo para que no lo escucharan. Yo tenía razón, nuestro vínculo no estaba roto, era imposible romperlo.

—Debes domarla, Razvan —insistió Nikoláy—. Nada debe fallar. Debemos impedir que la profecía se cumpla, y el único modo es casándote con ella para que la profecía se invierta.

—La domaré —aseguró Razvan, rabiado.

—En fin, lo dejaremos en tus manos —resopló Ruslán—, ahora tenemos otros asuntos preocupantes.

—¿Otros asuntos? —quiso saber Razvan.

—Es Ryam —anunció otra voz que me pareció que era la de Elger.

Mi corazón volvió a saltar, aunque no fue el único. Teresa se irguió súbitamente y se quedó inmóvil para prestar una atención que me extrañó.

—No le encontramos —continuó Axel.

—¿Cómo que no le encontráis? —interrogó Razvan, con disgusto.

—Le perdimos la pista en Boston —explicó Duncan—. Hemos intentado dar con él, pero parece que se lo haya tragado la tierra.

Las manos de Teresa dejaron de apretar el trapo que sostenían y éste se cayó al suelo. Me fijé en su semblante y fruncí el ceño con extrañeza, pues parecía haberse iluminado con algo.

—¿Cómo es posible?! —el ruido de un cristal rompiéndose contra la pared nos sobresaltó a ambas. Razvan estaba realmente enfadado—. ¡Él no es más que un simple humano! ¡Y cuando se transforma, es un enorme gigante que sigue oliendo a humano! ¡¿Cómo no vais a poder encontrarle?!

—Creemos que puede estar recibiendo ayuda de alguien de nuestro mundo —dijo Axel.

—¿De quién? —se cuestionó él, nervioso.

—¿Crees que pueden ser los Vulturis? —le preguntó Ruslán a alguien que pronto se descubrió.

—Si es así, entonces habrán descubierto nuestros planes y todo estará en peligro —contestó la voz de la sombra, con gravedad.

Vaya, la sombra también estaba ahí.

—Compruébalo en la semiesfera, hermano —le mandó Nikoláy a Ruslán.

Se hizo un silencio que duró unos breves segundos.

—No son los Vulturis —habló éste, en un tono de ultratumba—. Si fueran ellos, la semiesfera nos lo diría. Sin embargo, no muestra ninguna imagen. Esto sólo puede ser obra de alguien.

—Ezequiel —murmuró Nikoláy, rechinando la dentadura con rabia.

—¿No estaba muerto? —inquirió Razvan, enfadado.

—Eso creíamos, pero la semiesfera no engaña, y sólo él tiene tanto poder como para ocultar a Ryam a ojos de su líquido —habló Nikoláy—. Ezequiel ha debido de permanecer oculto durante todos estos siglos.

—Aro debió de haberse asegurado mejor de la muerte de ese traidor —manifestó Ruslán, enfadado.

—Debes solucionar esto, Razvan —le advirtió Nikoláy—. Ese Ryam no es más que un simple humano, pero, si te descuidas, puede llegar a estropear todos nuestros planes, sobre todo si le ayuda Ezequiel.

—Lo sé —reconoció él, con rabia.

—¿Qué vas a hacer con la chica humana? —quiso saber Elger, con esa voz grave que le caracterizada.

Mi corazón saltó de nuevo.

—De momento, la dejaremos aquí, puede que nos sirva de algo —declaró Razvan—. Vosotros seguid buscando a Ryam.

La mano de Teresa me cogió el brazo. Pegué otro bote del susto, pues estaba tan concentrada en la conversación, que no me lo esperaba. Tiró de mí y me obligó a caminar junto a ella.

Salimos del comedor a toda prisa y seguimos de esa guisa, en silencio, hasta que llegamos a la habitación donde me encerraban.

No me dio tiempo a hacer preguntas. En cuanto me metió dentro, Teresa cerró la puerta de mi celda y me quedé con las ganas de saber el por qué de su reacción.

Me senté en la silla, junto a la ventana, y me agarré el estómago con la mano. Esos pinchazos no cesaban nunca.

Sin embargo, mis esperanzas por curar ese corazón de Jacob crecían cada vez más. Como ya sabía, nuestro vínculo era imposible de romper, y él jamás me odiaría. Además, saber que a Ryam le estaba ayudando un vampiro también aumentaba mi ánimo, porque éste no debía de ser malvado como Razvan, Nikoláy o Ruslán, si tanto odio le tenían, eso sin añadir que si estaba ayudando a Ryam, tenía que ser porque era de los buenos. Y encima, era poderoso, según lo que había revelado Nikoláy. Y mientras buscaran a Ryam, Helen seguiría aquí, seguiría con vida, y podríamos escapar juntas.

Lo siguiente que vino a mi cabeza fue esa dichosa profecía de la que tanto hablaban y que parecía tan importante para ellos. ¿Qué es lo que decía esa profecía?

La fuerte vibración de mi pulsera y el ruido de la puerta me sobresaltaron, haciéndome salir de mis pensamientos repentinamente, e hizo que me pusiera de pie con precipitación, pues Teresa siempre picaba y ahora no lo habían hecho, aparte de que mi aro de cuero nunca vibraba con ella.

Razvan apareció tras la puerta, y su semblante frustrado y furioso lo decía todo. Temí que hubiera venido porque hubiese descubierto que había estado escuchando.

—¿Qué haces aquí? —quise saber, intentando guardar la compostura.

Pero no me contestó. Cerró la puerta con la llave y se giró hacia mí. Entonces, supe que no venía por eso. Sus ojos gritaban que venía por otra cosa.

Mi aro de cuero estaba a punto de gruñir, casi literalmente.

Se acercó a mí con presteza, tanto, que tuve que recular, aunque mi espalda enseguida se topó con la pared que tenía detrás y me quedé sin escapatoria. Me encarceló con sus brazos y se quedó a sólo un palmo, observándome con esa pretensión que me daba náuseas.

—Déjame —dije, apretando los dientes e interponiendo mis manos sobre su torso para apartarle.

—Eres realmente bella, jamás he visto una hermosura como la tuya, ni siquiera entre las mujeres de mi especie —murmuró, con anhelo. Me apreté más contra la pared y ladeé la cara, para no tener que notar su gélido y asqueroso aliento—. Tu rostro, tu cabello, tu luminosa piel, tu olor, todo en ti está lleno de vida. Tus mejillas son sonrosadas, tu cabello y tus ojos brillantes, y tus labios son carnosos y cálidos. Supongo que el que la vigorosa sangre fluya y corra por tus venas hace que sea así. Las humanas están llenas de defectos, pero tienen esa vida que las mujeres vampiro no tienen, aun siendo mucho más hermosas. Pero tú eres diferente. Tú tienes la belleza de un vampiro, pero con el vigor y la vida de una humana —susurró, llevando su mano a mi pelo para tocarlo.

Ni siquiera tuve que molestarme en levantar la mía para apartársela.

Con una potencia bestial, y a una velocidad de vértigo, mi pulsera vibró una sola vez con un estallido enérgico e increíble y Razvan salió despedido de espaldas cuando su onda expansiva de fuego le empujó con furia, haciendo que se estampara en la puerta de madera maciza con un estruendo aparatoso.

—¡Mi cara! —gritó, llevándose las manos a la misma al notar que le había quemado.

Pero ahí no terminó la actuación de mi pulsera. Antes de que Razvan consiguiera levantarse, mi precioso aro de cuero latió una sola vez y me vi rodeada de esa barrera de protección en forma de burbuja. No podía verla, pero podía sentirla, porque era cálida, cálida como mi Jacob, era

como si mi impresionante Gran Lobo se hubiera puesto delante para protegerme. Casi podía sentirlo ahí de verdad.

El vampiro se incorporó, furioso y ansioso, y se abalanzó hacia mí para acosarme contra la pared de nuevo.

Sin embargo, chocó contra la barrera y ésta desprendió una descarga eléctrica de color azulado que rodeó a toda la burbuja solamente al primer y sutil contacto, lanzándole hacia atrás de nuevo. Su espalda volvió a estamparse contra la puerta, produciendo otro estruendo ruidoso.

—¡Maldita pulsera! —masculló, rabioso.

—Jamás podrás tocarme —aseguré, con una media sonrisa que delataba el enorme orgullo que sentía por Jacob—. Yo siempre seré del Gran Lobo, siempre le perteneceré a él, y sólo él puede tocarme. Jamás seré de nadie más.

—No —murmuré, apretando los dientes con saña—. Algún día serás mía. Dentro de un año tu lobo morirá, te casarás conmigo y yo te tomaré —afirmó, ansiosamente, sonriendo con una malicia que me heló—. Haré de ti una mujer dócil y sumisa. Y empezaré ahora mismo. Te quitarás esa maldita pulsera, si no quieres que baje a por el corazón de tu Gran Lobo y lo estrangule en mi mano.

Mi respiración se agitó, nerviosa. Jamás me quitaría esta pulsera, antes tendría que cortarme la mano.

Mi aro de cuero vibró intermitentemente, a la vez que seguía erigiendo esa barrera, y comprendí su mensaje enseguida.

—No puedo quitármela —le dije—. Al igual que te pasó a ti, a mí también me quema.

—No te creo. Quitátela —reiteró.

Mi pulsera volvió a emitir las mismas vibraciones y, una vez más, capté el mensaje a la perfección.

Llevé mi mano izquierda hacia la pulsera y, cuando la toqué, soltó otra descarga eléctrica, aunque esta fue mucho más pequeña y, por supuesto, a mí no me quemó. Tan sólo me hizo cosquillas. Sin embargo, tenía que disimular, así que aparté la mano instantáneamente como si me hubiese quemado.

—¡Ay, no puedo! —me quejé, meneando la mano al igual que haría si quisiera aliviarla.

—Es imposible que a ti te queme —se resistió a creer.

—El Gran Lobo me quiere sólo para él, y se ha asegurado de que así sea —me inventé sobre la marcha—. Ni siquiera yo puedo quitármela.

Se quedó en silencio durante unos segundos que a mí se me hicieron eternos, mirándome con suma atención para estudiar cada uno de mis posibles tics que pudieran delatarme.

—No importa —habló finalmente, resentido, aunque un poco más tranquilo. Parece que me había creído—. Esperaré. Dentro de un año tu lobo morirá, y con él la pulsera. Entonces serás mía —y mostró esa sonrisa perversa de nuevo.

No le contesté. Ahora me parecía más prudente callarme.

Sacó las llaves de su bolsillo, se dio la vuelta y, sin más, abrió la puerta para marcharse, echando el cerrojo otra vez cuando lo hizo y la cerró con un portazo.

Mi aro de cuero y yo esperamos un tiempo prudencial, todavía en estado de alerta, pero en cuanto ella se relajó del todo y la barrera se desvaneció, sentí un alivio enorme.

—Qué lista eres —le dije, con un cuchicheo, acariciándola.

Otra vez creí escuchar ese ronroneo lupino.

Me acerqué a la silla y me senté para mirar un poco por la ventana, poniendo mi mano sobre mi estómago para intentar aplacar algo los pinchazos.

Unos golpecitos en la puerta me sobresaltaron un poco. Un poco, porque mi pulsera no vibraba y porque sabía que era Teresa. Ésta pasó a la habitación, me observó, creo que certificando que yo estaba bien, y cerró la puerta con suavidad.

—¿Es que Razvan me ha llamado? —pregunté, algo asustada.

A saber de qué era capaz ese degenerado ahora.

—No. Sólo he venido a traerte esto —dijo esa vampiro de voz dulce y ojos bondadosos a pesar de ser rojos.

Su sonrisa también era hermosa y sincera. Sacó la mano de su espalda y me entregó un espejo de mano.

Agradecía su gesto, aunque tampoco entendía por qué me lo regalaba, pero la verdad es que el espejo en cuestión era horripilante. Se veía anticuado y viejo, el marco metálico, que había sido de color verde oscuro, estaba bastante oxidado, y tenía unos relieves con motivos florales, los cuales también habían estado pintados con unos colores chillones, que eran muy rococó.

—Ah..., gracias —intenté que mi tono sonara sincero, pero mi media sonrisa, mezcla de confusión y de estupefacción a la vez, me delataba.

Ella se dio cuenta enseguida de esa pregunta que mi cabeza se hacía: ¿para qué quería yo esto?

—No es un espejo común —me reveló, acuclillándose frente a mí.

—¿Cómo? —ahora sí que estaba confusa.

Orientó el espejo con su mano, sin que la mía lo soltara, y lo dirigió a mi rostro.

—Observa su interior.

Bajé mis extrañados ojos hacia el espejo y miré el cristal. Al principio salía mi reflejo, pero después la imagen comenzó a cambiar ante mis atónitas pupilas.

No se veía nada, tan sólo una imagen gris, como si dentro del espejo hubiera una densa niebla.

—Se ve niebla —dije, asombrada.

—¿Qué hay dentro de tu corazón? ¿Quién lo ocupa? ¿Quién es la primera persona que tu corazón anhela ver? —empezó a guiarme, hablándome con esa dulzura que se parecía tanto a la de Esme.

—Jacob —respondí, sin ningún atisbo de duda, con un nudo enorme en la garganta.

—Eso es lo que el espejo te mostrará siempre —me desveló, con una sonrisa—. Tu corazón ya ha elegido a quién ver.

Mi rostro se alzó para mirarla con sorpresa.

—¿Quieres decir que este espejo me mostrará a Jacob?

—Sí, siempre que lo desees —asintió.

Volví a mirar lo que reflejaba.

—Pero... solamente veo niebla —murmuré—. Y lo estoy deseando, estoy deseando verle con todas mis fuerzas.

—El espejo sólo te mostrará su presente y su pasado inmediato —me explicó, con ese tono pausado y tranquilo—. Piensa, Renesmee, ¿por qué el espejo no podría mostrarte su presente? —me preguntó, como la profesora que pregunta a su alumno para que le dé la respuesta correcta.

No me hizo falta pensar mucho.

—Porque ahora mismo es un lobo —caí, hablando con sorpresa por mi propio descubrimiento—. Él es el Gran Lobo, y su poder espiritual se lo impide al espejo.

—Exacto. Ahora sólo tienes que desear ver lo que sucedió inmediatamente antes de que se transformara —me ayudó ella, con otra sonrisa.

Mi cerebro ni siquiera se lo planteó, en cuanto ella terminó la frase, el espejo ya comenzaba a mostrarme la imagen.

Mi corazón saltó de su sitio para empezar a latir atropelladamente y mis mariposas volaron alocadas, con una mezcla de añoranza, pesar, alegría y tristeza. El nudo saltó y fui incapaz de reprimir mis lágrimas, que descendieron por mis mejillas sin cuartel.

Era la misma noche lluviosa en la que Jacob estaba sentado en ese tronco blanquecino de First Beach, en la madrugada del que debería haber sido el día de nuestra boda, la misma película que había visto en el líquido negro de la semiesfera dorada la semana pasada, cuando Razvan quería que me desnudase y no llegué a hacerlo gracias a la intervención de Teresa.

El tiempo pasó a cámara rápida, como uno de esos vídeos de los documentales de la tele. Todo pasaba rápido, el sol salía y, con él, la luz invadía el firmamento como si se fuera encendiendo progresivamente, la bajamar se convertía rápidamente en pleamar y las nubes pasaban raudas por ese cielo que ahora parecía un poco más despejado. Todo pasaba rápido, excepto Jacob. Él continuó inmóvil, con sus manos rodeando su cabeza y su rostro, llorando con una agonía silenciosa.

Mi corazón no se resquebrajó en mil pedazos de puro milagro.

Hasta que la cámara rápida se paró. Entonces, de repente, Jacob se levantó y su rostro se transformó en uno bien distinto. Se tornó a una determinación rabiosa y echó a correr hacia los primeros árboles de la playa. En cuanto los traspasó, se transformó y el espejo volvió a mostrarme la niebla.

—Jake... —sollocé.

Otra vez me vi invadida por una mezcolanza de sentimientos. Estaba feliz por haber tenido el privilegio de verle una vez más, pero la angustia de verle en ese estado me flagelaba con fiereza. Ahora seguía corriendo como lobo, llevaba dos semanas haciéndolo.

—Te dejaré sola —dijo Teresa, levantándose.

—Espera —le paré, cogiéndole de la muñeca—. Dime, ¿por qué me ayudas tanto?

Teresa se quedó mirándome durante un rato.

—Tú me recuerdas mucho a mi hija —me confesó finalmente, con voz queda—. Tiene tu misma edad.

—¿Tu hija? —inquirí, sorprendida.

—Sí, Mercedes.

Entonces, me acordé del mensaje de Ryam y me quedé estupefacta.

—¿Mercedes? ¿Mercedes López?

—¿La... conoces? —sus ojos se tiñeron de una sorpresa esperanzada.

Y después todo encajó, como las piezas de un puzzle. Recordé las visiones confusas de Alice sobre Ryam, lo que Helen nos contó sobre el pasadizo del bosque que llevaba a un edificio de piedra gris... Me levanté de la silla y comencé a pasear, con la mano entre mi pelo.

—Ryam, Ryam estuvo aquí, ¿verdad? —adiviné—. Ahora lo entiendo todo. Tú eres la que le ayudaste a escapar de aquí después de que copiara esos documentos de la fórmula.

—Le ayudé con la condición de que encontrase y ayudase a mi hija —desveló.

—Él ha cumplido su palabra. Tu hija, Mercedes, está en Boston —le revelé, quedándome frente a ella.

—En Boston, allí es donde Duncan dijo que le habían perdido la pista a Ryam —recordó, con preocupación—. Si descubren a Mercedes... —su frágil voz se quebró y no llegó a terminar la frase.

—Helen y yo no la conocemos, pero él nos mandó un mensaje con ese dato. No sé qué pretendía con eso —me quedé pensativa.

—Lo ha hecho porque mi hija está en peligro —afirmó, con angustia—. Razvan quiere hacerle daño.

—¿Hacerle daño? ¿Y por qué? —pregunté, extrañada.

—Porque mi hija es otro gigante fallido —confesó, con otro hilo de voz.

CINCO MESES: PROFECÍA

Pestañeé, sorprendida.

—¿Otro gigante fallido? ¿Cómo Ryam y Helen? —pregunté.

—Sí —susurró, a duras penas.

—Creía que Ryam había sido el primero.

—Y lo fue, pero mi hija fue la siguiente —me cogió de la mano y me condujo hasta el camastro, donde ambas nos sentamos—. No tengo mucho tiempo, dentro de poco tengo que bajar para atender a Razvan, pero te lo contaré lo más brevemente posible. Todo ocurrió hace más o menos dos años —empezó a explicarme—. Yo era maestra en una escuela infantil, en Dallas, y había terminado mi jornada temprano, así que me monté en mi coche y me fui a buscar a Mercedes a su instituto. Era su último año, y estaba a punto de graduarse —su rostro dejó escapar una sonrisa de añoranza y orgullo, pero pronto se le borró—. Sin embargo, cuando llegué y los alumnos salieron, ella no apareció.

»Tengo que resumir —se apremió a ella misma, suspirando y mirando a la puerta con nerviosismo—. Después de buscarla por el centro y de hacer preguntas a sus profesores, salí por la parte de atrás y di al bosque que se encontraba detrás del edificio. Fue allí donde me encontré con Ion, uno de los ayudantes de Razvan.

—Sí, sé quién es —asentí.

—Ion tenía a Mercedes y le inyectó algo, con el tiempo supe lo que era. Me puse como loca y me arrojé hacia él para defender a mi hija, pero, por supuesto, no sabía que él era un vampiro, así que toda mi lucha fue en vano, aunque no inútil. Conseguí que mi hija pudiese escapar. Ion se enfureció y comenzó a perseguirla, arrastrándome a mí del brazo. Sin embargo, mi hija no apareció, inexplicablemente, desapareció, e Ion se quedó frustrado y enfadado.

»Todos le tienen mucho miedo a Razvan, Nikoláy y Ruslán, e Ion no era una excepción. Sabía que Razvan se enfadaría mucho por ese fallo, así que debió de creer que era mejor no partir con las manos vacías, por eso me transformó y me trajo al castillo. Aún así, cuando llegamos y Razvan vio lo que había pasado, se puso furioso.

»Mi primer año fue horrible —murmuró, con los ojos llenos de pesar y profundo arrepentimiento—. Razvan me encerró en una de estas habitaciones y no me dejó salir en un año. Era neófita, y me traía humanos vivos...

Hizo una pausa en la que me miró con esas pupilas que desbordaban horror y suplicaban redención por todos sitios. No llegó a terminar la frase, pero no hizo falta. Me estremecí al imaginarme las dantescas escenas de una neófita sedienta e incontrolada abalanzándose sin piedad sobre un indefenso humano y tuve que tragar saliva, aunque no fue eso lo que más me espantó. Razvan trataba a los humanos como si fueran animales, y encima él había obligado a Teresa a actuar como una depredadora, en cierto modo. Ella tenía que estar muy asustada y confusa, y en esa etapa la sed de sangre domina cualquier otro pensamiento, te impide pensar y razonar, y Razvan le traía a esos pobres humanos como el que echa carne en la jaula de los leones.

—Durante ese año la sangre ocupó todos mis pensamientos —reconoció, bajando los párpados con pesar—, no podía controlarlo, apagar esa insoportable sed era lo único que me importaba —entonces, abrió los ojos—. Pero después todo cambió.

»Cuando ya me controlaba, Razvan me dejó salir de la habitación y me hizo una de sus sirvientas. Más adelante me enteré de que Razvan estaba intentando hacer un ejército de gigantes, pero que la primera prueba que habían hecho con un humano llamado Ryam no había salido bien. Modificó la fórmula y mandó a Ion para que la probase con otro humano, esa fue mi hija. Al principio, Razvan no sabía si había resultado fallido o no, pero ahora está convencido de que tampoco salió bien, pues después dieron con la fórmula correcta y vieron que la que Ion había utilizado tampoco servía. No obstante, Razvan quería deshacerse de ese gigante fallido que había desaparecido. Ion le dijo que era una chica y que yo era su madre. Razvan no sabía el nombre de mi hija, no tenía ningún dato sobre ella, pues el descuidado de Ion la había escogido al azar entre todos aquellos estudiantes sin ni siquiera preguntarle su nombre. Intentó sonsacarme información sobre ella, pero yo utilicé la

excusa de falta de memoria y no lo logró. Y sin el nombre y sin saber quién es ella, Razvan tampoco puede utilizar la semiesfera.

»Para mi alivio, Razvan estuvo bastante ocupado con el asunto de Ryam y tus lobos, y la suerte ha hecho que Ion haya muerto antes de que Razvan decidiera actuar en este tema, él era el único que había visto el rostro de mi hija. Pero Razvan no lo ha dado por zanjado —siguió declarando, mirándome con preocupación—. Ya ha estado actuando, ha mandado a Duncan varias veces para investigar en ese instituto, para que mire en los archivos, a ver si encuentra alguna pista de mi hija. Afortunadamente, Dallas es muy grande, y ese instituto tiene muchas alumnas que encajan con la descripción de mi hija, así que, por el momento, no ha conseguido dar con ella.

»No tengo muchos recuerdos de mi vida humana, y en mi etapa de neófita he de reconocer que la sangre se interpuso, pero jamás he olvidado a mi hija —siguió, hablando con seguridad—. Desde que me enteré de eso, he estado haciendo todo lo posible por protegerla, puesto que Razvan no parará hasta que la encuentre.

—¿Y por qué quiere hacerle daño? —pregunté—. Bueno, quiero decir, que ella no es como Ryam, él se ha convertido en un peligro para los planes de Razvan, Nikoláy y Ruslán, pero tu hija...

—Razvan ya no se fía —me interrumpió, con suavidad—. Ha visto lo que ha pasado con Ryam y no piensa correr más riesgos. Se ha dado cuenta de que los humanos también pueden ser peligrosos, y no quiere más testigos —Teresa apretó mi mano—. Renesmee, Razvan ya tiene un ejército de gigantes, y no son como Ryam, Helen o mi hija. Éstos son crueles y carecen de sentimientos y emociones, son como muertos vivientes, ya no se transforman en humanos, y Razvan ha conseguido dominarles por medio de su magia negra. Yo misma los he visto, ellos también están en el castillo. Si Razvan encuentra a mi hija, la convertirá en uno de esos monstruos sin sentimientos de ahí fuera, o la matará. Por eso le pedí ayuda a Ryam.

»El consiguió entrar por unos antiguos pasadizos que debían de utilizarse en tiempos de guerra para huir o esconderse. Jamás había sabido de ellos hasta que no apareció él. Entré en el salón para proceder a su limpieza y le descubrí mirando los cuadernos de Razvan. Supe que era ese gigante fallido cuando vi sus ojos, ya que su olor me decía que era humano, pero éstos tenían un extraño color fucsia. Estuvo a punto de transformarse, sin embargo, se calmó cuando le expliqué mi situación y la

de mi hija. Nos presentamos con rapidez, pues él tenía mucha prisa, evidentemente. Entonces, le pedí que la ayudara a cambio de recibir mi propia ayuda para que pudiese escapar de aquí. Ryam aceptó y me prometió que haría todo lo posible por Mercedes. Vigilé mientras él copiaba a toda prisa lo que le interesaba, pero escuché cómo se acercaban dos vampiros de la guardia, movidos por el sonido del pulso de Ryam y su olor, y tuve que sacarle de allí prácticamente en volandas. Me enseñó por dónde había entrado y lo escolté hasta allí. No sé cómo no nos descubrieron, tuvo que ser un milagro. Luego, coloqué la piedra en su sitio y recé para que ese chico consiguiera escapar y diese con mi hija. Ahora sé que lo consiguió —sonrió—. Cuando volví, los guardias habían entrado en el cuarto donde nos encontramos las sirvientas y la suerte quiso que Zhanna acabara de empezar de alimentarse con un humano. Fue por eso que los guardias no hicieron preguntas y todo salió bien.

—¿Dices que colocaste una piedra? —inquirí.

—El pasadizo por dónde entró Ryam está oculto tras una piedra que se mimetiza perfectamente con las paredes del castillo —me aclaró—. No se ve a simple vista, hay que fijarse bastante bien, aunque creo que un humano jamás podría distinguirla. Ryam lo sabía porque él entró desde el bosque y salió por esa entrada, sólo tuvo que fijarse en lo que había alrededor para recordar dónde se encontraba la puerta.

Ahora ya empezaba a comprender muchas cosas de los movimientos de Ryam. Por fin mi cabeza tenía una película clara de lo que había pasado, por lo menos, aquí dentro, porque todavía no sabía cómo él había conseguido dar con este sitio y qué era exactamente lo que estaba investigando sobre los metamorfos. Pero había algo más que aumentaba mis esperanzas, mi plan cada vez se fraguaba más.

—Tú sabes dónde está el pasadizo, ¿verdad? —quise saber.

—Sí, claro —asintió, sin comprender.

—Por favor, tienes que decirme dónde queda —le imploré, apretando su mano y mirándola con ojos suplicantes—. Helen no puede seguir en este castillo mucho más tiempo, acabarán matándola. Y yo tengo que salir de aquí para... —mi voz se vio bloqueada cuando iba a decir que tenía que ayudar a Jacob y que tenía que hacerlo antes de doce meses, ni siquiera podía decir eso—. Si a él le pasa algo, yo... —otra vez mi frase se cortó.

—Os ayudaré —aceptó ella, acariciando mi mano con dulzura—, con la condición de que tú y Helen busquéis y ayudéis a mi hija.

—No, tú vendrás con nosotras —añadí—. Iremos las tres a buscarla.

—Yo no puedo irme de aquí —me contradijo, bajando la mirada con pesar.

—¿Qué estás diciendo? —cuestioné—. Tú te escaparás con nosotras, no puedes seguir aquí bajo las órdenes de ese dictador.

—Aquí estoy bajo control.

—¿Bajo control? —no entendía nada.

Teresa levantó la mirada de nuevo y la clavó en la mía, suplicando perdón.

—Los demás traen a esos humanos y los matan aquí —susurró—. Cuando terminan, yo me quedo con las sobras. Pero en el exterior es diferente. Allí tendría que matar yo misma a la gente para poder alimentarme. No quiero hacerlo, Renesmee, durante mi año de neófita fui un ser infernal y sanguinario, no quiero volver a serlo.

—No, no tienes por qué volver a hacer eso. Existe otra forma de vida, Teresa, la misma con la que mi familia vive —le revelé—. Ellos no se alimentan de sangre humana, sino que toman sangre animal. Ya sé que no es lo mismo, pero una vez que te acostumbras, la sed se va haciendo más llevadera y se consigue una buena calidad de vida. Y te aseguro que se es mucho más feliz.

—¿Tú familia no toma sangre humana? —interrogó, sorprendida.

—No —le sonreí—. Escucha —entrelacé sus dedos con los míos y le hablé con convicción—, mi familia te ayudará, te lo prometo, ni siquiera tienes que pedirlo. Mi abuelo, Carlisle, se ofrecerá enseguida y Esme cuidará de ti y te alentará. Tú me recuerdas mucho a ella, la verdad, es tan dulce y buena como tú. Al principio será muy duro, pero después verás todas las recompensas que te ofrece, y, sobre todo, tendrás la conciencia tranquila. Teresa, tienes que marcharte con nosotras, tienes que ser tú quien encuentre a Mercedes.

—No sé si podré resistir ese tipo de vida —dudó.

—Lo harás, mi familia te ayudará, confía en mí. Tienes que intentarlo, no puedes rendirte tan fácilmente. Hazlo por tu hija, seguro que ella también te está buscando. Podrías reencontraros, y podrías explicarle muchas cosas. ¿No tienes ganas de hacerlo? ¿De contarle todo lo que pasó? ¿De seguir tu vida junto a tu hija?

Teresa me dio un abrazo que me pilló un poco por sorpresa.

—Está bien, tienes razón —aceptó por fin, con un nudo en la garganta—. Me escaparé con vosotras y viviré esa vida que dices.

—Nosotras te ayudaremos a encontrar a tu hija mientras tú recibes tu... *rehabilitación* en casa de mi familia —usé un símil para quitarle hierro al asunto.

—Gracias —murmuró.

Me separé y acaricié su rostro con una sonrisa.

—Bueno, hay que ponerse a trabajar —declaré—. Tenemos que planear algo, y tenemos que hacerlo bien.

—Yo tengo que irme —se acordó ella, apremiándose—. Llevo demasiado tiempo sin aparecer por ahí abajo, podrían empezar a sospechar.

Se puso de pie con precipitación y yo hice lo mismo por inercia.

—Espera, sólo un par de cosas —le paré, cuando ya estaba a punto de echar a andar.

—Rápido, por favor —me pidió, con nerviosismo—. Ya he perdido demasiado tiempo.

—Antes dijiste que el ejército de gigantes de Razvan estaban en el castillo, ¿dónde los tiene escondidos exactamente? —quise saber, hablando con rapidez.

—En el patio interior hay una caseta de piedra, los tiene allí, como si fueran animales —reveló también con prisas—. Como ya te dije, Razvan los controla gracias a su magia negra, así que ellos obedecen toda orden y se quedan allí sin oposición alguna.

Sí, ya me había dado cuenta de eso en el bosque, cuando ese gigante monstruoso obedecía a Razvan a la primera palabra.

—Bien, otra cosa.

—Por favor, Renesmee... —suplicó.

—Será rápido. ¿Elger, Duncan y Axel también son magos?

—No, son vampiros corrientes, ni siquiera tienen ningún don —declaró.

—¿No? —inquirí, extrañada—. Pero si en el bosque, cuando nos atraparon a Helen y a mí, ellos también nos echaron esos polvos mágicos que nos privaron de transformarnos. Aunque, ahora que lo recuerdo, ese gigante monstruoso también lo hizo... —murmuré, pensativa.

—Razvan, Nikoláy y Ruslán les dieron esos polvos —me reveló—. Ellos tres son los únicos magos.

—Ah —comprendí—. Bueno, ya está.

Teresa suspiró y se dio media vuelta. Sin embargo, me percaté de otra cosa justo cuando estaba abriendo la puerta.

—Espera —le detuve, cogiéndola por el brazo. Teresa se giró hacia mí, rogándome con la mirada que parase ya. Pero yo tenía una última pregunta—. ¿Por qué me has dado este espejo a mí? Podías habértelo quedado tú para ver a tu hija.

Se quedó inmóvil durante un par de segundos y me sonrió dulcemente.

—Mi corazón no late, por eso no funciona conmigo —declaró, llevando su mano para meterme un mechón de pelo detrás de la oreja—. Este espejo estaba tirado en el sótano, esperando a que alguien lo volviera a utilizar algún día. Tú lo aprovecharás mejor viendo a tu prometido.

Me gustó que utilizara esa palabra para referirse a Jacob, porque él seguía siéndolo, yo jamás había roto con él.

Le sonreí y se giró para abrir y salir por la puerta por fin mientras yo volvía la vista hacia el espejo. Niebla fue lo primero que me mostró, pero enseguida volví a ver las imágenes de ese pasado inmediato. Me dolía profundamente verle así, pero poder verle era todo un privilegio, así que me senté y me pasé el resto del día viendo esa pequeña película una y otra vez.

Sí, dolía, pero poder verle era todo un privilegio.

Con el filo del cuchillo de postre grabé otra rayita vertical más y marqué una horizontal que tachó a esas siete. Ya estábamos en noviembre. Cinco meses. Hoy se cumplían cinco meses de mi largo encierro. Cinco meses sin ver a Jacob, sin poder verle, sin poder tocarle, olerle, besarle...

Me tiré en el camastro, boca arriba, y cerré los ojos para evocar todas esas sensaciones y recuerdos.

Sus cálidos y fuertes brazos rodeándome, haciéndome sentir amada y protegida, mi mejilla apoyada en su poderoso pecho desnudo, su maravilloso efluvio, sus prodigiosas manos acariciando toda mi piel, sus suaves y ardientes labios besándome, su dulce aliento...

Jadeé con tan sólo recordarlo...

Las lágrimas comenzaron a recorrer ambos lados de mi cara y un fuerte pinchazo se clavó en mi corazón, y eso que sólo había recordado lo físico. Pero no podía rendirme, tenía que ser fuerte. Por él.

La esperanza de escaparme de aquí y mis ansias de rescatar a Jacob era lo único que me mantenía cuerda y entera.

Ya teníamos nuestro plan trazado. No siempre podía, pero cuando sí, Teresa me llevaba en secreto a ver a Helen. Entre las tres habíamos

conseguido idearlo. Con la ayuda de Teresa, hicimos un plano del castillo, aunque había zonas que ella desconocía, ya que Razvan solamente le dejaba andar por ciertas partes de la edificación. También elaboré un plano del bosque con varias posibles rutas a seguir, puesto que no sabíamos por dónde saldríamos del pasadizo, y teníamos que estar preparadas para salir y echar a correr.

El problema era llevarlo a cabo. Razvan me tenía vigilada casi todo el tiempo, tenía guardias al final de las escaleras y por algunos pasillos, los gigantes estaban en el patio, no eran un problema si no recibían ninguna orden, pero si alguien nos descubría, podían ordenarles que nos siguieran, así que teníamos que tenerles en cuenta. El único sitio que no estaba vigilado era el cuarto donde se encontraban las sirvientas, sin embargo, estaban esas tres arpías.

Lo único que nos quedaba era actuar durante los relevos de los guardias. Ese era el único momento en que los pasillos eran desalojados durante dos segundos. No todos los pasillos estaban vigilados, sino que los guardias se distribuían por zonas, pero había un inconveniente, varios, en realidad. Un vampiro puede pasarse mucho tiempo quieto o paseando, días, semanas, y los guardias se relevaban una vez al mes. O sea, que teníamos a un vampiro un mes entero vigilando una zona, con sus desarrolladísimos sentidos del oído y del olfato a su favor, que era relevado con otro que no se iba de allí hasta dentro de otro mes. Otro inconveniente era que los relevos no se hacían todos al mismo tiempo, es decir, que el guardia de una zona podía ser relevado y la zona contigua estar siendo vigilada por otro vampiro. Y eso no era todo. La puerta del pasadizo quedaba en un rincón, en un pasillo sin salida, y la única forma de llegar a él era atravesando el cuarto de las sirvientas. Conclusión: que Ryam consiguiera escapar aquel día del castillo por ese pasadizo había sido todo un milagro.

Y ahora nosotras teníamos que esperar otro.

Me sequé las lágrimas, me incorporé y me levanté de la cama. Saqué el espejo de debajo del colchón y me senté en la silla para mirarlo. Esto se había convertido en todo un ritual para mí.

Niebla. Sólo salía niebla. Cinco meses de niebla. Jacob llevaba corriendo como lobo cinco meses. Podía pasarme horas observando ese espejo, esperando a que la imagen cambiara. Horas y horas, horas y horas. Pero siempre salía la niebla.

—Por favor, Jake, vuelve... —sollocé.

Teresa no tardó en llegar, picó a la puerta y yo me levanté de la silla, con ese nudo horrible que ya se había acostumbrado a permanecer en mi garganta.

Escondí el espejo de nuevo, guardé el cuchillo debajo de la almohada y salí con ella de mi celda para bajar a comer delante de Razvan.

Éste no podía sospechar nada de nuestras intenciones, así que mi táctica había cambiado. Lo mejor era no enfadarle, obedecer casi todas sus peticiones, casi todas, porque había algunas a las que no pensaba acceder.

Mi cambio de actitud le había agradado bastante, él se pensaba que me estaba *domando*, el pobre iluso, así que perdonarme mi negación a tomar sangre humana se lo tomaba como una especie de premio y se limitaba a verme comer comida humana, si bien seguía insistiendo en que la tomara.

Algunas noches entraba en mi celda. Mi pulsera siempre me avisaba antes que esas bisagras, así que cuando Razvan pasaba dentro, ya estaba preparada. Confiaba plenamente en mi aro de cuero, la cual ya erigía esa burbuja cálida e invisible que me protegía, así que simplemente me hacía la dormida. Razvan se desesperaba cada vez que la barrera le impedía tocarme, pero al verme dormida, lo dejaba estar y se marchaba. Después, mi pulsera me calmaba, desprendía el efluvio de Jacob hasta que me dormía de verdad.

La comida no se extendió demasiado, Razvan tenía cosas que hacer. En cuanto terminé mi plato, se levantó de la mesa y le ordenó a Teresa que me llevase a mi habitación. Salió del comedor y nos quedamos solas.

Iba a marcharme con Teresa, cuando me fijé en que la puerta del salón estaba abierta. Ella adivinó mis pensamientos sólo con verme la cara.

—No —me advirtió, con una voz extremadamente baja—, dentro de cinco minutos, Nikoláy y Ruslán entrarán en ese salón para reunirse con Razvan. Y Alina y Zhanna no tardarán en venir a recoger el comedor.

Pero yo necesitaba comprobar una cosa.

—Sólo será un minuto —murmuré, igual de bajito, ya dirigiéndome allí.

—Renesmee —me regañó, con un bisbiseo.

No le hice caso. Entré en el salón como una exhalación y me dirigí a mi objetivo directamente.

Cogí la caja metálica y la abrí. Mis ojos se abrieron como platos a la vez que Teresa se ponía a mi lado y miraba a todas partes nerviosamente.

Aquel puntito negro que había aparecido en el corazón de Jacob ahora era una mancha que casi cubría la mitad del órgano, aunque no era negra, era marrón oscuro.

—Jake... —sollocé.

No, él no podía odiarme, esto tenía que ser otra cosa. Estaba segura, estaba completamente segura, Jake no me odiaba, jamás lo haría.

Sentí la enorme tentación de llevarme ese corazón, de esconderlo, de protegerlo... Pero no podía hacerlo. Si Razvan veía que faltaba el corazón, sabría que habría sido yo y después lo utilizaría para hacerle daño a Jake. Además, él no podía sospechar nada de estas investigaciones, si no, descubriría nuestros planes. Tendría que aguantarme y esperar a cuando nos largásemos, para cogerlo y llevármelo.

Con todo el dolor de mi propio corazón, dejé ese en la cajita, la besé y la cerré, colocándola justo como la había encontrado.

—Vendré a por ti, te lo prometo —susurré, rozando la tapa con mis dedos.

—Vámonos de aquí —dijo Teresa, agarrando mi brazo para tirar de mí.

De repente, mi pulsera vibró, sin embargo, no lo hizo para avisarme de ningún peligro, lo hizo para que me fijara en algo que tenía justo a mi lado. Ese libro viejo de tapas marrones que descansaba sobre un atril.

—Espera —cuchicheé, apartándome de ella para acercarme al libro.

—No, tenemos que irnos —me advirtió Teresa, sin dejar de observar a su alrededor con ansiedad.

Mis ojos volvieron a abrirse del todo.

—Es... la profecía —afirmé, sorprendida—. Es esa dichosa profecía de la que tanto hablan, ¿verdad?

—No lo sé —declaró a regañadientes, nerviosa—. Sí, creo que sí, pero no tenemos tiempo, tenemos que irnos.

—No, espera. Puede que no tenga otra oportunidad como esta para saber de qué se trata esto —manifesté, en tono implorador—. Por favor, Teresa, déjame leer un poco.

Mis ojos se clavaron en los suyos, suplicantes.

Teresa suspiró.

—Está bien, vigilaré que no venga nadie —cuchicheó, aunque a disgusto.

Y se dirigió a la puerta.

Bajé la cabeza y comencé a leer, puesto que el libro ya estaba abierto por la página adecuada.

Todo está escrito en las estrellas. Siglos pasarán antes de su llegada, siglos llenos de batallas, guerras y una larga y silenciosa dictadura erigida por los bebedores de sangre oscuros.

Un antecesor abrirá el camino. El primer Gran Lobo será el primer hombre que se transforma en lobo, el primer Rey de los lobos, así le será concedido ese título y, como tal, su sangre pertenecerá a la realeza, una realeza que nada tendrá que ver con el resto de reyes. Espíritu grande y bondadoso, fuerte, leal, poderoso, al igual será su fuerza espiritual. Pero el primer Gran Lobo durará poco, y con él, su reinado de paz y armonía desaparecerá. Su destino sólo será abrir el camino, legar su poder espiritual a su sucesor legítimo, el Príncipe de los lobos.

El Príncipe de los lobos nacerá a la catorceava luna del año y crecerá en completa ignorancia hasta su pubertad, entonces, tendrá lugar su primera transformación en lobo. El pardo y rojo tendrá su pelaje, al igual que el primer Gran Lobo, así mismo habrá heredado su poder espiritual, el Príncipe de los lobos lo mantendrá encadenado dentro de su ser hasta que esté preparado para recibirlo. Su sangre pertenecerá a la realeza, esa que no dan los hombres, esa que solamente tienen los seres de gran poder espiritual. Esta fluirá por sus venas, llevando esa magia por todo su cuerpo desde el mismo día de su nacimiento.

El corazón del Príncipe de los lobos caminará solo durante dieciséis años, hasta que aparezca la mujer única. Única en su especie: mitad humana, mitad bebedora de sangre y metamorfo a la

vez. Ella será única y especial, bondadosa, inteligente, fiel, leal, valiente, y su extraordinaria belleza sólo podrá compararse a los seres celestiales. Sólo ella será digna de ser la elegida para la imprimación mutua, pues será el alma gemela del futuro Gran Lobo, su complemento, su otra parte, y cuando eso suceda, forjarán un vínculo que ningún ser podrá deshacer. El Príncipe de los lobos la encontrará siendo ella tan sólo un bebé, y la elegirá para imprimirse, así mismo ella también se imprimirá de él, una imprimación mutua tendrá lugar. Durante su crecimiento, el Príncipe de los lobos será su protector, su guardián, y sólo cuando ella crezca, él se enamorará profundamente. Ellos dos se amarán como nunca nadie ha hecho, puesto que su vínculo será irrompible, mágico, espiritual e intenso.

Seres de mal corazón que no comprenderán su amor intentarán separarlos, y el Príncipe de los lobos romperá las cadenas y dejará salir todo su espíritu de Gran Lobo. El amor lo guiará. Él ya estará preparado para recibirlo, su enorme poder espiritual le será revelado y él lo aceptará. Será entonces cuando el Príncipe de los lobos dejará de serlo y se convertirá en el segundo Rey de los lobos, en el segundo Gran Lobo. No será rey de corona, sino rey de corazón, rey de espíritu.

Sin embargo, una tarea mayor a la de su antecesor le será encomendada al segundo Gran Lobo, y él la llevará a cabo junto a la mujer única, porque ella es su alma gemela, ella es su complemento, su otra parte, y sólo con ella podrá realizarla. La mujer única es la elegida. Ella será la fuerza que impulsa a su espíritu, ella será su guía y su luz, y ella será fértil, llevará las semillas que harán florecer y expandir su reinado.

Ya está dictado en las estrellas.

Todo se iniciará justo con el sello entre la mujer única y el Gran Lobo. Ciento sesenta y siete puestas de sol pasarán desde que se inicia el año, y a la ciento sesenta y ocho el oro de las alianzas sellará su amor. Fuego y un sol que se apaga, las dos partes, las dos almas, por fin se unirán para ser una sola. El ciclo será completado. Su matrimonio marcará el comienzo.

La mujer única representa un sello, el sello que une a las dos civilizaciones, hombres lobo y bebedores de sangre, bebedores de sangre que se han arrepentido y son puros de corazón, sus almas están a salvo. La mujer única representa esa alianza, y sólo con ella comenzará el reinado del Gran Lobo. Sólo ella podrá proporcionarle hijos que serán futuros reyes, una estirpe pura y perfecta. Su reinado se afianzará con su prole. Ella será la fuerza que impulsa a su espíritu, ella será su guía y su luz, ella le proporcionará poder, pues el poder espiritual del Gran Lobo estará forjado con su profundo amor. Entonces, el Gran Lobo iniciará su reinado y una nueva era comenzará, la larga dictadura erigida por los bebedores de sangre oscuros se verá rota, y ningún otro bebedor de sangre, ningún otro ser, tendrá el suficiente poder para revocarle. Será una nueva era de paz, convivencia y armonía.

El Gran Lobo será invencible, su poder espiritual aumentará. Porque él será el verdadero y definitivo Gran Lobo, porque sólo él será el verdadero y definitivo Rey de los lobos, porque su poder espiritual será más inmenso que el del primer Gran Lobo, porque su corazón será puro y estará lleno de amor, porque su enorme espíritu guerrero será fuerte y noble.

La alianza entre hombres lobo y bebedores de sangre no gustará a todos. He aquí que habrá bebedores de sangre que se opondrán a la nueva era, bebedores de sangre cuales corazones no son puros, cuales almas están manchadas y son oscuras, pues sus ansias de poder los dominan y corrompen. Esos bebedores de sangre están condenados. Una batalla será librada entre estos bebedores de sangre y el Gran Lobo por el poder, en la que...

Mi lectura se vio interrumpida de repente cuando Teresa me agarró del brazo y tiró de mí.

—No, no he terminado —protesté, en voz baja, mientras me sacaba del salón en volandas.

—Ya están aquí —afirmó, sin apenas voz, apretando los dientes con nerviosismo.

Teresa me arrastró y salimos despedidas del comedor, caminando por los pasillos con prisas. Había guardias por todas partes, pero ya estábamos a salvo, pues ellos no sabían nada. Me condujo a mi habitación y me dejó allí.

No tuvimos tiempo de comentar nada, ella tenía que atender a los tres vampiros magos.

Sin embargo, yo sí que podía pensar. Y ahora tenía claras muchas cosas. Jacob era el Gran Lobo, iba a ser mucho más poderoso de lo que ya era, y su destino era reinar una nueva era. No era de extrañar que fuera tan peligroso para Razvan, Nikoláy y Ruslán, cuyas intenciones eran conquistar el mundo.

Y ahora también sabía para qué me querían a mí, por qué querían que me casara con Razvan. Si yo me casaba con Jacob, la profecía se cumpliría. Lo que todavía no entendía era cómo pensaba invertirla Razvan.

Me acerqué al camastro, saqué el espejo de su escondite y me senté en la silla para esperar a que se fuera esa niebla que reflejaba mientras pensaba en esa maravillosa profecía.

De pronto, mi corazón saltó cuando la niebla se disipó y Jacob apareció en su forma humana. El espejo estuvo a punto de caérseme al suelo, de la impresión. Mi pulso se aceleró y las mariposas tomaron todo

mi cuerpo, alocadas, emocionadas, incluso la pulsera pareció alegrarse. Mis ojos dejaron escapar unas lágrimas de alegría y angustia a la vez. Jacob se había transformado en la puerta de la casita de Billy, su poderoso cuerpo estaba desnudo y su pelo estaba largo, le llegaba más allá de la barbilla. Su rostro ya no estaba desfigurado por ese profundo dolor, pero ahora lo bañaba una interminable amargura. Eso hizo que mi estómago sufriera otro más de sus pinchazos. Sin embargo, le estaba viendo, era su rostro, su cuerpo, y eso era suficiente para mí. Pasó a la casa con rapidez y se dirigió corriendo al baño, donde se duchó, después entró en su cuarto y se vistió. Cuando salió de su habitación, me quede mirando completamente embaucada cómo era recibido por Billy y todo lo que sucedía a continuación, como si estuviese viendo un vídeo casero en directo.

La imagen del corazón vino a mi mente irremediamente. Esa mancha marrón había cubierto casi la mitad del mismo. No sabía lo que era, sin embargo, seguía estando segura. Eso no podía ser odio, porque Jacob jamás me odiaría, nuestro vínculo era irrompible, mágico, espiritual e intenso. Y la profecía me lo había ratificado.

...forjarán un vínculo que ningún ser podrá deshacer.

Sí. Y esa profecía tenía que cumplirse.

DIEZ MESES: ¡CORRE!

El agua caliente le caía en la nuca, repartiéndose después por el resto de su cuerpo. Jacob estaba en la ducha, llevaba un buen rato con las manos apoyadas en la pared y los brazos estirados para inclinarse un poco hacia delante, y su rostro seguía sosteniendo esa amargura de siempre mezclada con esa mirada perdida.

Verle así me dolía como si me clavasen un puñal, pero verle y saber de él era una de las pocas cosas que me mantenían cuerda, que mantenían mis esperanzas arriba, lo que me motivaba para seguir luchando. Ya llevaba diez meses aquí, diez insoportables meses.

Estar separada de Jacob era una agonía, me subía por las paredes, me sentía como un drogadicto al que le falta su droga, porque Jake siempre había sido mi droga, lo necesitaba como el oxígeno, y ahora me estaba ahogando, me ahogaba en esta celda. Me pasaba las horas pegada al espejo, sin apartar la vista del mismo ni un instante, ni siquiera cuando se transformaba y salía la niebla, todo con tal de no perderme ni un segundo de su vida, para no perderme ni un segundo de ese privilegio que tenía por poder verle. No podía escucharle ni olerle, pero ver su rostro, aunque bañado en esa amargura, era lo único que me sostenía en este mundo, era lo único que hacía que no me volviese loca, que no terminara rompiendo la reja para tirarme por la ventana.

Jacob parecía estar llevándolo realmente mal. Desde que había regresado a La Push, todavía no le había visto sonreír ni una sola vez, ni siquiera una mueca, ni siquiera una ligera curva de su labio. Cuando regresaba de patrullar, siempre se marchaba solo, y nunca se iba a las playas, ni a First Beach, ni a Rialto Beach, ni siquiera a la playa más alejada, Hole in the Wall. Seguramente le traían demasiados recuerdos, recuerdos que ahora le resultaban muy dolorosos. En cambio, se internaba en el bosque y siempre iba al mismo sitio, se sentaba en una

roca que quedaba debajo de un abeto enorme y centenario y se pasaba allí horas, con la mirada perdida y ese rostro angustiado, él también parecía sufrir esos horribles pinchazos en el estómago, hasta que se hacía de noche y regresaba a casa de Billy, caminando como un alma en pena entre la negrura. No había vuelto a pisar nuestra preciosa casita desde que yo me había marchado, ahora volvía a vivir con Billy. Eso me tranquilizaba un poco, porque por lo menos cenaba con su padre y no dormía solo.

No podía escuchar lo que hablaban, pero Billy parecía intentar animarle continuamente, aunque sin éxito. Jacob siempre terminaba levantándose de la mesa, enfadado, y encerrándose en su cuarto para tirarse en la cama y quedarse con el mismo rostro del bosque, a oscuras.

También sabía que seguía trabajando para el señor Farrow y, por primera vez, podía ver todo lo que hacía allí, cómo se metía debajo de los coches para arreglar algo, cómo trabajaba dentro del compartimento del motor, cómo cambiaba alguna pieza, cómo eran sus compañeros... y también lo guapo que estaba con ese mono de trabajo gris y esa camiseta blanca que siempre terminaban llenos de grasa.

Entre nosotros parecía seguir habiendo esa telepatía y sincronización, incluso estando tan lejos el uno del otro, sin poder vernos y con esa diferencia horaria, era increíble. Al poco de que él regresara a La Push con ese pelo largo, un día me dio por pensar en que me parecía que estaba más guapo con el cabello corto. Al día siguiente se fue a la peluquería y se lo cortó.

La telepatía también se había hecho evidente el día de nuestro aniversario. Deseé con todas mis fuerzas ver ese horizonte amaneciendo de Rialto Beach, como habíamos hecho en nuestro pasado aniversario, y ese día fue el único que Jacob pisó esa arena de piedrecillas, para ver salir el sol. No vi el amanecer en el mar, pero pude verlo en su rostro, aunque ambos terminamos llorando, él con angustia y dolor, yo con añoranza, frustración, rabia y tristeza por verle así y no poder hacer nada.

Las navidades habían sido horribles. Jake sólo se había unido a Billy, Charlie, Sue, Seth, Leah, Paul, Rachel, Sam, Emily y los niños para cenar en casa de mi abuelo, y pareció ausente durante toda la cena. Nada más terminar, se marchó y se fue a casa de Billy él solo para tirarse en la cama con ese rostro amargado. Yo las pasé encerrada en esta celda de la que solamente salía para comer delante de Razvan, aunque Teresa me había

traído una cena algo especial y se había quedado conmigo un ratito para hacerme compañía, luego, había hecho lo mismo con Helen.

Me di cuenta de que mis padres no habían estado en casa de Charlie, eso era extraño, y mi abuelo parecía preocupado por algo, aparte de estarlo por Jacob, lo cual se le notaba un montón. Eso se añadió a mis esperanzas. Tal vez Charlie viera que pasaba algo raro y lo investigase. Además, llamaba a mi madre casi todos los días, y alguna vez querría hablar conmigo, ¿no? Charlie no estaba hechizado, y si yo no estaba para hablar con él, tenía que ver que pasaba algo. A no ser que el hechizo fuera tan extremadamente potente que también hechizase a la gente sólo por escuchar la voz.

Esto también hizo que me acordase de otra cosa en la que no había caído, había estado demasiado distraída pensando en cómo fugarme de aquí con Helen, Teresa y ese corazón, sin embargo, tantos meses encerrada dan para mucho. Mi familia de Denali. Ellos estaban invitados a la boda, ellos tampoco estaban hechizados, y ellos sí que sabían que Jacob y yo estábamos juntos, que nuestra relación sí había ocurrido, que Jacob no se había marchado el día en que nació. No sé quién les diría que la boda se había suspendido, pero eso tenía que haberles extrañado, y seguramente habían llamado a mi familia para preguntar el por qué. Mi familia de Denali también querría hablar conmigo, y, al igual que con Charlie, tenían que ver que pasaba algo extraño, ya tenían que haberlo visto.

Todo esto me llenaba de más esperanza, pero el que hubieran pasado diez meses me desconcertaba mucho. ¿Por qué nadie había venido a buscarme? ¿Es que todavía no se habían dado cuenta? ¿Acaso era cierto que el hechizo fuese tan poderoso? No sé, me costaba creerlo, sin embargo, yo seguía aquí, presa.

Estábamos a mediados de abril, y otra cosa que acababa de descubrir es que sin Jacob a mi lado, mi celo no existía. Bueno, era lógico, si no le olía a él, esa llamada no se producía.

Algo que también pasó por mi cabeza un par de veces fue la plantación de *Dracaena Glyptodon*, aunque solamente un par de veces, pues ese era el menor de nuestros problemas. Si todo salía bien y conseguíamos escapar de aquí, y lográbamos ayudar a mi familia y a Jacob, siempre se podía volver a Australia a buscar más semillas, con lo cual, este tema no me importaba demasiado.

Sí, eso si conseguíamos escapar de aquí. Y hoy era el día elegido para intentarlo.

Jacob cerró el grifo y se separó de la pared. Abrió la pequeña mampara y salió de la ducha para coger la toalla y secarse.

Mi corazón palpitaba alocado sólo con verle y mi estómago era una revolución de mariposas que se peleaban con los pinchazos por conseguir un poco más de protagonismo. Mi mano aferraba el mango del espejo con fuerza mientras los dedos de la otra acariciaban su cristal para intentar tocarle a él. Era tan guapo, tan perfecto..., y tan, tan especial. No había nadie tan maravilloso como él en todo el universo, nadie. Yo no necesitaba ninguna profecía para saber eso.

En cuanto se vistió, salió del cuarto de baño. Allí aún era por la mañana, así que se preparó un desayuno para él y para Billy y ambos se sentaron en la mesa. No sabía lo que hablaban. Billy sonreía y se esforzaba en mantener una amena conversación para animar a su hijo, sin embargo, Jake no estaba por la labor. Se limitaba a asentir sin dejar de mirar a la comida con ese semblante alicaído y amargo, y se notaba que ni siquiera prestaba atención a las palabras de su padre. Mi mano tuvo que aferrarse a mi estómago para que éste dejase de molestarme.

No aguantaba más, esto era una agonía, era una muerte en vida. Necesitaba ir con él, tirarme a sus brazos para decirle que le amaba con toda mi alma, besarle con pasión, decirle que todo era un horrible hechizo y terminar con su sufrimiento de una vez por todas. Sí, tenía que ir junto a él ya. Y hoy era el día. Después de tantos meses esperando, por fin había llegado el día propicio para realizar nuestro plan. Hoy nos marcharíamos de este maldito castillo.

Me costó, pero tuve que dejar de observar el espejo para terminar con mi espionaje. Lo que tenía que hacer ahora requería toda mi concentración. Le di un beso a Jacob, dejé de mirar el espejo para que se *apagase*, me levanté de la silla y vacié el bajo de mi colchón.

Esas malditas enaguas por fin me iban a servir para algo. Alcé la falda de mi vestido y anudé la enagua por dos lados, de modo que creé una especie bolsa marsupial. Guardé en ella el espejo y los planos que habíamos realizado, después, bajé la falda y la aplané bien para que no se notase nada.

Me acerqué a la ventana y observé el panorama. Era perfecto, la niebla lo cubría todo. El bosque se ocultaba bajo una nube densa que se

extendía e invadía cada centímetro, tan sólo se salvaban las copas de los árboles más altos.

Puede que Elger, Axel y Duncan se conocieran estos bosques de memoria, pero ellos no estaban por aquí. Razvan les había enviado a Boston para que siguieran buscando a Ryam, tema que seguía poniéndole histérico, pues continuaban sin tener rastro de él. Los gigantes no se conocían el bosque, ya que siempre estaban en su caseta de piedra, y los demás guardias apenas salían del castillo, tan sólo para cazar, si bien se iban a los pueblos de los alrededores y siempre iban por la misma ruta. Natasha era la encargada de traer las provisiones para que comiéramos Helen y yo, pero lo hacía una vez al mes, y, según Teresa, ella también seguía la misma ruta que los guardias, ruta que teníamos marcada en el plano para no seguirla, no fuera a ser que nos encontrásemos con alguno de estos vampiros por el camino. Sin embargo, nosotras éramos las únicas junto con los tres ayudantes de Razvan que conocíamos el bosque como la palma de la mano.

Mi ventana daba a una zona del bosque y la de Helen daba a la otra, así que las veces que Teresa me había llevado hasta su celda, había estudiado esa zona y la había añadido al plano. No es por presumir, pero mis dibujos eran perfectos. No teníamos el bosque entero, pero por lo menos era lo justo para tener un margen suficiente de ventaja y poder escapar. Tampoco sabíamos qué había más allá de nuestro plano, si había un pueblo, una ciudad, o nada, sin embargo, lo importante era escapar de aquí. Otra cosa que nos preocupaba era Teresa y un posible contacto con humanos. Con Helen y conmigo se controlaba bastante bien, aunque había veces que le costaba y tenía que terminar alejándose de nosotras. Pero no sabíamos cómo iba a reaccionar si conseguíamos llegar a una ciudad o pueblo donde hay humanos por todas partes. Tendríamos que ayudarla a que se controlase, y eso no iba a ser fácil. Puede que tuviéramos que cazar algún animal por el camino para que ella saciara un poco su sed, claro, eso si no nos estaban persiguiendo y podíamos hacerlo.

La puerta me hizo salir de mi mundo.

Mi labio estuvo a punto de curvarse hacia arriba cuando vi a Zhanna, pero fui capaz de reprimirlo. Que ella estuviese aquí, en vez de Teresa, quería decir que todo empezaba como habíamos planeado. Teresa se tenía que encargar de sacar a Helen de su habitación para conducirla abajo con la excusa de que el inodoro no funcionaba. La llevaría al patio para que atendiese a esos defectos humanos y esperarían allí.

—Razvan te espera para pasear —me anunció Zhanna, con prepotencia.

—¿Dónde está Teresa? —le pregunté, para disimular.

—Teresa está ocupada.

—Ah, vaya.

—Vamos —me azuzó ella, agarrándome del brazo para empezar a caminar.

Me sacó de la habitación, arrastrándome, y comenzamos a bajar las escaleras. Ahora venía la segunda parte del plan.

—¡Ay! —grité, de repente.

—¿Y ahora qué te pasa?! —se quejó ella, tirando de mí para seguir descendiendo.

—¡Ay, ay! ¡Mi tobillo, me lo he torcido! —lloriqueé, fingiendo una cara de dolor que me salía muy bien y agachándome un poco para tocármelo.

—¡No será para tanto! —protestó, cabreada—. ¡Muévete, Razvan te está esperando para pasear!

Pero Razvan no me esperaba para nada. Teresa se lo había inventado y le había dado una orden falsa a Zhanna.

—¡Ay, no, no puedo! —me lamenté—. ¡Me duele mucho, creo que es un esguince!

—¡Estúpida semihumana! ¿Y ahora qué hago contigo?! ¡Razvan se va a enfadar si no vas con él!

A ella lo que le preocupaba era la reacción de Razvan hacia ella, por no cuidarme como debía.

—Llévame a la enfermería —le sugerí, siguiendo con mi farsa de dolor—. Yo sé un poco de primeros auxilios, puedo hacerme un vendaje. Así podré pasear con él.

—Aquí no hay enfermería —resopló, con un evidente semblante de preocupación por su pellejo—. Y tampoco tenemos vendas.

—Pues a cualquier sitio donde haya paños o algo, pero rápido, por favor, me duele mucho... —me quejé, lloriqueando.

—Está bien, te llevaré al cuarto de la limpieza, allí hay paños —accedió, de mal humor, cogiéndome del brazo otra vez para bajar las escaleras—. Pero hazte ese vendaje rápido.

—¡Ay, despacio! —sollocé.

La vampiro volvió a resoplar y me levantó del suelo para echarme sobre su hombro como si fuese un saco de patatas.

—¡Te bajaré yo! ¡Si no, estaremos toda la tarde en estas escaleras! —protestó, ya corriendo hacia abajo.

No pareció notar el espejo que tenía escondido. Esto iba bien.

Bajó como una exhalación y siguió por los pasillos a toda velocidad.

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber el guardia de media melena castaño oscuro que escondía detrás de las orejas.

Ahora ya sabía que se llamaba Keiler.

Éste era uno de los que vigilaba los pasillos.

—Nada, que se ha hecho un esguince —le reveló ella, enojada—. Voy a llevarla al cuarto de la limpieza, dice que sabe primeros auxilios. Se va a hacer un vendaje con un paño.

—De acuerdo —asintió él, volviendo a su puesto de vigilancia.

Zhanna siguió caminando con diligencia por esos oscuros pasillos y llegamos al cuarto de la limpieza. Me dejó sentada en una especie de meseta y se dirigió a un armario bastante viejo.

—¿Pero, qué? ¡¿Dónde están todos los paños?! —inquirió, abriendo y cerrando puertas y cajones con mal humor.

—Rápido, Razvan me está esperando —le apremié.

Se dio la vuelta, nerviosamente, y se quedó mirándome un momento, mordiéndose el labio.

—En fin, no creo que puedas ir a ninguna parte con ese pie —habló finalmente. Eso se creía ella, qué ilusa—. Quédate aquí, voy a buscar un paño —afirmó.

—Date prisa, Razvan me está esperando —repetí, fingiendo mi cara de dolor.

La suya de nerviosismo lo decía todo. Salió despedida del cuarto de limpieza y cerró la puerta.

Bien, tocaba la tercera parte del plan.

Me bajé de la meseta con prisas y abrí la puerta de bajo mueble que estaba en la parte inferior de esa encimera. Como me había dicho Teresa, solamente había un bote de lejía y otro detergente. Los aparté a un lado y empujé la pared del fondo. La piedra se movió sin problemas y el hueco que Teresa me había preparado estos meses quedó abierto.

Me metí en el mueble, me arrastré y me colé por el hueco con presteza. Esos faldones me lo pusieron un poco difícil, pero lo conseguí. Una vez que salí a la estancia de al lado, me di la vuelta e inserté medio cuerpo dentro del bajo mueble para cerrar la puerta. Salí hacia atrás, ayudándome de los codos, y volví a colocar la piedra en su sitio.

Estaba en el comedor. Me puse de pie y corrí hacia la puerta que daba al salón, no tenía tiempo que perder. Teresa y Helen ya debían de estar esperándome donde habíamos quedado.

Entré rápidamente y me acerqué a la mesa. Mi corazón saltó de alegría cuando vi la caja metálica. No me hacía falta abrirla, pues podía escuchar los fuertes y pausados latidos perfectamente, pero preferí asegurarme. Abrí la caja y vi el corazón.

La mancha marrón oscuro ocupaba casi todo el órgano, solamente se salvaba una porción del lado superior izquierdo. Sin embargo, ahora no tenía tiempo para afligirme, Zhanna no iba a tardar mucho más en regresar al cuarto de limpieza y descubrir que yo no estaba. Cerré la caja, la guardé en la bolsa que había hecho dentro de mi falda y salí del salón volando, rezando para que todo saliera bien.

Abrí la puerta muy despacio, asegurándome de no hacer ruido, y asomé la cabeza ligeramente, lo justo para comprobar que Keiler, que vigilaba ese pasillo, acababa de girar la esquina para hacerlo con el contiguo. Mis latidos y mi olor no le extrañaron, pues sabía que yo estaba por allí. Sólo que él se pensaba que estaba en el cuarto de limpieza, y no tardaría mucho en descubrir que mi pulso venía de otro lado. Tenía que darme prisa.

Sólo tenía dos segundos hasta que él volviera a girar la esquina.

Salí despedida del comedor, con la mano aplastando la caja y el espejo para que no chocaran entre sí e hicieran sonido alguno, y las puntas de mis pies cruzaron la esquina contraria a la del vampiro con el sigilo propio de un gato.

La voz de Zhanna distrajo lo suficiente a Keiler, creo que gracias a eso, no me oyó, y escuché cómo éste corría hacia el cuarto de limpieza gritando qué pasaba.

Yo lo hice por el pasillo y me metí por otra puerta rápidamente. Teresa y Helen me esperaban en ese patio, saqué los planos de debajo de mi falda y se los pasé a Helen. No hubo palabras, no teníamos tiempo. Teresa llevaba a Helen en su espalda, echamos a correr y lo cruzamos a toda velocidad. Incluso pasamos por delante de la caseta de piedra donde se encontraban los gigantes de Razvan, que todavía no habían recibido ninguna orden.

Llegamos a otra puerta que daba a otro pasillo. Teresa la abrió con más delicadeza que yo y se asomó brevemente. Contó tres segundos,

enseñándonos los gestos de sus dedos, y salimos como balas para cruzar la esquina antes de que el guardia que cubría esa zona llegara.

Acto seguido entramos en el cuarto de las sirvientas. Un paso, un paso más y estábamos en el pasillo sin salida del pasadizo.

Sin embargo, mi pulsera vibró, avisándome. Un problema se nos presentó en cuanto cruzamos esa puerta. Y era bastante gordo.

Alina. Alina se encontraba allí y nos pilló con las manos en la masa.

—¿A dónde creéis que vais? —nos detuvo, mosqueada, seguramente por las voces que ya había escuchado de Zhanna y de Keiler en el otro extremo.

Teresa dejó a Helen en el suelo y ambas se agazaparon.

—¡Vamos, corred! —exclamó, lanzándose hacia Alina.

—¡No van a escapar de aquí! —gritó ésta, arrojándose a por nosotras.

—¡No! —chilló Teresa.

Pero yo tampoco me iba a quedar de brazos cruzados, no tenía pensado rendirme. Nos había costado mucho llegar hasta aquí, planearlo todo, esperar a este momento propicio para poder realizar nuestro plan. Y tenía que ir a buscar a Jacob para ayudarle.

Jacob. ¡Jacob! ¡JACOB!

¡Él era lo primero para mí! ¡Y por él moriría, si era preciso!

Me lancé a por esa arpía como un perro rabioso, me daba igual no poder transformarme, sentía tanta rabia, tanto odio por todos estos meses, que saqué fuerzas de no sé dónde.

Hasta mi aro de cuero estaba ansioso.

—¡Nessie! —gritó Helen, con su cuerpo lleno de convulsiones.

Las dos chocamos, aunque yo terminé en el suelo, pues ella era más fuerte, aún así, no me importó. Mis artes marciales me servían para algo, y Teresa y Helen estaban ahí para ayudarme. Empujé su estómago con mis piernas y la separé de mí, lanzándola un poco hacia atrás. Teresa le cogió por detrás y le encarceló con sus brazos.

—¡Suéltame! —gruñó Alina, revolviéndose.

—¡Vamos, iros! —nos exhortó Teresa.

—¡No sin ti! —me negué, levantándome súbitamente.

Podía escuchar los pasos de varios guardias viniendo hacia aquí.

Salté como una leona y agarré la cabeza de Alina con ambas manos.

—¡No! —chilló ella.

Pero no tuve compasión, habían sido demasiados meses, demasiados meses sin Jacob. Sentí el fuego en mi interior, era una llamarada colérica,

sádica, y, aunque no llegó a pasar de la mitad de mi espalda, fue suficiente para llenarme de adrenalina.

Tiré con todas mis fuerzas mientras emitía un grito de rabia desgarrador y desmembré su cabeza con saña, tirándola al suelo. Ésta rodó un par de metros y se paró cuando se topó con la pared. Sus ojos rojos quedaron abiertos, con un gesto sorprendido y horrorizado.

Helen y Teresa se quedaron paralizadas por un instante.

—¡Venga, vamos! —grité.

Tiré de Helen y de Teresa, que soltó el cuerpo de Alina, y obligué a que se despertasen para que echasen a correr conmigo.

Por fin, reaccionaron y salimos volando por la otra puerta del cuarto de las sirvientas, la cual daba al pasillo del pasadizo.

Teresa no perdió tiempo. Enseguida detectó la puerta de piedra y la corrió hacia un lado. La salida quedó abierta. La salida hacia el exterior. La salida hacia mi vida, hacia Jacob.

—¿Qué ha pasado?! —gritó uno de los guardias, desde el cuarto de las sirvientas.

Las tres nos metimos en el pasadizo y Teresa volvió a cerrar la puerta de piedra antes de llevar a Helen a su espalda y de que echáramos a correr por ese estrecho túnel de piedra caliza.

Pudimos escuchar las voces de los guardias en el pasillo sin salida, estaban buscando la entrada al pasadizo.

Apretamos el paso y los dientes y seguimos volando por esa sucesión de túneles húmedos y oscuros que parecían un laberinto.

Algo claro comenzó a verse al final del pasadizo.

—¡La salida! —clamó Helen.

Seguimos corriendo, yo a todo lo que daban mis piernas, Teresa esperando un poco por mí, y el hueco iluminado que daba al bosque se fue haciendo cada vez más grande, ya se podía ver cómo la niebla entraba por él. Hasta que por fin llegamos a esa salida.

Teresa atravesó el hueco con Helen y acto seguido me lancé a hacerlo yo.

Mi cuerpo chocó con la nada y me caí hacia atrás, del impacto.

—¿Qué pasa?! —inquirió Teresa, parándose para mirar.

Me puse de pie inmediatamente.

—¡No! ¡No puedo pasar! —le desvelé, desesperada, tocando la barrera transparente que tenía delante.

—¡Inténtalo de nuevo! —gritó Helen.

—¡No puedo! —sollocé, con impotencia, empujando la barrera con el hombro.

—¡Se han ido por aquí! —oí que hablaban los guardias por los túneles.

—¡Rápido!

No, no podía ser. Esto no podía estar pasando. No ahora que habíamos llegado hasta aquí. Habíamos trabajado tanto durante estos meses, habíamos esperado tanto...

Jacob, mi Jacob, mi amor.

Tenía que curar este corazón como fuera, tenía que llegar a él, tenía que abrazarle, besarle, decirle cuánto le amaba...

Pero volvía a estar atrapada, por más que golpeaba la barrera, no podía hacer nada, era inútil.

Mi pulsera no dejaba de vibrar.

Miré a Helen y a Teresa.

Yo no podía salir de aquí, pero ellas sí, tenían que hacerlo. Razvan no encontraba a Ryam y puede que dentro de poco Helen ya no le resultase necesaria, ella cada vez corría más peligro. Y Teresa tenía que marcharse para encontrarse con su hija. No podían quedarse aquí por mi culpa.

—Marchaos —hablé, con nerviosismo y frustración, pero con determinación.

—¡No, yo no me pienso ir de aquí sin ti! —se opuso Helen, con una mezcolanza de enfado y agonía en su rostro.

No podía perder el tiempo discutiendo con ella, los guardias se acercaban a toda velocidad.

—Id a buscar a mi familia, hablad con Alice, explicádselo todo, ella sabrá qué hacer —les pedí, mirándoles con convicción.

—¡No! —protestó Helen, entre lágrimas.

Teresa me observaba con angustia, no sabía qué hacer.

Saqué la caja de mis faldones a toda prisa y traté de pasarla por la barrera, pero no había forma.

—Mierda —mascullé.

—¡Por aquí! —escuché que gritaban, ya muy cerca.

—Confío en vosotras —afirmé, con determinación.

—¡No, Nessie! —lloró Helen, revolviéndose en la espalda de Teresa para intentar llegar a mí.

—¿A qué estás esperando?! —le grité a Teresa, con enfado—. ¡Vete ya! ¡Corre! —le ordené.

La vampiro me observó una última vez con unas lágrimas que no salían de sus dulces ojos, aunque también dejaron ver el temple y una firmeza que me aseguraba que confiara en ella. Se dio la vuelta con rapidez y echó a correr hacia el bosque, internándose en la niebla mientras Helen chillaba y lloraba, estirando la mano para llegar a mí.

Ese rostro y esa mano reclamándome fue lo último que vi antes de que desaparecieran entre la densa bruma.

Dejé que salieran mis lágrimas y, cuando me di cuenta, ya tenía a todos aquellos vampiros encima.

—¿Dónde creías que ibas, eh? —dijo Keiler, en un tono arrogante, sujetándome del brazo de mala manera.

Cuando me giró, vi a Razvan.

Su semblante mostraba la decepción y la cólera. Se acercó a mí con premura y se quedó a un palmo.

—¡Maldita terca! —gritó, propinándome un bofetón en la cara con el dorso de su mano de hierro.

Mi cara se ladeó, del fuerte golpe, el cual me dolió muchísimo.

—¡¿Qué hacéis ahí parados?! —les increpó a los demás, furioso—. ¡Id tras ellas! ¡Rápido!

—¡No! —grité, llorando.

Los guardias obedecieron sus órdenes sin vacilar y atravesaron la barrera como si nada, desapareciendo en la niebla igual que si fueran rayos.

—¡Tú no saldrás de esa habitación hasta la boda! —aseguró, entre dientes, abalanzando sus manos hacia la caja metálica.

—¡No! ¡No! —chillé, forcejeando con él para que no me la quitara.

Pero era imposible. Terminó arrebatándomela, por mucho que luché, y me estranguló el brazo para hacerme caminar.

—¡No! —lloré, intentando hacer fuerza con las piernas y los pies para resistirme.

Razvan me arrastró unos metros y terminó cogiéndome, harto, para lanzarme sobre su hombro de la misma forma que había hecho Zhanna para llevarme al cuarto de limpieza.

Entonces, él sí que notó el espejo que reposaba bajo mi faldón.

—¿Qué es esto? —quiso saber, enfadado, bajándome.

Me empujó contra la pared y, sin darme tiempo ni a pestañear, metió la mano bajo mi falda y sacó el espejo de mano.

—¡No, dámelo, es mío! —chillé, lanzándome a él para recuperarlo.

Razvan me dio otro manotazo y mi espalda se estampó contra la pared. Me quedé sin aire un par de segundos, por el fuerte choque.

—¡Es ese maldito espejo mágico que tiré en el sótano! —masculló, apretando los dientes con más que rabia. Luego, me miró con certidumbre—. ¡Esa condenada de Teresa pagará por su traición!

—¡No, déjala en paz!

El vampiro observó el espejo con ira durante un instante y después dirigió a mí la misma mirada.

—Lo has estado usando para verle a él, ¿no es cierto? —gruñó.

No le contesté, me limité a levantar la barbilla con un orgullo rabioso.

Razvan rechinó los dientes y volvió a cogerme en volandas para correr por el túnel a la vez que yo gritaba y le pegaba puñetazos en la espalda.

Salimos del pasadizo. Todo a mi alrededor pasó a la velocidad de la luz, tan sólo se veían líneas de color gris, de las paredes, y otras de color rojo anaranjado, de las antorchas con fuego. En menos de un minuto, el furioso vampiro recorrió todos los pasillos y las escaleras que daban a mi celda.

La puerta ya estaba abierta. Entró, se paró y me tiró al suelo, donde caí de espaldas y me hice bastante daño.

—Te quedarás aquí hasta la boda —murmuró, con ira.

Vi horrorizada cómo su mano arrojaba el espejo con saña. El impacto que esa imagen me provocó hizo que viera la escena como si pasara a cámara lenta. El espejo se estampó en la superficie de piedra cruelmente y en una milésima de segundo se redujo a pedazos, que se esparcieron por todas partes. Algunos trozos del cristal llegaron hasta mí y otros se metieron debajo del camastro.

—¡NOOOO! —chillé, llorando.

El labio de Razvan se curvó hacia arriba, satisfecho, y se marchó de la habitación, cerrando la puerta de un portazo.

Me quedé en el suelo, llorando durante un rato, y cogí uno de los cristales. Cual fue mi sorpresa cuando, al observarlo, la imagen de Jacob salió. Me fijé en el resto de trocitos. Todos reflejaban las mismas escenas, sólo que, dependiendo del tamaño, la imagen se cortaba más o menos.

Me sequé las lágrimas con premura y esperanza y busqué el trozo más grande. Me levanté, me senté en la silla y observé a Jacob con ese pedazo de espejo roto.

Estaba en el taller trabajando, con ese mono gris y esa camiseta que ya no era tan blanca debido a la grasa. Estaba tan guapo.

Su rostro llevaba esa amargura, pero aún así, verle me hizo sonreír.

Sí, tenía que ser fuerte. Por él.

No podía perder la esperanza. Teresa y Helen habían conseguido escapar. Nuestro plan no había salido tan mal. Yo seguía encerrada, pero ellas ya estaban fuera. Ellas avisarían a mi familia.

Seguí mirando la película de mi futuro marido y recé para que mis amigas consiguieran huir de allí.

Por favor, Teresa, corre..., pensé, con todas mis fuerzas.

DIEZ MESES Y MEDIO: VERDAD

**(PARÉNTESIS)
ALICE**

UN MES DESPUÉS DEL SECUESTRO: FANTASMAS.

—Venga, Alice, llegaremos tarde —me apremió Bells, que ya estaba cogida de la mano de Edward, preparada para salir por la puerta volando.

—Sí, y hoy es la última representación —se quejó él.

—Un momentito, tengo que coger el bolso —dije, llevando mis pasos hacia las escaleras.

—¿Y dónde lo tienes? —quiso saber Jazz, impaciente.

—En el dormitorio —se me adelantó Ed, suspirando.

No les hice caso, subí los peldaños sin que esos tacones apenas llegasen a tocarlos y enseguida llegué a la habitación. Cogí el bolso de la butaca y salí con rapidez de allí.

Pero entonces, algo me detuvo en mitad del pasillo. Todas las puertas del mismo se cerraron con sonoros portazos, empezando con la del dormitorio del que acababa de salir y siguiendo con el resto de puertas, que se estamparon contra el marco una tras otra, como las fichas de un dominó.

Noté una presencia pasando a mi lado como una exhalación y me quedé más paralizada de lo que ya estaba.

¿Qué había sido eso?

—Alice —escuché que resoplaba Jasper.

—Ya... ya bajo —murmuré, todavía perpleja por lo que había pasado.

Miré a mi alrededor, escudriñando cada palmo del pasillo para ver si volvía a pasar algo. Pero no ocurrió, así que reinicié la marcha de nuevo y descendí las escaleras, aunque esta vez un poco más despacio.

Jasper enseguida se dio cuenta de mi semblante, si bien Edward ya lo vio todo en mi mente.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó este último, con gesto extrañado—. ¿Por qué estás así?

—Todas las puertas del pasillo se cerraron solas con un portazo, ¿no las habéis oído? —le recordé y expliqué para los demás.

—No —negó Jazz, frunciendo el ceño al igual que Edward.

—¿Qué portazos? —inquirió Bella, con el mismo gesto.

—¿No los habéis escuchado? Fueron muy fuertes.

—No, no hemos oído nada —reiteró Bells.

Pestañeeé, perpleja.

—Pues se cerraron solas, Ed, tú puedes verlo.

—No veo nada de eso en tu cabeza —me contradijo, observándome con algo de preocupación—. Lo único que veo es que cogiste el bolso y te paraste en el pasillo.

—¿Y no ves que se cerraron las puertas? —interrogué, sorprendida—. Lo estoy recordando ahora mismo.

—Solamente veo que te paraste en el pasillo —repitió él.

—Qué raro... —murmuré, llevando mi mano a la barbilla, pensativa.

¿Por qué Ed no podía ver eso? El caso es que esta situación me recordaba a algo, pero no sabía a qué. Era algo que Renesmee me había contado, sin embargo, seguía sin recordarlo...

Y las puertas, ¿por qué se habían cerrado de ese modo? ¿Podría ser que hubiera...?

—¿Fantasmas? —cuestionó Edward, con una sonrisita burlona, adelantándose a mis propios pensamientos.

—¿Crees que hay fantasmas en la casa? —se rió Bella.

—No soy tonta, ¿sabéis? No me asusto porque se hayan cerrado unas puertas, es que, además, he notado una presencia —afirmé, bajando mi mano para cruzarme de brazos, indignada por la falta de confianza que me procesaban.

—Si Alice lo dice, es cierto —secundó Jazz.

—Gracias, cielo —le sonreí, y le di un beso en los labios.

—Vamos, no me dirás que porque se hayan cerrado unas puertas, según tú —matizó Ed, con intención—, ya va a haber fantasmas.

—Te repito que noté una presencia, una especie de brisa pasando a mi lado como una exhalación —reiteré, molesta por su actitud.

—Sería una corriente, Alice —le acompañó Bella, sonriendo, aunque en ella no había ninguna burla.

Me mordí el labio al ponerme a pensar.

Jazz se quedó mirándome, esperando mi reacción. Él tenía confianza plena en mí, si yo decía que se caía el cielo, me creería.

Esto era muy, muy raro, sin embargo, tenía que reconocer que parte de razón a Edward no le faltaba. Tal vez hubiera exagerado un poco y sólo hubiese sido una corriente de aire, como había dicho Bells. Y puede que ellos estuviesen distraídos cuando sucedieron los portazos, aunque me seguía extrañando que Ed no pudiese verlos en mi mente.

Edward suspiró, cansado, cuando leyó mis últimos pensamientos.

—Llegaremos tarde —repitió, por enésima vez.

—Sí, será mejor que nos marchemos, Alice —me dijo Jasper, tomando mi mano—. Los demás ya deben de llevar un buen rato esperando en la puerta del teatro.

—Tienes razón —exhalé, asintiendo—. Debemos irnos ahora.

—Llegaremos más rápido a pie —afirmó Edward, ya caminando hacia la puerta junto a Bella.

Nosotros hicimos lo mismo.

—¿Y Renesmee no viene al final? —pregunté.

—No, ha quedado con su novio —contestó Bells—. Creo que van a ir al cine o algo así.

—Ah.

No sé por qué, la imagen de Jacob Black me vino a la cabeza de repente. Qué tontería.

Edward abrió la puerta y los cuatro salimos al exterior. En un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos volando por el bosque.

La mañana siguiente amaneció despejada. Me quedé mirando cómo salía el sol por los Montes Chugach, pensando en lo que había ocurrido esa noche con las puertas, en esa dudosa presencia que había pasado por mi lado, en por qué Edward no había visto nada en mi mente. Hasta que los dedos de Jasper se deslizaron por mi cuello, haciéndome salir de mis pensamientos.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —me preguntó, sentándose en la tumbona de al lado.

—Nada. Sólo estaba viendo amanecer mientras pensaba —le contesté, suspirando.

—¿Y en qué pensabas?

—En lo de los portazos.

—¿Todavía sigues dándole vueltas al asunto?

Su pregunta no fue malintencionada, sino todo lo contrario. Jazz sabía tan bien como yo que eso había sido algo muy extraño, y que yo tenía razón. Había algo sobrenatural en todo esto, aunque aún no sabía lo que era.

—Sí —le confesé, sin dudarle ni un instante—. No fue una corriente, Jazz. Vosotros no los escuchasteis, y Edward tampoco puede verlo en mi mente. Todo esto es muy raro.

—Sí, lo es —asintió, mirando a esas montañas llenas de luces y sombras creadas por el sol.

Entonces, de repente, algo serpenteó delante de mis narices a una velocidad increíble, digna de un vampiro, y se quedó frente a mí.

Podía notarlo, sentirlo, estaba ahí, justo delante. Podía ver cómo la transparencia de esa presencia no era nítida, pues lo que dejaba ver a través de ella se veía algo borroso, y eso hacía que pudiese percibir su silueta perfectamente.

Me quedé muda y quieta, de la estupefacción, y mis ojos se abrieron como platos.

Pero, de pronto, una mano, de distinta procedencia e iguales características, se posó en mi hombro. Me levanté súbitamente, a la defensiva, y las dos presencias desaparecieron con rapidez. Jasper saltó de su tumbona, alertado por mi extraña reacción, con la misma postura y retiró su labio automáticamente.

—¿Qué pasa? —quiso saber, sin cambiar de actitud a la vez que miraba alrededor, vigilante.

Dejé mi postura, pues ya se habían ido, aunque seguí en alerta.

—Algo me ha tocado el hombro —desvelé, con los ojos aún abiertos de par en par.

—¿Cómo? —parpadeó, irguiéndose él también.

—¿No las has visto?

—¿El qué?

—Son dos presencias, Jazz, las he sentido —le revelé, empezando a pasear de aquí para allá sin parar.

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que hay fantasmas en la casa?

Me paré y me quedé frente a él.

—Sí —afirmé, con convicción.

—¿Y qué hacemos? ¿Hay que llamar a un... sacerdote para que nos limpie la casa?

Me resultaba raro ver a Jasper hablando de estas cosas con esa seriedad, pero él me entendía y jamás dudaba de mí. Siempre había sido así.

—No, con eso sólo conseguiremos enfadarles —declaré—. Lo mejor es averiguar qué es lo que quieren.

—Es lo que faltaba —intervino Edward de repente, con una sonrisita que no me gustó nada—. Justo lo que le gusta a Alice, todo ese mundo paranormal. Seguro que tú vas a ser la encargada de averiguar qué es lo que quieren esos dos fantasmas.

Los demás no tardaron en aparecer en el porche, aunque ellos iban vestidos, no como él y Bella, que tenían el bañador puesto para darse un chapuzón en la piscina.

—Por supuesto —sonreí—. Ellos han venido a pedirme ayuda, por eso soy la única que los veo.

—Sigo sin ver nada de eso en tu mente —manifestó, ahora más serio, mientras tomaba de la mano a Bells y se dirigía a la piscina.

—Claro que no, ellos bloquean tu don para que tú no puedas verles.

—Genial, tenemos fantasmas en la casa —sonrió Em—. Esto se pone interesante —y se frotó las manos.

—¿Y son buenos o malos? —quiso saber Renesmee, riéndose.

—Bueno, ya está bien de bromitas, ¿no? —protesté, cruzándome de brazos—. Estoy hablando en serio, y Jazz ha sido testigo.

—Lo he sido —ratificó él.

—Está bien, está bien —asintió Edward, aunque seguía con esa sonrisita que me sacaba de quicio—. Si tú dices que hay fantasmas, será que los hay.

—¡Venga, tírate ya! —exclamó Bella, empujándole hacia el agua.

Mi hermanastro se cayó de espaldas y se hundió en el líquido. Se sentó en el suelo de la piscina y se quedó esperando a su mujer, que no tardó nada en zambullirse junto a él.

Mientras ambos se quedaban en el fondo para hacerse carantoñas, yo agarré a Jasper de la mano y me metí en la casa, enfadada, soltando todo tipo de maleficios mentales para que Ed los escuchara.

Me daba igual lo que pensarán. Aquí había dos presencias, las había sentido, una de ellas me había tocado el hombro.

Y yo iba a investigar qué es lo que querían de mí.

SEIS MESES DESPUÉS DEL SECUESTRO: CHARLIE.

El estridente ruido del teléfono inalámbrico comenzó a sonar en el salón. Me acerqué con presteza y lo descolgué.

—¿Diga?

—Hola, Alice, soy Charlie, ¿está Bella?

—Oh, vaya, lo siento, Charlie, acaba de salir con Ed —le contesté, soplándole a mis uñas para que se el esmalte se seicara más rápido.

—¿Y Nessie? ¿Está por ahí?

—¿Quién? —pregunté, extrañada.

Ese nombre me sonaba de algo, pero ahora no caía.

—Renesmee, quién va a ser.

Pestañeeé, algo confusa. Por alguna razón, empecé a sentirme rara, había algo que intentaba recordar y no venía a mi cabeza, y eso era muy extraño.

De pronto, y sin previo aviso, comencé a tener una visión, y me quedé perpleja por lo que salía en ella. No se veía nada bien, en realidad, todo era confuso, los flashes iban y venían sin control ni orden alguno, y las imágenes apenas se veían, eran muy borrosas, casi inexistentes, y era así porque Jacob Black aparecía en ellas. Sin embargo, no fue eso lo que más me chocó, sino que también salía Renesmee.

Jacob y Renesmee.

¿Cómo podía tener una visión sobre Jacob Black? ¿Y sobre Renesmee? A él no podía verle, y a ella tampoco. ¿Y por qué? ¿Por qué tenía una visión en la que salía él? ¿Por qué salía junto a Renesmee?

El auricular del teléfono fue descendiendo poco a poco a medida que mi mano lo soltaba, y se quedó trabado en mi hombro. Las imágenes que conseguía discernir me dejaron con la boca abierta.

En las imágenes de la visión Jacob Black y Renesmee se abrazaban y se besaban. En todas. Todas las imágenes mostraban lo mismo, sólo que

en diferentes situaciones y ambientes. Ellos eran felices juntos, la felicidad que ellos desbordaban y una energía prodigiosa que emanaban nos contagiaban al resto de nosotros, incluidos Bella y Edward. Y era un amor diferente, había algo en ellos que jamás había visto en cualquier otra pareja, ni siquiera entre vampiros.

Jacob Black y Renesmee iban a ser pareja en un futuro. Pero, ¿cómo? Si hacía siete años que no sabíamos nada de él...

—¿Alice? ¿Sigues ahí?

La voz de Charlie hizo que me despertase y volviera en mí, con la consecuente desaparición de la visión.

Volví a agarrar el auricular con la mano y lo puse en mi oreja. Le escuchaba perfectamente, pero él tenía que oírme a mí.

—Sí, perdona, Charlie —le respondí, todavía un poco perpleja por la visión—. ¿Qué me decías?

—Que si se puede poner... Renesmee —se notó que rectificó el nombre.

—Lo siento, tampoco se encuentra aquí. Ha salido con su novio.

—Ah, ya, ese... novio —murmuró con evidente disgusto.

—¿Era por algo importante?

—¿Eh? —su voz sonó como si le hubiese interrumpido en mitad de algún pensamiento—. Ah, no, no, sólo quería saber qué día exactamente os vais a ir a Denali, para llamar a Bells antes de que os marchéis.

—¿A Denali? —inquirí, sin entender nada.

—Sí, Bella me dijo que os ibais a Denali por Navidad, ¿no es así? —ahora era Charlie el que parecía no comprender.

—¿Bella te dijo eso? —pestañeé, confusa.

Pude escuchar una serie de murmullos malhumorados.

—Así que no es verdad —masculló, con disgusto—. Bueno, mira, dile que si no quiere venir, que no pasa nada, no tiene por qué inventarse excusas. Pero que para la próxima vez, que me diga la verdad, aunque, bueno, ya le llamaré yo más tarde para hablar con ella —bufó.

No entendía por qué Bella se había inventado eso, pero le seguí la corriente a Charlie para no alimentar más los malos ánimos.

—Ya le regañaré yo también —solté.

—Bueno, gracias, Alice. En fin —resopló—, tengo que colgar, estoy en la comisaría y tengo un poco de lío.

—Que tengas un buen día.

—Eso espero —suspiró—. Por cierto, a ver cuándo arregláis ese teléfono, siempre se corta.

—¿Que se corta? —repetí, pestañeando sin parar.

—Sí, en cuanto se pone Nessie, no sé qué pasa, pero siempre se corta —afirmó, otra vez malhumorado—. Ya no sé si es que lo hace adrede o qué. Hace siglos que no hay forma de hablar con ella, y, encima, ahora le ha dado por no querer móviles, es el colmo —resopló de nuevo—. Ya sé que no quiere hablar con Jacob, y que tampoco querrá que yo le suelte algún sermón, cosa que no pienso hacer, pero esto de colgarme el teléfono y de no poder contactar con ella de ninguna manera, me desespera —otro suspiro salió por su boca—. En fin, ahora tengo que dejarte, acaban de darnos un aviso. Ya volveré a llamar. Hasta pronto, Alice.

Tardé un poco en reaccionar ante tanto exceso de rara información de la que yo no tenía conocimiento alguno.

—Hasta pronto —murmuré, confusa.

El teléfono comenzó a emitir los pitidos intermitentes cuando Charlie colgó antes que yo.

Todo era muy extraño, pero había una frase que resaltó sobre las demás y que se unía a mi visión, confiriéndole a ésta un poquito más de significado: “ya sé que no quiere hablar con Jacob”.

¿Qué significaba esto? ¿Es que acaso se conocían? ¿Alguien les había presentado en alguna ocasión? Sin embargo, eso no podía ser. Jacob la odiaba. Ella había sido el motivo por el cual Bella se había transformado, y eso él nunca se lo perdonaría, por eso se marchó y no volvió a acercarse a nosotros jamás. ¿O sí? ¿O se lo había perdonado? ¿Acaso ahora Jacob quería un encuentro con Renesmee para hablar con ella? ¿Sería para saber de Bella? Quizás él quería decirle algo, y si era así, Renesmee parecía estar al corriente.

Entonces eso quería decir que ella y Jacob se iban a conocer, y, según mi visión, iban a terminar enamorándose. ¿Podía ser eso posible? ¿Jacob podría enamorarse de la causante de la transformación de Bella? No obstante, Renesmee parecía negarse a hablar con Jacob.

Me mordí el labio, escudriñándome la cabeza. Por alguna razón, había algo que no me cuadraba en todo esto, algo que no estaba en el sitio en que tenía que estar. ¿Y qué sermón tendría que soltarle Charlie a Renesmee? ¿Quizás por colgarle el teléfono? ¿Pero por qué iba Renesmee a hacer algo así?

Me vi obligada a salir de mis pensamientos enseguida, pues la puerta de casa se abrió y Renesmee entró en el salón.

—Hola, Alice —me saludó.

—Ah, hola, cielo —contesté, tratando de volver en mí y todavía con el teléfono en la mano.

—Voy a mi habitación —me anunció, y comenzó a caminar hacia la puerta que comunicaba nuestra vivienda con la de Ed, Bells y ella—. Se me olvidó la llave de la otra casa, así que entro por aquí.

—Renesmee, espera un momento —le pedí.

Mi sobrina se detuvo y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué pasa?

—Ha llamado Charlie —no pude evitar que me saliese esa voz de regañina—, y me ha dicho que le cuelgas el teléfono cuando te llama.

—No se lo cuelgo, es que hay problemas en la línea —se excusó, de mala gana.

—¿Seguro? ¿No será que no quieres hablar con tu abuelo por algo? —inquirí, con suspicacia.

—¿Y por qué iba a hacer yo algo así? —se rió.

Eso era verdad, y no tenía respuestas para eso.

Renesmee se giró de nuevo para iniciar la marcha, pero yo necesitaba saber otra cosa.

—Espera —le paré otra vez.

—¿Y ahora qué pasa? —suspiró.

—¿Conoces a Jacob Black? —le pregunté, mordiéndome el labio.

—No —me respondió, con sequedad.

Su rápida y segura respuesta hizo que me quedase un par de segundos un tanto paralizada, ya que ni siquiera me había preguntado quién era él.

—Pues Charlie me ha dicho que no quieres hablar con Jacob Black. ¿Es que él te ha llamado alguna vez? —quise saber.

—No —repitió.

De pronto, algo en sus ojos me heló, porque era la primera vez que veía esa mirada en ese ser angelical que era mi sobrina. Era una mirada fría y calculadora. Aún así, seguí con mi interrogatorio.

—¿Y por qué me ha dicho eso, entonces?

—Charlie me ha dicho que ese perro quiere hablar conmigo —la palabra *perro* sonó extraña y demasiado cruel para su boca, y, por alguna razón, esa pronunciación por parte de ella me impactó—, pero yo no quiero hablar con él. Le cuelgo para que no me insista más con ese tema.

—¿Y de qué quiere hablar Jacob Black contigo?

—No lo sé, Charlie no me lo ha dicho, pero no me interesa para nada —resopló, dándole un bandazo a su larga melena con desdén—. Y ahora, si me disculpas, me voy a mi habitación. Tengo cosas que hacer.

—Sí, claro —asentí, aunque no pude evitar que mi semblante dejara entrever mi estado de extrañeza—. Pero la próxima vez que te llame Charlie, no le cuelgues el teléfono, ¿de acuerdo? Es tu abuelo, y también desea mantener una agradable conversación con su nieta de vez en cuando.

—Sí, no te preocupes —sonrió esta vez.

Se dio la vuelta del todo y desapareció por la puerta que comunicaba las dos viviendas.

Exhalé, no muy conforme, y posé el auricular en la toma de la batería, diciéndome a mí misma que todo esto era muy extraño.

Me giré y comencé a andar hacia las escaleras para subir a nuestro dormitorio, ya que Jasper estaba allí, enganchado al ordenador con Em y Carlisle, pero, de repente, un ruido seco hizo que me volviera para mirar, sorprendida.

El teléfono inalámbrico reposaba en el suelo. Fruncí el ceño, extrañada, y me dirigí hacia él para ponerlo en su sitio. Sin embargo, cuando mi mano estaba a punto de recogerlo, el aparato se movió y se alejó de ella un par de metros.

Me quedé estupefacta, inmóvil, mirando el teléfono con atención, con los ojos abiertos como platos.

Durante estos meses había seguido notando esas dos presencias. Pasaban a mi lado algunas veces, muy pocas llegaron a tocarme, incluso las llegué a sentir en las afueras cercanas de la casa, de la que caminábamos hacia el coche para ir a la universidad, pero jamás habían llegado a este nivel de manifestación.

Me incorporé de nuevo, tengo que reconocer que algo asustada, y me acerqué al teléfono para tratar de cogerlo otra vez. Cuando estaba a un palmo de tocarlo, el auricular volvió a alejarse unos metros y se quedó prácticamente debajo del sofá.

Volví a quedarme tiesa, mirando ese teléfono, sin embargo, algo me decía que tenía que ir a por él, así que tragué saliva y me aproximé al sofá para cogerlo. Me puse de rodillas para llegar mejor a él y, por fin, el auricular no se movió.

Pero mi mano palpó algo más que ese aparato, eran dos papeles pequeños y gruesos. Saqué el inalámbrico y los dos papeles, los cuales miré inmediatamente. Eran dos fotografías.

¿Era esto lo que las presencias querían que viese?

Me puse en pie mientras las observaba con atención y extrañeza.

En la primera fotografía salía Renesmee sonriendo con felicidad, ella sola, y al fondo se erigía la Torre Eiffel.

¿Cuándo había estado Renesmee en Paris? ¿Y quién le había sacado esta fotografía? También me fijé en que el autor de la misma no era muy buen fotógrafo, pues ella no estaba centrada en la foto, sino que salía a un lado del cuadro.

Pasé a la segunda fotografía, colocando esa primera detrás.

En esta foto también salía Renesmee, sonriente, estaba en este mismo sofá en forma de U. Como en la anterior fotografía, tampoco salía centrada, pero hubo algo que llamó mi atención especialmente. Sobre sus rodillas se posaba un catálogo de vestidos de novia, se podía ver perfectamente en su portada. Sin embargo, era una fotografía de hace casi un año, puesto que la pequeña estatua de mármol que salía por detrás del sofá ya la había quitado hace bastantes meses, mucho antes de que ella nos anunciara que tenía novio y que se iba a casar.

Me quedé alucinada. ¿Qué era esto? ¿Por qué mi sobrina tenía ese catálogo en aquellas fechas, si ni siquiera conocía a su novio? ¿Y qué me trataban de decir esas dos presencias con estas dos fotografías?

El ruido de la puerta me sobresaltó e hizo que, por alguna razón, me metiese las fotografías en los bolsillos traseros de mi pantalón.

No terminó de cerrarse la hoja del todo, cuando Bella y Edward entraron en casa.

—Hola, Alice —me saludaron los dos.

—Hola —murmuré, aún impactada por todo lo que acababa de suceder.

—¿Qué pasa? —quiso saber Bells, preocupada por este rostro perplejo y aturdido—. ¿Has tenido una visión?

Alcé el rostro para mirarla. Claro que había tenido una visión, pero, ¿debería contársela? Jacob Black había sido su mejor amigo en aquellos tiempos, pero se había marchado, y ahora enterarse de que su hija y él se iban a enamorar no era fácil de asimilar, y encima, Renesmee tenía novio y estaba a punto de casarse, o eso creía ella, porque mi visión era clara, ella y Jacob se iban a enamorar. No sabía si era prudente decir todo esto

ahora. Y más estando Edward delante. Bueno, él todavía no había dicho nada, puede que tampoco quisiese que ella lo supiese, o tal vez él tampoco quería saberlo demasiado. Sin embargo, Ed parecía muy tranquilo y relajado. Eso me extrañó.

—No, no —disimulé, sonriendo como pude—. ¿Qué hacéis aquí? ¿No estabais de caza? —pregunté, para cambiar de tema.

—Estábamos —se quejó él, con retintín.

—Sí, pero vengo a cambiarme de ropa —me explicó ella, dándole un codazo a su marido—. Estos pantalones no son nada cómodos para cazar.

—Te lo dije —le recordé.

—Y yo también —se incluyó Ed.

—Sí, ya, soy una cabezota, lo sé —rió, dirigiéndose a la misma puerta por la que había salido su hija hace treinta segundos—. En fin, vengo enseguida.

—Ah, Bells, ha llamado Charlie —le revelé.

Mi cuñada se paró y se giró hacia mí para mirarme.

—¿Y qué quería? ¿Te lo ha dicho?

—Quería saber cuándo nos íbamos a Denali —mi tono salió con un poco de reproche censorador—. ¿Por qué le has dicho que íbamos a Denali en Navidad?

Bella y Ed fruncieron el ceño sin comprender.

—Yo no le he dicho eso —afirmó, extrañada.

Yo también bajé las cejas del mismo modo.

—Pues tu padre estaba bastante enfadado, y me ha dicho que si no quieres ir, que no pasa nada, pero que le digas la verdad.

—Pero si él me dijo que se iba de viaje con Sue —chistó—. Por eso no vamos a Forks este año.

Otra vez me extrañé, pero antes de que me diera tiempo a hablar, el teléfono inalámbrico sonó en mi mano.

El número del móvil de Charlie aparecía en la pantalla.

—Es Charlie —le revelé, pasándole el teléfono.

Bells lo cogió y tocó el botón para descolgar.

—Hola, papá, dime.

Ed se dirigió a la mesa del sofá y se puso a ojear una revista.

—Hola, hija, ¿cómo va todo por ahí? —escuché que decía él.

—Bien, me pillas en casa de milagro, porque tengo que salir de nuevo.

—¿Para qué existen los móviles? —resopló él.

—Ya, bueno, se me olvidó en casa —mintió ella, pues si no lo llevaba encima, era porque salía de caza y no le apetecía llevarlo.

—Bueno, eso da igual, quería hablar contigo —declaró Charlie, otra vez malhumorado.

—Está bien, suéltalo —suspiró Bella.

—¿No me habías dicho que os ibais a Denali para Navidad?

Y entonces, Bella hizo algo muy raro que me dejó perpleja.

—Sí, nos marchamos a Denali la semana que viene —aseguró, con una voz tan extremadamente segura y sobria, que no parecía ella.

¿Pero por qué decía eso ahora? Acababa de decirme que Charlie se iba a marchar de viaje con Sue. ¿Qué estaba pasando?

Me fijé en su rostro y me quedé pasmada. Su semblante casi no mostraba emoción alguna, parecía que estuviese hipnotizada. Después, dirigí mi mirada a Edward. Él no tenía esa expresión, sin embargo, leía la revista como si nada, como si no estuviese viendo ni escuchando nada extraño.

—Pues Alice me dijo que eso no era así —alegó Charlie.

—Claro que no, ella no te dijo eso, papá. Seguro que tú lo interpretaste mal.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Bueno, puede ser —murmuró él, finalmente—. Tal vez me precipitara en mis conclusiones —declaró. Luego, suspiró—. En fin, también quería hablarte de otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Es Jacob, me tiene muy preocupado.

¿Jacob Black otra vez? Edward ni se movió, seguía ojeando la publicación tranquilamente.

—No te escucho muy bien, papá —afirmó Bella, con ese rostro frío—. Tenemos problemas en la línea y se corta.

Pero si la línea estaba perfectamente, ¿por qué le mentía?

—Sí, siempre se corta en el momento más oportuno —replicó Charlie, enfadado—. A ver si lo arregláis de una vez, porque siempre que quiero hablar de Jacob, el teléfono...

—No te oigo... —y Bella colgó.

Entonces, su rostro volvió a ser el de siempre.

Tuve que emplearme a fondo para recuperar la compostura.

—¿Por qué le has colgado? —quise saber, extrañadísima.

—¿Cómo? —preguntó ella, sin entender.

Ed dejó la revista en la mesita para mirarme con un rostro similar al de su esposa.

Volví a sentir a las dos presencias, las cuales se colocaron a ambos lados para observar la misma estampa que yo. Esto ya me sobrepasaba. O me estaba volviendo loca, o aquí estaban pasando cosas muy raras.

—Le has dicho que teníamos problemas en la línea y le has colgado —le recordé, intentando ignorar a los dos fantasmas que me acompañaban.

—¿Qué dices, Alice? —rebatí Edward, mirándome como si yo estuviese sorda—. Charlie ha colgado cuando terminaron de hablar.

—¿Cuándo terminaron de hablar? —murmuré.

—Sí, después de que Charlie le ratificara que se iba de viaje con Sue —dijo, pronunciando las palabras con ese cansancio que da a entender que había sido muy evidente que Charlie las hubiese pronunciado.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo se va de viaje? —repetió Bella, con un poco de sorna—. Por eso no podemos ir a Forks este año.

No me lo podía creer. ¿Qué estaba pasando aquí? Desde luego, yo no había escuchado nada de eso.

—¿Te vas a cambiar o no? —le azuzó Edward.

—Sí, voy —contestó Bella, dándose la vuelta otra vez hacia la puerta.

Me quedé mirando cómo se iba a la otra casa, con cara de tonta, junto a esos dos fantasmas que me acompañaban, mientras que Edward cogía la revista para ojearla de nuevo. Fue entonces cuando me percaté de otra cosa. Mi hermano no parecía escuchar mis pensamientos, era como si ahora mismo estuviera oyendo otra cabeza diferente.

Estaba claro que no podía contar con él, ni con nadie, solamente podría contar con Jasper, sólo él me creía. También me di cuenta de algo más. Yo era la única que podía sentir a las dos presencias, y ellas me estaban haciendo señales, me estaban intentando decir algo. Y estaba relacionado con mi familia, algo les estaba pasando.

Yo era la encargada de averiguarlo.

DIEZ MESES Y MEDIO DESPUÉS DEL SECUESTRO: VERDAD.

Los meses pasan rápido, y las averiguaciones demasiado despacio.

Durante los cuatro meses y medio siguientes, estuve visitando continuamente la biblioteca pública con Jasper, intentando saber más sobre presencias, casos paranormales y sesiones de espiritismo. También visité a algunos médiums, aunque esto de poco me sirvió, pues la mayoría solamente eran charlatanes que se aprovechaban de la gente. Si quería saber qué me intentaban decir esos espíritus, tenía que comunicarme con ellos, hablar con ellos.

Como me temía, Jasper fue el único que me creyó. No es que los demás no lo hicieran, pero no al nivel que lo hacía Jazz, él se comprometía totalmente con mi causa sin pedirme más explicaciones, confiaba ciegamente en mí y eso me alentaba. Edward insistía en que él no veía nada de mis contactos con esas dos presencias en mis recuerdos, y yo sabía que era así. Los fantasmas no debían de querer que él interviniese, y tampoco el resto de mi familia, pues sólo se me manifestaban a mí, así que lo respeté y no les mencioné más el tema. Además, no quería seguir escuchando las bromitas de Emmett, necesitaba plena concentración.

Pensé en llamar a Louis para pedirle ayuda, sin embargo, él era científico, y era evidente que no creía en fantasmas ni espíritus, así me lo corroboró Carlisle cuando le pregunté. A quien sí llamé fue a Tanya y a su aquelarre, pero saltaba el contestador, que me decía que se encontraban de viaje. Cuando por fin conseguí ponerme en contacto con ellos a través de sus teléfonos móviles, me dijeron que estaban haciendo un largo viaje de placer por Europa. Se les veía bastante ocupados, así que decidí no molestarles más, me pareció que estropearles un tour por un extraño y difícil de creer tema de fantasmas no era lo más correcto. Así que seguí mis averiguaciones yo sola, acompañada por Jasper.

Pero llegó un día en que la verdad se presentó ante mí por medio de unos acontecimientos que llegaron con precipitación.

Ese día Jasper y yo habíamos quedado.

Me miré en el espejo un par de veces, eso era suficiente para ver que esos pantalones vaqueros me quedaban perfectos con esos tacones. Había acertado al comprármelos y eso me hizo sonreír con satisfacción.

El teléfono sonó abajo. Em y Rose se habían ido de caza con Ed y Bells, y Carlisle y Esme estaban dando un paseo por la ciudad. Los únicos que estaban abajo eran Jazz, que me estaba esperando para unirnos a estos últimos más tarde, y Renesmee.

—Jazz, coge el teléfono —le pedí, con un cuchicheo malhumorado.

—Ya lo ha hecho Renesmee —escuché que me comunicaba desde nuestra habitación.

Pero el teléfono seguía sonando.

Fruncí el ceño, molesta. Seguro que Jasper me estaba tomando el pelo. Resoplé, no tenía ganas de jugar, así que salí de ese cuarto y bajé al salón con rapidez para cogerlo yo.

Mis pies se pararon en seco cuando llegué a la mesa donde estaba el teléfono.

Renesmee estaba hablando por el auricular, manteniendo una animada conversación con alguien que parecía ser Charlie, sin embargo, el estridente sonido del teléfono seguía sonando.

—Renesmee, ¿qué haces? —le pregunté, extrañada.

Mi sobrina giró el rostro hacia mí y me sonrió.

—Estoy hablando con Charlie —dijo, tapando el auricular de abajo con la mano; luego, lo destapó y siguió esa conversación extraña.

Pero el teléfono seguía sonando.

De repente, su mano se borró por un brevísimo instante y después volvió a aparecer, sólo que ya no sostenía el auricular, sino que éste estaba reposando en su sitio, esperando a que alguien lo descolgara.

Me quedé paralizada.

Renesmee seguía hablando por un teléfono que no sostenía.

¿Qué era lo que había pasado? ¿Qué era lo que estaba pasando?

Mis pies iniciaron la marcha hacia ella con rapidez.

—Renesmee, ¿qué...?

De repente, una de las presencias pasó ante mí y me metió algo en el bolsillo de la chaqueta, haciendo que me parase en medio de la estancia.

El teléfono dejó de sonar y mi sobrina fingió que colgaba. Se alejó del aparato y se sentó en el sofá para leer una revista.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué unas fotografías. Eran las mismas que me habían dejado aquella vez bajó el sofá. Y, de pronto, mis ojos se abrieron como platos cuando las volví a mirar.

Otra imagen empezó a dibujarse en la fotografía de París, una silueta que aparecía poco a poco, junto a Renesmee. Y mis pupilas se dejaron ver más, sorprendidísimas, cuando la imagen apareció del todo.

Era Jacob Black, y estaba sentado junto a Renesmee. Su brazo descansaba en el hombro de mi sobrina y ella estaba arrimada a él. Ambos sonreían de felicidad, sus ojos brillaban y el amor se palpaba incluso en la fotografía.

Miré las fotografías con ansiedad. Pasé la de Paris y observé la otra. Jacob también aparecía junto a Renesmee en el sofá de esta casa y sus manos se entrelazaban. Mis atónitos ojos se fueron hacia algo en lo que no me había fijado. La pulsera de Renesmee. Era una pulsera de compromiso.

De pronto, aquella visión volvió a pasar por mi cabeza, repitiéndome las mismas escenas. Jacob Black y Renesmee estaban juntos, se besaban, se amaban, estaban locamente enamorados. Pero, entonces, algo más se añadió a mi visión y me dejó más estupefacta todavía. Era Renesmee, de niña, y Jacob Black estaba con ella, jugando. Cientos y cientos de imágenes pasaban a toda velocidad por mi cabeza, tanta, que tuve que llevarme la mano a la frente para no marearme. Jacob la cuidaba, la protegía, jugaba con ella, y estaba en nuestra casa de Forks... Otras escenas empezaron a salir. Era el claro, los Vulturis estaban allí, Renesmee era una niña y estaba sobre el lomo de Jacob. Yo llegaba con Jasper y alguien más... Las escenas se sucedían y se sucedían. En otra volvían a salir los Vulturis, Renesmee había sido secuestrada, y Jacob se volvía más fuerte y poderoso para reclamarla...

Entonces, salí de mi visión súbitamente y alcé el rostro con clarividencia. Lo que había visto no había sido una visión del futuro, sino imágenes que ya estaban grabadas en mi cabeza. Lo que había visto habían sido mis recuerdos, y éstos habían regresado a mi cabeza de nuevo. Jacob siempre había estado en nuestras vidas. Jacob y Nessie estaban imprimados, los dos.

Ahora lo recordaba todo. Todo. Incluso cómo Nessie nos decía en Forks que ya no amaba a Jacob. Qué raras sonaron aquellas palabras. Porque ellos se iban a casar, se amaban con locura, y algo nos hizo creer que eso era cierto, algo nos hipnotizó de tal modo, que nos obligó olvidar todos nuestros recuerdos. Pero Nessie jamás hubiera dicho eso, algo tuvo que hablar por ella. Y no me hizo falta pensar mucho, mi instinto para lo espiritual y mágico hizo el resto. Eso sólo podía ser una cosa: un hechizo.

Miré a mi alrededor con nerviosismo. Había fotografías por todas partes, y en aquellas en las que salía Nessie estaba Jacob, por supuesto. Pero ese hechizo nos había hecho no verle a él, haciendo que solamente saliera Nessie, como había pasado con las fotos que mi mano aún sostenía.

Nessie, ahora ese nombre no me planteaba ninguna duda. Jacob se lo había puesto cuando era un bebé. Jacob, pobre Jacob. ¿Dónde estaría ahora?

La miré a ella, sólo que, en esta ocasión, mis ojos ya no eran engañados, y mi cerebro tampoco. Me di cuenta enseguida de una cosa. Jacob y Nessie estaban separados, pero yo no tenía jaquecas, y Nessie estaba aquí. El hechizo había hecho que yo no recordase este detalle antes.

Estaba claro como el agua, esa no era Nessie. En cuanto me percaté de esto, la ilusión que aparecía sentada en el sofá desapareció.

Habíamos estado viviendo en una ilusión todo este tiempo, creyendo ver algo que no existía, incluso puede que mis visiones sobre nosotros también se viesan afectadas. No me hizo falta hacer muchos cálculos mentales. Diez meses y medio, Nessie llevaba desaparecida diez meses y medio.

—¡Jasper! —le llamé, con una voz nerviosa, mientras ya me dirigía hacia la puerta para ir en busca del resto.

Nessie no estaba en casa. La habían secuestrado delante de nuestras narices y nosotros no nos habíamos dado cuenta.

Jasper no tardó nada en bajar.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado.

—Te lo explicaré por el camino, acompáñame —le rogué, amarrando su mano.

De repente, alguien apareció en el salón, venían de las habitaciones de arriba.

—¿Qué hacéis aquí? —quise saber, alucinada.

—¿Puedes... puedes vernos? —inquirió Louis, parecía sorprendido.

—¿Con quién hablas? —me preguntó Jasper, bajando las cejas con extrañeza.

—¿No los ves? —pestañee—. Son Louis y Monique.

—No.

—No nos puede ver —me aclaró Monique—. Ninguno de vosotros puede vernos, tú eras la única que notaba nuestra presencia.

—Claro, todo es efecto del hechizo —caí, frunciendo los labios.

—¿Qué hechizo? —interrogó mi pobrecito Jasper, que no se enteraba de nada.

—Ya te lo explicaré, cielo, pero ahora no puedo —le calmé—. Tenemos que darnos prisa.

—¿Darnos prisa para qué?

—¿Desde cuándo lleváis aquí? —les pregunté a Louis y Monique.

Jazz frunció el ceño de nuevo, aunque esta vez con un poco de enfado, por no explicarle ya qué estaba pasando.

—Eso pienso yo —le respondió a la falsa e inexistente Nessie.

Él seguía viéndola y escuchándola, pero ahora, yo no podía, ya que el hechizo había desaparecido en mí. Intenté no prestar atención a Jasper y a su conversación en solitario y me centré en lo importante.

—Desde que Tanya nos avisó, al mes de que Renesmee fuera secuestrada —dijo Louis—. Su aquelarre vino hasta aquí cuando se enteró de que la boda entre Nessie y Jacob se había suspendido, pero vosotros no les veáis, al igual que con nosotros, no les escuchabais, ni siquiera les olíais. Eso extrañó a Eleazar, que enseguida se dio cuenta de lo que pasaba y nos llamó para que acompañásemos a Kate y Garrett.

—¿Kate y Garrett también están aquí? —inquirí, sorprendida—. Pero si el aquelarre de Denali está de viaje por Europa.

—El hechizo te ha hecho creer que hablabas con ellos, pero nosotros somos testigos de que no ha sido así —me aclaró Monique—. El hechizo te ha hecho escuchar eso. Tanya, Eleazar y Carmen se marcharon para buscar a un tal Ezequiel. Según Eleazar, era el único que podía ayudarlos.

Cada vez entendía más cosas.

—Ezequiel... —murmuré, pensativa—. No me suena.

—¿Estáis hablando de Ezequiel? —intervino Jazz.

—¿Sabes quién es? —le pregunté.

—He oído hablar de él en alguna ocasión. Era uno de los magos de los Vulturis.

—¿Uno de los magos? —repetí, sorprendida.

—Los Vulturis tenían tres magos que utilizaban la magia negra: Ezequiel, Nikoláy y Ruslán —empezó a explicarme—. Puede que ahora suene muy extraño, pero en aquella época había muchas supersticiones y se creía mucho en esas cosas. Los Vulturis no eran una excepción. Desconozco lo que ocurrió, pero al parecer, los magos se rebelaron contra Aro y le traicionaron. Nikoláy y Ruslán consiguieron escapar, pero se dice que Ezequiel terminó muerto por la guardia, aunque son muchos los que creen que aún sigue vivo, porque jamás se encontraron sus cenizas.

—Pues no debe de estar muerto, porque Eleazar salió en su busca —continuó Louis—. Y si él lo ha hecho es porque sabe que sigue vivo.

—No, es cierto, Renesmee —le rebatió Jasper a mi sobrina.

La falsa Nessie estaría tratando de convencerle de que eso no era así, por supuesto. Seguí sin hacer caso por el momento, no teníamos tiempo que perder.

—¿Y por qué estáis vosotros aquí? —inquirí, mientras Jasper seguía su discusión con esa inexistente Nessie.

—Kate y Garrett se quedaron por aquí, para avisar al resto si había algún cambio en vosotros —declaró Louis—. Pero al poco se dieron cuenta de que teníais más vigilancia, así que nos llamaron a nosotros para que hiciéramos su trabajo mientras ellos investigaban de quién se trataba. Alguien os vigila desde el bosque, aunque todavía no sabemos de quién se trata. Kate y Garrett están ahí para que no se acerque a la casa. Nosotros hemos estado intentando hacerte señales para que te dieras cuenta de lo que pasaba, pues eras la única que no parecía tan hechizada. Al principio no eras muy receptiva, pero a medida que pasaba el tiempo, lo eras más, se ve que el hechizo iba perdiendo fuerza en ti poco a poco.

—Sin embargo, seguimos preocupados —irrumpió Monique—. Han pasado más de diez meses y Eleazar no ha conseguido dar con Ezequiel. Además, estos días su móvil está apagado o fuera de cobertura.

—Será mejor que nos demos prisa —afirmé, tirando de Jasper para iniciar la marcha hacia la puerta—. Tengo que contárselo al resto. No sé cómo haré, pero tengo que abrirles los ojos de alguna manera.

—Es complicado, pero nosotros te ayudaremos en lo que podamos —dijo Louis, acompañándome junto con Monique con premura.

Abrí la puerta y los ojos casi se me salen del sitio.

Helen estaba en el umbral, a punto de tocar al timbre, y no venía sola, una mujer vampiro la acompañaba, iba ataviada con un vestido sucio y largo, antiguo, y sus ojos mostraban una evidente sed, aunque parecía estar controlándose.

—¡Alice! —lloró Helen, tirándose a mis brazos.

No terminé de pestañear, abrumada y sobrepasada por toda esta situación, cuando más gente apareció delante de mí.

Eran Eleazar, Carmen y Tanya, acompañados por otro vampiro de aspecto extraño. Ezequiel.

(FIN DEL PARÉNTESIS)

ONCE MESES Y TRES SEMANAS: RESCATE

—Ahí tienes tu comida —masculló Alina, tirándome la bandeja en el camastro de malos modos.

Siempre me había odiado, pero desde que le había arrancado la cabeza, me odiaba mucho más, claro.

La comida se desparramó por la bandeja y el agua se desbordó del vaso, empapando hasta el pan.

Se marchó, pegando un portazo, y cerró con llave.

Me levanté de la silla y saqué el trocito de espejo de debajo del colchón con rapidez.

No tardó nada en mostrarme la imagen que mi corazón deseaba ver con todas sus fuerzas. Jacob estaba en el bosque, en esa roca de siempre, sentado bajo aquel enorme abeto, con la cabeza apoyada en su ancho tronco, mirando al infinito con sus preciosos ojos, tristes y perdidos.

Mi corazón siempre sufría los mismos embustes cuando le veía de este modo, y en estos meses siempre había sido así.

Había pasado un mes y tres semanas desde que Helen y Teresa habían conseguido escapar, y me había aferrado a eso para sobrevivir a este infierno. Pero no había aparecido nadie por aquí, y ahora no me quedaba más que una semana, una sola semana, siete días para que el corazón se oscureciera del todo, para que Jake...

Cerré los ojos, apretando los párpados, y la mano que no sostenía el trozo de cristal se transformó en un puño rabioso. No, no podía ni pensarlo, hacía demasiado daño, era demasiado desgarrador.

No aguantaba más, solamente quedaba una semana para que se cumpliera ese año. Comencé a dar paseos por la pequeña habitación, histórica, parecía una leona enjaulada, hasta mi aro de cuero parecía

nervioso, hoy estaba especialmente excitado. No podía seguir esperando por Helen y Teresa. Tenía que salir de aquí, como fuera. Tenía que curar ese corazón, llegar hasta Jacob y salvarle.

Y, además, le necesitaba conmigo, esto era insoportable, los pinchazos jamás se iban de mi estómago, necesitaba abrazarle, besarle, olerle, tocar su rostro, sus manos, decirle cuánto le amaba, que jamás le había dejado, que casarme con él era lo que más ansiaba del mundo. Le necesitaba, le necesitaba...

Observé esa ventana por enésima vez. ¿Qué pasaría si me tiraba desde allí? Últimamente no dejaba de hacerme esa pregunta. ¿Sería capaz de sobrevivir? Tal vez si aterrizaba en algún árbol... No, estaban demasiado lejos. Yo era un semivampiro, era más dura que una humana completa, puede que no me matase en el aterrizaje, sin embargo, lo más seguro es que me rompiera algo, y después a ver cómo escapaba.

No sabía qué hacer. Me senté en la silla, dejando el trozo de espejo en mi regazo, y doblé mi cuerpo hacia delante para que mis manos se metieran por mi pelo con desesperación.

Lo único que se me ocurría hacer era echar a correr y luchar con todo aquel que se me pusiera por delante, pero eso era una muerte segura, y tenía que llegar a Jacob, tenía que llegar a él.

La puerta se abrió de pronto a la vez que mi pulsera se ponía en alerta, eso hizo que yo hiciera lo mismo y me guardara el trozo de cristal dentro de la manga afrancesada de mi vestido, mi piel era fuerte, no me cortaría.

—Hora de ir al inodoro —me anunció Natasha, mirándome con ese desprecio que ponía siempre cuando se trataba de necesidades humanas.

No tenía ni pizca de ganas de ir, sin embargo, las dos visitas al inodoro eran las únicas veces que salía de mi celda, así que no la desaproveché. Ahora Razvan me tenía encerrada a todas horas.

Me levanté de la silla y comencé a seguirla. Bajamos las escaleras y pasamos por los pasillos lúgubres de siempre, hasta que por fin llegamos a ese cuarto pequeño donde estaba el viejo y oxidado inodoro. Entré y cerré la puerta.

Me disponía a tirar de la cadena, cuando mi pulsera comenzó a vibrar y escuché una discusión que llamó mi atención, así que esperé para que Natasha pensara que no había terminado.

Eran Razvan, Nikoláy y Ruslán, aunque también había otro vampiro, y parecían muy disgustados con algo. Pegué la oreja a la puerta con

mucho sigilo para que Natasha no me oyera y agucé el oído todo lo que pude.

—¿Cuándo ha sucedido eso?! —preguntó Razvan, con un evidente tono de sorpresa y furia a la vez.

—Todo ocurrió durante la noche, señor —habló el otro vampiro—. Yo he conseguido escapar y he venido para contárselo en persona.

¿Qué habría pasado? ¿De qué estarían hablando? Mi oreja ya no podía estar más pegada a la puerta.

—¡Ve a avisar al resto de la guardia! —le ordenó, nerviosamente—. ¡Que estén atentos a cualquier movimiento del bosque! ¡Y que estén preparados para luchar!

—Sí, señor —acató el vampiro.

Acto seguido escuché sus precipitadas pisadas saliendo de la estancia.

—¡Te dijimos que era muy extraño que los Cullen no salieran en la semiesfera, Razvan! —voceó Nikoláy, enfadado.

Mi corazón quiso latir con fuerza, pero conseguí controlarlo para que no sospechasen nada.

¡Mi familia, mi familia!

—¡Mis hombres estaban allí, es imposible! —se defendió él, con otra voz.

—¡Pues ya ves todo lo que han hecho! —siguió Ruslán, nervioso—. ¡Los Cullen han terminado con ellos! ¡Y lo peor de todo es que no podemos verles! ¡Puede que ya estén viniendo hacia aquí!

Tuve que sujetarme el corazón de nuevo, porque ahora latía con esperanzas renovadas.

—¡Te lo advertimos y no nos hiciste caso! —bufó Nikoláy de nuevo—. ¡Te avisamos de que tenías que enviar más hombres a Anchorage, te dijimos que no te fiaras!

—Ezequiel tiene que estar involucrado en esto —masculló Ruslán, con odio evidente—. No se conformó con traicionarnos, ahora lo que quiere es vengarse.

—Te doy toda la razón, hermano —afirmó Nikoláy, hablando con esa voz de ultratumba cabreada—. Solamente él tendría el suficiente poder para quitarles el primer hechizo y protegerles para que no les veamos en la semiesfera.

—Todavía está el resto de hechizos —declaró Razvan—. Esos no puede contrarrestarlos.

¿El resto de hechizos?

Y entonces, de repente, empezaron a escucharse un montón de voces y gritos, golpes estremecedores e impactos ensordecedores que hicieron que me despegase de la puerta, del susto. También pude percibir cómo Natasha se pegaba a la misma, seguramente asustada.

—¿Qué es eso?! —exigió saber Ruslán.

—¡Ya están aquí, señor...! —chilló el vampiro de antes, a lo lejos.

Un alarido desgarrador siguió a su frase, hasta que se ahogó.

—¡No puede ser! —exclamó Razvan—. ¡Es imposible que hayan llegado tan pronto!

—¡No hay tiempo! ¡Tenemos que irnos de aquí! —apremió Nikoláy—. ¡Coge a la mujer única y al corazón, tenemos que escondernos hasta que se cierre el ciclo del hechizo del Gran Lobo!

¡NO! ¡EL CORAZÓN!

Pero otra voz se escuchó, y ésta estaba más cerca.

—¡Renesmee! —me llamó—. ¡¿Dónde está mi hija?! —y acto seguido se oyeron más alaridos y golpes secos y fuertes.

Ahora mi corazón sí que latió con fuerza cuando escuché los gritos coléricos de mi madre. También distinguí a la perfección el agresivo rugido de mi padre.

—¡Mamá! ¡Papá! —chillé, abriendo la puerta.

—¡Renesmee! —me escuchó ella, desde donde estaba.

Natasha se giró hacia mí, en posición de ataque, en cuanto la hoja se abrió.

—¿A dónde te crees que vas?! —me siseó, enseñándome la dentadura.

Ella también había escuchado la conversación entre Razvan, Nikoláy y Ruslán, por supuesto.

No podía perder el tiempo con ella, tenía que llegar a ese corazón antes que Razvan. Ese corazón ahora era mi vida.

Me agazapé y también le mostré mis dientes. Como en aquella ocasión cuando le arranqué la cabeza a Alina, la adrenalina comenzó a fluir por mis venas, y era rabiosa, estaba llena de odio. Odio por lo que le habían hecho a Jacob, odio por lo que le habían hecho a mi familia, odio por lo que le habían hecho a Teresa, a Helen, odio por lo que me habían hecho a mí, odio por separarme de Jacob, por obligarme a perder casi un año de mi vida sin él, por forzarme a decir aquellas crueles y falsas palabras, por hacer sufrir a Jacob durante tanto tiempo...

Me abalancé hacia Natasha sin pensármelo dos veces, lo único que tenía en la cabeza era aquel odio que inundaba mi cerebro de miles de posibilidades sádicas para terminar con ella. Ahora tocaba luchar, mi propia familia lo estaba haciendo para sacarme de allí.

Choqué contra su cuerpo de mármol y ambas caímos en el suelo. Ni siquiera me dolió, tenía demasiada cólera encima como para enterarme de nada más. Jacob, él era lo único para mí, y juraba por mi vida que ya nada me detendría, nada haría que yo no llegara hasta él.

—¡Renesmee! —gritaba mi madre, entre todo aquel lío de voces y golpes.

Natasha seguía siendo más fuerte que yo, así que me propinó una patada desde el suelo que me lanzó hacia la pared, mi espalda se estampó y el paramento tembló.

—¡Renesmee! —rugió mi padre, con ira, a unos cuantos pasillos, mientras se escuchaba cómo aniquilaba a otro vampiro.

Me quedé sin respiración un par de segundos, del fuerte impacto, y me mareé ligeramente, cosa que la vampiro no tardó en aprovechar. Se puso en pie y se lanzó hacia mí para levantarme del suelo pétreo, quería llevarme junto a Razvan.

Pero en cuanto su mano tocó a mi brazo, mi pulsera soltó una potente descarga eléctrica que la lanzó de espaldas entre sus altísimos gritos de dolor. El estrépito que su columna vertebral produjo al estrellarse contra la pared fue impresionante, y el golpe fue tan fuerte, que el cerramiento se rompió y su cuerpo lo atravesó, mezclándose con las grandes piedras que lo formaban. Natasha cayó de espaldas en la estancia de al lado y quedó semienterrada entre los bloques pétreos, inmóvil.

Mis padres aparecieron en la esquina del pasillo y me vieron enseguida, aunque antes le echaron un vistazo sorprendido a Natasha.

—¡Renesmee! —gritó mamá, llegando hasta mí en una décima de segundo junto a mi padre.

—¡Mamá! ¡Papá! —lloré, incorporándome para abrazarles.

—¿Estás bien?! —quiso saber ella, separándose de mí para acariciarme la cara frenéticamente y cerciorarse de que así era.

—Sí —asentí.

—Tenemos que irnos, ya vienen hacia aquí —apremió mi padre, nerviosamente, pues no había tiempo para lloros, saludos, ni nada.

Me levanté a la vez que mi madre ya tiraba de mi mano para echar a correr por el pasillo.

Los restos ligeros de un humo púrpura empezaron una caminata lenta y tediosa por el techo, invadiéndolo todo poco a poco.

Me quedé boquiabierta cuando vi lo que estaba sucediendo. Toda mi familia estaba allí, incluida la de Denali. Todos estaban inmersos en una feroz batalla con la guardia de Razvan, dispersos por los diferentes pasillos. Jasper le arrancaba la cabeza a uno de ellos con una habilidad increíble, Alice mareaba y engañaba a su oponente, adelantándose a todos sus movimientos, Esme ya no era mi dulce abuela, ahora era una fiera rabiosa, Emmett sonreía con satisfacción cuando le aplastaba la cabeza a su rival contra el suelo, Rosalie era impresionante incluso luchando, Carlisle esquivaba los puñetazos con una maestría asombrosa, Kate electrocutaba a todo aquel que osaba a rozarla, Garrett peleaba con una inteligencia increíble, Tanya saltaba como una tigresa sobre su víctima, Eleazar sabía todos los trucos de un guardia y Carmen ya estaba prendiéndole fuego a su contrincante muerto con una de las antorchas que colgaban de la pared.

Me calmé un poco al ver lo bien que se desenvolvían todos, parecían estar ganando a la guardia de Razvan.

Comenzamos a atravesar aquel campo de batalla lleno de cadáveres incendiados, con rapidez, esquivando las diferentes luchas, y mis padres se metieron por otro pasillo que iba en dirección contraria a mi objetivo.

—¡Esperad, tengo que coger el corazón! —les paré, tirando de mi madre para que cambiara de rumbo.

—¡Sí, el corazón, estamos buscándolo! ¡¿Dónde está?! —inquirió mamá, siguiéndome.

Al parecer, ya sabían de qué hablaba.

—Helen y Teresa nos lo han contado todo —me aclaró papá, al leer mis pensamientos.

Eso significaba que habían conseguido llegar a casa de mi familia y que estaban a salvo, lo cual me tranquilizó muchísimo. Ellas estaban bien.

Sin embargo, este no era el momento de explicaciones.

Les conduje por el pasillo que llevaba al salón, a toda velocidad, pero cuando giramos la esquina, nos topamos de frente con cuatro guardias que se plantaron delante para cortarnos el paso.

¡No! Estábamos justo ahí, podía escuchar los rítmicos y pausados latidos del corazón de Jacob a dos zancadas. Éstos me llamaban, me imploraban que fuera a buscar a ese corazón ya.

Mis padres se adelantaron automáticamente para protegerme. En un abrir y cerrar de ojos, comenzó una batalla en la que unos se lanzaron hacia los otros sin cuartel.

Mi padre se arrojó hacia dos de los guardias, rugiendo con la furia propia de un patriarca que defiende a su familia hasta la muerte. Su ataque era grácil y sutil como el de un leopardo, pero contundente y fuerte como el de un tigre, implacable. Ver así a mi progenitor me impresionó, jamás le había visto en una situación como esta, ya sabía que era muy buen luchador, pero nunca me hubiera imaginado esa fuerza y destreza que mostraba.

Su golpe fue eficaz, y uno de los dos guardias cayó al suelo entre gritos de dolor ensordecedores, llevándose la mano a su pierna destrozada, aunque el otro solamente perdió la mano y pudo seguir luchando.

Mi madre no se quedó atrás tampoco. Primero chocó con su oponente y ambos salieron despedidos hacia atrás, de sus propios embustes, si bien cayeron de pie y pudieron comenzar a fintar. Mi padre estaba atento a todas las jugadas, escaneando cada uno de los cerebros que le rodeaban, preparado por si tenía que actuar para defender a mi madre o a mí.

El vampiro que quedaba se abalanzó hacia mí con rapidez.

—¡No toques a mi hija! —chilló mi madre, haciendo el amago de tirarse a él furiosamente para interponerse.

—¡No te preocupes, la pulsera le protege! —le paró papá, a la vez que esquivaba uno de los puñetazos de su rival.

Mamá se paró en seco, pero papá se adelantó al pensamiento del oponente de ésta, el cual iba a aprovechar esa distracción, y saltó de su posición para interponerse. Mientras yo ya tenía encima al guardia que se había arrojado hacia mí, él recibió un puñetazo en el estómago, del atacante de mi madre, que le lanzó de espaldas y le tiró al suelo.

—¡Edward! ¡Nessie! —chilló mamá, horrorizada, sin saber a quién de los dos mirar.

Mi agresor no llegó a tocarme. Al igual que con Natasha, mi pulsera soltó una fuerte descarga eléctrica que le envió prácticamente al infierno, incrustándole en el paramento de piedra. El vampiro quedó encajado en el mismo, estaba ennegrecido, medio muerto, prácticamente quemado del todo.

Mis padres y los tres guardias que quedaban no fueron los únicos que se quedaron perplejos ante el poder de mi pulsera, yo misma lo estaba. Esta era la primera vez que la pulsera hacía algo así. Siempre me había

protegido, pero jamás había atacado. Sin embargo, enseguida supe a qué se debía esto. Mi aro de cuero estaba desesperado, solamente quedaban siete días para ese horrible plazo, y estaba sacando las fuerzas de dónde podía. Pero había algo más que no escapó a mi memoria y a mi aguda intuición. También quedaba muy poco para que la profecía se cumpliera, para que todo el poder del Gran Lobo saliera completamente, eso afectaba a la pulsera. Ella también adquiriría más poder, y esto era una muestra de ello. Cada día que pasaba, cada hora que se acercaba al día del cumplimiento de la profecía, mi aro de cuero era más poderoso, y Jacob también.

La profecía iba a cumplirse, Jacob y yo íbamos a casarnos, y NADIE iba a poder impedírmelo.

—¡Ve a por el corazón! —gritó mi padre, a la vez que se levantaba y se abalanzaba a por uno de los guardias.

—¡Corre! —le siguió mamá—. ¡Nosotros estaremos bien!

No lo dudé ni un momento. Corrí a toda velocidad y eché a volar entre ellos, saltando por encima de sus cabezas. Casi me parecía que lo hacía a cámara lenta. Los traspasé a todos y llegué a la puerta del salón en dos amplios pasos.

Cuando entré, mis ojos se abrieron como platos.

Razvan sostenía la caja metálica entre sus manos, sonriendo con esa malicia que me daba asco. Sabía que yo iría allí a buscarla, me estaba esperando.

También me fijé en que la semiesfera dorada y el libro de la profecía no estaban en su sitio.

—¿Creías que te ibas a llevar esto tan fácilmente? —cuestionó.

No lo hacía en voz alta, pero mi pulsera rugía con cólera incontrolada. Estaba ansiosa y llena de ira.

—¡Si no quieres morir, dame esa caja ahora! —le advertí.

Su risa arrogante y llena de autosuficiencia me ofendió tanto, que apreté las muelas con odio.

—Tú vendrás conmigo, y yo les perdonaré la vida a tus padres.

—¡No, Renesmee! —voceó mi padre desde el pasillo cuando vio mis intenciones.

Pero no le hice caso, el sentimiento de odio y de venganza era demasiado fuerte, no lo podía controlar.

Noté el fuego candente en mi espalda, aunque se quedó a medias y no pude transformarme. Me daba exactamente igual. Me arrojé a él como

una leona salvaje, prorrumpiendo un rugido estremecedor que salió de lo más profundo de mis entrañas, y salté para derribarle.

Me estampé contra su barrera transparente y salí despedida hacia atrás, cayéndome en el suelo de espaldas.

—Tu pulsera no es la única que puede hacer barreras individuales —afirmó.

Su boca se torció en otra sonrisa altiva y mi odio aumentó. No pensaba rendirme, jamás. Jacob era lo más importante para mí, e iba a conseguir ese corazón como fuera.

Mi precioso aro de cuero vibró intermitentemente para darme un mensaje que descifré a la perfección.

Sí, además contaba con la ayuda de mi pulsera.

Me puse en pie y me quedé frente a él, mirándole fijamente a los ojos, esos horribles ojos rojos llenos de maldad que tanto miedo me daban en mis pesadillas.

—¡Tú! —gritó mi madre cuando entró en el salón junto a mi padre, a mis espaldas—. ¡Tú eres quien secuestró a mi hija! ¡¿Cómo te atreves?!

Mamá estaba a punto de abalanzarse hacia Razvan, cuando mi padre le detuvo interponiéndole su brazo.

—Espera, Bella —habló mi padre, con una voz calmada aunque extremadamente amenazadora. Hasta yo podía sentir el odio que desprendían los ojos de mi progenitor cuando se clavaban en los de Razvan—. Este maldito va a recibir su merecido ahora.

—No podéis atacarme mientras esté en mi barrera —afirmó, mostrando esa sonrisa asquerosa—. Ni siquiera tú puedes ver mi mente.

—No seremos ninguno de nosotros tres quienes te ataquemos —aseguró mi padre, que ya estaba al tanto de todo al ver mis pensamientos—. De momento.

La expresión de Razvan cambió al instante, y la mía también, porque ahora era yo la que sonreía con malicia y desdén.

Mi aro de cuero rojizo se cansó de esperar y no le dio más conato de fuga. Antes de que a su pie le diera tiempo a retrasarse para llevarle hacia atrás, alcé la mano con rapidez y toqué su barrera con mi palma. Mi pulsera latió con contundencia mientras su propia energía la rodeaba en forma de electricidad azul y soltó una descarga potentísima a través de mi mano que hizo que la burbuja de Razvan se rompiera en miles de pedazos como si fuese un simple cristal.

El vampiro salió despedido de espaldas, estampándose contra los anticuados butacones, que amortiguaron algo su caída, aunque éstos también chocaron contra la chimenea apagada, junto a él.

Razvan se quedó paralizado por un momento, aún en el suelo, observando sus ropas quemadas. Su barrera había impedido que la descarga eléctrica le hiciese más daño, aunque su burbuja había sido eliminada.

Mis ojos se movieron hacia otra dirección y corrí hacia allí, aprovechando el shock de Razvan. La caja metálica estaba en el suelo y se había abierto. El corazón ensangrentado y casi oscurecido del todo yacía en la superficie, junto a ella. Lo cogí con ambas manos, metiéndolo en la caja rápidamente, y me lo llevé conmigo, poniéndome junto a mis padres con presteza.

Ahora nadie me quitaría este corazón. Jamás.

Aunque sabía que ni mucho menos Razvan había terminado.

—¡Cuidado! —nos avisó mi padre.

El vampiro se levantó, iracundo, y sacó algo del bolsillo de sus pantalones negros. Eran más polvos mágicos.

—¡No! —gritó papá.

—¡Demasiado tarde! —masculló el mago, apretando los dientes.

Antes de que a mis padres les diese tiempo a cogerme para darse la vuelta y salir de allí, Razvan nos lanzó ese polvillo, enviándolo hacia nosotros con rabia.

—¡Nooo! —chilló mamá.

Pero mi pulsera de cuero vibró con furia y desvió los polvos como si les hubiese dado un manotazo, deshaciéndolos igual que si fueran un simple humo. No llegó a ninguno de nosotros ni una sola molécula.

—¡Es increíble! —exclamó mi padre, alucinado.

Ahora mi aro de cuero tenía el suficiente poder para hacer eso.

—¡Nooo! —gritó Razvan, con una furia frustrada, saltando hacia mí como un perro rabioso.

Mi padre se interpuso en su camino y los dos chocaron en el aire, enzarzándose en una pelea que continuó cuando aterrizaron de pie en el suelo.

—¡Edward! —voceó mi madre, preocupada, mientras se ponía delante de mí y llevaba sus brazos hacia atrás para protegerme.

Sin embargo, Razvan ya no tenía barrera, y papá podía leer cada uno de los movimientos que el mago iba pensando, esquivándolos y bloqueándolos con una facilidad pasmosa.

Razvan terminó separándose de mi padre, pegando un salto hacia atrás, y se quedó en posición defensiva, observándole.

—Eso no te lo recomiendo —le advirtió mi progenitor, levantando su labio con suficiencia—. Soy bastante bueno parando ese tipo de ataques.

De pronto, Emmett apareció por la puerta, detrás de nosotras.

—Lo de ahí fuera está hecho. ¿Necesitas ayuda? —se ofreció, con una expresión de odio que pedía a gritos que la respuesta fuese positiva.

—Dos son mejor que uno —le respondió papá.

No había terminado la frase, y mi tío ya se estaba poniendo a su lado.

Mi aro de cuero seguía rodeándose de esa electricidad furiosa, él también estaba ansioso por terminar lo que había empezado, si bien a mí no me hacía ni cosquillas.

Los ojos de Razvan no hacían más que estudiar la situación mientras finta con los dos fuertes contrincantes que tenía delante. Uno representaba la fuerza bruta, el otro la estrategia y la destreza. Sin embargo, sus pupilas escarlata se iban continuamente hacia mi pulsera, se notaba que ésta era lo que más miedo le daba.

De repente, Razvan se dio la vuelta y atravesó la puerta que daba al comedor sin ni siquiera abrirla, sino que se la llevó por delante.

—¡Mierda, se escapa! —gritó Emmett.

Mi padre ya le estaba persiguiendo.

Mamá era demasiado baja para llevarme, así que Em me subió a su ancha espalda y echaron a correr para hacer lo mismo.

La velocidad era increíble, aunque no me resultaba tan emocionante como en el lomo de Jacob. Puede que fuera por la altura y la forma de viajar, sentir el vertiginoso viento por todo tu cuerpo sin ningún obstáculo, como si volaras libre, influía bastante, y eso solamente lo sentía subida en el lomo de mi lobo.

Salimos al comedor y acto seguido comenzamos a internarnos en los pasillos, los cuales estaban llenos de ese humo púrpura que ahora era espeso y se metía hasta por los ojos. En un latido de corazón, nos vimos rodeados y seguidos por el resto de mi familia, que volaban a nuestro lado con cara de suma concentración, sin quitarle ojo al vampiro que perseguían.

Mi padre iba en cabeza, seguido de Emmett, cuyos dientes podía escuchar desde mi posición al apretarse unos contra otros. Seguramente el salvar y vengar a Jacob le afectaba más que a los demás, igualado a mi madre. Rose no tardó en ponerse a su lado, me echó una rápida mirada para comprobar que estaba bien, otra a la caja para cerciorarse de que la llevaba conmigo y volvió la vista al frente.

Los pasillos pasaban a toda velocidad, tan sólo eran líneas que iban rectas y de repente se doblaban hacia un lado y después giraban hacia el otro, parecía un laberinto. El humo púrpura nos acompañaba en nuestro camino, lo seguíamos como si fuera el cauce de un río.

Razvan huía delante de mi padre y le sacaba bastantes metros. Era rápido.

Hasta que salió al exterior por una puerta que ya estaba abierta, junto con la humareda, que parecía ir a morir allí. Entonces nos topamos con algo que no nos esperábamos.

El mago atravesó esa fila con facilidad y nosotros nos paramos en seco, tanto, que me estampé contra la cabeza de Emmett, aunque él no pareció ni notarlo. Me dejó en el suelo y me quedé detrás de él.

La fila consistía en los tres secuaces de Razvan, que se encontraban intercalados con varios de sus gigantes, siete enormes seres sin expresión alguna en el rostro, con esa piel grisácea y esos ojos completamente blancos. Todos ellos tenían un corte de pelo muy apurado, al igual que los soldados de un ejército.

—Razvan está huyendo —declaró mi padre, apretando los dientes con rabia.

—Tendremos que enfrentarnos a ellos para poder pasar, y aún así, cuando lo hagamos, Razvan ya estará muy lejos de aquí —manifestó Jasper.

—No habrá luchas innecesarias —habló Carlisle—. Lo único que nos interesa ahora es sacar a Nessie de aquí, el tiempo apremia.

—Tenéis muy mala suerte —intervino Elger—, eso será imposible. La chica se quedará con nosotros.

—Eso ya lo veremos —afirmó Emmett, haciendo estallar sus nudillos.

Mi familia al completo se agazapó y nuestros contrincantes hicieron lo mismo, incluidos los grandísimos gigantes, que obedecieron a un simple gesto de Axel.

De pronto, todo fue una locura, unos abalanzándose contra los otros, borrones de diferentes colores entremezclándose, hasta que se pararon en el centro del choque y salieron disparados como fuegos artificiales.

Mis dedos aferraron la caja metálica con fuerza. Mi respiración no podía estar más nerviosa y mi pulsera vibraba con insistencia, erigiendo su burbuja protectora a mi alrededor inmediatamente. Yo también quería luchar, pero tenía miedo de que mi inferioridad supusiera más una carga que una ayuda. Además, no podía soltar el corazón. No sabía qué hacer.

Emmett se fue directo hacia Elger, el impacto de los dos titanes fue tan fuerte, que el estallido retumbó en los árboles de ese bosque en el que nos encontrábamos.

Sin embargo, la tierra no tembló debido a eso. Los gigantes también se habían arrojado hacia diferentes miembros de mi familia.

Kate no tuvo problema, en cuanto uno de ellos la tocó, salió despedido hacia atrás, electrocutado, aunque el gigante se levantó al instante, totalmente recuperado.

—¿Qué es esto?! —siseó ella, con los ojos como platos.

—¡Se... se regeneran! —me acordé.

—¡No puedo verles la mente! —reveló mi padre, algo aturdido por eso, mientras luchaba con uno de ellos.

—¡Cuidado! —gritó Garrett, abalanzándose hacia otro gigante, que venía para agarrarme a mí.

—¡No, yo estoy protegida! —voceé.

Pero no me hizo caso. Garrett consiguió interponerse, pero a costa de que ese enorme ser le machacase contra un árbol.

—¡Garrett! —chilló Kate, tocando a todos los gigantes que encontraba a su paso para apartarlos.

—¡No! —volví a exclamar, en voz alta.

Agarró al que aplastaba a su novio contra el tronco y éste salió despedido de lado con su cuerpo lleno de convulsiones debido a la corriente que seguía traspasándole. Me acerqué a ellos con premura y me arrodillé a su lado para ver el estado de mi tío.

—Estoy bien —tosió él, mientras Kate dejaba caer las rodillas junto a él—. Sólo ha sido un pequeño golpe...

Mi tía respiró, más aliviada, aunque yo observé otra cosa.

—Garrett, tu mano... —murmuré.

Intentó esconder la muñeca, pero la mano yacía junto a mis rodillas.

—Idiota —le regañó ella, si bien seguía notándose ese alivio—, ¿es que ibas a esconderla todo el tiempo? ¿Te crees que yo no iba a darme cuenta? —y cogió la mano, enfadada.

—Ten cuidado, luego tiene que volver a su sitio —dijo él, intentando bromear para quitarle hierro al asunto.

—Siempre tienes que hacerte el hombre —siguió riñéndole ella, tirando de su mano buena para ayudarle a levantarlo.

—Eso es difícil cuando tu pareja femenina es más fuerte que tú —rebató él, con una sonrisa, dándole un beso en los labios.

—Bueno, déjate de caramelos ahora —bufó Kate, aunque intentando recomponerse—. Tenemos otros asuntos que atender.

Y los dos volvieron a la batalla en medio segundo.

Giré el rostro con precipitación para mirar la estampa que tenía frente a mí. Daba igual todo lo que mi familia lograra hacer, daba lo mismo cuántos miembros les arrancasen, incluidas cabezas, los gigantes se regeneraban con rapidez y volvían a revivir una y otra vez para atacar de nuevo con furia.

Carlisle también se dio cuenta de esto.

—¡Es imposible! ¡Debemos huir de aquí! —exclamó.

—¡La chica y el corazón se quedan con nosotros! —gruñó Duncan, arrojándose hacia mí.

—¡No! —gritó mamá, que en ese momento estaba luchando con otro gigante, hábilmente, por cierto.

Jasper le arrancó la cabeza al gigante con el que estaba peleando y aprovechó ese momento para tirarse a Duncan como un torpedo ultrasónico.

Salieron despedidos hacia atrás, del choque, pero cayeron de pie, así que ambos se quedaron en posición de ataque y comenzaron a fintar.

La espalda de Emmett se estampó contra el tronco de uno de los árboles cuando Elger le propinó un puñetazo en el estómago. El crujido de la madera rompiéndose restalló y las astillas salieron volando en todas direcciones.

—¡Emmett! —gruñó Rose, furiosa.

Le propinó una fuerte patada al gigante con el que se medía para quitárselo de encima un momento. Momento suficiente para que ella embistiera contra Elger, furiosa, y saltara sobre su espalda como una leona.

El enorme vampiro de pelo albino se zarandó para quitársela de encima, pero Rose era muy persistente, grapó su dentadura en su clavícula y Elger estalló en un grito ahogado que no fue menos estremecedor.

—¡Muy bien, cariño! —aclamó Emmett, con una sonrisa orgullosa, despegándose del tronco—. ¡Sujétale bien!

—¡Te arrepentirás de esto! —rugió el vampiro gigante, llevando su enorme mano hacia atrás para agarrarla por el pelo.

Sin embargo, su mano no llegó a tocarla, sino que su brazo salió despedido varios metros. Em había llegado a tiempo.

Esta vez el vampiro albino sí chilló con ganas, llevándose la otra mano a su muñón de piedra, y Rose se bajó de su espalda para colocarse junto a Emmett.

—¡Maldita sea, Elger! —gruñó Duncan, entre dientes, mientras fintaba con Jasper.

—¡Se acabó el juego! —bufó Axel, que estaba haciendo lo mismo con mi padre.

—¡No! ¡Tenemos que marcharnos de aquí, rápido! —nos advirtió mi progenitor, hablando con rapidez.

—¡Masacrarlos a todos! —les ordenó el vampiro de media melena lisa y negra a los gigantes.

Éstos no dudaron ni un instante. Con una rapidez extraordinaria nos rodearon a todos, junto con el herido y más que resentido Elger, Duncan y Axel, y se lanzaron a por nosotros con saña.

—¡No! —gritó mamá, que no podía utilizar su escudo protector contra eso.

Sin embargo, mi pulsera latió una sola vez y una energía eléctrica se repartió a nuestro alrededor instantáneamente, envolviéndonos a todos con una burbuja protectora ante los atónitos ojos de mi familia, que no podían verla, como yo, pero que también podían sentir su calidez y su magia. Mi aro de cuero me había estado protegiendo a mí todo el tiempo, pero ante este peligro tan claro, ahora había añadido a cada miembro de mi familia.

Los gigantes y los propios Elger, Axel y Duncan chocaron contra la barrera eléctrica, disparándose hacia atrás, y se quedaron tendidos en el suelo, aturdidos por la descarga.

Me di cuenta de que cuando la pulsera erigía una barrera, no azotaba esas descargas eléctricas tan fuertes como cuando no la erigía. Eso era debido a que la barrera era protección, no era ataque.

—Es increíble —murmuró Eleazar, maravillado.

—El poder del Gran Lobo —sonrió mi madre, orgullosa.

—Vámonos, no hay tiempo que perder —nos apremió Carlisle, echando a correr.

Emmett me tomó del brazo y me subió a su espalda a una velocidad vertiginosa, y, con la misma, empezamos a atravesar el bosque seguidos por el resto de mi familia, dentro de esa burbuja grande que nos protegía.

Sí, por fin era libre como una mariposa, ¡libre!

¡JACOB, MI AMOR, ESPÉRAME, YA VOY!

PLAZO: UNA SEMANA

Sentí un gran alivio cuando el avión aterrizó en Vancouver. Bueno, alivio, ansiedad y nervios, muchos nervios. Después de coger varios aviones seguidos y con prisas, por fin llegábamos a nuestro destino.

Mi tía Alice me había conseguido ropa en Bulgaria, en una de las ciudades por las que pasamos a toda prisa para despistar, ya que la gente me miraba con extrañeza. Entramos las dos rapidísimo en una tienda, mientras el resto de mi familia se quedaba fuera para vigilar, y cogió lo primero que pilló, pues temíamos que los ayudantes de Razvan nos estuvieran pisando los talones. Me cambié de ropa allí mismo, en el probador, y Alice pagó la cuenta ante la atónita mirada de la dependienta, que vio cómo mi horripilante vestido era tirado a la basura por mí.

No sé ni qué ciudad era. Cogimos el primer avión que pudimos y a partir de ahí todo fue hacer escala de un sitio a otro, buscando vuelos disponibles, hasta que por fin llegamos a Vancouver.

Todavía no habíamos hablado de nada, no habíamos tenido tiempo, lo único que sabía es que Teresa y Helen estaban a salvo, en una suite que mi familia había alquilado en un hotel de lujo de la ciudad, con Louis, Monique y Ezequiel. Eleazar les llamó cuando corríamos por los pasillos de uno de los aeropuertos por los que pasamos, para decirles que todo había salido bien.

No solté aquella caja metálica en ningún momento. Mis dedos la aferraban como si fuera un tesoro. Para mí lo era.

El destino de nuestro viaje no fue elegido al azar; necesitábamos irnos a una ciudad transitada, llena de gente, lo más alejada posible y que nada tuviera que ver con ninguno de nosotros. Por eso mi familia planeó quedar en Vancouver con Louis y el resto. Todo lo habían planificado a la perfección.

Yo había insistido en ir directamente a La Push, necesitaba ver a Jacob ya, pero mi familia me persuadió diciéndome que primero tenían que contarme toda la situación, cosa que ya me alarmó bastante.

Cuando el avión aterrizó y el pasaje pudo bajarse del mismo, salimos a toda prisa y alquilamos varios taxis para dirigirnos al hotel. Del avión a la parada de taxis nos llevó muy poco tiempo, puesto que no llevábamos equipaje y ya fuimos directamente hacia allí.

El hotel quedaba en el centro de la ciudad, aunque el trayecto se me hizo más bien corto, estaba deseando ver a Teresa y a Helen.

Ni siquiera paramos en recepción, ya que la llave estaba en la habitación. Unos subieron por las escaleras y otros cogimos el ascensor para llegar a la última planta del edificio. Una vez que llegó, salimos con rapidez y caminamos por el pasillo para llegar a la puerta que estaba al final del mismo. Parecía una estrella de rock o un político, rodeada de tantos guardaespaldas. Papá picó con una compleja contraseña y Monique nos abrió.

Casi no me dio tiempo ni de pasar. En cuanto la puerta se cerró, la entrada de la suite se llenó de abrazos. Por fin mi familia y yo pudimos descargar toda la tensión y la emoción de nuestro reencuentro, y dimos rienda suelta a las muestras de cariño. También con Helen y Teresa, que se abalanzaron hacia mí para apretarme en un efusivo abrazo.

Teresa ya no llevaba esas dos trenzas enroscadas en la cabeza, sino que ahora su largo cabello se ataba con una cola baja, y tampoco llevaba ese horrible vestido de sirvienta anticuada, ahora vestía unos modernos pantalones vaqueros y una blusa blanca que le sentaba realmente bien y que le rejuvenecía, aunque ella no necesitaba eso, por supuesto. Casi me parecía raro verla así, tan moderna.

—Estaba muy preocupada por vosotras —les confesé a Helen y Teresa—. Llegué a creer que tal vez no hubieseis conseguido escapar.

—Nos costó lo nuestro, pero al final lo conseguimos —declaró Helen—. Llegamos a un aeropuerto y nos colamos en un avión, en el almacén del equipaje —miró a Teresa y se rió—. Si no llega a ser por ella, no lo hubiésemos conseguido.

—¿Y tú? ¿Conseguiste reprimir tu sed? —le pregunté a Teresa.

—Eso ha sido lo peor de todo —confesó, cerrando los ojos al recordar el mal trago.

—Pero lo lograste, eso ya es un gran paso —le ensalzó Helen, frotando su brazo con ánimos.

Teresa sonrió.

—¿Y qué pasó después? —interrogué.

—Terminamos en Roma —suspiró Helen—, pero al menos ya estábamos a salvo de la guardia de Razvan, aunque sabíamos que éste, Nikoláy y Ruslán nos podían ver a través de la semiesfera. Nos colamos en el primer avión que iba a Estados Unidos, que aterrizó en Nueva York, y de allí fuimos a La Push.

—¿A la Push? —mi corazón pegó un brinco.

—Sí, al principio pensamos que era mejor ir a buscar a Jacob, ya que él es el Gran Lobo, pero cuando llegamos, vimos que la zona estaba muy, muy vigilada. Así que terminamos yendo a Anchorage. No fue nada fácil llegar, Teresa tenía mucha sed, tuvimos que pararnos más de una vez para que ella la saciara con animales, nos perdimos un par de veces, y cuando por fin llegamos, nos encontramos con Kate y Garrett, que nos mostraron un camino seguro por el cual pasar mientras ellos controlaban a los vampiros de la guardia de Razvan que vigilaban a tu familia. Fue una odisea, pero finalmente llegamos.

—Dices que la zona está muy vigilada, pero los lobos tienen que oler a esos vampiros —manifesté, con inquietud.

—Están... contagiados por Jacob —intervino mi padre, hablándome con una cautela que me preocupaba más—. Desconocemos en qué consiste exactamente, sin embargo, es obvio que los lobos no saben que los están vigilando, ni siquiera Jacob, puesto que esos vampiros están allí, Helen y Teresa los han visto.

—¿Pudisteis hablar con alguien de la manada? ¿Pudisteis ver a Jacob? —les pregunté, expectante.

Los ojos de Helen se fueron hacia mi padre, tristes, y mi corazón pasó a latir con miedo y angustia.

—¿Qué pasa? —quise saber, nerviosa, cambiando la mirada hacia mi progenitor.

—Es mejor que nos sentemos —me aconsejó, haciéndome un gesto con la mano para que me dirigiera con ellos al enorme salón que seguía a ese vestíbulo de estilo moderno—. Tenemos muchas cosas de las que hablar y poco tiempo. Primero tengo que presentarte a Ezequiel —y señaló a alguien que estaba a mis espaldas.

Ezequiel, ese nombre hizo que me girara rápidamente para ver por fin de quién se trataba, ya que Nikoláy y Ruslán lo habían mencionado un par de veces y, al parecer, era bastante peligroso para ellos.

Lo primero que me sorprendió fueron sus ojos. Eran dorados, señal de que no tomaba sangre humana. Su pelo blanco y largo no llegaba a los hombros, lo llevaba bastante desaliñado y revuelto, aunque se veía limpio. Su frente era amplia y se abría a ambos lados, confiriéndole a su rostro una peculiar forma de corazón. Vestía una camisola bastante ancha de lino azul marino y unos pantalones de igual estilo y tonalidad.

Lo segundo que me sorprendió fue que iba acompañado de una chica cuyos grandes iris eran de color fucsia. Su tez morena, sus rasgos latinos y su pelo liso, largo y negro, el cual iba amarrado en una coleta alta, enseguida hicieron que mi cabeza se girara hacia Teresa, que se colocó a su lado en una fracción de segundo. Su enorme sonrisa y asentimiento ratificó mis deducciones. Era Mercedes, su hija. Se habían reencontrado...

—Me alegro mucho de conocerte al fin, Renesmee —habló Ezequiel, antes de que a mí me diera tiempo a abrir la boca para dirigirme a Teresa.

Me extrañó un poco que se dirigiera a mí haciéndome una especie de reverencia.

—Lo mismo digo —asentí.

—Y esta es...

—Mercedes —me adelanté a mi padre, mirando a la misma.

—Mi madre me ha hablado mucho de ti —me dijo ella, con ese acento mexicano que era idéntico al de su progenitora, sonriéndome.

—Y a mí de ti —le correspondí la sonrisa, aunque en esos momentos no estaba para sonreír mucho, pues los nervios y la ansiedad de ir a por Jacob me radiaban por todos sitios—. Me alegro mucho de que al fin os hayáis reencontrado.

Las dos se miraron, sonrientes, y se dieron un abrazo y un beso.

Parecía que Mercedes se había tomado muy bien que su madre fuese un vampiro, no parecía nada sorprendida ni incómoda con ese hecho.

—Todo ha sido gracias a Ezequiel —afirmó Teresa—. Él ha estado cuidándole todo este tiempo.

—¿Cuidándole? —pregunté, mirándole a él.

—Ezequiel fue el que ayudó a Mercedes a escapar de Ion el día que éste la contagió —me reveló Teresa, que no se despegaba de su hija ni un segundo y agarraba su mano con fuerza.

—Y también has ayudado a Ryam —añadí yo misma, intercalando una mirada cómplice con Helen, la cual desplegó una amplia sonrisa.

—Ryam apareció en mis sueños —me reveló Ezequiel—. Lo único que tuve que hacer fue dejar que él me encontrara.

Fruncí el ceño con extrañeza, pues los vampiros ni siquiera duermen.

—Ezequiel entra en un estado de trance gracias a la meditación —me explicó Alice, que adivinó mi pregunta solamente con mi gesto—. En ese estado es capaz de ver el presente de las personas que influyen en algún aspecto de su vida.

Eso me recordaba a mi espejo. Saqué el trocito que quedaba, del bolsillo de mi chaqueta, y lo observé. Solamente salía niebla, Jacob estaba de patrulla, así que volví a guardarlo.

—Vi cómo Ryam hablaba con Teresa en el castillo de Razvan —siguió Ezequiel—. Desde el momento en que él aceptó ayudarla para buscar a Mercedes, ya influyó en mi vida, puesto que Mercedes está bajo mi tutela y supervisión. Bueno, estaba —y miró a Teresa, haciéndole un gesto con la cabeza en señal de disculpa.

Ahora entendía la actitud de Mercedes. Había estado viviendo con Ezequiel durante estos últimos años, de ahí que estuviera acostumbrada a la presencia de vampiros, al menos, de uno.

—Nunca podré agradecerte lo mucho que has hecho por nosotras —murmuró Teresa, emocionada.

Mercedes apretó su mano y le besó en la mejilla.

—No agradezcas mis actos, hice lo que debía hacer —afirmó Ezequiel, con voz solemne.

—Ryam estuvo en Anchorage, vino un día después, con Mercedes —me contó Helen, ilusionada.

—Entonces, ¿por fin le has visto? —le pregunté, contenta por ella.

Lo que podía, porque los nervios y la ansiedad me superaban.

—Sí —respondió, con otra sonrisa enorme—. Ahora sé que se encuentra bien y estoy mucho más tranquila.

No pude evitar sentir un poco de envidia sana, porque yo, en cambio, todavía estaba aquí, sin Jacob.

—Los dos estaban ansiosos por sus reencuentros, uno por su encuentro con Helen y la otra por su encuentro con su madre —intervino Eleazar. Las mejillas de mi amiga se ruborizaron ligeramente—. Sin embargo, Tanya, Carmen y yo avisamos de que la zona estaba vigilada por varios componentes de la guardia de Razvan, así que acordamos que los chicos fueran al día siguiente, para que Ezequiel actuara primero y pusiera una barrera que protegiera la casa de las vistas de esos vampiros.

La barrera proyectaba una especie de espejismo, haciendo que éstos vieran otras cosas. Preferimos que Ryam y Mercedes viniesen un día después, para asegurarnos primero de que todo salía bien. Kate y Garrett se encargaron de ir a recogerlos a su llegada para que accedieran a la casa por el camino correcto.

—¿Y por qué no ha venido hasta aquí? —inquirí, por curiosidad.

—Ryam es un joven muy inquieto y audaz —me contestó Ezequiel—. Nos dijo que tenía que seguir otra pista muy importante.

—Pero ahora, si no está contigo, Nikoláy, Razvan y Ruslán podrán ver dónde está con su semiesfera dorada —manifesté, preocupada.

Di por hecho que él ya sabía todo lo referente a la semiesfera, porque seguramente Teresa y Helen les habrían puesto al corriente a todos de cada uno de los detalles del castillo para planear bien el rescate.

—No temas —me calmó él—, está al amparo de una de mis piedras.

—¿Al amparo de qué? —repetí, perpleja.

—Son unas piedras mágicas, mira —dijo Emmett, sacándose una del bolsillo de su pantalón para mostrármela—. Todos llevamos una. Bueno, todos, no, las distribuimos por grupos. Mola, ¿eh?

La pequeña piedra en cuestión era elíptica y plana, era de color azul celeste y estaba llena de manchitas negras de diferentes tamaños. La superficie era tan pulida, que brillaba como si llevase barniz.

—Ezequiel las dota de poder —continuó mi madre—. Con ellas ningún mago puede vernos, y son tan poderosas, que en un grupo, con que la lleve uno, vale.

—Ni siquiera yo puedo veros —confirmó Ezequiel.

—¿Vosotros también las llevasteis al castillo? —inquirí, sorprendida.

Aunque no sé de qué me sorprendía tanto, visto lo visto.

—Sí —respondió Alice—. Ezequiel nos dio unas cuantas el mismo día que llegó.

Por eso Nikoláy y Ruslán habían dicho que hacía tiempo que no veían a mi familia en la semiesfera. Por eso tampoco podían ver a Ryam.

—¿Por qué nos ayudas tanto? —le pregunté—. Sé que conoces a Nikoláy y a Ruslán, y sé que les traicionaste, que has estado escondido todos estos siglos. ¿Por qué has salido ahora y te has expuesto de este modo? ¿Por qué nos ayudas a todos?

—Porque la profecía ha de cumplirse —declaró él, otra vez con tono solemne—. El Gran Lobo debe reinar para instaurar la paz.

—¿Conoces la profecía? —interrogué, asombrada.

—Los tres la conocemos, incluso los Vulturis —afirmó.

—¿Los Vulturis?

Parecía tonta, de tanto repetir las cosas, pero es que cada vez me iba quedando más alucinada con cada información.

—Nicoláy, Ruslán y yo formábamos el trío de magos de los Vulturis, junto con Anna, mi esposa —y su voz se tiñó de tristeza. Hizo una pequeña pausa y siguió con su locución—. Por muy difícil que sea ahora de comprender, en aquella época las artes de la magia estaban muy bien consideradas, los magos, los profetas, los videntes y adivinos eran muy importantes, tanto, que ocupaban una buena posición social. Todo noble que se preciara tenía magos a su disposición, incluso los reyes. Los Vulturis no eran una excepción.

»Como bien comprenderás, no tengo recuerdos de mi vida como humano, ni siquiera sé quién me mordió. Solamente sé que ya era mago en mi otra vida y que Nikoláy y Ruslán también lo eran, debíamos de ser muy buenos para que Aro nos eligiera. Nos buscaron a los tres y nos transformaron exclusivamente para que fuéramos los magos de los Vulturis. Después conocí a mi esposa, Anna. Ella estaba allí porque podía predecir el futuro.

»Como ya dije, los magos estábamos muy bien considerados en aquella época, así que vivíamos una vida bastante acomodada. Sin embargo, Nikoláy y Ruslán querían más, se corrompieron y comenzaron a ansiar el poder del que gozaban los Vulturis. Empezaron a planear su traición hacia Aro, incluyéndome a mí en sus argucias, pero yo no estaba de acuerdo con ellos. Yo quería irme, movido por otros motivos bien distintos. La magia negra no me agradaba, la odiaba, muchas veces Aro nos obligaba a utilizarla contra inocentes, inventándose cualquier excusa que alegar delante de sus testigos y seguidores. No obstante, tampoco quería traicionar a los Vulturis, así que me negué a acompañarles, si bien les juré que no les delataría. Aún así, mi negación no les gustó.

»Un día Anna entró en trance y empezó a relatar una de sus profecías, yo era el encargado de escribirlas en un libro. Sin embargo, esta profecía era especial, lo que vaticinaba era muy importante, traía cambios. A Nikoláy y Ruslán no les gustó lo que se vaticinaba en ella, pues, como dije antes, ellos querían el poder. Aún así, Anna y yo escondimos el libro para que Nikoláy, Ruslán y los Vulturis no lo encontraran.

Hizo otra pausa y continuó hablando.

—Yo me encontraba ausente cuando sucedió. Nikoláy y Ruslán encontraron el libro e intentaron destruirlo, sin embargo, mi esposa apareció y trató de impedirlo. Ellos la asesinaron.

Me estremecí al oír cómo lo pronunciaba. Todavía había mucho odio en esas palabras.

—Después, decidieron que era mejor si los Vulturis sabían de la profecía, puesto que Aro no se quedaría de brazos cruzados y haría cualquier cosa para que ésta no se cumpliera. Fingiendo su lealtad hacia él, engañaron a Aro, diciéndole que Anna y yo habíamos escondido el libro porque queríamos traicionarles. Aro les encomendó a ellos ser los encargados de custodiar el libro para que nadie más viera la profecía, sin embargo, decidió perdonarnos la vida a mi esposa y a mí, pues le seguíamos siendo muy útiles. Eso les disgustó profundamente, pues lo que querían era que hubiese ordenado nuestra muerte y así encubrir su asesinato.

»Cuando llegué y vi los restos de mi esposa, me dijeron que Aro había descubierto el libro y que él la había asesinado como castigo, aunque había decidido perdonarme la vida a mí. Eso me enfureció y me llenó de odio e ira, añadido a mi dolor. Me dijeron eso porque sabían que si descubría que habían sido ellos, los delataría ante los Vulturis para vengarme, pero no contaron con que yo fuese a por Aro.

»Mi ira me cegó completamente, nada me importaba ya, así que intenté asesinar a Aro. Esto echó por tierra todos los planes de Nikoláy y Ruslán, puesto que, cuando Aro salió ileso de mis intenciones, él mismo me dijo que nos había perdonado la vida a mi esposa y a mí, a pesar de nuestro intento de rebelión. Fue entonces cuando la certidumbre vino a mí y supe toda la verdad, que Nikoláy y Ruslán habían asesinado a mi esposa y que me habían engañado. Y delaté a esos dos asesinos. Pero Aro no fue indulgente conmigo, no me perdonó que escondiera la profecía y que intentase matarle. Mandó a su guardia a por mí, en la cual aún no estaba ese tal Demetri, y conseguí escapar utilizando algunos de mis trucos. Así fue como me convertí en un doble traidor.

»Nicoláy y Ruslán también consiguieron escapar gracias a su semiesfera dorada, con ella veían todo lo que pasaba en el salón de los Vulturis, así que cuando la guardia fue a buscarles, ellos ya habían desaparecido.

»He pasado varios siglos de mi existencia escondido en las montañas de Canadá, ya que era doblemente perseguido, vigilándoles, esperando mi

venganza personal. Sé cuáles son las intenciones de Nikoláy y Ruslán, y no voy a permitir que consigan su objetivo —concluyó, tiñendo su voz de un hondo resentimiento.

Se hizo un mutismo que duró unos segundos.

—¿Y Razvan? —inquirí—. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Razvan es un pupilo de Nikoláy, él mismo le transformó —comenzó a explicar—. Nikoláy y Ruslán ya son muy poderosos por sí solos, pero Razvan es capaz de encadenar hechizos, cosa que ellos no pueden, y eso les es muy útil. Además, le necesitan para invertir la profecía.

—¿Encadenar...? —mi frase se cortó cuando iba a decir la palabra *hechizos*.

—Sí, Razvan puede hacer una cadena de hechizos, de manera que cuando se deshace el primero, se activa otro, y así sucesivamente. Eso hace que sea muy difícil terminar con sus encantamientos, puesto que nunca se sabe dónde acaba la cadena. Pueden ser dos hechizos encadenados, tres, cuatro...

Eso me hizo recordar algo.

—Cuando estaba en el castillo, escuché una conversación entre Razvan, Nikoláy y Ruslán —empecé a manifestar—. En ella Nikoláy dijo que sólo tú tendrías el suficiente poder para quitarle a mi familia el primer... y que no se les viera en la semiesfera. Y después Razvan le contestó que todavía quedaba el resto de... ¿Era a esto de los... encadenados a lo que se refería?

—Sí —asintió, entendiendo mi lenguaje imposible.

—¿Eso quiere decir que seguís...? —no pude pronunciar *hechizados*.

Pestañeé, perpleja, cuando vi cómo varios miembros de mi familia también intentaban hablar y no podían.

—Ezequiel nos quitó el primer... —las cuerdas vocales de mi madre enmudecieron, y ante la imposibilidad de pronunciar el vocablo, pasó a la siguiente frase—. Pero inmediatamente después... —la cual no pudo terminar tampoco.

Me quedé de piedra. No sólo yo y Helen no podíamos contar nada de lo que nos pasaba. Mi familia, incluida la de Denali, Louis, Monique, Teresa, y hasta Mercedes, también estaban bajo el mismo hechizo. Este debía de ser uno de esos hechizos encadenados.

Ninguno de nosotros podíamos contar lo que nos pasaba, no podíamos escribirlo, no podíamos insinuarlo, no podíamos pronunciar ninguna palabra que tuviera que ver con esto, ni siquiera gesticularlo...

—Todos estamos bajo la influencia de los hechizos —me ratificó Ezequiel.

—Pero tú acabas de pronunciar la palabra —pestañeeé, sin comprender—. Y, además, ¿cómo vas a estar...? Razvan no te ha...

—Los hechizos de Razvan también son contagiosos, en cuanto una persona hechizada por Razvan entra en contacto con otra que no lo está, le contagia —me reveló, dejándome más atónita de lo que estaba—. ¿Entiendes ahora por qué a Nikoláy y Ruslán les interesa que Razvan esté con ellos? Sin embargo, a mí no me hacen tanto efecto como a vosotros, por eso puedo pronunciar ciertas palabras.

—Esto es una mierda, y muy incómodo —resopló Emmett, cruzándose de brazos mientras fruncía el ceño.

Me mordí el labio, pensativa.

—Antes dijiste que Nikoláy y Ruslán necesitaban a Razvan para invertir la profecía —recordé—. ¿Cómo es eso?

—El Gran Lobo es considerado un rey en la profecía. Razvan también es de sangre azul —desveló.

—¿Cómo? —mis ojos se abrieron como platos.

—Es el hijo bastardo de un antiguo príncipe sucesor al trono ruso que nunca llegó a reinar —siguió revelando—. Su madre era una de las cocineras del castillo y su padre, el príncipe, la asesinó cuando Razvan no era más que un niño, estando él presente. Su padre terminó desterrado de su patria, incluso su nombre fue borrado de los libros de historia —ahora entendía esa fijación por las humanas, por verme comer como una humana y por los vestidos antiguos—. La profecía sólo puede ser invertida si la mujer única, es decir, tú, se casa con otro príncipe o rey que sustituya al Gran Lobo, aunque primero éste tiene que dejar de existir, o por lo menos perder su poder. Por supuesto, también es necesario hacer uso de la magia negra para que esto funcione. Si la profecía se invierte, Razvan pasará a reinar en nuestro mundo.

—Por eso quieren terminar con Jacob —me dio un fuerte pinchazo en el estómago solamente con oír mis propias palabras—. Sé que han unido sus fuerzas para... —mi palabra se quedó atravesada en la garganta. La dejé por imposible y seguí hablando—. Sé que solamente lo han conseguido porque Jacob estaba en su forma humana cuando

le... —chasquéé la lengua. Em tenía razón, esto era muy incómodo—. Su poder espiritual no se manifiesta en ese estado, pero sí que es lo bastante fuerte como para evitar que puedan matarle. Pero, ¿por qué un año? ¿Por qué han esperado un año?

—La profecía se cumplirá el día de la boda. El hechizo del corazón es fulminante con cualquier otro ser, sin embargo, en el Gran Lobo es diferente. Con él tenían que esperar un año para que el corazón se oscureciera del todo. Razvan, Nikoláy y Ruslán necesitaban que su muerte coincidiera aproximadamente con ese día, para que su objetivo de invertir la profecía funcionase. Han planeado y calculado esto a la perfección, han esperado el momento justo para llevar a cabo el hechizo, y el ciclo del mismo se cierra al cumplir un año completo, justo para que llegue el día que la profecía marca para la boda: la ciento sesenta y ocho puesta de sol del año.

—¿Qué día es ese? —quise saber, ya haciendo mis cálculos mentales.

Mi corazón se aceleró cuando terminé de hacerlo y lo supe.

—El dieciocho de junio —me confirmó Jasper acto seguido.

Todos me miraron y supe que estaban pensando lo mismo que yo. Ese era el día que Jake y yo habíamos escogido para casarnos el año pasado.

—Tienes que casarte con el Gran Lobo ese día para que la profecía se cumpla —dijo Ezequiel—. Y no nos queda más que una semana de plazo.

—Sí, tengo que casarme con él, tengo... tengo que partir ya mismo —murmuré, llevando mi mano hacia mi pelo con ansiedad.

—Espera —me detuvo mi padre—. Primero tenemos que prevenirte.

—¿Prevenirme? —me quedé tiesa y mi estómago recibió un pinchazo.

Ezequiel y mi familia se miraron los unos a los otros con preocupación. Eso me puso más nerviosa.

—Sentémonos en ese amplio y cómodo sofá —nos instó Carlisle, señalando el mismo con la mano y esperando a que nosotros pasásemos delante—. Estoy seguro de que estarás cansada.

La verdad es que lo estaba. Agotada era la palabra más exacta, pero no podía esperar más para ir junto a Jacob. Necesitaba verle ya.

—Primero tenemos que explicarte la situación —declaró mi padre, mirándome y hablándome con precaución, mientras me conducía hacia el sofá al empujarme suavemente con su mano.

Otra vez mi corazón se encogió, temeroso.

Todos obedecemos y llenamos el asiento. Me senté y posé la caja metálica en mi regazo.

—¿Me permites ver el corazón, por favor? —me pidió Ezequiel.

—Sí, claro —murmuré.

Abrí la caja metálica hasta que la tapa hizo tope atrás, para que pudiera verlo mejor.

Todos jadearon al verlo y mamá agarró mi mano con fuerza mientras lo miraba con un gesto de dolor. Ella también estaba muy preocupada por Jacob, él seguía siendo su mejor amigo. Emmett apretó los dientes y Rosalie frotó su brazo varias veces para calmarle.

—Está cubierto casi del todo... —musitó mamá.

—Es lo que me suponía, su color no es negro, es marrón oscuro —habló Ezequiel.

—¿Y eso qué significa? —quise saber, pronunciando con ansiedad.

—Quiere decir que el hechizo no ha conseguido que él te odie.

—Sí, ya lo sé —asentí, sin dudar—. Jacob no me odia, jamás me odiaría.

—Sin embargo, el corazón se ha oscurecido debido al rencor —afirmó, mirándome con mucha prudencia.

—¿Al... rencor? —solamente me salió un hilo de voz.

—El primer hechizo ha hecho que él crea que le has dejado por otro hombre —comenzó a aclararme—. Esa ha sido la puerta que ha abierto el camino para el segundo hechizo, el hechizo del corazón. Después de pasar una primera fase de duelo, digámoslo así, el hechizo hace que esa pena pase a ser rencor, y ese rencor se transforme en odio. En el caso de Jacob, ese odio no ha aparecido, puesto que, como tú bien dijiste, él nunca podría odiarte, vuestro vínculo es demasiado fuerte. Sin embargo, ha prevalecido ese rencor, y éste sí que ha ido creciendo poco a poco hasta cubrir el corazón casi completamente. Y eso es suficiente para que el corazón se autodestruya y él fallezca.

Tuve que sujetarme mi propio corazón para que no se me cayera.

—Dices que el primer... abrió la puerta. Tú conseguiste quitarle el primer... *eso* —me vi obligada a usar esa palabra para sustituirla por *hechizo*— a mi familia. Podrías... podrías hacer lo mismo con Jacob —se me ocurrió, comunicándolo con una esperanza ansiosa—. Si le quitaras el primer eso...

—Los hechizos del Gran Lobo son especiales —me desveló, hablándome con prudencia—. Yo no los puedo romper, puesto que están

creados por tres magos, no tengo tanto poder. Sólo él puede hacerlo, ya que es el Gran Lobo. Jacob debe darse cuenta de todo, al igual que hizo Alice, sólo así su poder espiritual actuará y romperá los hechizos.

—¿Y si se lo cuentas todo tú? —volví a proponer, esta vez con más urgencia—. Tú estás menos influenciado por el... eso, puedes hablar con Jacob y explicarle más o menos lo que hay.

—Me temo que eso no será posible.

—¿Por qué? —mi esperanza se cayó en picado.

—El hechizo aumentará su intensidad con la presencia de Jacob.

—¿Qué quieres decir?

—Su poder espiritual es contraproducente para nosotros. Nuestro hechizo está creado para que Jacob no pueda sospechar nada, y aumentará su intensidad cuando detecte su poder espiritual. Ni siquiera yo podré contar nada. Y no sólo eso, aunque consiguiera decírselo a alguno de los lobos, el hechizo se contagiaría, como ya expliqué antes. El único que no puede ser contagiado es Jacob, ya que su poder espiritual es demasiado fuerte, recuerda que para ser hechizado, los tres magos tuvieron que unir sus fuerzas.

—¿Y entonces qué hacemos? —sollocé, desesperada, observando ese corazón ennegrecido.

—Sólo Jacob tiene el suficiente poder para terminar con los hechizos, con todos los hechizos —matizó.

—¿Con todos? —alcé la cabeza para mirarle, asombrada—. ¿Con los nuestros también?

—El... eso de Jacob es como la madre nodriza —intervino Emmett, utilizando mi mismo sustituto para *hechizo*—. Si se termina con la madre nodriza, las demás naves desaparecerán del mapa.

—Yo no lo habría explicado mejor —le alabó Ezequiel, sonriéndole.

—Gracias —sonrió Em, haciendo una reverencia.

—Como acabo de decir, sólo Jacob puede terminar con los hechizos, y solamente tú puedes ayudarle a purificar su corazón.

—¿Qué tengo... qué tengo que hacer? —quise saber, ansiosa.

—Primero debe desaparecer el primer hechizo —empezó—. Tienes que conseguir que él deje de creer que le has abandonado y que ya no le amas. Tienes que hacer que él se de cuenta de que os amáis, y que todo eso que él cree es mentira. Sólo así se romperán los dos hechizos.

—Pero he de prevenirte —siguió mi padre—. Cuando llegues, te encontrarás a un Jacob muy hostil contigo. No olvides que él cree que le

has abandonado por otro hombre y que está lleno de ese rencor, su corazón está oscuro casi del todo —otra vez me llevé la mano a mi propio corazón—. Sé que esto que te voy a pedir te va a costar mucho, no le ves desde hace prácticamente un año y sé que ansias abrazarle y besarle, sin embargo, es aconsejable que al principio mantengas un poco las distancias con él, que no corras a abrazarle como si no hubiese pasado nada, porque eso podría ser contraproducente. Jacob está lleno de rencor, y esa actitud tuya tan repentina y contraria a sus pensamientos podría causar un gran rechazo en él. Eso podría acelerar el proceso de ennegrecimiento del corazón.

—¿Y qué hago? —las lágrimas ya rodaban por mis mejillas.

Sólo de pensar en que no podía abrazarle ni besarle me hundía en las tinieblas, porque llevaba tanto tiempo esperando, necesitaba hacerlo, lo ansiaba con todas mis fuerzas.

—Debes ir poco a poco —continuó hablando mi progenitor—. Como ya dijimos, él no te odia, e irá abriendo su corazón poco a poco. Aunque no te será fácil, porque si ya nos cuesta hablar entre nosotros, con él será peor, como ya ha explicado Ezequiel. Y hay otra cosa.

—¿Más? —murmuré, desolada.

Le hizo un gesto a Ezequiel para que lo explicase él y éste asintió.

—Para terminar completamente con todos los hechizos, el corazón debe ser destruido, sin embargo, antes de eso debe ser purificado. Si se destruye antes, ese rencor podría quedarse en Jacob para siempre —mi estómago ya no soportaba más pinchazos—. Solamente cuando Jacob se de cuenta de que todo ha sido un engaño y que siempre os habéis amado, purificará su corazón.

»El corazón sólo puede ser destruido utilizando la mezcla de vuestra sangre con la sustancia de una planta cuya foto te proporcionaré. El problema es que esta planta queda en una montaña de Canadá, concretamente, cerca del Monte Whitetail, siguiendo el río Kootenay, que corre por la Fosa de las Montañas Rocosas, también conocido como el valle del millar de picos.

—Te llevaremos a La Push mañana y te dejaremos allí con una excusa —continuó mi padre—. Billy no está... eso y no será un problema, en cuanto te vea, podrás alojarte en su casa, y Jacob sigue estando imprimado de ti, siempre te protegerá. Le diremos que te están persiguiendo, lo cual no deja de ser cierto, y que tiene que llevarte a esa montaña, donde Em te recogerá —el mencionado me sonrió—. Te

proporcionaremos un plano y todo lo necesario para el viaje. Por otro lado, nosotros actuaremos con el resto de lobos. Ezequiel erigirá una barrera para que los vigilantes de Razvan no vean nada, nosotros nos encargaremos de ellos. Jacob no debe saber nada, para que no sea contraproducente, y debéis ir solos para que vuelvas a... conquistarle, por decirlo de alguna forma, tenemos muy poco tiempo y nada debe interponerse entre vosotros.

—Hay más —dijo Ezequiel—. Jacob no debe tener contacto con el corazón, no debe tocarlo, pues su poder espiritual podría destruirlo antes de que fuera purificado. Solamente tú puedes destruir ese corazón, pues fue revivido con tu sangre. Te daré todas las instrucciones a seguir para que, al llegar al lugar donde se encuentra la planta, sepas cómo hay que destruir el corazón.

—Tienes que ser fuerte —me animó papá—. Sé que puedes hacerlo, Jacob sigue amándote y vuestro vínculo sigue siendo irrompible, jamás olvides eso.

—Sí, tienes razón —asentí, secándome las lágrimas.

—Tienes que salvar a Jacob, cielo —dijo mamá, metiéndome el pelo detrás de las orejas—. Sólo tú puedes hacerlo, y todos sabemos que puedes y que lo conseguirás.

—Sí, tengo que ser fuerte, por él —afirmé, con convicción—. Le salvaré y nos casaremos. Nada podrá impedírmelo. Jamás.

—Esa es mi chica —me aclamó Emmett.

Sí, había llegado el momento.

Caperucita por fin iba a rescatar a su lobo.

= JACOB =

PREFACIO

“El amor concede a los demás el poder para destruirte”.

Sobre todo a ellas.

VER RELUCIR A UN ÁNGEL PUEDE CEGARTE DEL TODO

La cabeza salió disparada como un cohete cuando le hincé bien los dientes, pero yo no me conformaba sólo con eso. Necesitaba más. Primero zarandé el cuerpo del chupasangres con una saña que últimamente me salía sola, hasta que éste quedó esparcido en no sé cuántos trozos, y después machaqué la cabeza.

Cuando terminé, me dirigí a mi próxima víctima. No me importaba cuál fuera, lo único que me interesaba era soltar toda esta rabia, y estas asquerosas sanguijuelas me servían como saco de boxeo con el que sacarlo todo.

¡A tu derecha!, me avisó Paul.

No le hice mucho caso, mis ojos estaban clavados en otro bien grande que ya esperaba por mí. Me quité de encima a ese que venía a por mí, lanzándolo a un lado con una sola dentellada, y me arrojé a por el gigantón. Ese era un buen saco de boxeo.

O eso me había parecido, porque no me duró ni dos minutos.

Me giré, ansioso, y busqué mi próxima presa con rapidez. Todo eran luces malvas que se mezclaban con las doradas de nuestras almas, mis lobos luchaban bien, pero enseguida detecté un buen cúmulo de putrefactas almas añiles.

No me lo pensé dos veces. Mis patas llegaron de dos o tres zancadas y salté sobre todos aquellos vampiros con una furia desmedida, rugiendo para mostrarles mi supremacía y dominio.

Perfecto. Esos cuatro se arrojaron hacia mí a la vez, esto se ponía interesante. Ahora el saco era más grande, muy apropiado para todo lo que tenía que descargar.

Sí, necesitaba hacerlo, necesitaba sacar toda esta rabia, toda esta furia, porque cada vez que cerraba los ojos, seguía viéndola a ella, mi estúpido cerebro no había podido desterrarla de mis pensamientos, de mi ser. No podía soportarlo.

Ella se había ido. No podía quitármelo de la cabeza. Se había ido con otro...

Apreté las muelas con más que ira y destrocé a esos cuatro casi al mismo tiempo, zarandeándome igual que antes para esparcir sus malolientes ruinas por el bosque.

Me giré de nuevo para buscar más presas, pero para mi desgracia, había terminado con todos los sacos.

Podías dejar algo para los demás, ¿no?, se quejó Quil, llegando hasta mí.

No fue el único. Todos los demás se acercaron. Ni hablar, yo no tenía ganas de charlas. Lo único que quería era estar solo, estar a mi bola.

Ya habéis tenido bastante, le contesté. *Quemad toda esta porquería.*

Iba a mover una pata para pirarme de allí, cuando Embry se puso delante.

Espera, Jake, me paró.

Entonces, dirigió una mirada al resto del grupo que no me gustó ni un pelo. Algo se traían entre manos, algo que no me iba a apetecer nada. Ya me temía lo que era.

¿Qué pasa?, resoplé.

Ya sabes que esta noche daremos una fiesta en First Beach...

No, le respondí, con contundencia, antes de que me hiciera la pregunta.

¿Por qué no?, siguió Jared. *Lo pasaremos guay.*

No me apetece.

Venga, tío, continuó Isaac, *habrá música, comida, cervezas, balones de rugby, chicas...*

En cuanto enfatizó esta última palabra mis pupilas se fueron solas para clavarse en las suyas con una mirada asesina que hizo que sus orejas se agacharan un poco.

No me interesan las chicas, gruñí.

Vamos, Jake, déjanos ayudarte, bufó Embry. Hace casi un año de aquello, deberías pasar página y salir con alguna chica. No pasa nada porque...

He dicho que no, le corté, rechinando los dientes. Para mí las mujeres ya no existen.

¿Y vas a estar el resto de tu vida así?, rebatió, enfadado. ¿Vas a pasarte la vida pensando en Nessie?

Escuchar su nombre hizo que mi corazón pegase un salto, mandando a mi mente mensajes para que empezase a llenarse de flashes que chisporroteaban y que traían esos recuerdos que ahora eran demasiado dolorosos y que se retorcían en mi cerebro con saña.

No vuelvas a mencionar ese nombre, escupí entre dientes, con un aire rabioso.

Embry, déjalo ya, le advirtió Sam, regañándole.

Pero Embry siguió.

Deberías de fijarte en alguna chica y olvidarte de ella de una vez.

Yo no veía mas rostros que el suyo, para mí ya no existían.

Sabes que para mí ya no hay más rostros, confesé con rabia. Ya no.

¡Vamos, tío!, protestó. Ya sé que siempre estarás imprimado, pero, ¿es que vas a pasarte el resto de tu vida esperando a que vuelva?!

Embry, gruñó Quil.

¡Tú no tienes ni idea!, grité, sin poder evitar mostrarle mi dentadura.

¡Todos la echamos mucho de menos, estamos deseando que vuelva, pero no va a hacerlo, Jake, tienes que asimilarlo de una maldita vez para seguir tu vida! ¡Nessie no va a volver!

¡ELLA VOLVERÁ!, chillé, con furia, rugiéndole en la cara con potencia.

No fue sólo él, todos mis hermanos terminaron echados en el suelo en señal de respeto y sumisión, obligados por mi voz de Alfa, aunque sus ojos de sorpresa lo decían todo. No se podían creer que acabase de reconocer lo que acababa de reconocer.

Les di la espalda, rechinando los dientes, y salí de allí a toda velocidad para internarme en el bosque.

Corrí todo lo que me dejaron mis patas, desconectándome de la manada automáticamente para que dejarasen a mi torturado cerebro en paz.

Por culpa de ese imbécil de Embry ahora necesitaba más sacos de boxeo, y lo peor es que, por hoy, se me habían terminado. Mierda, mierda, ¡mierda!

Intenté no pensar en nada durante mi trayecto, concentrarme solamente en la simple acción de mover mis huesos y músculos para galopar, pero era imposible. Otra vez sentía esa rabia dentro de mí.

No tardé mucho más en llegar a mi escondite. Atravesé los últimos árboles, al trote, y me detuve frente a la roca de siempre.

Adopté mi forma humana y me agaché para sacar mis raídos pantalones cortos y mi camiseta. Mis estúpidos ojos no pudieron evitar fijarse en la cinta de cuero que rodeaba a mi tobillo, pero lo que hicieron mis dedos fue peor, porque acercaron sus yemas para tocarla. Un calambre me atravesó el corazón, era demasiado insoportable, no podía ni mirarla. Dejé la cinta súbitamente, levantándome con prisa.

Me puse el pantalón y la camiseta de la misma forma y me senté en la roca, apoyando mi aturullada cocorota en el tronco para intentar relajarme y no pensar en nada.

Pero era demasiado tarde. Embry ya había hurgado en la herida y ésta volvía a sangrar a chorros. No le echaba la culpa. Sabía que mis hermanos de manada estaban hartos de verme así, que estaban muy preocupados por mí, que sólo pretendían animarme..., y que yo no me dejaba.

Y sabía además que ellos también la echaban mucho de menos. Sí, también, mierda. Porque yo la echaba tremendamente de menos, tenía que reconocerlo, no podía vivir sin ella, era mi droga, y, por supuesto, no era una droga normal. De esta no me desintoxicaría en la vida, lo sabía, sabía que jamás lo haría; es más, era al revés, cada día que pasaba era peor, cada hora que pasaba me enganchara más, cada segundo que pasaba sin ella me moría un poco, lo sabía, lo sentía.

¿Cuánto tiempo iba a aguantar así? ¿Un año más? ¿Dos años? ¿Unos meses? Porque este año había sido un infierno para mí, un maldito e interminable infierno.

Sabía que Embry tenía razón, que ella no volvería, sin embargo, no sé qué me pasaba, no sabía qué estúpida e irracional razón me llevaba a ello, pero yo seguía esperándola. Y en honor a la verdad, yo no quería ni verla, pero sí, maldita sea, seguía esperando su vuelta. Era patético. Y, encima, acababa de reconocérselo a ellos. Mañana toda la manada lo sabría. Más puntos que añadir a mi patetismo.

Sí, no quería ni verla, porque lo que me había hecho...

Me incliné hacia delante y encerré mi pelo entre mis dedos con rabia.

¿Por qué? ¿Por qué me había hecho eso? Creía que éramos felices, y de pronto...

Mis dedos se cerraron en puños y noté los fuertes tirones en mi cuero cabelludo.

Me había engañado, me había estado mintiendo todo ese tiempo. Me había abandonado como a un perro, por otro.

Todas mis muelas rechinaron, tanto, que no se cascaron de puro milagro. No podía soportarlo.

Mierda. ¿Eso era lo que había sido yo para ella? ¿Una mascota? ¿Alguien con quien jugar y pasar el rato hasta que se cansó? ¿Se había divertido? Porque eso es lo que parecía. No, no podía creerlo, algo dentro de mí, en lo más profundo de mi ser, me decía que no. Aunque sabía que mi estúpido subconsciente de imprimado era el que causaba este efecto, porque la realidad estaba ahí, ella se había ido, me había abandonado por otro hombre.

Volví a estrujar las muelas con furia, celos, ira... La rabia se apoderaba de mí a cada instante.

Y, sin embargo, yo seguía aquí. ¡Maldita mierda de imprimación! Sí, porque si había regresado de mi fuga de cinco meses, si no me había suicidado ya, si no me había dejado matar por alguno de esos asquerosos chupasangres, había sido por ella. Todo por ella. Era un auténtico estúpido. Ya sabía que no iba a volver, pero yo me empeñaba en seguir aquí, en La Push, por si algún día ella se arrepentía y decidía regresar...

¡Arg! ¡Estúpido, estúpido! ¡¿A quién quería engañar?! ¡Lo que había escuchado en casa de los Cullen dejaba las cosas muy claras! ¡Ella jamás regresaría! ¡¿Por qué me empeñaba en seguir aquí?!

Mis ojos se fueron inconscientemente hacia la cinta otra vez. ¿Por qué seguía llevando esa cinta? En fin, no era necesario, porque, para ser sinceros del todo, siempre lo hacía, a todas horas, a cada segundo, pero cada vez que miraba esa cinta me acordaba más de ella. Debería quitármela y tirarla a la basura. Ella no se merecía que siguiera llevándola, que siguiera...

Dejé el pensamiento colgando, y la cinta siguió en mi tobillo.

No quería ni verla, pero en cambio seguía aquí, esperándola. Sí que era imbécil y patético.

Volví a apoyar la cabeza en el tronco de ese enorme abeto, que había sido mi único acompañante en este último año. Encima, se acercaba la fatídica fecha, y eso me hundía más en estas arenas movedizas de las que

no era capaz de salir. No saldría nunca, acabaría hundiéndome del todo, ahogándome con este maldito fango.

Cerré los ojos para intentar crear un hueco de silencio en mi destartalado cerebro, procurando pensar en otras cosas, en algo agradable para variar. Idiota de mí, era imposible, porque todo lo bueno lo asociaba a ella, y eso dolía demasiado. Dolía porque ella me había hecho tanto daño. Quise maldecir el día en que me imprimé de ella, pero el amago de pensamiento se quedó trabado, no se atrevió a salir. ¡Estúpida imprimación de las narices! Ese día debería haberme largado de aquella casa para siempre, sin mirar atrás. Hubiera sido lo mejor.

Bueno, por lo menos hoy parecía que no tenía esos agonizantes pinchazos en el estómago.

Abrí los ojos, sintiéndome totalmente defraudado conmigo mismo por no haber conseguido vaciar mi recalentada mente, y éstos casi se me salen del sitio cuando me percaté de la presencia que tenía delante. Pegué un pequeño bote, del susto, y me puse de pie con precipitación, tanta, que tuve que apoyar la mano en el tronco para no caerme hacia atrás.

Era Bella. Estaba frente a mí, observándome.

¿De dónde había salido? Ni siquiera había escuchado una hoja, los grillos y los pájaros no habían dejado de cantar a mi alrededor, ni siquiera le había olido, aunque, claro, el aire soplaba en su dirección. ¿Y cómo demonios sabía que yo estaba aquí? ¿Cómo había dado conmigo?

Mi primer sentimiento fue de sorpresa y nerviosismo, mi corazón aumentó un poco su ritmo cardíaco, pero no fue por la persona que tenía delante, por supuesto, era por *ella*. Bella era su madre, ¿me traería noticias?

Sin embargo, nada más verle el semblante ya me cabreé, porque pude detectar en su mirada que sentía lástima por mí. ¿Lástima? A buenas horas... Bella se había largado, como el resto de los Cullen, y no había tenido la decencia de llamarme ni una sola vez para preguntarme cómo estaba. ¿Y luego decía que yo seguía siendo su mejor amigo?

—Hola, Jake —me saludó, seria.

Su gesto grave me extrañó, incluso me asustó un poco. Parecía nerviosa por algo.

—¿Qué haces aquí? —quise saber, enfadado—. Estás incumpliendo el tratado, lo sabes, ¿no?

Lo siento, pero no podía evitarlo. Había pasado demasiado tiempo sin que nadie de la *Familia Monster* se preocupase por mí. No sé qué pintaba ahora ella aquí.

—Es por algo urgente. Vengo a pedirte una cosa —contestó, moviendo las manos con ansiedad.

Genial. Encima, venía para que le hiciese un favor.

La fulminé con la mirada.

—¿A pedirme una cosa? —chisté—. Esto es el colmo —mascullé, poniendo los brazos en jarra mientras miraba a un lado y hacía negaciones con la cabeza.

—No tengo tiempo de explicártelo —afirmó, con prisas, metiéndose la mano en el bolsillo de su chaqueta—. Renesmee está en grave peligro, la están persiguiendo y tienes que llevarla a este sitio lo antes posible, Emmett os esperará allí para recogerla.

Fueron muchas cosas de su frase las que me chocaron y bombardearon mi cerebro para avasallarlos sin cuartel. Lo primero fue volver a escuchar su nombre, cada vez que lo oía me daba una descarga eléctrica que despertaba todos aquellos maravillosos recuerdos que ahora se habían convertido en toda una tortura, y eso que el idiota de Embry ya lo había mencionado antes. Lo segundo fue relacionarlo con la palabra *peligro*, eso hacía saltar esta maldita pulsión de imprimado que me hacía sentir que tenía que protegerla a toda costa. Y lo tercero fue esa petición imposible que se parecía más a una exigencia.

Se acercó a mí como una exhalación y me pasó el papel que había sacado, sin que me diese tiempo ni de pestañear. Después, con la misma rapidez, volvió a su puesto de antes.

—¿Qué... qué estás diciendo? —conseguí musitar, observando el papel con incredulidad—. ¿Qué es esto...?

No hizo falta que me respondiera. Era un mapa geográfico. Y mostraba el camino desde La Push hasta una cordillera al suroeste de Canadá. Había una ruta marcada a rotulador rojo y un círculo perfecto en una de las escarpadas montañas, se notaba que eran así por el relieve del dibujo topográfico.

—No podría confiársela a nadie mejor que tú —siguió, con esa voz nerviosa—. Sé que tú la protegerás mejor que nadie, por eso he venido hasta aquí. No te lo pediría si no fuera así.

Me quedé de piedra. Necesité de un minuto para volver a reaccionar, puesto que mi cerebro creyó haberse vuelto majareta al escuchar tantas cosas juntas y todas tan de repente.

—¿Quieres que yo... lleve a... —me negué a pronunciar su nombre—, la lleve hasta Canadá? —no pude evitar que me saliese ese tono sarcástico y ácido—. ¿Después de todos estos meses, de todo lo que ha pasado, tienes la cara de venir aquí para pedirme esto?

—No he pod... —su voz pareció clavarse en algún sitio de su garganta, dado lo abrupto de su parón. Tomó aire y empezó otra frase—. Por favor, Jacob, Renesmee se morirá si no la llevamos allí antes de seis días.

Otra descarga eléctrica me recorrió de arriba abajo, pero esta vez no fue sólo por oír su nombre, sino por esas palabras que entraron por mi frente como una bala helada, atravesando mi nuca. De nuevo sentí esa pulsión. Mierda, pero ahora era demasiado fuerte, urgente.

Sin embargo, yo no quería verla. No, no. No quería tener nada que ver con ella, ya me había hecho bastante daño. O sea, ¿tenía que llevarla a ese sitio, para que luego volviese con ese... imbécil con el que estuviera? Ni hablar.

Tragué una buena bocanada de aire para dominar a esa estúpida pulsión y lo expulsé con rapidez.

—No, no, no. No pienso... no pienso llevarla —me costó un triunfo, pero conseguí que esas palabras salieran de mi boca, aunque lo hacían con una entonación un tanto asustada. Mierda—. ¿Por qué no la lleváis vosotros? Además —bajé la mirada al plano y lo señalé con la mano—, a mí llegar hasta aquí me llevaría dos o tres días, en cambio a vosotros os llevaría menos, seguro.

—Renesmee está aquí —me anunció de pronto.

Esas palabras impactaron en mis oídos con fuerza, insertándose en mi cerebro como un arpón candente y chispeante. Levanté la vista súbitamente a la vez que mi corazón pegaba un salto y se ponía a latir a mil por hora.

No me dio tiempo a nada más.

Bella miró hacia un lado y mis ojos se fueron automáticamente hacia allí, ni siquiera lo dudaron un instante.

El mapa se me cayó al suelo y mi boca se quedó entreabierta cuando la vi salir de detrás de un árbol. Me quedé hipnotizado como un idiota viendo cómo caminaba hacia su madre, con esa gracilidad y armonía,

todo en ella lo era, parecía que lo hacía a cámara lenta. Sus largas piernas, vestidas con unos ajustados vaqueros que dejaban entrever demasiado bien lo perfectamente contorneadas que eran, avanzaban entre las ramas y la hierba con paso seguro. Se colocó junto a Bella y se quedó frente a mí.

Llevaba puesta una sudadera blanca que se ceñía a ese cuerpo escultural con ganas. Portaba una mochila de esas que llevan los montañeros, con saco incluido, y la capucha de su sudadera envolvía su cabeza, haciendo sombra, de modo que no podía verle bien el rostro. Hasta que la retiró hacia atrás.

Entonces mi corazón se desbocó, pasó a latirme tan deprisa, que creí que iba a romperme el esternón para salir volando hacia ella. Sabía que Bella y ella misma podían escucharlo, pero no pude controlarlo. Mi respiración se agitó, más que deslumbrada, casi me caigo desplomado al suelo, de la impresión, y mi estómago se llenó de ese cosquilleo alocado que a punto estuvo de crear un colapso en todo mi organismo.

El único rayo de sol que se dignó a salir esta tarde se coló entre las copas de los árboles para iluminarla, haciendo que el blanco de su ropa destellara y le reflejara en la cara, confiriéndole aún más luminosidad. Era un ángel...

Jadeé ante tal visión.

Su rostro divino era más hermoso que nunca, su piel, impoluta, sus mejillas, sonrosadas y llenas de vida, sus dulces y grandes ojos de color café brillaban más que nunca, me reclamaban como nunca antes, y sus carnosos labios me pedían a gritos que corriera hacia ella para besarlos...

Metió sus manos por su cuello y sacó su cabello. No hizo falta que lo tocara más, la suave y cálida brisa de junio se encargó de remover su larga, espectacular y preciosa melena, llevándosela hacia delante y alzándola ligeramente. El aire danzaba con su cabello, lo acariciaba, lo mimaba. Por un instante, deseé ser viento para tener ese privilegio. El color bronceado de sus rizos contrastaba con el blanco de su sudadera. Al removerlos, la brisa consiguió que su maravilloso efluvio llegase hasta mí.

No era un ángel, era una diosa...

Fui capaz de controlarme y no cerré los ojos, pero inspiré ese aroma profundamente. Inconscientemente, irremediamente. Porque necesitaba hacerlo, ella era mi droga, la necesitaba, la ansiaba...

Hace un momento estaba lloriqueando y rabiado por ella, y ahora ella estaba aquí, delante de mis narices. Todo lo que había soñado, todo lo

que había estado esperando durante estos meses, había aparecido de repente.

Sin embargo, no podía engañarme, no era ni mucho menos como yo lo había soñado. Ella seguía ahí, inmóvil, ni siquiera se había acercado a mí, no había arrepentimiento. Aunque tenía que reconocer que si hubiera venido hacia mí para abrazarme como si nada, no sé qué hubiese hecho. Me habría chocado mucho, la verdad, puede que hasta la hubiese rechazado, y eso habría sido peor. En el fondo agradecí esa prudencia por su parte.

No era arrepentimiento, pero sus preciosos ojos reflejaban otra cosa. Era tan hermosa, esa palabra se quedaba demasiado corta. Noté cómo mi careto de idiota reflejaba lo maravillado y deslumbrado que me había quedado ante tal visión. Por un momento me pareció que ella también sentía lo mismo que yo, pero estaba claro que era mi desesperación y dolor los que producían ese delirio. Tuve que parpadear varias veces como un tonto para volver en mí.

Me obligué a hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad con el fin de no abalanzarme sobre ella para besarla. Apreté los puños con fuerza y contuve todos esos estúpidos y débiles instintos y sentimientos. Porque no podía olvidar el daño que ella me había hecho. Por su culpa ahora estaba muerto en vida.

Ahora que me había despertado de este sueño me fijé en que su corazón también latía como loco, lo hacía justo al doble que el mío —que aún seguía desbocado—, a una velocidad más que vertiginosa, la impresión del principio había embotado todos mis sentidos, y ella también mantenía los puños apretados. Apretaba tanto, que los nudillos parecían que le iban a estallar.

¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Tanto le dolía verme?

—Hola, Jake —habló, se notaba que con un nudo en la garganta, clavándome esos ojos implorantes que a punto estuvieron de hacerme sucumbir.

Su hermosa y celestial voz hizo que me diera la vuelta con precipitación, llevándome la mano a la nuca, nervioso y agitado. Mis estúpidos bronquios no se controlaban y mi corazón no conseguía volver a su ritmo de siempre. Tuve que inspirar bien hondo para relajarme un poco, y aún así, fui incapaz.

No podía, no podía hacerlo. No podía llevarla a esa montaña y estar cerca de ella varios días, era demasiado doloroso para mí. ¿Llevarla?

¿Llevarla hasta allí para después tener que devolvérsela a quien quiera que fuese el imbécil que me la había arrebatado? Porque ella correría a sus brazos, ya me había dejado para irse con él. Ya lo había hecho una vez. Y que me abandonase dos veces sería insoportable para mí, lo sabía. Sólo de pensarlo, me llenaba de angustia e ira descontrolada, hacía que la furia me dominase por completo. Era demasiado doloroso para mí, demasiado. Ni siquiera podía ser su amigo.

—No..., no puedo, Bella —murmuré, otra vez con esa inoportuna voz asustada.

Pero cuando me di la vuelta de nuevo, Bella ya no estaba. Solamente estaba *ella*. Mis ojos buscaron a Bella ansiosamente entre la vegetación, sin embargo, se había esfumado. Mis dientes rechinaron. Maldita traidora, me la había jugado...

Sin pedirme permiso, mis patéticas pupilas se clavaron por un instante en las suyas, que se alzaron del suelo para reclamarme, y estuvieron a un pelo de caer en la tentación.

¡Mierda, ni hablar!

No, no estaba dispuesto a pasar por lo mismo otra vez. Todavía estaba pagando mi condena infernal. Que la llevase su familia.

Ni siquiera le hablé. Me di la vuelta, rabiado, y comencé a caminar en dirección a la casa de mi viejo.

Escuché sus pasos detrás de mí, bueno, tengo que reconocer que también la miré por el rabillo del ojo, y vi cómo recogía ese dichoso mapa del suelo para seguir tras mis pies. Eso me cabreó más.

Me paré en seco, tanto, que ella casi se estampa contra mi espalda, y me giré con enfado.

—Mira, me importa una mierda lo que haya dicho tu madre —le espeté en la cara, con resentimiento—. No quiero que me sigas, ¿entiendes? Da la vuelta y pírate con ella.

—Ya se ha ido, y no sé dónde está —respondió, con un hilo de voz, mientras sus preciosos ojos volvían a clavarse en los míos.

Me di la vuelta otra vez para no tener que verlos y comencé a caminar.

—Pues llámala al móvil, ¿a mí qué me cuentas? —refunfuñé, apartando una rama de mi camino de un manotazo.

—Lo tiene apagado —aseguró, siguiéndome de nuevo.

Genial.

Me dio igual. Seguí mi veloz camino entre los árboles, con ella detrás de mí todo el tiempo. No tuve compasión y avancé en grandes zancadas, lo eran incluso para mí, pero ella no se amilanó, continuó pegada a mi chepa, prácticamente corriendo al trote, en silencio.

Resoplé, malhumorado, cuando llegué frente a la casa y ella lo hizo conmigo. ¿Y ahora qué hacía? Ella no se iba, y tenía toda la pinta de que no se iba a despegar de mí. Estudié todas las posibilidades que se me ocurrieron en ese momento y ninguna me gustaba. Si me largaba por ahí y alguien de la manada la veía conmigo, tendría que soportar sus futuros pensamientos sobre lo guapa que estaba y lo imbécil que era yo por dejarla marchar, pensamientos que durarían un montón. Pero, claro, ellos no me entendían. Y si la llevaba a casa, ¿qué cara iba a poner mi padre cuando la viera aparecer? Bueno, eso ya me lo imaginaba. Pero era la mejor opción, por lo menos Billy no compartía sus pensamientos con nadie, no se convertiría en algo vox pópuli.

Volví a resoplar, esta vez por las narices, y entré en la vivienda, a sabiendas de que ella me seguiría. Y, claro, claro que lo hizo.

Mi padre estaba entretenido, haciendo uno de esos crucigramas que tanto le gustaban últimamente.

—Ah, vaya, Jake, hoy has llegado muy temp...

El bolígrafo se le cayó de la mano cuando alzó la vista y la vio, casi se le salen los ojos de las cuencas.

—Mierda... —mascullé para mí.

—Hola, Billy —le sonrió ella.

Dios, su sonrisa seguía siendo tan hermosa y dulce como siempre. Gruñí y giré el rostro para no verla.

—Nessie... —murmuró al principio—. ¡Nessie! —exclamó acto seguido, riéndose; y empezó a mover las ruedas de su silla con un entusiasmado brío para acercarse a ella. Genial, lo sabía—. ¡¿Qué... qué haces aquí?! —y cuando terminó su pregunta, sus ojos oscilaron hacia mí con alegría.

Estúpido...

—No es lo que piensas —le advertí, con enfado, esquivándole para dirigirme a la cocina.

Necesitaba un poco de agua. Esto era demasiado.

Las dos cabezas se giraron para seguirme, pero él enseguida la volvió hacia ella.

Entré en la cocina y cogí un vaso para llenarlo de agua.

—¿Qué haces aquí? —repitió mi viejo—. ¿Cómo te va todo?

Engullí el agua en traguitos pequeños, intentando que fueran lo más sonoros posible para que hicieran un poco más de ruido en mis oídos. No tenía ganas de escuchar lo feliz que era.

—Bueno, tengo problemas —escuché igualmente.

—¿Problemas?

Pude percibir cómo el tono de mi padre adquiriría un matiz esperanzador. El muy idiota se pensaba que se refería a su relación con ese otro cretino. Tuve que llenar otro vaso y bebérmelo con prisas, para amortiguar esa quemazón que me subió desde el estómago. Sólo pensar en eso, hacía que ya me temblasen las manos y que el rabioso calor quisiera subirme por la espalda.

—Me están persiguiendo —explicó ella—. Por eso mi madre me ha traído hasta aquí. Jacob tiene que llevarme a este sitio.

Posé el vaso en la meseta con un fuerte golpe y salí disparado de la cocina, aunque fue demasiado tarde.

—¿Hasta Canadá? —inquirió mi padre, con sorpresa, antes de que llegase a su lado y le quitara el plano de un zarpazo—. ¿Y quién te está persiguiendo? ¿Por qué?

—Da igual, porque yo no voy a llevarla a ningún sitio —afirmé, con acidez, doblando ese plano malamente y tirándolo sobre la mesa.

—¿Cómo? ¿No vas a ayudarla? —censuró Billy, haciéndolo también con la mirada.

—Lo hará su familia, a la cual voy a llamar ahora mismo —dije, dirigiéndome hacia el teléfono.

—Tienen el móvil apagado —aseguró ella otra vez.

Mis pies descalzos se clavaron en el suelo, incrédulos, y me giré hacia ella para mirarla del mismo modo.

—¿Todos?

—Sí. Y no los van a encender —declaró—. Ellos también me están protegiendo, pero por otros flancos, y no pueden tener los móviles operativos, sería peligroso.

—Tienes que ayudarla —intervino Billy, hablándome con ese absurdo tono solemne que siempre ponía para estas cosas—. Te han pedido ayuda y debes obrar correctamente.

—No, no, no, no —articulé, con rapidez, acercándome a los dos nerviosamente—. Ella se va a marchar ahora, ¿verdad?

—No tengo dónde quedarme —dijo, alzando esos ojazos para llevarlos a los míos.

Aparté la mirada con urgencia.

—¿Tu familia no está en su casa de Forks? —quiso saber Billy.

—No, se han ido y me han dejado aquí.

—Pues no se hable más, te quedarás en esta casa —soltó mi viejo por esa boca.

—¡Ni hablar! —protesté, con indignación.

¿Pero qué hacía? ¿No se daba cuenta de lo difícil que era esto para mí? Me... me volvería loco.

—¡Haz el favor de no ser maleducado, Jacob! —me regañó.

—¡Que se vaya a casa de Charlie!

—Charlie se fue de viaje esta mañana con Sue —me reveló, para mi sorpresa.

¿Qué? ¿Pero qué era esto? ¿Es que el destino, las estrellas y los astros se habían confabulado para ponerse todos en mi contra?

—¡Pues que se vaya a un hotel o algo!

—¡Jacob Black! ¡Los quileute somos conocidos por ser gente muy hospitalaria! ¡Esta es mi casa y no voy a permitir que mi..., que Nessie —rectificó a tiempo— tenga que alojarse en un hotel cuando lo puede hacer aquí! —respiró hondo para tranquilizarse y siguió hablando, aunque continuando con ese tono de autoridad—. Dormiré en tu habitación y tú te quedarás en el sofá. Lleva su mochila a tu cuarto y cámbiale las sábanas.

Me sentí como un auténtico idiota. Se suponía que yo era el Gran Lobo, tenía a una manada de veintitrés lobos a mis órdenes, era el jefe de la tribu, teóricamente, y ya era bastante mayorcito para estas absurdas riñas paternas, pero resulta que llegaba a casa y con mi viejo tenía que agachar las orejas y meter el rabo entre las piernas. Menudo Gran Lobo. Sin embargo, y para mi desgracia, esto es lo que me tocaba, si quería vivir aquí, claro, esta era su casa y no me quedaba más remedio que acatar sus órdenes. Pero esto no se iba a quedar así.

—Bien, genial —bufé, cabreado; y agarré la mochila de malos modos cuando ella se la quitó—. Puede quedarse con mi habitación, si quiere, pero yo no dormiré en la misma casa.

Caminé enrabiado y entré en mi dormitorio, bueno, ahora su dormitorio. Arrojé la mochila al suelo hoscamente y me dirigí al armario para coger un juego de sábanas limpias. Cuando me giré hacia la cama,

ella estaba junto a la misma, observándome. Tiré las sábanas sobre la colcha y cerré el armario de un golpetazo.

—Ahí tienes tus sábanas —le dije mientras pasaba a su lado, raspando las palabras con acidez.

Y me largué de la habitación, pegando un portazo.

—¡Ya está bien, hijo! —me riñó Billy, una vez más. No le escuché y seguí caminando. Intentó seguirme, pero sus ruedas no eran tan rápidas como mis pies—. ¿A dónde vas? —y su voz sonó con preocupación.

Genial. Eso me hacía sentir culpable. Se las había hecho pasar canutas cuando me largué aquellos cinco meses, porque había estado desconectado de la manada y no había recibido noticias mías en todo ese tiempo.

Me detuve un momento para calmarle. Giré un poco la cabeza, aunque no me di la vuelta.

De pronto, mis ojos se toparon con algo en la estantería que llamó mi atención momentáneamente. Era un extraño mineral de color celeste que tenía unas manchitas negras.

—¿Qué es eso? —pregunté, frunciendo el ceño, aunque esta vez con extrañeza, cogiéndolo para mirarlo.

—¿Qué? Ah, eso. Nada, un amuleto de la suerte que le compré a un vendedor ambulante —me explicó—. Protege de los malos espíritus.

—¿Y para qué le compras nada a un vendedor ambulante? —le regañé, dándole la vuelta con esa piedra encima de mi palma—. Esos tíos sólo son estafadores, papá.

—Este no era el típico vendedor, era un hombre con una melena blanca que sabía magia —alegó él—. Parecía una buena persona, además, sólo me pidió la voluntad.

No le sirvió de nada, ya que yo suspiré con cansancio, siempre caía en esos trucos baratos. Al ver mi inconformismo, siguió con su defensa.

—Sé lo que estás pensando, pero era un mago de verdad, incluso me hizo un truco de magia muy bueno con unos polvos dorados.

—Un truco de magia, ya —resoplé, dejando la piedra en la estantería—. El único truco que te ha hecho, ha sido el engañarte para venderte esta porquería.

—Era bueno —se defendió él—. Y es un amuleto.

—Vale, vale, es tu dinero, allá tú —mascullé, refunfuñando.

A fin de cuentas, a mí me daba igual lo que hiciera con él. Además, mi atolondrada cabeza no estaba para pensar en esas bobadas ahora

mismo. Lo único que quería era salir de esta casa antes de que ella lo hiciera de la habitación.

Me di la vuelta y me dirigí a la puerta con rapidez.

—¿A dónde vas? —repitió, acercándose a mí por detrás.

—Tranquilo, no me voy a largar, ¿vale? —le calmé, abriendo la hoja—. Dormiré aquí fuera.

Y salí por el umbral para pirarme de esa casa.

OH, SÍ, GENIAL. ESTO ES PARA VOLVERSE LOCO

La negrura ya comenzaba a invadirlo todo, y no sólo por la hora, que ya traía la noche, sino por esos oscuros y densos nubarrones que aún sostenían las gotas de lluvia ahí arriba de puro milagro.

Los rayos comenzaron a serpentear con furia, iluminando el cielo con sus fognazos, casi parecían metáforas de lo que estaba sucediendo en mi inquieto cerebro.

Mientras, mis patas intentaban huir de mis rabiados pensamientos, corriendo a toda prisa por los alrededores de la casa. Pero todos mis esfuerzos eran inútiles. Encima, iba a tener que salir del bosque, con la tormenta era peligroso estar ahí.

¿Es que la meteorología también se había unido al destino, las estrellas y los astros para confabular en mi contra?

Pues sí.

Las nubes se cansaron antes que yo y dejaron caer los goterones, descargándolos poco a poco al principio, pero convirtiéndose en una fuerte lluvia continua después.

Mierda. Ahora no me quedaba más remedio que irme del bosque.

Galopé con prisas y salí de entre los árboles. Entonces, escuché su voz angelical y me paré en seco, a unos pocos metros de ellos.

Genial. Justo lo que no quería. Aunque no pude evitar poner la oreja. La luz de mi habitación estaba encendida, ella estaba allí.

—Sí, tenías razón, con el primer... eso no hay contagio, solamente es a partir del segundo —bisbiseó, muy bajito, tanto, que tuve que mover la

oreja en esa dirección y aguzar mucho el oído—, pero lo que hiciste ha funcionado, el contagio no ha surtido efecto en él. Y el *disfraz* que usaste ha sido muy bueno, no se ha dado cuenta de lo que eras.

¿Pero qué narices estaba diciendo?

Mis dientes rechinaron automáticamente cuando me di cuenta de con quién estaba hablando. Su familia tenía el móvil apagado, así que no era muy difícil hacerse una idea de con quién lo hacía. Seguro que era con él, con ese *otro*...

El gruñido rabioso que mi garganta profirió salió por cuenta propia. No pude evitar que se escapara. Vale, tenía que reconocerlo, estaba celoso, muy celoso. Bueno, eso era decir poco, porque este sentimiento me carcomía por dentro, no podía soportarlo.

Se ve que al final ella había decidido estudiar medicina, y ese imbécil debía de ser un compañero de la universidad, o puede que el bastardo ya fuese médico. Edward tenía que estar muy contento, su hija había dado un buen braguetazo.

¡Arg! No quería pensar más en el tema, porque me ponía malo.

Un rayo mostró su látigo feroz a unos pocos metros y pegué un bote, del susto.

Vale, vale, decidido. Lo mejor era irse dentro de la casa, aunque ella estuviese allí. Gruñí con desagrado y me dirigí hacia la vivienda a regañadientes. Esperaría a que la tormenta pasase para dormir fuera.

Adopté mi forma humana bajo la lluvia, saqué mi ropa de esa dichosa cinta y me puse los pantalones empapados.

Cuando entré en la casa, ella salía de mi cuarto al mismo tiempo. No pude evitar que mi corazón se acelerase de nuevo. Pero olía estupendamente. No me había dado cuenta del hambre voraz que tenía hasta que olí esa comida.

Nuestras pupilas se encontraron por un sólo instante, ya que yo las aparté como el rayo que acababa de caer allí fuera, aunque por el rabillo del ojo pude ver cómo ella me repasaba con la mirada y su corazón también aumentaba de ritmo. Eso hizo que volviera a clavarlas en las suyas, y entonces fue ella quien las apartó, girando el rostro, ruborizada.

Vaya. Ahora se ponía tímida conmigo. ¿Qué te parece?

—Llegas a tiempo —declaró Billy, con una sonrisa, quitándome la camiseta mojada que chorreaba desde mi mano—. Nessie ha hecho la cena, íbamos a ponernos a comer ahora mismo —y entró en el cuarto de baño para meterla en la lavadora.

Iba a decir que no tenía hambre, pero mis tripas rugían ruidosamente con ese olor, era demasiado evidente que estaba famélico. Me di cuenta de que olía a uno de mis platos favoritos, sólo ella sabía prepararlo así, y ella lo sabía, ella sabía cuánto me gustaba. ¿Qué era esto? ¿Acaso... acaso había cocinado para mí? Mientras ella ya ponía mi plato en la mesa, y aprovechando que alzó la vista hacia mí, me arriesgué y enganché mis extrañados ojos en los suyos para estudiarlos.

Qué preciosos eran...

—Bueno, a cenar —interrumpió Billy, saliendo del baño a toda velocidad para colocar su silla en la mesa y haciendo que yo apartara la vista con precipitación.

—Tengo... tengo que ponerme algo seco —dije, llevando la mano a mi pelo mojado para revolvérmelo con nerviosismo y echando a andar hacia mi cuarto.

Atravesé la sala a toda prisa, pasando junto a ella sin mirarla, aunque ese maravilloso efluvio no pasó desapercibido para mi nariz, que volvió a inspirarlo profundamente, y entré en mi habitación, cerrando la puerta a mis espaldas.

Apoyé la espalda y la cabeza en la misma, cerrando los ojos, estrujando los párpados para no pensar, pero, maldita sea, ya era demasiado tarde. Esa película ya empezaba a abrirse paso. Desde luego era un auténtico idiota. Era seguro que había hecho ese plato solamente para ser amable, un gesto de agradecimiento por dejar que se alojase aquí. Pero todo este rollo de la comida volvía a traerme esos recuerdos que ahora me dolían tanto, no podía evitarlo.

—Jake, estamos esperando por ti —voceó Billy.

Me despegué de la puerta, un poco sobresaltado por esa inesperada y molesta voz.

Mi padre también tenía un hambre canina, no era de extrañar, con ese olor ya debía de llevar un buen rato salivando. Ella era una cocinera excelente.

Gruñí.

—Ya voy —le contesté, de mala gana.

Resollé por las napias y me dirigí al armario para coger lo primero que pillé. Me puse unos pantalones de chándal y una camiseta gris y salí de mi habitación para cenar, pasando primero por el cuarto de baño para meter los pantalones en la lavadora.

Cuando regresé a la sala, mi padre y ella ya estaban esperándome, sentados a la mesa. No quería mirarla, así que desvié la vista hacia cualquier otro lado, entonces, vi el sofá.

—Nessie te ha preparado el tresillo para que duermas más cómodo —me aclaró Billy, que se había dado cuenta de mi careto de estupefacción.

Y ahora me hacía la cama, ¿a qué se debía tanta amabilidad?

—No hacía falta —gruñí, sentándome—. En cuanto pase la tormenta, me voy a largar de aquí.

Sí, porque esta situación era muy incómoda para mí, y totalmente surrealista.

Pero cenar, iba a cenar. Ya sabes, el hambre es el hambre. Bueno, ya que ella se había quedado y yo tenía que soportar su presencia, podía aprovecharme un poco de la situación. Y, la verdad, para ser sinceros, esto olía demasiado bien como para desperdiciarlo. No me iba a morir por cenar algo tan rico, aunque lo hubiese hecho ella. Eso sí, lo comería lo más deprisa que pudiera para pirarme de aquí cuanto antes, y tampoco tenía pensado dirigirle la palabra.

—Pues tiene toda la pinta de que no va a parar —declaró ella, cogiendo sus cubiertos para comenzar a zampar.

Bueno, sólo una frase.

—Puede que la lluvia no pare, pero la tormenta pasará. Y eso es suficiente para que pueda dormir afuera —alegué, con acidez.

Bueno, vale, eran dos frases.

—A veces los rayos caen y, sin embargo, nunca ha llovido —afirmó, mirándome con una intención que no pillé.

¿A qué venía esa frase tan tonta?

—Pues si no llueve, más fácil me lo pones —respondí, metiéndome un buen bocado de comida en la boca.

Que estaba riquísima, por cierto, había que reconocérselo.

—La verdad es que no tiene pinta de parar. Deberías dormir dentro —me aconsejó.

—La lluvia es lo que menos me preocupa, créeme —le contesté, de mal rollo.

—Pues ya te he preparado el sofá.

—Pues no haberlo hecho.

Mierda. Sin darme cuenta, ya estaba conversando con ella. Bueno, conversando no, esto se parecía más a una discusión estúpida.

Billy nos miraba a los dos con un poco de prudencia. El muy idiota intentaba disimular, fijando la vista en el televisor como si no pasase nada, pero podía ver cómo nos observaba por el rabillo del ojo.

—Pues si no duermes dentro, me iré fuera contigo —espetó, con terquedad.

Giré el rostro hacia ella y la fulminé con la mirada.

—Ni se te ocurra —gruñí.

—Pienso hacerlo.

Clavó esos ojazos en los míos con esa determinación que conocía tan bien. Esta era capaz de seguirme y todo si me largaba por ahí, o peor, si me piraba lejos y ella se perdía al seguirme o algo, sabía que terminaría dando la vuelta para buscarla como un imbécil. Eso me haría parecer más patético todavía, y, encima, delante de ella.

Solté todo tipo de maldiciones en mi fuero interno. ¿Por qué me tenían que pasar a mí estas cosas?

Dejé que continuase ese silencio que había quedado y volví mi enfrascada y malhumorada cara al plato para seguir cenando.

—¿Dormirás en el sofá? —preguntó, al ver que yo no le contestaba.

¿Pero a ella qué le importaba? No se había preocupado por mí en todo un año.

—Sí, dormiré en el dichoso sofá, ¿contenta? —refunfuñé, resoplando.

—Eso está mejor —sonrió.

Otra vez su sonrisa me pareció perfecta, dulce y cariñosa...

Percibí cómo el labio de Billy se elevaba ligeramente por uno de sus lados. Me dieron ganas de lanzarle algo para borrarle esa estúpida mueca de satisfacción.

Carraspeó y volvió la atención a la mesa.

—Esto está riquísimo, ¿verdad, Jake?

Genial. Ya empezaba. Esto ya me lo temía yo...

—Sí, muy rico... —mascullé, de mala gana, clavando el tenedor en un trozo de carne.

La verdad es que lo estaba. Lo estaba como siempre lo habían estado todas sus recetas, pero este plato era mi favorito. No pude evitar que mi chamuscado cerebro volviese a preguntarse por qué lo había hecho.

—Gracias —asintió ella, sonriendo otra vez.

Me empeñé en fijarme en la pantalla de la tele, pero mi desobediente vista se me iba, se me iba.

—Dicen que a un hombre se le conquista por el estómago —rió Billy.

¿Sería idiota...?

Llevé mi mano hacia delante para coger mi vaso de agua, intentando fingir indiferencia mientras *veía* la televisión.

—Lo sé —sonrió ella de nuevo; y llevó sus ojazos de café a los míos para engancharlos con una mirada llena de intenciones.

El espasmo que me dio hizo que mi mano calculase mal y empujase el vaso. Éste cayó, chocando con mi plato, lo cual produjo un ruido un tanto estrepitoso, y el agua se desparramó por mi comida y por el mantel, llegando incluso a salpicarme algo en la camiseta.

—Mierda, genial —protesté, levantándome de la silla con rapidez para que el agua no llegase a mis pantalones, mientras me secaba la camiseta con las manos.

—Vaya por Dios —murmuró Billy, tirando su servilleta encima del charco del mantel para que el líquido dejase de gotear en el suelo.

—Deja que te ayude —se ofreció ella, poniéndose de pie.

Se acercó a mí y comenzó a secarme la camiseta con su servilleta.

—No, deja —me aparté, con nerviosismo—. No... no es nada, ya secará.

—Te cambiaré el plato y te echaré otro poco —dijo, dejando la servilleta en la mesa para recogerlo.

—No, no hace falta —le paré, cogiendo el plato yo—. Ya cené bastante. Seguid... seguid cenando vosotros.

Y corrí hacia la cocina. Dejé el plato en el fregadero y apoyé las manos en la meseta, inclinándome un poco hacia delante.

Me sentía un poco aturdido y desconcertado. ¿A qué venía tanta amabilidad ahora? Rechiné los dientes cuando me di cuenta del por qué. Era evidente que intentaba ser simpática para que la llevase a esa dichosa montaña de Canadá. Pues lo llevaba claro, porque no pensaba hacerlo.

Salí de la cocina y me dirigí al sofá para ver la televisión.

—¿No te sientas con nosotros? —quiso saber mi viejo—. Aún no hemos terminado.

—Pero yo sí —respondí, cogiendo el mando de la mesita.

—No seas maleducado, Jacob —me regañó.

—Bah, déjame en paz —mascullé, dejándome caer en el tresillo, que estaba cubierto con sábanas y una manta.

—Este chico —farfulló primero—. Creo que todavía no ha pasado la adolescencia —afirmó después para hacerle la gracia a ella.

Le dediqué una mirada asesina mientras hacía zapping.

—No importa —sonrió ella.

Se hizo un placentero momento de silencio en el que sólo se escucharon los cubiertos trabajando sobre los platos.

—Dime, Nessie, ¿quién te está persiguiendo y por qué? —inquirió Billy.

—No puedo... decirlo —declaró ella, bajando la mirada.

Ja. Genial. Encima, no nos decía nada.

—¿Es por seguridad? —siguió mi viejo.

¿Es un secreto?, pensé yo, con retintín.

—Sí —asintió—. No puedo desvelar nada, lo siento. Tenéis que confiar en mí —y llevó sus pupilas a las mías, solicitándolo.

¿Confiar en ella? ¿Después de lo que me había hecho? ¡Ja!

No dije nada, volví la vista a la televisión y la obligué a quedarse allí tiesa, aunque eso me costara que se me secasen los ojos y se me cayesen rodando por el suelo.

—Bueno, si es así, lo haremos —aceptó el ingenuo de Billy. Que hablase por él—. Supongo que tu familia tendrá una buena razón para eso.

—Gracias, Billy. Oye, ¿qué tal están los chicos? —preguntó ella, se notaba que para cambiar de tema.

—Bien, hoy tenían una fiesta en First Beach, ¿no es así, Jacob? —y giró medio cuerpo para mirarme.

—Tenían —maticé, simulando un completo pasotismo.

—Sí, bueno, con esta lluvia seguro que han tenido que cancelarla —afirmó, volviéndose hacia ella de nuevo.

—Vaya, pobrecitos —rió ella.

Sí, pobrecitos. Me reí en mi fuero interno con un poco de malicia. Les había caído bien, por insistirme tanto con el tema. Se les acabaron las *chicas* por hoy. Mañana tendría material para meterme con el pesado de Embry.

—Es una lástima. Si no hubiese llovido, podíais haber ido hasta allí.

Sí, claro, cogiditos de la mano, no te digo... Este hombre estaba chalado.

—Bueno, no sé si hubiera sido buena idea —declaró ella, llevando la vista hacia su plato.

Mira, ya estábamos de acuerdo en algo.

—Ellos no están enfa...

Mi fuerte carraspeo le puso en sobre aviso. Como abriera más la boca, le tiraría el mando a esa cocorota dura que tenía. Billy entendió

mi mensaje a la perfección y cerró su pico de oro. Al menos en este asunto, porque ella le preguntó cómo le iba y Billy se puso a hablar sobre sus hazañas de pesca, cosa que no le interesaba ni a él.

Intenté prestar la menor atención posible a la conversación que siguió, pero de vez en cuando mis estúpidos oídos se empeñaban en poner la parabólica.

Después de ese rato de charla, recogieron la mesa y la cocina, y regresaron a la sala.

Ella se metió en mi dormitorio y Billy colocó su silla junto al sofá para ver la televisión conmigo.

No llevábamos ni tres minutos de esa serie policíaca que mi viejo solía ver, cuando ella volvió a salir de mi cuarto.

Mi primer medio giro de cabeza fue para dedicarle una mirada recelosa, pero mi rostro volvió a voltearse súbitamente cuando la miré mejor. Mi corazón sufrió otro espasmo y el mando bailó un segundo en el revoltijo que mis torpes y nerviosas manos formaron de repente, hasta que no pude impedir que se me cayese al suelo.

Se había puesto una de mis camisetas, que le quedaba bastante amplia y le llegaba a los muslos, aunque debajo solamente vestía unos shorts de esos cortitos en color rosa pastel.

Tuve que respirar bien hondo y tragar mucha saliva para conseguir que mi vista regresara al televisor.

Mierda, mierda.

Sí, esto era una equivocación, debería largarme de aquí ahora mismo.

Pero el idiota de mí no lo hizo.

Recogió el mando del suelo y se sentó junto a mí, acomodándose de lado, doblando las piernas para ponerlas sobre el sofá y reposando su codo en el respaldo para apoyar su cabeza en esa mano que se metía por su espeso cabello, éste se esparcía por todo su brazo.

Esto era surrealista.

—Espero que no te importe que te cogiera una de tus camisetas, no tenía nada para dormir —me dijo, ofreciéndome el mando.

—Haz lo que te de la gana —refunfuñé.

Eso hizo que no tuviera más remedio que mirar en su dirección para cogerlo.

Dios. ¿No había nada más sexy en el armario? Aunque a ella le quedaría bien cualquier cosa, claro, estaría sexy hasta con un harapo. No pude evitar que mis ojos actuaran con autonomía propia y le echasen un

buen repaso. Sí, yo lo sabía muy bien, estaba muy, muy buena, como un tren, más que eso, estaba tremenda. Vaya, que mis hormonas estaban muy revolucionadas, vamos, hacía un año que yo no..., bueno, que no... Y, encima, sólo tenía ojos para ella. Y ella estaba aquí, justo a mi lado, a un solo movimiento mío...

Me pregunté si llevaría algo debajo de esa camiseta...

¡Arg! ¡Mierda! ¡Basta, basta!

Agarré el mando con precipitación y, del mismo modo, me eché a un lado para apartarme de ella, apoyándome entre el respaldo y el brazo del sofá. Peleé con mis tercas pupilas para que se despegasen de ese cuerpazo, aunque no podía dejar de echarle vistazos de reojo de vez en cuando.

Tenía que tener cuidado, ella era como una de esas sirenas que embelesan al marinero para después arrastrarlo al fondo del mar con el fin de ahogarle.

Me pasé el resto de la serie de esta guisa, peleándome conmigo mismo para no sucumbir a sus más que evidentes encantos. Para colmo, yo tenía que dormir aquí, en este incómodo tresillo, y no me quedaba más remedio que quedarme y esperar a que Billy y ella se fueran a la cama.

Volví a replantearme seriamente lo de pirarme para dormir fuera, pero fue entonces cuando ella decidió que era hora de irse a la cama.

Aleluya.

—Hasta mañana, Billy —se despidió, con una sonrisa, poniéndose en pie.

Mi vista se escapó hacia ella otra vez. Maldita sea...

—Hasta mañana, que descanses —le contestó Billy.

—Hasta mañana, Jake —murmuró, con voz más dulce.

Se quedó mirándome para ver si yo le decía algo, pero opté por no hacerlo. Sólo me limité a mirarla con ese recelo que le tenía reservado antes.

Respiró hondo y se dio la vuelta para caminar hacia mi dormitorio.

Y mi vista volvió a clavarse donde no debía. ¡Maldita sea!

En cuanto arrimó la puerta de mi cuarto, mis ojos pudieron tomarse un respiro, pero a mi pobre cerebro le vino trabajo por otro lado. Billy giró sus ruedas con brío y se acercó a mí.

Fruncí el ceño, a la defensiva. ¿Es que esta tortura no iba a parar?

—Tienes que ayudarla —empezó, bisbiseando las palabras—. Tienes que llevarla a esa montaña de Canadá.

—¿Qué dices? —mis cejas se hundieron más—. No pienso hacerlo.

—Piénsalo, hijo —me cuchicheó el muy tonto, como si así ella no fuera a escucharlo—. Serán varios días, estaréis a solas, es una buena oportunidad para volver a...

¿Qué demonios decía? ¿Había bebido o qué?

—Para, para, para —le corté, enfadado, haciendo aspavientos con las manos—. Ni hablar. Ni hablar, ¿me oyes?

—Pero, escucha, si tú...

—Se acabó —volví a interrumpirle, levantándome—. Si no dejas este tema ya, me piro.

—Vale, está bien —resopló él, moviendo las ruedas para alejarse—. Haz lo que quieras, pero creo que estás perdiendo una oportunidad de oro. Luego no digas que no te lo he dicho.

Y se metió en su dormitorio, cerrando la puerta a sus espaldas.

Rechiné los dientes. Oportunidad de oro, decía. Chisté.

Apagué la televisión y la luz, y me tiré en el sofá de nuevo, recostándome.

Idiota. ¿Es que se creía que porque estuviéramos a solas unos pocos días ella iba a volver conmigo?

Sin embargo, esa absurda, alocada e imposible idea empezó a agujerear mi cabeza. Sólo fue el pinchazo de un alfiler, pero fue suficiente para que un gusano ya comenzase a hurgar donde no debía y me hiciese daño. Se colaba poco a poco por ese agujero para internarse en mi cerebro, comiéndose todas las zonas blandas de éste.

¡Estúpido! Eso era imposible, imposible. Estaba más que cantado lo que sucedería si la llevaba allí. Ella se marcharía después con ese imbécil con el que estuviese, se iría con él, y yo me quedaría hecho polvo de nuevo. Y esta vez no podría soportarlo, no podría aguantar que me dejase dos veces. No, no, ni hablar.

No sé cuánto tiempo pasó, pero los minutos fueron devorados mientras yo intentaba concentrarme en el sonido de la lluvia para no pensar en ella, cosa que era inútil, por otro lado. Maldita sea, no podía quitármela de la cabeza. Porque ella ocupaba todos, cada uno de mis pensamientos, siempre lo había hecho, pero es que hoy era especialmente duro. Ella estaba aquí. Aquí.

Mis ojos se fueron hacia la puerta arrimada de mi dormitorio. La vaga luz nocturna entraba a través de las ventanas y proyectaba en la misma el agua que chorreaba por los cristales. La tenía tan cerca. Solamente tenía que levantarme y caminar un par de pasos...

Sí, estaba chiflado. Sabía que el tenerla aquí iba a volverme loco, pero no pude evitarlo, la tentación era demasiado fuerte.

Me levanté despacio como un sonámbulo y caminé sigilosamente para acercarme a la puerta. Cuando llegué, me pegué a ésta y me quedé inmóvil.

¿Qué estaba haciendo? ¿Es que era masoquista o qué? Sí, claro que lo era, porque no debería, no debería. Ella era mi droga, esa droga prohibida, esa que cuando pruebas una sola gota, ya no puedes dejarla. Luego me iba a arrepentir... Me mordí el labio, dudoso. Pero sólo quería verla una vez más antes de dejar que mañana se marchase. Sólo una mirada. Lo necesitaba.

Antes de que terminase de pensar todo esto, mi mano ya estaba empujando la puerta. La abrí lentamente, procurando que la hoja hiciese el menor ruido posible, y me asomé.

Ella estaba tumbada, dentro de la cama, durmiendo. Bueno, sí, vale, era lógico, ¿no? No iba a dormir en el armario.

—Jake —me llamó de pronto, con un bisbiseo.

Pegué un bote, del susto. Guay. Menudo pillaje.

—No... no es lo que piensas —expliqué, y llevé mi mano a mi pelo para revolverlo con nerviosismo mientras buscaba una excusa—. Venía... venía a por unos pantalones cortos —se me ocurrió, entrando en la habitación del todo para acercarme al armario—. Con este calor no puedo dormir.

—¿Quieres que te quite la manta? —se ofreció, incorporándose.

—No, deja, ya me pongo esto —no pude evitar que mi tono saliera con ese desagrado, aunque en esta ocasión fue más bien por esta situación tan ridícula en la que el idiota de mí se había metido solito.

¿Quién me mandaría a mí venir a mirar? Había que ser imbécil...

—Vale, como quieras —asintió ella, con amabilidad, haciendo caso omiso a mis bufadas.

Cogí los primeros pantalones cortos que pillé, cerré el armario y me dirigí a la puerta de nuevo.

—Jake —me llamó otra vez.

Me giré a regañadientes, preguntándome a mi mismo por qué narices me giraba.

—¿Qué pasa? —suspiré.

—¿Puedes dejar la puerta abierta? Es que no me gustan los sitios cerrados.

¿Desde cuándo se había vuelto tan quisquillosa?

Resoplé por las nupias y me di la vuelta para salir del dormitorio, dejando la puerta abierta.

Estupendo. Ahora tendría que dormir en el sofá, con esa puerta abierta toda la noche. Ahora su efluvio flotaría con más libertad en el ambiente. Ahora sería como si durmiésemos en la misma habitación, o parecido, vamos.

Me tiré de mala gana en el tresillo, sujetando esos pantalones cortos en la mano. Los miré con mal humor y terminé lanzándolos contra el suelo, rabiado.

Después, me acosté e intenté concentrarme en el sonido de la lluvia una vez más para que mi cerebro no pensase en ella. Y, de nuevo, fracasé.

SI DIESEN PREMIOS A LA ESTUPIDEZ, YO QUEDARÍA EL PRIMERO EN EL PÓDIUM, SEGURO

No pegué ojo en toda la noche. A la mañana siguiente me levanté hecho trizas, los muelles de ese sofá se me habían clavado en el costado y en la espalda continuamente, recreándose en mi patético dolor para que sufriera más. De nada me sirvieron mis inútiles intentos por evitarlos, y, encima, ese asqueroso gusano que ya estaba dentro de mis sesos no me había dejado en paz durante mi desconcertado insomnio.

Tuve que esperar a que ella terminase de ducharse y se secase el pelo con ese secador que Rachel había dejado aquí, para pasar al cuarto de baño, ya que se había levantado muy temprano y se me había adelantado. En cuanto pasó a mi dormitorio, me levanté y entré.

Cuando terminé de ducharme y salí de allí para dirigirme a la sala, Billy ya había terminado de preparar el desayuno y estaba sentado a la mesa, junto a ella.

Me quedé trabado como un tonto al verla. Mantenía una animada charla con Billy y sus labios dejaban ver esa sonrisa tan dulce. Se percató de mi presencia enseguida y dirigió sus preciosos ojos hacia mí.

—Buenos días, Jake —me sonrió.

Cogí una buena bocanada de aire para que mi pulso se controlase y todo en mi organismo volviese a la normalidad.

—Buenos... buenos días —murmuré, enfurruñado.

Me obligué a mover los pies y me acerqué a la mesa para sentarme, eso sí, lo más alejado de ella que pude.

Pasé de charlar con los dos, no me apetecía, así que estuve todo el desayuno con la vista clavada en el plato. La verdad es que todavía tenía la cabeza como un bombo, y lo único que deseaba es que ella se fuera lo más pronto posible de aquí para seguir con mi vacía y patética vida, que se largase de una vez para, después, volver a reconstruir mis ruinas lo antes posible. Sí, porque eso es lo que era yo sin ella, las ruinas de algo, y ella había aparecido para patearlas una vez más, desperdigándolas por todos sitios en trocitos aún más pequeños.

El horizonte que se me planteaba a partir de este día en el que ella se marcharía otra vez era desolador. Ahora tendría que empezar de nuevo, tendría que volver a construir ese rascacielos infinito y cochambroso que no se terminaba nunca, que era incapaz de levantar y que estaba cimentado en arenas movedizas. Eso es lo que era yo. Sin embargo, en este año no había puesto ni la primera piedra, y con su segunda marcha ahora los cachitos eran más pequeños, prácticamente se habían pulverizado. Y las arenas movedizas seguían engulléndome, ya me llegaban al cuello.

Me levanté el primero de la mesa. Recogí mi plato, lo llevé a la cocina y me dirigí al baño para lavarme los dientes. Mi pericia con la pasta dentífrica hizo que me manchase la camiseta.

—Mierda —mascullé, escupiendo el último enjuague de mi boca.

Intenté limpiarlo con la toalla, pero el blanco de la pasta se quedó bien incrustado en el negro de la tela.

Guay.

Suspiré y salí de allí para entrar en mi habitación. Me dirigí al armario, cogí otra camiseta limpia y me cambié. Iba a salir de nuevo, cuando algo captó mi atención, y me detuve.

Ella había dejado varias cosas sobre la cama para guardarlas después en su mochila. Había algo de ropa, entre la que se incluían esos shorts rosa pastel, una caja metálica, un monedero pequeño y el recipiente de lo que parecía ser un medicamento.

Mis ojos se abrieron como platos y mi respiración comenzó a escapárseme con agitación cuando vi de qué se trataba ese medicamento. No era un medicamento. Ese recipiente lo conocía muy bien. Era ese pastillero de forma elíptica, con los días de la semana marcados en el borde. Eran esas píldoras anticonceptivas que Carlisle le conseguía.

Mis manos se cerraron en puños apretados y la camiseta que sostenía una de ellas se cayó al suelo.

No... no podía ser... Ella... se... con ese...

Noté su presencia en la habitación, detrás de mí, y me giré lentamente. No pude evitar que mis pupilas se clavasen en ella con esa mezcla de angustia y reproche. Sus ojos, en cambio, parecían alertados por mi descubrimiento, casi diría que con una gran preocupación.

—Jake, no... no es lo q... —alegó, con voz queda, suplicándome con la mirada.

Pero mi mente ya comenzaba a crear su propia película. Llevé mis manos a mi pelo con nerviosismo y rabia, y mis pies empezaron a moverse de aquí para allá, tratando de que esa maldita imagen se largase de mi cabeza. No podía soportarlo, no podía soportarlo...

—Jake, por favor, escúchame —se acercó hacia mí y llevó su mano a mi brazo.

—¡No me toques...! —mascullé, apretando los dientes con furia, esquivándola con brusquedad mientras la miraba con esa condena inevitable, con esa acusación, esa rabia, esa ira que ya empezaba a carcomerme con voracidad.

No, no podía soportarlo.

Salí de la habitación con urgencia, tenía que pirarme de allí, alejarme todo lo posible, sin embargo, ella empezó a seguirme.

—¡Jake! —sollozó, mientras caminaba detrás de mí—. ¡Jake, escúchame! ¡No es...! ¡Son para...! ¡Las tomo para nuestra lu...! —las frases se le quedaban colgando en la garganta—. ¡Jake! —lloró.

—¿Qué pasa? ¿A dónde vas? —preguntó Billy, en mi trayecto.

Abrí la puerta de casa de un bandazo y eché a correr a toda velocidad hacia el bosque. No sé por qué coño no me transformé, bueno, sí, porque lo único que quería era destrozar algo, destrozarlo como un hombre.

—¡Jake, espera! —gritó ella, a mis espaldas.

No, no podía soportarlo. Esto era demasiado doloroso para mí, demasiado, era una tortura, me quemaba por dentro. Porque la sola idea de que otro hombre pudiese gozar de su piel, de que le tocase uno solo de sus cabellos, me volvía completamente loco, la ira que se encendía en mí me cegaba.

¡No! ¡No lo soportaba!

Los dientes me rechinaron tanto, que la mandíbula hasta me dolía, de lo que apretaba, casi se me parte en dos. Le di un fuerte puñetazo a una

rama que se interpuso en mi camino, la cual salió despedida en astillas, y aceleré. No tardé mucho en sacarle ventaja y en esquivarla.

No era tan idiota como para pensar que ese desgraciado con el que estuviera no la besaba, y sabía de sobra que habría más cosas, sin embargo, algo dentro de mí siempre me había dicho que ella no se iba a entregar a él, que ella jamás sería completamente suya, que eso era imposible. No, no podía creerlo, ella no. Era imposible. Eso me había mantenido más o menos cuerdo todos estos meses. ¡Estúpido! ¡Estúpido de mí! Jamás me había imaginado que iba a chocar con esto de morros y tan directamente, tan claramente. Era como un escupitajo en la cara.

Intenté evitar que esa sucia y cruel imagen se proyectase en mi más que martirizado cerebro, porque la vaga idea me hacía perder el control, llevaba esta lengua de fuego por todo mi cuerpo y llenaba mi cabeza de cosas innombrables, pero fue inútil. La película de otro hombre osando a poner sus sucias manos sobre mi ángel me cegó del todo.

Me lié a golpes y patadas con todo lo que encontré a mi paso, ramas, troncos, rocas... Todo, todo me servía para sacar esta cólera rabiosa y celosa que llevaba dentro y que me quemaba. Ardía, mi sangre ardía. Mis nudillos ya estaban en carne viva, pero me importaba una maldita mierda, antes de que la sangre que resbalaba por mis manos consiguiera tocar tierra, ya se estaban curando. Además, ese dolor no era nada comparado con el que afligía a mi corazón. Estúpido corazón, todavía latía por ella.

Quebré varios árboles y le hice una poda a otros cuantos, hasta que ya me quedé sin fuerzas y me detuve, agotado.

Apoyé mis ensangrentadas manos en el tronco de un pino y me incliné hacia delante para calmar mi rabiosa respiración, estrujando los párpados y los dientes.

Las heridas de mis manos ya se habían curado, aunque la sangre seguía en ellas, sin embargo, la herida de mi corazón se había abierto de par en par, éste sí que sangraba a chorros.

Escuché sus pisadas detrás de mí y se detuvo a mis espaldas, quedándose en silencio. Podía notar su mirada clavada en mi nuca.

No podía creerlo. ¿Por qué me seguía? ¿Por qué no me dejaba en paz? ¿Es que le divertía seguir torturándome?

—Lárgate —mascullé, rechinando los dientes con rabia.

—Jake, quiero explicarte..., pero no... —se lamentó, con un evidente nudo en la garganta, mientras recogía las manos en puños apretados.

Hablaba como si estuviese desesperada. ¿Desesperada? ¿Y cómo tenía que estar yo?

Me giré con brusquedad para quedarme delante de sus narices.

—No quiero explicaciones —le respondí, igual que antes—, quiero que te vayas.

—Tienes que creerme —imploró, con los ojos llorosos—. No hay... —su voz se quedó atascada—. Tú eres el...

¿Qué le pasaba? ¿Es que le había comido la lengua el gato?

—¿A qué has venido a La Push? —inquirí, más que enfadado, sacando todo el reproche que llevaba dentro—. ¿Has venido a regodearte? ¿A ver lo infeliz que es Jacob Black?

Su rostro se retorció en dolor.

—Claro que no —respondió—. Yo te... No quiero que sufras.

—Es demasiado tarde para eso, ¿no crees?

—Si me dejaras explicarte que... —y enmudeció de nuevo—. No es lo que... Yo también...

Sus manos subieron a su cabello con agitación y ansiedad.

—No hay nada que explicar —afirmé, dando paseillos de aquí para allá, irritado—. Me abandonaste, me dejaste tirado como a un perro a dos días de la boda.

—No fue... Eso no... —su rostro se retorció más, cerrando los párpados.

Me paré en seco frente a ella.

—¿Quieres saber por lo que pasé? —le solté, preparando mi arsenal de reproches. Ya puestos, iba a desahogarme—. Fui a buscarte —le confesé, enrabiado. Abrió los ojos de sopetón para mirarme sorprendida—. Me pasé llorando dos días, sentado en First Beach por si aparecías, por si te arrepentías. Pero no apareciste. Y aún así, salí en tu busca, soy un imbécil —reconocí, llevando mi mano a mi nuca mientras miraba hacia otro lado y rechinaba los dientes—. Adivina cuál fue el primer sitio al que fui a buscarte —y giré el careto para mirarle. No me contestó, se limitó a observarme con esos ojazos llenos de una mezcla entre horror e incredulidad—. Exacto, a Anchorage.

—Eso... eso es imposible —murmuró, confundida—. Mi padre... —y miró al suelo, como si hubiese caído en algo.

—En mi forma lobuna es muy fácil deshacer las ondas que desprende tu padre, mi don espiritual las pulveriza como si fuesen humo —declaré, con un poco de altivez ácida. Ella alzó la vista, asombrada—. Así que él

no podía hurgar en mi mente y no notó mi presencia. Adivina qué se cocía en la casa —seguí con mi juego de las adivinanzas, pero ella tampoco respondió esta vez—. Estaban hablando de tu *boda* —mi boca se negaba a pronunciar ese vocablo que ahora era tan amargo—, de tu boda con ese *tipejo* con el que estás —no pude evitar matizar la palabra con ira.

—¿Qué? —musitó, sin creérselo.

No se esperaba que yo me hubiese enterado, eso se notaba.

—Me dejaste para casarte con él —mascullé, con rabia.

Pronunciarlo en voz alta me dolió como si me hubiesen sacado el hígado de cuajo.

Su lengua se quedó parada en el paladar.

—Jake, escucha... —murmuró después, con voz trémula, acercándose a mí con ansiedad.

La esquivé y seguí con mi monólogo de patéticas confesiones, entre paseos intranquilos.

—Después de escuchar eso, me largué durante meses —revelé, dolido y enfadado.

—Cinco meses —acertó.

Me paré para mirarla alucinado. ¿Cómo sabía eso? Bueno, aunque enseguida supe la razón. Billy debía de habérselo dicho en algún momento, mientras me estaba duchando o algo. ¿Sería bocazas?

—Sí, cinco meses —reconocí, cabreado—. Cinco malditos meses. Hasta que regresé. Este año ha sido un infierno para mí, no te puedes imaginar cuánto.

—Lo... lo siento —se aproximó a mí, otra vez con los ojos suplicantes y llenos de ansiedad—. No te imaginas lo que me... Verte así me... —llevó la mano a la frente, parecía frustrada por algo.

Volví a apartarme de ella. No quería mirarla.

—Lo teníamos todo, creía que éramos felices —seguí, paseando frenéticamente a la vez que mi mano se aferraba a mi corto pelo.

—Jake, no lo entiendes, no es... Yo te... —miró a un lado con nerviosismo y giró su rostro hacia mí de nuevo—. Anchorage. ¿Te acuer...? Recuer... lo que te... La pro...

Ella también llevó la mano a su cabello con desesperación. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso no tenía agallas para decirme la verdad?

—Recuer... la pesa... —cerró los ojos como esforzándose y los volvió a abrir para seguir hablando—. Los mal... Los sueños a veces se cumplen —y se quedó mirándome, esperando algo.

—Los sueños —repetí, expulsando el aire por la boca con enfado—. Seguro que los tuyos se han cumplido del todo, ¿verdad?

—No es eso a lo que me... —y su lengua se detuvo otra vez.

—Pues los míos se han roto del todo —confesé, dolido, preguntándome a mí mismo por qué era tan estúpido por rebajarme a este nivel—. No tienes ni idea de lo que he pasado. ¿Y ahora apareces otra vez, pidiéndome que te lleve a no sé qué mierda de montaña de Canadá? —bufé.

—Sí, ya... ya sé que suena muy raro —asintió, nerviosamente, cerrando los ojos. Luego, los abrió para clavarlos en los míos con prisas—. Pero tienes que confiar en mí, no queda mucho tiempo.

—¿Confiar en ti? —cuestioné, con una acidez que me raspó hasta la garganta—. ¿Después del daño que me has hecho?

—Te juro que yo no... —su desesperada voz se paró abruptamente.

Sus pies comenzaron a moverse de aquí para allá mientras estudiaba el suelo como si estuviese buscando algún tipo de respuesta en él.

No entendía su actitud, estaba rara, se la veía muy nerviosa.

De pronto, se detuvo y se quedó frente a mí.

—Mira esto —y alzó la mano para ponerla en mi mejilla.

¡Uf! Eso sí que no. No quería más recuerdos, los pocos que yo mismo me atrevía a insinuar ya me hacían demasiado daño. No podría soportar que apareciese ese... *cretino* en alguna de sus imágenes. No quería saber cómo era, quién era. Eso haría que perdiese la cabeza del todo.

—No, apártate —rechiné los dientes, moviéndome a un lado para esquivar su mano—. No quiero que me toques.

—Por favor, Jake —suplicó, mirándome con unas pupilas ansiosas y húmedas—. Tienes que llevarme a esa montaña, y tenemos que partir ya mismo. Es muy urgente.

—No, no pienso llevarte —me negué, hablando con rabia—. Lo único que quiero es que te largues de aquí y me dejes en paz.

—Jake, por favor —siguió, lloriqueando—. Ojalá pudiera..., pero no... Sólo te pido que confíes en mí.

Pero, ¿por qué me hacía esto? Y encima, se ponía a lagrimear. Eso me hería más, porque, para colmo, no soportaba verla llorar. Sí, eso hacía que mi corazón se ablandase, y no podía permitirlo, era demasiado

peligroso. Mi confuso miedo produjo en mí una reacción antagónica, mi mecanismo de defensa saltó como un automático eléctrico y me hizo responder con cólera. Solté las palabras casi sin pensar.

—¡He dicho que no! —grité, furioso—. ¡¿Es que no lo entiendes?! ¡No quiero tenerte delante! ¡No quiero olerte, no quiero verte, no quiero notar tu presencia! ¡Me dan náuseas! ¡Quiero que te largues, que salgas de mi vida ya! ¡No te soporto! ¡Te odio, ¿me oyes?! ¡Te odio!

En cuanto terminé esa parrafada, ya me arrepentí.

Su hermoso rostro fue barrido por el dolor que mis crueles y falsas palabras le causaron. Sus ojos desbordaron más lágrimas mientras hacía negaciones con la cabeza y, cuando me quise dar cuenta, ya estaba echando a correr entre los árboles, perdiéndose de mi vista.

Mi corazón saltó, tocado y angustiado. El sentimiento de culpabilidad me barrió de arriba abajo como un tsunami imparabile.

—Mierda —masculle, en voz alta, enfadado conmigo mismo por espetar esas frases que no sentía de verdad—. ¡Mierda! ¡No, espera!

Y ahí me tenías, corriendo detrás de ella como un auténtico idiota. ¡Arg, sí, era idiota, idiota! Porque estaba herido de muerte, pero, aún así, de pronto sentí que no podía dejarla marchar, y encima se había ido ella sola.

La busqué ansiosamente entre los árboles, ella me había sacado algo de ventaja y ya no la veía. Corrí como un poseso, guiándome por su maravilloso aroma.

¡¿Por qué había sido tan ruin?! Eso había sido un golpe bajo, demasiado mezquino, demasiado. Y demasiadas mentiras juntas.

Su olor se concentró en una zona más boscosa y aceleré.

La divisé entre los árboles y, entonces, mis ojos se abrieron como platos, haciendo que mi fuego saltara como un resorte rabioso.

—¡No! —grité, cayéndose hacia atrás.

Fue imparabile, instantáneo, no lo dudé ni un solo instante.

Salté en esa dirección y me transformé en pleno vuelo, aterrizando justo delante de los tres vampiros para interponerme entre ellos y mi ángel, rugiéndoles en la misma cara como una fiera salvaje. Nadie la tocaría. ¡NADIE!

—Es él —habló uno de ellos.

Parecían asombrados por mi presencia, como si no se la esperasen.

Volví a rugir con cólera incontrolada, provocando la escapada de varios animales, y noté cómo ella se levantaba para quedarse detrás de mí.

Eso me tranquilizó, estaría más segura en mi retaguardia. Aunque tampoco entendí por qué no se transformaba. Bueno, estos tres no eran nada para mí, así que, pensándolo bien, lo prefería.

Ese trío lucía sus asquerosas almas putrefactas de color malva, y también percibí un ligero vaho que me mostraba el temor que les infundía, pero algo me extrañó de ellos. No olían absolutamente a nada.

Más o menos me di cuenta del por qué. Debajo de la segunda piel de sus condenadas almas, había otro envoltorio de color grisáceo. Éste les cubría completamente, y era apagado, no brillaba. No entendía muy bien a qué se debía esto, pero estaba más que claro que eso era lo que anulaba su repelente olor.

Malditos chupasangres. Siempre buscando trucos baratos para confundirnos.

No les di opción a charlas, y tampoco me fijé en ellos mucho más, para mí eran todos iguales, solamente en que iban completamente de negro. Esas sanguijuelas formaban parte de aquellos que la estaban persiguiendo. Eso era más que suficiente para que mi furia explotara como la lava de un volcán.

Me abalancé hacia ellos sin un atisbo de duda, rugiendo con más que ira. Dirigí mi primer ataque al que rezumaba más vaho. Miedica. Su impresión y su terror fue su perdición. Nunca dejes que un lobo te huela el miedo, eso es toda una invitación. Le arranqué la cabeza de cuajo en pleno vuelo y la lancé con saña hacia un lado. El cuerpo se desplomó en el suelo, pero la cabeza chocó con el tronco de uno de los árboles que nos rodeaban, provocando en el mismo una enorme fisura, y se quedó a unos pocos metros, con ese patético horror todavía dibujado en el careto.

Los otros dos intentaron asaltarme de frente, pero yo no vacilé en ningún momento. Me lancé a por ellos con la misma rabia, sin embargo, uno de ellos pegó un elevado brinco y saltó por encima de mí, pasándome de largo.

—¡No! —volvió a gritar ella, a mis espaldas.

¡No la toques!, rugí, con cólera, dándole un fuerte empujón al que tenía delante para poder darme la vuelta e ir a por el otro.

Llegué a ese chupasangres y le destrocé el brazo de una dentellada antes de que él consiguiera agarrarla para llevársela. El vampiro empezó a bramar de dolor mientras se retorecía y se sujetaba lo que quedaba de su asquerosa extremidad.

Y, entonces, me quedé a cuadros cuando me fijé en ella.

Su alma refulgía con esa luz dorada, pero ella también estaba envuelta con algo debajo. Su envoltorio no era esa capa grisácea que lucían esos chupasangres, sino que se trataba de una especie de red negra más parecida a una telaraña cuyo epicentro se concentraba en la boca, distribuyéndose a partir de ahí hacia el resto del cuerpo.

¿Qué demonios...?

—¡Jake, cuidado! —chilló de pronto.

Noté un fuerte impacto en mi lomo, una apisonadora que me empujó y me arrojó al suelo, arrastrándome varios metros.

—¡Jake! —gritó ella, horrorizada.

Mierda, eran más buenos de lo que creía. Estos no eran como esos vampiruchos nómadas que venían en busca de emociones fuertes. Estos estaban preparados, bien preparados.

Me quedé sin respiración durante un par de segundos, sin embargo, enseguida reaccioné. Pude ponerme en pie antes de que el vampiro del muñón llegara hasta mí con un salto para aplastarme y continuara así el ataque de su compañero.

Pero no desaproveché esa acción suya. Ni hablar.

Cuando estaba aterrizando, mis fauces le sujetaron por los pies con un movimiento súbito y tiré hacia un lado. El vampiro del muñón se estampó de morros en el terreno y aproveché ese preciso momento para lanzarme hacia él con rapidez.

Sus gritos fueron estremecedores, tanto, que podía notar el vaho de su compañero rezumando en el ambiente con frenetismo. Intentó luchar, pero fue inútil. Lo desmembré con una saña rayana en el sadismo puro y duro, hasta que su destrozada cabeza también terminó rodando unos metros.

Me erguí con poder y autoridad y me planté delante del otro chupasangres, rugiéndole en la misma cara. Su vaho húmedo, frío y azulado casi llegaba hasta el cielo.

Se dio la vuelta con un movimiento casi imperceptible y echó a correr repentinamente. Sin embargo, yo no le di cuartel.

Salí despedido detrás de él y, de un potente salto, lo abatí como si de un tigre me tratase, arrojándolo al suelo para despedazarlo entre mis gruñidos y sus gritos de delirio.

Dejé esa porquería en el suelo cuando terminé del todo, escupiendo el último trocito.

—Jake —murmuró ella, ansiosamente, acercándose a mí para abrazarme.

Di un paso hacia atrás para apartarme y ella se detuvo. Observé frenéticamente esa telaraña que la envolvía y le eché un vistazo a los cuerpos destrozados que se repartían por el suelo. Sus oscuras almas aún relumbraban, éstas estaban llamando a los trocitos para revivirlos de nuevo, y esos envoltorios grisáceos seguían rodeando cada parte de sus cuerpos.

No sabía qué era, pero todo esto me daba muy, muy mala espina. Podía oler el inminente peligro, lo intuía. Entonces, esas palabras de Bella vinieron a mi cabeza para repetirse con urgencia, rebotando con todas las partes viscosas de mi cerebro: “por favor, Jacob, Renesmee se morirá si no la llevamos allí antes de seis días”.

Alcé la cabeza y mis ojos se toparon con los de ella, que me miraban implorantes, suplicantes.

No, no quería llevarla a esa montaña, pero, ¡mierda, mierda, mierda! Era esta estúpida pulsión. ¡Maldita sea! Ahora que había visto el serio peligro que corría, no podía dejarlo estar. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? Sí, definitivamente era un idiota, un tonto. Porque daba igual que me hubiese dejado por otro, yo siempre la protegería. Siempre, hasta la muerte. Acababa de hacerlo ahora mismo.

Además, ese imbécil con el que estuviera no debía de servir ni para ayudarla a cruzar un charco.

Eso sí, no pensaba ir solo con ella. Lo mejor era que alguien de la manada nos acompañase, cuantos más mejor. Mejor para protegerla, y mejor para no estar a solas con ella. Iba a tener que verla a todas horas, pero por lo menos...

Mis rapidísimos y neuróticos pensamientos enseguida se toparon con otro detalle, uno muy importante. Sólo tenía cinco días para llevarla a esa montaña, quien quiera que la estuviese persiguiendo ya había dado con ella aquí, y era alguien muy peligroso. Ahora mismo no teníamos tiempo para explicaciones, tenía que sacarla de aquí ya.

Vámonos de aquí, le dije, con ansiedad, empujándola con el hocico para que echase a andar.

—Tengo que coger la mochila —me indicó, interpretando perfectamente mis gestos—. Es importante.

Gruñí con desaprobación, pero si íbamos a ir a una montaña, necesitaría ropa de abrigo.

Bueno, está bien, bufé, cambiando de dirección. Vamos a por esa dichosa mochila.

Ella solamente escuchó mis gañidos y resoplidos, pero fue suficiente para que supiera lo que quería decir.

Galopé un poco más despacio para que ella pudiera seguir mi ritmo y comenzamos a dirigirnos a mi casa.

Me conecté para pedir ayuda automáticamente.

Quil, Embry, necesito que organicéis un grupo ahora mismo, les pedí. Tenéis que venir conmigo.

Algo captó mi atención en las imágenes que comencé a distinguir, pero Quil se adelantó a mi pregunta.

¡Ahora mismo no podemos! ¡Estamos luchando con unos chupasangres!

Malditos nómadas..., gruñí.

¡No, no son nómadas!, me aclaró, mientras seguía peleándose con uno. ¡Estos saben luchar bien, y van completamente de negro! ¡No sabemos quién demonios son, pero estaban por todas partes, Jake, y ni siquiera les habíamos oído!

Mi mandíbula se cerró audiblemente cuando escuché eso. Ya estaban aquí, y eran muchos.

Son ellos, mascullé, con rabia, para mí mismo.

¡Tendrás que ir tú solo a esa montaña con Nessie!

¿Pero qué...? ¿Ya estaban al tanto?

¿Cómo demonios sabes de qué se trata?, quise saber.

Vi cómo le arreaba un golpe a uno de ellos para quitárselo de encima.

¡Los Cullen han estado aquí esta mañana y nos lo han contado! ¡Fue gracias a ellos que descubrimos a todas estas sanguijuelas!

¡¿Los Cullen han estado ahí?! ¡¿Han vulnerado el tratado?!

Genial. Habían estado esta mañana, y seguro que ya se habían largado para dejarme a mí todo el marrón.

¡No, bueno, no han sido ellos exactamente, pero no tengo tiempo de explicártelo!, le metió una buena dentellada a otro y lanzó su brazo a un lado. ¡Al parecer, estos miserables llevaban una larga temporada...!, su pensamiento se quedó trabado, como si tuviese interferencias o algo así. Mierda, no puedo ni pens..., resopló y siguió pensando. ¡Ve yendo tú con ella, nosotros te alcanzaremos más adelante, cuando nos libremos de estos vampiros!

No me gustaba esa idea. No me gustaba nada. Pero, mierda, lo primero era su seguridad, y estaba claro que esos chupasangres que la perseguían lo hacían con mucho ahínco, puesto que ya habían dado con ella, y eso que solamente llevaba una noche aquí.

Gruñí con desagrado.

¡Está bien!, acepté, de mal humor. ¡Me adelantaré yo con ella, pero tú y Embry organizaos con un grupo lo más pronto posible! ¡Ah, y por aquí también hay porquería que quemar! ¡No tardéis!

¡Entendido! ¡Bueno, ya estaremos en contacto! ¡Te dejo, que tengo jaleo!

Volví a gruñir y me desconecté.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella, que no se le escapaba ni uno de mis gestos.

Nada, resoplé, sacando el aire por las narices.

También entendió eso.

Y seguimos galopando. No mucho más, ya que, en un momento, estábamos en mi casa.

No hizo falta ni que se lo insinuara. Yo me quedé fuera, esperando, ella entró, se asomó a la ventana de mi dormitorio y me lanzó unos pantalones.

En cuanto me transformé y me los puse, pasé dentro.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esta revolución? —inquirió Billy.

—No tengo tiempo de explicártelo —le contesté, apartando las cortinas para echar un vistazo al exterior. Después me alejé de la ventana para caminar hacia mi cuarto—. Me la llevo de aquí —me asomé por la puerta para ver si ella ya había terminado de una maldita vez—. ¿Te queda mucho? —resoplé.

—Ya casi estoy —respondió ella, que ya estaba cerrando esa dichosa mochila.

—Así que finalmente vas a llevarla a esa montaña —adivinó mi viejo, con una cara de satisfacción y aprobación enorme.

Me giré hacia él, con las cejas hundidas sobre los ojos.

—Será mejor que se te borre esa estúpida sonrisa de la cara —le advertí—. Parte de la manada vendrá con nosotros.

—No —desaprobó, sorprendido.

—Sí —aprobé yo.

—Recuerda lo que hablamos —cuchicheó.

—El resto de la manada se quedará aquí para proteger a la tribu, por si acaso, así que estaréis seguros —disimulé yo, pasando de esas palabras que alimentaban a mi gusano.

—Ya estoy —irrumpió ella, saliendo de mi dormitorio con la mochila a la espalda.

—Bien, vamos —apremié, caminando hacia la salida con prisas.

Ella me siguió sin rechistar.

—Hasta luego, Billy —se despidió—. Muchas gracias por todo.

Mi viejo se rió entre dientes.

—Suerte —nos deseó él cuando abrí la puerta, aunque supe que ese *suerte* iba dirigido a mí.

El muy idiota...

Le dediqué una última mirada asesina y salí de allí, seguido otra vez por ella.

Corrimos hacia el bosque, mientras yo vigilaba los alrededores, y nos introducimos entre los árboles.

—Voy a cambiar de fase —le anuncié.

—No, ¿por qué? —rebatió—. Tengo dinero, podemos ir en coche hasta la frontera y alojarnos en algún motel allí.

¡Uf! No, no, ni hablar.

—Eso ya nos llevaría doce horas, y sin hacer ninguna parada para descansar. Llegaremos más pronto si viajamos con mis cuatro patas —declaré, echando a andar hacia el tronco de un árbol para ocultarme.

—Vale —aceptó ella, aunque no parecía muy conforme.

Me quité esos pantalones negros, los até a esa dichosa cinta y me transformé en lobo.

Sacudí un poco mi pelaje y salí de mi escondite, echándome delante de ella.

En fin, esto tampoco es que fuera de mi agrado, ya que también hacía que esos recuerdos que ahora eran tan dolorosos quisieran plantarse en mi más que tarado cerebro, pero cuanto antes llegásemos a esa mierda de montaña, mejor.

Sí, estaba tarado, chiflado, no sé por qué hacía esto.

Dio un paso atrás para coger impulso y saltó sobre mi lomo. Se acomodó entre mis paletas, y cuando noté que se agarraba bien, estiré mis patas para levantarme.

No perdí más tiempo. Primero empecé con un trote, seguí con un suave galope, cerciorándome de que ella estaba bien sujeta, y metí la quinta, saliendo disparado por los interiores del bosque para iniciar esa carrera hacia las montañas de Canadá.

¡UF, UF, UF! PELIGRO, PELIGRO

Mi pausada y rítmica respiración se mezclaba y contrastaba con el frenético quejido de las ramas, hojas y tierra que mis pezuñas producían por el contacto de mis veloces pisadas. El zumbido del viento no era lo único que podía escuchar, las aves que nos sobrevolaban de vez en cuando acariciaban el cielo con sus alas, se podía percibir el sprint de un grupo de lobos un poco más allá, alertados por mi presencia, y la vertiginosa escalada de una ardilla por uno de los troncos hacia lo alto de las ramas.

Ella estaba sobre mi lomo, montándome con esa asombrosa habilidad de siempre, como sólo ella podría hacerlo. Y no hacían falta palabras ni señas, cuando yo tenía que virar, ella ya se colocaba automáticamente en la posición correcta, sabiendo en todo momento lo que iba a hacer.

No podía creerme lo que estaba haciendo, me estaba tirando al vacío yo mismo, realmente era un imbécil. Pero el sentimiento de protegerla era superior a cualquier otra cosa.

Llevábamos varias horas de viaje en las que habíamos galopado entre valles, atravesado ríos, subido y bajado las empinadas cuestas de las montañas arboladas, serpenteado por las faldas de las mismas para esquivarlas y no tener que volver a subir por otra más. Después de todo ese tiempo en el que mi concentración tenía que estar al máximo, volví a conectarme con la manada para que me dieran el último parte.

Quil, ¿cómo vais?, le pregunté.

Esto... Ya nos estamos preparando para partir mañana, me reveló.

¡¿Mañana?! , bufé, enfadado. ¡Ya teníais que estar de camino!

Ya, bueno, es que... Es que esos chupasangres nos han llevado más tiempo del que creíamos.

¿Era yo, o eso sonaba a excusa barata?
¡Venga ya!, protesté.
En serio, tío, deberías de haber visto cómo luchaban, intervino Embry.
Algunos se piraron y tuvimos que perseguirlos, siguió Quil.
Resoplé.
Espero que, por lo menos, los hayáis aniquilado a todos.
Ah... Bueno, verás..., eran realmente rápidos, colega, y unos cuantos se nos escaparon, me reveló él.
Mierda, ¿cuántos?, quise saber.
No sé... Puede que... cinco o seis, confesó, pronunciando los números a toda prisa.
¡¿Cinco o seis?!
No podía creerlo.
¿Qué dices, Quil?, rió Embry, nerviosamente. *Expíciate bien, hombre. No hagas caso, Jake, después les pillamos y terminamos con ellos en un plis.*
Ah, sí, claro, es cierto, y Quil también soltó una risotada nerviosa.
Esto olía a chamusquina por todas partes. Además, podía ver cómo esos dos, más el resto de la manada, se esforzaban en cambiar esas imágenes de persecuciones alocadas por otras cosas.
No me estaréis tomando el pelo, ¿no?, solté, con voz amenazante.
Que noooo, afirmó Embry, alargando la negación con voz despreocupada. *Tú sigue tu viaje con Nessie y no te preocupes por nada.*
Hablabas como si nos fuéramos a Disney World.
Sí, mañana ya partimos hacia allí. Os alcanzaremos pronto, tranqui, continuó Quil.
¡No, tenéis que venir ya!, volví a protestar, esta vez enérgicamente.
No, no quería pasar la noche con ella a solas.
Esto... Lo siento, pero tenemos que dejarte, dijo Embry de pronto.
Sí, tenemos... Tenemos que prepararlo todo y eso, declaró Quil.
¡No, escuchad!
Y desaparecieron antes de que me diese tiempo a darles la orden.
¡Quil, Embry!, nada, ya no estaban. *Mierda,* mascullé, cabreado.
Busqué a alguien más de la manada, pero no encontré a ninguno.
Todos habían desaparecido de repente.
¿Qué era esto? ¿Un complot?

—¿Pasa algo? —preguntó ella, rompiendo el silencio que reinaba en ese bosque.

Nada, nada, mascullé, enfadado, desconectándome de mi manada invisible.

Ella solamente escuchó mis gañidos, pero, como siempre, los entendió a la perfección, aunque pareció evitar el tema.

—¿Podemos parar un poco? —me pidió—. Tengo hambre, y mi cuerpo está destrozado de llevar tantas horas aquí sentada.

La verdad es que llevábamos muchas horas de viaje, no habíamos parado ni para comer, y ella se había pasado todo ese tiempo sobre mi lomo, con esa mochila a la espalda.

Reduje la velocidad hasta que el descenso por esa montaña sólo fue un simple trote y después me paré. Me giré y me eché en el terreno mirando hacia arriba, de modo que ella lo tuviera más fácil para bajar, y se apeó de mi lomo, dejando la mochila en el suelo para estirarse.

—Gracias —me sonrió.

Asentí y me levanté.

Otra vez me fijé en la red en forma de telaraña que la envolvía bajo su alma. ¿Qué demonios sería eso? ¿Algún tipo de escudo? No. Parecía algo que la oprimiese. No me gustaba nada.

El problema es que no era ninguna energía, simplemente era eso, una especie de red, y no sabía si mi poder espiritual podría deshacerse de algo así. Me pregunté qué narices sería, porque jamás había visto nada parecido.

Llevé mi poder espiritual hacia ella para comprobarlo, no había peligro, no se iba a dar ni cuenta. Mi círculo de luz brillante se extendió y la envolvió.

Y entonces, mis ojos se abrieron como platos.

La telaraña se deshacía en algunas partes, pero eran sustituidas instantáneamente por otras, que se tejían a una velocidad ultrasónica. Sin embargo, eso, que ya era bastante alucinante y raro, no fue lo que más me sorprendió. Ella cerró los ojos y jadeó con intensidad, estaba sintiendo mi poder espiritual.

¿Cómo podía sentirlo? Eso... eso era imposible...

¿O no?

De pronto, mi cabeza se vio sacudida por una serie de imágenes y recuerdos dispersos, aleatorios, muy difusos y confusos que luchaban por

salir de alguna parte, era como si estuviesen bloqueados por algo. Hasta que todo volvió a la calma de forma repentina.

¿Qué había sido eso?

Retiré mi círculo brillante inmediatamente, con urgencia.

La red siguió en el mismo sitio, y sus ojos continuaron cerrados durante un instante más mientras unas lágrimas se deslizaban a ambos lados de su precioso rostro maravillado. Los abrió lentamente, alzando sus largas pestañas, y los enganchó a los míos.

—Jake... —murmuró, alucinada.

Mierda. ¿Y ahora qué le decía yo?

¿Y ella? ¿Sabría que estaba envuelta con esa telaraña?

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, con un murmullo, estudiándome con la mirada.

Genial.

¿*No tenías hambre?*, inquirí, para cambiar de tema, gañendo y dando pataditas en el suelo como un imbécil.

—Ah, sí, claro, hemos parado para comer —recordó, gracias a mis estúpidos gestos.

Oteé el ambiente con mi nariz, olisqueando para ver si detectaba algún efluvio animal cerca. Mi agudo olfato dio con una manada de ciervos no muy lejos de allí.

Vamos a cazar, gañí, empujándola con el hocico.

—Preferiría comer algo caliente, ya sabes, una hamburguesa o algo —declaró.

Vale, guay. Ahora quería una hamburguesa.

¿*Una hamburguesa? ¿Y de dónde te crees que...?*

—Si no te transformas en humano, no te entiendo ni una palabra —me cortó.

Sí, claro.

Digo que es mejor cazar un...

—No sé lo que dices —afirmó de nuevo, mirando hacia otro lado para hacerse la tonta.

Resollé por las napias.

Aquí no hay...

—Nada, ni una palabra —insistió.

Volví a resollar y me fui detrás de un árbol para adoptar mi forma humana. Me puse esos pantalones negros cortos, y salí de ese escondite para reunirme con ella.

—¿Te gusta más así? —pregunté, de mal humor.

—Sí, así mucho mejor —y desplegó esa preciosa y dulce sonrisa.

Tuve que coger una buena bocanada de aire y desviar la mirada con urgencia.

—Decía que es mejor que cacemos algo por el bosque —repetí, en lengua humana.

—Yo prefiero una hamburguesa, ya que estamos aquí —reiteró—. No estamos lejos de alguna carretera, y debe de haber una hamburguesería por aquí cerca, puedo oler la carne a la parrilla.

Pues sí, ahora que me fijaba olía, olía. Y también se escuchan los escasos coches que pasaban por esa calzada, además del curso de un río.

—No sé, no tenemos tiempo de...

—No pasa nada por parar a tomar una hamburguesa, además, un sitio lleno de gente es más seguro —me interrumpió otra vez—. ¿Es que tú no tienes hambre? Porque yo estoy famélica, y esas hamburguesas huelen de muerte.

Sí, tenía razón, esas hamburguesas olían de muerte, y yo empezaba a notar el revoltijo de mis tripas. Pero eso de cenar a solas... Bueno, aunque el sitio estaba lleno de gente, se podía escuchar el leve bullicio desde aquí, bastante lejos, por cierto, y el hilo musical del local.

—Pues sí, tengo hambre, pero no voy preparado —alegué, señalando mi escasa indumentaria.

—Ah, por eso no te preocupes. Te he metido algo de ropa y unas deportivas en mi mochila —reveló, agachándose para abrir la susodicha.

Parpadeé, perplejo. ¿Había metido ropa para mí en su mochila?

Me mordí el labio, pensativo y dubitativo, mientras ponía los brazos en jarra y miraba a mi alrededor como un idiota, sin saber qué hacer ni cómo actuar.

Cerró la mochila, se la cargó a la espalda y se levantó con una camiseta blanca y unas deportivas negras en la mano que a mí no me sonaban de nada.

—¿De dónde has sacado eso? —quise saber, sorprendido—. No es mío.

—Te lo compré antes de ir a La Push —reveló, con una sonrisa. Otra vez tuve que parpadear, completamente descolocado—. Venga, vamos —me azuzó, metiéndome el cuello de la camiseta por la cabeza y poniéndose detrás para empujarme.

—Vale, vale, pero, espera, tengo... tengo que calzarme —acepté, algo confuso todavía.

Bajó a mi lado mientras terminaba de ponerme la camiseta, cuya talla era justo la mía, y me calzaba las deportivas, que también eran exactamente de mi número. Ella siempre daba en el clavo, por supuesto.

No le debió de ser fácil encontrar tiendas que tuvieran estas tallas. ¿Por qué se había tomado tantas molestias?

—Vamos, tengo hambre —me apremió, sacándome de mis pensamientos, mientras empezaba a caminar por esa cuesta abajo.

—Espera, ¿dónde vas tan deprisa? —resoplé, cogiéndole del brazo para pararla un poco—. No te separes de mí, ¿vale?

—No, nunca —espetó, con un murmullo, alzando sus preciosos y dulces ojos para clavarlos en los míos con una doble intención que percibí a las claras.

¿A qué venía eso ahora?

—Va-vamos —tartamudeé, llevando mis pies hacia delante.

Idiota, idiota.

Se puso a mi lado para bajar junto a mí y me fijé en esa mochila. Parecía bastante pesada, aunque sabía que para ella no sería nada.

—Trae, yo te la llevaré —me ofrecí igualmente, quitándosela.

Ella me ayudó, sacando los brazos.

—Gracias —me sonrió.

Miré hacia el frente con rapidez y me la puse a la espalda.

—De... de nada —murmuré.

—Mira —me avisó, cogiéndome del brazo para que mirase a mi lado izquierdo, donde se encontraba ella—, se ven luces allí, ¿las ves? —y me señaló el sitio con el dedo de la mano que no me sujetaba—. Es un pueblo.

Sentir la calidez de su mano en mi brazo me puso todo el vello de punta.

—¿Eh? Ah, sí, sí —asentí, obligándome a mí mismo a regresar al planeta tierra.

Tampoco me había dado cuenta de que estaba empezando a anochecer hasta que no me fijé en las luces de las casas.

Después de caminar varios minutos, con ella colgada de mi emocionado brazo, pasamos los últimos árboles del bosque y salimos a un terraplén muy empinado y alto que aterrizaba en el estrecho arcén de la carretera.

La vía seguía el curso del río, que se encontraba al otro lado de la misma.

Hice el amago de saltar, tirando de ella, pero me paró.

—Espera —dijo, sin soltar mi brazo.

—¿Qué pasa? —quise saber, girando medio cuerpo para mirarla extrañado.

—No... no puedo bajarlo sola —declaró, mordiendo el labio.

—¿Cómo?

—Hace un rato me hice daño en un tobillo —me reveló—. No te dije nada para no preocuparte, pero me duele bastante. Si lo bajo yo sola, tengo miedo de hacerme un esguince o algo.

—¿Un esguince tú? —cuestioné, alzando una ceja.

—Me duele bastante —repitió.

Suspiré con vehemencia, mirando al frente para observar la altura. Habría un metro ochenta por lo menos.

—Bueno, vale —refunfuñé, no muy conforme—. Bajaré yo primero y te cogeré desde abajo.

—Vale —sonrió, soltando mi ahora desgraciado brazo para dejarme saltar a mí primero.

Suspiré de nuevo y salté el metro ochenta sin ningún problema.

Me di la vuelta y levanté los brazos para esperarla.

—Ya puedes saltar —le comuniqué.

—¿Seguro que me cogerás? —dudó, desde el borde del terraplén.

—No seas tonta, claro que te cogeré —resoplé, abriendo más los brazos—. Venga, tírate ya.

—Espero que no me la juegues, me metería un buen morrazo contra el suelo —bromeó, sonriendo.

No pude evitar que mi mente reprodujera esa escena, y me hizo gracia. Cuando me di cuenta, los tendones de mi boca se estiraban para curvar mis labios hacia arriba; llevaban tanto tiempo sin hacer esta función, que me pareció que estaban anquilosados.

—Eso estaría bien —admití, escapándome una risita sorda que me sonó hasta extraña, a la vez que ladeaba la cara.

—Cuidado, que voy —me avisó.

Eso hizo que girase el careto hacia ella con precipitación. Saltó hacia mí rápidamente y yo la cogí cuando su cuerpo se estampó contra el mío.

Se separó un poco para mirarme. Sus brazos rodeaban mi cuello. Tenerla tan pegada a mí, provocó que mi pulso se acelerase y que el cosquilleo de mi estómago cobrara protagonismo.

—Es la primera vez que sonrías —murmuró, con sus preciosos labios también curvados hacia arriba.

Me obligué a tomar aire para recuperar la compostura.

—Sí, bueno —murmuré, poniéndome serio, mientras ya la dejaba en el suelo—. Será mejor que nos demos prisa, todavía hay que andar un rato.

—Sí —asintió.

—Camina detrás de mí, el arcén es muy estrecho —le aconsejé—. Y no te separes de mí en ningún momento.

—Sí —volvió a aceptar.

De pronto, su mano se enganchó a la mía, apretándola con fuerza. Eso hizo que mi corazón pegase otro salto y que el cosquilleo regresase. Sentí esa complicidad que siempre había existido entre los dos, como si nunca se hubiese ido. No me di la vuelta, no me detuve, pero me quedé con cara de idiota. Menos mal que ella no podía verla.

Me estaba cogiendo de la mano, me estaba cogiendo de la mano. ¿O era yo el que la cogía? Bueno, mi mano ya se negaba a soltarla. Realmente, era una situación de lo más extraña, y tampoco entendía qué estaba haciendo ella, a qué estaba jugando. Bueno, ni yo, porque lo que debería hacer es soltarla, pero el estúpido y tarado de mí ya no podía. Mi mano se negaba a dejar marchar a la suya, la había añorado tanto...

Sí, definitivamente era patético.

Me pregunté qué pensaría ese imbécil con el que estuviese si nos viese así. Por un instante rechiné los dientes al acordarme de él, pero por otro tenía que reconocer que sentí una enorme satisfacción, un poco maléfica y vengativa. Sabía de sobra qué parecíamos, y eso me gustaba. Maldita sea. Sí, todavía me gustaba. No me equivocaba, este viaje iba a ser muy peligroso para mí. Y aún así, seguía sin soltar su mano.

Caminamos siguiendo esa carretera que no sabíamos a qué pueblo daba mientras algún coche que otro pasaba a nuestro lado. Cuando esto sucedía, ella se pegaba más a mí, provocando continuamente ese cosquilleo de mi estómago.

—Dime, ¿te... te sigue doliendo el tobillo? —le pregunté, sin quitar mi vista del frente.

—No, ahora no tanto.

—Bien.

No sé cuántos kilómetros anduvimos, y el tiempo se me pasó demasiado deprisa. Lo único que podía sentir era su mano sujetando la mía con ganas y su cuerpo muy próximo a mis espaldas, tras la mochila. Cuando me di cuenta, llegamos a nuestro objetivo.

Ambos nos detuvimos.

Justo delante de nuestras narices se encontraba la hamburguesería y un motel con un cartel enorme y luminoso que ponía *Motel Wenatchee*, consistente en una serie de casas prefabricadas de una sola planta baja que se distribuían en hilera y que estaban adosadas entre sí.

—¿Dónde estaremos? —preguntó, soltando mi de repente desesperada mano para sacarse el mapa del bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Lo desplegó y lo miró.

—Ni idea. Sólo sé que me dirigí hacia el este para no toparme con tantas montañas.

—Bueno, lo mejor será preguntar en la hamburguesería —concluyó, guardándose el plano en el mismo sitio.

Tengo que admitir que me encantó cuando volvió a engancharse de mi mano, aunque esta vez tuve que girarme hacia delante con rapidez para que no descubriera mi cara de tonto.

Iniciamos la marcha por ese arcén estrecho y caminamos hasta allí. El olor y la música ambiental ya eran más que evidentes.

Entramos en la hamburguesería. Había algo de gente, pero enseguida vi una mesa vacía, así que me dirigí hacia allí. No me di cuenta de que seguía sosteniendo su mano hasta que llegamos al asiento y ella se sentó, quedándose con la misma suspendida en el aire por mi amarre. La solté, algo avergonzado, y me senté enfrente.

Cogí la carta plastificada y miré su contenido nerviosamente, intentando disimular y olvidar ese gran desliz.

El camarero no tardó en llegar, se colocó junto a la mesa con una libretilla preparada para tomar nota.

—¿Ya habéis decidido qué tomar? —preguntó.

Cuando apartó la vista de su libreta para mirarla a ella, casi se le salen los ojos del sitio. Se quedó observándola, completamente deslumbrado por esa belleza suya de ángel. Bueno, era normal, ella era una diosa, cualquier idiota podría darse cuenta de eso. Se me escapó una mirada fulminante que me salió de forma automática.

—Sí, yo tomaré la hamburguesa número tres —declaró ella.

—Y yo la cuatro —decidí, dejando la carta en su sitio.

—Una número tres y cinco de la cuatro —matizó ella, haciendo lo mismo con su carta.

El camarero no fue el único que abrió los ojos como platos, yo también me quedé sorprendido, aunque por un motivo diferente. ¿Es que me leía los pensamientos o qué?

—No, yo también tomaré una —le indiqué.

No quería que ella gastase tanto dinero.

—No, tienes hambre —objetó—. Ha sido un viaje muy largo. Tomará cinco —le repitió al camarero.

—¿Para beber? —inquirió él, después de anotar eso.

—Dos cervezas sin alcohol —pidió ella.

Y una vez más, me leyó la mente.

¿Cómo lo hacía? El caso es que esto me sonaba de algo, pero, no sé, no sé lo que era...

El camarero tomó nota e hizo el amago de largarse a la cocina.

—Espere —le paró ella. El hombre se detuvo—. ¿Me puede decir en qué pueblo estamos, por favor? Es que estamos un poco perdidos.

Sus mejillas se ruborizaron un poco, cosa que me pareció tan adorable, que casi tengo que pellizcarme en el brazo para que no se me notase la cara de idiota.

—Claro —sonrió él, con amabilidad—. Esto es Leavenworth.

—Gracias —sonrió ella, y él se quedó deslumbrado una vez más.

Carraspeé, sin poder evitar que mis ojos se clavasen en él con advertencia.

Mierda. ¿Por qué hacía eso? A mí ya no me importaba..., ¿no?

Sin embargo, el empleado se dio por aludido y se piró.

—Tengo que ir al servicio —me anunció ella, levantándose.

—Espera, te acompaño —le dije, poniéndome de pie.

—Jake, no hace falta, el cuarto de baño está aquí al lado —me detuvo, poniéndome las manos sobre los hombros para que no me levantase del todo—. Estaré bien, en serio, vendré ahora mismo.

Observé la puerta del baño. Quedaba al otro lado de la de la entrada, así que si entraba un chupasangres, tenía que pasar a mi lado obligatoriamente.

—Bueno, vale —acepté, sentándome.

—Vengo ahora —me sonrió.

Y se dio la vuelta para dirigirse al servicio.

No le quité ojo durante el corto trayecto, y tampoco a la puerta. Entonces, se me ocurrió que si el aseo tenía ventana...

—Mierda —mascullé, levantándome.

Pero cuando iba a dar un paso, ella salió por la puerta.

Respiré, aliviado, y me senté de nuevo.

Observé con extrañeza cómo ella hablaba con una mujer en la barra del establecimiento. La música y el bullicio de las conversaciones hicieron que no escuchara demasiado bien lo que hablaban, pero me pareció que ella estaba contratando algún tipo de servicio. No comprendí lo que era hasta que no vi cómo ella pagaba y la mujer le entregaba una llave.

¡Uf, uf! No, ni hablar. ¿Es que se había vuelto loca?

Se dirigió a la mesa y se sentó frente a mí de nuevo.

—¿Has alquilado... una habitación en ese motel? —inquirí, sorprendido a la vez que nervioso.

—Sí —me confirmó ella, enseñándome la llave, la cual tenía un llavero enorme en forma rectangular con el número 8 impreso en él, igualmente grande.

—¿Por... por qué?

—No querrás dormir en la calle, ¿verdad?

No me dio tiempo a contestarle, el camarero llegó con las cervezas, su hamburguesa y dos de las mías, dejándolo todo en la mesa.

—Luego te traeré el resto —me dijo.

Y se largó hacia la barra otra vez.

—Está muy rica, Pruébala, ya verás —manifestó, tragándose el bocado que se había metido—. Mi sentido del olfato no falla —y se tocó la punta de la nariz mientras sonreía.

—Yo no voy a dormir ahí —refunfuñé, peleándome con mi hamburguesa para que no se me desparramasen todas las capas que llevaba.

Le di un buen bocado. La verdad es que esas hamburguesas estaban de miedo, o tal vez fuese mi hambre canina.

—Si quieres protegerme, tienes que dormir en la misma habitación, ¿o es que vas a dejarme sola? —alegó, comiéndose otro trozo.

Mierda. Eso era verdad.

—Puedo... Puedo...

—Anda, come —siguió ella.

Y ahí terminé yo, sin saber cómo, acabé sentado en la butaca de esa habitación, junto a la cama doble. ¿Cómo podía haberme dejado convencer?

Ella salió del baño, ataviada solamente con esos shorts de color rosa y la misma camiseta que había usado en casa de Billy para dormir.

Dios. Genial. Sí, ¿cómo me había dejado convencer?

Mientras yo notaba cómo mi estúpida boca no hacía caso a mi cerebro y se caía poco a poco y mis pupilas no se despegaban de su espectacular cuerpo, ella se tumbó en la cama, boca abajo, para observar el mapa. Sus preciosas y largas piernas se doblaron hacia arriba, iniciando un pequeño baile rítmico, y su larga melena cayó hacia delante, reposando en el papel y en la colcha.

—Estamos en Leavenworth —empezó a hablar—, así que hemos cruzado el Parque Nacional Wenatchee, de ahí el nombre de este motel. A ver... —pasó su dedo por el papel—. Nos queda bastante para llegar a la frontera, hemos dado un buen rodeo —y levantó la vista para mirarme con cierto reproche.

—Oye, yo no tengo la culpa de que nos encontrásemos tantas montañas —reaccioné.

—Si me hubieras hecho caso y hubiésemos venido en coche, ya estaríamos más adelantados —declaró ella—. Pero, claro, como eres tan cabezota...

—Bueno, vale, ¿y ahora qué? —resoplé, cruzándome de brazos—. ¿Hacia dónde tenemos que ir?

—Lo mejor es alquilar un coche y seguir por carretera —afirmó, a la vez que miraba el mapa—. Ya no quedan muchos bosques por aquí para seguir a cuatro patas.

La idea no me hacía nada de gracia, pero tenía razón. Esta zona era bastante árida, a ver cómo un lobo gigante montado por una chica iba a pasar desapercibido.

—¿Y se puede saber por qué tenemos tanta prisa? —quise saber—. Es decir, ya sé que te están persiguiendo y eso, pero no entiendo por qué tienes que estar en esa montaña antes de cuatro días.

Su rostro se giró levemente para mirarme por un instante y después bajo al mapa otra vez.

—No puedo... no puedo decírtelo —murmuró, con desazón.

—Genial —mascullé, mirando a un lado con desagrado. Después, volví la vista hacia ella—. ¿Y quién demonios te está persiguiendo?

¿Quiénes eran todos esos chupasangres que fueron a La Push para buscarte?

—Tampoco... puedo decírtelo —susurró, de igual modo.

Estupendo.

—Verás, si tengo que escoltarte hasta esa dichosa montaña, necesito saber contra quién tengo que protegerte, ¿no te parece?

Se incorporó un poco, quedándose echada de lado y llevó sus preciosos ojos marrones a los míos para mirarlos con convicción.

—Ojalá pudiera, pero no... —cerró los párpados con pesar para volverlos a abrir y clavar esas pupilas en mí como antes—. Confía en mí, por favor, sólo te pido eso.

Confiar, confiar. Hacer eso con una persona que te deja tirado a dos días de la boda para largarse con otro no es nada fácil, la verdad. Pero había algo en su mirada que, no sé, por lo menos parecía sincera. También recordé esa telaraña extraña que la envolvía.

—¿Es por esa red que te envuelve? —inquirí.

Ya de tirados al río...

—¿Cómo? —preguntó, sin comprender.

—Hay algo que te oprime, lo he visto —le expliqué—. Es como una telaraña que te envuelve, y el centro nace en tu boca. ¿Es por eso? ¿Por eso no puedes decirme quién te persigue?

Su rostro pareció iluminarse como si le estuviera enfocando con una linterna, pero cuando intentó abrir la boca para hablar, su lengua se quedó trabada en algún sitio. Tampoco fue capaz de asentir o negar, aunque ya era suficiente para que comprendiese.

Ahora entendía que todas las frases se cortasen. Eso que la oprimía le impedía hablar correctamente.

—Ya veo —asentí, con entendimiento—. Así que tienes que subir a esa montaña para quitarte esa red, ¿no es eso? Y me imagino que esa gentuza que te está persiguiendo son los que te la han puesto.

Su lengua pasó por lo mismo y sus gestos volvieron a verse abocados a no poder manifestarse.

No comprendía qué era esa red ni cómo diablos se la habían puesto, pero no importaba.

—Bueno, es suficiente —concluí—. No quiero saber más —era demasiado peligroso para mí, eso ya era acercarme demasiado a ella—. Te llevaré a esa montaña lo más pronto que pueda.

—Gracias —sonrió, pudiendo hablar por fin.

—En fin, es mejor que durmamos. Mañana será un día muy largo y necesitamos descansar.

—Sí —asintió, poniéndose de rodillas en la cama.

Dobló el mapa, gateó hasta la mesilla para posarlo y se metió en la cama.

—Puedes dormir aquí, hay sitio de sobra para los dos —afirmó, incorporándose un poco para mirarme.

¡Uf!

—¿Eh? Ah, no, no, aquí... aquí estoy bien, gracias.

—¿Seguro? —se aseguró.

—Sí, sí, seguro, apaga la luz.

—Vale, como quieras —apagó la pequeña lamparita de la mesita y la habitación quedó a oscuras. Mi vista enseguida se acostumbró a ese estado, así que pude ver cómo terminaba de acomodarse en el lecho, echándose de lado, mirando en mi dirección—. Buenas noches, Jake —murmuró.

—Buenas... buenas noches.

Tardé un buen rato en coger el sueño. Mi cerebro era un refrito de pensamientos y emociones, no dejaba de darle vueltas a un montón de cosas. El día había sido muy intenso y habían pasado tantas cosas... Su mano cogiendo la mía, notar esa complicidad de siempre, dormir aquí, junto a ella...

Barajé por un instante la posibilidad de volver a ser amigos, aunque eso fuera peligroso para mí, tal vez hiciera que me viera abocado a mi autodestrucción, pero ya no podía evitarlo. Necesitaba estar con ella, era mi droga, mi dulce droga.

Total, que cuando me dormí, lo hice por puro agotamiento.

Sin embargo, al poco de conseguirlo, algo me sobresaltó, haciendo que me incorporase automáticamente.

—¡Jacob!

Me levanté sin pensar y corrí hacia ella.

—¡Jacob! —lloraba, agitando la cabeza en la almohada.

Ella me estaba llamando, no me lo podía creer. Mi estúpido instinto hizo que me sentase en la cama para despertarla y calmarla. No me dio tiempo ni de abrir la boca. En cuanto notó mi presencia, abrió los ojos de sopetón, se alzó súbitamente y se enganchó a mí en un apretado abrazo.

Me quedé completamente paralizado, en estado de shock.

—Jake... —sollozó, en mi hombro, clavándome sus dedos en la espalda.

Mi corazón se aceleró y mi estómago se llenó de esas chispas que hacían cosquillas sin parar. Su pelo rozaba mi cuello y mi barbilla, y su maravilloso efluvio se metía por mi nariz a fuego. Su pecho estaba pegado al mío, dejándose notar su calidez y todas sus formas voluptuosas. Eso, y notar su aliento en mi clavícula, ya me ponía todo el vello de punta, pero cuando una de sus manos subió hasta mi nuca, me estremecí.

Me quedé mudo y parado como un imbécil, casi no podía ni respirar, de lo acelerado que iba mi corazón.

Separó un poco su cuerpo del mío y subió el rostro para mirarme, aunque a cierta distancia. Sus dulces ojos se alzaron y se clavaron en los míos. Creo que mi desesperación y mis delirios ya empezaban a volverme tarado del todo, porque juraría que lo hicieron con anhelo y deseo, y también me pareció que su corazón iba a mil por hora. Esta vez no pude apartar la vista, mis independientes pupilas se negaron en rotundo.

—Jake... —susurró, arrastrando sus suaves y delicados dedos desde mi nuca para acariciarme la mejilla—. Estás aquí...

Sí, el tonto de mí seguía aquí, y no pude evitar estremecerme una vez más. Mis ganas de besarla se convirtieron en algo demasiado urgente.

Era irrefrenable, incurable. El deseo que siempre había sentido por ella seguía más vivo que nunca. Mi desintoxicación iba al revés, cada vez sentía más dependencia hacia ella, cada vez la ansiaba más, cada vez la deseaba más. Solamente ella era capaz de hacerme sentir esto sólo con rozarme.

De pronto, me fijé en algo en lo que no me había fijado hasta ahora. Sus dedos estaban en mi rostro y su muñeca quedaba a la vista. Se la cogí y la despegué de mi cara para mirarla mejor. No podía creerme lo que mis sorprendidos ojos estaban viendo. Era la pulsera. La pulsera de compromiso.

¿Por qué...? ¿Por qué seguía llevándola?

Mis ojos volvieron a clavarse en los suyos irremediadamente y ella llevó su mano hacia mi cuello, haciéndome estremecer una vez más.

—Jake... —susurró, implorándome con esa mirada de antes—. Duerme conmigo.

Mis manos rodearon su cintura y su espalda inconscientemente, no pude evitarlo, y sin saber cómo, la acerqué más a mí.

Su cuerpo volvió a pegarse al mío y mi frente por fin notó la suya, provocando aún más a ese alocado cosquilleo de mi estómago. Ambos jadeamos.

Entonces, comencé a sentir algo que empezó a fluir a nuestro alrededor y me asusté. Algo me sonaba, pero no sabía lo que era. Y era demasiado intenso, por eso era demasiado peligroso para mí.

Idiota, ¿pero qué narices estaba haciendo?

Me aparté de ella bruscamente, aunque más que por el enfado de mi bajada de guardia fue por el miedo que sentí de repente. Miedo a esos sentimientos que ya querían aflorar y que terminarían por hacerme mucho daño.

—No, es..., será... será mejor que duerma en la butaca —afirmé, con nerviosismo, dejándome caer de cualquier manera en la misma.

Pareció algo decepcionada, pero, ¿qué quería? No entendía nada. Se iba a casar con ese cretino, sin embargo, me cogía de la mano, llevaba mi pulsera de compromiso, me pedía que durmiese con ella...

Por un momento sentí que era un auténtico idiota al rechazar tal invitación, cualquier desgraciado se hubiera metido en la cama con ella para intentar algo. El gusano que hurgaba por mis sesos empezó a moverse de nuevo. ¿Y si Billy tenía razón? Puede que todavía tuviese una oportunidad con ella, y si la había... Si la había yo me tiraba de cabeza, sin pensármelo.

Empecé a arrepentirme por haber reaccionado así, pero cuando llevé mi vista hacia ella, ya se encontraba dentro de la cama, intentando coger el sueño, así que mi tren se había escapado.

Genial, Jake.

—Buenas... buenas noches —intenté arreglar.

—Buenas noches —sonrió.

Bueno, puede que finalmente fuera mejor así.

SÍ, DEFINITIVAMENTE ME HABÍA VUELTO CHIFLADO, MAJARETA

Sí, vale, una vez más, no dormí casi nada.

Me pasé todo mi desvelo mirando cómo dormía ella, con ese careto de tonto, dejando que el gusano me comiese el tarro, y eso que intentaba luchar contra él con todas mis fuerzas. Idiota de mí. De nada me servía tanto esfuerzo, porque ya había conseguido comerse todas las zonas blandas de mis sesos, y ahora esa necesidad de estar junto a ella la sentía como nunca.

Ahora ya había recordado qué se sentía al cogerla de la mano, qué se sentía al tener su rostro a un palmo, notando el roce de su frente, de su cálido y dulce aliento...

¡Arg, mierda! Era un estúpido integral, sabía que iba a pasar esto, que era muy peligroso este viaje con ella, y sabía lo que iba a suceder una vez que se la dejara a Emmett en esa montaña, pero, ¡sí, maldición!, ahora la idea de que desapareciera de mi vida de nuevo no me gustaba ni un pelo, me desesperaba. Era un idiota, un auténtico idiota, un desgraciado, qué patético. Había pasado de no querer verla en la vida a suplicarle a Dios que se quedase conmigo. Lo mío era demasiado, demasiado grave. ¿Pero qué podía hacer? Ese estúpido gusano ya había hecho que esos sentimientos quisieran aflorar de nuevo sin que yo pudiese hacer absolutamente nada. Y ahora la necesitaba aún más, la necesitaba conmigo, con todas mis fuerzas. Lo único que se me ocurría era que, si fuéramos amigos...

Ni hablar, no. Yo jamás me conformaría sólo con eso, siempre querría más de ella, era mi droga, si probaba una gota, ya no podría parar. ¿O sí? ¿O me conformaría sólo con eso? La amistad era mejor que no tener nada. Sin embargo, ¿cómo iba a soportar que estuviese con ese otro, con ese imbécil? ¿Me lo terminaría presentando? ¿Lo haría siendo él su novio o ya como su marido? ¿Podría soportarlo? Porque la palabra *novio* relacionada con otro hombre ya me hacía rechinar los dientes y hacía que la llama encendiese mi columna vertebral. Maldita sea, claro que no podría soportarlo, terminaría tarado en algún psiquiátrico, o me lanzaría a todas esas sanguijuelas nómadas que venían por la tribu, para que me despedazasen de una vez por todas. Pero pensar en vivir sin ella... Bueno, tal vez una amistad más a distancia o algo... Dios, mi desesperación ya empezaba a ser ridícula.

Al menos, sí tenía clara una cosa. Yo siempre la protegería con mi vida, siempre. Me enfrentaría con el mismísimo Satanás por ella, iría a buscarla al infierno, si hiciera falta. Me importaba una mierda ese cretino con el que estuviese, porque yo siempre iría volando allí donde se encontrase ella para protegerla. Y no era sólo por esta pulsión de imprimado, no, era porque seguía...

Dejé el pensamiento colgando, era mejor así.

Me pregunté qué clase de tipejo era ese con el que estaba. ¿Es que ese idiota no era capaz de protegerla? Estaba visto que no. Esto también lo dejé colgando, para no alimentar más a mis crecientes celos.

También tuve tiempo de preguntarme de nuevo por qué seguía llevando mi pulsera de compromiso. ¿Por qué no se la había quitado? No lo entendía, mi embarullada cabeza no pudo dejar de pensar en esto.

¿Y qué sería esa telaraña que la envolvía? No dejé de darle vueltas a ese asunto tampoco. No me explicaba qué era ni cómo narices habían hecho para ponerle algo así, pero llegué a la conclusión de que tenía que ser fruto de algún tipo de don extraño de una de esas sanguijuelas que la perseguían. Bueno, si había chupasangres que conseguían manejar los elementos de la tierra, supuse que no era tan raro que otros consiguieran crear ese tipo de redes que oprimieran a su contrario, redes que impedían que su rival pudiese hablar para no desvelar nada sobre ellos. Y era un don muy poderoso, al parecer, ya que mi poder espiritual no había sido capaz de deshacerse de esa telaraña. En fin, ya sabía que no era invencible, pero eso me chocó bastante, la verdad. Me pregunté qué era eso tan importante que esos vampiros que la perseguían no querían que

nadie supiese. ¿Y qué tendría que ver ella con ellos? ¿En qué lío se habría metido para toparse con esos chupasangres? Una vez más, preferí dejarlo en el aire, ya era acercarse demasiado a ella, a su vida, y eso era muy peligroso para mí, demasiado.

Creo que apenas dormí dos miserables horas y cuando me desperté, el sol me daba en toda la cara, cegándome. Mi cuerpo estaba retorcido en esa pequeña butaca en la que cabía de milagro y el pescuezo me dolía que no veas. Me erguí y llevé la mano a la nuca para mitigar un poco el dolor.

El sol se escondió sobre alguna nube y, entonces, mis ojos pudieron abrirse del todo. Me llevé un pequeño sobresalto cuando se toparon con ella. Estaba despierta, ya levantada, y se encontraba sentada en la cama, frente a mí, observándome. Todavía llevaba esa indumentaria tan sexy que se había puesto a modo de pijama.

Uf, sí, estaba tremenda...

—Buenos días —me saludó, con una de esas preciosas sonrisas.

Sí, podría volver a acostumbrarme a esto.

—Buenos... buenos días —murmuré, aún sin creerme que la tuviera justo delante de mis napias.

—¿Te duele el cuello?

—Bah, un poco, pero no es nada —contesté, retirando la mano de mi nuca.

—Te daré un masaje, ya verás cómo te alivia —se ofreció, levantándose—. Quítate la camiseta.

—¿Qué? Ah, no... no hace falta.

—Venga, no seas tonto —insistió, llevando sus manos hacia mi camiseta para alzarla.

—No te preocupes, estoy bien —aseguré, forcejeando con ella.

—No me mientas —siguió, intentando esquivar mis manos para volver a coger la prenda por abajo—. Por culpa de dejarme la cama, has dormido en muy mala postura. Deja que por lo menos te lo recompense, ¿vale?

Sus piernas se entremezclaron con las mías, de modo que la parte superior de mi rodilla se rozó sin querer con el interior de su muslo.

—Va-vale —tartamudeé, nervioso, poniéndome en pie como un muelle saltarín.

Lo hice con tanta precipitación, que casi me caigo hacia atrás. ¿Sería idiota?

Me quité la camiseta y la tiré en la butaca.

—Eso... eso está mejor —asintió, con timidez, aunque echándole un buen vistazo a mi torso—. Esto... tumbate en la cama, voy a por un poco de crema —declaró, empezando a andar hacia el aseo a la vez que metía su preciosa melena detrás de las orejas.

—¿Crema? ¿Para qué? —inquirí, extrañado.

Se detuvo y se giró para mirarme.

—Para que mis manos se deslicen mejor por tu espalda, claro, ¿para qué va a ser? —soltó, tan contenta.

¡Uf, uf!

Y volvió a iniciar su corta marcha hacia el baño.

¿Y ahora qué hacía? Esto... yo no... ¿Qué? ¿Cómo?

Salió con un bote de crema y se quedó mirando cómo yo seguía moviéndome con nerviosismo.

—¿Qué haces ahí todavía? Venga, tumbate —me mandó, empujándome hacia la cama.

Me caí, hincando una rodilla en el colchón, y ella volvió a impelerme hasta que quedé tumbado boca abajo, con el careto hundido en la almohada. Antes de que me diese tiempo a reaccionar, se sentó en la parte alta de mi trasero.

Genial. Notar el suyo, que era tan terso, ya me ponía malo. Y encima, llevaba esos shorts tan cortos... Mi corazón se aceleró como un idiota y mi estómago se llenó de esas chispas que no paraban de hacerme cosquillas.

—Bueno, ahora relájate —sugirió.

Eso era fácil de decir, pero sentirme entre sus piernas, aunque fuera del revés, me producía de todo menos relajación, vamos.

—No creo que esto sea buena idea... —declaré, sacando las nupias de la almohada, que, por cierto, estaba impregnada de su maravilloso efluvio, y girándome un poco para levantarme.

—Calla y tumbate —me empujó la cabeza y me obligó a apoyar la frente sobre mis brazos doblados.

Mierda, mierda...

Me dio un pequeño escalofrío cuando noté la fría crema en mi espalda, pero ese sentimiento enseguida se transformó en estremecimiento en cuanto ella comenzó a deslizar sus cálidas y suaves manos por mi piel.

¿Por qué me estaba dejando hacer esto? Era un idiota, estaba tarado.

Empezó por el centro, esparciendo bien la crema, subió hasta mis hombros y luego descendió para llevarla a mi espalda baja. El cosquilleo de mi estómago ya era muy intenso, pero después sus palmas se deslizaron con delicadeza desde ahí, ascendiendo por mi estremecida piel con ahínco, despacio, y el cosquilleo pasó a ser alocado.

Recorrió toda mi espalda con sus sedosas manos, masajeando cada uno de los músculos y vértebras, y las llevó hasta mis cervicales, dándoles un masaje fuerte pero delicado a la vez, no podía describirlo.

Sentí cómo su melena caía sobre mi piel, se había inclinado hacia mí. Siguió deslizando sus manos con calma, hacia arriba, hasta que pasó esos dedos por mis hombros. Su cuerpo también se mecía suavemente sobre el mío, acompañando sus lentos masajes, podía notar el continuo roce de sus muslos en mi cintura.

Dios, no jadeaba de milagro, no sé cómo pude controlarme, porque todas esas caricias, todos esos movimientos, me estaban poniendo como una moto.

Fue irremediable, y, demonios, soy un hombre; mi mente comenzó a llenarse de imágenes y escenas junto a ella, inconfesables, demasiado tórridas. Algunas eran recuerdos...

No, no, Jake, para, me dije.

Estrujé los párpados con fuerza y me puse a pensar en las bobadas más absurdas que se me ocurrieron, como en contar números y cosas por el estilo.

No servía de nada, mierda.

—¿Te sientes mejor? —susurró de pronto, con una voz muy dulce.

Tuve que obligarme a salir de mi trance *antisexual*.

—Sí, sí, ya... ya estoy mucho mejor, gracias —murmuré, incorporándome un poco para que parase.

Así lo hizo, y se bajó de mi espalda baja, poniéndose en pie, en el suelo. Yo aproveché para sentarme en el borde de la cama.

—Bueno, entonces voy a ducharme, ¿vale? —anunció, sonriéndome.

—Ah, sí, claro.

Se acercó a su mochila y sacó algo que llamó mi atención. Era esa caja metálica, aquella que había visto sobre mi cama ayer. La abrazó con fuerza y se la llevó al baño.

Al principio me pareció raro, pero luego supuse que llevaría algún producto femenino, así que no le di más importancia.

Mientras ella estaba en la ducha, aproveché para transformarme, quería comunicarme con la manada, a ver por dónde iban. Monté algo de follón con la mesita y la butaca, ya que mi cuerpo lobuno era un poco grande para esa habitación tan pequeña y no había calculado bien, pero hice algo de espacio y cupe perfectamente.

En cuanto me transformé, mi cabeza se llenó de los diferentes pensamientos de mis hermanos de manada.

Quil, soy Jake. ¿Cómo vais?, quise saber.

Ah, hola, Jake, ¿cómo te va?, me preguntó él.

¿Que cómo me iba? ¿Es que era tonto o qué?

Bien, ¿cómo vais?, repetí.

Estamos de camino, ahora mismo estamos pasando por el Parque Nacional de Olympic.

¿*Todavía vais por ahí?*, resoplé.

Vamos lo más deprisa que podemos, se defendió él.

Genial. Esto tiraba al traste todos mis planes, porque ahora iba a tener que seguir en solitario con ella.

Pues yo contaba con que nos encontraríamos primero y que vendriais con nosotros en coche, confesé, de mal humor. *Mierda, no podemos esperar por vosotros*, me di cuenta, resoplando.

¿*Y qué hacemos?*, preguntó.

No me gustaba la idea, pero no veía otra solución.

Dirigíos hacia el norte para entrar en Canadá, le dije, siguiendo con mi disgusto. *Por aquí por el este no hay ni un miserable árbol para ocultarse, nosotros vamos en coche por eso. Una vez que paséis la frontera, dirigíos hacia el este, nos encontraremos en Roosville.*

¿*Dónde queda eso?*

Hacia el este, justo en la línea fronteriza con Canadá, le aclaré.

Por ahí hay muchas montañas, tío, se quejó.

No haber tardado tanto en salir hacia aquí.

Vale, está bien. Nos veremos en Roosville.

Suspiré.

¿*Cuántos sois?*, inquirí.

Ocho. ¿Te digo los nombres?

No, deja, no tengo toda la mañana.

Ja, ja, articuló él, con ironía.

Solté una risilla sorda.

Hey, Jake, ¿te has reído?, notó Embry, sorprendido.

Si hasta ha hecho una broma, rió Shubael.

Vaya, hoy pareces muy contento, insinuó Collin.

¡Es genial!, exclamó Matthew, con entusiasmo.

Pude ver cómo todos los que corrían hacia aquí aullaban durante su carrera.

¿Qué ha pasado para que estés así?, preguntó Quil, contento.

Idiotas, no ha pasado nada, bufé.

Pero las imágenes del día anterior, de ese abrazo por la noche, del masaje de esta mañana, vinieron inevitablemente a mi estúpida memoria.

Guau, menudo masaje..., rió Isaac, con picardía.

Esta vez sus gargantas no fueron las únicas que volvieron a aullar al viento, los que se habían quedado en La Push se unieron a ese coro de idiotas.

Sólo ha sido un masaje, les maticé.

Sí, ya, claro, dudó Embry, entre risitas.

Bueno, ya vale, les regañé, aunque de nada sirvió. Suspiré una vez más. ¿Y por la tribu, cómo ha quedado la cosa?, quise saber.

Leah y yo nos hemos quedado por aquí para coordinar un poco todo esto, me reveló Sam.

Vale. En fin, Quil, supongo que no hace falta que diga que tú estás al mando de vuestro grupo, ¿no?

Tomo nota, aceptó, mientras corría.

¿Y los Cullen? ¿Sabéis dónde están?

Se hizo un momento de silencio en el que vi cómo se miraban los unos a los otros a la vez que sus pensamientos se convertían en un revoltijo de posibles excusas.

¿Me tomaban por tonto o qué? Sabía de sobra que algo estaban ocultando...

Pues..., empezó Shubael, se han ido.

¿Se han ido? ¿A dónde?, seguí yo, para ver a que sitio me llevaban sus farsas.

No nos lo han dicho, saltó el listo de Collin.

Sí, eso, continuó Embry, se marcharon sin decirnos nada. Simplemente se fueron.

Eso no se lo tragaban ni ellos. Sin embargo, ya no pude indagar más. Escuché cómo el grifo de la ducha se cerraba.

En fin, os habéis librado por esta vez, pero ya hablaremos, ahora os tengo que dejar. Ya me iré conectando con vosotros cuando pueda.

De acuerdo, asintió Quil, visiblemente aliviado. *Ya nos vemos.*

Eso espero, mascullé.

Y adopté mi forma humana. Me puse los pantalones negros y cogí la camiseta.

Iba a sentarme en la butaca para encender la televisión, cuando ella salió del cuarto de baño ataviada solamente con una pequeña toalla que se ceñía a su cuerpazo mojado con ansia. Su muñeca seguía llevando mi pulsera de compromiso y su mano volvía a sostener esa caja metálica, la cual estrujaba contra su cintura. Su pelo chorreaba en forma de gotas que se deslizaban por su hermoso rostro, por sus hombros y por ese escote que la propia toalla creaba al envolver sus impresionantes pechos. Sus muslos prácticamente quedaban al descubierto totalmente, así que me obligué a no imaginarme cómo sería por detrás...

La camiseta se me cayó al suelo y noté cómo mi cara reflejaba ese estado de shock y de embobamiento sin que pudiera hacer nada por evitarlo, mientras mi sangre era bombeada a toda mecha y mi estómago sufría otra embestida de chispas.

—Sólo había una toalla grande, así que la dejé para ti —me explicó, al verme el careto, bajando un poco el bajo de la suya por detrás para taparse.

Madre mía. Lo mejor iba a ser que me diese una ducha fría o algo.

—Ah... gra-gracias —asentí, llevando la mano a la cabeza para rascarme con nerviosismo—. Voy... voy a ducharme, entonces.

Comencé a caminar hacia el baño, pero el idiota de mí no pudo evitar girarse un poco para volver a mirarla. Los ojos casi se me caen de las cuencas cuando la vi inclinándose un poco sobre su mochila para dejar la caja y coger su ropa, dándome la espalda. La toalla se subió un poco más y...

¡UF! Ahora sí que necesitaba una ducha fría, con urgencia.

Cerré la puerta del baño, me desnudé con precipitación y me metí en la ducha corriendo, abriendo el grifo del agua fría casi a tope para que ésta saliera con fuerza.

El líquido comenzó a chorrear por la cabeza con intensidad y me cambié de posición, de modo que ahora lo hiciera por la nuca y la espalda.

Lo sabía, lo sabía, no tenía que haber dormido con ella en esta habitación, no tenía que haber venido...

Pero ella podía haberse cortado un poco, ¿no? En fin, no sé, digo yo. Porque, bueno, es decir, este no era el comportamiento normal de alguien

que se va a casar... *con otro*. Rechiné los dientes por un momento, aunque luego más pensamientos invadieron mi atolondrada cabeza.

No entendía nada. ¿Qué es lo que pretendía? ¿A qué estaba jugando? ¿Primero ese masaje y ahora esto? Porque parecía que estuviese insinuándose todo el tiempo... ¿Era eso? No, qué va, ¿cómo iba a insinuarse? Sin embargo, algo me decía... A ver, vale, no quería ver cosas donde no las había, pero volví a recordar su invitación a que durmiese con ella en la cama, ese improvisado pijama tan sexy, el masaje de antes, la minitoalla... Bueno, qué demonios, sí, se estaba insinuando, vamos, era evidente, no era tonto, y tampoco estaba ciego.

Pero, ¿por qué? ¿Acaso...? ¿Acaso ella seguía...? No, no podía ser, eso era imposible. ¿O es que ese cretino tampoco servía para satisfacerla? ¿Es que ella quería que yo...? No, ella no era de esas. Aunque a mí me hubiese dejado por ese idiota, estaba seguro de que no había habido nada entre ellos antes de dejarme. No sé por qué siempre había creído esto, tal vez me agarraba a un miserable clavo ardiendo. Bueno, vale, y tenía que reconocer que el estúpido de mí también seguía creyendo que ella todavía no se había entregado a ese cretino debilucho. Me importaban una mierda esas píldoras, seguro que las tomaba por otra cosa. Bueno, ella había corrido detrás de mí cuando las había visto, ¿no? Y yo era muy impulsivo, eso desde luego. Sí, ella sólo se entregaría a mí, estaba completamente seguro, algo dentro de mí me lo decía, lo sentía. Por eso ahora ella quería... Dios, me estaba volviendo loco. ¿Cómo iba ella a...? Si se iba a casar con otro...

Rechiné los dientes, otra vez por mis celos, y me eché champú en el pelo. Me froté bien la cabeza, como si así borrarse esas estúpidas y alocadas ideas que habían brotado de mi cerebro.

Cuando terminé de ducharme, abrí la cortina y cogí la toalla. Efectivamente, era grande, la única grande. Suspiré, sintiéndome un tonto por mi alto grado de estupidez, me la enrosqué a la cintura y salí del baño para coger la camiseta que se me había caído al suelo.

Ahora era ella la que estaba sentada en la butaca, ya vestida con esos ajustados vaqueros y una camisa de cuadros ceñida, mirando el interior de la caja metálica. Estaba absorta, y cuando se percató de mi presencia, se asustó y cerró la misma con un golpe rápido y seco, aunque parecía especialmente contenta.

—Ah, ya... ya has terminado —afirmó, con las mejillas algo ruborizadas al verme.

Sus pupilas bajaron y subieron para repasarne bien, vamos, que prácticamente me comió con la mirada. Vale, ¿esto también eran imaginaciones mías? No lo creía...

Esto no podía dejarlo así, tenía que comprobar una cosa.

—Vengo a por la camiseta —le dije. Miré al suelo, pero ya no estaba allí—. ¿Dónde está?

—Ah, te la guardé en la mochila, pero, espera, te he traído más ropa —y se levantó para dirigirse a la bolsa, llevando la caja metálica.

¿Me había traído más ropa?

Se acercó a la mochila, posó la caja en la mesa de al lado y se puso a rebuscar en su interior.

Esta era la mía.

Me aproximé a ella como si tal cosa y me arrimé por detrás justo cuando se alzaba con las prendas. Su respiración se puso algo nerviosa.

—¿Esto también lo has comprado para mí? —le pregunté, llevando mi rostro hacia delante para susurrarle en el oído.

Noté cómo se estremecía con mi susurro, incluso cómo su corazón se aceleraba.

—Sí —murmuró, y su rostro se giró hacia el mío, quedando a un palmo.

Sí, se sentía atraída por mí, muy atraída. Bueno, sí, ya sé, yo llevaba casi un año a dos velas, pero esto no dejaba lugar a dudas, esta enorme tensión sexual se olía en el ambiente.

Mi corazón también se puso a dar tumbos y mi estómago chisporroteaba por todas partes. Me estaba acercando demasiado a la peligrosa línea divisoria que no debía cruzar, pero no pude evitarlo.

Alcé la mano y, con dedos trémulos, le retiré el pelo de la cara para metérselo detrás de la oreja. Sus ojos se cerraron y su boca dejó escapar un suspiro largo durante la suave caricia; cuando terminé, los abrió para mirarme. Era tan hermosa. Mis pupilas se empeñaron en enganchar bien a las suyas, no podía dejar de observarlas. Entonces, empecé a sentir ese algo que fluía a nuestro alrededor, todavía no conseguía recordar de qué se trataba, pero era muy intenso. Ella era más que suficiente, sin embargo, eso me embaucaba aún más, y terminé dejándome llevar sin remedio. La ropa se le cayó de las manos cuando comencé a acercar mi rostro al suyo, y la respiración de ambos se agitó, algo ansiosa.

Unos estridentes golpes en la puerta hicieron que mi nube se dispase de repente, pegase un bote, del susto, y me separase de ella ipso facto, comenzando a caminar nerviosamente, sin saber qué hacer.

¿Qué... qué había estado a punto de hacer? ¿Es que... es que era tonto o qué? Sí, definitivamente me había vuelto chiflado, majareta.

—Tienen que dejar la habitación —nos avisó la grave voz de un hombre, desde fuera.

Qué agradable...

Y qué oportuno..., pensó mi subconsciente.

¡No, no! ¡Maldita sea! ¡Era un estúpido!

—¡Ya lo sabíamos! —gritó ella, enfadada, frunciendo su adorable ceño. Vaya, parecía realmente cabreada—. Esto me pasa por pagar la habitación el día antes... —murmuró, enfurruñada, cogiendo mi ropa de nuevo.

—Voy... voy a vestirme al baño —declaré, y le señalé las prendas con el dedo.

—Ah, sí, toma —sonrió, pasándome esos pantalones vaqueros cortos y la camiseta verde.

—Gracias.

Lo cogí todo y me metí en el baño para vestirme.

En Leavenworth no había mucho para escoger, así que tuvimos que conformarnos con alquilarle una Ranger del 77 a un hombre que era tan viejo como el aspecto de la furgoneta. No me fiaba, así que le hice varios ajustes a ese trasto, cosa que sirvió para que el viejo nos rebajara el precio, eso sí, no fuimos capaces de convencerle para que nos dejase sacarla de la frontera. Pero no teníamos opción, no había ningún sitio en este maldito pueblo que alquilase vehículos, así que aceptamos. Él mismo quedó en recoger el vehículo al día siguiente, así que nos desprecupamos de este tema.

Desayunamos rápidamente en la hamburguesería y partimos.

Decidimos turnarnos en la conducción, para que yo pudiese dormir algo, ya que esta noche íbamos a tener que dormir a la intemperie y tenía que estar despejado durante la noche para vigilar.

Ese trasto sólo disponía de una anticuada radio que cogía las emisoras que le daba la gana, pero ella se las arregló para pillar una de música, que nos acompañó en todo el trayecto.

Durante horas y horas el paisaje fue árido y completamente llano, tan sólo se presentaban algunos árboles dispersos de vez en cuando y apenas se veía alguna montaña baja, hasta que empezamos a dirigirnos a Newport, entonces el paisaje cambió; los árboles comenzaron a bordear la carretera y las montañas fueron cobrando más protagonismo.

Hicimos un descanso en ese pueblo para estirar las piernas, repostar y comer algo, y volvimos a esa furgoneta granate para seguir nuestro viaje.

Por supuesto, tantas horas en la carretera dan para pensar mucho, y no pude evitar que mi tarro le diese vueltas a todas las cosas que habían pasado desde que ella se plantó en La Push, en lo que había pasado en esa habitación, o había estado a punto de pasar, vamos. Era todo tan... no sabía cómo definirlo. No debería romperme más la cabeza, pero ahora que sabía que ella al menos se sentía atraída por mí las cosas empezaban a adquirir un matiz algo diferente. Y, mierda, ya no podía pararlo. Maldito gusano...

Después de diez horas de trayecto, por fin llegamos a la frontera, donde teníamos que seguir a pie. Aparqué en el arcén de la carretera y nos bajamos de esa tartana, dejándole a su dueño las llaves colgadas en el eje de las ruedas delanteras, como habíamos acordado.

—Ven, voy a cambiar de fase detrás de aquellos árboles —le indiqué, cogiéndole de la mano para que me acompañase.

Genial. ¿Qué estaba haciendo? Ella la aferró con fuerza y mi mano apretó la suya inconscientemente, ya no fui capaz de soltarla.

Me dirigí como un atontado a esos abetos y, ahí sí, no me quedó más remedio que dejar escapar su mano, ya que tenía que ocultarme.

Me desnudé lo más deprisa que pude detrás de ese tronco y me transformé, saliendo junto a ella para tenerla a la vista.

Quil, ya estamos en la frontera, en Roosville, ¿dónde estáis vosotros? Ay, hola Jake, verás... Todavía nos queda un buen cacho, tío, no vamos a llegar hoy, me anunció.

¿¿Qué?!

Lo siento, vamos lo más rápido que podemos, de veras, pero correr por las laderas de las montañas no es nada fácil, ¿sabes?

Suspiré, aunque, bueno, no sé por qué ya me lo esperaba. Era evidentísimo que querían dejarme a solas con ella. Idiotas...

En fin, está bien, acepté, aunque a regañadientes. Nosotros seguiremos a cuatro patas, por aquí ya hay árboles de sobra. Avisadme cuando lleguéis a Roosville, ¿vale? Ya os diré por dónde andamos.

Mensaje recibido.

Bueno, tíos, os dejo, les comunicué. Estaremos en contacto.

Cuenta con ello.

Y me desconecté.

Volví a mi forma humana y me agaché para atar la ropa a mi cinta de cuero. Entonces, después de enganchar las prendas, me quedé observándola.

Al igual que ella, yo también seguía llevando esa cinta de compromiso. Tenía que haberme deshecho de ella, sin embargo, ahí seguía, rodeando mi tobillo, porque para mí era imposible quitármela, era demasiado importante para mí, y lo sería para siempre. ¿Y ella? ¿También sería porque...?

—¿Te queda mucho? —preguntó, tras el árbol, sacándome de mis pensamientos.

—¿Eh? Ah, no, no —respondí, alzándome—. Seguiremos en mi forma lobuna, ¿vale? —le anuncié—. Voy a transformarme otra vez.

—Vale.

Adopté mi forma de lobo y saqué la cabeza para avisarla. Ella se metió entre los árboles para llegar a mí, que ya la esperaba tirado en el suelo. Echó el pie hacia atrás para coger impulso y, de un salto grácil y alto, se subió a mi lomo, con esa mochila a la espalda. Me puse en pie y, cuando me aseguré de que se aferraba bien a mi pelaje, inicié la carrera, atravesando la frontera.

¿POR QUÉ DEMONIOS TODO EL MUNDO ME GUARDA SECRETITOS Y ME OCULTA LAS COSAS? NO LO ENTIENDO

Los árboles pasaban a toda velocidad mientras los esquivaba, ya habíamos avanzado mucho, pero la noche empezó a cernirse sobre nosotros. Llevábamos muchas horas de viaje, primero en esa tartana de furgoneta y ahora a cuatro patas, era hora de parar para cenar algo y que ella durmiese.

El frío ya comenzaba a ser cada vez más evidente, y eso que estábamos a mediados de junio. Aquí parecía que el tiempo se hubiese detenido en alguna fase del invierno-primavera, porque las montañas estaban completamente nevadas, aunque también influía esa ola de frío polar por la que estaba atravesando el suroeste de Canadá. Ella se había echado sobre mí para paliar esas bajas temperaturas, ya que solamente llevaba esa camisa de cuadros, menos mal que de manga larga.

Busqué un sitio que estuviera recogido y que fuera acogedor a la vez, bajando la intensidad de mi carrera para observar mejor los alrededores. No tardé mucho en encontrar uno, me dirigí hacia allí, olisqueando la zona para cerciorarme de que no había chupasangres a la vista, y me detuve.

Me eché en el terreno y ella se bajó de mi lomo. Mientras se quitaba la mochila, yo me levanté y me fui a cambiar de fase detrás de un enorme

abeto. Me puse la camiseta verde, los pantalones vaqueros cortos y las deportivas negras.

—Tendremos que ir a cazar algo —dije, saliendo de mi escondite.

Ya se había puesto un plumas de color blanco, que tenía una capucha ribeteada con pelo falso marrón, y se encontraba agachada frente a la mochila.

—No hace falta, traigo comida —y sacó una lata bastante grande, alzándola para que la viese.

—¿También traes comida enlatada? —pregunté, perplejo.

Ahora entendía que pesase tanto esa dichosa bolsa.

—Sí —asintió, sacando más latas.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —refunfuñé—. No hubiéramos parado en esa hamburguesería.

Y tampoco hubiéramos dormido en esa habitación..., lo cual ya no sabía si hubiera sido mejor o peor, la verdad.

—Me apetecía comerme una hamburguesa, después de olerlas... —alegó, mordiéndose el labio con esa carita tan adorable—. Además, he traído lo justo, tenía que reservarlas para aquí.

En fin, viéndolo así, era lógico.

—Bueno, vale —suspiré—. Tenemos que hacer una hoguera, la noche va a ser bastante fría, puede que incluso nieve un poco —declaré, mirando al cielo encapotado—. No me voy a alejar, pero prefiero que vengas conmigo. Camina a mi lado y no te separes de mí.

—Sí —obedeció.

Se levantó, cogiendo esa caja metálica, se acercó a mí y me tomó de la mano. Tuve que inspirar aire para que mi corazón y mi estómago se relajasen, pero fui capaz de iniciar la marcha.

Comencé a coger las ramas que iba encontrando por el terreno, aquellas que me parecía que estaban más secas, pero llegó un momento en el que el montón que había recogido ya no me entraba en la mano.

—Si me... si me dejas un momento —le sugerí, elevando nuestras manos amarradas.

—Ah, sí, claro —sonrió.

Y mi mano quedó huérfana cuando ella la soltó.

Carraspeé y continué cogiendo leños.

Tal y como le había pedido, ella no se despegaba de mi lado. Y de esa extraña caja tampoco. Me fijé en cómo la llevaba. La abrazaba con fuerza, apretándola contra su pecho, como si su contenido fuera todo un

tesoro para ella. Sí, vale, ya me quedaba claro que no era ningún producto femenino, tanto aferro, no era normal. ¿Qué demonios llevaría ahí, que era tan importante como para llevarla con ella a todas partes?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirí, recogiendo un par de palos más.

¿Para qué iba a andarme con chiquitas?

—Claro —se encogió de hombros.

—¿Qué hay en esa caja?

Sus pies se detuvieron en seco y yo tuve que pararme para que siguiera cerca de mí. Me giré para mirarla. Sus ojos escudriñaban el suelo, buscando alguna respuesta con nerviosismo, mientras la espachurraba más contra su pecho.

—Es... —alzó su precioso rostro para mirarme y sus pupilas adquirieron un matiz triste y desesperado—. No puedo decírtelo —y sus ojos bajaron de nuevo.

Genial. Ya estábamos otra vez con los secretitos. ¿O sería la telaraña?

—¿No puedes decírmelo porque no puedes, o porque no quieres? —no pude evitar que mi voz saliese con un poquito de acidez.

Levantó la vista y su mirada ya me respondió.

—Vale, está bien, si no me lo quieres decir, no importa —bufé, enfurruñado, dándome la vuelta para seguir cogiendo ramas.

—Venga, Jake, no te enfades —dijo, poniéndose a mi lado de nuevo—. No es lo que... —su voz se cortó y tomó aire para hablar de nuevo—. Ahora no puedo, es mejor que no lo sepas, pero todo a su debido tiempo.

—Es que todo esto es muy frustrante, sinceramente —protesté, mirándola enfadado—. Todos estos... secretitos.

—¿Te crees que para mí no lo es? —se defendió, apenada—. No sabes por lo que... Quiero..., pero... —tomó aire y después lo expiró con rapidez, clavándome esos ojazos en los míos—. Confía en mí, por favor.

El idiota de mí se quedó observándola embobado durante un instante. No entendía nada de nada, entre la telaraña, la caja metálica misteriosa, la pulsera de compromiso y lo que había pasado en la habitación, estaba hecho un auténtico lío. Mis sesos eran un revuelto de cosas que iban y venían, de sentimientos encontrados. Pero su mirada era clara y limpia, sincera.

Mierda. Ya me tenía en el bote otra vez.

—Está bien —acepté, resollando por las napias, y me agaché para coger más palos.

—Gracias —sonrió—. Entonces, ¿ya no vas a estar enfadado?

—No estoy enfadado —contesté, levantándome.

—Sí, sí que lo estás —soltó una risilla—. No dejas de coger leños para disimular, eso es que estás enfadado.

La miré y no pude evitar que se me escapara una mueca a modo de sonrisa. Me conocía demasiado bien.

—Cojo leños para hacer la hoguera —alegué.

—Pues tenemos hoguera para toda una semana —bromeó, señalando el montón que mis brazos envolvían, con esa preciosa sonrisa—. No sé por qué sigues cogiendo más.

Observé todo ese mogollón que llevaba y sin darme cuenta me estaba riendo con ella. Me sentí un poco raro por reírme, llevaba tanto tiempo sin hacerlo..., pero tenía que admitir que me gustó, sobre todo por sentir esa complicidad entre los dos.

—Ahora ya no estás enfadado —afirmó, sonriéndome de nuevo.

Era inevitable, su maravillosa sonrisa era contagiosa, y mi boca volvió a curvarse sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo, aunque volví a recuperar la compostura, carraspeando.

—Venga..., vamos —le exhorté, ya más serio, echando a andar hacia la zona de la mochila, de la cual no nos habíamos alejado nada—. Cenaremos una de esas latas que has traído.

—Están bastante buenas, ya verás —aseguró, sin despegarse de mi lado.

—Ya veremos.

Hiné una rodilla en el suelo y tiré los leños frente a la mochila. Los apilé para hacer una pira y me pasó un mechero que llevaba en la bolsa. Mientras ella desenroscaba el saco y una de esas colchonetas finas que se ponen bajo los mismos, yo encendí las ramas, soplando para que las llamas se extendieran bien.

Se sentó en el saco, frente a la hoguera, dejando la caja metálica a su vera derecha y cogió unas latas.

—¿Qué prefieres, albóndigas de carne o pollo? —me ofreció, alzando las dos.

—Pollo —decidí, sentándome en el saco, a su lado izquierdo, aunque lejos.

—Vale —asintió, abriendo la lata con la hebilla—. Toma, sujeta un momento —y me la pasó.

—Vaya, la verdad es que huele muy bien —afirmé, oliendo la comida.

—Ya te lo dije.

Sacó un par de platos y unos cubiertos de plástico, y los repartió, poniendo lo mío en mi regazo.

—¿Pero cuántas cosas traes en esa mochila? —inquirí, frunciendo el ceño con extrañeza—. Pareces Mary Poppins, cada vez sacas más trastos.

Mi estúpida frase pareció hacerle gracia y se echó a reír. Su maravillosa risa era como un cántico celestial, te engatusaba.

—Sólo traigo lo imprescindible —rió, cogiendo la lata.

—Sí, ya lo veo —volví a sonreír con una mueca que se me escapó.

Genial, Jake, céntrate, me dije.

Carraspeé una vez más.

—Espera, ponlo aquí para que caliente un poco —manifesté, cogiendo la lata de su mano para colocarla pegada al fuego.

Se produjo un momento de silencio en el que las llamas hicieron chasquear los leños, provocando que las chispas salieran despedidas hacia arriba, hasta que se apagaban en cenizas.

Llevó sus manos a sus brazos para frotarse, el frío cada vez iba ganando más terreno gracias a la noche. Cuando las subió para calentarlas con su aliento, ya no me pude resistir.

Azucé el fuego con uno de los palos que habían sobrado, para que aumentaran sus llamas. Me aproximé y me pegué a ella. Juro que mi intención sólo era esa, pero no sé qué pasó, consiguió meterse fácilmente bajo mi brazo y terminó rodeando sus hombros y con ella bien arrimada a mi cuerpo.

—Gracias —murmuró.

—De-de nada —tartamudeé, como un idiota, con esos acelerados latidos retumbándome en la garganta y ese chisporroteo continuo en mi estómago.

¿Qué estaba haciendo? ¿Es que era masoquista o qué? Debería despegarme de ella, al menos, no estar rodeándola con mi brazo, sin embargo, ahí me tenías, frotándola para que no tuviera frío mientras aguantaba el tipo como un tonto.

Sí, desde luego era un idiota suicida, porque estaba claro que todo esto al único sitio que me iba a llevar era a mi autodestrucción.

El pollo no tardó en calentarse, así que se apartó del amparo de mi brazo, aunque continuamos arrimados. Nos repartimos la comida y comenzamos a cenar.

—Dime, ¿cómo está la manada? —me preguntó, mientras le daba un mordisco a su muslo de pollo.

¿Ahora se interesaba por mi manada? En fin...

—Bien —respondí, escuetamente, comiéndome un trozo de carne.

—Billy me ha dicho que habéis tenido alguna sorpresa, ¿no? Me refiero al tema de Embry y Sam.

No me lo podía creer. ¿Billy le había contado eso? Desde luego, un rato que le había dejado a solas con ella, y ya le cascaba todo.

—Bocazas... —murmuré, en voz alta, girando la cara hacia el otro lado con las cejas clavadas sobre los ojos. Me volví hacia ella otra vez—. ¿Qué te ha contado exactamente? —quise saber.

—Que Embry y Sam son hermanos —declaró, metiéndose otro poco de pollo en la boca.

—Bocazas... —repetí, esta vez mirando al frente.

—¿Es verdad? ¿Son hermanos?

Suspiré con enfado. Los temas de la manada eran privados, él no tenía de haberle contado nada, aunque yo estuviera imprimado de ella y ella hubiera sido mi... *novia*. Mierda, tan sólo pensar en la palabra, ya me hacía estremecer. ¿Sería estúpido?

En fin, ahora ya no había remedio, ya lo sabía todo.

—Sí, son hermanos de padre —le ratifiqué, de mala gana, dándole un bocado a mi zanca.

—Vaya —exclamó, pestañeando.

—La madre de Embry es de la reserva de los makah —empecé a explicarle a regañadientes—, se vino a La Push cuando estaba embarazada de Embry, y, bueno, nunca se sospechó nada de nada, todo el mundo dio por hecho que su padre se había quedado con los makah, incluido el propio Embry. Hasta que él se transformó y se unió a la manada. Entonces, era evidente que su padre tenía que ser de nuestra tribu, y se armó una movida muy gorda, porque sospechábamos del padre de Quil, del padre de Sam y de Billy, y los tres estaban casados en aquella época.

—¿Qué me dices? —exhaló, sorprendida—. ¿Billy también?

—Sí, pero enseguida se vio que no era él, menos mal... —suspiré—. En cuanto me marché de la manada de Sam y se comprobó que yo era el

legítimo Alfa, ya no hubo dudas. Embry es mayor que yo, si hubiera sido hijo de Billy, el Alfa legítimo lo hubiera sido él, así que mi viejo enseguida fue descartado —le expliqué.

—Ah, claro —se percató.

—Embry exigió a su madre saber la verdad, después de tantos años ya no aguantaba más, le dijo que tenía derecho a saber quién era su padre y todas esas cosas, y finalmente ella cantó.

—Y le confesó que su padre era el señor Uley —concluyó.

—Exacto. No veas la que se montó después con eso, también —le pegué otro bocado a mi muslo de pollo, lo tragué y seguí hablando—. Bueno, siempre tuvimos nuestras dudas, pero más o menos todos nos lo esperábamos, Joshua Uley nunca fue un hombre ejemplar, precisamente, tenía todas las papeletas para ser el padre de Embry, pero, en fin, para Sam no dejó de ser todo un marrón, claro.

—¿Y qué ha hecho la madre de Sam?

—Nada. No lo sabe —le revelé.

—¿No lo sabe? —inquirió, alucinada.

—Las cosas de la manada se quedan en la manada, es mejor así —le aclaré—. Además, ella ni siquiera sabe lo que somos, ¿cómo le íbamos a explicar que la chispa de la duda saltó cuando Embry se transformó? Y Sam ha preferido no contarle nada, así que nosotros lo respetamos. No es de extrañar que no quiera hacerlo, sería todo un escándalo en la tribu, y al padre de Sam le costaría el divorcio, seguro.

—Pero ella tiene derecho a saberlo, ¿no te parece? —rebatí.

—Sí, claro —coincidió—, pero esto no es asunto nuestro, al fin y al cabo, no debemos meternos en nada. En todo caso, es Sam el que tiene la última palabra.

—¿Y si Embry quiere conocer a su padre? —siguió—. Bueno, ya sé que conoce a Joshua Uley, pero me refiero a conocerlo más a fondo, como su padre.

—Embry no quiere tener nada con Joshua Uley —desvelé—. Sólo quería saber quién era su padre para quitarse la duda, nada más. Y si te digo la verdad, saberlo ha sido todo un alivio para la manada.

—¿Y para Sam?

—Bueno, este tema ya llevaba rondando bastante tiempo, incluso antes de que tú nacieras, y siempre habíamos intentado dejarlo a un segundo plano para que no interfiriera entre nosotros, pero el runrún siempre ha estado ahí, ¿entiendes? Sam y Quil siempre han estado con la

mosca detrás de la oreja, así que cuando Embry se enteró de que su padre era Joshua Uley, a Sam tampoco le pilló por sorpresa. No se lo ha tomado mal, o sea, quiero decir, el que Embry sea su hermanastro lo lleva bastante bien, el problema es el cabreo que tiene con su viejo, pero, bueno, esto ya son cosas suyas.

—Nunca me lo habías contado —me reprochó un poco.

De pronto, me sentí culpable y todo.

—Ya, perdona, es que... —¿pero por qué demonios me estaba disculpando? Y el idiota de mí siguió hablando, aunque, eso sí, haciéndome el desganado—. Bueno, verás, Embry nos hizo prometerle a Quil y a mí que no se lo contaríamos a nadie que no fuese de la manada hasta que no se supiese nada, incluidas Claire y tú. Por eso tuve que mantener la boca cerrada. Y resulta que se lo cuento a Billy hace un mes, y el muy cretino te lo casca a ti enseguida —bufé.

—No te enfades con él, pobrecito —le defendió, encima—. Sólo me lo ha contado a mí, y yo le sonsaqué un poco, la verdad —confesó, mordiéndose ese precioso labio inferior mientras me miraba con cara de corderito degollado.

Ay, se me caía la baba. Era tan preciosa, tan dulce... Y tan peligrosa para mí...

—Bueno, ya... ya veré qué hago —refunfuñé, volviendo el careto al frente para no tener que verla.

Se hizo otro momento de silencio en el que las llamas volvieron a cobrar protagonismo. Nos quedaba muy poco para acabar el pollo, así que terminamos de cenar en un tris.

—Bueno, esto estaba rico, ¿a que sí? —afirmó, limpiándose las manos con una servilleta de papel.

—Sí, no estaba mal, la verdad —asentí, cogiendo otra servilleta que ella ya me estaba pasando.

—Trae, los platos y los cubiertos sirven para otra vez —dijo, llevándose mis cosas para limpiarlas con otra servilleta.

Tiró los restos del pollo en una bolsa de papel, después, limpió los platos, los metió en otra bolsa y los guardó en la mochila, en un departamento separado de la ropa. Hizo lo mismo con la lata para no dejar basura en el bosque, y la metió en la bolsa donde había echado los huesos, pero, cuando la iba a insertar en otro compartimento de la mochila, ésta se le volcó accidentalmente, desparramándose parte de su contenido.

La ropa y los objetos grandes se quedaron en la boca de la mochila, sin embargo, las cosas más pequeñas se escaparon hacia fuera. Fue entonces cuando la vi.

Era otra de esas piedras de color celeste llena de manchitas negras.

—¿Tú también? —resoplé, cogiéndola para mirarla—. No me puedo creer que lleves este amuleto, ¿es que están de moda o qué?

—Es bonito —alegó, quitándomelo de la mano para guardarlo en su mochila de nuevo.

—Bah —alcé los brazos y me estiré—. No sé cómo creéis en esas chorradas —y me eché hacia atrás, quedándome boca arriba, con los brazos doblados para que mi cabeza se apoyase en las manos.

Se echó junto a mí, de lado, acomodándose en mi costado. Eso ya hizo que mi corazón se pusiese a saltar como un idiota y que mi estómago se llenase de ese cosquilleo.

—A veces pasan cosas inexp... —su murmullo se quedó cortado.

Su mano se posó en mi pecho, aferrando un poco mi camiseta para llamar mi atención y que le mirase. El cosquilleo de mi estómago pasó a ser alocado e, irremediamente, giré el rostro hacia ella para acceder a su petición. Me quedé engatusado por esa belleza, las llamas de la pira se reflejaban en sus ojazos y bañaban su hermoso y angelical rostro en esos colores anaranjados que fluctuaban continuamente. Tuve que respirar bien hondo para centrarme en lo que decía.

—Ayúdame —murmuró, suplicándome con la mirada.

—A veces... pasan cosas inexplicables —seguí yo, intentando relajar a mi organismo a la vez.

—Cosas como la mag... —cerró los ojos y respiró con resignación.

—¿Como la... mag... magia?

Los abrió con rapidez, esperanzados.

—Mira esto —dijo.

Alzó la mano que reposaba en mi pecho con la intención de ponérmela en la mejilla, pero yo aparté un poco la cara. No quería ver lo feliz que era con ese... desgraciado que me la había arrebatado.

—Confía en mí —me pidió, con un murmullo—. Por favor.

No pude resistirme a esos preciosos ojos implorantes, así que, esta vez, mi mejilla se quedó quieta cuando ella apoyó su mano. Cerré los ojos, preparándome para sufrir una fuerte embestida, una patada donde más duele, pero, para mi enorme asombro, no ocurrió nada.

Abrí los ojos de sopetón para mirarla con ese careto de confusión y perplejidad.

—No... no se ve nada —declaré, en voz alta.

—Estoy hech...

Hech... ¿qué era hech...? ¿Hech... qué?

—No entiendo lo que quieres decirme —admití, confundido.

—Lo que pasa en los cu... —sus ojos se cerraron de nuevo, algo desesperados—. Enc... Hech... —suspiró con desazón.

—Escríbemelo en la tierra —se me ocurrió, incorporándome un poco para coger uno de los palos.

Ella me agarró para que no lo hiciera. Ni siquiera pudo hacerme una negación con la cabeza, pero sus ojos lo decían todo.

—¿Tampoco puedes escribirlo? —inquirí, sorprendido.

Sus ojos tuvieron que hablar una vez más para ratificarme que no.

—¿Todo eso te lo hace la telaraña? ¿No puedes contar nada de lo que te pasa, ni usar tu don, ni escribirlo?

Tomó aire para intentar hablar, sin embargo, lo soltó con frustración al no poder hacerlo.

Me mordí el labio, mirando al suelo, pensativo. ¿Cómo podía decírmelo? Tenía que haber una manera. Entonces, se me ocurrió una.

—Ya sé. Nos transformaremos y me lo dirás telepáticamente —le dije, mirándola.

Su carita también me respondió.

—¿Tampoco? —parpadeé, perplejo—. ¿Tampoco puedes transformarte?

Claro, ahora entendía que no lo hubiese hecho en La Push cuando nos atacaron esos tres chupasangres.

¿Pero qué era esa mierda que le habían hecho? ¿Qué demonios era esa telaraña que le impedía hacer todas esas cosas? ¿Y quién le haría algo así?

Ya empezaba a sentir el fuego en mi espalda, cuando unas lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas. No, eso sí que no podía soportarlo.

—Hey, venga, no llores —le calmé—. Yo te ayudaré, ¿vale? Siempre te protegeré.

Llevé mi mano trémula a su hombro para acariciarla, sin embargo, cuando me quise dar cuenta, ella se lanzó a mis brazos, haciendo que me

cayese echado. Se puso a llorar en mi pecho, aferrándose con fuerza a mi camiseta.

—Jake... —sollozó.

Me quedé paralizado por un instante, con el corazón retumbándome en el pecho, ella podía notarlo, desde luego. Menos mal que el intenso hormigueo de mi estómago era algo privado.

Tragué saliva, me obligué a reaccionar y llevé mi dubitativa mano a su cabello. Al principio no me atrevía mucho, pero en cuanto mis dedos rozaron su pelo, todo fue como la seda, nunca mejor dicho. Se deslizaban por esa larga cabellera con total desenvoltura, peinando esos mechones como si el tiempo no hubiese pasado jamás.

Me di cuenta de que estar así, como estábamos en este momento, era totalmente natural, era lo natural, así me sentía ahora, y siempre lo había sido entre nosotros, incluso antes de que ella fuera mi... *chica*. Volver a pensar en esta palabra hizo que me estremeciera otra vez. Era como si todo siguiese como antes, como tenía que ser. Me sentía tremendamente a gusto. Ella se relajó al instante, parecía sentir lo mismo que sentía yo.

Bajé la mirada y la observé. La observé ahí, entre mis brazos, así es como quería verla para siempre. Recordé lo que Billy me había dicho, todo eso de que este viaje podía ser mi oportunidad para volver a conquistarla. Y, sinceramente, después de lo ocurrido en la habitación de ese motel, de ver que seguía llevando mi pulsera de compromiso y de verla sobre mi pecho como si jamás hubiésemos dejado lo nuestro, parecía haberla.

Un sentimiento que no había tenido antes empezó a abrirse paso por los agujeros que el gusano había abierto en mi cerebro. Ese sentimiento me decía que luchase por ella, lo gritaba, lo chillaba. Me decía que no se la dejase a ese desgraciado, que la recuperase, porque ella siempre había sido mía y sólo mía.

Sin embargo, algo enturbió todo esto de repente, algo que se clavó en mi cabeza como un meteorito, y era demasiado importante. No podía olvidar lo que me había hecho, era imperdonable. Aunque, mierda, yo quería volver con ella... Intenté que vinieran a mí aquellos maravillosos recuerdos, olvidar ese pasado oscuro, pero lo único que podía recordar era que me había dejado por otro, y la forma tan cruel con que lo había hecho. Sí, maldita sea, me había tirado como a una colilla. Mi sentimiento de lucha empezó a ser sustituido por otro de rencor y rabia, esa que me había acompañado durante todo este año. Año en el que ella

no había aparecido, ni siquiera me había llamado para preguntarme cómo estaba, y resurgía ahora como una seta para pedirme ayuda. Eso era lo único que la interesaba, seguro.

Y eso era lo único que yo iba a hacer: ayudarla y punto. Después, cada uno a su casa.

—Es hora de dormir —manifesté, incorporándome un poco para que ella se bajase de mi pecho—. Mañana tendremos que madrugar mucho, creo que empezará a nevar al amanecer.

—Sí, claro —aceptó, apartándose.

Me levanté para dejarle el saco libre y ella se metió dentro, cerrando su cremallera y abrazando a esa dichosa caja metálica como si fuera un peluche.

Me senté en el suelo, frente a la hoguera, y eché más leños. No pude evitar que mis ojos se fijaran en sus escalofríos. Esperé un poco, ya se le pasarían. Pero no, no se le pasaban.

Mierda, genial.

No pude evitarlo. No podía verla así.

Me puse de pie, corrí hacia el primer árbol que rodeaba nuestro pequeño claro y me transformé.

Salí deprisa y me acerqué a ella. Gañí para avisarla y me eché a su lado, arrimándome bien para protegerla con mi pelaje. Ella se pegó a mí y se acurrucó en mi costado, metiéndose entre mi pelambarrera. Aferró su mano a mi pelo, inspiró profundamente y sonrió.

—Gracias —susurró, ya sin escalofríos.

De nada, le contesté yo, bajando la cabeza y enroscándome un poco para arroparla mejor.

Sonrió otra vez y, al poco, se durmió.

Como me temía, los primeros copos comenzaron a caer bien temprano. Mi pelaje ya estaba cubierto por una superficial capa de nieve, pero ella estaba bien protegida por mi cuerpo.

Dormía plácidamente, y me daba lástima tener que despertarla, pero no teníamos otra opción. Esto sólo era el comienzo de lo que se avecinaba y teníamos que partir ya, antes de que la tormenta de nieve nos alcanzase.

Le metí el hocico por la cara y le di un suave meneo para que se despertase, olisqueándola. Olía tan bien. Se me escapó algún lametón que otro, mierda. Ella se desperezó y abrió los ojos.

—Buenos días —me sonrió, y me dio un achuchón, abrazándome por el cuello.

Se me erizó un poco la pelambreira de la nuca sólo con eso, pero la cosa empeoró cuando metió los dedos por el pelaje de mi cuello para rascarme, porque entonces ya no lo pude evitar y me puse a ronronear como un idiota.

Sí, realmente lo era. Pero sólo ella sabía acariciarme así, a ver quién es el listo que puede resistirse a eso.

Se incorporó, quedándose sentada, y se estiró.

—Oh, vaya, está nevando —se percató, poniendo las palmas hacia arriba para dejar que esos privilegiados copos se derritiesen en ellas.

Venga, vamos, la empujé con el hocico para azuzarla. *Cazaremos algo por ahí para desayunar.*

—Ya voy, ya voy.

Se levantó y recogió todo ese tenderete. Después, se puso la mochila a la espalda, me eché y se subió a mi lomo, quitándole la poca nieve que había sobrevivido a mi alta temperatura.

Me interné más en ese bosque, buscando presas. No tardé en detectar un grupo de alces.

—Ah, ¿vamos a cazar algo? —entendió.

Asentí y me eché en el suelo para que se bajase. Una vez que tocó tierra, los dos nos echamos a correr hacia ese grupo de animales, ella también los había detectado. Galopé pegado a ella y, simultáneamente, saltamos hacia dos de los alces, ella a por una hembra y yo a por un macho que estaba malherido. Ambos atrapamos a nuestras presas sin problemas entre aquella estampida que huyó despavorida.

Después de llenar nuestros estómagos, gañí para avisarla y me eché en el suelo para que reanudáramos la marcha.

Pero algo me alertó, haciendo que me pusiera en pie inmediatamente.

¡Jake, demonios, ¿puedes oírme?!, gritó Quil, cuando me percaté de sus voces y me conecté.

—¿Qué pasa? —quiso saber, extrañada por mi reacción.

Dime, te escucho, le dije a Quil.

¡Menos mal, tío! ¡Escucha, esos chupasangres que se nos escaparon nos encontraron!

¡¿Cómo?!, bufé, con indignación. *¡¿No decíais que los habíais pillado a todos?!*

¿Más secretos? Esto era el colmo.

—Jake, ¿qué pasa? —repetió ella, nerviosa.

¡Bueno, sí, pero era mentira! ¡Oye, ahora no tengo tiempo de explicártelo, estamos luchando con cuatro de los que se nos escaparon de La Push y con otros más que se les han unido aquí!, entonces, me fijé en las imágenes que los ocho pares de ojos me mostraban y me quedé atónito. ¡Como ves, los Cullen nos están ayudando, pero son muchos y un grupo bastante numeroso se ha vuelto a escapar! ¡No sé cómo diablos se han enterado, han debido de estar siguiéndonos, espiándonos o algo, el caso es que Edward los ha descubierto, pero saben dónde os encontráis y los que se escaparon han ido hacia allí! ¡Escucha, podéis sacarles un día de ventaja si os largáis ahora mismo de ahí, eso es lo que calculamos! ¡Pero tenéis que ir de donde estáis ya!

No entendía nada de nada, ellos luchando, los Cullen también luchando... ¿Qué narices era todo esto?

—¡Jake! —gritó ella, dándome tirones en el pelo para que mirase a un lado.

Giré la cabeza y vi a dos chupasangres saliendo de entre los árboles. Uno tenía una media melena rubia y el otro lo llevaba corto y era moreno. Ni qué decir tiene que ambos iban enteritos de negro.

¡Pues ya tenemos a dos aquí!, le revelé, poniéndome delante de ella automáticamente para protegerla, mientras ya advertía con gruñidos a ese par.

¡No puede ser!, exclamó él, esquivando el ataque de uno de los vampiros. ¡Podíais sacarles un día de ventaja, te lo aseguro!

¡Esos son otros!, aclaró Embry, a la vez que fintaba con otro. ¡De La Push se nos escaparon seis, ¿recuerdas?! ¡Y aquí solamente estaban cuatro de aquellos! ¡Faltan dos que ya se adelantaron!

¡Mierda, han ido a verificar dónde estáis para decírselo a...!, la frase que estaba pensando se quedó en el aire, llena de interferencias.

¡No dejes que se escapen, líquidalos pronto y largaos de allí ya!, siguió Embry. ¡Tienes que llevar a Nessie a esa montaña cuanto antes, Jake!

Fue escuchar eso, y los chupasangres se arrojaron hacia mí sin mediar palabra, aunque sabía de sobra qué era lo que querían realmente. Querían llevársela a ella.

Antes tendrían que matarme a mí.

Me desconecté de la manada para que nada me distrajes.

Rugí con cólera y no dejé que llegasen hasta mi posición, eso era peligroso, si me tumbaban, podrían cogerla, así que yo también me lancé hacia ellos, para alejarles de allí.

Choqué con ambos en el aire y el estruendo retumbó en los árboles circundantes. Noté cómo una de mis costillas se quebraba, pero apreté los dientes para no gemir y aguanté el dolor, sabía que en menos de un minuto, estaría completamente curado.

—¡Jake! —chilló ella, horrorizada, llevándose las manos a la boca.

Los tres caímos en el suelo y fuimos arrastrados por la inercia de la caída unos cuantos metros. El rubiales se levantó súbitamente y saltó para llegar a ella, pero atrapé su pierna con mis fauces en pleno vuelo e impedí que terminara de ejecutar su acción.

De un meneo de cabeza, lo lancé contra el tronco de un árbol, que se partió en dos con un fuerte crujido, mientras me ponía en pie, ya recuperado del todo, y acto seguido me interpuse en el camino del otro, que ya estaba arrojándose a ella.

Esta vez lo que crujió fue una de mis patas delanteras.

¡Maldita sea!

—¡No, Jake! —lloró, apretando los dientes y los puños con fuerza.

Me puse en pie y finté con ese asqueroso chupasangres, medio cojeando con la pata que ya estaba a punto de curarse.

De pronto, el rubiales vino corriendo y me arrojó unos extraños polvos de color dorado brillante.

—¡NO! —gritó ella, con pavor.

¿Qué mierda era eso?

No hizo falta ni que me lo propusiera. Mi poder espiritual se extendió con rapidez y deshizo esos estúpidos polvos como si fuese un insignificante humo.

El moreno y el rubiales se quedaron patidifusos, no parecían creerse lo que acababan de ver. Ilusos...

—El hechizo no le ha hecho efecto —murmuró el moreno, mirándome atónito.

¿Hechizo? ¿Qué narices era eso del...?

El rubiales no me dejó ni terminar mi pensamiento, el muy cerdo se abalanzó hacia mí sin tregua ninguna y me tiró al suelo, hiriéndome en el costado con un pedrusco que había en el terreno.

¡Mierda!

—¡Jake! —volvió a vocear ella.

Me pude poner en pie antes de que el rubiales se volviera a lanzar hacia mí para luchar, sin quitarle ojo a la sanguijuela morena tampoco.

De repente, en una milésima de segundo que aparté la vista de él para fijarme en el próximo movimiento del rubiales, escuché un zumbido que pasaba sobre mí como un torpedo rabioso para dirigirse a ella.

¡NOOOO!, rugí, con cólera.

Con un movimiento rabioso y enérgico, esquivé el ataque del rubio y le arranqué la cabeza con saña, de una sola dentellada. Me giré instantáneamente hacia ella para hacer lo mismo con el moreno, pero entonces, mis ojos se abrieron como platos.

Mi pulsera de compromiso emitió una luz brillante, podía verla incluso estando tapada por la manga del plumas blanco, y la cubrió con una burbuja de la misma luminiscencia que tendría unos dos metros de diámetro. Vi cómo descargaba una energía de color morado, chispeante como la electricidad, y arrojaba al chupasangres de espaldas sin que ni siquiera llegase a tocarla a ella.

Me quedé de piedra. La pulsera seguía protegiéndola, ¿por qué? Bueno, qué pregunta más tonta, ella siempre la protegería, como yo.

El vampiro quedó tendido en el suelo, medio inconsciente, y con las ropas y el cuerpo quemados, aunque su asquerosa alma malva seguía envolviendo su cuerpo.

No me lo pensé dos veces. Me dirigí hacia él y le machaqué la cabeza.

Ella sacó unas cerillas de uno de los departamentos de su mochila y encendió dos de ellas para arrojarlas sobre los cuerpos, que explotaron en llamaradas. El humo púrpura no tardó nada en ascender hacia el cielo.

No podíamos apagar el fuego, debía consumirse para que terminase con esos chupasangres completamente, pero, mierda, eso era toda una señal de humo, nunca mejor dicho, era una bengala al aire para aquellos chupasangres que ya nos estaban siguiendo y que venían de camino.

—¿Estás bien? —me preguntó ella, acercándose hacia mí con presteza para acariciarme y mirarme entre el pelaje.

Sí, asentí, frotando su cara con mi rostro lobuno, y no pude evitar que mi garganta emitiera un gemidito sordo. Idiota. *Venga, tenemos que irnos de aquí ya*, apremié después, pasando de la caricia a empujarla levemente.

—Sí, vamos —entendió a la perfección.

No había tiempo que perder. Solamente podíamos sacarles un día de ventaja a ese grupo que ya venía hacia aquí si nos largábamos hacia esa dichosa montaña ya.

Me eché en el suelo, se montó en mi lomo, y me alcé para salir por patas de allí.

A VECES PASAN COSAS INEXPLICABLES, COMO LA MAGIA

Quil, ¿cómo vais?, quise saber, por cuarta vez.

Podía sentir cómo el resto de la manada que se había quedado en La Push también ponía la oreja. Esto era como una retransmisión por radio.

Ya está. Por fin hemos terminando con esta escoria.

¿Cómo están Matthew y Shubael?

Bien, no te preocupes. Al final solamente se rompieron unos pocos huesos. Carlisle ya les ha entablillado, y he dejado a Isaac y a Collin con ellos para que les lleven a casa. El doctor dice que se recuperarán muy pronto, no ha sido tan grave como parecía.

Bien, respiré, tranquilo.

El resto ya estamos tras los chupasangres que os persiguen, junto con los Cullen.

Vale. Dile a los Cullen que ya estamos llegando a la montaña, ya la vemos desde aquí.

De acuerdo, se lo diré.

Seguiremos en contacto.

Hasta luego.

Y me desconecté.

Observé el estado de la montaña. No me gustaba ni un pelo. Ya estaba cubierta de nieve y las densas nubes negras se extendían desde la cumbre hasta casi las faldas de la misma, por lo que me impedían verla

completamente, no sabía qué altura tenía. Además, la atmósfera olía a nieve y a frío gélido por todas partes, lo que me ratificaba que la tormenta ya estaba instalada en la montaña.

Continué corriendo toda la mañana, esquivando los árboles a toda velocidad, siguiendo la contracorriente del río Kootenay, que serpenteaba por esos valles que dejaba esa interminable cordillera.

—Es aquí —señaló ella, cuando llegué a la base de la montaña—. Tienes que seguir por este camino.

Acentí e hice lo que me indicó. Comencé a galopar por ese sendero estrecho que ya estaba algo nevado. Los incómodos arbustos que lo bordeaban se empeñaban en engancharse a mi pelaje, pero las enmarañadas ramitas que se amarraban terminaban en el suelo a mi acelerado paso.

El camino empezó a hacerse más angosto a medida que ascendía, aunque los arbustos iban desapareciendo, como si no se atreviesen a subir más allá. Las cuestas cada vez eran más empinadas y mis patas tenían que esforzarse más.

La espesa niebla que formaban las nubes nos envolvió cuando pasamos esa primera fase de la montaña, y la tormenta de nieve nos atrapó sin que pudiésemos hacer nada por evitarlo, ya que no había otro camino por el cual subir.

¡Mierda!, mascullé, luchando por avanzar.

El viento huracanado nos azotaba con furia, hostigándonos con esos copos de nieve y granizo que eran lanzados como verdaderos proyectiles. Ella se cubrió con la capucha y se echó sobre mí para protegerse del vendaval y del frío.

Sentí la urgente necesidad de parar para resguardarla en algún sitio, pero no podíamos detenernos, no de momento, no hasta que la manada me ratificara que tenían a tiro a esos malditos chupasangres, ellos eran más peligrosos que el temporal. Además, tenía que aprovechar lo que la naturaleza ponía a mi disposición, porque la tormenta también borraba nuestras huellas y cualquier pista.

Peleeé durante horas contra el temporal, abriéndome paso como podía entre esa continua y espesa cortina de piedras heladas que me pinchaban por todas partes y me impedían ver lo que tenía delante, obligándome a guiarme solamente por mi instinto, hasta que, por fin, el viento fue amainando poco a poco y la nieve fue desapareciendo progresivamente,

junto con las densas nubes. El paisaje se fue abriendo ante mí con claridad y ella pudo erguirse.

Mis patas empezaron a subir por ese terreno que cada vez era más escarpado y empinado, pero con el hielo, me resbalaba. Ya no podía correr, tenía que ir con pezuñas de plomo, ya que mi peso y mi tamaño eran demasiado grandes, los lobos no estábamos hechos para esto. Lo mejor era ascender con ella en mi forma humana, iría más rápido.

Me agaché y gañí.

—¿Quieres que me baje? —preguntó.

Asentí.

Se apeó de mi lomo y me levanté, sacudiéndome para quitarme de encima la poca nieve que había resistido a mi alta temperatura corporal, que aquí había subido. Miré a mi alrededor, pero no encontré ningún árbol cerca, todos estaban muy lejos. Lo que sí había era un pedrusco bastante grande, así que caminé con diligencia y me escondí. Adopté mi forma humana, me vestí, me calcé y salí de allí rápidamente para regresar a su lado.

—Es mejor que subamos así —le comuniqué, quitándole esa enorme mochila de la espalda para ponérmela yo—. Los lobos no estamos hechos para escalar nada.

—Ya, teníais que haber escogido transformaros en cabras, hubiera sido mejor —bromeó—. Así podríais corretear y saltar por los peñascos de las montañas.

—Ja, ja —articulé, con ironía, mientras ella se reía, aunque yo no pude evitar que mi labio se alzara hacia arriba—. Venga, vamos.

Cogí su mano para ayudarla, cosa que activó mi cosquilleo automáticamente, y echamos a andar con presteza, subiendo por esos empinadísimos salientes.

—Siento no haber parado durante la tormenta, pero no podía detenerme —le dije.

—No importa. Estaba muy calentita —me sonrió.

Le correspondí la sonrisa con una mueca y volví la vista al frente para seguir ascendiendo, ayudándome de la otra mano para escalar un poco.

—Debemos darnos prisa, tenemos detrás a un grupo de esos chupasangres que te persiguen —le revelé—. Aquellos dos sólo habían venido para ratificar nuestra posición. No pudieron hacerlo, pero seguro

que sus compañeros han visto la humareda púrpura, aunque ya se dirigían hacia allí.

—Entonces, ¿saben que estamos aquí? —inquirió, preocupada.

—Creemos que sí —admití—. No sé cómo ha sido exactamente, pero, al parecer, tu familia y el grupo de Quil estaban juntos cuando les asaltaron un montón de esos vampiros —giré el rostro hacia ella—. No te preocupes, están todos bien —le comuniqué para tranquilizarla. Ella asintió y volví la vista hacia delante—. No tenemos ni pajolera idea de cómo lo han conseguido, pero el caso es que esos chupasangres saben por dónde estamos. De todos modos, si seguimos a este ritmo, les sacaremos casi un día de ventaja. Además, tu familia, Quil y su grupo ya están detrás de ellos, así que no te preocupes, les cogerán a tiempo.

Asintió con confianza y seguimos caminando rápidamente. Ella también era ágil, así que no tenía que tirar mucho de su mano para ayudarla a subir esos empinados pedruscos.

Me di cuenta de que la noche no iba a tardar en llegar, así que teníamos que ir buscando un sitio para pasarla escondidos. Gracias a la tormenta, ahora jugábamos con ventaja, así que ella podría dormir un poco.

Ahora que el peligro inminente había pasado, mi tarro era un cóctel de preguntas. ¿Cómo es que el grupo de Quil y los Cullen estaban juntos? ¿Cómo es que se habían encontrado? Entonces, mi boca casi se me queda colgando cuando la lucidez vino a mi aturullado cerebro.

Ya sabía que mi manada me estaba engañando, que me estaba tomando el pelo para que me quedase a solas con ella, pero ahora todas las piezas encajaban. “Los Cullen se marcharon sin decirnos nada. Simplemente se fueron”, recordé, con tono irónico. Idiotas. Sí, claro, se fueron... con ellos, ¿no te fastidia? ¿Serían mentirosos? Bueno, mentirosos no, porque, teóricamente, no era una mentira, claro, era una media mentira, pero aún así, me habían engañado, los muy cretinos. Los Cullen habían estado con ellos todo el tiempo, y, en fin, después de lo de hoy, ya sabía la razón. Todos ellos nos estaban cubriendo las espaldas. Bien, pero, vale, ahora tenía más interrogantes. ¿Por qué? ¿Por qué no habían venido ellos con ella? ¿Por qué se habían empeñado en que la trajese yo si podían haberlo hecho ellos, protegiéndola igualmente? ¿Por qué todos se empecinaban en dejarme a solas con ella?

De mi manada podía comprenderlo, ellos estaban deseando que volviésemos, claro, sabían que yo jamás sería feliz si no estaba con ella, y

también la echaban de menos, desde luego, ella tenía ese don que atrapaba a todo el mundo. Pero, ¿los Cullen? ¿Qué sacaban ellos con que estuviésemos a solas? No lo entendía.

Pero, espera, había más.

¿Cómo habrían dado esos chupasangres con el grupo de Quil y con los Cullen? ¿Cómo habrían averiguado dónde nos encontrábamos nosotros? Bueno, como había dicho Quil, estaba claro que los habían estado espionando o algo y que habían escuchado alguna conversación entre mis hermanos y los Cullen en la que hablaban de eso. Sin embargo, ¿cómo es que éstos no habían notado su presencia? No, es más, ¿cómo es que Edward no se había dado cuenta de que estaban espíandoles?

Entonces, me percaté de otra cosa. Recordé esa capa mate, apagada, de color grisáceo que lucían los tres chupasangres con los que me había enfrentado en La Push. Ese par con el que había luchado esta mañana también la tenía. Era evidente que no sólo servía para esconder su olor, seguro que, además, ocultaba sus pensamientos, como una especie de escudo o algo así.

Eso hizo que otro envoltorio viniese a mi cabeza. La telaraña.

Los dos envoltorios tenían algo en común, servían para evitar algo. En el caso de los chupasangres, para evitar ser olidos o escaneados, en el caso de ella, para evitar que pudiese desvelar nada sobre los que le habían puesto la telaraña. Uno actuaba hacia fuera, el otro hacia dentro, es decir, uno bloqueaba de cara al exterior, el otro bloqueaba a quien lo portaba. ¿Pero cómo habían sido puestos esos envoltorios?

Las palabras que ella me había dicho anoche se plantaron en mi cabeza y todo empezó a entretejerse solo: “a veces pasan cosas inexplicables, como la magia”.

Otra frase se unió al coro: “el hechizo no le ha hecho efecto”.

El hechizo. “*Estoy hech...*”

¡Eso es!

La magia, el hechizo. Maldita sea, ¿cómo había sido tan torpe? Bueno, torpe no, es que todo esto era rarísimo, en fin, es decir, esta cosa de que la magia existiera, y no me refería a nuestra magia, ya sabes, esta que llevamos los quileute en la venas, sino a esa magia de los cuentos de hadas, esa que hechiza a la peña y todas esas cosas, esto de que la magia existiera, no era fácil de creer, era de locos.

¿Podría ser? Bueno, si te parabas a pensar, también era de locos algunos dones que tenían los chupasangres, como el de esa Zafrina, que

te hacía ver ilusiones, o el de esa Chelsea, que podía unir y deshacer los lazos emocionales de las personas, o el de ese Benjamín, que podía manejar los elementos de la tierra. Bueno, vale, esto último jamás lo entendí, pero sonaba a algo muy fuerte. Incluso mi propio poder espiritual era algo extrañísimo. Pero ahí estaba.

Así que sí, así era, y ella había intentado decírmelo, estúpido de mí, y las pruebas eran más que claras. Ahora entendía qué era esa telaraña que la oprimía, ahora entendía cómo se la habían puesto.

—¡Ya sé qué te pasa! —exclamé, parándome de sopetón, haciendo que ella pegase un pequeño bote, del susto, y también se detuviese. Me giré para mirarla—. Estás... estás hechizada, ¿no es eso? La telaraña que te envuelve te la pusieron con un hechizo para que no pudieses revelar nada de quien te la puso, ¿verdad?

Se quedó paralizada por un instante, observándome como si no se creyese que lo hubiera adivinado. No pudo decirme nada, pero su amplia sonrisa de después lo dijo todo.

—Jake... —murmuró, con alegría, abrazándome, entusiasmada.

Tuve que obligarme a coger aire para recuperar mi respiración normal. Sin embargo, luego volvió a acelerarse cuando se despegó un poco de mí, rodeando mi cuello con sus brazos y clavó esos ojazos en los míos, atrayéndome sin remedio.

—Pero no es sólo... —intentó decirme algo, aunque su lengua se trabó—. Quiero decir, que... También es... —dejó caer los párpados con desesperación—. Se me acaba el tiempo... —murmuró para sí, ansiosamente, y volvió a abrir esos ojazos para engancharlos a los míos.

Yo sí que estaba desesperado, porque me pareció que lo hacía con determinación. Su rostro estaba a un palmo del mío, era tan hermosa... Mierda, y peligrosa.

—Bueno, no... no te preocupes —le dije, con nerviosismo, separándome del todo para cogerla de la mano e iniciar la marcha de nuevo—. Mañana llegaremos a ese sitio y quitaremos esa red. Entonces ya me podrás hablar de quien te hizo esto —de pronto, mis muelas rechinaron con aires de venganza.

No podía evitarlo, era un tonto, lo sé, pero tan sólo pensar en que alguien le había hecho algo, me llenaba de ira.

—Pronto va a anochecer —declaró de repente, como con prisas—, tenemos que buscar un sitio para pasar la noche.

—Sí, tranquila, ya lo tenía en cuenta —le revelé—. A ver si por aquí hay algún grupo de árboles o algo para estar lo más ocultos posible —seguí, escudriñando el paisaje.

—Mira, ahí hay una cueva —descubrió, con entusiasmo, señalándola con el dedo—. Es perfecta, tendremos más intimidad para... Quiero decir, que ahí podremos ocultarnos muy bien.

No me había dado cuenta de que habíamos llegado a una explanada. La cueva quedaba un poco alta, frente a un lago congelado, en una de las altísimas y escarpadas paredes que rodeaban a ese estanque. El lago no llegaba al paramento de la cueva, por lo que había sitio de sobra para acceder a la misma por medio de un camino lleno de nieve —en el que también había algunos árboles—, y los salientes de la pared rocosa hacían de peldaños, creándose una escalera natural por la que se podía subir al agujero. Y, además, si nevaba o había otra tormenta, estaríamos resguardados.

—Sí, es perfecta —coincidí—. Bien, pasaremos la noche ahí.

—Genial —sonrió—. Vamos —dijo, tirando de mí.

Por fin se podía caminar sobre llano, eso sí, lo hacíamos con dificultades debido a la espesa capa de nieve.

Pasamos por ese camino que quedaba entre la pared rocosa y el lago helado y llegamos a los salientes que formaban la escalera.

—Iré yo delante —manifesté, adelantándome a ella, sin soltar su mano—. Podría haber un oso o algo, así que no te separes de mí.

—Eso nunca —afirmó, entrelazando nuestros dedos y apretando nuestro amarre.

Me giré para observarla y nos miramos durante un instante. Sus pupilas se clavaron en las mías, otra vez con resolución.

No eran imaginaciones mías. Me estaba mirando con determinación, esa que yo conocía tan bien...

—Bien..., eso... eso es —soltó el estúpido de mí.

Idiota, idiota... ¿Eso era lo único que se me ocurría decir? ¿Por qué me daba tanto miedo? No lo entendía. Bueno, vale, sí, sí que lo sabía. Tenía miedo a que sólo fuera un juego para ella, a que después, cuando llegásemos a nuestro destino, se marchase y me abandonase otra vez por ese... *cretino*. En fin, ya sabía que ella no era de esas, pero, ¿y si después se arrepentía para largarse con él? No, no podría soportarlo.

Maldita sea, estaba hecho un completo lío.

Volví la vista al frente con precipitación, intentando no pensar más en el tema, y comencé a subir por las piedras, con ella detrás.

Ascendimos por ellas y llegamos a la irregular boca de la cueva. Ese agujero parecía un pasillo, tendría un metro y medio de ancho por tres de alto, pero el túnel natural parecía seguir hacia la izquierda.

Me quité la mochila, dejándola en el suelo para apoyarla en la pared, y abrí la cremallera de uno de los compartimentos pequeños, donde ella guardaba el mechero.

—No te despegues de mí —le mandé, en voz baja, incorporándome para cogerla de la mano de nuevo mientras ya accionaba la llama.

—Sí —obedeció, con un susurro, apretando nuestros dedos una vez más.

Avancé por ese pasillo de piedra despacio, con cautela, olisqueando el ambiente. Detecté un olor animal, pero no era un oso, ya que eran varios efluvios y también se percibían los acelerados latidos de bastantes seres pequeños.

Oh, oh...

En cuanto giré la esquina, cientos de murciélagos empezaron a volar hacia nosotros, chillando, espantados por la luz y nuestra presencia.

La que también gritó fue ella.

—¡Jake! —chilló, haciendo aspavientos con las manos para revolverse el pelo—. ¡Quítamelos! ¡Quítamelos!

El enorme revoltijo de murciélagos nos rodeaba continuamente en su camino hacia la salida, casi no se veía nada, y sus chillidos retumbaban en las paredes de la caverna.

—Tranquila, ya está —intenté calmarla, pasando mi mano por su cabello para espantar a los murciélagos que se enganchaban en éste accidentalmente—. Sólo chocan, pero ya se van.

Se abalanzó hacia mí, asustada.

—¡Jake! —lloriqueó, hundiendo su rostro en mi pecho y aferrando sus manos a mi camiseta con pavor—. ¡Me dan mucho miedo!

Yo no les hice ni pizca de caso a esos bichos, tenía bastante con controlar a mi emocionado organismo, que se esforzaba en detener el alocado hormiguo de mi estómago.

—Tranquila —le calmé, con un murmullo, posando mi barbilla en su cabeza y acariciándole la misma y su preciosa melena con la mano que no sostenía el mechero. Dios, ojalá esos bichos no se fueran nunca... Pero se iban. Mierda—. Ya... ya se van, ¿ves?

Los tres últimos y rezagados murciélagos salieron por la boca de la cueva, dejando que todo se quedara en calma y en silencio. Ella también se quedó como la caverna, aunque siguió enganchada a mí, con sus manos aferradas en mi espalda.

—Ya se han ido —le avisé, con otro susurro.

Pero ella no se movía. Despegó su rostro de mi pecho y lo alzó, llevando su cálida y suave frente a mi cuello.

Mi corazón pegó un tumbo y me estremecí, eso hizo que el mechero se me cayera al suelo, apagándose, y todo se quedase a oscuras.

¡Uf, peligro, peligro!

—¡Ah, mierda, vaya, genial! —exclamé, con más que nerviosismo, apartándome de ella bruscamente para buscarlo.

Idiota, imbecil, estúpido. Hace un momento estaba deseando que los murciélagos no se acabasen nunca y ahora me apartaba de ella. Sí, estaba hecho un lío.

La vaga luz que entraba por la boca de la cueva me ayudó a encontrarlo. Lo cogí y lo encendí de nuevo.

—¿Y si hay más murciélagos? —dudó, agarrándose a mi mano otra vez.

—No, ya no hay —aseguré.

—¿Seguro? —preguntó, pegándose a mi costado.

—Seguro —asentí—. Mira, ¿ves?

Moví la mano del mechero para que viera que las paredes y los techos estaban limpios de murciélagos.

—Menos mal —suspiró, cerrando los ojos.

—No me puedo creer que te den miedo esos bichos —me burlé, para olvidar un poco ese tema que ya empezaba a alimentar otra vez a mi gusano—. Y más a ti, que tu familia está formada por vampiros. Bueno, ya sabes, como en las pelis de miedo se convertían en murciélagos...

—Ja, ja, muy gracioso —articulé, con ironía.

La risa se me escapó sola y ella sonrió. No pude evitarlo, es que era muy cómico.

—Es ridículo que les tengas miedo —seguí—. Quiero decir, nos están persiguiendo unos chupasangres, de los que chupan la sangre de verdad, y tú le tienes miedo a unos murcielaguchos.

—Ríete, pero los murciélagos pueden contagiarte la rabia —alegó, y su rostro se volvió más adorable cuando frunció el ceño.

Mi sonrisa se amplió, aunque ésta con un poco de presunción.

—Bueno, vale, puede que a ti no, pero a mí sí —se defendió, ahora sonriendo.

—Venga ya, si esos bichos no pueden hacerte nada, ni siquiera te arañarían la piel.

—Se me metieron por el pelo —declaró, mirando hacia el otro lado para pasar la pelota.

—Vale, vale —reí—. Bueno, a ver... —observé la caverna. Esta zona tenía los tres metros de alto, pero su anchura ya llegaría a los cinco, así que entrábamos de sobra—. Sí, pasaremos la noche aquí —aprobé, dando la vuelta hacia el pasillo donde se encontraba la mochila—. Haremos una hoguera con esos leños que guardamos.

Caminé hacia la mochila, con ella siguiéndome, y me agaché para sacar todos aquellos palos. No me quedó más remedio que soltar su mano para poder portarlos.

—Ve encendiéndola tú —me dijo—. Yo voy a beber un poco de agua.

—Pues trae la mochila —sugerí.

—Sólo son dos tragos —rió, despreocupada—. Anda, ve, que yo voy ahora mismo.

—Vale, pero ven enseguida, no quiero que estés aquí sola, en la boca de la cueva.

—No te preocupes —sonrió.

Bajé la vista para no tener que ver ese rostro angelical que ya me estaba aturdiendo y me di la vuelta, echando a andar. Giré la esquina y lo preparé todo para hacer la pira. Lo hice con rapidez, esto no era un secreto para mí. Mientras colocaba los leños, ella llegó y extendió la colchoneta y el saco, pero después regresó a donde la mochila. Encendí uno de los palos y soplé, propiciando así que las llamas se dispersaran.

La hoguera ya estaba lista, y ella se había ido de nuevo. ¿Por qué no traía la mochila y lo preparaba todo aquí mismo? Además, ya estaba tardando demasiado.

Me asusté un poco y salí de allí prácticamente corriendo, sin embargo, mis pies se pararon de sopetón cuando vi lo que estaba haciendo.

Estaba de espaldas, de cara al exterior, mirando el contenido de la caja metálica misteriosa, absorta, y no se percató de mi presencia.

Sí, vale, lo sé, ella no quería que yo supiese qué contenía, y me había pedido que confiase en ella, y, bueno, no es que no confiase, pero, qué quieres, la curiosidad y las ganas de saber de una vez por todas qué demonios había ahí dentro pudo conmigo, lo siento.

Me acerqué a hurtadillas, lentamente, casi de puntillas, y llegué a su espalda. Alcé un poco la cabeza para mirar y...

—¡Jake! —exclamó, pegando un bote, del susto, y cerrando la caja con precipitación.

Sin embargo, los nervios pudieron con ella y, en la misma acción de bajar la tapa para cerrar la caja, ésta le saltó de las manos, iniciando entonces un bailoteo parecido al que mis manos habían hecho con el mando a distancia.

La caja terminó cayéndosele al suelo, sólo que, estaba tan cerca de la entrada, que rebotó con un saliente del terreno pétreo y salió despedida precipitadamente hacia el exterior de la cueva.

—¡No! —chilló, inclinándose y alargando el brazo para tratar de cogerla al vuelo.

—¿Qué haces?! ¡Cuidado! —voceé yo, agarrándola por la cintura para que no saliese volando detrás de la dichosa caja.

La caja aterrizó en el lago y, del fuerte golpe, la tapa se abrió, desparramándose su contenido sobre la nivea y helada superficie.

Entonces, los ojos se me abrieron como auténticos platos.

Era algo viscoso, ensangrentado y con una extraña mancha marrón oscuro que cubría la mitad de esa cosa como si fuese un mortífero tumor. Puaj, era asqueroso. Parecía una víscera animal, su deslizamiento había dejado un corto reguero de sangre que iba desde la caja hasta su posición, tiñendo el azulado hielo de rojo carmesí mezclado con ese poso marrón.

De repente, me fijé en cómo la víscera se movía con unas pequeñas convulsiones rítmicas y los párpados casi se me enroscan hacia arriba, de la impresión. Pronto me percaté de qué era. Era un corazón, y latía, vivo. ¿Cómo...? ¿Cómo era posible?

—¡No! —gritó ella, zafándose de mis atónitos brazos para correr hacia allí.

—¡No, espera! —reaccioné, persiguiéndola—. ¡Es peligroso!

Pero ella ya estaba bajando esas escaleras de piedra natural a toda pastilla.

—¡No pises el lago! —le advertí, saltando frenéticamente hacia abajo.

No me dio tiempo a alcanzarla, y en cuanto sus pies pisaron la fina losa de hielo, ésta crujió, aunque resistió y no se agrietó. Me paré en seco, con los pies justo en el límite del lago. Si yo pisaba eso, no resistiría mi peso.

¡Mierda, mierda!

—¡Sal de ahí! —le ordené, con más que nerviosismo—. ¡Vamos, no seas tonta y da la vuelta YA!

—Tengo que coger el corazón —dijo, ansiosamente, avanzando con mucho sigilo por esa placa helada—. Ya casi estoy... —y estiró la mano para cogerlo.

—¿Para qué quieres esa porquería?! —tenía los nervios a flor de piel. Un mal movimiento, y el hielo se resquebrajaría. Ella se caería en el gélido agua, y no sabía nadar, o peor, si se hundía y después no encontraba la salida...—. ¡Vamos, deja eso y ven hacia mí! —le pedí, con histerismo, abriendo los brazos, como si así fuese a llegar más rápido.

Se agachó y el hielo volvió a crujir.

—¡Deja eso! —grité, haciendo que mi voz hiciera eco en los paramentos rocosos que nos rodeaban.

—Ya lo tengo —afirmó, con una sonrisa, cogiendo esa asquerosidad con las dos manos.

—¡Vamos, vamos!

Lo metió en la caja metálica, la cerró y se alzó con cuidado.

Y entonces, se escuchó un fuerte y largo *crack* que también hizo eco en las paredes y que me pareció interminable.

¿QUERÍA QUE ME ENTREGASE A ELLA? ¿ERA ESO? PUES SI ESO ES LO QUE QUERÍA, LO HARÍA SIN DUDARLO NI UN INSTANTE

No me dio tiempo ni a gritar. Una gruesa grieta se abrió justo donde sus pies y la placa de hielo que pisaba se quebró en dos, hundiéndola en ese agua congelada junto con los trozos que se habían roto.

—¡NESSIE! —grité, provocando otro quejido en las montañas.

No podía ir hasta allí, si yo pisaba la placa, se rompería del todo, y había mucha distancia, aunque mi temperatura corporal era muy alta, no podría resistir ese agua durante mucho tiempo, así que no podía sacarla de allí nadando, me quedaría a mitad de camino y ella... *moriría*. Ni pensar en esa palabra podía.

Corrí como un misil hacia el primer árbol que encontré y arranqué dos ramas largas, las cuales enganché vertiginosamente con un improvisado machihembrado, para hacer de ellas una sola con el doble de tamaño. Regresé hacia mi posición inicial, ya estirándola hacia ella.

—¡Nessie, coge la rama! —grité, con nerviosismo.

Ella consiguió salir a la superficie y tiró la dichosa caja en el hielo, aunque volvió a hundirse, agitando los brazos sin parar. ¡¿Pero por qué demonios salvaba antes a esa estúpida caja antes de salvarse a ella?!

—¡JAKE! —chilló, intentando salir a la superficie para tomar aire.

—¡Coge la rama!

Si no lo hacía, me tiraría al lago de cabeza.

Consiguió agarrarla, pero sus movimientos se volvieron más lentos y torpes, señal de que el frío gélido ya estaba haciéndole efecto, y justo cuando estaba sacándola del agujero, la rama se le escapó de la mano, hundiéndose de nuevo en el agua, aunque se sujetó con los dedos en el propio hielo y no llegó a sumergirse del todo.

¡No, maldita sea! ¡Maldita sea!

—¡Dios, Nessie, coge la rama! —repetí, neurótico perdido.

—No... pppuuuedo —murmuró, claramente fatigada y helada.

—¡Claro que puedes, preciosa! ¡Vamos, cielo, cógela!

No, iba a por ella YA. Era un suicidio, pero prefería morirme con ella a dejar que se helase allí.

Sin embargo, estas palabras parecieron surtir un especial efecto en ella, y cuando ya iba a tirar la rama para tirarme yo en el hielo, Nessie hizo un último esfuerzo y la sujetó con una mano.

—¡Sí, así, muy bien, cielo! ¡Agárrala todo lo fuerte que puedas!

Sus dedos llenos de convulsiones se agarrotaron en la rama, de lo que apretó.

Tiré despacio, puesto que si lo hacía demasiado deprisa o con mucha potencia, la placa podía volver a romperse y ella se caería en el agua de nuevo, lo cual iba a ser catastrófico, ya que sufría una fuerte hipotermia y estaba agotada, ya no podría salir a la superficie.

—Aguanta, preciosa —le dije mientras le sacaba, para calmarla.

Su cuerpo salió del agujero y seguí tirando con suavidad, acercándola hacia mí.

—Eeel cccoorazzzón —dijo de pronto, estirándose para coger la caja.

—¡No, vamos, Nessie! —le regañé, frenético.

Pero ella logró alcanzarla, la arrastró hacia su cuerpo a duras penas y la cogió, apretándola contra su pecho con esa mano temblorosa.

Volví a tirar, esta vez un poco más deprisa, y después de unos segundos que se me hicieron más que eternos, llegó hasta mí.

Dejé caer la rama y la cogí en brazos vertiginosamente para echar a correr de igual forma hacia la cueva.

—Jjjjjaakkkeee... —susurró, llena de convulsiones, intentando aferrar esa mano que casi no era capaz de quedarse quieta a mi camiseta.

Sus labios y su rostro ya eran de color azulado.

—Ya estoy aquí, cielo —murmuré, apretándola contra mi cuerpo con mimo a la vez que ya comenzaba a subir esos peldaños de piedra a toda velocidad.

—Mmme haasss llaammaddo pppor mmi nnoombre —volvió a musitar, sin apenas voz.

Sí, era la primera vez desde que había aparecido en La Push, que la había llamado por su nombre, pero, ¿cómo podía darle importancia a eso en un momento así?

—Sí, preciosa —admití, entrando en la caverna con precipitación.

Giré la esquina y la posé en el suelo, de pie, sosteniéndola con mi propio cuerpo.

Su mano apretaba esa caja contra su pecho con tanto ahínco y estaba tan agarrotada, que me costó un triunfo quitársela. Pero lo conseguí, así que la dejé junto a la mochila.

Cuando me erguí, sus ojos se cerraban y su cuerpo quería desplomarse para dormir un profundo y eterno sueño.

¡No, ni hablar!

—¡Nessie, escucha! —le pedí, agarrando su congelado y tembloroso rostro entre mis manos. Ella abrió los párpados y me miró con los ojos cansados—. No te duermas, ¿me oyes? Ante todo no cierres los ojos.

Asintió levemente, medio adormilada, y luchó con sus párpados para que no se cerrasen.

Tenía que hacer que entrase en calor con urgencia, así que lo primero era quitarle esa ropa mojada. Así lo hice, y con rapidez. Empecé por el plumas y continué con la camisa, abriéndola de un solo tirón, arrastrándosela hacia atrás para tirarla en el suelo, al lado del abrigo. La cogí en brazos de nuevo y la dejé sobre el saco con delicadeza, aunque con prisas, tumbada. Éste estaba junto a la hoguera, así que el calor llegaba hasta allí. Le quité las botas y los calcetines con precipitación y le desabroché el botón de los pantalones del mismo modo, tirando de ellos para sacárselos. Ella todavía parecía darse cuenta de las cosas y me ayudó, doblando sus temblorosas piernas para que pudiese quitárselos del todo.

La alcé un poco para poder abrir el saco completamente y dejé el mismo extendido. Me senté en ese hueco, junto a ella, me descalcé con los propios pies y me quité la camiseta, arrojándolo todo al suelo. Después, me eché y llevé la tela superior del saco hacia nosotros para taparnos, dejando la parte abierta de mi lado.

Me puse de costado y la agarré por la cintura, ladeándola hacia mí y arrimándola contra mi cuerpo para que entrase en calor. Me dio un pequeño escalofrío al sentir ese frío, pero lo superé al instante. Su piel estaba helada y sus convulsiones eran bastante fuertes, aunque pareció notar el calor enseguida.

—Jjjjaake... —susurró, algo más aliviada.

—Estoy aquí, cielo —murmuré, retirándole el cabello de la frente con mis dedos.

Apoyó su congelada mejilla en mi pecho, llevó sus frías y temblorosas manos a mi espalda y se apretó más contra mí mientras su boca exhalaba el aire entrecortadamente. Mis palmas se afanaron en frotar su coronilla, su nuca y su espalda para secarle algo el pelo y que el calor hiciese efecto lo más pronto posible.

—¿Por qué has hecho eso, eh? —le regañé un poco, aunque sin estar enfadado, sólo susurrándole mientras seguía frotándole con mis manos—. No sé qué porquería es esa, pero no tenías que haber ido a por ella.

—El cccorazzón es... —su lengua se quedó trabada—. Tttenía qque cccogerlo.

No entendía para qué quería esa asquerosidad, pero ahora lo que me urgía era que se le quitase esa hipotermia, así que dejé el tema momentáneamente y seguí frotándole para calentarla.

Mis caricias parecieron funcionar.

Su cuerpo se fue caldeando poco a poco, conforme pasaban los minutos, y las convulsiones fueron desapareciendo progresivamente, hasta que su piel pasó a ser cálida y ella dejó de temblar. Mi susto se pasó del todo y pude relajarme.

—¿Estás mejor? —le pregunté, con un murmullo.

—Estoy muy bien —susurró, despegando su mejilla de mi pecho para hundir el rostro en el mismo. Luego, inspiró profundamente—. No te imaginas cuánto —añadió, con otro susurro.

Eso provocó que mi estómago se llenase de esas chispas que producían ese cosquilleo insistente. Fue entonces cuando me paré a pensar en que Nessie estaba entre mis brazos, en que ella estaba en ropa interior, en que ambos estábamos semidesnudos, en que solamente nos separaba un par de prendas, en que su sedosa piel estaba pegada a la mía del todo, en que su cuerpo casi se fundía con el mío...

Mis privilegiadas manos seguían acariciando su espalda desnuda, metiéndose entre su precioso y largo cabello húmedo. No pude evitar

bajar un poco el rostro para mirarla y apoyar la nariz en su cabeza para inspirar su maravilloso aroma.

—Me has llamado preciosa —bisbiseó, deslizado sus manos por mi espalda, lentamente.

Todo mi cuerpo se estremeció sólo con eso.

—Porque... eres... eres preciosa —admití, con un susurro.

Separó su precioso rostro de ángel de mi pecho y lo alzó para mirarme. El calor ya teñía sus mejillas y sus carnosos labios eran de color rosado.

—¿Crees que soy preciosa? —murmuró, clavándome esos ojazos sin piedad.

Como la noche anterior, el fuego se reflejaba en esos preciosos ojos grandes de pestañas kilométricas y teñía su rostro de efectos anaranjados que bailaban una danza arrítmica pero constante. Su largo cabello estaba húmedo, pero seguía siendo igual de hermoso.

Ya no pude apartar la vista de ella. Sus preciosos ojos me reclamaban, me hipnotizaban, y su rostro estaba muy cerca del mío, tanto, que notaba su respiración en mi barbilla. Eso me ponía todo el vello de punta. Todo, toda ella estaba muy cerca, estaba pegada a mí. Su voluptuoso pecho estaba adosado a mi piel, podía sentir su corazón latiendo en mi torso, justo al doble que el mío, muy cerca el uno del otro, los dos totalmente acompañados.

Ese algo que fluía a nuestro alrededor empezó a hacerse de notar, era una fuerza que me atraía hacia ella aún más, sin remedio, intensa, irresistible. Era completamente imposible no dejarse llevar, y no pude resistirme, aunque no hubiera hecho falta para perderme del todo.

—Sí, eres... eres preciosa —susurré.

Llevé mis trémulos dedos a su mejilla para acariciársela con el dorso, deslizándolos despacio por esa piel de algodón. Nessie cerró los ojos y ladeó su rostro para que mis dedos llegasen a sus labios, que soltaron un estimulado suspiro.

El cosquilleo de mi estómago cada vez era más fuerte.

Repasé su preciosa y sedosa boca con mis yemas y los dos empezamos a hiperventilar.

—Y me has llamado cielo... —murmuró, con deseo, acercando esos labios a mi cuello.

Comenzó a deslizarlos con suavidad, exhalando su cálido y agitado aliento sobre mi piel. Las chispas se movieron con frenetismo y mi

corazón aumentó el ritmo de sus latidos. Mi respiración también empezó a agitarse, no podía dejar de estremecerme.

—Porque tú siempre serás mi cielo, tú siempre serás mi ángel... —confesé, con un murmullo.

Era imposible no confesarlo.

Llevó sus palmas con calma desde mi espalda, pasando por mis costados, hasta la parte de mis abdominales, mientras dejaba mi cuello para hipnotizarme con sus preciosos ojos de nuevo. Eso ya me estremecía con locura, pero cuando las subió, deslizándolas lentamente por todo mi torso para acariciarme, ya no pude evitar encenderme como una mecha. Jadeé y pegué mi frente a la suya con vehemencia. Su boca también dejó salir un intenso jadeo y la respiración de ambos subió de tono.

¿Qué era lo que quería de mí? ¿Quería que me entregase a ella? ¿Era eso?

—¿Qué es lo que quieres de mí...? —susurré en sus labios, con deseo—. ¿Por qué haces esto...?

—Lo sabes... —contestó del mismo modo, sin dejar de acariciar mi estremecido pecho.

Sí, lo sabía, claro que lo sabía, no era tan idiota, ya me había dado cuenta con sus insinuaciones en la habitación de ese motel. Había intentado rehuir de eso, porque no quería que terminara haciéndome más daño. Pero ahora ya era demasiado tarde. Si eso es lo que quería, lo haría sin dudarle ni un instante. Sí, maldita sea. Porque ahora que la tenía conmigo, así, ya no podía dejarla. Ahora mi piel ya había vuelto a probar el increíble tacto de la suya, de sus manos, de sus sedosos labios, de su aliento... El infinito deseo que sentía por ella pasaba las fronteras de lo racional, siempre había sido así, y ahora estaba más vivo que nunca. Nessie era mi droga, y había probado una sola gota, suficiente para hacerme recaer de nuevo, para entregarme a ella ciegamente, para siempre. Ahora ya no podía parar, era completamente imposible. No. Ahora ya *no quería* parar.

Ya no podía más. Estaba cansado de luchar contra mi corazón, harto de dejarme llevar por esta estúpida rabia y este rencor absurdo y doloroso que siempre me dominaba. Le perdonaría, le perdonaría todo, cualquier cosa. Si me cortaba un brazo, le perdonaría. Si me seccionaba la lengua, le perdonaría. Si me arrancaba el corazón, le perdonaría. Si después me dejaba para irse con ese imbécil, le perdonaría. Todo con tal de estar a su lado. No. No iba a dejarme dominar nunca más por ese rencor. Ella

quería que ahora fuese suyo, y lo sería, lo sería siempre que ella quisiese, para siempre. No me importaba, podía utilizarme si quería, a su antojo, porque yo era suyo, sólo suyo, y lo sería eternamente. Podían pasar cien años sin verla, yo me entregaría a ella al ciento uno, esperaría por ella cada día, cada hora, cada minuto. Sería su mejor amigo, sería su esclavo, sería su amante secreto si quería, no me importaba en absoluto. ¿Quería que le hiciese el amor? Se lo haría. ¿Quería que matase a alguien por ella? Lo mataría. ¿Quería que me arrastrase como un perro? Me arrastraría. Lo único que me importaba era tenerla a mi lado, hacerla feliz, la manera en que fuera me daba exactamente igual.

Y no era sólo la imprimación. Había intentado retenerlo en mi cabeza, ocultarlo con otros sentimientos, pero ahora era incontenible. Sí, mierda, yo la amaba, seguía amándola con toda mi alma, estaba locamente, perdidamente enamorado de ella, jamás había dejado de estarlo, y jamás dejaría de estarlo. Ella era la mujer de mi vida, el amor de mi vida, la única.

—Nessie... —susurré, rindiéndome del todo.

Pasé una de las manos que tenía en su espalda hacia delante y la arrastré segura por su abdomen, ascendiendo despacio para sentir mejor esa sedosa piel. Y ella se dejó. Jamás me imaginé que iba a poder hacer esto de nuevo, ni en mis mejores sueños. La respiración de ambos se agitó aún más, pero la suya se volvió loca cuando mi mano llegó a su pecho. El sujetador era muy fino y dejaba que se notase todo su seno. Sólo lo acaricié con el pulgar, pero eso fue suficiente. Su mano se aferró en mi nuca, su pierna se alzó, abriéndose y apoyándose en mi cadera, y su rostro se separó del mío cuando su cuerpo se arqueó hacia atrás entre jadeos alocados.

Eso me puso como una moto.

Dejé su pecho y llevé ambas manos hacia su espalda más baja para apretarla contra mí con pasión y arrebató. Su rostro se unió al mío de nuevo, nuestros cuerpos se pegaron y los dos gemimos en silencio, ya casi en nuestras bocas.

—Jake... —jadeó, suplicante, con sus dedos aferrados a mi pelo.

Los dos acercamos nuestros labios y exhalamos intensamente sólo con notar ese tacto. No llegaron a ser besos, nuestras bocas solamente se rozaban la una a la otra, una y otra vez, con suavidad, mientras nuestros alientos jadeaban, ansiosos.

Sí, la amaba, la amaba con toda mi alma. Y esa fuerza que nos envolvía cada vez era más intensa, más potente, sumándose al fuerte cosquilleo de mi estómago.

Mi mano reptó por su muslo a la vez que la suya lo hacía por mi pecho y mi cuello.

—Jake... —susurró, maravillada, sin dejar de rozar mi boca.

Ya no había marcha atrás.

Deslicé mis labios por los suyos para besarla lentamente, esta vez entremezclándolos del todo, despacio, una, dos, tres veces, quería sentirlos bien; ese loco cosquilleo estaba a punto de hacer estallar a mi estómago. Jamás me había imaginado que iba a volver a saborear esa sedosa boca, ese dulce aliento que se mezclaba con el mío. Sí, lo eran, tal y como los recordaba. Sus carnosos labios eran suaves y tersos, su húmedo aliento, azucarado, su piel era de terciopelo y su cuerpo era espectacular, propio de una diosa.

No me lo podía creer. Mi privilegiada boca la estaba besando.

Ya no pude parar, la miel de sus labios era irresistible para mí, y lo que sentía por ella era irrefrenable, era un huracán, un tornado que destruía todo a su paso. Lo demás ya no importaba, nada más importaba. La besé con toda mi alma, entregándome del todo, con este intenso amor que sentía por ella y que dominaba todo mi ser hasta la locura.

Y entonces, noté unas cálidas gotas que se fundieron con mi cara. Me quedé de piedra. No me lo podía creer, Nessie estaba llorando. Pero sus labios también se movían con los míos, los dos juntos, totalmente acompañados, sincronizados. Sí, ella me correspondía, me correspondía. Me correspondía como si fuera lo último que fuese a hacer en su vida, me correspondía con amor, poniendo su alma en cada beso, como siempre había sido, como no hacía tanto tiempo... Lloraba, sí, pero lloraba de felicidad, por mis besos.

Eso descolocó mis esquemas totalmente. Nessie... Nessie me quería, me amaba, por eso llevaba mi pulsera de compromiso, por eso no había podido quitársela, al igual que me había pasado a mí con la cinta de mi tobillo. Ella sí me había amado, siempre me había querido. Puede que quisiese a ese idiota con el que estuviera, pero a mí también, y no había conseguido olvidarse de mí.

El que ella aún siguiera amándome, rompió la poquísima oposición que podía quedar en mí. Era imposible describir lo que sentí en ese

momento, sólo sé que no pude contener mi emoción y mis ojos también dejaron escapar unas lágrimas.

—Nessie... —susurré yo también, entre sus labios.

Sí, porque esto que estaba pasando era increíble, mágico, un milagro, un sueño, mi sueño. Mis labios volvían a sentir a los suyos, mis manos podían tocar su cuerpo a su antojo, y ella se estaba entregando a mí, a mí.

Esto cambiaba las cosas totalmente. No, yo no sería su amante. No, ni hablar, no la dejaría para nadie. Ahora ya no tenía ninguna duda. Tenía una oportunidad y no pensaba desaprovecharla. Me tiraba de cabeza y sin casco, pero me importaba una mierda, ella tenía que ser mía de nuevo. Y lo sería, lo sabía, lo sentía. La necesitaba, ella era mi droga, mi dulce droga, mi ángel, mi dulce y precioso ángel. Y estaba loco por ella, la amaba con toda mi alma. Lucharía por ella como un tigre salvaje, con quien fuera, me daba completamente igual quién fuese ese bastardo que creía que la tenía, porque ella jamás sería suya. Ella era mía, mía, sólo mía.

Comencé a besarla con efusividad, sin dudas, sin titubeos, sin temores ni miedos. Pero no fui el único. Sus manos se aferraron con ansia a mi pelo y a mi espalda para pegarme más a ella y entonces la locura se desató. Nuestros labios empezaron a entremezclarse con un deseo y una pasión desmedidos, rayanos en la locura, mientras ya jadeábamos salvajemente.

Chispas, chispas, chispas. Éstas ya no sólo se movían por mi estómago, ahora invadían todo mi organismo de una forma alocada e indómita, encendiéndolo todavía más. Pasé de cero a cien en una milésima de segundo, ahora estaba completamente excitado, mi cuerpo radiaba fuego por todos los costados, pero Nessie no se quedó atrás. Sus dedos se afanaban en que mi cuerpo no se separase del suyo ni un solo milímetro mientras respiraba con un fervor que podía prenderle fuego a la montaña entera.

Nuestras bocas se mezclaban frenéticamente, así como nuestros ardientes alientos, y nuestras manos se movían ávidamente por nuestra piel. No, no pensaba dejársela a nadie, ella tenía que ser mía del todo.

Ambos nos giramos sincronizadamente, de modo que pude ponerme entre sus largas y preciosas piernas con facilidad. Sí, ese rincón estaba hecho para mí, sólo para mí. La hipotermia de antes pasó a ser un fuego candente, ahora su cuerpo ardía como una llama, como el mío, y Nessie

nos destapó de un solo bandazo para que tuviéramos mayor libertad de movimientos.

Acaricié sus caderas y sus muslos con avidez a la vez que sus manos lo hacían con mi espalda y mi pelo, y nuestras bocas siguieron besándose con esa pasión desmedida. El fuego de la hoguera se quedaba corto comparado con las llamas que desprendíamos nosotros.

Esto no hacía más que ratificar lo que ya sabía: ella aún no se había entregado a ese bastardo que había intentado arrebatármela. Nessie solamente se entregaría a mí, sólo a mí, jamás lo haría con otro hombre, lo sabía.

Sí, ella tenía que ser mía, sólo mía. Le haría el amor toda la noche, haría que gritase mi nombre, que me suplicase que no parase jamás, que me implorase que no la dejase nunca, que gimiese de placer en mis labios, que sus uñas se clavaran en mi piel...

Me friccioné contra ella, haciendo que sus jadeos ya pasasen a ser gemidos, eso provocó que me excitase el triple y yo también gemí en su boca.

Dios, me moría por arrancarle la poca ropa que llevaba, la mía y unirme a ella ya mismo para moverme dentro de su cuerpo como una bestia salvaje. Sabía que eso también la volvía loca, pero me contuve. Porque esto tenía que ser especial y único, tenía que ser como otra primera vez, tenía que ser más que inolvidable.

Dejé su boca, pero sólo para deslizar mis labios por su cuello y su garganta mientras mi mano se metía por su cabello. Su piel era tan extremadamente suave, cuánto la había echado de menos...

—Jake... —jadeó, con intensidad, moviéndose debajo de mí con excitación a la vez que sus dedos se introducían por mi corto pelo con ansia.

Sentía que lo nuestro nunca se había roto, jamás, seguíamos estando juntos, lo sabía, sí, lo sentía. Yo seguía teniendo pleno derecho sobre ella, sobre su cuerpo, su alma, así como ella seguía teniendo pleno derecho sobre mí, sobre mi cuerpo, mi alma. Sí, ella siempre sería mía, y yo siempre sería suyo. Siempre, eternamente.

Esa fuerza que nos envolvía ya era frenética, inmensa, incontenible, mágica.

Haría que viese que no había otro hombre como yo, no para ella, que viese que yo era su alma gemela, que estábamos hechos el uno para el otro, que habíamos nacido para estar juntos...

Entonces, me di cuenta de una cosa, una cosa en la que no había caído antes. No. No es que no hubiese caído, es que no la había querido recordar, o, mejor dicho, ese estúpido rencor no me la había dejado recordar. Y no sólo esto. No me había dejado recordar nada de nuestros maravillosos años juntos. Ese absurdo rencor había bloqueado mis recuerdos en cierto modo, por culpa de esa rabia, había ocultado esos recuerdos en alguna parte de mi cerebro. Idiota de mí. Eso había hecho que desistiera de luchar por mi ángel. Pero ahora que me había rendido a ella empezaba a verlos con más claridad.

Y lo primero que vino a mi mente fue que estábamos hechos el uno para el otro, habíamos nacido para estar juntos, pero no sólo por mi parte. Nessie también había nacido para mí, ella también estaba hecha para mí, ella era mi alma gemela, mi complemento, la pieza perfecta que completaba mi espíritu. Ella... ella estaba imprimada de mí.

En cuanto mi cerebro recordó esto, sentí algo en mi corazón, era como una brisa cálida que lo traspasaba, lo limpiaba, y noté cómo se aligeraba de alguna carga, una gran carga. No sabía lo que era, pero me sentí mucho mejor, y además, hizo que ahora todo lo viese con más claridad, con clarividencia.

Despegué mis labios de su cuello y me alcé súbitamente.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó Nessie, extrañada ante mi reacción.

Mis perdidos ojos encontraron sus preciosas pupilas y se quedaron quietos en ellas para mirarlas sorprendidos por mi descubrimiento.

¿Cómo...? ¿Cómo había podido olvidarme de algo así? ¿Cómo no había podido recordar que ella estaba imprimada de mí, en todo un año?

De repente, mi mente se llenó de recuerdos e imágenes que pasaban a una velocidad supersónica, barriéndola como un huracán enfurecido.

Mi frente cayó junto a su cabeza mientras mis dientes rechinaban, de lo que me dolía el tarro, y mi garganta gemía de dolor.

—¡Jake, Jake! —murmuró Nessie, asustada, llevando sus manos a mi rostro para levantarlo—. ¡Jake, ¿qué te pasa?!

—Mi cabeza... —me quejé, apretando los párpados y las muelas, y estrujando parte del saco en un puño.

Apoyé la frente en su pecho mientras su mano se esforzaba en acariciar mi coronilla para aliviarme el dolor, pero esos recuerdos se clavaban por todas partes.

Esto me recordaba aquellos extraños y horribles pinchazos que me había dado en el corazón cuando ella se había ido, claro que eso había

sido por nuestra separación, estar lejos el uno del otro nos hacía daño, hasta tal punto, que lo sentíamos físicamente.

Eso hizo que recordase otra cosa que se clavó en mi cerebro como un arpón ardiente y todos esos recuerdos explotaron en mi cabeza, rellenoando aquellos huecos que el gusano había dejado, para rebosarlos de completa certidumbre.

Nuestra sincronización casi telepática, nuestra complicidad, esa fuerza que nos atraía, los pinchazos cuando estábamos separados... ¿Cómo podía no haberlo recordado? Todo se debía a nuestro enorme vínculo.

Por fin recordé de qué se trataba esa fuerza que fluía a nuestro alrededor y que nos atraía aún más. Era esa energía que siempre nos rodeaba cuando nos besábamos y cuando nos entregábamos el uno al otro completamente. También se debía a nuestro enorme vínculo, a nuestro extremadamente fuerte e indestructible vínculo. Y nadie ni nada podía romperlo.

Todo vino a mí como si me echasen un cubo de agua helada encima para despertarme, y cuando lo hice, me quedé estupefacto.

Para empezar, estaba lo de ese “imbécil”. Sí, “imbécil” entre comillas, porque era así. Idiota, ¡idiota! Ese otro hombre no existía, nunca había existido. ¿Sería estúpido? Me sentí raro, era como si hubiera estado viviendo en una especie de pesadilla, de repente hubiese despertado, y aún así no terminara de creer que todo había sido un mal sueño. Como una de esas veces que te despiertas después de un sueño horrible, en las que tardas un rato en reaccionar y se pasan un buen rato diciéndote que sólo ha sido una pesadilla, pero tú sigues pestañeando como un idiota, ¿sabes lo que te digo?, porque no te crees que todo ha sido un asqueroso sueño.

Recordé toda la escena en la que ella me abandonaba y, Dios, ahora la veía tan absurda. ¿Cómo había podido crearme algo así? Era totalmente imposible que ella me dejase, y menos por otro hombre. Porque ella estaba enamorada de mí, estaba imprimada de mí, me quería, me amaba, me deseaba. Jamás nadie podría interponerse entre nosotros. Estábamos locamente enamorados e imprimados, los dos. Ambos nos amábamos con locura. Lo nuestro nunca se había roto, jamás, seguíamos estando juntos, siempre habíamos estado juntos y jamás habíamos dejado de amarnos.

¿Cómo me había creído esa patraña? ¿Cómo iba Nessie a hacerme algo así? Era imposible.

De pronto, me acordé de otra cosa. Otra escena. Aquella en la que estábamos en Anchorage. La pesadilla de Nessie. Recordé la pesadilla y su frase: “prométeme que jamás olvidarás que te quiero”, y otra: “pase lo que pase, aunque no te lo pueda decir, quiero que recuerdes que yo siempre seré tuya, que te amo, y que siempre, siempre te amaré”.

“Aunque no te lo pueda decir”, se repitió en mi dolorido cerebro, con una voz muy alta. Y la imagen de esa red que la envolvía se clavó en mi mente, junto a las palabras.

Nessie ya me lo había advertido.

Una vez más, me sentí como un estúpido por haber caído en esa maldita trampa. Sí, trampa. Estaba claro que ella había sido manipulada con algún truco, y era evidente con qué. Era ese hechizo que la envolvía en forma de telaraña. Ésta no sólo impedía que hablase de quien le hizo algo así, también le impedía revelar sus sentimientos hacia mí, le impedía contar lo que le pasaba en realidad, por eso no me lo había dicho antes. Qué idiota había sido, lo había tenido delante todo el tiempo y no lo había visto.

Pero había algo más. Recordé cómo yo había ido creyendo cada una de esas absurdas palabras. Al principio había ofrecido resistencia, pero luego, sin saber por qué, ni cómo, me había creído cada una de esas ilógicas y espantosas frases, demasiado espantosas para su dulce y honesta boca. Una mentira demasiado evidente como para que yo me la creyese así como así. Ahora lo veía todo claro, ahora todas las piezas del puzzle encajaban, ahora todo este rollo de la magia de los cuentos de hadas empezaba a no tener secretos para mí. Sí, tenía que ser así, ¿cómo si no? Cada vez que volvía a reponer esa escena en la cabeza, me daba más cuenta. La habían utilizado a ella, hechizándola, para que soltase esas mentiras, y, de algún modo que todavía no comprendía, me habían hechizado a mí para que las creyese. Sí, tenía que ser eso.

Rechiné los dientes con rabia.

Sin embargo, todavía había más. Maldita sea, sí, había más. Me acordé, además, de cómo después ese rencor y esa rabia habían ido naciendo en mí para invadirme completamente a lo largo de los meses. De que en lo único que podía pensar era en que ella me había dejado por otro, qué absurdo, pero sólo tenía eso en la cabeza, no había sitio para nada más, estaba totalmente cegado por eso, y ese rencor se había

ocupado en hacer que yo me empeñase en tapar todo recuerdo maravilloso hasta casi despojarlo de mi cerebro, para, así, hacerme olvidar nuestro vínculo, hacerme olvidar que Nessie también estaba imprimada de mí, que me amaba, y así conseguir que no luchase por ella. No sólo mi ángel había sido manipulada y hechizada, yo también.

No me dio tiempo a volver a rechinar los dientes.

La misma brisa cálida de antes volvió a traspasar mi corazón en cuanto terminé de discernir todo esto, y noté cómo éste era limpiado y quedaba totalmente libre de cargas. La cabeza dejó de dolerme y sentí una paz interior inmensa, noté cómo mi alma encontraba su sitio de nuevo. Sí, era ese rencor, por fin se había ido del todo, por fin había sido liberado. Pero ahí no terminó la cosa.

Una fulgurante luz llamó mi atención e hizo que mi rostro se alzase para mirar en esa dirección. Nessie también giró su hermoso rostro para observarlo maravillada.

Los halos de esa brillante luz salían de la caja metálica, escapándose por las ranuras que la tapa dejaba.

—¿Qué es eso? —pregunté, con un murmullo, mirando la caja atónito.

—Jake... —susurró Nessie, con emoción, llevando sus dedos a mi mejilla—. Has roto... —su voz se cortó y no pudo terminar la frase.

Me giré hacia ella para mirarla. Sus preciosos ojos me observaban encandilados, sonreía, y unas lágrimas ya rodaban a ambos lados de su hermoso rostro.

No pude evitar emocionarme yo también y me eché sobre ella para abrazarla con fuerza. Sus brazos rodearon mi cuello y mi espalda, y me apretó contra su pecho mientras ambos llorábamos como críos. Mierda, no quería que ella me viese así de frágil y vulnerable, pero no pude hacer nada para controlarlo. Este año sin ella había sido un completo infierno, los peores meses de toda mi vida, y ahora me daba cuenta de que seguía teniéndola, de que siempre la había tenido, de que todo había sido una gran mentira para separarnos, de que lo nuestro jamás se había terminado, de que todo había vuelto a su sitio, y de que era el hombre más feliz del universo.

Dejé su cuello y me alcé para observar ese hermoso rostro que tanto había echado de menos.

—Nessie, lo... lo siento —empecé a disculparme, enjugando sus lágrimas con mis pulgares—. Tenía que haberme dado cuenta de todo, pero el idiota de mí...

—Shhhh —me interrumpió, poniendo las yemas sobre mi boca—. Eso no importa —y me secó las mejillas con sus suaves dedos.

—Sí, sí que importa, porque si me hubiese dado cuenta desde un principio, no hubiéramos estado un año separados —de pronto, mi enorme felicidad empezó a verse enturbiada por otro sentimiento. Una profunda ira iba aflorando poco a poco, porque el que nos hubieran separado, mas el que alguien la hubiese podido hacer daño, ya me hacía enloquecer—. Quiero saber quién ha hecho esto —mascullé, apretando los dientes—, juro que los aniquilaré a todos, uno por uno, hasta que no queden ni sus asquerosas cenizas.

Podía notar cómo el fuego ya quería subir por mi espalda, aunque fui capaz de controlar el temblequeo de mis manos.

—Ha sido... —su voz se quedó atascada, por supuesto.

—Deja, ya me enteraré de quién ha sido —mascullé, apretando los dientes con furia contenida.

—Lo importante ahora es que ya no tienes el primer...

—Hechizo —continué yo, cuando la lengua se le quedó quieta otra vez. Sonrió al ratificar que ya me había pisado de todo. Entonces, reparé en algo de esa frase—. Espera, ¿has dicho *primer*?

La sonrisa se le borró de la cara al instante y su semblante fue sustituido por uno de preocupación.

—Tienes... —cerró los párpados con desazón.

—¿Más... más hechizos? —seguí yo, estupefacto.

Los abrió para mirarme.

—Sólo... —su garganta se volvió a callar abruptamente.

—¿Cuántos? ¿Uno? ¿Dos? ¿Tres más? —continué. No podía negar ni asentir, pero sólo sus ojos ya hablaban para mí—. ¿Uno? Uno más... —adiviné, sorprendido—. ¿Qué hechizo es?

Porque yo no me notaba nada raro...

—Es... Es el... Eso que... —su boca se peleaba por intentar contármelo, pero no había forma.

Ni siquiera podía hacerme un gesto, no podía mover la cabeza, y su rostro de frustración lo decía todo.

—Bueno, cielo, no pasa nada, ya lo sabré —le calmé, acariciando sus sonrosadas mejillas.

No podía creermelo que pudiera acariciarla y tocarla con esta libertad. Aún me sentía como si estuviese parpadeando después del mal sueño. No me lo creía. No me creía que todo hubiera sido una horrible pesadilla.

Sin embargo, me había despertado, sí, pero todavía no había terminado, pues ella seguía sin poder hablar.

—Lo malo es que tú sigues hechizada, malditos chupasangres... —murmuré, otra vez rabiado—. Juro que me la pagarán.

—Shhhh —me cortó otra vez, acariciando mis mejillas para calmarme, lo cual ya surtió algo de efecto—. Eso puede esperar. Ahora lo único que quiero es que termines lo que habías empezado antes —susurró, mirándome con deseo, mientras su mano ya se desplazaba por mi pecho hasta llegar a mi nuca para reclamarme como nunca.

Sí, había pasado un año. Un año sin besarnos, sin abrazarnos, sin tocarnos... Y ahora por fin estábamos juntos de nuevo, bueno, quiero decir, sin que ningún rencor estúpido me dejase cegato y se interpusiese entre nosotros. Ahora estábamos a solas en esta cueva perdida, en esta montaña lejana, completamente solos... Y teníamos toda la noche para recuperar el tiempo perdido...

El inmenso deseo que sentía por ella le dio un fuerte empujón a ese sentimiento de venganza y lo echó rápidamente de mi cabeza.

Pero había algo que quería hacer primero.

—Te quiero —murmuré, mirándole a los ojos—. Siempre te he querido, incluso cuando creía que me habías abandonado. Nunca, jamás he dejado de amarte.

—Lo sé —sonrió—. Yo... —su frase quedó inconclusa—. Yo tam...

—Lo sé —sonreí, y ella sonrió conmigo.

Ahora sí.

Acerqué mi rostro al suyo, ayudado por el empuje de su mano, y dejé que nuestras bocas ya se besaran con efusividad, ambas lo estaban deseando. Sus manos se deslizaron por la piel de mi espalda, estremeciéndome completamente.

Dejé su boca para seguir por la perfecta línea de su mandíbula y descendí por su precioso cuello, besándolo con auténtico fervor.

¡Uf! Una vez más, pasé de cero a cien en una milésima de segundo. Comencé a deslizar mis labios por su piel con más que pasión a la vez que mi mano subía por su muslo y ascendía por su vientre. Con rapidez, dobló sus brazos hacia arriba, sobre el saco, así que repté por su cuello un poco más, jadeando con intensidad, y mi mano acarició su pecho.

Quería bajar hasta éste, pero lo dejé para después, primero quería besar esos labios un poco más, ya los echaba de menos. Llevé mi boca a la suya y empecé a besarla con auténticas ganas.

Pero, de repente, noté algo extraño. El único que jadeaba era yo, que lo hacía como un loco. Su aliento salía agitado, sí, pero parecía estarlo por otra cosa, no era por pasión o deseo. Pero había algo más. Sus labios no se entrelazaban con los míos, no se mezclaban, qué digo, ni siquiera se movían, era como si estuviese besando a un maniquí. Un maniquí cálido, pero un maniquí.

Y entonces, me fijé en sus manos. Se apoyaban en el saco por medio de sus dorsos, y los dedos estaban agarrotados hacia arriba, tensos, como si sus manos trataran de despegarse y no pudiesen.

¿Qué demonios era eso? Separé mi boca de la suya al instante y me incorporé un poco para verlo mejor.

Nessie estaba pegada al saco y no podía moverse, era como si algo la sujetase por las muñecas, y ella luchaba contra esa extraña fuerza para poder despegarse, pero también para poder hablar, por eso su aliento salía agitado, del esfuerzo.

—¡Nessie, ¿qué... qué te pasa?! —pregunté, alarmado, acariciando su rostro con mi mano, ansiosamente—. ¡¿Qué te han hecho ahora?!

Sus ojos se movieron hacia mí y comenzaron a descargar lágrimas desesperadas.

EN ESTE MUNDO PASAN UNAS COSAS MUY RARAS, EN SERIO

No me lo podía creer. ¿Qué era esto? Ahora ni siquiera podía moverse. Mi Nessie, mi ángel, ¿qué demonios le habían hecho?

Intenté incorporarla hacia mí, tirando de sus muñecas, pero era imposible, no se despegaba del saco. Tiré más fuerte, con todas mis fuerzas, sin embargo, lo único que conseguí es que ella llorase más.

—Vale, cielo, vale, no... no nos asustemos —intenté calmarla, enjugando sus lágrimas con mis dedos, aunque yo también estaba algo nervioso—. ¿Esto es... parte del hechizo que te han puesto?

Sus ojos me miraron desesperados y frustrados, porque no podía hablar ni gesticular, no podía ni moverse.

Guay, ¿y ahora qué hacía?

—Vale, preciosa, vamos a hacer una cosa —le propuse, acariciando su rostro sin parar—. Yo te pregunto y tú mueves los párpados para asentir o negar, ¿vale? ¿Puedes... puedes pestañear?

Sus párpados se cerraron una vez y se abrieron para mirarme de nuevo.

Bueno, algo es algo.

—Vale, eso es un sí —entendí—. Para negar, parpadea dos veces, ¿de acuerdo?

Sus ojos se cerraron una vez y se quedaron abiertos, mirándome.

—Bien —cogí aire para tranquilizarme yo un poco y empecé con las preguntas—. ¿Esto es parte de ese hechizo que te han puesto?

Sus párpados bajaron una vez, pero acto seguido lo hicieron dos veces.

—¿Sí y no? —inquirí, sorprendido—. ¿Y eso qué quiere decir? ¿Es que han pasado de un hechizo a otro? —se me ocurrió.

Sus largas pestañas bajaron una vez.

—Pero no... no lo entiendo —afirmé, llevando la mano a mi cabeza para rascarme—. Aquí solamente estamos tú y yo, ¿cómo han podido hacer eso?

Me quedé pensando durante un rato, mordiéndome el labio. Sin embargo, no daba con la manera. ¿Cómo se podía pasar de un hechizo a otro si el autor o autores no estaban presentes? A no ser...

—Esos chupasangres no estarán por aquí, ¿no? —me alerté—. No sé, como no se les puede oler, a lo mejor también son capaces de hacerse invisibles o algo.

Pero sus ojos se cerraron dos veces. Eso me tranquilizó un poco, aunque, por otra parte, también me volvía a llenar de incertidumbre, ya que ahora sí que no sabía cómo habían sido capaces de transformar un hechizo en otro.

Genial, esto era un lío. A no ser...

—¿Es que el hechizo se ha transformado solo?

Sus ojos adquirieron una mota de esperanza mientras se cerraban una sola vez.

Guau, increíble.

—¿Y qué sería lo que ha hecho que el hechizo pasase a ser otro? —empecé a indagar para mí mismo, mirando hacia abajo, pensativo—. Vamos a ver, estábamos muy bien y, de repente, te quedaste tiesa... —mis ojos se abrieron como platos al darme cuenta de cuándo—. No puede ser... —murmuré—. Fue... fue a partir... Fue cuando te dije que te quería —resolví, mirándola con certidumbre y consternación a la vez—. Te lo dije y a partir de ahí empezaste a reaccionar raro.

Sus ojos me lo confirmaron cuando se cerraron una vez.

—Pero, ¿por qué? —inquirí, confuso—. ¿Y por qué te hará esto? ¿Por qué no podrás moverte? —seguí preguntándome, incorporándome un poco más—. Porque está claro que esto tiene que estar provocado por algo...

Me quedé mudo cuando vi que entonces sus manos y sus piernas podían moverse un poco y que su respiración se agitaba como si hubiera estado oprimida y ahora pudiese inspirar mejor.

Fruncí el ceño, extrañado, empezando a comprender mejor de qué iba este hechizo. No podía creerlo, ¿sería eso?

Tenía que comprobarlo, así que volví a inclinarme sobre ella. Sus manos se agarraron del todo otra vez, así como sus largas piernas, y su respiración se contuvo, pero ahora, además, me fijé mejor en su rostro. No podía expresarlo, sin embargo, aunque intentaban disimularlo, sus preciosos ojos estaban llenos de dolor, dolor físico.

Me incorporé y me eché a un lado inmediatamente, sentándome de lado junto a ella, sin tocarla. Su cuerpo se relajó completamente y comenzó a respirar agitadamente, aunque con alivio.

—Es... es por mí, ¿verdad? —quise saber, conmocionado—. Ahora te pasa eso si te toco.

Giró el rostro para mirarme y abrió la boca para hablar. Sin embargo, su aliento salió sin resto ninguno de voz. Se alzó con precipitación, asustada, y se quedó sentada a mi lado, llevándose las manos a la garganta mientras escudriñaba el suelo e intentaba emitir algún sonido.

—¿No puedes hablar? —inquirí, otra vez sorprendido.

Su rostro se giró de nuevo hacia mí y sus apenados ojos se clavaron en los míos para corroborarlo.

Empecé a sentir el fuego en mi espalda de nuevo. ¡¿Qué mierda era esto?! ¡¿Qué le habían hecho?!

—Maldita sea —mascullé—. ¡Maldita sea! —grité acto seguido, pegando un puñetazo en la parte inferior del saco, la que estaba sobre la colchoneta.

Nessie se echó sobre sus rodillas y comenzó a llorar.

Mierda, genial. ¿Sería imbécil? Por mi culpa, le había hecho llorar.

—Oh, no, no, cielo, no llores —intenté calmarla, arrepentido, llevando mis manos hacia su espalda para consolarla—. No es por ti, es por esos chupasangres...

Pero en cuanto mis dedos rozaron su piel, ella se agarró sobre sus rodillas, soltando un gemido sordo, y se quedó inmóvil.

Retiré mi mano súbitamente.

—Lo... lo siento —murmuré, apartándome unos centímetros más de ella.

Genial. Lo único que me apetecía ahora era abrazarla para confortarla, y no podía hacerlo. No podía sentir más impotencia.

Nessie pudo moverse en cuanto retiré mis dedos de allí, así que se irguió y se sentó de lado, mirándome, todavía con los restos de sus lágrimas por las mejillas.

Dios, otra vez me sentí frustrado, porque tampoco podía secar su angelical rostro.

—¿Te duele? —interrogué, porque eso me parecía—. Quiero decir, cuando te toco, ¿te duele?

Sus ojos no pestañearon, para no preocuparme más, pero bajaron la vista, tristes. La conocía demasiado bien, sería capaz de no decirme nada con tal de que yo siguiera tocándole. Acababa de hacerlo ahora mismo. Había estado sintiendo dolor todo ese rato que yo había estado sobre ella, pero no me había dicho nada, por supuesto.

—Sí, claro que te duele —murmuré, mirando hacia el otro lado a la vez que soltaba un suspiro descorazonado.

Levantó sus preciosos labios para sonreírme y llevó su mano a mi mejilla. Quería quitarme culpa y hacer que me sintiera mejor, sin embargo, nada más que sus dedos tocaron mi piel, se apartaron como si la misma estuviera llena de electricidad.

—¿Te has hecho daño? —pregunté, alarmado.

Iba a cogerle la mano para comprobar que no tenía nada, pero me di cuenta a tiempo y retiré la mía hacia atrás.

Ella misma la levantó para enseñármela con una media sonrisa tranquilizadora.

Me senté de frente, doblando las rodillas para apoyar los antebrazos.

—O sea, que ahora tienes este otro hechizo que hace que ya ni siquiera puedas hablar, y encima, si yo te toco, te quedas tiesa, y si me tocas tú, te da una descarga eléctrica. Esto es la caña —resoplé—. Malditos chupasangres...

Giré el rostro para mirarla. No me hacían falta sus palabras para darme cuenta de lo que tenía que estar pasando. Se la veía agotada, no físicamente, pero sí psicológicamente. Este año de separación había sido horrible, pero no sólo para mí. Nessie también había sufrido mucho, se notaba, y, encima, estos días, que tenían que haber sido felices por nuestro reencuentro, yo me había portado fatal con ella. Nessie había tenido que soportar una carga extra: el verme así, con esa estúpida rabia y ese rencor por algo que ella no había hecho, y, para colmo, no había podido contarme nada, decirme la verdad, eso tenía que haber sido muy frustrante y doloroso para ella.

Rechiné los dientes con más que rabia. Por una parte me sentía fatal conmigo mismo, estaba muy arrepentido por no haberme dado cuenta antes, por haberme dejado engañar de este modo, por haberme portado así

con ella. Sí, vale, lo sé, había estado bajo la influencia de ese maldito hechizo, pero aún así, el que éste hubiera hecho efecto y yo hubiese sido un añadido para hacerla daño, me dolía como si me clavasen una espada en el hígado. Pero por otro lado el volcánico sentimiento de la ira y la cólera también comenzaban a hacer acto de presencia en mi estómago. No sabía quién le había hecho algo así, pero iba a enterarme, y cuando eso sucediera, iría a buscarlos uno por uno para machacar sus asquerosas cabezas sin piedad. Juro que no quedarían de ellos ni los dientes.

Tuve que respirar bien hondo para conseguir dejar eso a un lado, al menos por el momento. Ahora estaba aquí con ella, por fin, después de pasarme un año sin verla, podía disfrutar de su compañía, y eso no me lo iba a quitar ningún estúpido hechizo. Además, no quería verla apenada, eso nunca, no podía soportar que estuviera así. Tenía que hacer todo lo posible para animarla un poco, para que este mal trago pasara mejor, y para que estuviera lo mejor posible.

La hoguera estaba encendida, pero no era suficiente.

—Será mejor que te pongas algo de ropa encima —afirmé, levantándome—. Ahora ya no voy a poder arroparte con mi cuerpo calentito —le advertí, dedicándole una media sonrisa, mientras caminaba por delante para dirigirme a la mochila.

Ella sonrió, contagiada, aunque pronto sustituyó esa sonrisa por un suspiro de desazón, al repasarme.

Sí, claro, ya sabía lo que estaba pensando. Lo mismo que yo. Que había pasado un año sin vernos, sin besarnos, sin abrazarnos, sin tocarnos... y ahora no nos quedaba más remedio que aguantarnos y esperar. Maldita sea... ¡Sí, maldita sea mil veces! Y encima eso, no podíamos ni cogernos de la mano. Porque ya no era que no pudiésemos hacer el amor, eso ya era secundario, era que nos habíamos echado tanto de menos, teníamos tantas ganas de volver a sentirnos el uno al otro, aunque fuera con un beso, con cogernos de la mano, con lo que fuera, que esto iba a ser toda una tortura si se alargaba demasiado.

Me agaché para hurgar en la mochila y le cogí unos pantalones grises, una camiseta interior de lycra de manga larga, unos calcetines y un jersey de lana de color azul.

—Toma, ponte esto —y se lo pasé, levantándome—. Será mejor que te abrigues, la noche será fría.

Lo cogió, posándolo en el saco, y se puso de pie para ponerse los pantalones.

No pude evitar echarle un buen vistazo a ese cuerpo de diosa lleno de curvas esculturales. Mierda, mierda, mierda. ¡Malditos chupasangres! Y todo esto que nos habían hecho, esto de separarnos durante un año, me lo iban a pagar, eso lo juraba por mi vida.

Una vez más, tuve que respirar bien hondo.

Mientras ella se vestía, cogí su ropa húmeda y la extendí junto al fuego para que se secara. Hice lo mismo con sus botas, dirigiendo las plantas hacia las llamas para que se secasen por dentro uniformemente. Añadí unos leños más a la pira, saqué el mapa de la mochila y me dirigí hacia el saco para sentarme junto a ella, que ya había terminado de vestirse y se había sentado dentro, tapándose con la tela superior.

Extendí el plano sobre mis piernas y le eché un vistazo.

—Bueno, esto no durará mucho más, mira, mañana llegaremos a ese sitio —declaré, señalándole el mismo con el dedo. Entonces, giré la cara para mirarla—. Dime una cosa, ¿seguro que allí podrás quitarte el hechizo? Porque como ahora se ha transformado en otro diferente...

Nessie se ladeó un poco y se estiró para coger la caja metálica, que reposaba junto a la mochila. La abrió, sonrió al ver su contenido, y la puso entre los dos.

Puaj, no quería ver esa asquerosidad de nuevo, pero, en fin, si ella me lo ponía ahí, era por algo, ¿no? Así que lo miré.

Los ojos casi se me caen en la misma caja cuando vi ese corazón.

Aquella extraña mancha oscura que cubría la mitad del órgano había desaparecido totalmente, ahora se veía limpio, bueno, eso sí, lleno de sangre, y seguía latiendo, vivo. Pero, entonces, me percaté de algo en lo que no me había fijado y mi boca se quedó colgando.

Observé con ese careto de tonto cómo ese corazón latía exactamente al mismo ritmo que el mío, incluso cuando el mío se aceleró, de la impresión, el corazón de la caja hizo lo mismo, clavando a la perfección cada uno de los pálpitos.

Pero ahí no terminaba la cosa.

La sangre que emanaba de ese corazón tenía una mezcla olfativa que me dejó aún más perplejo, si cabía, porque ya estaba al borde de un colapso cerebral. El corazón olía a mi sangre, pero también a la de Nessie. Sí, era una mezcla de los dos plasmas.

Necesité de un minuto para volver en mí, y cuando por fin lo hice, entendí por qué nunca había escuchado los latidos de ese corazón, ni por qué nunca había olido esa sangre. Los pálpitos quedaban mimetizados

con los de mi propio corazón, y el olor no se distinguía en absoluto, puesto que la sangre de Nessie y la mía lo tapaban totalmente.

—¿Qué... qué es esto? —inquirí, aún estupefacto.

Alcé los ojos para observar los suyos. Ella bajó la mirada hacia el corazón de la caja y después la llevó hasta mi pecho. Subió sus pupilas y las clavó en las mías, expectantes.

No me lo podía creer...

—¿Es... estás diciendo que esto es mi... corazón? —me quedé boquiabierto.

Y sus ojos pestañearon una sola vez.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Mi... mi corazón? Pero si el mío estaba en su sitio... ¿no? Me toqué el pecho para corroborarlo, por si acaso. En fin, qué quieres, ya no me fiaba de nada.

Bajé la vista y lo miré de nuevo. Lo cierto es que su tamaño no se correspondía con el mío, pero latía de igual modo. ¿Sería de verdad? Llevé la mano hacia él para tocarlo, pero, de pronto, y de una forma súbita, Nessie agarró la caja y la apartó de mí, cerrando la tapa de un golpetazo seco.

—¿Qué pasa? ¿No puedo tocarlo? —le pregunté, extrañado.

Sus párpados se cerraron dos veces bajo aquel ceño adorablemente fruncido.

—Vale, vale, nada de tocarlo —acepté, retirando la mano.

Respiró, tranquila, y dejó la caja en su regazo.

Entonces, otra vez recordé aquellos horribles pinchazos que me habían dado en el corazón al poco de que ella desapareciera. Bueno, más que pinchazos, parecía como si alguien estuviera estrujándome el corazón. De repente, caí en algo, en algo relacionado con todo este rollo de la magia. Claro, ahora me daba cuenta. Esos dolores no eran debidos a nuestra separación, que también podían haber sido, se debían a otra cosa, a algo relacionado con esta incómoda magia de los hechizos. Además, también estaba esa luz que había salido de la caja cuando noté esa brisa que limpiaba mi corazón. Sí, ahora todo cuadraba.

—Dime, ¿esto es como budú o algo así? ¿Magia negra o algo por el estilo?

Su rostro se iluminó y asintió con los ojos.

—Claro, ahora lo entiendo todo —murmuré para mí, mordiéndome el labio inferior. Luego, volví a mirarla—. Este corazón representa al mío,

¿no es así? Por eso te empeñaste en cogerlo del hielo, por eso te jugaste la vida —murmuré.

Su mirada bajó tímida durante un instante, y después la subió para pestañear una vez.

—Se lo quitaste a quien nos hizo esto —seguí, con otro murmullo, enganchando mis ojos en los suyos—. Por eso te persiguen, ¿verdad? Estaban utilizando este corazón para sobornarte.

Sus preciosas pestañas bajaron una vez más y después se desplegaron hacia arriba para que esos ojos se clavasen en los míos.

—¿Sabes qué es por lo que me muerdo ahora mismo? —susurré, inclinándome hacia ella—. Por darte un beso.

Se inclinó hacia mí y nuestros rostros quedaron a un palmo. Nuestra respiración ya empezaba a agitarse mientras nuestros ojos ya se reclamaban mutuamente.

Dios, me moría por comerme esos labios...

—Pero no puede ser —terminé, en voz alta, suspirando mientras me incorporaba de nuevo.

Nessie se irguió y frunció el ceño.

—No quiero hacerte daño —respondí a su pregunta muda.

De pronto, empezó a hacer unos gestos raros, parecía que estuviese protestando por algo, pero como no la entendía...

Ya, ya, esta situación no era para reírse, pero verla tan concentrada, gesticulando, me hizo gracia.

—¿Tu padre no te ha enseñado el lenguaje de signos? —me burlé.

Volvió a fruncir el ceño, aunque se rió con una risa que también era sorda. Cogió uno de los leños del suelo y me lo lanzó, riéndose.

Lo esquivé y yo también me reí.

—Vale, vale —sonreí—. ¡Uf! Qué carácter.

Me sacó la lengua y dejó la caja metálica en la mochila. Entonces recordé por qué antes la había puesto entre los dos. Lo había hecho cuando yo le había preguntado si, una vez que llegásemos a ese sitio de la montaña, se podría quitar el hechizo.

—¿Ese corazón tiene algo que ver con que tu hechizo se pueda romper? —quise saber.

Su rostro se giró hacia mí, esperanzado, y guiñó los ojos una sola vez.

—Ajá —comprendí. Me quedé pensando un rato, a ver si encontraba más cuestiones que hacer, pero más o menos ya lo tenía todo claro—.

Bueno, creo que ya está —terminé finalmente—. No tengo más preguntas, puede retirarse —bromeé, sonriéndole.

Ella me correspondió la sonrisa y me tiró otro palo. Palo que yo esquivé entre risas.

—Será mejor que durmamos —suspiré—. Mañana tendremos que darnos una buena paliza subiendo por la montaña, y no podremos parar mucho, ya sabes que esos chupasangres están buscándonos.

Sus párpados asintieron una vez.

Se tumbó, boca arriba, y se tapó con la parte superior del saco, ladeándose después para mirarme. Me eché a su lado, pero a una cierta distancia y, por supuesto, fuera del saco. Lo último que quería era hacerle daño. Pero Nessie es muy testaruda, bueno, como yo, es mi alma gemela, y se acercó a mí hasta que sólo nos separaban unos pocos centímetros. Levantó la vista y clavó esos ojazos de café en los míos, las llamas de la pira se reflejaban en ellos. Eran tan preciosos...

—Si te acercas tanto, puede que nos toquemos accidentalmente por la noche y te haga daño —le advertí, con un murmullo.

Era lo único que me salía al tenerla tan cerca.

Sin embargo, no me hizo caso. Me sonrió y siguió en el mismo sitio, bien cerca de mí.

Estuve a punto de decirle *te quiero*, pero retuve las palabras a tiempo y no las solté. ¿Y si le activaba otro hechizo? Aunque no hizo falta que las pronunciáramos. Nos quedamos mirándonos el uno al otro embobados durante horas, ninguno de los dos podía apartar la vista, casi nos acariciábamos con la mirada...

Hasta que el sueño nos venció y ambos nos dormimos.

El paisaje que se presentaba frente a mí no podía ser más bonito, la verdad. Desde la altura que la boca de la cueva me ofrecía, se podía ver una panorámica espectacular. Los altísimos picos que rodeaban al lago estaban totalmente cubiertos de nieve, y éste era una extensa explanada de un grueso cristal azulado.

Respiré ese aire fresco profundamente y lo solté, ya caliente, con alegría. Hoy era un día diferente para mí, duro, pero no por ello dejaba de ser esperanzador. Me había despertado de aquella pesadilla, y había descubierto que mi ángel seguía conmigo, eso era lo más importante.

Me metí en la cueva, caminando por ese pasillo natural, y llegué a lo que bien podría ser nuestra madriguera lobuna. Me reí de mi propio chiste malo, y me recosté junto a mi ángel para ver cómo se despertaba.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que lo hizo, porque me quedé engatusado viendo cómo dormía. Tuve que reprimirme mucho para no pasar mis dedos por su hermoso rostro y su espectacular melena. Su semblante sostenía una media sonrisa, señal de que estaba soñando con algo bonito. Sentí la enorme tentación de poner su mano sobre mi mejilla para ver de qué se trataba, aunque no lo hice porque no quería hacerla daño y porque recordé que, con el hechizo, su don no funcionaba.

Sí, era tan hermosa, tan preciosa, tan dulce, tan maravillosa, tan bondadosa, tan tierna, tan risueña, tan alegre, tan valiente, tan cariñosa, tan todo... Una vez más, me sentí el hombre más afortunado del universo por estar con ella, aunque ahora, el haber estado tanto tiempo separados, lo amplificaba aún más.

Mi atención hacia ella llegó a su punto álgido cuando comenzó a abrir esos ojos poco a poco. A sus somnolientos párpados les costó levantarse, eso siempre me hacía gracia. Se movían lentos y torpes, luchando contra los restos del sueño para poder alzarse, pero al final siempre ganaban la batalla y se venían arriba.

Sus pupilas enseguida dieron con las mías.

—Buenos días, preciosa —le sonreí.

Su boca desplegó una enorme sonrisa y se incorporó un poco para quedarse recostada a mi lado.

¡Uf! ¡Con lo que me apetecía darle un buen beso! En cambio, tenía que aguantarme y conformarme con tenerla delante. Maldita sea.

—No tenemos huevos con beicon, ni tortitas, ni fresas para desayunar, así que, ¿qué te parece si vamos a cazar algo por aquí? —le propuse, sonriéndole—. Con eso nos servirá para todo el día.

Pestañeó una sola vez, manteniendo esa preciosa y blanca sonrisa.

—Vale, iré recogiendo todo esto.

Me levanté y empecé a coger esa ropa que ya había secado. Nessie se calzó las botas secas, se puso en pie, se estiró, se acicaló un poco el pelo, se abrigó con el plumas y me ayudó a guardarlo todo, eso sí, ambos con mucha precaución para no tocarnos.

Enroscamos el saco y la colchoneta, lo amarramos todo bien a la mochila y me puse la misma en la espalda para iniciar la ruta de hoy, la que esperábamos era nuestra última ruta.

Salimos de la cueva, bajamos esos peldaños de piedra y comenzamos nuestra andanza.

El terreno era bastante empinado y el paisaje cada vez tenía menos árboles, pero dimos con una de las últimas zonas boscosas de la montaña, así que nos dirigimos hacia allí.

Cuando entramos en ese bosque, le pasé la mochila a Nessie para que la llevase ella y me desnudé, ya que iba a transformarme. Sus ojos me repasaron de arriba abajo sin ningún tipo de tapujo y su rostro dejó escapar una sonrisita de satisfacción que a mí me encantó. Me reí y me agaché. Até los pantalones negros, la camiseta blanca y las deportivas a mi cinta de compromiso —Dios, qué bien sonaba eso ahora de nuevo—, y cambié de fase.

Ahora, con mi forma lobuna, podía ver el hechizo. Ya no era una telaraña, sino que pasaron a ser dos, una sobre la otra. La de abajo, la que ya tenía, seguía igual, pero la que ahora envolvía a ésta tenía dos centros, y ambos nacían en las manos.

Le hice una señal con la cabeza y empezamos a corretear entre los nevados abetos.

Mientras galopábamos, aproveché para conectarme con la manada.

Quil, Embry, soy Jake, ¿cómo va todo? ¿Habéis localizado a esos chupasangres?

Hola Jake, me saludó Quil a la vez que corría. Sí, les tenemos a tiro, lo que pasa es que son bastante escurridizos y aún no les hemos atrapado.

Pero lo conseguiremos, siguió Embry.

¿Y dónde están?, quise saber.

Se dirigieron hacia allí en cuanto divisaron esa asquerosa humareda púrpura de sus compañeros, empezó a explicarme Quil. Acaban de empezar a subir la montaña, pero no te preocupes, ya les pisamos los talones, no tardaremos mucho en cogerles.

Y además contamos con la ayuda de los Cullen, añadió Cheran.

Bien, aprobé. ¿Sabéis algo de Shubael y Matthew?

Están bien. Están en casa, reposando, me anunció Leah, desde La Push.

Genial. Oye, ¿y cómo van las cosas por la tribu?

Pues, si te digo la verdad, demasiado bien, me comunicó. Esos chupasangres nómadas están dejando de venir, cada día llegan menos. Se ha debido de correr la voz de que somos invencibles y se están rajando, soltó ella con un tono un tanto presuntuoso.

Bueno, pues mejor, afirmé. Después, carraspeé. Yo tengo que daros una noticia...

Antes de que terminara de pensar lo que iba a decir, comenzaron a celebrarlo entre risas y un griterío mental, aunque los que se habían quedado en La Push también añadieron unos aullidos al viento. Pude ver por el rabillo del ojo de Nathan cómo Alice y Jasper, que eran los que salían corriendo a su lado, se extrañaban y se sorprendían por esos gañidos que ellos no sabían interpretar.

Jacob ya se ha dado cuenta de todo, escuché que anunciaba Edward para el resto de los Cullen.

Cheran se fijó en cómo Bella abrazaba a su marido con alegría y cómo los dos se besaban, así que pude verlo, aunque también vi a través del resto de ojos cómo lo celebraban los demás miembros de la familia.

Sí, sí, bueno, ya lo sé todo, dije para Edward. *Aunque vosotros me tendréis que explicar varias cosas.*

Podía escuchar su voz a través de los cuatro pares de orejas del grupo de Quil, cuatro altavoces diferentes que me lo retransmitían desde cuatro posiciones distintas. Era como tener un equipo de *Home Cinema* en la cabeza.

Me alegre de oírte, Jacob.

Sí, yo también, admití.

Nosotros tampoco podemos..., su voz se cortó. *Estamos...*

¿Vosotros también?, inquirí sorprendido. *¿También estáis hechizados?*

No me pudo contestar, claro.

Y..., el pensamiento de Quil también se quedó colgando.

¿También vosotros?, me quedé tan estupefacto, que hasta Nessie se dio cuenta de mi expresión y tuve que tranquilizarla con un gesto de la cabeza.

Esto era increíble. *¿Pero cómo es que estaban todos hechizados?*

¡Aj! Esto es un rollo, se quejó Cheran.

Pues ahora Nessie tiene otro hechizo, le comuniqué a Edward.

Ya, nos lo temíamos, afirmó él. *Luego te lo cuento todo, cariño*, le dijo a Bella, que debía de tener un mosqueo que no veas.

Ahora no puede hablar, chisté, pero ahí no acaba la cosa, tío, lo peor es que no puedo tocarla porque se queda tiesa como un palo y mi tacto le hace daño, y cuando ella me toca a mí, le da un calambre, como si mi piel le electrocutase o algo por el estilo.

Tendréis que daros prisa para..., otra vez su frase se le quedó atascada.

Sí, ya, ya, lo sé, seguí yo. *Tenemos que llegar a ese sitio con el corazón, ya estoy más o menos enterado.*

Estupendo, sonrió él.

¡Ahí están!, gritó Quil, que ya podía ver a los chupasangres desde su posición al frente.

Por supuesto, yo también pude verlos. Era un grupo de unos ocho vampiros. Hice un cálculo mental y las cuentas me tranquilizaban bastante. Contando el grupo de Quil, que eran cuatro, más los Cullen, de los que faltaban Emmett y Rosalie, eran diez. Ocho contra diez.

Bueno, os dejo para que os concentréis. Ya me conectaré más tarde para ver cómo va la cosa, aunque ya veo que lo tenéis bastante fácil.

¡Esto está chupado!, rió Quil, ya lanzándose a por uno.

Pude escuchar el alarido del chupasangres cuando mi primo se llevó su brazo por delante en el embuste.

Ya veo, ya veo. En fin, estaremos en contacto.

Sí, hasta luego, se despidió Embry, ya que Quil estaba muy entretenido con su víctima, aunque él estaba a punto de arrojarse hacia otra de esas sanguijuelas.

Hasta luego.

Y me desconecté.

Como había dicho Edward, teníamos que darnos prisa, no podíamos perder tiempo. Teníamos que cazar lo más rápido posible para encaminarnos enseguida hacia nuestra meta, ese círculo rojo que estaba marcado en el mapa.

Detecté el efluvio de varios animales y me dirigí hacia allí, seguido por Nessie, que lo detectó a la vez que yo.

Galopamos velozmente por ese bosque nevado, mirándonos ya con un poco de competitividad por ver quién cogía el más grande, atravesamos los enormes pinos que nos separaban de los efluvios y, por fin, un grupo de alces empezó a correr despavorido ante nuestra presencia.

¡¿QUÉ ES ESTO?! ¡¿MÁS MAGIA?! ¡PUES YA ESTOY HARTO!

El mapa lo ponía bien claro, sólo quedaban unos kilómetros para llegar a ese sitio de la montaña señalado con un círculo a rotulador rojo.

Nessie y yo ya habíamos *desayunado* alce y llevábamos toda la mañana caminando por esas empinadas pendientes llenas de nieve. Yo cargaba con la mochila y ella era muy ágil y resistente, para qué íbamos a negarlo, pero, aún así, el no poder cogerle de la mano ni siquiera para ayudarle un poco o para calentársela, me tocaba bastante las narices, la verdad.

—Según el mapa, el sitio ese queda detrás de aquella roca —declaré, observando el plano.

Nos miramos y nos sonreímos con algo más de alivio e ilusión.

Me hizo una señal con las manos para que parase y me detuve.

—¿Qué pasa?

Se fue a mi espalda y abrió una de las cremalleras de la mochila. La cerró otra vez y se puso a mi lado, portando una fotografía que después me pasó para que la mirase.

Era la foto de una planta muy rara.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Indicó sus ojos con los dedos para gesticular, señalando también a la fotografía. Después colocó la mano sobre la frente a modo de visera y fingió que observaba los alrededores.

Todo su lenguaje mímico me hacía mucha gracia, qué quieres que te diga, ya sé que no era para reírse, pero no podía evitarlo. Era como jugar

a adivinar películas o algo así. Pero ella era adorable incluso haciendo esos gestos exagerados.

Sus preciosas cejas bajaron cuando ya vieron que se me escapaba una risita.

Carraspeé.

—Vale, vale, me centro —afirmé, poniéndome más serio—. Veamos, ¿me dices que tenemos que buscar esta planta? ¿Es eso?

Nessie sonrió de oreja a oreja a la vez que asentía con los ojos.

—¡Ja! ¡Soy un genio en esto! —exclamé, alzando los brazos hacia arriba, mientras ella se reía con esa risa muda, contagiada por mi entusiasmo.

Ambos dimos un paso al frente para acercarnos e hicimos el amago de abrazarnos, pero nos dimos cuenta a tiempo y nos quedamos clavados en el sitio.

Mierda. Esto era un asco. Y encima ella se quedó con una carita que me rompía el corazón.

—No te preocupes, preciosa —dije, alegre—. Esto no durará nada. Mira, estamos casi en ese sitio, ¿lo ves? —le señalé el lugar donde nos encontrábamos ahora mismo, en el mapa. Después llevé mis ojos a los suyos para mirarla con certidumbre y confianza—. Sólo un par de kilómetros más y nos desharemos de este estúpido hechizo. Y entonces podremos abrazarnos y besarnos todo lo que queramos. Te juro que yo te besaré toda la tarde, nena, no vas a sentir los labios cuando termine —y mi boca se curvó aún más.

Y pensaba hacerlo, me moría por saborear esos labios sensuales y suaves.

Su sonrisa se amplió y simuló que escribía con su mano derecha mientras la izquierda hacía de papel.

—Sí, sí, tomas nota, ya lo sé —adiviné. Era fácil, esto me recordaba a cuando era pequeña y se resistía a querer hablar, aunque usaba su don. Menos mal que siempre habíamos tenido una especie de telepatía—. Bueno, pues vamos a buscar esa planta, cuanto antes, mejor —le insté, devolviéndole la fotografía.

Mi chica la cogió, se la guardó en el bolsillo de su plumas blanco y comenzamos a andar por la densa nieve hacia aquella roca lejana.

—En serio, nena, si alguna vez ponen un concurso de adivinar pelis o algo así en la tele, tenemos que presentarnos. Lo ganaríamos todo, de veras —le sonreí.

Y ella me correspondió. Esa maravillosa y perfecta sonrisa suplía con creces todo este maldito hechizo por el que estábamos pasando. Y yo me esforzaba porque ella estuviera lo más animada posible. Estas pequeñas bromas parecían surtir efecto.

Seguimos nuestro pesado camino hacia esa enorme roca, que cada vez estaba más cerca.

—Dime, ¿esa planta sirve para quitar el hechizo? —le pregunté.

Sus ojos asintieron una vez para ratificármelo mientras otra sonrisa se desplegaba en su hermoso rostro de porcelana.

—Genial —sonreí yo también—. Lo que pasa es que, ¡uf!, nos va a costar un poco encontrarla entre toda esta nieve —me percaté, mordéndome el labio. Su sonrisa se apagó. Genial, Jake...—. Pero no te preocupes, preciosa, contamos con el mejor excavador del planeta —afirmé, con una sonrisa, señalándome. La suya volvió a resplandecer en su adorable rostro—. Espérate a verme en acción.

Su sonrisa se transformó en risa.

—Qué, ¿no me crees? Ya verás, ya. Estoy deseando llegar para demostrártelo.

Se rió otro poco más y continuamos peleándonos con la nieve para conseguir avanzar.

Eran un par de kilómetros, pero, entre las ganas que teníamos de que todo pasase de una maldita vez, y esa densa nieve que hacía el trayecto más pesado, la verdad es que nos parecieron cuatro.

Sin embargo, por fin, llegamos a esa dichosa roca, a ese punto marcado en el mapa. ¡Sí, por fin!

Lo celebramos saltando con los brazos en alto, igual que si hubiésemos coronado la cumbre o algo, pero es que para nosotros era casi lo mismo.

—¡Uf, en serio! Cuando ganemos el viaje en uno de esos concursos de la tele, recuérdame que elijamos un destino que no tenga nieve ni nada por el estilo —bromeé, dejando la mochila sobre esa nivea superficie.

Nessie sacó la foto de su bolsillo entre risas y me la mostró, arqueando las cejas con incredulidad.

—¿Sigues sin creerme? Ahora verás.

Me desnudé y dejé la ropa sobre la mochila. Nessie se quedó un poco perpleja al principio, pero luego enseguida comprendió lo que iba a hacer y aprovechó para echarme un buen vistazo antes de que me transformara.

Adopté mi forma lobuna y me puse a olisquear el terreno nevado. Lo primero era detectar las hierbas y plantas más comunes, y cuando diera con alguna que no me sonaba, ya tendría una pista para saber por dónde empezar a cavar.

Mientras olisqueaba, aproveché para conectarme con la manada, quería saber las últimas noticias.

Quil, soy Jake, ¿cómo va todo?

Hola, Jake, me saludó. Bien. Tengo que decirte que ya hemos acabado con esos chupasangres, así que ya no tenéis de qué preocuparos.

Genial, aprobé.

Ah, y otra cosa que se me había olvidado decirte, siguió. El aquelarre de Denali, ese científico tarado y su mujer también están por aquí. Ellos también os han quitado de encima a otro grupo que os perseguía.

¿Esos también están aquí?, inquirí, sacando el hocico de la nieve, sorprendido.

Éste salió cubierto con un poco de nieve y a Nessie le hizo gracia. Me lo relamá para limpiármelo.

Sí, están aquí, con los Cullen y nosotros, asintió Embry.

Ahora que me fijaba, los cuatro pares de ojos de mis hermanos me mostraban a los Cullen y a ese grupo que me había dicho Quil. Estaban reunidos, charlando, parecían estar discutiendo algo, excepto Edward, que ya estaba poniendo la oreja hacia nuestra retransmisión.

Guau. Bueno, pues diles a todos que Nessie y yo ya hemos llegado al sitio señalado en el mapa y que ahora estamos buscando la planta.

¡Qué guay!, exclamó Cheran. ¡Por fin se terminará este maldito...!, su pensamiento se cortó, pero él siguió, ¡Podremos... todo lo que queramos!

¡Ay, no tardéis mucho, anda!, suplicó Embry.

Haré todo lo que pueda, ¿no te digo?, protesté. No es fácil dar con una planta tan pequeña que no he olido en la vida, entre esta capa de nieve.

Volví a hundir el hocico para seguir rastreando.

Bueno, pues te dejamos que te concentres, dijo Quil.

Sí, eso, no le entretengáis, intervino Nathan.

Idiota, puedo hacerlo de sobra, resoplé.

Bueno, tío, te dejamos tranquilo, continuó Quil. Nosotros iremos hacia allí dentro de un rato, cuando tu familia de vampiros termine de hablar.

Nunca pensé que iba a decir esto, pero qué bien sonaba eso, aunque sólo por lo que implicaba, claro, es decir, que Nessie seguía conmigo.

De pronto, mis hermanos llevaron su atención hacia el grupo de vampiros. Eso hizo que sacara el hocico de la nieve otra vez y Nessie volviera a soltar una risilla.

Entonces, me fijé en Bella. Estaba realmente alterada, discutía con Eleazar, Kate y Tanya acaloradamente mientras su marido y Esme intentaban calmarla y sujetarla, ya que ella parecía querer echar a correr hacia alguna parte. También me fijé en Alice. Estaba ausente de todo ese alboroto, tenía los dedos en las sienes, concentrándose en algún tipo de visión.

Qué raro...

Por cierto, ya que lo has mencionado, ¿de qué están hablando, si puede saberse?, quise saber.

¿Eh? Ah, verás, bueno, no te preocupes, ¿vale?

Sólo esa frase ya me preocupaba...

No pasa nada, intervino Edward de repente, que se acercó a Quil como una verdadera exhalación. Vosotros encontrad esa planta y haz todo lo que te indique Renesmee. Nosotros nos encargaremos del resto.

¿De qué resto?, pregunté, ahora un poco malhumorado.

Algo me estaban ocultando, y no me gustaba nada.

El grupo de Tanya ha detectado a otros vampiros de la..., confesó a regañadientes, aunque su voz se quedó atascada y no pudo terminar la frase. No están ahí arriba, están abajo, por eso tenemos que descender. Creemos que quieren tendernos una trampa, puesto que están escondidos. Lo más seguro es que quieran llevarse a Renesmee, por eso Bella está tan nerviosa.

Pero no te preocupes, lo tenemos todo controlado, siguió Quil.

Eso sí, tenemos que darnos prisa. Tú preocúpate sólo de terminar con el... en fin, eso, y sigue las indicaciones de Renesmee, repitió. Emmett y Rosalie están ahí para escoltaros, ellos os protegerán para que podáis bajar sin problemas.

Pero si no están aquí, protesté. Y, además, ¿qué quieres decir con eso de protegernos?, chisté. Si lo dices por Nessie, lo veo bien, cuantos más seamos para protegerla, mejor, pero yo sé protegerme bien, ¿recuerdas?

Un momento, ¿dices que Em y Rose no están ahí?, preguntó, extrañado, haciendo caso omiso del resto de mis protestas.

No, aquí sólo estamos Nessie y yo, le confirmé, mirando hacia los lados y olisqueando el aire. *Creía que iban a venir más tarde, ¿es que ya tenían que estar aquí?*

La sonrisa de Nessie se desvaneció y me hizo gestos, preocupada, para que le dijera qué estaba pasando. Negué con la cabeza, dándole a entender que no era nada.

Estarán vigilando los alrededores, pero llegarán enseguida, declaró, pasando también de mi segunda frase. *En fin, lo dicho. Preocúpate solamente de quitar ese...*

Ya, ya, asentí para ahorrarle el mal trago de quedarse sin voz.

Vamos, no hay tiempo que perder, instó a los de allí, poniéndose junto a Bella con rapidez para tomarla de la mano.

Y todos comenzaron a correr por la montaña, mis hermanos incluidos.

Me desconecté y me puse a olisquear entre la nieve de nuevo. Cuanto antes encontráramos esa planta y quitásemos este estúpido hechizo, mejor, porque me moría por besar a mi chica.

Fui escudriñando el terreno olfativamente por partes, como si de un arqueólogo de olores me tratase. No era difícil, la mayoría de la poca vegetación que existía en estas altitudes eran hierbajos de diferente naturaleza, pero que tenían un olor muy parecido a otras plantas que conocía. Hasta que, finalmente, di con un olor desconocido para mi nariz.

Saqué el hocico y me puse a escarbar con las patas delanteras, echando toda la nieve hacia atrás. No me di cuenta, y Nessie tuvo que apartarse, ya que le arrojé un poco sin querer. Se me escapó la risa y ella me regañó con la mirada mientras se limpiaba, aunque su boca sonreía.

Enseguida me concentré en mi búsqueda. Cavé lo más deprisa que pude, con mis pezuñas no era muy difícil sacar tanta nieve, así que en menos que canta un gallo, llegué a mi objetivo.

La planta sobrevivía a esas bajas temperaturas y a esa altitud, y se conservaba perfectamente.

Ladré para avisar a Nessie y ella se acercó corriendo. Me aparté para no tocarla, y dejé que ella desenterrase la planta, sus manos eran más delicadas que las mías. Mientras ella hacía eso, yo aproveché para adoptar mi forma humana. Me vestí y me aproximé a ella.

—Qué, ¿sabía cavar o no sabía cavar? —le recordé, sonriendo.

Noté cómo quería lanzarse a mis brazos para abrazarme, pero no nos quedó más remedio que aguantarnos, aunque sería por poco tiempo. ¡Sí, sí! Ella sonrió y asintió para darme la razón, pero se puso manos a la obra al instante, por supuesto.

Se acercó a la mochila y sacó la caja del corazón, la abrió y me la dio. Partió la planta a la mitad y la estrujó hasta que salió una gota de su savia, la cual cayó sobre ese corazón latiente. Después, tiró la planta al suelo.

—Vaya, con lo que me costó encontrarla —bromeé.

Nessie volvió a sonreírme y siguió con ese extraño ritual. No entendía nada, pero ella sabía lo que hacía, así que le seguí la corriente.

Alzó su mano y me instó a mí a hacer lo mismo, así que la levanté, sujetando la caja con la otra. Entonces, se mordió un dedo, produciéndose un corte, y dejó caer la sangre sobre el corazón. Supe qué tenía que hacer en cuanto me miró.

—¿Yo también?

Sus ojos pestañearon una sola vez, ya con algo de prisa y ansia. Ya me estaban reclamando para besarme.

—Pero yo no tengo esa dentadura tan...

No me dejó terminar la frase, acercó su boca a mi dedo con rapidez y, soportando el calambrazo...

—Ay —me hizo una muesca con sus dientes, retirándose hacia atrás velozmente.

Lo malo es que mi herida se cerraba casi instantáneamente, así que, cuando quise darme cuenta y coloqué el dedo por encima del corazón, la sangre ya no brotaba.

Nessie no esperó a que dijese nada, volvió a morderme con rapidez, pero esta vez fui yo quien retiró la mano de su boca, no quería que soportase ningún dolor más, y sacudí el dedo sobre el corazón para que la sangre cayese en él.

Sólo una gota pudo salir antes de que la herida se cerrase, y ésta cayó sobre ese ya sangriento órgano a una velocidad que a mí me pareció extremadamente lenta.

Y entonces, mis ojos casi se me salen de las órbitas cuando vi cómo mi gota buscaba su sangre para mezclarse. En cuanto esto sucedió, una luz brillante y cegadora emanó del corazón y acto seguido éste ardió en llamas, aunque la combustión solamente duró un instante. El corazón quedó reducido a un simple polvillo marrón.

Pero esto no fue todo. Si mis párpados ya no podían estar más arriba, lo siguiente casi hace que mis ojos salieran volando. Tres luces fulgurantes salieron de Nessie. Aparecieron en sus manos y en su boca y salieron disparadas hacia fuera como si fuesen estrellas fugaces, perdiéndose en el viento hasta que desaparecieron.

Ya sabía lo que era, eran los dos hechizos en forma de telaraña. Y, ¡sí, aleluya!, por fin se habían roto.

—Jake... —murmuró, sonriéndome con felicidad.

Sí, ahora iba a besarla como nunca antes.

Nos abalanzamos para abrazarnos, pero, de pronto, una fuerza extraña tiró de ella y salió despedida de espaldas.

—¡NOOOOOO! —grité.

—¡JAKE! —chilló, extendiendo los brazos hacia mí mientras era arrastrada por la nada.

—¡NESSIE! —voceé, echando a correr hacia ella.

Un encapuchado con una casaca negra la estaba llevando hacia él con algún tipo de don que le debía de permitir atraer cuerpos y objetos con las manos. ¿De dónde había salido?

No me hizo falta ni buscarlo, el fuego de mi interior apareció súbitamente y lo llevé por toda mi columna vertebral. Éste comenzó a recorrer toda mi espalda con furia y me lancé hacia delante para transformarme en plena carrera.

Sin embargo, mi forma lobuna no entró en fase y me caí en la nieve casi de bruces, con mis manos humanas hundiéndose en esa fría y nivea superficie.

¡¿Qué mierda era esto?! ¡¿Otro maldito hechizo?! ¡Ya estaba harto!
¡HARTO! ¡NADIE ME SEPARARÍA MÁS DE ELLA!

Me levanté instantáneamente para ir a por Nessie, aunque ese encapuchado consiguió atraparla, aprisionándola por detrás con sus sucios y asquerosos brazos.

—¡NO LA TOQUES! —grité, rugiéndole con cólera a la vez que seguía corriendo a todo lo que daban mis piernas.

—¡JAKE! —chilló ella, intentando zafarse—. ¡No puedo transformarme, y la pulsera no funciona!

Ya no le dio tiempo a decir más, el encapuchado salió disparado, llevándose a ella con él y comenzó una carrera vertiginosa para descender la montaña.

—¡NESSIE! —rugí.

Mis dos piernas humanas no corrían lo mismo que mis cuatro patas, pero me daba exactamente igual. Le seguiría al fin del mundo, donde fuera, y tarde o temprano daría con ese asqueroso encapuchado.

Tres presencias se colocaron a mi lado, saliendo también de la nada.

Iba a lanzarme contra ellas, ya me daba igual contra quién tuviera que luchar, ella era lo primero y más importante para mí, e iba a salvarla como fuese, pero cuando giré el rostro, vi que eran Emmett, Rosalie y otro chupasangres que no conocía.

—¡Súbete! —me dijo Emmett, señalándose la espalda.

¿Qué? ¿Estaba loco o qué?

—No pienso subirme a tu espalda —protesté.

Era humillante.

—¿Prefieres que te lleve en brazos, cariño? —bromeó.

—¡¿Cómo podéis perder el tiempo con bromitas en un momento como este?! —nos regañó la Barbie.

Mierda, odiaba reconocerlo, pero la rubia tenía razón, aunque yo no estaba de broma. Nessie era lo más importante, y si llegábamos antes conmigo en la espalda de Emmett...

—¡Arg, está bien! —acepté, a regañadientes, ya pegando un salto para encaramarme a su espalda.

Me enganché como pude y él me sujetó con los brazos.

—Así me gusta, lobo —se mofó.

—No te emociones demasiado —le advertí, con un poco de retintín ácido—. Y sobre todo, no te acostumbres.

—Vaya por Dios, qué pena —siguió, imitando la voz de una mujer, que, por cierto, no le salía nada mal.

La rubia puso los ojos en blanco y los tres pegaron un acelerón supersónico en el que no me caí hacia atrás de puro milagro.

—¡¿Dónde diablos estabais?! —protesté, enérgicamente.

—Quitándoos a unos pelmazos de encima —respondió Em—. Pero ese vampiro de capucha se nos escapó. No pudimos llegar a tiempo, ni siquiera para avisarte. Al parecer, estaban al tanto de todo y nos han tendido una trampa a todos. Tampoco hemos podido avisar a Edward, aquí no hay cobertura.

—Ya, ya lo sé. Malditas nuevas tecnologías —resoplé—. ¿Y quién es este? —quise saber, sin quitarle ojo al frente.

Mierda. Ya le habíamos perdido de vista.

—Es Ezequiel —me aclaró Rosalie—. Es mago, y nos está ayudando.

Le eché un vistazo de reojo.

—¿Ah, sí? Pues si es mago, que me quite este maldito hechizo que hace que no me pueda transformar.

—Me temo que no puedo hacer eso —me contestó, muy cortés para lo borde que yo había sido con él, la verdad.

Pero es que estaba de los nervios, y estaba de hechizos, de magia y de todas estas cosas raras hasta los mismísimos... bueno, hasta las narices.

—¿Y eso por qué? ¿No dices que eres mago?

—Solamente tú tienes el poder de terminar con todo esto —me aclaró—. Todos los hechizos han sido eliminados al destruir el corazón, pero, esa misma acción, ha hecho que se desatase en ti un hechizo encadenado que se encarga de dejarte sin poder, aunque sólo es temporal. Razvan lo tiene todo pensado para poder casarse con Renesmee y así invertir la profecía.

—Espera, espera, espera —intervine, mirando en todo momento a mi horizonte para buscar a Nessie. Había dado demasiada información en muy poco tiempo, pero algo resaltó en su frase entre todo aquel barullo de palabras que mi agitado cerebro ya estaba intentando procesar—. ¿Has dicho Razvan? ¿Y se quiere casar con Nessie?

Mi furia cada vez crecía más.

—Razvan también es mago, y es el culpable de todo esto —me desveló Emmett—. Él fue quien secuestró a Nessie y la tuvo encerrada durante casi un año. Bueno, él y dos magos más: Nikoláy y Ruslán.

—¿Que la tuvo encerrada... durante un año? —me quedé atónito.

—Sí, en su castillo de Bulgaria —siguió—. Nosotros estuvimos hechizados todo ese tiempo y no nos dimos cuenta —sus dientes rechinaron—. Hasta que Alice descubrió toda la verdad. Fue entonces cuando fuimos a buscarla y la rescatamos.

Volví a sentir el fuego en mi columna, pero esta vez, fue rápido y fulminante, como una explosión. No podía creerme lo que le habían hecho a mi ángel, todo lo que pensaba que ella había sufrido se quedaba corto. ¿Encima de haberla hechizado, la habían tenido encarcelada en un castillo? ¡¿Cómo se habían atrevido?!

Ya no pude pararlo, mi cólera era demasiado contundente e irrefrenable. La habían encerrado una vez y ahora se la estaban llevando de nuevo. Ese Razvan quería casarse con ella, el muy osado, y yo no lo iba a permitir, JAMÁS. ¡JAMÁS!

Sentí una energía tremenda, una energía que emanaba de mí desde lo más profundo de mis entrañas, desde lo más hondo de mi ser. Me recorrió entero, de la cabeza a los pies, y supe con total certeza de qué se trataba. Era mi poder espiritual, que se presenciaba ante mí con total claridad y explotó en mi cabeza, apoderándose de mí completamente.

—Ha empezado —habló el mago—. Su poder espiritual está empezando a emerger del todo, puedo sentirlo.

Pues sí, ahora lo sabía.

Ya no me asustaba por nada, esto ya lo había experimentado una vez, sólo que en aquella ocasión, yo estaba en mi forma lobuna, y ahora seguía siendo humano.

Comencé a ver las almas que me rodeaban, tres doradas capas que refulgían en sus correspondientes cuerpos. Pero había más. Podía escuchar a mi manada perfectamente, aunque yo estaba desconectado y ellos no me oían a mí.

También noté lo que apresaba mi cuerpo, y lo vi. Era otra telaraña negruzca, me envolvía y me apretaba, estrangulando a mi espíritu de Gran Lobo para que no pudiera salir del todo. Intenté quitármela, llevando mi círculo de luz brillante hacia el exterior, sin embargo, la telaraña era muy elástica, se hinchaba hacia fuera como si fuera de goma, adoptando la forma redondeada de mi luz y no dejaba que ésta se extendiera más allá.

¡Mierda, mierda!

Lo intenté varias veces más, pero era imposible.

—No te preocupes —me dijo ese tal Ezequiel de repente—. Ese hechizo solamente durará unas cuantas horas, aunque puede retener tu poder, no tiene la suficiente fuerza como para aguantar mucho más. Tu poder espiritual acabará rompiéndolo. Razvan lo sabe, es por eso que tiene tanta prisa para casarse con Renesmee.

—¡Pues hay que darse prisa! —mascullé, apretando los hombros de Emmett.

—Tienen una avioneta preparada ahí abajo, Rose, Ezequiel y yo la hemos visto —reveló Emmett.

—¿Una avioneta?!

—Quieren irse a Bulgaria —me anunció.

—¿Qué?! —exclamé, furioso—. ¡Ni hablar!

¡*Quil, ¿dónde demonios estáis?!*, quise saber.

¡Estamos subiendo! ¡Nos habían tendido una trampa!, a buenas horas... ¡Escucha...!

¡Ya, ya lo sabemos todo!, le corté. ¡Escucha tú! ¡Se han llevado a Nessie y estamos bajando, así que buscad a un encapuchado que va de negro, él es quien la tiene!

Pero, entonces, mis cuatro lobos aparecieron a lo lejos, acompañados por los Cullen y los de Denali, más dos individuos más que por la silueta me parecían Louis y Monique.

¡Hey, tío, te veo!, exclamó. Pero, un momento, ¿estás en tu forma humana?

¿Cómo es eso?, preguntó Embry, extrañadísimo.

¿Qué dices?, dudó Cheran.

¡Ahora no tengo tiempo de explicar nada!

Todos llegamos los unos a los otros con rapidez, aunque nosotros seguimos nuestro camino hacia abajo y ellos pasaron a acompañarnos.

—*¡¿Dónde está Renesmee?! —quiso saber Bella.*

—El encapuchado se la ha llevado —le comunicué, rechinando los dientes.

—*¡No ha pasado por aquí, si no, nos hubiéramos topado con él! —se percató Jasper.*

—*¡No están muy lejos! —intervino Alice—. ¡Todavía no me duele mucho la cabeza!*

Pero algo ya le dolía, eso era mala señal, aunque no lo dije en voz alta, para no preocupar más a Bella.

—*¡Están de camino hacia la avioneta! —reveló Rose.*

—*¡¿Qué avioneta?! —saltó Bella—. ¡Edward! —exigió saber.*

El vampiro miró con ojos dudosos a su esposa, aunque finalmente suspiró y accedió a contárselo.

—Se la llevan a Bulgaria —le desveló—. Lo tienen todo preparado allí para la ceremonia, en una vieja iglesia. Es lo único que he podido ver en la mente del encapuchado, antes de que desapareciera.

—*¡¿Desapareciera?! —repetí, neurótico perdido.*

—Hace un momento, mientras estábamos subiendo, podía oírle, aunque lejanamente —explicó, observando a Bella con prudencia a la vez que apretaba su mano para tranquilizarla—. Pero ahora ya no le oigo. Por eso nos despistamos y llegamos hasta aquí.

De repente, se escucharon unos motores.

—*¡Es la avioneta! —rugí—. ¡La han puesto en marcha!*

—¡Vamos! ¡El sonido viene de allí! —exclamó Carlisle.

Volamos a toda velocidad hacia la fuente de ese ruido, pero no nos dio tiempo a llegar.

—¡NESSIE! —grité, con furia y rabia.

Salté de la espalda de Emmett para abalanzarme hacia allí con cólera.

—¡Jake! —chilló Bella.

Sin embargo, la avioneta pasó sobre nuestras cabezas, rumbo hacia cualquier parte.

—¡NOOOOOOOO! —rugí, sin dejar de correr, tapando el mismo grito de Bells.

—¡Al aeropuerto! —voceó Edward, ya iniciando la carrera hacia allí—. ¡Esa avioneta no puede llegar a Bulgaria! ¡Tienen que coger otro avión, vamos!

—¡Venga, Jake, sube! —dijo Emmett, colocándose delante de mí para que lo hiciera.

Me encaramé a su espalda de un salto y todo el grupo comenzó a volar hacia la base de la montaña para dirigirse al aeropuerto.

Sí, ese Razvan me las iba a pagar... Mi fuego interior todavía no se había apagado, aún le quedaba algo por explotar, lo sabía, lo sentía, y lo reservaría para cargármelos a todos.

Mi Nessie, mi ángel, ya voy, iré al fin del mundo a buscarte.

ELLA, ELLA, ¡ELLA!

—¡LOS MATARÉ A TODOS! —voceé, con todas mis ganas, preso de esta locura que ya empezaba a dominarme por completo.

—Por favor, Jacob, sosiégate un poco —intentó calmarme Edward, empujando mis hombros hacia abajo para que me sentase de nuevo mientras miraba la puerta entreabierta de la cabina de los pilotos.

Pero a mí me importaba una mierda lo que pensarán, porque cuantas más cosas me contaban en ese avión privado que habían alquilado los Cullen, más malo me ponía. Sólo pensar en que Nessie había estado encerrada casi un año entero, en que le habían robado casi doce meses de su vida, en que le habían estado chantajeando conmigo todo ese tiempo, en que ella había estado sufriendo por mí y por ella misma, en que ese asqueroso malnacido había estado acosándola... hacía que mi sangre hirviera como si fuese la lava de un volcán.

No podía creermé que ese malnacido de Razvan y compañía hubieran conseguido escapar, pero lo cierto es que, por más que habíamos corrido, ellos habían llegado primero al aeropuerto con esa avioneta y habían alquilado otro avión privado para largarse a Bulgaria con mi ángel.

¡Maldita sea!

Pero no pensaba rendirme, iría tras ellos hasta el mismísimo infierno para recuperarla, lo juraba, ¡lo juraba!

Jasper ponía cara de concentración, pero daba lo mismo. Podía ver esa niebla que emanaba de él, y cómo ésta intentaba meterse por todos mis poros para tranquilizarme. Sin embargo, todos sus intentos eran en vano, su don no conseguía traspasar mi círculo de luz, y eso que estaba atrapado en esa maldita telaraña que lo retenía.

Sí, notaba cómo mi poder espiritual se iba apoderando de mí mismo, estaba ansioso por salir completamente, bufaba y resollaba dentro de mí ser, desbocado, pero, ¡maldita sea!, yo no sabía cómo sacarlo todo fuera, y por más que intentaba llevarme esa telaraña de cuajo, no era capaz.

Sin embargo, sabía que lo conseguiría, sólo tenía que esperar un poco, dejar que mi espíritu de Gran Lobo me guiase, sólo faltaba un poco más para mi venganza, sí, eso lo juraba por mi vida, en cuanto tuviera a esos desgraciados delante...

—¡Los aniquilaré, lo juro, LO JURO! —terminé, con voz creciente, apretando los dientes con ira.

—Jacob, por favor, estás poniendo más nerviosa a Bella —me pidió Edward, rechinando la dentadura también.

Me fijé en mi amiga y me arrepentí enseguida de haber gritado eso en voz alta. Su rostro estaba fijo en la pequeña ventanilla y no hacía más que morderse el dedo pulgar con nerviosismo. Bueno, en realidad, no parecía haber prestado mucha atención a mis gritos.

—Lo siento —me disculpé, llevándome la mano al pelo para aplacar mi propia ansiedad a la vez que tomaba asiento.

—Todos estamos muy nerviosos, pero todo saldrá bien —intervino Carlisle, usando ese tono comedido que utilizaba para todo.

—Les pillaremos a tiempo —dijo Em, dándome una palmada en la espalda.

Observé a mis hermanos de manada. Los cuatro estaban sentados frente a mí, mirando por la ventanilla en completo silencio, con los brazos cruzados, y sus semblantes de concentración lo decían todo. Esto ya era algo personal para ellos también, pues Nessie formaba parte de nuestra enorme familia, y, encima, yo era *su Gran Lobo*, para ellos era toda una ofensa. Aunque los Cullen ya les habían puesto al corriente durante estos días, todavía estaban algo impresionados por todo este rollo de la profecía y ese *despliegue* de mi poder espiritual, cosa de la que yo me había enterado hacía sólo un rato.

Seguía viendo las auras de todo el mundo, incluso otros sentimientos como miedo, enfado, incertidumbre..., y otros que jamás había visto pero que reconocía a la perfección. Era como si estuviese en mi forma lobuna, pero sin estarlo. Vale, ya estaba acostumbrado a jugar con esto mientras luchaba contra los chupasangres que venían a *visitarnos* a La Push, sin embargo, caminar por un aeropuerto lleno de gente, donde todos y cada uno tienen sentimientos y almas de diferente naturaleza, no es nada

cómodo. Podía ver cómo un hombre se despedía de su mujer y de su hija pequeña por *viaje de negocios* y ese vaho violeta que rezumaba proclamaba a voces que le era infiel. O cómo un individuo entraba en una tienda del complejo acompañado de su alma malva para robar. ¿Y qué tenía que hacer yo? ¿De qué me servía ver todo esto? Y lo peor es que no sabía cómo detener esto, ¿es que ahora iba a estar obligado a ver con esta dimensión para siempre? Porque no me importaba ver así en mi forma lobuna, es más, era muy, muy útil, pero, claro, mientras luchaba junto a mis hermanos, pero en mi forma humana, ¿de qué me servía? En fin, esto era lo que menos me preocupaba en estos momentos, aunque era realmente incómodo.

Mis ojos volvieron a fijarse en Bella. Esme estaba junto a ella, frotándole los brazos sin parar para relajarle, pero ella seguía rezumando ese vaho naranja que estaba bastante cerca del rojo, no había dejado de soltarlo desde que nos habíamos subido a este avión. Estaba enfadada, muy enfadada. Y algo me decía que tenía que ver con esa discusión con el aquelarre de Denali hacía ya unas horas, en la montaña.

Edward ya me miró mal antes de levantarme, seguramente no quería que la alterase, pero no le hice ni caso. Esme se percató de mis intenciones y me cedió el asiento, poniéndose en el del extremo. Me cambié de sitio y me senté junto a Bella, haciendo que Edward suspirase, algo cabreado.

—¿Estás así por lo que pasó en la montaña? —le pregunté.

Giró el rostro para mirarme y su vaho cambió de color, pasando a ser de un rosa pálido, señal de que estaba muy preocupada, aunque no sólo por Nessie, sino por mí también.

Me cogió de la mano, con esa piel que congelaría hasta la misma nieve, las entrelazó y me besó en el dorso, bajando ese nudo de dedos entremezclados para apoyarlos en el medio de los dos asientos.

—No me escucharon —cuchicheó, ahora enfadada de nuevo.

—¿No te escucharon? —fruncí el ceño, extrañado.

—No estaba claro lo que la guardia de Razvan iba a hacer —intervino Edward, sentándose frente a nosotros, junto a Louis, que lo seguía todo con mucha atención—. Parecía una trampa, y encima Alice no conseguía ver nada debido a la influencia de los metamorfos.

Los ojos de mis cuatro compañeros oscilaron para clavarse en él con un poco de molestia, aunque enseguida regresaron al cristal de la ventanilla.

—Era evidente que si estaban abajo, tan lejos de Renesmee y Jake, era porque querían despistarnos —alegó ella—. Y nosotros caímos en su trampa de verdad como idiotas.

—Estaban escondidos y creíamos que Tanya los había visto por casualidad, pensábamos que iban a atacar desde abajo para tendernos una emboscada —se defendió él—. Además, esa avioneta ya estaba ahí antes de que llegásemos a esas montañas, puesto que ninguno de nosotros escuchó ruido de motor alguno hasta que arrancó para llevarse a nuestra hija. Esto ya lo tenían planeado desde el principio, la trampa ya nos la tendieron en cuanto le contamos todo a los metamorfos y luchamos contra su guardia en La Push.

—Razvan no podía vernos con la piedra de Ezequiel, así que aquellos vampiros que se escaparon de allí debieron de contárselo todo, por supuesto —agregó Jasper, que estaba sentado junto a Alice, intentando aliviarle esos dolores de cabeza.

—Seguramente este era su último plan —intervino Eleazar, que se giró desde su sitio para hablar con nosotros—. Primero intentaron detenernos por todos los medios, sin embargo, ya estaban bien preparados por si tenían que utilizar este plan urgente de fuga, y así ha sido.

—Esta era la última oportunidad para Razvan, y no es tonto, la ha aprovechado —afirmó el chupasangres mago.

—Bueno, ¿y por qué nadie me avisó, eh? —bufé, indignado—. Hubiera tomado más medidas y, mientras vosotros vigilabais a esa escoria por ahí abajo, yo me hubiese encargado de proteger a Nessie aquí arriba, por si acaso.

—No me escucharon —repitió Bella, mirando por la ventanilla de nuevo.

—Está bien, tienes razón —aceptó Edward—, nos equivocamos, no sabíamos que nos estaban tendiendo una trampa, creíamos que Renesmee y Jacob estarían a salvo, que bastaría con que Emmett y Rosalie les escoltaran, pero no fue así —lamentó, llevándose la mano a la cara para restregársela con pesar.

—Edward, cariño, no te estoy echando la culpa a ti —declaró Bella, ahora con preocupación, soltando mi mano para cambiarse de sitio.

Louis se levantó para cederle su asiento y se sentó en el de al lado, justo enfrente de Esme.

—Tenía que haberme dado cuenta —lamentó Edward.

Bells se sentó junto a él y se acurrucó en su brazo.

—No fue culpa tuya, fue una decisión común en la que todos participamos —afirmó ella.

—Lo que no sabíamos es que ese encapuchado iba a estar allí —admitió Kate—, si no, nos hubiéramos organizado mejor y no se hubiesen podido llevar a Nessie.

—¿Qué quieres decir? —se quejó la Barbie, desde su asiento, ofendida—. Nosotros no estábamos presentes en ese momento porque escuchamos unos ruidos y fuimos a investigarlo. Nos encontramos a un grupo de la guardia de Razvan, entre los que estaba ese encapuchado, y tuvimos que luchar para que nada estorbase a Nessie y a su chucho.

—Un respeto, rubia, es el Gran Lobo —saltó Quil, mirándola con enfado.

Ella le siseó con petulancia.

—Si nos hubieseis avisado... —se quejó Tanya.

—¿Con qué? ¿Con un aullido? Porque no había cobertura ahí arriba —le cortó Emmett, que estaba junto a Rosalie, con los brazos cruzados.

—Os dijimos que lo mejor era que dos de nosotros estuviéramos con Em y la Barbie, y nadie nos hizo caso —chistó Embry, haciendo negaciones con la cabeza.

Rosalie también le siseó a él.

Entonces, se armó una algarabía tremenda de voces que protestaban por varios sitios y de vahos que rezumaban con distintas tonalidades, que iban del naranja más claro hasta el más oscuro, casi rojo, excepto Esme y Carlisle y la pareja francesa, que se mantenían completamente al margen y rezumaban un vaho de color verde, señal de tranquilidad absoluta.

—¡Bueno, ya está bien! —bramé, furioso. Todos cerraron el pico al instante—. ¡Quiero saber por qué demonios nadie me avisó de nada!

—Repito que creíamos que estaríais a salvo, que el peligro estaba abajo, donde íbamos a ir nosotros, que bastaría con que Emmett, Rosalie y Ezequiel os escoltaran y que llegaríais cuando todo se hubiese terminado. Teníamos pensado contároslo entonces, no era necesario preocuparos antes para nada —se defendió Edward—. Además, no íbas a poder protegerla tampoco.

—Ya, ahora lo entiendo todo. Sabíais que en cuanto destruyéramos ese dichoso corazón, yo no podría transformarme, y en vez de decírmelo, me lo ocultasteis —le eché en cara.

—Yo quería decírtelo, pero no me dejaron —me secundó Bella, mirando con ojos acusadores al resto.

—Si se lo hubiésemos dicho, ya sabes lo que hubiera hecho Jacob —le respondió Edward, con tranquilidad—. No hubiese destruido el corazón, para poder proteger a Renesmee, y era totalmente necesario, Bella. Si no hubieran terminado con él, Jacob perdería todo su poder para siempre.

Bella frunció los labios, dándose cuenta de la situación, y volvió la vista hacia el frente, dándole la razón a su marido.

—¿Cómo? —ahora sí que no entendía nada.

—Ese corazón fue creado para autodestruirse al cumplirse un año de su existencia —empezó a explicarme el chupasangres mago—. El objetivo de Razvan, Nikoláy y Ruslán era que lo hiciese estando lleno de odio, para que tú murieses, pero el odio no hizo mella en ti, sólo se cubrió de rencor, y el corazón fue purificado por ti mismo en cuanto te diste cuenta de toda la verdad. En cuanto tu propio corazón se purificó, el creado por ellos también lo hizo.

»No obstante, el hechizo no se basaba sólo en eso, Razvan, Nikoláy y Ruslán no son tontos. No le dijimos nada a Renesmee, para no preocuparla más, ya había sufrido bastante —tuve que coger una buena bocanada de aire para que mi cólera no volviese a dominarme, porque sólo pensar en todo lo que mi ángel había sufrido, me volvía loco—, pero si no destruíais ese corazón antes de ese ciclo de un año, aun estando limpio, éste se autodestruiría igualmente. Por supuesto, no morirías, como era el primer objetivo de Razvan, Nikoláy y Ruslán, pero ellos lo tenían todo muy bien atado. Hace precisamente un año que empezó tu segundo hechizo, el hechizo del corazón, el cual se desató en cuanto el primer hechizo te hizo creer aquellos embustes; justo hoy se cumplía el año del ciclo, por eso a estas alturas el hechizo ya era muy fuerte, puesto que ha ido cogiendo fuerza a lo largo de estos doce meses, ese corazón se ha ido alimentando del tuyo, por decirlo de alguna manera, ha ido robando, succionando parte de tu poder espiritual, y su autodestrucción sería suficiente para que también se llevara todo tu poder espiritual, sería como un cataclismo, una reacción en cadena, incluso ya no podrías volver a transformarte nunca más.

—Ya sabes lo que significaría eso, Jacob —siguió Edward, mirándome con gravedad.

Sí, claro que lo sabía. Volvería a ser un chico normal, un humano completo, y cuando ya pasase cierto tiempo sin transformarme, mi cuerpo comenzaría a seguir las pautas de uno humano, es decir, empezaría a envejecer a un ritmo humano, y Nessie, mi Nessie... ella no envejecería a mi ritmo... Y sabía de sobra lo que ella haría cuando yo me muriese y ella siguiese siendo joven... Ella querría venirse conmigo al otro mundo...

Apreté los dientes y tragué un buen trago de saliva para no seguir pensando en ese tema.

Ahora empezaba a comprender aquello que Nessie me intentaba explicar en la cueva sobre el primer hechizo y ese otro que decía que seguía teniendo, por eso yo no me notaba nada raro, claro, qué idiota, porque no se refería a que tuviese otro hechizo, sino que intentaba explicarme que teníamos que destruir ese corazón.

—El corazón tenía que destruirse hoy, y sólo podía hacerse como le indiqué a Renesmee, para que eso no sucediera —continuó el mago, ratificando mis pensamientos—. Sabíamos que esto iba a desencadenar este hechizo que iba a privarte de la metamorfosis, lo que no sabía es que también iba a ser capaz de retener tu poder espiritual, por eso me confié, pero, en fin, como ya te expliqué, sólo es temporal, y destruir el corazón de la manera en que lo hicisteis era totalmente necesario para evitar que te quedases sin poder para siempre, y también para romper el resto de hechizos. La pulsera de compromiso de Renesmee también ha perdido su poder momentáneamente, pues está conectada a ti, tú eres quién la dota de poder, pero lo recuperará en cuanto lo hagas tú. Razvan no tiene poder comparable al tuyo, y solamente puede retener tu poder espiritual unas horas, antes de que éste explote del todo en ti. Si ha conseguido que el hechizo encadenado te haga efecto, ha sido porque eres demasiado inexperto, todavía no sabes manejar todo tu poder de Gran Lobo, ahora lo sé. La profecía está a punto de cumplirse, y tu poder está aumentando, está muy cerca de emerger del todo. Él lo sabe, por eso se ha dado tanta prisa por llevarse a Renesmee. Y la prueba ya la tenemos delante, ya has empezado a notar el cambio en ti.

»Para empezar, tu poder espiritual se ha manifestado siendo tú humano, es por eso que puedes escuchar los pensamientos de tu manada y ver en esa otra dimensión sin ser un lobo. Sin embargo, esto sólo es un mecanismo de defensa de tu espíritu de Gran Lobo —mi boca se iba quedando colgando por momentos, en cambio, mis hermanos sonreían

orgullosos. Cuarteto de idiotas—. Has sido privado de transformarte en lobo por la magia negra, y tu espíritu de Gran Lobo buscará todos los medios posibles para que eso vuelva a ser posible, puesto que ese poder sólo puede ser utilizado y controlado como lobo, así debe ser, tu espíritu es el de un lobo, el Gran Lobo. Tu poder espiritual ya está actuando ahora mismo contra ese hechizo encadenado, pero, mientras, te permitirá usar su poder temporalmente hasta que puedas volver a transformarte. Ese es uno de los cambios que habrá en ti.

»Ahora bien, si dejaras de transformarte por cualquier otra razón distinta a la magia, por una imposición física, por ejemplo, ya sea por tu propia voluntad o por algo ajeno, tu espíritu de Gran Lobo no podría actuar, puesto que el problema sería algo físico, no espiritual. Esto tienes que tenerlo siempre muy en cuenta. Tu espíritu de Gran Lobo sólo actúa en el mundo espiritual y etéreo, lo terrenal lo deja para tu fuerza de guerrero nato. No obstante, esto no debe llevarte a engaño o decepción, puesto que todo ser tiene alma, incluidos los vampiros, y esto te dota de un grandísimo e inigualable poder, ya que tú puedes ver esas almas, puedes manipularlas, puedes destruirlas.

—¡Ja! —rió Cheran, con una satisfacción un tanto maléfica—. ¡Podrás cargarte a mil chupasangres solamente barriendo sus almas, tío!

—¡Es increíble! —exclamó Embry, entre risas, mientras los cuatro lo celebraban chocando los puños.

—No es tan fácil —aclaró el mago—. Todo requiere su técnica, y lleva tiempo aprenderla y manejarla correctamente.

Idiotas. Los cuatro tosieron para recomponerse un poco.

—Habrá más cambios en ti, sin embargo, estos sólo los podrás ir descubriendo tú con el paso del tiempo.

Sí, sí, vale, pero a mí todo esto me daba lo mismo. Mi azotada cabeza estaba para otras cosas.

—¿Y por qué ese malnacido de Razvan quiere casarse con Nessie? —no pude evitar finalizar la pregunta con un gruñido.

—Para invertir la profecía, Razvan necesita casarse con la mujer única, es decir, Renesmee, y también necesitaba que tú dejases de existir, o por lo menos privarte de tu poder durante la ceremonia matrimonial. No ha conseguido lo primero, pero sí lo segundo, aunque sólo tiene unas horas para llevar a cabo su propósito. Sólo tú puedes impedirselo, Jacob, tú con tu poder espiritual, tienes que hacer lo que sea para controlarlo y utilizarlo contra él.

—¿Yo? ¿Cómo? —pregunté.

—Me temo que no puedo ayudarte con esto —lamentó—. Ni siquiera yo sé cómo contrarrestar la inversión de la profecía. Sólo tú puedes hacerlo, lo sabrás cuando llegue el momento. Tienes que impedir que Razvan se case con Renesmee.

—No lo conseguirá —mascullé, con furia retenida, mientras machacaba mis muelas.

—Por supuesto que no —acompañó Edward, también aguantándose las ganas—. La sacaremos de allí y te casarás con ella el 18 de junio, es decir, este domingo.

—Lo dices como si casarme con ella fuera una imposición, y no es así —le critiqué.

—No es una imposición, por supuesto, pero es necesario que lo hagas.

—Quiero dejar claro que si yo me caso con ella es por amor, sólo por amor, toda esta mierda de la profecía me tiene sin cuidado —manifesté.

—Sí, lo sé —asintió, con seguridad—. Y sabes que la felicidad de mi hija está sobre cualquier otra cosa, por eso accedo a esto, porque sé que el casarse contigo es lo único que ella desea —mi corazón se aceleró, ansioso, porque yo también era lo único que deseaba hacer. Como siempre, estábamos totalmente sincronizados. Mi ángel, mi dulce ángel—. Pero la profecía también es importante, Jacob, tú eres el elegido.

—Yo ni siquiera quería ser el Alfa de ninguna manada, maldita sea, y ahora mira con qué me encuentro —resoplé, llevándome la mano al pelo, nervioso—. Todo esto me queda demasiado grande.

—Si tú eres el elegido, es por algo —afirmó Quil.

—Vamos, tío, mírate —siguió Embry, señalándome con la mano—. Lideras una manada de veintitrés lobos a la perfección, y cuando esa parte de tu espíritu de Gran Lobo salió, lo llevaste genial.

—Sí, no hay un Alfa como tú —asintió Cheran.

—Bueno, me da igual —repetí, ansioso—. Lo único que me importa es salvar a Nessie, lo demás me trae sin cuidado.

—Por supuesto —secundó Carlisle—. Lo primero es salvarla a ella, después ya tendremos tiempo de hablar de profecías.

—El encapuchado ha intentado engañarme —afirmó Edward—. Me enseñó unas imágenes difusas de la catedral de una ciudad búlgara, sin embargo, sólo fue para tendernos otra trampa. Él no se dio cuenta, pero rebusqué entre sus pensamientos y vi la verdadera iglesia donde

celebrarán la ceremonia. Está a las afueras de un pequeño pueblo de Bulgaria, no me dio tiempo a ver más.

—¿Y sabes dónde queda ese pueblo? —quise saber, con nerviosismo.

—Es el pueblo más próximo a su castillo —asintió, para mi alivio—. Lo sé porque cuando rescatamos a Renesmee, pasamos junto a él y vi la iglesia.

—Cariño, eres genial —aclamó Bella, abrazándole con entusiasmo, abrazo que él correspondió, sumándole un beso.

Edward sacó un mapa que había *cogido prestado* en una tienda del aeropuerto de Canadá y lo desplegó en sus rodillas. Automáticamente, me incliné para observar sus indicaciones.

—Aquí es donde aterrizaremos —empezó, señalándome la ruta con el dedo—. El pueblo no queda muy lejos de allí, hay que ir por esta carretera, después hay que seguir por esta, por esta otra y por fin llegamos a esa vieja iglesia. No son muchos kilómetros, un trayecto de una hora, aproximadamente.

»Tú irás por esa ruta en algún vehículo que *tomaremos prestado* en el aeropuerto, tienes que llegar cuanto antes para detener a Razvan, sólo tú puedes pararle, y ese trayecto hará que llegues más deprisa que nosotros, ya que por el bosque se rodea más. Desgraciadamente, nosotros somos muchos y no podemos *tomar prestados* más vehículos, así que no nos queda más remedio que hacerlo por el bosque. Y tampoco podemos seguirte por la carretera, como es evidente, nadie debe vernos. Pero no te preocupes, nos encontraremos en la iglesia, no tardaremos mucho más, tú céntrate sólo en impedir esa ceremonia.

—Eso no hace falta que me lo digas, sólo espero que este avión llegue a tiempo —mascullé, con ira, irguiéndome—. ¡Porque pienso cargármelos a todos!

—Pues vete preparándote, porque vamos a aterrizar ahora mismo —anunció Emmett, sonriendo de oreja a oreja, seguramente al pensar en la batalla.

Justo en ese momento, uno de los pilotos anunció por el micrófono que íbamos a iniciar el descenso. Ninguno de nosotros se abrochó el cinturón de seguridad como nos indicaron, todos estábamos preparados para salir corriendo del aparato en cuanto el tren de aterrizaje empezase a frenar en el asfalto.

Y así lo hicimos.

La moto que Emmett había robado en el aeropuerto volaba por esa carretera como si fuese un cohete. Tuvo buen gusto y escogió una de gran cilindrada. La cogió de su sitio a una velocidad ultrasónica y vino hasta el bosque que limitaba con el aeropuerto cargando con ella. Sí, sí, cargando, la llevaba en los brazos, y, además, vino corriendo como si nada, el muy bestia.

Mientras recorría ese trayecto a toda pastilla, solamente una cosa invadía mi enajenado cerebro. El sufrimiento de Nessie. Eso se me había clavado en el alma con saña, se revolvía dentro de mí como una serpiente que me clavaba los colmillos una y otra vez, soltando ese veneno de venganza para inyectármelo en las venas.

La habían hecho sufrir, todo un año. Eso no se lo perdonaría, y mi venganza iba a ser brutal. Podía sentir cómo mi poder espiritual cada vez le iba ganando más terreno a la telaraña, que ya sólo eran unos finos hilos. La totalidad de mi poder estaba a punto de estallar, lo sentía.

Ese malnacido de Razvan no se casaría con ella. ¡JAMÁS! Antes tendría que pasar por encima de mi cadáver, cosa que no iba a conseguir nunca.

Mi furia incontrolada aumentó cuando divisé la iglesia. Por fin, por fin había llegado a mi destino, a mi venganza.

Detuve la moto y la dejé caer en la carretera en cuanto me bajé para echar a correr. Ellos no debían escuchar el motor, para no notar mi presencia demasiado pronto.

Avancé vertiginosamente por el asfalto, sin quitarle ojo a ese edificio del que ya emanaba una neblina malva, señal de que lo que había allí dentro no era nada bueno. Todavía no sabía cómo iba a enfrentarme a todas esas malditas sanguijuelas, pero los Cullen confiaban en mí, y eso era suficiente para que yo también lo hiciera en mis posibilidades.

¡Nessie, mi amor, ya estoy aquí!

Las dos enormes puertas de madera se acercaban cada vez más deprisa, habían pasado de ser pequeñas a ser anchas y altas, hasta que por fin, pude llegar a ellas para abrirlas.

Las empujé con cólera, tanta, que las pesadas hojas chocaron con la pared al abrirse de un bandazo. Eso, y el súbito chirrido de las bisagras, avisó a todo el personal que se encontraba allí, haciendo que se girasen para mirar, alertados, y el sacerdote dejó su frase en el aire.

—¡NESSIE! —bramé, corriendo hacia el altar con furia.

Se armó un revuelo bastante gordo cuando entré, por supuesto. Había individuos de todo tipo, para mi sorpresa, pero todos tenían sus almas malas, ya estaban condenados al infierno. La pequeña iglesia estaba atestada de vampiros, pero también había algún que otro humano, seguramente eran candidatos a ser futuros chupasangres, como también ocurría con los Vulturis. Ninguno de los vampiros estaba envuelto por esa doble capa de color grisáceo que envolvía sus asquerosas almas, y todo el lugar apestaba y quemaba las napias. El sacerdote que dirigía esta farsa de ceremonia se quedó mudo, él también tenía su alma malva, él también se había vendido a los vampiros para unirse a su clan.

—¡Detenedle! —gritó Razvan.

Los chupasangres no tardaron en saltar hacia el pasillo para impedirme el paso y se arrojaron sobre mí, pero mi poder espiritual erigió una especie de barrera bajo la telaraña y los cinco chocaron contra ella. El sacerdote comenzó a hablar de nuevo, ahora citando las frases atropelladamente. Seguí corriendo, sin embargo, de repente un montón de chupasangres más se estamparon contra el cristal invisible que me rodeaba, quedándose sobre él para detenerme.

—¡NESSIE! —bramé de nuevo.

No conseguía ver bien entre toda esa madeja de cuerpos que tenía encima y que no llegaban a tocarme gracias a la barrera, y tampoco podía caminar, por mucho que empujaba, ellos me tenían totalmente bloqueado.

¡Mierda, mierda!

Lo primero que hicieron mis ojos fue buscar a mi ángel en ese altar de madera que olía a viejo y rancio. Y no tardaron nada en encontrarla, por supuesto, su alma era la única que refulgía aquel dorado que casi cegaba.

Iba ataviada con un horrible vestido de novia antiquísimo, parecía de otro siglo. Sí, vale, era horroroso, pero aún así la vi preciosa, ella estaría hermosa hasta con una sábana raída. Sin embargo, ese no era su vestido, y esta no era su boda.

Estaba completamente inmóvil, la envolvía otra red, pero esta no era una telaraña, eran unos hilos rojos que nacían de las manos de Razvan y que rodeaban su tronco, su cabeza y sus extremidades. Supe con certeza por qué era así y me rechinaron los dientes con más que furia. Razvan la tenía totalmente controlada, la manejaba a su antojo, como si de una marioneta se tratase.

Entonces, vi cómo hacía que Nessie levantase la mano para ponerle un anillo de oro.

—¡NOOOO! —rugí, con ira.

¡Eso no, ni hablar! ¡Ese dedo sólo lo vestiría mi anillo!

La cólera comenzó a dominarme por completo, esto ya era demasiado, demasiado. ¡Malditos, malditos!

Rugí, lleno de ira y odio mientras empujaba a esos vampiros de una forma totalmente desbocada, aunque, ¡maldita sea!, aún así, no era a quitármelos de encima.

Escuché un aullido interior que volvía a reclamar una liberación, una liberación completa, y sentí cómo todo mi cuerpo palpitaba, preparándose para recibir todo el poder de mi espíritu de Gran Lobo.

Sí, lo sentía, ya estaba aquí. Todas las células de mi organismo, todo mi ser, se llenaron de esa extraordinaria y potente energía.

Mi poder todavía no había salido del todo, pero vi cómo parte de esa energía salía disparada de mí y llegaba a la pulsera de Nessie, que la absorbió como una esponja.

De pronto, la pulsera latió una sola vez, y un arco de color rojo salió de ella, extendiéndose súbitamente hacia la mano de Razvan. Éste pegó un alarido y su mano cayó al suelo, aún sosteniendo los anillos. Para asombro de los allí presentes, éstos se derritieron sobre la misma palma y quedaron reducidos a oro líquido.

Ese malnacido de Razvan también entró en cólera y se giró para mirarme con un escalofriante odio, aunque a mí no me amilanó en absoluto, por supuesto. Sin embargo, y de una forma repentina, se volvió hacia Nessie y la sujetó de la cintura para besarla.

—¡NOOOOOOOOOO! —bramé, lleno de rabia e ira incontrolada.

No sé cómo lo hice, sólo sentí esa locura que ya había tomado mi cuerpo, esa enorme ira que me cegaba, porque lo único que me importaba era ella, ella, ¡ELLA! ¡Y esos hijos de mala madre la habían hecho sufrir, y, no conformes con eso, seguían haciéndole daño! ¡No lo soportaba!

De repente, mi poder espiritual subió por las nubes, lo noté, lo sentí, y como me había pasado cuando mi espíritu de Gran Lobo había sido liberado, supe con total certeza qué tenía que hacer y cómo, esto también lo tenía grabado en el cerebro a fuego.

Todo me parecía muy fácil.

Llevé mi círculo de luz brillante hacia fuera para extenderlo, pero no lo hice como lo había estado haciendo estas últimas horas, lo calenté y

éste pasó a ser de fuego, de modo que la telaraña elástica que me envolvía se quemó y se deshizo, llevándose con ella ese estúpido hechizo encadenado.

No fue sólo eso lo que se llevó por delante. Todos los chupasangres que tenía encima fueron calcinados al instante y lo único que quedó sobre mi cuerpo fueron sus asquerosas y putrefactas cenizas.

Guau.

El griterío fue impresionante y los pocos humanos que había en la iglesia salieron despavoridos, con sus vahos azulados rezumándoles por todas partes, aunque los estúpidos e incautos chupasangres aguantaron el tipo y se quedaron para reducirme, si bien eran lo suficientemente inteligentes como para desprender los mismos vahos que sus amigos humanos.

De pronto, mis ojos se toparon con el encapuchado y mi ira volvió a subir. Él era quien se la había llevado delante de mis narices.

Alzó las manos y lanzó algo. Era una energía de color negro que rodeó a un grupo de chupasangres, los cuales enganchó y arrojó hacia mí con rapidez.

Extendí mi círculo de fuego sin ningún problema y, antes de que esa escoria llegase a mí, explotaron en el aire y fueron reducidos a cenizas, que se dispersaron por todas partes.

—¡Es imposible! —exclamó el encapuchado, rezumando otro vaho azulado.

La iglesia se llenó de voces y los chupasangres comenzaron a agitarse.

Algo en medio de todo ese alboroto hizo que me fijase en otra cosa. En dos vampiros. Ambos chupasangres se encontraban en el altar, en la esquina derecha. Tenían esos rostros de papel cebolla y esos asquerosos ojos vidriosos que también tenían Aro, Marco y Cayo, pero eso no era lo único que los asemejaba a ellos. Su vestimenta también era similar, este par vestía unas túnicas de color malva muy oscuro, casi negro. Lucían una media melena tostada algo rizada y se notaba que eran hermanos, ya que se parecían bastante. Lo único que los diferenciaba físicamente es que uno llevaba barba y el otro no. Físicamente, porque había otra diferencia entre ellos que no pasaba desapercibida a mi vista.

El vampiro de barba llevaba un colgante, un medallón dorado que tenía el dibujo de un ojo con el iris escarlata y del que emanaba una magia negra que te ponía los pelos de punta. Pero ahí no terminaba la diferencia. Aunque los dos chupasangres tenían una mirada y un alma

maquiavélica, este de barba la tenía escalofriante, podía sentir su crueldad y su maldad sin límites. Este era más peligroso que su hermano.

Entonces, supe quiénes eran. Esos tales Nikoláy y Ruslán. Los otros dos magos que también habían encerrado a mi ángel durante casi un año.

Comencé a resollar por las nupias como un auténtico animal mientras les clavaba una mirada de profunda inquina.

¡Malditos, malditos chupasangres!

Rugí.

—¡Detenedle, rápido! —repitió el chupasangres sin barba, cuyo vaho también mostraba su temor.

—¡Y tú cásalos ya, vamos! —le ordenó el otro al sacerdote, que se había quedado paralizado.

—¡NOOOOOOOO! —grité.

Sin embargo, no hizo falta que echase a correr.

Ahora ya podía transformarme, pero mi espíritu de Gran Lobo me permitió seguir en esta forma un poco más, me estaba indicando algo. Y lo supe con total certeza.

Llevé mi círculo, pero en esta ocasión utilicé mi luz brillante. Lo extendí vertiginosamente hacia el altar y envolví solamente a Nessie.

—¡No! —gritó Razvan.

Pero era demasiado tarde. Se la arrebaté de los brazos y con la misma velocidad que había usado para extender mi círculo de luz, la atraje hacia los míos. La misma energía del círculo sirvió para romper ese hilo rojo que la rodeaba, aunque Nessie siguió sin poder moverse.

Ahora sí, esto es lo que quería mi espíritu de Gran Lobo.

Sin perder el tiempo la pegué a mí y ensamblé mis labios a los suyos, manteniendo ese círculo protector a nuestro alrededor.

—¡NO! —chillaron los tres magos a la vez.

Intentaron arrojarme más trucos y hechizos, pero nada pudieron hacer contra mi poder espiritual. Noté cómo sus labios empezaron a moverse con los míos, el hechizo se había roto del todo. Por mí hubiera seguido toda la mañana, pero, desgraciadamente, tenía que terminar mi cometido, así que, a regañadientes, los separé.

—Jake... —murmuró ella, mirándome maravillada.

—No te separes de mí —le dije, cogiéndole de la mano mientras clavaba mis ojos en mi objetivo.

Ella asintió y se pegó a mi costado.

Y de repente, todos mis aliados aparecieron por la puerta.

LA VENGANZA ES UN PLATO DULCE SI SE SABE CÓMO LLEVARLA A CABO

Todo ocurrió a una velocidad vertiginosa.

Los Cullen fueron los primeros en pasar, y lo hicieron súbitamente y sin titubeos. Lo primero que hicieron Bella y Edward fue comprobar que Nessie ya estaba a mi lado, eso les tranquilizó, pude verlo en sus vahos, pero enseguida se pusieron a luchar contra esa banda de chupasangres que se les abalanzó, junto con el resto de la familia.

Les precedió el aquelarre de Denali, Louis y Monique, que también se unieron a su ataque.

Mis lobos entraron detrás, saltando y rugiendo, y empezaron a repartir leña a diestro y siniestro, ya estaban muy acostumbrados a llegar a un sitio y ponerse a luchar directamente cuando daban los relevos en la manada, así que esto no era nada excepcional para ellos.

El último que entró fue Ezequiel, pero éste pasó olímpicamente de toda esa muchedumbre de chupasangres que ya estaban luchando con el resto de mis aliados y corrió como un cohete hacia el fondo de la iglesia, donde se encontraban Ruslán y Nikoláy.

—¡Estáis aquí, malditos! —masculló, con ira, quedándose frente a ellos.

Ese malnacido de Razvan, Nikoláy y Ruslán se rodearon de una barrera que vi a la perfección. Se trataba de una esfera de un color violeta

que los envolvía de manera individual. Ezequiel también erigió una barrera a su alrededor, aunque la suya era de color azul claro.

—Ezequiel, sabíamos que tú estabas detrás de todo esto —declaró el mago barbudo, machacando los dientes con rabia.

—Hoy encontraréis la muerte absoluta —afirmó Ezequiel, con un odio y una rabia que le salían por todos los costados.

—Hoy la encontrarás tú, traidor —contradijo Ruslán.

Los tres magos adoptaron unas posturas de ataque, pero en vez de ponerse a luchar, comenzaron a lanzarse polvos y conjuros, como en las películas.

Edward peleaba como un guepardo, era lo mismo, si veías un documental en la tele, verías que sus movimientos rápidos y precisos eran muy semejantes.

Pero Bella, mi amiga Bella, aquella humana más bien torpe que tropezaba con todo, ahora era un vampiro que se manejaba bastante bien, la verdad. Nada más llegar, le hincó los colmillos a otra mujer vampiro que tenía toda la pinta de saber pelear. Sin embargo, Bella la bloqueó con una llave certera y la mordió sin compasión, rompiéndole toda la clavícula. Guau.

La pequeña y menuda Alice, ya sin dolores de cabeza, mareaba la perdiz de su contrincante, que se desesperaba por llegar a ella. Entre lo canija que era y lo rápido que le esquivaba gracias a su don de adivinación, el otro chupasangres no tenía nada que hacer. Ya podía hacer todos los aspavientos con los brazos que quisiera, cuando quería atraparla, ella ya había desaparecido del sitio.

Jasper era todo un maestro. Con toda la tranquilidad del mundo, le hizo una señal con el dedo a uno con chulería para que se acercase y, cuando éste lo hizo, mostró sus colmillos y se abalanzó sobre él como un tigre de Bengala.

La Barbie parecía de todo menos la Barbie, ahora mismo. Sus movimientos eran fuertes y rápidos, precisos. Me impresionó, la verdad, ahora entendía cuando me decía que no jugase con fuego y todas esas cosas.

Emmett. Bueno, qué decir de Emmett. Pelear era su pasatiempo favorito, y ahora se lo estaba pasando en grande. Podía ver cómo su vaho alegre y excitado danzaba sobre su cabeza con ese color amarillento mientras pegaba puñetazos a todos los desgraciados que se encontraba a su paso.

La que sí me sorprendió fue Esme. Madre mía. Esa que luchaba no era esa mujer dulce que se veía normalmente y que hacía esas tartas de fresa tan buenas. Ahora peleaba como la madre que defiende a sus cachorros, no dejaba títere con cabeza, nunca mejor dicho, porque acababa de arrancar una.

Carlisle era como el comandante de todos ellos, y tenía elegancia hasta para luchar. Me recordaba a esos luchadores de kárate que vencen a su rival y después le hacen una reverencia de respeto. Carlisle hacía lo mismo, aunque sin reverencia. Se cargaba a uno y acto seguido asentía. Bueno, él no sé qué había tenido que ver con la religión, así que me imaginé que le tendría algún tipo de respeto a la vida de esos miserables, por muy miserables que éstos fueran.

¡A tu derecha!, le gritó Quil a Embry para que esquivase a uno.

¡Este es mío, el otro para ti!, reclamó Cheran.

¡Lo tengo!, aceptó Nathan.

Mientras ellos gritaban con sus pensamientos y se daban indicaciones, yo me preparé para mi ataque personal, clavándoles una mirada de profunda inquina a esos malditos y asquerosos magos.

El sacerdote hizo mutis por el foro y se quedó en la esquina opuesta a la de los dos hermanos magos; se quedó pegado a la pared con un careto de espanto mientras rezaba en búlgaro. Su miedo ya le podía llegar al cielo, que su alma estaba bien condenada al infierno.

—¿A qué estáis esperando?! —chilló el malnacido de Razvan, cabreado—. ¡Id a por él, vamos!

Automáticamente, esos tres vampiros que siempre acompañaban a Razvan salieron de una puerta que había en la pared que quedaba detrás del altar y se interpusieron en mi camino.

Vaya, ya habían tardado demasiado en aparecer, ¿dónde habrían estado todo este tiempo?

El encapuchado no tardó nada en unirse a ellos.

Ezequiel parecía estar llevándolo bastante bien, hasta que uno de los ataques de Nikoláy deshizo su barrera.

De pronto, el mago sin barba sacó la mano de su bolsillo y lanzó algo hacia delante con un ademán veloz. Un nubarrón de polvo dorado voló a toda mecha hacia Ezequiel, pero no sólo eso, también iba hacia mis lobos, los Cullen y el resto de aliados, dirigiéndose a ellos como un enjambre de abejas rabiosas.

—¡No! —gritó Nessie, asustada.

¡Y una mierda!

Llevé mi círculo de luz brillante hacia el enjambre, pero no quería desproteger a Nessie. Entonces, para mi asombro, vi que podía erigir otra esfera independiente en el que el centro también era yo mismo y cuya naturaleza era diferente a la del círculo protector que había extendido inicialmente.

A una velocidad ultrasónica, retraje el círculo que había extendido al principio hacia nosotros y desplegué otro segundo círculo con mi poder espiritual. Ahora tenía el círculo inicial, que nos protegía en forma de burbuja dorada y centelleante, y el segundo círculo o esfera, el cual rodeaba a su vez a la burbuja y cuya naturaleza era más agresiva y guerrera.

El círculo protector se quedó estático a nuestro alrededor, sólo se movía si yo lo hacía, pero el segundo círculo salió disparado hacia el enjambre de polvo como un auténtico rayo. Yo mismo me quedé perplejo cuando vi que adoptaba una forma elíptica, era como si un meteorito estuviese dentro y tirase de esa membrana luminosa para llegar a esos extraños polvos mágicos, pero sin que el centro se moviese de su sitio, sin que se separase de mí.

El segundo círculo, ahora elipse, alcanzó ese enjambre de polvo, llevándose por delante, y deshizo esas partículas al instante. Pero no se conformó sólo con eso. Giró con rapidez, haciendo un movimiento en zigzag, y se clavó en las barreras de Razvan, Nikoláy y Ruslán, estallándolas como si fueran simples burbujas de cristal. En cuanto terminó su trabajo, regresó a su estado inicial.

Volví la vista hacia los tres chupasangres magos y no pude reprimir una media sonrisa de satisfacción y de chulería que me salió sola. Sí, tenía que reconocerlo, me sentía bien, muy bien, no me puse a bailar porque el tema era bastante serio. Encima, vi cómo Nessie desprendía un vaho que clamaba orgullo por todos los costados, eso me elevó mucho más la moral, aunque no me hubiera hecho falta vérselo, su cara lo decía todo.

Pude ver cómo el miedo de los magos salía a chorros de sus asquerosas cabezas en forma de ese vaho húmedo y azulado que llegaba hasta el techo. Ya lo sabía, en el fondo eran unos cobardes de mierda. Excepto el más peligroso, ese tal Nikoláy. Éste también rezumaba su vaho, pero era más bien ese respeto que trae el temor.

Ezequiel aprovechó ese momento para lanzarle un ataque a sus contrincantes. Les arrojó una masa de energía de color blanco que se dirigió a ellos como si de un chorro de agua se tratase, aunque ellos no se dejaron engañar y no se quedaron atrás. Respondieron a su embuste con dos misiles de color negro que chocaron con la blanca y comenzaron un forcejeo consistente en empujes. Era magia blanca contra magia negra.

Mi espíritu de Gran Lobo me permitía seguir usando mi poder espiritual en mi forma humana, y sabía por qué era así. Nessie no debía despegarse de mi lado, y era más seguro para ella que mi mano no soltase la suya. No tenía pensado hacerlo, jamás.

Ese malnacido de Razvan no tenía escapatoria. Tenía la pared a sus espaldas y se encontraba totalmente rodeado por delante. La única protección que tenía eran esos estúpidos chupasangres que siempre iban con él. Si no fuera un asqueroso vampiro, estaría sudando la gota gorda, pero lo que sí podía escuchar era el rechinar de sus dientes.

El chupasangres rubio de barba, el moreno de media melena —es decir, ese tal Duncan y ese Axel— y el encapuchado —que nadie sabía su asqueroso nombre— se quedaron frente a mí, en posición de ataque. En cambio, el grandullón fijó la vista en otro lado.

Noté una energía diferente a mi lado. Era totalmente pura, brillante, dorada, y era completamente compatible con mi poder espiritual. Miré a Nessie por el rabillo del ojo, para no perder de vista a esos chupasangres que tenía delante, y vi cómo ella llevaba esa energía por todo su cuerpo. Era su lengua de fuego, que ya se estaba preparando para activar su metamorfosis.

—No te transformes, no hace falta —le aseguré.

No quería que lo hiciese. No sabía cuánto iba a durar esta batalla, puede que demasiado para que ella pudiese aguantar sin sangre todo ese tiempo, y yo estaba totalmente seguro de lo que podía hacer. Ahora sí. Podía protegerla sin mover un solo dedo.

Su energía dejó de recorrer su cuerpo y cesó su actividad.

Entrelazó sus dedos con los míos y los apretó con determinación. Eso ya lo dijo todo. Nessie confiaba ciegamente en mí, lo cual elevó mi confianza todavía más, la subió hasta el universo.

—¡Déjame ese a mí! —gritó Emmett de pronto, deshaciéndose hábilmente de otro chupasangres para plantarse delante del grandullón a toda velocidad.

Éste dejó su posición junto a los otros tres para ya fintar con Em.

—Bien, estaba deseando medirme contigo de nuevo —afirmó ese tal Elger, mostrando sus dientes.

Al parecer, era algo personal.

—¿Ah, sí? Pues yo ni te imaginas —le gruñó Em.

—Cuando acabe contigo, me quedaré a esa preciosidad rubia —afirmó el grandullón de pelo albino, con una sonrisa perversa—. No me gustó cómo se portó conmigo en nuestro último encuentro, yo le enseñaré cómo tiene que tratar a un hombre.

¡Uf! Ahora sí que había firmado su sentencia de muerte.

Rosalie le siseó desde lejos mientras le daba una patada en todo el estómago a uno, pero el rugido de Emmett hizo temblar hasta los cimientos de esa vieja iglesia. Por un momento, pensé que se venía todo abajo.

Cuando me di cuenta, Emmett ya estaba luchando con ese estúpido, y estaba furioso. Sí, había que ser estúpido para decirle algo así a Em. Sólo hay tres cosas que Emmett no soporta. La primera: perder, la segunda: que pierda su equipo, y la tercera y más importante: que se metan con su rubia. Y me refería a estos niveles, claro, no a las bromas que teníamos entre nosotros.

Ahora me tocaba a mí.

El rubiales fue el primero en intentar atacarme. Pegó un salto que tenía más de acrobático y de artístico que de efectivo, y se arrojó hacia mí con furia. El muy idiota. No tuve ni que moverme. Chocó contra mi círculo, pero el infeliz no lo hizo contra mi barrera de protección, claro, sino que se estampó en la esfera que recubría a ésta, es decir, contra mi segundo círculo. Éste le repelió con saña, soltando una descarga eléctrica de color azulado que le hizo salir despedido hacia atrás en mitad de un alarido, estampándose súbitamente contra la pared del altar. Se quedó incrustado en un gran boquete, con casi todo el cuerpo quemado, y el crucifijo que presidía el paramento se cayó al suelo, del enorme impacto.

El sacerdote agarró el que colgaba de su cuello con esas manos temblorosas y dejó caer el trasero en el suelo para seguir rezando en búlgaro, estrujando los párpados. Como si así fuese a salvarse. Su alma seguía siendo igual de malva.

Intenté llevar ese segundo círculo hacia los otros dos que me quedaban, pero, maldita sea, no era capaz. La elipse se me iba, parecía que resbalaba, era realmente difícil de manejar. Ese Ezequiel tenía razón, todavía era muy inexperto. Genial.

—¡Jake, cuidado! —gritó Nessie de pronto, girándose hacia atrás.

Casi no me dio tiempo a volverme. Uno de los enormes bancos de la iglesia venía hacia nosotros vertiginosamente, arrastrado por esa energía negra que producía el don del encapuchado y que parecía un larguísimo y ancho látigo.

El discernimiento se plantó en mi cabeza como por arte de magia y a una velocidad ultrasónica dejé de erigir el segundo círculo para dejar solamente el primero, cambiando automáticamente la luz dorada de la burbuja protectora por ese fuego destructor de antes.

En cuanto el banco tocó mi barrera, estalló, haciendo un gran estruendo, y se rompió en mil pedazos, desperdigándose en un montón de pequeñas astillas que salieron volando por todos sitios.

—¡Bien, Jake! —aclamó Nessie.

Pero mientras el grandullón soltaba un alarido cuando Emmett consiguió dejarle sin un brazo, los bancos de la iglesia empezaron a volar uno tras otro, viniendo hacia nosotros como misiles. El encapuchado no quería rendirse. Estúpido. Daba igual todo lo que me lanzase, los bancos chocaban contra mi barrera destructora y salían despedidos en forma de astillas. En un minuto, todo el suelo de nuestro alrededor se llenó de trozos de madera, en cambio, la superficie que quedaba dentro de mi burbuja estaba limpia y reluciente.

Los rezos del sacerdote subieron de volumen.

—Vale, dejemos de jugar —mascullé, con furia, insertando mis ojos rabiosos en los chupasangres que me interesaban.

Ya estaba cansado de esperar. Esos malditos eran los que habían encerrado a mi ángel, los que la habían hecho sufrir, y no se lo iba a permitir, ¡ni hablar! Mi venganza empezaba a ahora.

De repente, Axel y el encapuchado se dieron la vuelta súbitamente.

—¡Rápido! ¡Pretenden escapar! —me avisó Edward, que se movía como un guepardo contra otra de sus presas.

—¡De eso nada! —bramé.

La rabia y la cólera que había acumulado dentro de mí explotaron del todo. No. Esas serpientes no se largarían, antes pagarían con sus vidas todo lo que le habían hecho a Nessie, todo lo que nos habían hecho a los dos. Esa separación, ese encierro, ese sufrimiento.

Mi segundo círculo salió disparado de mí sin que ni siquiera tuviera que planteármelo y se fue en busca de todos para aniquilarlos sin cuartel.

Dejé a ese grandullón para Emmett, él se estaba divirtiendo bastante con ese estúpido, ya le había dejado sin los dos brazos.

Se me resbalaba algo, pero conseguí llevar el círculo hacia Razvan y sus dos guardaespaldas.

Empecé con ese tal Axel, era el que tenía más a tiro. Mi eclipse lo envolvió, atrapándolo en su interior, y el vampiro quedó fulminado al instante, casi no le dio tiempo ni de chillar, incluso su alma se desintegró instantáneamente. La única señal de que había estado ahí, era el polvo que quedó esparcido por el suelo.

Mierda. Mi idea no era una muerte tan rápida. Tenía que haber una forma de bajar la intensidad de la eclipse para que su ataque durase más.

Entonces, otro grito ahogado se escuchó a nuestro lado y algo chocó con mi pie. Era la cabeza del grandullón, que tenía una expresión de horror en ese pálido semblante.

—Así aprenderás tú —masculló Em, con una sonrisa maléfica y satisfecha.

Le di un puntapié a la cabeza para quitármela de ahí y ésta se incrustó en la pared.

Razvan apretó sus dientes un poco más.

Pero mis ojos oscilaron hacia los dos hermanos. A Razvan lo dejaría para el final, para saborear mi venganza un poco más.

Sin embargo, y para mi disgusto, Ezequiel se me adelantó. Justo en ese momento consiguió vencer a las dos masas de energía negra y su chorro blanco se abalanzó hacia ellos con saña.

—¡No! —chilló Ruslán.

De repente, el encapuchado se arrojó en esa dirección para interponerse. Era un acto totalmente suicida, pues la energía blanca también le alcanzó a él. Una luz brillante y cegadora, con otra mezclada de color malva, estalló y se propagó hacia fuera en forma de chispas, hasta que se apagó del todo. Los tres cuerpos medio destrozados cayeron al suelo, sin vida, ya que sus almas habían desaparecido.

—¡NO! —gritó Razvan.

Bueno, lo dejé pasar, aunque mi idea era que hubieran sufrido *algo* más. Sin embargo, después de lo que Ezequiel me había contado en el avión de su historia, también entendía que quisiera cargárselos personalmente. Su media sonrisa de satisfacción lo decía todo.

Ahora sí, clavé mi mirada de odio en Razvan, y este era para mí, sólo para mí.

—¡Maldito lobo! —gritó, rabioso.

Alzó sus manos y me arrojó otra masa de energía negra que se dirigió hacia mí a gran velocidad.

Mi elipse se abalanzó al chorro negro y lo bloqueó. Empujé un poco y la elipse comenzó a ganar a esa masa negra con facilidad. Bah, qué aburrimiento. Le di un empujón final y Razvan se cayó de espaldas, estampándose éstas en la pared. Pero ahí no terminó todo. Mi empuje hizo que su propia magia negra le alcanzara a él. Razvan se quejó con unos fuertes alaridos, hasta que su magia terminó. El embuste del ataque fue tremendo, pero aún así, el muy desgraciado sobrevivió.

Ese cobarde rezumaba su vaho azulado con tanta intensidad, que casi inundaba el interior de toda la iglesia. Sabía que estaba perdido.

Se aplastó contra la pared, pero no me dio ninguna pena. Al contrario, oler su miedo, su pavor, incentivó mis ansias de venganza mucho más.

Llevé mi elipse hacia él sin cuartel y lo envolví de la misma forma que había hecho con el chupasangres moreno, pero esta vez bajé la intensidad de su poder para que todo durase más. Sus alaridos podrían escucharse hasta en el espacio.

Estaba completamente cegado, mi sed de venganza era demasiado fuerte, lo único que podía ver era a mi ángel encerrado en una celda de piedra fría, sufriendo, siendo acosada por este maldito.

De una forma rabiosa y sádica lo levanté del suelo e hice que la energía de la elipse le arrancara un brazo, concentrando su poder en ese punto concreto. Si ya gritaba antes, ahora ni te cuento. Seguí haciendo lo mismo con el otro brazo, la pierna, la otra pierna... Hasta que concentré el poder de la elipse en su frente.

—¡NOOOOO! —chilló, despavorido.

Su grito se ahogó cuando mi energía despedazó su cabeza, reduciéndola a un simple polvillo que quedó esparcido en el suelo de piedra gris.

Su malvada alma no duró mucho dentro de mi elipse. Ésta la desintegró totalmente y no quedó rastro de ella. Mi elipse vino hacia mí, se volvió circular de nuevo y la dejé de erigir.

Tengo que reconocer que me sentí un poco raro. Por una parte me sentía feliz de que mi venganza por fin se hubiese cumplido y estaba totalmente satisfecho, pero por otra no me gustaba ser tan cruel, me hacía sentir un poco mal.

—¡Jake! —exclamó Nessie, con alegría, abrazándome.

Y en ese momento se me olvidó todo.

La estreché entre mis brazos con fuerza y observé la situación. Mis aliados lo tenían todo más que controlado. Emmett ya había terminado con el grandullón y ya estaba luchando con otro chupasangres, y Ezequiel se encontraba en un estado de trance, parecía estar rezándole a su esposa o algo así para dedicarle su triunfo.

—¡Llévatela de aquí! —se me adelantó Edward para ratificar mi próximo pensamiento mientras peleaba con uno que ya estaba en las últimas.

Os esperaremos en el bosque que hay junto al aeropuerto, le indiqué con la mente para que nadie ajeno pudiera saber dónde nos encontraríamos.

Ya no iba a quedar nadie con vida, bueno, sí, el sacerdote, pero si no se moría de un ataque al corazón o algo, no creo que se atreviera a perseguirnos, pero por si acaso.

—¡De acuerdo! —asintió, y terminó de cascarle la cabeza al chupasangres contra el que luchaba.

Me separé de Nessie y la cogí de la mano. Tiré de ella sin pensármelo dos veces y ambos echamos a correr hacia el exterior de esa iglesia, esquivando las diferentes peleas.

¡Hurra, Jake!, rió Embry a la vez que grapaba a uno con sus dientes, el cual emitió un alarido que resonó en las viejas paredes de piedra.

¡Esto se acaba, qué mierda!, se quejó Quil, mirando a su alrededor para buscar más presas.

¡No, por fin se acaba!, contradijo Nathan, suspirando con alivio.

¡Por fin podremos ir a casa!, clamó Cheran.

Dejé de escuchar sus pensamientos justo cuando salíamos por la puerta, mi espíritu de Gran Lobo ya no me permitía hacerlo en mi forma humana. Nos dirigimos hacia la carretera, donde se encontraba la moto.

Sí, genial.

Corrimos varios metros más a toda velocidad y llegamos a la moto. La levanté con celeridad, nos montamos y arranqué.

—¡Agárrate fuerte! —exclamé.

En cuanto ella rodeó mi cintura con sus brazos y se apretó a mí, hice rugir el motor y salimos despedidos de allí.

Los faldones de ese horripilante vestido y ese anticuado velo volaban hacia atrás. Nessie soltó mi cintura y se quitó ese trazo de la cabeza, que se quedó en el aire hasta que el viento de la carrera dejó de mecerlo,

cayéndose sobre el asfalto. Se arrancó la parte inferior de la falda, a tirones, y los trozos de tela se fueron quedando esparcidos por la carretera. Podía ver sus preciosos y sexys muslos por los espejos retrovisores, así que no me quedó más remedio que sonreír con satisfacción. Sí, estaba tremenda. Después, volvió a rodearme con sus brazos, apretándome bien, se pegó a mí y su sonriente mejilla se apoyó en mi espalda.

Dios, me daban ganas de aullar de felicidad.

Habíamos terminado con toda esa chusma y tenía a la mujer de mis sueños. ¿Qué más se podía pedir?

No dejé de sonreír durante todo el trayecto, pero la verdad es que el viajecito se me hizo un pelín largo, porque lo único que deseaba hacer con todas mis fuerzas era besarla, y el aeropuerto no llegaba nunca.

Sin embargo, llegó.

Por fin, lo divisé y me dirigí hacia allí. Recorrí parte de la pista a toda pastilla, vigilando que no me viera nadie, y frené cerca de un aparcamiento que era de uso exclusivo de las máquinas de mantenimiento de los aviones. Estacioné la moto allí y tomé a Nessie de la mano para echar a correr hacia el bosque que limitaba con el aeropuerto.

Los árboles crecían frente a mí a igual ritmo que mis ansias por besarla, y, como me había pasado durante el trayecto, esa carrera se me hizo eterna.

Pero también llegamos.

Atravesamos los primeros árboles, recorrimos unos pocos metros más y nos detuvimos sin más contemplaciones.

Me giré hacia ella con rapidez, y del mismo modo, tiré de su mano para que su cuerpo se pegara al mío mientras sus brazos ya se abalanzaban a mi cuello para rodearlo con verdadero ímpetu.

Mi corazón se volvió loco y mi estómago fue invadido por ese insistente hormigueo cuando por fin entrelacé mis labios con los suyos. Ambos se movieron con un entusiasmo frenético y desmedido, estaban ansiosos, se habían echado demasiado de menos. Sus manos se movían por mi nuca y mi pelo con fervor, no dejando ni un solo milímetro entre nosotros. La energía fluía a nuestro alrededor con la misma efusividad que ponían nuestros labios, atrayéndonos aún más.

No pude evitarlo. El nudo saltó por su propia cuenta y mis ojos se humedecieron, dejando que mis lágrimas se mezclaran con las suyas. Nuestros rostros estaban mojados, pero no nos importó.

No sé cuánto tiempo pasó. Seguimos besándonos con esa locura, intentando aprovechar cada segundo que nos quedaba para estar a solas como si fuera el último que fuésemos a vivir.

No queríamos despegarnos, pero tarde o temprano íbamos a tener que hacerlo, ya que el resto no tardaría mucho más en llegar, así que ambos tuvimos que obligarnos a soltar nuestros labios, y los dos tuvimos que tomar una buena bocanada de aire para recuperarnos de ese maravilloso trance.

—Te quiero —susurró, con lágrimas en los ojos, sin despegar su frente de la mía.

—Yo también te quiero —sollocé, con alegría, frotándosela.

Llevé mi boca a la suya para que bebiera un poco más. Mi intención era que lo hiciera sólo un poco, pero al final tuvimos que volver a forzarlas para que se despegasen, respirando profundamente otra vez para reponernos.

—Quería decírtelo, pero el hechizo no me dejaba —me explicó, sin dejar mi frente.

—Lo sé, preciosa —le calmé, soltando su cintura para que mis manos pasaran a secar sus lágrimas—. Pero ya pasó todo, ahora nadie ni nada podrá separarnos. Jamás —aseguré.

—Jamás —repitió ella—. Pasado mañana seré tu mujer.

—¿Estás segura de esto? —me cercioré, separándome un poco de ella para mirarla—. No tienes por qué casarte conmigo ese día precisamente, podemos esperar unos días más para que tengas una boda mejor, la boda que te mereces, aunque si fuera por mí, nos casábamos ahora mismo, a mí esa profecía no me importa nada. Lo único que me importa eres tú, todo lo demás es secundario para mí.

—Sí, lo sé —asintió, con una sonrisa—. Y tú también eres lo único que me importa, te amo por encima de todo. No hay nada en este mundo que desee más que casarme contigo —susurró, clavándome esos ojazos con determinación—, llevo esperando más de un año para que se cumpla mi sueño, y por mí también me casaría contigo ahora mismo, pero si, además de cumplirse mi sueño, lo hace también esa profecía, esperaré un poco más y me casaré contigo pasado mañana. Además, el 18 de junio era nuestra fecha, ¿recuerdas? —concluyó, con una sonrisa.

—Nessie... —murmuré, con emoción, sonriendo.

La abracé y la elevé por el aire, girando con ella en mis brazos mientras ambos nos reíamos. Luego, la dejé en el suelo otra vez y pegué mi rostro al suyo con entusiasmo.

—Entonces nos casaremos el domingo —murmuré.

—Me muero por ser la joven señora Black —susurró, con ansia.

—La joven señora Black —sonreí al acordarme de aquello.

—Sí, no te imaginas cuánto lo deseo... —y su susurro se apagó cuando volvió a pegar sus sensuales labios a los míos para besarme con entusiasmo a la vez que sus manos ya se revolvían por mi espalda y mi pelo.

Iba a decirle que yo también me moría por ser su marido, pero mi boca se negó en rotundo a separarse de la suya, así que preferí demostrárselo con ese beso.

Una vez más, no sé cuánto tiempo pasó. Nos besamos con esa pasión ciega que llenaba mi estómago de ese loco hormigueo, volviéndome loco a mí también, mientras la energía fluía a nuestro alrededor con frenetismo.

Sí, ahora nos podíamos besar siempre que quisiéramos.

Por fin, ¡por fin!

ÍNDICE DE LOBOS

Por orden de transformación.

* Imprimados.

LOBOS		PAREJAS
1	Sam*	Emily
2	Paul*	Rachel
3	Jared*	Kim
4	Embry	
5	Jacob*	Renesmee
6	Quil*	Claire
7	Leah	
8	Seth*	Brenda
9	Collin	
10	Brady*	Ruth
11	Matthew	
12	Aaron*	Eve
13	Canaan*	Sarah
14	Daniel*	Martha
15	Isaac	
16	Jeremiah*	Jemima
17	Abel	
18	Michael	
19	Nathan	
20	Rephael	
21	Shubael	
22	Cheran	
23	Thomas	
24	Ivah	

ÍNDICE DE VAMPIROS

Ordenado alfabéticamente por aquelarre.

* En posesión de un don sobrenatural mensurable.

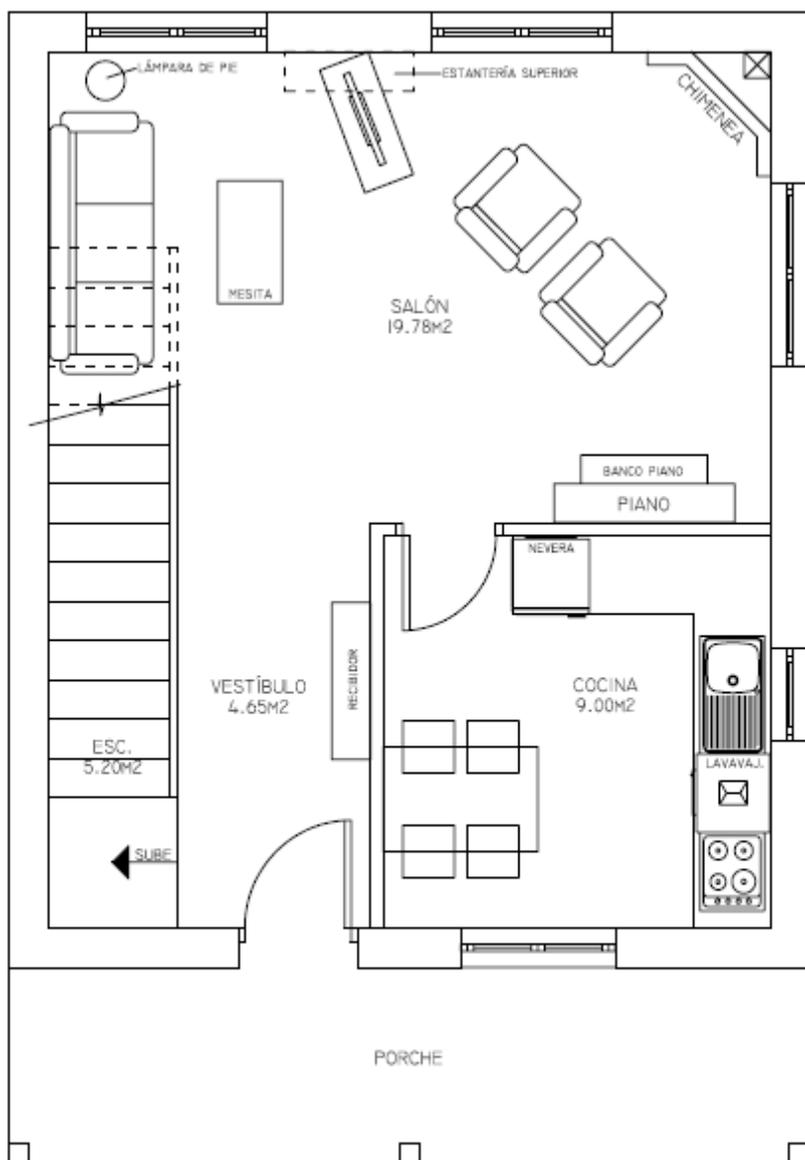
– Pareja estable (figura primero el de mayor edad)

Los nombres ~~tachados~~ corresponden a los fallecidos antes del comienzo de esta novela.

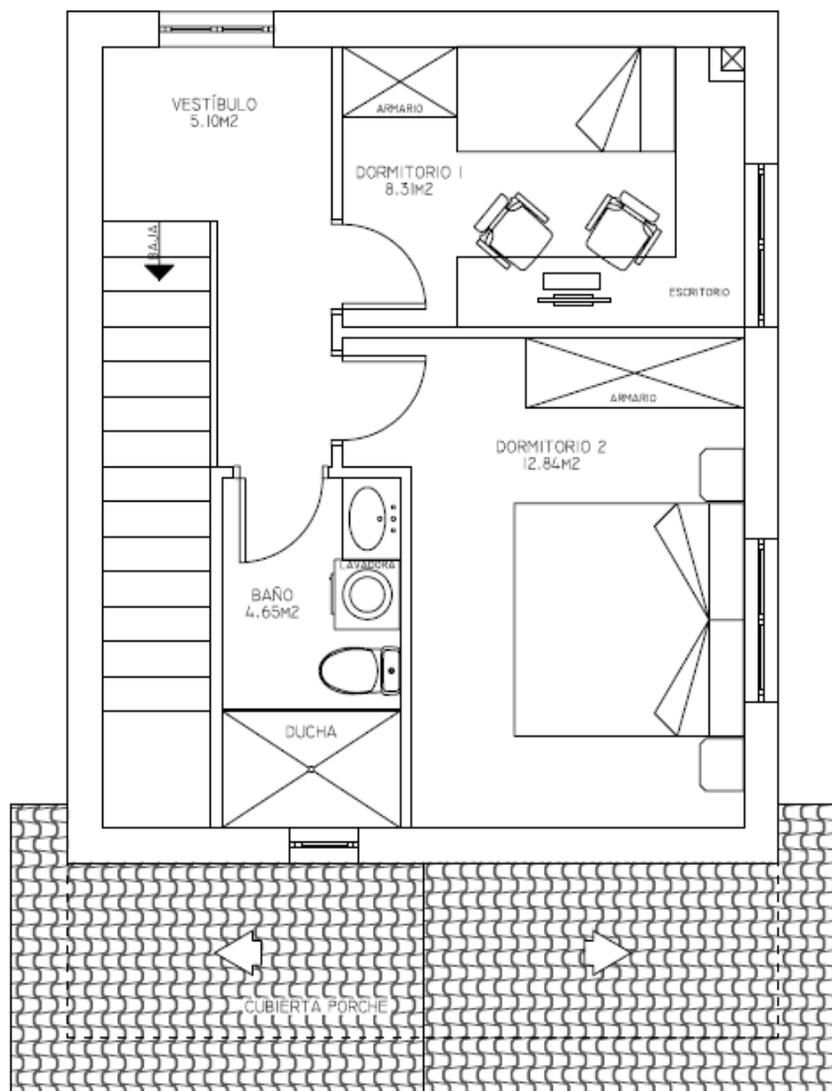
AQUELARE DE LAS AMAZONAS	AQUELARE DE LOS VULTURIS
Kachiri Senna Zafrina*	Aro* – Sulpicia Caius (Cayo) – Athenodora Marcus* (Marco) – Didyme*
AQUELARE DE DENALI	GUARDIA DE LOS VULTURIS (PARCIAL)
Eleazar* – Carmen Irina – Laurent Kate* – Garrett Sasha Tanya Vasilii	Alec* Chelsea* – Afton* Corin* Demetri* Felix Heidi* Jane* Renata* Santiago Enguerrand* Moïse Zhou* Varick*
AQUELARE EGIPCIO	NÓMADAS AMERICANOS
Amun – Kebi Benjamin* – Tia	James – Victoria* Mary Peter – Charlotte Randall

AQUELARE IRLANDÉS	NÓMADAS EUROPEOS (PARCIAL)
Maggie* Siobhan* – Liam	Alistair* Charles* – Makenna
AQUELARE DE LA PENÍNSULA DE OLÍMPIC	AQUELARE DE LOS RUMANOS
Carlisle – Esme Edward*– Bella* Jasper* – Alice* Renesmee* – Jacob Rosalie – Emmett	Stefan Vladimir
AQUELARRE DE LOS BÚLGAROS	GUARDIA Y SIRVIENTES DE RAZVAN (PARCIAL)
Ruslán* Nikoláy* Razvan*	“La sombra”* (se desconoce su nombre) Elger Ion Axel Duncan Keiler Alina Natasha Zhanna Teresa
VAMPIROS PRÓFUGOS	
Ezequiel* – Anna*	

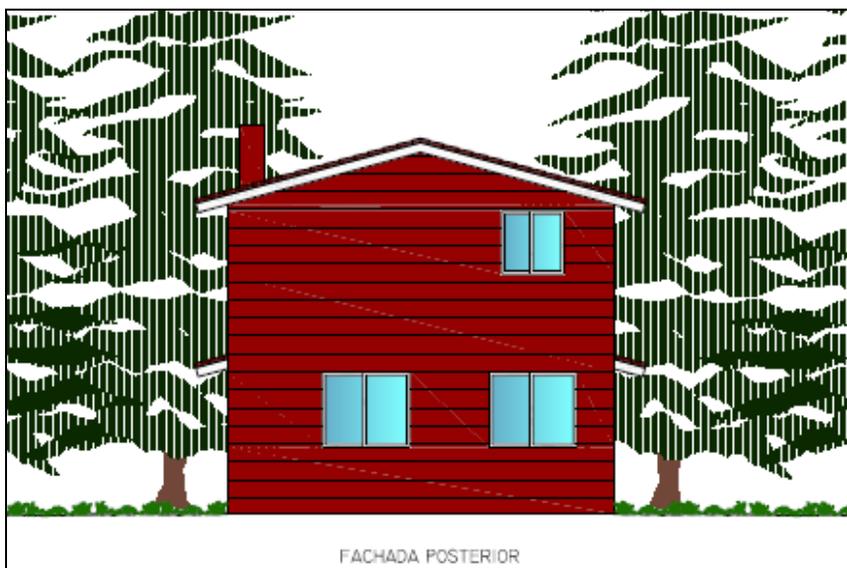
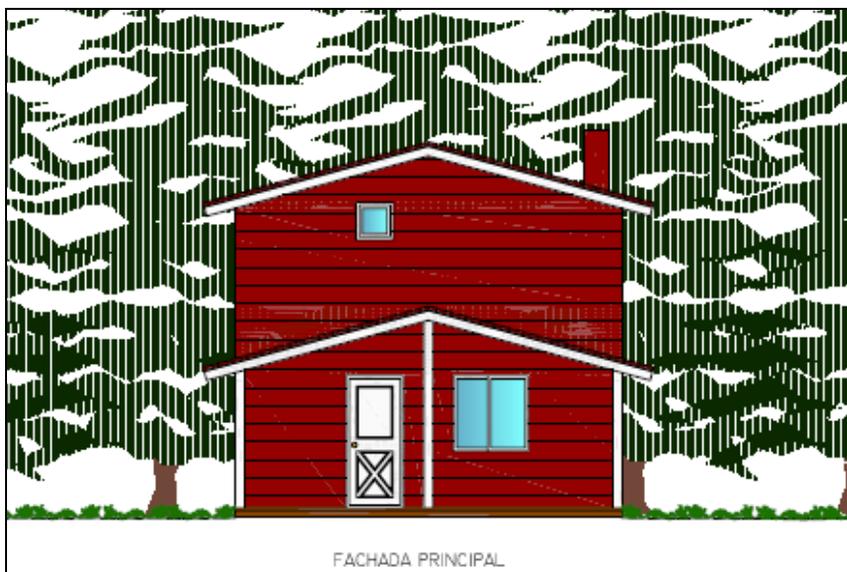
LA CASITA DE JAKE Y NESSIE



PLANTA BAJA



PLANTA PRIMERA





ÍNDICE

PARTE UNO: HORIZONTE

RENESMEE

PREFACIO.....	11
MÁS HUMANA.....	13
SAGRADOS.....	27
PRÁCTICAS.....	43
HELEN.....	57
ANIVERSARIO.....	68
EXCURSIÓN.....	86
ENCUENTRO.....	100
RYAM.....	117
MAL PRESAGIO.....	133
ENTREGA.....	151
OTRA PREOCUPACIÓN.....	163
VIAJE.....	181
PREMONITORIO.....	199
CONVERSACIÓN PENDIENTE.....	212
MENSAJE.....	229
ANTÍDOTO.....	242
PLANTACIÓN.....	255
SOMBRA.....	267
VÍSPERA.....	279
SORPRESAS.....	293
MAGIA.....	308
ATRAPADA.....	321

PARTE DOS: PROFECÍA

PREFACIO.....	335
ENCIERRO.....	337
UNA SEMANA: CAMBIO.....	352
DOS SEMANAS: ESPEJO.....	366
CINCO MESES: PROFECÍA.....	382
DIEZ MESES: ¡CORRE!.....	397
DIEZ MESES Y MEDIO: VERDAD (PARÉNTESIS ALICE).....	411
ONCE MESES Y TRES SEMANAS: RESCATE.....	431
PLAZO: UNA SEMANA.....	447

JACOB

PREFACIO.....	465
---------------	-----

VER RELUCIR A UN ÁNGEL PUEDE CEGARTE DEL TODO..	467
OH, SÍ, GENIAL. ESTO ES PARA VOLVERSE LOCO.....	483
SI DIESEN PREMIOS A LA ESTUPIDEZ, YO QUEDARÍA EL PRIMERO EN EL PÓDIUM, SEGURO.....	495
¡UF, UF, UF! PELIGRO, PELIGRO.....	510
SÍ, DEFINITIVAMENTE ME HABIA VUELTO CHIFLADO, MAJARETA.....	526
¿POR QUÉ DEMONIOS TODO EL MUNDO ME GUARDA SECRETITOS Y ME OCULTA LAS COSAS? NO LO ENTIENDO.....	539
A VECES PASAN COSAS INEXPLICABLES, COMO LA MAGIA.....	556
¿QUERÍA QUE ME ENTREGASE A ELLA? ¿ES ESO? PUES SI ESO ES LO QUE QUERÍA, LO HARÍA SIN DUDARLO NI UN INSTANTE.....	568
EN ESTE MUNDO PASAN UNAS COSAS MUY RARAS, EN SERIO.....	585
¡¿QUÉ ES ESTO?! ¡¿MÁS MAGIA?! ¡PUES YA ESTOY HARTO!.....	598
ELLA, ELLA, ¡ELLA!.....	611
LA VENGANZA ES UN PLATO DULCE SI SE SABE CÓMO LLEVARLA A CABO.....	626

Después de vencer todas las adversidades que se interpusieron en su camino, Renesmee Cullen (Nessie) y Jacob Black por fin están disfrutando de su profundo, apasionado y hechizante amor; dos almas gemelas imprimeadas y enamoradas que bailan juntas una danza armónica, inseparables, vinculadas de una manera extraordinariamente fuerte e irrompible, espiritual, mágica. Todo en su nueva vida parece apuntar a un horizonte infinito y eterno lleno de paz y armonía.

Sin embargo, ese horizonte se verá enturbiado y correrá el riesgo de no aparecer más.

Una oleada de personas desaparecidas en las ciudades cercanas, un doble encuentro inesperado en el bosque quileute, una amiga con problemas, una esperanzadora profecía que no gusta a todos, magia negra que parece invencible, un encierro eterno, maldiciones y hechizos encadenados... Todo conformará una durísima y larga prueba al amor.

Una nueva era se acerca, y sólo alguien tendrá la llave para iniciarla.